3 1761 08171322 4

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cubaespaolares06reve

CUBA ESPAÑOLA

CUBA ESPAÑOLA

Reseña histórica de la insurreción cubana

en 1895

POR

Emilio Revertér Delmas

ILUSTRADA POR FRANCISCO PONS

BLANCO

BARCELONA

CENTRO EDITORIAL DE ALBERTO MARTIN

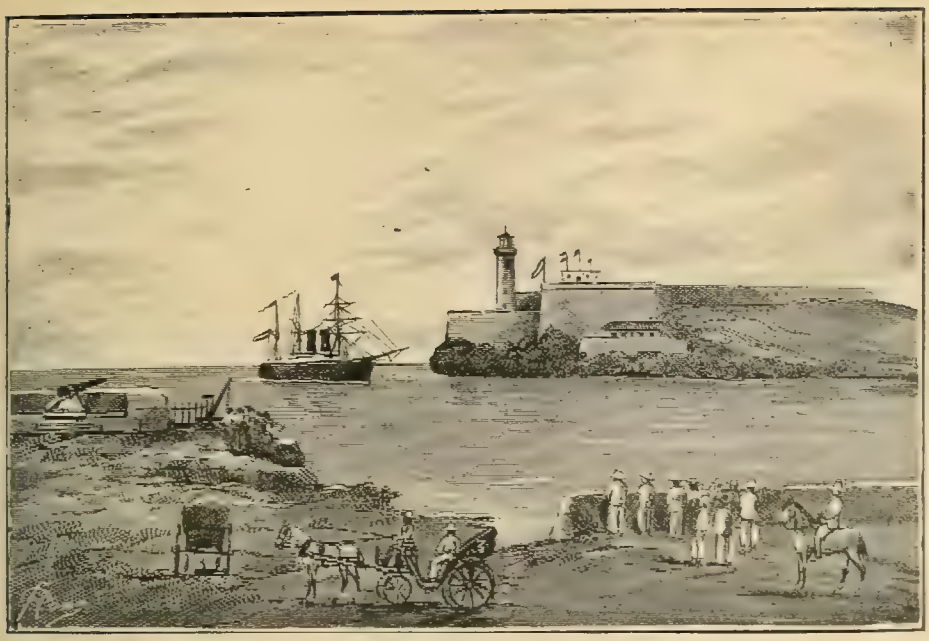
Ronda de San Antonio, número 64

1899

F
1786
R45
1896
t.6

ES PROPIEDAD

Establecimiento tipográfico de Vives y Susany, calle de Muntaner, 36—Barcelona



BLANCO

CAPITULO PRIMERO

Simpatías de la opinión.—Vida nueva.—La selección.—Lo principal y lo accesorio.—La situación de Cuba.—Despedida del general Blanco.—Buena esperanza.

El nombramiento del marqués de Peña Plata para el cargo de gobernador general y general en jefe del ejército de Cuba, fué acogido con universal simpatía por la opinión, y en el ilustre capitán general don Ramón Blanco y Erenas se cifraron las más lisongeras esperanzas.

No cabe mayor condenación de la injusta campaña que contra él se hizo por su política benévola con los rebeldes de Filipinas. En ningún país puede rehabilitarse en el breve espacio de siete meses en política, y menos todavía un soldado contra quien se habían dirigido cargos tan violentos é imputaciones tan crueles

como aquellos de que fué objeto el nuevo capitán general de Cuba

Cuando á la sazón se le aplaudió con tal unanimidad, señal fué de que los ataques de entónces carecían de fundamento.

Nos congratulamos de que llegara para todos y para todo la hora de la verdad y de la justicia.

Y sinceramente deseamos que las manos en que España depositó su honor fuesen hábiles y fuertes, y que la inteligencia á quién se confió la obra magna de la pacificación de nuestra perla de las Antillas, supiera con su lucidez y su rectitud llevarla á feliz término.

Prudente á la vez que enérgico, el marqués de Peña Plata procuraría que ni en la Antilla ni fuera de ella, dudase nadie de la lealtad de los propósitos de España.

El régimen que iba á plantearse, revistiría desde el principio la generosidad, la imparcialidad y la amplitud convenientes. No nacería vinculado en un partido, sino en condiciones de satisfacer á todos; no serviría para favorecer intereres particularistas, sino para cubrir bajo una misma égida y bajo una misma bandera á cuantos reconocieran la soberanía de España.

Preciso era, no obstante, que desde el principio se evitasen riesgos y escollos, entre los cuales pudiera zozobrar la empresa.

Al cambio de ideas y principios, debía acompañar un cambio no menos radical de conducta.

Importaba que la autoridad superior y el pensamiento directivo tuvieran auxiliares fieles, cuya pericia fuese notoria y cuya moralidad fuera intachable.

Había que enterrar multitud de viejas y malas prácticas, y que renunciar á funestas é inventeradas costumbres.

Ya no se podía admitir que los cargos de mayor importancia recayeran en familiares y adictos, que, en vez de considerar las responsabilidades, mirasen tan solo á los provechos.

Se necesitaba hacer olvidar lo pasado y ofrecer sólidas garantías para lo futuro; se requería que Cuba viera en los nuevos funcionarios una representación genuina de la hidalguía y del desinterés de la Metrópoli.

Si bajo el régimen descentralizador que se iniciaba continuaban los abusos y corruptelas de antes, importaba que en los insulares y no en los peninsulares recayera la culpa.

Nada había de holgar de lo que pusiéramos con objeto de aparecer y de ser, en vez de partícipes, fiscales.

En la transformación que se avecinaba habríamos de juzgar desde lo alto, con serenidad é imparcialidad absolutas, otorgando lo suyo á cada cual y sin supeditar el derecho de los demás al interés de la causa propia.

Así, y de ningún otro modo, era forzoso que entrásemos y que entrasen las Antillas en la vida nueva.

Esta actitud de España y esta resolución de perseverar en la equidad, aún á costa de cualquier sacrificio del amor propio, debía servir de ejemplo á los partidos que de medio siglo monopolizaron el poder en Puerto Rico y en Cuba.

Habíanse acabado los privilegios y habían caducado, para nunca más volver, los monopolios.

Nadie pensaba en vejar, ni en perseguir, ni en atropellar á los que por tanto tiempo le habían disfrutado, pero la opinión demandaba, lo mismo en la Metrópoli que en las colonias, que los usufructuarios de un predominio secular dejasen el paso franco al nuevo régimen y se abstuvieran de desnaturalizarlo con sus abominables exclusivismos.

Por todo esto hacíase y era necesario el relevo del general Weyler en el mando de la grande Antilla.

Era indispensable el relevo, no sólo porque el marqués de Tenerife en política colonial tenía ideas y métodos contrarios á los que á la

fecha prevalecían ya, sino porque en él había llegado á personificarse el espíritu de intransigencia, que, además de costarnos dos terribles guerras en Cuba, había proporcionado argumentos y armas á todos nuestros enemigos de América y Europa.

***

Lo que teníamos que llevar á las colonias antillanas no era solamente una nueva legalidad política; era también, y sobre todo, un nuevo régimen moral. Sin éste, nada valdría aquél, y nacerían muertas las reformas.

Hemos combatido el monopolio ejercido en la isla por el partido de Unión constitucional y por los llamados «incondicionales» de ambas Antillas.

De igual modo, hubimos de combatir el que pretendieran seguir ejerciendo en la designación de funcionarios públicos los gobiernos y los personajes influyentes de España.

Ha sido cosa corriente—y de ello nos vino el descrédito que ahora purgamos—el enviar á Cuba, á Puerto Rico y á Filipinas, en vez de funcionarios rectos é idóneos, sujetos desconocidos, ó demasiado conocidos, que necesitaban mejorar de fortuna.

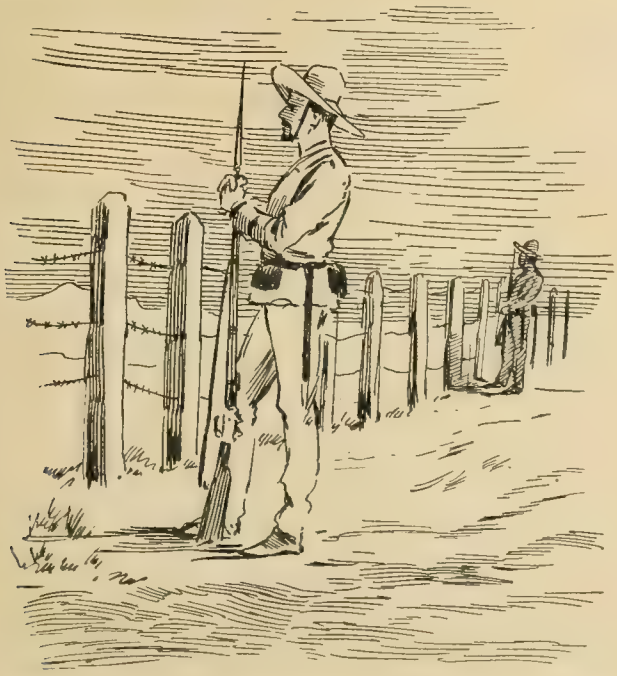
El mayor número de puestos, desde los altos hasta los humildes, parecía corresponder de derecho á nuestros inútiles ó á nuestros fracasados.

La suspicacia popular, escandalizada ante los hechos que de vez en cuando salían á la superficie, había generalizado, como de costumbre, los cargos y las imposiciones, envolviendo á todos en una misma sentencia.

A juicio de los de casa, más aún que á juicio de los de fuera, así

como en los siglos XVI y XVII los válidos, los capitanes y los próceres tenían en aquellas fértiles regiones encomiendas de indios, así nuestros magnates de hoy tenían en aquella fertil administración encomiendas de empleados.

Los que de tal suerte razonaban, decían además que el monopolio



DE CENTINELA EN LA LÍNEA DE LA TROCHA (Artemisa)

de los tiempos presentes, sin ser menos provechoso, era menos peligroso que el antiguo.

En los días épicos del descubrimiento y de la apropiación, los héroes y los gobernadores ilustres corrían el riesgo de que un golilla, mandado á reprimir sus desmanes, los despachase para España, cargados de cadenas, los despojase de la hacienda, malamente adquirida, ó si venía al caso, los degollase en medio de la plaza pública.

En nuestros días había cesado todo riesgo y nadie hablaba de juicios de residencia, ni de otras tales antiguallas, sino cuando se presentaba ocasión de declamar sobre las decantadas leyes de Indias.

La impunidad era completa; la responsabilidad imaginaria.

Aunque en semejante manera de discurrir existiera y existe grandísima exageración, no cabe negar que también se encuentra un fondo de realidad muy negro, muy odioso y muy triste.

Precisaba, por tanto, sanear ese fondo y destruir esa leyenda.

Obligado estaba el Gobierno á elegir con minucioso cuidado y con tacto exquisito, los funcionarios de todas categorías que fuesen á implantar la nueva legalidad en las colonias.

Lo estaba igualmente á rechazar las imposiciones de los magnates de la política, que no con fines reprobados, como suele imaginar la torpe maledicencia, sino con arreglo á las viciosas prácticas establecidas, demandasen, ó tal vez exigieran, empleos y prebendas para sus ahijados y protegidos.

***

Mucho se había adelantado con el relevo del general Weyler y con el acuerdo tomado en el primer Consejo de ministros celebrado por el Gobierno liberal de llevar inmediatamente á Cuba el régimen autonómico.

Mal hiciera España si no aprovechaba el tiempo, cuando, por raro caso, y sin duda por plazo muy corto, se nos mostraba relativamente propicio.

Torpeza insigne ó funesta locura fuera creer que con el nombramiento de gobernador general y segundo cabo y de los seis gobernadores civiles de la grande Antilla, había lo bastante para dar largas á cosas y dificultades que no permitían espera.

Mayor todavía fuera el yerro si el Gobierno hubiese estimado que podía con toda calma dedicarse á la preparación y al estudio de la nueva legalidad, cuidando de que nada faltase ni sobrase en sus detalles y perfiles.

Cuando se trata de radicales transformaciones, hay que prescindir de los pormenores y que atender al conjunto.

No cabe la perfección en los primeros ensayos de un régimen que se aparta diametralmente de lo antiguo.

Aunque al principio sean toscas y deficientes las ruedas, lo que más importa es que marchen. Después ya hay lugar para mejorarlas y pulirlas.

Necesitábamos provocar en Cuba una reacción saludable que devolviera la fé á los que no la tenían y la confianza en las fuerzas propias á los que se habían echado en el surco. Una reacción que confirmase en su amor á la Metrópoli á los leales, y que atrajera, sino por el afecto, por el interés, á los dudosos.

Era preciso y urgente, de toda urgencia, aprovechar el tiempo que el anterior Gabinete conservador había perdido y malbaratado, sino se quería que se malograse una empresa en la cual jugábamos el honor y la vida.

Hacían falta demostraciones prácticas de nuestro propósito reformador y pruebas tangibles de que queríamos destruir todo lo viciado, todo lo nocivo, todo lo caduco.

La necesidad del inmediato saneamiento no daba espera, y era de temer que el remedio, á pesar de su eficacia y de su virtud, llegase tard, y el enfermo se muriera.

***

No pasaba día sin que la prensa europea, y aun puede decirse que la del mundo entero, dedicase especial atención á la guerra de Cuba.

La prolongación de la lucha, no obstante las fuerzas considerables enviadas desde la Metrópoli para someter á los rebeldes; el apoyo efectivo, aunque no declarado, que la insurrección encontraba en los Estados Unidos, y los incidentes de la campaña, eran los elementos de que la prensa extranjera disponía y sobre los cuales discurría para apreciar con mayor ó menor acierto la situación de Cuba.

BARRIO DE LUYANÓ (Habana)

En prueba de lo que en el extranjero se pensaba, véase el siguiente despacho de Londres que nos trasmitió un apreciable compatriota.

El cuadro que pinta de la situación de Cuba no puede ser más triste; más triste fuera aún que se ajustase á la realidad.

«*Londres* 15 Octubre.—La *Agencia Reuter* ha recibido y dado á la publicidad una carta de Cuba, escrita por un súbdito inglés que reside allí hace tiempo y ocupa posición preeminente entre sus conciudadanos.

Las noticias y afirmaciones que esa carta contiene, han causado

profunda impresión, pues no falta quien crea que el autor no es un simple particular, sino que desempeña altas funciones consulares.

Creo ha de interesarles lo de más importancia para España.

«La aseveración de que gran parte de Cuba está pacificada y el resto lo estará dentro de pocos meses, es absolutamente risible.

»No hay ninguna provincia pacificada, ni la situación general de la isla puede decirse que sea mejor que hace dos años.

»Weyler ha fracasado por completo.

»La Habana sigue rodeada de partidas rebeldes que se pasean por toda la provincia.

»La ruina de la isla llega á extremos aterradores y la mortaldad es horrible.

»La mitad del ejército español, dado de baja por enfermedad, está en los hospitales ó en las enfermerías de los cuerpos. El resto padece hambres y desnudeces, que únicamente los sufridos soldados españoles son capaces de soportar.

»Obedientes, disciplinadas y valerosas, las tropas españolas hacen esfuerzos que siempre vienen á resultar infructuosos, porque el ejército carece de muchos elementos y no está organizado en condiciones á propósito para una guerra como la de Cuba.

»Esta situación no lleva trazas de modificarse. Quizás continuará mientras España pueda, con mayores ó menores apuros, encontrar dinero para sostener la lucha.

»Los rebeldes que fían su triunfo en el cansancio ó agotamiento de España, pelean en su mayoría por la independencia y no cederán hasta conseguirla.

»Quizás ya es tarde para plantear el régimen autonómico, por lo menos para plantearlo con éxito.

»Dice también el autor de la carta que los Estados Unidos son los verdaderos culpables de la situación en que se encuentra España, pues

sin la protección que han dado á la rebelión, ésta hubiera podido ser aplastada en tres meses.

»Los mismos cubanos reconocen que lo deben todo al apoyo moral y material de la República norteamericana y que mañana sería imposible la vida de su República si les faltara semejante protección.

»El *Daily News* comenta la carta, cuyo contexto telegrafió en lo más esencial, y dice que acaso debió Sagasta dejar á los conservadores la responsabilidad de situación tan terrible.

»José Zayas, que ahora reside en esta capital y se titula plenipotenzario de la República cubana, ha manifestado á la *Press Asociatión* que en Mayo último se ofreció á España la suma de *ciento cincuenta millones de duros* por la isla de Cuba, con la garantía de los Estados Unidos.

»Rechazada la oferta por España, añade Zayas que los insurrectos no aceptarán pactos ni reformas, pues están persuadidos de que á los españoles les será imposible sostener la guerra un año más.—*X.*»

Hasta aquí el despacho, cuyas consideraciones y augurios no pueden ser ya más pesimistas para esta nuestra desventurada patria.

¿Sería, en efecto, tarde para plantear el régimen autonómico en la grande Antilla?...

Para lo que era tarde, y los hechos, por desgracia, lo habían demostrado, era para volver á empezar.

***

Salió el general Blanco de Madrid para la Coruña, á fin de embarcar en este puerto con rumbo á Cuba, el día 17 de Octubre.

A despedir al marqués de Peña Plata, al ilustre general que iba á Cuba como representante de un nuevo régimen para trabajar como soldado y como político por la paz deseada, acudieron los señores minis-

tros de la guerra, Marina, Estado y Ultramar, los capitanes generales señores Martinez Campos y Lopez Dominguez, el gobernador de Madrid, señor Aguilera, el obispo de Sión, y tal y tanta cantidad de militares y hombres políticos, que renunciamos á escribir una lista que sería imposible que resultara completa.

¡Haced la paz y hacedla pronto! Estas fueron las palabras con que el pueblo español despidió al nuevo capitán general de Cuba.

Esos fueron los votos que acompañaron en su viaje á la gran Antilla al bravo general, al experto gobernante que había tomado su partido y tenía la firme voluntad de realizar, sin vacilaciones ni tibiezas, los planes del Gobierno y los planes propios de pacificación.

Con el general Blanco fueron á la isla la buena voluntad y la confianza de todos los españoles cuerdos.

En él había de tener un leal intérprete la nueva política que llamaba á los leales y á los tibios á la concordia y tendría nuestro ejército un caudillo experimentado y valeroso para acabar con aquellos que, renunciando á la condición de hermanos, se empeñasen en mantener la de enemigos.

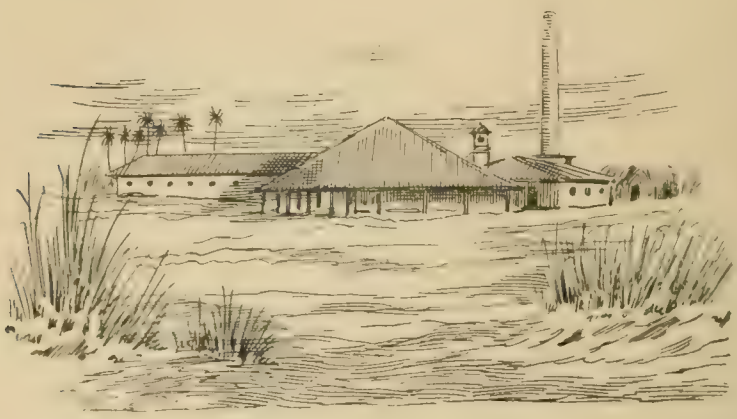
Hombre sereno, enérgico é inteligente; avezado á soportar las injusticias del vulgo, y á buscar la verdad y la equidad en medio de la humareda con que suele la pasión encubrirlas, creímos que sabría emplear fructuosamente los dos medios que la nación por propio y libérrimo impulso le había puesto en las manos. La espada contra los irreductibles; la balanza, para todos.

Le acompañaron generales de superior entendimiento y de probada bravura, que conocían á fondo las Antillas, que estaban al tanto de lo que con el problema colonial se relacionaba y que habían intervenido ya, con gloria, en la presente campaña.

Allá volvían Pando, Salcedo, Bernal y Aguirre, que otra vez ofrecían á la patria el tributo de la sangre y que combatirían como comba-

tieron, bien hallados con la nueva dirección militar y con la nueva orientación política. Entre ellos figuraba el general González Parrado, cuyo valor y cuyo tacto, bien acreditados en Filipinas, se emplearían no menos ùtilmente en Cuba.

Ninguno de ellos temía que la autonomía embarazase su acción, y



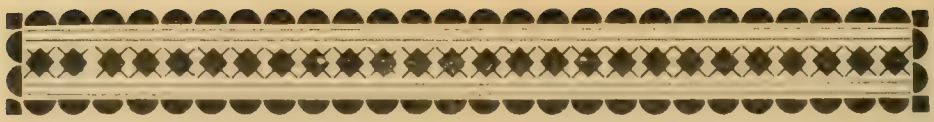
INGENIO «RECUERDO» (San Antonio de los Baños)

todos estaban conformes con la legalidad que dentro de poco había de regir en la isla. Es evidente que opinarían de igual modo los bizarros compañeros suyos, que allá continuaban manteniendo incólumes la integridad de nuestra soberanía y el honor de nuestras armas.

Ante la firmeza tranquila y el patriotismo verdadero de unos y otros, nada significó la interesada suspicacia de algunas colectividades y personas que se obstinaban en oponer á la necesidad y á la justicia sistemática resistencia.

EXCMO. SR. D. RAMÓN BLANCO Y ERENAS

Capitán general



CAPITULO II

A bordo del *Alfonso XIII*.—Declaraciones del general Blanco.—El programa del Gobierno.—Instrucciones al nuevo gobernador general de Cuba.—La labor de los intransigentes.—Temores y comentarios.—La opinión liberal.—*El Diario de la Marina*.—La actitud de los derechistas.—Estado de la guerra.—Noticias tristes.—Organizando otra manifestación en favor del general Weyler.—Proclama de la comisión organizadora.—Los trabajos de la comisión.—La actitud del general Weyler.

Al abandonar la metrópoli y partir para Cuba á bordo del trasatlántico *Alfonso XIII*, que zarpó del puerto de la Coruña la tarde del 10, hizo el general Blanco las siguientes manifestaciones:

«—Voy á Cuba animoso y confiado, y creo sinceramente en la eficacia de los nuevos procedimientos y en el éxito seguro é inmediato de las acciones militar y política, que he de desarrollar combinadas.

»Voy animado de los mejores deseos. ¿Saldré bién? Así lo espero».

A preguntas de los que fueron á despedirle, contestó:

«—En eso de la autonomía no hay ni puede haber distingos. *La que se va á conceder á Cuba es la autonomía ofrecida desde la oposición por el partido liberal, la* AUTONOMIA Y EL PODER RESPONSABLE.

»Para poder consagrar más tiempo al gobierno político de la isla, quise que me acompañasen generales como González Parrado, que en

su puesto de segundo cabo llevará el peso de la acción militar, y como Pando, que se pondrá al frente del ejército para las operaciones de la campaña.

»Respecto á plazos—dijo—no puedo ni quiero fijarlos. Es muy aventurado hacerlo, y si se señalan de buena fé, hasta pueden servir de estorbo, obligando á precipitaciones.

»Ayer oí á algunos de los generales que me acompañan, expresar su confianza en que regresaremos victoriosos dentro de siete meses.

»De tal modo pueden ponerse las cosas que acertaran mis compañeros. Su esperanza no me parece una locura. Pero si todo sale bien, no importaría el que tardáramos un poco más en llegar á la paz.»

El *Alfonso XIII* llevó á bordo ocho generales, 18 jefes, 17 capitanes y 425 soldados, y además 200 marinos de la Armada y otros cien soldados y algunos oficiales que había tomado en Santander.

A las cinco de la tarde levó anclas el *Alfonso XIII*, que fué escoltado hasta la Marola por algunas embarcaciones.

***

Hizo bien el Gobierno en facilitar á la prensa, para su publicidad, el extracto de las instrucciones dadas por el ministro de Ultramar al nuevo capitán general de Cuba.

Sabido, como se sabía, por el relato oficioso del Consejo de ministros celebrado el 22, que esas instrucciones coincidían de manera acabada y completa con la respuesta del ministro de Estado á la nota del embajador extraordinario de los Estados Unidos, ya no podía haber dudas respecto de los términos en que se había replanteado la acción diplomática, ni acerca de la extensión, el sentido y el alcance con que la nueva legalidad colonial iba á establecerse.

Fué todo un programa, pese á la modesta designación con que llegó á conocimiento del público, el documento á que nos referimos.

Por la alteza patriótica del espíritu que lo informaba, y por la lucidez, la precisión y la sinceridad de sus conceptos, mereció incondicional aplauso.

Las instrucciones dadas al nuevo gobernador general de Cuba, por el ministro de Ultramar, se dividían en dos partes, que se enlazaban después en un resumen general: la acción militar y la acción política.

El resumen, que tan especial aprobación mereció al Consejo de ministros, condensaba las ideas expuestas en las dos partes indicadas en las siguientes bases:

Era la primera la identificación de la acción militar con la política, de tal manera, que mientras la primera por su rapidez y energía desconcertara y redujera al enemigo, la segunda aprovechara los éxitos de aquélla para lograr la pacificación, restaurando al mismo tiempo la riqueza y secundando con sus amplias miras el esfuerzo militar, al que la simpatía del país proporcionaría nuevos y poderosos medios de acción.

Y como á estas dos acciones iba unida la diplomática, á que el Gobierno consagraba especial interés, y á ellas seguiría la mejora del estado del Tesoro, todo el mundo vería que España no economizaba medio alguno de devolver la paz á sus hijos y de restañar las heridas causadas por inevitables desgracias, á la vez que el soldado, sintiéndose sostenido por la nación entera, cobraría mayores bríos y pondría nuevos empeños en terminar su obra, arrojando de la isla á los que por su odio á la Metrópoli ó por no haber nacido en ella, pretendían arrancarle la más predilecta de sus hijas.

***

La segunda idea era no menos fecunda. Consistía en hacer saber al país cubano que la llegada del nuevo gobernador representaba una era completamente distinta de las anteriores, y que la madre patria confiaba, tanto como en sus fuerzas para reducir á los rebeldes, en los sentimientos de adhesión y de afecto que la gratitud, por un lado, y el sostenimiento de sus propios intereses, por el otro, habían de despertar en la población insular.

«Pero la convicción—decía la *Nota*—no ha de llevarse á los ánimos con promesas y ofrecimientos; ha de demostrarse con los hechos, de tal suerte, que todos y cada uno de los que vayan ocurriendo contribuyan á dar relieve y sirvan de testimonio á la sinceridad de los propósitos del Gobierno. Este irá comunicando al gobernador general, tan pronto como se haya posesionado de su cargo, la serie de reformas que habrá de implantar, empezando por la del censo electoral, cuya operación tendrá cuantas garantías sean necesarias para que las listas se confeccionen con rectitud y las reclamaciones se resuelvan con justicia, á fin de que nadie tenga el pretexto de suscitar duda alguna sobre la autoridad de un cuerpo electoral llamado á determinar la forma en que habrá de gobernarse en adelante el país cubano».

El Gobierno se proponía, además, publicar las reformas ulteriores con tiempo bastante para que el análisis de los llamados á vivir bajo la futura legislación, aquilatase los méritos de la obra, la defendiera de sus imperfecciones y la identificase con las aspiraciones de aquellos á quienes se aplicara. Y aún cuando no fuera prudente fijar plazos para esta empresa, porque eso no dependía de la voluntad del Gobierno, sí lo era decir que la obra se iniciaría desde luego y se continuaría sin vacilaciones ni tardanzas.

Al propio tiempo—terminaba diciendo el documento oficial—el gobernador general cuidará de hacer entender con sus palabras y de demostrar con sus actos, que no por eso se desentiende España de sus

colonias, sino que, muy al contrario, tendrá prontos todos sus recursos para coadyuvar á la obra de reanimar á sus decaidos habitantes, rehacer su riqueza y hacer olvidar los pasados años de amargura.

Muy viva y muy profunda fué nuestra satisfacción al ver realizadas nuestras aspiraciones y puestos en vigor nuestros principios ajustados en un todo á nuestro ferviente patriotismo.

***

El anuncio de la implantación de la autonomía, excitó á los intransigentes de la Habana, que se dedicaban á despertar las pasiones en las masas, provocando una agitación á todas luces peligrosa, contra el Gabinete fusionista.

Los telegramas publicados por *El Diario de la Marina* anunciando que había sido prevenido el general Weyler por el Gobierno para que á toda costa evitase las manifestaciones, pues en caso contrario había decidido propósito de proceder con energía, excitaron mucho á los elementos que allí apoyaban al general en jefe relevado, decidiéndoles á exagerar sus entusiasmos en la despedida de dicho general.

COMANDANTE SEÑOR RUANO

Los periódicos conservadores de la Habana dijeron que se haría la manifestación, impidiéralo quien quisiera, y telegrafiaron á diferentes puntos de la isla para que fuesen á la capital comisiones, á fin de aumentar la importancia de la manifestación.

Corrían noticias alarmantes acerca de lo que pudiera ocurrir el día del embarque del marqués de Tenerife.

Los que dirigían este movimiento tenían ya tomadas todas las embarcaciones del puerto y dispuestas todas las músicas de la ciudad.

Dada la forma con que la manifestación se organizaba y la aceptación de estos obsequios por el general Weyler, temíase en la Habana que revistiera caracteres de hostilidad al Gobierno y en sentido grave que creara antagonismos peligrosos en momentos tan críticos como aquellos, por cuya razón la preocupación de las gentes aumentaba en condiciones sensibles.

Era también objeto de comentarios en la Habana el alcance de la propuesta extraordinaria en favor de los coroneles de voluntarios y la comida con que les obsequiara el general Weyler.

La opinión interpretó estos actos como inspirados por la intención de desagraviarles por el telegrama del Gobierno que produjo excitación en los ánimos.

Todas estas cosas contribuían á aumentar la perturbación política, provocando disensiones peligrosas y creando una situación política embrollada, difícil y lastimosa en extremo.

El Diario de la Marina declaró en un artículo «que hoy por hoy» no se podía defender al Gobierno constituído, «porque esto se considera en la Habana como una provocación, aunque el caso parezca extraordinario é inverosimil.»

Había un elemento intransigente, que era el que con más ardor se agitaba para que la manifestación fuera solemne, que se oponía abiertamente á la política que se anunciaba iba á implantar en la isla el nuevo gobernador general.

Los derechistas no ocultaban su ódio al nuevo régimen y trataban de dificultar la acción del general Blanco, dedicándose á desorganizarlo todo, á fin de desacreditar la autonomía.

Esa fué la división de los leales que dejó tras sí el general Weyler, y en tal estado de perturbación encontraría la política el general Blanco.

***

En tanto, el estado de la guerra era el mismo de hacía seis meses.

Bien puede decirse que las operaciones estaban suspendidas, y lo único que á la fecha se hacía, para evitar sucesos lamentables, quedaba reducido á vigilar las líneas férreas, á fin de impedir la resonancia de los accidentes.

En la segunda semana de Octubre una partida de rebeldes macheteó bárbaramente á una guerrilla en Artemisa, apoderándose de armas y municiones.

Ascendían á 40.000 los enfermos que había en los hospitales de la isla.

La situación económica había llegado á ser horrible y de día en día aumentaba su gravedad.

Moría el 80 por 100 de los reconcentrados y en plena Habana fallecían de hambre niños y familias enteras.

Ofrecíanse cuadros conmovedores y escenas espantosas, producidas por la miseria y el abandono.

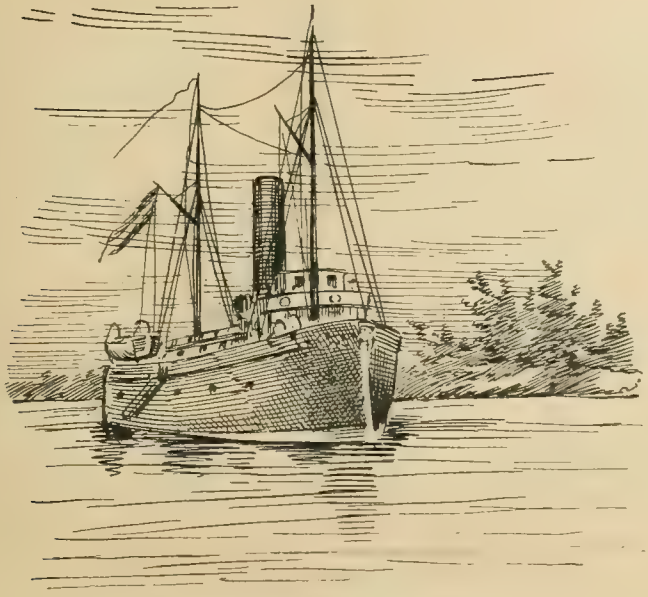
Solamente la caridad particular socorría á las innumerables víctimas de la guerra, pues el Ayuntamiento solo se cuidaba de las contratas y concesiones escandalosas, como la del matadero, dejando de pagar las atenciones atrasadas.

Los almacenes de la Habana hallábanse abarrotados de mercancías importadas, sin que fuera posible darles salida, pues los comerciantes aprovecharon los últimos días en que estuvieron abiertas las Aduanas para hacer gran acopio de géneros. Había de venir, como es

natural, una enorme baja en las ventas y entónces los enemigos de la autonomía atribuiría aquella al cambio de régimen.

La población rural estaba aniquilada, la riqueza destruída y la guerra quebrantada por la acción del tiempo. Sin embargo, ardía en toda la isla la insurrección.

Los organizadores de la manifestación de despedida al general



VAPOR «R. HERRERA»

Weyler, según nos comunicó el cable el 24, estaban trabajando de una manera formidable, para que aquel acto fuera grandioso, imponente, único.

Por correo recibimos la proclama que dicha comisión hizo circular profusamente por toda la isla.

En este documento se hacen elogios del general Weyler, como no los alcanzó el gran Capitán, como no los conquistó Bonaparte en el

pináculo de la gloria. Después se censura al Gobierno por haberle relevado y se dicen cosas imprudentísimas en aquellas circunstancias.

Termina la alocución con estos párrafos:

«¡Españoles! Roguemos al Gobierno que no provoque el retroceso á los tiempos en que el general Weyler se hizo cargo del mando de la isla; cerremos el comercio, reunámonos y probemos con nuestra presencia al general Weyler que los españoles de Cuba no quieren su relevo, y que si el Gobierno resuelve contra nuestros deseos, llevará para la Península el cariño y los aplausos y el recuerdo eterno de los buenos.

Abandonemos nuestras casas por una hora y demostremos que vive el espíritu español en Cuba á despecho de los que han pretendido amortiguarlo.

Españoles: ¡Viva el general Weyler! ¡Viva el primer español de esta isla! ¡Viva el verdadero pacificador de Cuba!»

***

Una carta particular de la Habana llegada á nuestro poder el propio día 24, por vía extranjera, refería lo que se estaba haciendo para organizar esa manifestación.

Se apelaba á todos los medios, incluso el de la amenaza, para que se unieran á los manifestantes personas que permanecían neutrales ó eran adversarias de aquella campaña antipatriótica que diríase pagada por los filibusteros.

La singular actitud en que se había colocado el general Weyler dió lugar á las más extrañas invenciones.

Un corresponsal de un periódico *yankee* explicó de una manera curiosa y, sobre todo, nueva, la continuación en el mando, después del cese ó destitución, del general Weyler en Cuba hasta la llegada del general Blanco, sin pasar por la interinidad del general Jiménez Caste-

llanos, designado por el Gobierno para encargarse interinamente de la Capitanía general y gobierno general de Cuba.

Dijo el indicado periódico que al presentarse el comandante militar de Puerto Príncipe para hacerse cargo del mando, le exigió el general Weyler la declaración escrita de «estar pacificadas las provincias occidentales de la isla» y que el general Castellanos se negó en absoluto á hacerlo.

La noticia tenía todas las trazas de no ser cierta; pero nadie lo hubiera puesto en duda si el general Weyler hubiese procedido como aconsejaban la obediencia y el interés de la patria.

Y cierta ó no cierta, el general Weyler no se despojó del cargo de gobernador general, ni abandonó el mando de la isla, á pesar de su destitución y del cese decretado por el Gobierno de la Metrópoli, hasta la llegada de su sustituto, en quien por orden del ministro de la Guerra debía resignar el mando.

CAPITULO III

Solución única.—Los rebeldes á las puertas de la Habana.—Reñido combate en La Chorrera.—Muerte del *general* Adolfo Castillo.—Su importancia.—Extraña resolución del general Weyler.—Embarque inesperado.—Autoridades interinas.—La manifestación de despedida.—En el palacio de la capitanía general.—Discursos cambiados.—Al *Montserrat*.—Esperando al general Blanco.—Noticias oficiales.—Comentarios.

CRECÍA la tensión de los ánimos y encontraban terreno propicio las más infundadas aprensiones, á medida que se acercaba el momento de aplicar á nuestro problema colonial la única solución posible.

Sentían unos vago temor de lo nuevo, aparentaban otros sentirlo, y hacíanse oir, sin que nadie conociera á punto fijo las causas, esos ruidos subterráneos que preceden á todas las grandes metarmórfosis de la política y de la Naturaleza.

A pesar de ello, cada día aparecía con mayor claridad la línea recta, lo mismo ante los ojos de los incrédulos y los timoratos, que ante la mirada de los neutrales y los reflexivos.

Todos lo veían con perfecta lucidez y todos comprendían que no habia otra, para conducirnos al término de una penosa jornada.

No fueron los liberales quienes la propusieron, sino los conservadores; no la fijaron las preferencias de escuela, sino las imposiciones del verdadero patriotismo; la fuerza incontrastable de las circunstancias del siglo.

Al entrar en la vida nacional las ideas que hoy prevalecen, aquellos

que menor adhesión les tenían declararon noblemente que para lo sucesivo ya no habría manera de retroceder un paso.

Y, á la sazón, añadieron que, si no era un deber ineludible el de prestarlas incondicional concurso, era obligación común el observar un patriótico silencio.

Si reflexionaban un poco los que dudaban y los que desconfiaban, pronto se convencían de la imposibilidad absoluta de desandar lo andado.

¿Hubo alguno que en conciencia creyera factible retrotraer las cosas al punto en que se hallaban antes de estallar la guerra separatista en Cuba?

¿Hubo alguno á quien pareciera empresa sencilla restablecer en la gran Antilla el sistema de administración y de gobierno que allí regía en 1894?

El que tal asegurase, engañaba á España y engañábase á sí mismo.

Muchos habría que deseasen el retroceso; no había de cierto ninguno que con la mano puesta en el corazón lo considerase realizable.

***

En dos años habíamos vivido y avanzado veinte.

Cuando se recuerda que á principios de 1895 escandalizaba á los conservadores, á los liberales, y aún á bastantes demócratas, el solo nombre de la *Diputación única*, y se oía á la sazón cómo hablaban todos tranquilamente de la *Cámara insular*, cómo aceptaban el supuesto de un régimen autonómico de *gobierno responsable*, y cómo invocaban, cual si ya estuviese en vigor ese régimen, la ley complementaria de las *mayorías*, caía el espíritu más miope en la cuenta de que se trataba de un hecho consumado, contra el cual serían inútiles todas las agresiones y todas las resistencias.

Cualquier arbitrio, por desatinado que fuese, parecía admirable en hipótesis, menos el de volver á lo pasado.

Existir pudieron dudas respecto á la eficacia decisiva é inmediata de la autonomía ó temores de que su implantación fuera tardía; no existían para nadie, respecto á la acción negativa y funesta de los métodos anteriores.

El solo intento de restaurarlos suscitara una protesta universal, porque universal fuera la convicción de que á la simple tentativa habría de acompañar el total desquiciamiento.

No quedaba, pues, otra solución racional que la adoptada, ni más camino descubierto que el que se había emprendido.

Hubo que confiar, por tanto, en la una, y avanzar resueltamente por el otro los que siempre tuvieron fé en la virtud de la democracia, que no distingue de climas ni de latitudes.

Y hubieron de dejarse de suscitar obstáculos á la buena obra los que pretendían todavía mantener entre la Metrópoli y su colonia arbitrarias diferencias.

Bien estuvo que reservasen sus ideas y sus principios; pero sin pasar de ahí si querían hacerse perdonar el daño enorme que con la aplicación de esos principios é ideas habían causado á España y á Cuba.

Harto notorios eran, para desdicha de todos, los efectos de su sistema y las consecuencias de su predominio.

***

Aún resonaban en los oídos las palabras del general Weyler afirmando hallarse pacificadas las cuatro provincias occidentales de la isla, y en el espacio los ecos de los vivas al verdadero pacificador de Cuba, lanzados por los *gremios* y detallistas, cuando á las puertas de la Haba-

na librábase un reñido combate entre fuerzas de la guardia civil y una numerosa partida rebelde.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea de la audacia del enemigo, bastará indicar que el lugar donde ocurrió el encuentro está de la Habana á una distancia semejante á la que hay de la plaza de Cataluña (Barcelona) á la Barceloneta.

El comandante de artillería don Eduardo Tapia Ruano, con fuerzas de la guardia civil, encargadas de vigilar y guardar la zona exterior de la Habana, tuvo un encuentro el día 25 entre la Chorrera y Managua con un grupo numeroso de insurrectos, al mando del titulado *general* Adolfo Castillo.

Las tropas se batieron con gran bizarría, dispersando á los rebeldes.

En una de las embestidas de los guardias cayó muerto el cabecilla citado, con otros cuatro rebeldes, que abandonó el enemigo en poder de aquéllos, dándose á la fuga.

Apoderáronse las tropas del cadáver de Castillo, que fué conducido á la Habana, donde se exhibió para su completa identificación.

Tuvo gran interés la noticia de ese combate, que fué confirmada oficialmente el propio día por el general Weyler.

Adolfo Castillo había sido el cabecilla de mayor importancia que había operado en la provincia de la Habana, excepción hecha de Máximo Gómez y Maceo, pues llegó á anular á Aguirre cuando éste tenía en esa jurisdicción el mando superior de las fuerzas insurrectas.

Bien podía ser considerado Adolfo Castillo como el maestro de Aranguren, Acosta, Arango y otros cabecillas de significación.

Gozaba Castillo de la confianza absoluta del *generalísimo* Gómez, quien al retirarse de la Habana hizo pública su seguridad de que no sería vencida la insurrección en esa provincia mientras Castillo viviera y estuviese al frente de las fuerzas rebeldes que operaban en aquel territorio.

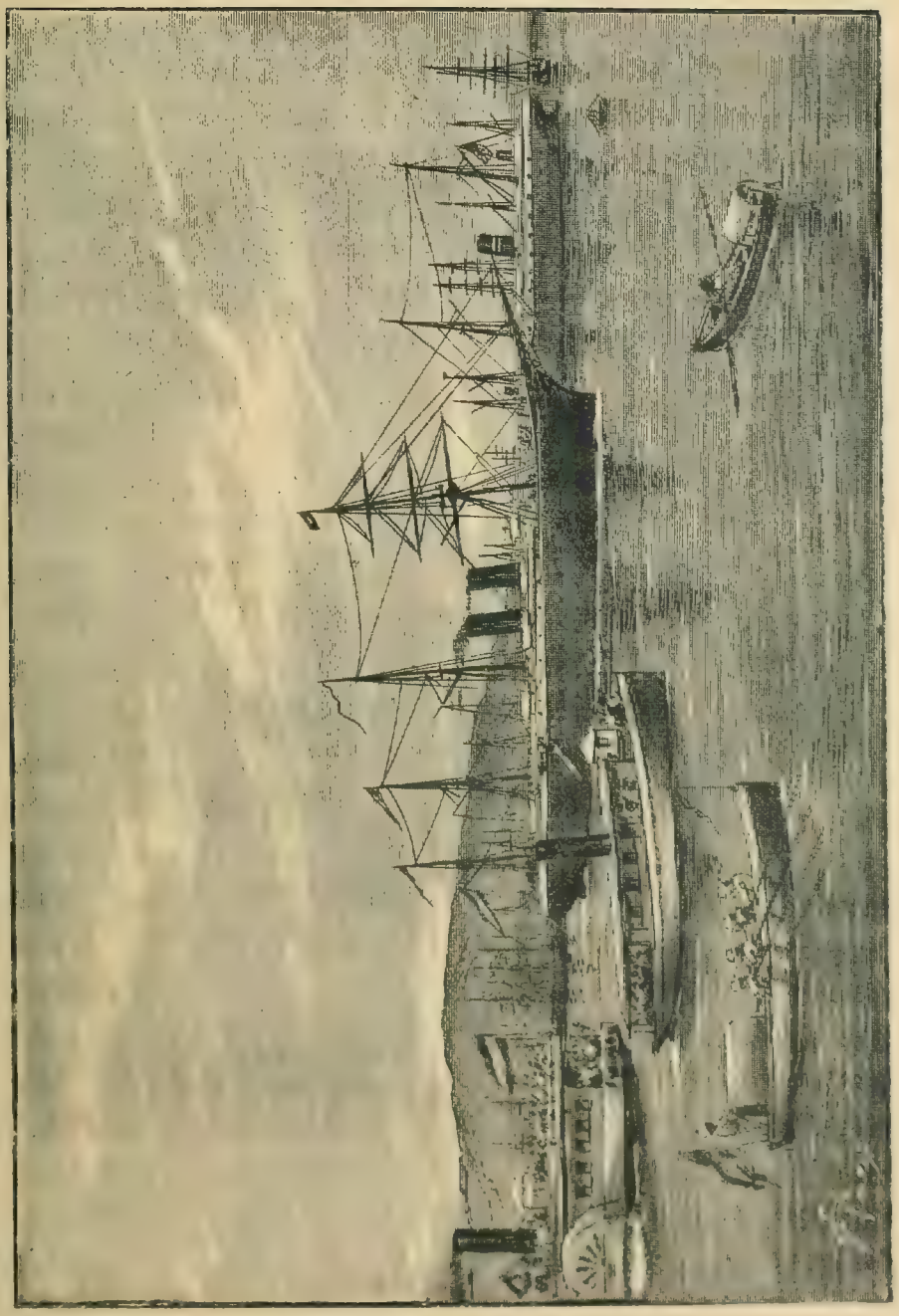
***

Entre el asombro de las gentes, que no acertaban á explicarse tan extraña é inopinada resolución, circuló en la Habana, la mañana del 29, la noticia de que el general Weyler, lejos de esperar, como había prometido, á su sucesor en el mando superior de la isla para hacerle entrega del cargo, resolvió á última hora trasladarse á bordo del vapor

JEFE DE COLUMNA RECONOCIENDO EL TERRENO Y LAS POSICIONES DEL ENEMIGO

correo *Montserrat*, que había de retornarle á la Península, y esperar allí la llegada del general Blanco.

El marqués de Tenerife tenía ya, como es sabido, noticias completas y detalladas de la manifestación de despedida que organizaban los mismos elementos que dispusieron y celebraron la que se verificó en la Habana al tenerse noticia de su destitución y relevo.



LLEGADA DEL GENERAL BLANCO Á LA HABANA

El general Weyler, para explicar de algún modo su insólita resolución, hizo propalar la especie, y así lo comunicó al Gobierno, de que debiendo dejar expeditas las habitaciones de la capitanía general á su sucesor, y hallándose la residencia de verano del gobernador general en estado ruinoso, consideraba más acertado esperar en la bahía, ya á bordo del vapor en que había de regresar á la Península.

El marqués de Tenerife llamó á su despacho al general de Marina contralmirante señor Navarro, y le hizo entrega del cargo de gobernador general de la isla.

Del de capitán general y general en jefe del ejército de operaciones encargó al general de división señor Jiménez Castellanos.

El general Ahumada delegó su cargo de segundo cabo de la capitanía general de Cuba en el general Molins.

Como el general Weyler sabía que los gremios y determinados elementos políticos iban á celebrar una manifestación de despedida en su obsequio á las dos de la tarde, hizo muy de mañana sus últimos preparativos de viaje y se dirigió á almorzar con el intendente general de Hacienda.

La manifestación ofreció los mismos caracteres y fué hecha por los mismos elementos que la verificada al conocerse el relevo del general. Una y otra se celebró con arreglo al programa establecido.

Las comisiones de los gremios y de algunos partidos políticos, no de todos, recorrieron las calles de la capital dando iguales é idénticas voces que en la anterior, dirigiéndose y estacionándose frente á la capitanía general, donde, al igual que entonces, les aguardaba el marqués de Tenerife.

Al palacio de la capitanía subieron todas las comisiones oficiales y representaciones del partido autonomista, de la Unión constitucional y de los gremios.

En nombre de la comisión organizadora de la manifestación, llevó

la voz un individuo afiliado al partido conservador antillano, expresándose en los siguientes términos:

«—Queremos con este acto de despedida, significar nuestra adhesión á la política del general Weyler, nuestra estimación y cariño á su persona, nuestra admiración á sus méritos militares y nuestra protesta á los laborantes y á los *yankees*, cuyo *odio africano* le enaltece, y á los periódicos peninsulares que «han tratado de calumniar vilmente», no sólo al ilustre caudillo, al único y verdadero pacificador de Cuba, sí que á nosotros mismos, sus leales y desinteresados defensores.

Al despedirle, un ruego hemos de hacerle: que nos defienda ante la nación y que acepte la investidura de diputado por la Habana que desde luego le ofrecemos».

***

El general Weyler contestó en un largo discurso, cuya síntesis es la siguiente:

«—Agradezco con toda mi alma esta manifestación de afecto y de cariño á mi persona, que responde al aplauso con que «la verdadera opinión de Cuba recibió y despide mi política y mi plan, que de continuar aplicándolo como hasta aquí, se hubiera salvado Cuba para España, no por arreglos, componendas ni concesiones, sino con honra.

»Cuando tuve noticia de mi relevo, ni me sorprendí ni me extrañó. Lo esperaba desde que murió Cánovas del Castillo, pues los rebeldes y los Estados Unidos lo venían reclamando constantemente, y yo sabía que no había ningún jefe de partido en la Península dispuesto á defender mi continuación en el mando de esta isla.

»Nada me importan y desprecio los ataques calumniosos de la prensa laborante, y en ella incluyo á ciertos periódicos de la Península.

»Tengo mi conciencia tranquila y rechazo con desdén y desprecio esas acusaciones, de cuya sin razón vosotros podéis testimoniar.

»¿Hay alguno que pueda alardearse de haber recibido de mí cierto género de favores? ¿Hay entre vosotros quién crea que yo he tenido alguna vez tratos con ningún contratista?.....

(Como es natural, nadie contestó ni dijo palabra).

»Vosotros sabéis que mi disposición prohibiendo la zafra, que fué objeto de tan graves censuras, no respondió á otro propósito que al de hacer fracasar el empréstito que se proyectaba levantar en los Estados Unidos, y de que yo tuve noticia.

»Y con efecto, el empréstito que hubiera dado mayores bríos y más grandes elementos á la rebeldía quedó desbaratado y fracasó, y la zafra se pudo hacer y se hizo más tarde.

»Me han censurado también por la reconcentración de pacíficos en los poblados, y ahora todos reconocen los excelentes resultados de aquella medida, que por otra parte vería solicitándola la opinión.

»Yo os prometo defenderos en todas partes, y os aconsejo que no sintáis desmayos ni cobardías que os priven de los medios de llevar á la Península el convencimiento de lo perjudicial y funesto de las reformas políticas para la causa de España.

La autonomía es contraproducente, y los políticos de la Metrópoli desconocen el problema de Cuba. Por ello el partido de Unión constitucional debe persistir en su actual actitud, que yo prometo apoyar desde la Península».....

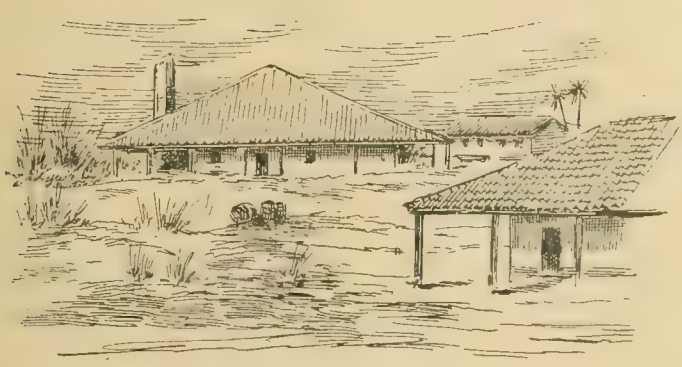
Muchos manifestantes acogieron estas palabras con atronadores vivas á Weyler; otros se limitaron á contestar con vivas á España.

***

Apenas la comisión de manifestantes se hubo despedido con grandes manifestaciones de cariño del general Weyler, este anunció que iba á dirigirse al muelle para embarcar en el *Montserrat*, advirtiendo que haría el trayecto á pié.

Esto dió lugar á que los manifestantes escoltaran al general, sin cesar en sus demostraciones de afecto, y que muchos de ellos, embarcados en los remolcadores, le acompañasen hasta el costado del vapor.

Entretanto se estaban ultimando los preparativos para recibir al nuevo gobernador general de la isla.



INGENIO «ABREU», DESTRUÍDO POR LOS INSURRECTOS

La opinión esperaba con ansiedad conocer los planes de las nuevas autoridades.

El Gobierno recibió un telegrama del general Weyler, expedido el día 30 en la Habana, en que aquél comunicó que, atendiendo á la conveniencia de que su sucesor pudiera alojarse inmediatamente en el palacio de la capitanía general, y encontrándose en estado ruinoso la quinta de los Molinos, se había embarcado ya en el vapor-correo *Montserrat*.

Añadía el general Weyler que al embarcarse había sido objeto de

entusiasta manifestación que—decía—le había emocionado, interpretándola como calurosa muestra de adhesión á España y á la monarquía.

Decía también que el orden era completo en la Habana, y que estaba pronto á desembarcar en el acto, si algo extraordinario ocurriera.

Mucha sorpresa causó en la Península el hecho de haber resignado el mando el general Weyler y embarcádose en el *Montserrat*, cuando según se había dicho había manifestado al Gobierno su propósito de esperar la llegada del general Blanco para entregar á éste la autoridad que, provisionalmente ya, venía ejerciendo.

Esta modificación del programa que á sí mismo se trazara el marqués de Tenerife, fué objeto de variados comentarios y no se explicaba satisfactoriamente. Más tarde la opinión halló la explicación en la amañada despedida hecha por los gremios.

Momentos antes de resignar el mando el general Weyler, dirigió al gobierno el acostumbrado parte semanal.

Y de éste resulta que al salir de la Habana el general había rebeldes, tiroteo y muertes en las provincias de Oriente, Puerto Príncipe, Las Villas, Matanzas, Habana y Pinar del Río; es decir, en toda la isla.

Preciso es que conste.

***

Obligado nuestro corresponsal en la Habana á someter á la censura de la Capitanía general sus telegramas sobre la Manifestación, no pudo trasmitir los comentarios que de la opinión sensata merecieron los últimos actos del general Weyler, ni fijar el verdadero carácter de las demostraciones hechas al ex gobernador general de Cuba, por ciertos elementos de la capital.

Más tarde fué de ellos portador el vapor-correo, y he aquí lo que en su carta nos dijo nuestro amigo y colaborador:

«La manifestación del viernes (día 29) fué, por los hechos y las palabras, un acto subversivo y de protesta contra el Gobierno de la Metrópoli.

Apenas se concibe que el general Weyler, conociendo de antemano el espíritu que animaba á los organizadores de la manifestación, se prestase á su realización y hasta contribuyera á darla calor.

Es indudable, sin embargo, que simuló la despedida para no privarse de los agasajos populares antes de que llegase el nuevo gobernador general. No ha respondido á otro propósito su embarque en el *Monserrat*, ni esta peregrina idea de aguardar al general Blanco á bordo de dicho trasatlántico, en vez de permanecer en tierra hasta la entrega del mando.

A pesar de que la llegada del *Alfonso XIII* se demora, el general Weyler continúa embarcado y con propósito de no saltar á tierra.

Las palabras que pronunció al recibir á la comisión de manifestantes, han parecido inusitadas en labios de quien todavía era general en jefe del ejército de la isla. Es opinión unánime de las personas sensatas, que revelan despecho y propósitos de venganza.

En su alocución de despedida á los habitantes de la isla, el general Weyler emplea, exagerándolos, los mismos conceptos de la comunicación que se publicó en Madrid; alude á la época del general Martínez Campos y dice que la fuerza y la justicia estuvieron simbolizadas en un cadáver. (?)

Con extrañeza de muchos españoles, cuya actitud es mental en estas cuestiones, en la manifestación no hubo ninguna aclamación para la madre patria ni para los reyes, hasta que un coronel de caballería, indignado de lo que ocurría, gritó con voz estentórea: ¡Viva España!, ¡Viva el rey!, ¡Viva la reina! Oyéronse en cambio, rabiosos mueras á la autonomía y á la prensa.

Entristece considerar, no tan sólo la situación en que la isla de Cuba queda al salir de aquí el marqués de Tenerife, sino el especial y crítico estado en que se halla la ciudad de la Habana, por efecto de una agitación que el general Weyler se ha complacido en fomentar.

Sus últimos actos personales, y aun los de gobierno, acusan el propósito de dificultar la acción de los poderes públicos de la Metrópoli.

No contento con sembrar en el ánimo de muchos españoles el germen de una rebeldía latente, dícese que ha tratado de ganar la voluntad del ejército haciendo á última hora extraordinarias propuestas de recompensas, en cantidad y calidad tales, que difícilmente les podrá dar su aprobación el ministro de la Guerra.

Circulan diferentes proclamas de los laborantes contra la autonomía. En ellas se habla de la despedida al general Weyler, de su mando y de la reconcentración, con palabras que creo inútil consignar.

Los que sienten de veras el patriotismo, cualquiera que sea el partido en que militan, creen que el nuevo gobernador general debe consagrarse preferentemente á restaurar la paz moral en la Habana.»

***

Generales censuras y juicios severísimos mereció de la opinión imparcial y neutra de la Península, la conducta inexplicable é insólita del general Weyler.

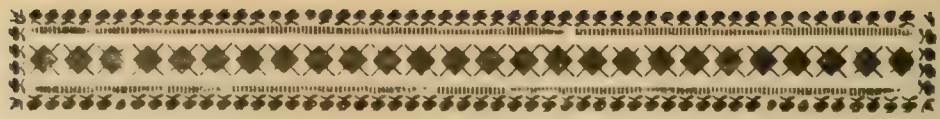
Lo que mayormente la indujo á censurarle fué la gestión desdichada, el fruto tan escaso que sacó de los enormes sacrificios que la nación había hecho, durante los veinte meses que dicho señor dirigió los asuntos de la guerra en la gran Antilla. Lo que á veces la irritó y seguía irritándola, fué el sistema aplicado hasta la última hora de su mando y reducido á no decir nunca al pueblo español la verdad. ¡Aún no había abandonado las aguas de Cuba el vapor á cuyo bordo regresaba á la

Península el ex-gobernador general, cuando el cable nos anunció que en la provincia que se había dado por la *más pacificada*, en Pinar del Río, una partida de cuatrocientos rebeldes sostenía ruda pelea con nuestros soldados y nos causaba ocho muertos y veinticinco heridos graves!

Semejantes ofensas inferidas un día y otro día al buen sentido nacional, arrancaron frases acerbas de labios de la opinión, y si de tales durezas fuera precisa la justificación, á darla bastaría la increible é incalificable conducta del general Weyler en los postrimeros momentos de su mando.

Ordenóle el Gobierno que entregase personalmente el mando de la isla al capitán general marqués de Peña Plata, y, á pesar de esa orden, con un pretexto pueril, que apenas admite ni ese nombre, el marqués de Tenerife, horas antes de la llegada de su sucesor, abandona el palacio de la capitanía y se dirige al vapor *Montserrat*, y embarca en él, cual si estimase en un ardite las disposiciones del gobierno supremo de la nación.

Muy interesante debía de ser para el general Weyler la manifestación que sus amigos le prepararan, mucho debía de importarle que con la llegada del general Blanco no se frustrase tan fecundo, expontáneo y patriótico movimiento; pero debiera y hubiera debido interesarle más la disciplina, la cual no quedó con tales ejemplos muy bien parada, é importarle superiormente el juicio que de cómo se cumplen las disposiciones del Poder público en el Estado español por sus mismos y más altos funcionarios, y cómo se expresan éstos tocante á los actos de aquél, hubieron de formar los pueblos de América y de Europa.



CAPITULO IV

Llegada del general Blanco.—Weyler á bordo del *Alfonso XIII*.—Conferencia de los dos generales.—El desembarco del marqués de Peña Plata.—Entusiasta acogida del pueblo cubano.—Alocución del nuevo capitán general de Cuba á los habitantes de la isla.—Las primeras impresiones del general Blanco.—Influencia benéfica de las reformas en el campo insurrecto.—Impresiones de los presentados.—Pretexto inutilizado.—Una carta de Máximo Gómez.—La opinión de los laborantes separatistas.—Declaraciones del general Blanco.—Esperanzas.

Las siete de la mañana del 31 de Octubre entró en el puerto de la Habana el vapor correo *Alfonso XIII*, que conducía al general Blanco y su Estado mayor.

En la bahía y muelles reinaba gran movimiento haciendo los preparativos para recibir al nuevo gobernador y capitán general de la gran Antilla.

Todos los remolcadores estaban engalanados, así como los muelles y los edificios.

Las comisiones receptoras acudían á los muelles, que iba invadiendo la muchedumbre.

Inmediatamente que fondeó en bahía el *Alfonso XIII* pasó el general Weyler á saludar al marqués de Peña Plata, su sucesor, y hacerle entrega del mando superior de la isla.

Ambos generales conferenciaron por espacio de hora y media, y terminada la entrevista, de cuyo detalle no tenemos noticia, despidióse

el general Weyler con mucho afecto de todos y volvió á bordo del *Montserrat*, que debía zarpar á la una de la tarde.

Al dar fondo el *Alfonso XIII*, rodeáronle innumerables embarcaciones desde donde se aclamó al general Blanco, al rey, á la reina y á Cuba española.

A las diez de la mañana veinte y un cañonazos anunciaron el desembarco del general Blanco.

Las tropas y voluntarios cubrían la carrera, sonaron las músicas, y una inmensa multitud agolpóse en el muelle y en las calles por donde había de pasar el general, que fué acogido con verdadero entusiasmo y con vivas á Cuba Española.

En el largo trayecto que recorrió el general Blanco no dejó de escuchar un sólo instante las aclamaciones de la multitud á su persona, al ejército, á España y á Cuba española.

Al llegar frente á la Capitanía fué aclamado el marqués de Peña Plata por el inmenso público que llenaba la Plaza de Armas y todas las calles adyacentes.

Los acordes de las músicas se mezclaban á las aclamaciones de la muchedumbre, que llevaba banderas nacionales.

En los salones del palacio de la Capitanía general no se podía dar un paso: todos ellos rebosaban materialmente de gente.

El general asomóse al balcón y, después de saludar al pueblo cubano, dió vivas á España, al rey y á Cuba española, que fueron contestados por la multitud con verdadero frenesí.

Seguidamente las comisiones civiles y militares y de los partidos insulares saludaron y cumplimentaron al nuevo gobernador general, quien contestó afectuosamente á todos, diciendo que esperaba que todos seguirían prestando á la patria su concurso leal y eficaz para terminar una rebelión indigna, causa de la ruina de Cuba.

***

Al hacerse cargo y tomar posesión el general Blanco del mando superior de Cuba, dirigió á los habitantes de la isla la alocución siguiente:

«... Vuelvo entre vosotros, no sin preocupaciones, pero lleno de sinceridad, de buen deseo y de esperanzas. Dichoso me llamaré si logro

LUYANO (Habana)

dejar salvados los intereses de España, más queridos para mí que si fueran míos, que el gobierno me ha confiado.

»Encárgame éste de plantear las reformas que constituyen su programa, las cuales, además de conceder á Cuba el *self gubernement*, han de afirmar la soberanía de España.

»Para ser intérprete fiel del gobierno que aquí me envía, propóngome seguir una política de expansión, de generosidad y de olvido, encaminada á restablecer, por medio de la libertad, la paz en Cuba.

»Yo vengo encargado de hacer á todos justicia, de abrir plaza á todo interés legítimo, de restablecer la riqueza y la prosperidad de este hermoso país, esperando que todos contribuyais á esta obra en que España quiere acreditar todo el amor que siente hacía ésta su hija predilecta.

»Yo vengo á arrojar de la isla al enemigo que empuña las armas contra la madre patria.

»Vengo, en fin, para proteger á cuantos vivan al amparo de la ley; pero también para hacer sentir con toda energía el rigor de las armas á los ingratos, á los obstinados y pertinaces que pretendan continuar los horrores de la guerra en este rico suelo que España descubrió é hizo prosperar».

Seguía después otra alocución dedicada á saludar á los soldados, á los marinos, á los voluntarios y al cuerpo de bomberos.

***

El día 2 de Noviembre recibióse en el ministerio de Ultramar un cablegrama del general Blanco, en el que éste reflejaba y trasmitía al Gobierno sus impresiones respecto á las consecuencias que, en su sentir, produciría la implantación en Cuba del nuevo régimen político.

El gobernador general de Cuba, después de oir la opinión de muchas de las personas de mayor arraigo y más caracterizadas de la Habana, veía, como ellos, que la insurrección resultaría profundamente quebrantada con la instauración de la autonomía.

Aseguraba que se había reanimado extraordinariamente el espíritu público y que se esperaba con impaciencia y con deseo el establecimiento definitivo del nuevo régimen, por considerársele, generalmente, como medio eficaz para obtener el restablecimiento de las normalidades en Cuba.

Y, por último, aun cuando de pasada, hacía constar que su presencia en la isla había sido acogida por la generalidad de sus habitantes con marcadas muestras de simpatía.

Comenzaba á sentirse, en efecto, la influencia beneficiosa para España del cambio de política, en el centro mismo de la insurrección, en Las Villas, allí donde desde la Navidad del 96 estaba acampado Máximo Gómez. No lo decimos nosotros: lo atestigua quien, si hubiera podido, desacreditara los efectos del nuevo régimen.

Coincidiendo con las halagüeñas impresiones del marqués de Peña Plata, escribía en 13 de Octubre un periódico de la ciudad de Remedios (Las Villas)—que recibimos por el último correo llegado á la Península el propio mes—defensor desde el grito de Baire de «la guerra por la guerra» y afiliado al partido de Unión Constitucional, lo que copiamos textualmente:

«Varios de los presentados en estos días aseguran que en el monte se está desarrollando un cisma por la diversidad de pareceres y modo de pensar entre blancos y negros, con respecto á *las reformas políticas.*

»En efecto; los liberales que están en armas ó los que lo fueron, *están dispuestos á presentarse en cuanto se proclame en Cuba la autonomía.*

»Los de color, por el contrario, no están dispuestos á la presentación, y con la mayor intransigencia piden la continuación de la guerra.

»Se explica muy bien este dualismo de pareceres, por las diversas aspiraciones, educación, ilustración y manera de ser de una y otra raza.

»El negro en el monte tiene dos pretensiones: primera, la preponderancia de su raza; segunda, la perpetuidad de la revolución que le ha de proporcionar elementos y recursos para conseguir aquélla.

»El blanco no tiene otra que la de conseguir el triunfo de su ideal político.

»Conseguido éste, en parte ó en todo, claro es que ha de volver á la legalidad.

»Ningún autonomista que piense, ningún cubano ilustrado conocedor de la revolución actual, *quiere hoy la independencia ni tampoco la continuación de la guerra. Lo que quiere es la autonomía y la paz.*

»De esta diversidad de opiniones ha de resultar ahora en el campo enemigo una división, *un cisma entre blancos y negros que* (como en la guerra pasada) *ha de facilitar mucho la terminación de la guerra y la consecución de la paz*».

***

Tal decía un periódico cubano, al sólo anuncio de un cambio de régimen político en la isla. No afirmaban lo mismo, ni cosa parecida, algunos de sus colegas y correligionarios de la Habana; pero hay que advertir que éstos estaban lejos del teatro de la acción, y aquéllos muy cerca, y que los que escribían casi desde el campo de batalla en el territorio de Las Villas, en el centro mismo de la insurrección, oyendo á los *pacíficos* reconcentrados que llegaban del monte sufriendo las penalidades de la lucha, tenían hartos más motivos para conocer el espíritu de la rebeldía que los que respiraban la atmósfera ficticia de las manifestaciones oficiales.

Dando todo el valor que tienen á las impresiones de los presentados en Remedios, cabe sentar la siguiente afirmación:

Si antes de lo que pudiera llamarse el *debut* del régimen autonómico, se afirmaba—y no por nadie interesado en el triunfo de las nuevas ideas—que los blancos que estaban en armas hallábanse dispuestos á presentarse en cuanto se proclamara en Cuba la autonomía, y se añadía que ningún cubano ilustrado, conocedor de la revolución actual, quería la independencia ni tampoco la continuación de la guerra, ha-

bía que esperar racionalmente que la actitud favorable á la obediencia á la patria, se acentuaría luego que los proyectos se convirtieran en realidades tangibles.

Además, para cualquiera persona medianamente observadora era perceptible que en las líneas que á sus planes habían trazado los labo-

TIPOS INSURRECTOS DE LAS PARTIDAS DE CALIXTO GARCÍA

rantes norteamericanos, y quizás los miembros de su gobierno, se había atravesado la nueva situación política formada en nuestro país.

Con su actitud conciliadora, con sus proyectos de amplias reformas, con el relevo del general Weyler, el ministerio español quitó al de Washington los pretextos en que éste parecía apoyarse para ofrecerse ante el mundo civilizado como simpatizador con el débil y opreso, deseoso de la paz y representante de los sentimientos humanitarios heridos por cruentísima y prolongada guerra.

SIERRA DEL COBRE (Santiago de Cuba)

BLANCO 7

Esta hipocresía no era posible ya. Había caído al suelo el antifaz con que se cubría el rostro la codicia *yankee*. Pero como la avidez y el afán con que perseguía aquélla su presa eran en el fondo los mismos, debíamos tener la certidumbre de que se nos buscaría las vueltas por otro lado...

El sistema de guerra,—si es que se puede llamar sistema á ello,—empleado por el general Weyler en Cuba, la política toda desarrollada allí por el marqués de Tenerife eran el auxiliar más eficaz de la empresa perseguida por los que odiaban á España y codiciaban la hermosa y desventurada perla de nuestras Antillas.

La justicia y la humanidad les tenían sin cuidado á esos adoradores del negocio; pero servíales demasiado bien lo que estaba ocurriendo en Cuba y que Europa sabía por los corresponsales de su prensa periódica.

Por esta razón al acabárseles el pretexto echaron mano de Mr. Taylor, su ex-ministro plenipotenciario en Madrid, para que este perfecto caballero dijera que de todas suertes el resultado sería el mismo, porque España carecía de aptitudes para tener bajo su soberanía colonias como la isla de Cuba. Pero esto no engañó á Europa ni América, antes bien descubrió con sobrada claridad el juego de esos pretendidos apagadores del incendio, al cual no cesaban de arrojar combustibles.

***

Los periódicos de Nueva York publicaron el día 2 una carta de Máximo Gómez, el titulado *generalísimo* de los separatistas cubanos.

En ella insistía el famoso cabecilla dominicano en declarar que debían rechazar los cubanos la autonomía, cualquiera que fuese su carácter, siempre que fuera ofrecida por España.

Después añadía el titulado general:

«Nuestra actitud en el campo de batalla es nuestro mejor programa.»

«Hemos recibido recientemente de lós Estados Unidos una importante expedición de armas y municiones y pronto habrá de oir España de nuestros rifles viriles protestas contra su falacia.»

La Lucha de la Habana hizo una información para conocer lo que pensaban los jefes de la insurrección residentes en los Estados Unidos acerca de la autonomía que el gobierno iba á conceder á Cuba.

Consultado al efecto Estrada Palma, representante en Nueva York del «gobierno provisional cubano»; Enrique J. de Varona; el periodista y poeta cubano Francisco Sellén; el doctor Henry Lincoln de Zayas; el *coronel* López de Queralta, que hizo la guerra de los diez años; el abogado Carlos Párraga; Samuel Tolón, refinador de azúcar; el abogado y periodista Nicolás Heredia; el célebre Trujillo, director de *El Porvenir*, y el *brigadier* y cirujano Agramonte, todos estuvieron unánimes en declarar que la autonomía no satisfacía á los insurrectos y que éstos no querían más que la independencia.

Tal era la opinión de los laborantes que residían en los Estados Unidos y que allí representaban á los del campo y les ayudaban con expediciones.

***

En la visita de cortesía que los corresponsales en la Habana de periódicos norteamericanos rindieron el día 2 al nuevo capitán general de Cuba, hizo el general Blanco declaraciones muy explícitas.

«Muy pronto,—les dijo,—se verá la sinceridad con que España practica la nueva política en Cuba, que se implantará en cuanto se complete el censo.

»Creo que este será un medio eficacísimo para lograr la completa

y definitiva pacificación en la isla; pero si desgraciadamente no fuere así, contestaré á la guerra con la guerra, si bien lamentando como el que más el verme en la triste necesidad de tener que derramar más sangre.

»Es absolutamente falso y hasta injurioso que yo piense entrar en componendas ni tratar con los rebeldes. Eso lo impide la dignidad de España y mi propia dignidad; pero recibiré con los brazos abiertos á cuantos olvidando sus lamentables errores vuelvan á la normalidad y á la paz.»

Dijo, además, el general Blanco á los periodistas yanquis, que él no había censurado los planes de su antecesor en el mando de la isla.—«Lo que sí declaro,—añadió,—es que los míos son distintos.»

Pronto, muy pronto daré las oportunas órdenes para que sea modificado el bando relativo á la reconcentración de pacíficos, porque yo no hago la guerra contra mujeres ni contra niños.

»También dispondré en seguida que se amplien las zonas de cultivo, dejando que los campesinos que salgan á trabajar puedan vivir.»

Por último, dijo el general, que no creía sobreviniera ningún conflicto entre España y los Estados Unidos, y que era inexacto que las reformas políticas á punto de ser planteadas obedecieran á ninguna clase de presiones ni á otra cosa que al generoso deseo de España de mejorar y engrandecer la isla de Cuba.

Por momentos crecentaban las impresiones optimistas que por diferentes conductos recibía el general respecto al estado del país resueltamente favorable al término de la guerra por la autonomía.

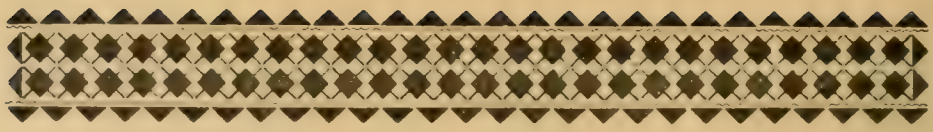
Se propagaba la confianza en la proximidad de la paz y reinaba gran animación entre los elementos liberales de la isla.

Entre la salida del destituido gobernador general de Cuba y la llegada de su sucesor, medió una inmensidad de tiempo, aunque en realidad no hubiera más que una diferencia de horas.

Entre la ruta que habíamos abandonado y la que habíamos empren-

dido, aunque no se viera ninguna interrupción, medió una inmensidad de espacio.

Y esto hizo concebir á la opinión grandes esperanzas en el logro de la paz, sumo ideal de los españoles de la Península y de los españoles de Cuba.



CAPITULO V

La acción moral.—Esperando en calma.—Información acerca del verdadero estado de la rebelión en las provincias *oficialmente* pacificadas.—La provincia de Pinar del Río.—Graves noticias.—Blanco y Weyler.—Desdichas y errores.—Cambio de situación.—Circular al ejército.—¡Adelante!—Por mejor camino.—Dos desengaños.—Un voto y un deseo.

RAN de buen agüero los telegramas que empezaban á llegar de Cuba.

No nos referimos únicamente á la esperanza que allá despertaban las soluciones autonomistas; nos referimos, ante todo, á la saludable reacción que se iniciaba en los espíritus, y al acierto de las primeras disposiciones con que había inaugurado su gestión el marqués de Peña Plata.

Excelente y eficacísimo, á nuestro humilde entender, fué el remedio con que se trató de curar y salvar la isla; pero para que ejerciera su benéfica acción era preciso que antes se devolviera un poco de fé á los ánimos abatidos y un poco de fuerza á los organismos exhaustos.

A ello había de contribuir en gran manera el trabajo preparatorio del general Blanco, quien para proteger las personas y las cosas decidió facilitar los medios de transporte, permitir dentro de límites razonables el acarreo de los frutos, mejorar la situación angustiosa de los concentrados y extender cuanto fuera dable las zonas de cultivo.

Realizárase así una obra de alta humanidad y una empresa de positiva conveniencia.

Nada nos había causado tanto daño, en el concepto universal, como el relato de los horrores producidos por la concentración y aumentados por el sentimentalismo ó por la aviesa voluntad de los comentaristas extranjeros.

Por motivada que hubiese estado la política ó la estrategia que retenía millares de criaturas alrededor de las poblaciones á las que no se les suministraba ni albergue, ni pan, ni medicinas, jamás ante la Europa cristiana aparecerá justificada la necesidad de tan extremados recursos.

SEGUNDO DEL CABECILLA PERICO DÍAZ

De ahí vino el clamoreo que levantó la prensa internacional, y que no surgía tan sólo de las publicaciones esencialmente políticas, sino también de las consagradas á las letras, las ciencias y las artes.

Con escándalo mayor que los grandes diarios, hablaron las revistas blancas ó azules de París y de Londres.

Existía ya una leyenda parecida á las de Polonia y Armenia, cuyas exageraciones iban en aumento y contra la cual nada podía ni servía la rectificación de algunos escritores imparciales. ¿Cómo había de servir si aun los que proclamaban la substantividad de nuestro derecho condenaban de paso la severidad, la injustificada crueldad de nuestra conducta?

Arbitrarias é injustas fueron las apreciaciones á que aludimos; pero aunque las desmentiéramos con pruebas y testimonios irrefutables, nuestra voz no pasaba más allá de las fronteras, y la de nuestros apasionados acusadores resonaba por todo el mundo.

«No importa,» dirían tal vez los que usan y abusan de esa frase tan grata á los oídos españoles. Pero se engañaban al decirlo, porque del crédito en el exterior, tanto como de los medios y energías interiores, viven hoy todos los pueblos.

¿Qué no nos sucediera á nosotros, obligados á arrostrar dos guerras terribles y á sufrir las abrumadoras imposiciones del cambio?

Sí; discretas, equitativas y convenientísimas fueron las primeras disposiciones del último gobernador general de Cuba.

Reanimados en la grande Antilla los espíritus y destruido en el concepto de Europa la siniestra fábula de nuestros rigores, la empresa magna de la pacificación fué de esperar llegara con mayor facilidad á dichoso término.

Prevalecería siempre nuestro indiscutible derecho; pero prevalecería más pronto auxiliado por la rectitud de nuestras intenciones y santificado por la humanidad de nuestra conducta.

Los despachos del general Blanco y de los corresponsales reflejaban un optimismo, cuyos fundamentos desconocíamos todavía, y que por eso nos abstenemos de juzgar. Animado, sin duda, por estos informes, y quizás también por otros, mostrábase el gobierno dispuesto á comenzar la serie de decretos preparatorios de la autonomía, y empezaba á asentar las bases de la obra con algunos nombramientos de caracterizados autonomistas.

Proponíase también el Gabinete liberal, á la vez que rogar á Dios por la paz con el desarrollo de la nueva acción política, dar fuerte con el mazo de la guerra en los que peleaban contra España en la manigua. No hay que negar, al propio tiempo, que se habían desvanecido algún

tanto las ilusiones de aquellos espíritus románticos que soñaban con la eficacia pacificadora de las libertades políticas y administrativas que ansiaban introducir en nuestros últimos territorios americanos.

Es un hecho, que mientras los partidarios de la sola acción política soñaban en la eficacia de sus ideales, los filibusteros desembarcaban armas y municiones con más prisa que nunca, en previsión de que se les secase el copioso caudal de recursos militares que para ellos manaba de los Estados Unidos. Y, seguramente que su acopio no sería para regalárnoslas al someterse.

De no tener ese objeto es indudable que eran para la guerra, la cual iba á seguir lo mismo que antes, dependiendo su terminación, principalmente, de la pericia y buena voluntad de los directores de la nueva campaña.

De lo que con esas dos cualidades se podía hacer todavía sin grandes sacrificios de la ya harto sacrificada España, dió excelente testimonio el buen estado de fuerzas de las tropas que estaban en el Camagüey á las órdenes del general Jiménez Castellanos. Los batallones de aquel distrito se encontraban casi completos y tenían la mayor parte de la gente sana y en condiciones de seguir operando, muy al contrario de lo que sucedía en las provincias occidentales y en Santiago de Cuba, donde había cuerpos que apenas se componían de unas cuantas docenas de hombres.

¿Qué mejor demostración de que las infinitas bajas que las enfermedades habían hecho en nuestras filas no eran obra solo del clima de Cuba, sino de la incapacidad y de otras causas? Donde había habido un general capaz y cuidadoso, la mortalidad había sido escasa.

Por lo mismo que esto es cierto y que el mal estaba más en los hombres que en la Naturaleza, no se debía desesperar del remedio y podíamos confiar en que las operaciones, cuyo próximo comienzo anunciaba el telégrafo, fu sen más decisivas que las anteriormente empren-

didas, tanto ó más eficaces que las reformas políticas y menos mortíferas para nuestro sufrido ejército. Con todo eso podríamos escusar el envío de más expediciones, satisfaciendo así, al par que un interés de humanidad, una legítima aspiración del país.

***

Debido á minuciosas averiguaciones, practicadas por nuestro celoso corresponsal en la Habana, para inquirir el verdadero estado de la rebelión en las provincias que *oficialmente* dejó pacificadas el general Weyler, recibimos exactísimos informes referentes á la provincia de Pinar del Río, basados no en referencias oficiales, sino en relatos hechos por personas llegadas del teatro de la guerra, y que habían estado y vivido en el campo con los rebeldes.

Según esas personas, había en la provincia de Pinar del Río, al comenzar el mes de Noviembre, unos mil insurrectos, bastante bien armados con fusiles Remington y más que bien provistos de cartuchería.

Al frente de esas fuerzas enemigas se hallaba el cabecilla Perico Díaz.

En algunas zonas contaban los insurrectos con provisiones, y hasta tenían ganados. En otras les era muy difícil adquirir viviendas.

Casi todos los rebeldes iban desnudos, y eso que en las expediciones que últimamente habían desembarcado en aquellas costas, les envió la Junta laborante de Nueva York algunas ropas.

En el campo insurrecto, las enfermedades producían grandes estragos, pudiendo asegurarse que todos los rebeldes de Pinar del Río estaban enfermos de paludismo. Además, la viruela producía entre ellos numerosas víctimas, y como aun cuando contaban con médicos más que suficientes, las medicinas escaseaban mucho, no podían por ello combatir con mediano éxito siquiera tantas calamidades.

Entre ellos no existían disgustos, antes tan frecuentes por la diferencia de raza; pero persistían con igual encono las diferencias y aun la lucha entre orientales y occidentales, sin distinción de blancos y negros.

«Dado el prestigio que en toda la provincia de Pinar del Río gozaba merecidamente el general Bernal y los nuevos procedimientos que comienzan á plantearse, tengo, y no vacilo en proclamarlo así, plena confianza en un cercano éxito».

Idénticos trabajos se habían empezado á hacer en las demás provincias de la isla hasta la trocha del Júcaro, esto es, en todo el territorio que dejó pacificado el general Weyler.

«El objeto principal de esta campaña—que en realidad comienza muy bien—es establecer el contacto con el país, para lo cual conviene además resolver pronto y acertadamente la provisión de los cargos civiles».

***

Del propio corresponsal recibimos por correo otro interesante informe fechado en la Habana el día 4, en el que nos advertía que por no permitir el general Blanco telegrafiar nada que pudiera molestar al general Weyler, no había podido trasmitir por cable las muy importantes noticias que circulaban allí con visos de absoluta autenticidad.

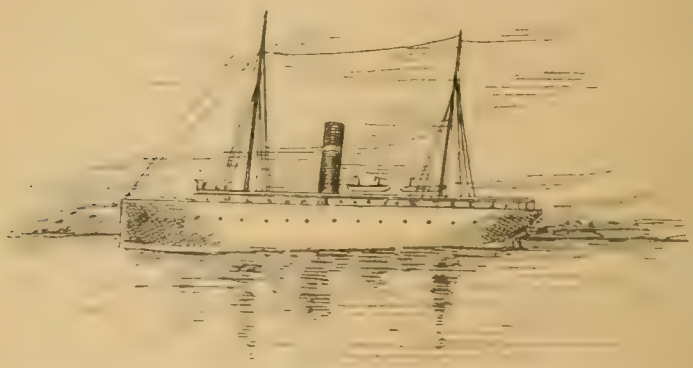
«Es increible el abandono en que han quedado aquí los asuntos referentes á la guerra,—dice el informe á que aludimos.

»El general Weyler se reservó el mando hasta celebrar su entrevista con el marqués de Peña Plata; pues solo quiso resignar el cargo de gobernador en el contralmirante Navarro, y éste se negó á admitirlo.

»El nuevo capitán general, al hacerse cargo del mando superior de la isla, no encontró ni papeles ni noticias referentes á la insurrección, ni siquiera personas que pudieran informarle acerca del estado de la misma.

»Dícese que se habían realizado muchos trabajos para excitar al elemento español y ganar adhesiones, á fin de impedir que se hiciera un buen recibimiento al general Blanco.

»El buen recuerdo que éste había dejado en la capital y las simpa-



VAPOR «MANUELITA», TRASPORTE DE TROPAS EN LA ISLA

tías generales de que goza, se sobrepusieron á todo manejo de hostilidad, y su llegada fué objeto de grandes manifestaciones de entusiasmo.

»La situación ha cambiado mucho.

»El elemento conservador confiesa que Weyler no despertaba entusiasmos, sino como símbolo de oposición á la autonomía que los de la Unión constitucional consideran peligrosa. Esperan, sin embargo, los sucesos para fijar su actitud, aunque no ocultan su odio á Moret, suponiéndole el timón de la nueva política.

»Parece que esto mismo ha sido explotado por Weyler cerca de los elementos contrarios al actual gobierno de España.

»Se desconoce todavía la verdadera situación del ejército, pero se sabe que ha habido *cincuenta mil* bajas entre fallecidos y regresados á la Península.

»Actualmente hay *cuarenta mil* enfermos y *cincuenta mil* útiles para operar, quedando el resto, hasta doscientos cincuenta mil, entre destacamentos y destinos ignorados.

»Si antes, habiendo ganado abundante, apenas comía el soldado, ahora que aquél escasea, puede calcularse cuál será la situación del ejército.

»El general Blanco ha nombrado una comisión, compuesta del jefe superior de Sanidad y el intendente militar, presidida por el general González Parrado, para resolver la cuestión de subsistencias, dándoles el encargo de que procuren, por todos los medios que estén á su alcance y de que puedan disponer, que el soldado coma y sea atendido en sus enfermedades.

»Equivócanse quienes crean que el nuevo capitán general vá á fiarlo todo á las reformas políticas. Mis impresiones son que se hará la guerra con más energía que nunca, aunque abandonando ciertos procedimientos.—*X*...»

***

No respondemos de la precisa exactitud de las preinsertas noticias que nuestro celoso corresponsal en la Habana nos comunicó por circular allí «con visos de absoluta autenticidad».

Pero teniendo en cuenta el aforismo latino que dice—*Vox populi, vox Dei*—llamamos sobre ellas la atención de todos los espíritus desapasionados, y preguntamos:

Si eso es cierto, si en Cuba se ha llevado la gestión gubernativa y el mando del ejército en la forma que supondría la existencia real de

tan grandes desdichas; si se confirmase que ni siquiera sabemos lo que nos quedaba del heróico sacrificio hecho por la nación; que no había datos, ni documentos, ni referencias, ni nada, ¿con qué podrán pagar sus imprevisiones, su incapacidad, sus descuidos, su ineptitud, sus ficciones, sus desaciertos, sus yerros, los autores de desdicha tan inmensa para la Patria?...

«La situación ha cambiado mucho»,—decía nuestro informante.

Los telegramas de la Habana, llegados á la Península en los días 5 y 6, probaron que el nuevo capitán general y los generales que le secundaban, tenían de la campaña y de su organización criterio muy distinto.

España, al dotar de un régimen autonómico á las Antillas, lo hizo pensando en el bienestar de los hijos fieles, y en manera alguna para comprar la inútil adhesión de los espúreos y desnaturalizados.

Complemento de las medidas ya preparadas por el gobierno central, fué la hermosa circular dirigida al ejército de operaciones por su ilustre general en jefe.

En esa circular, que mereció unánimes elogios por su recto espíritu, por lo mucho que había de contribuir á fortalecer la moral de los soldados y por lo que enaltecería nuestro honrado nombre en el extranjero, el general Blanco comenzaba saludando al ejército y encomiando altamente el valor del soldado español.

Encarecía la disciplina, sin olvidar el respeto más absoluto á la propiedad y al amparo que debe otorgarse á las personas inermes é indefensas.

Decía que estas son leyes esenciales del *Derecho de gentes*, obligatorias para todos los que forman el ejército de una nación civilizada, aunque las desconozca con sus tropelías el enemigo.

Recomendaba la energía en el combate, pero la clemencia con el vencido y el respeto á la vida de los prisioneros.

El Gobierno no vacilaba en reconocer la personalidad de la colonia; el gobernador notificaba á los facciosos que los combatiría sin tregua, mas no por eso se creía exento de aconsejar á sus heróicos soldados el respeto á los prisioneros y la clemencia para con los vencidos.

A la sombra de tan noble programa militar y político, bien pudimos confiar en el triunfo de nuestra causa, en pró de la cual se determinarían rápidamente todas las simpatías, hasta entonces indecisas, de las naciones cultas.

Las primeras resoluciones del general Blanco merecieron la aprobación de la inmensa mayoría de los españoles. La protección á la propiedad; la defensa de las vidas y haciendas; la formación de zonas de cultivo; el reparto de socorros á los enfermos y desvalidos; la libre venta del ganado; las disposiciones relativas á la seguridad de los ferrocarriles, fueron medidas indispensables para la constitución de la guerra. Al tomarlas, probaron los directores de ésta dos cosas: la primera, que tenían su plan y que se disponían á afrontarlo; la segunda, la razón que á la opinión asistía al decir que nada se había hecho, que no existía organización alguna y que el general Weyler ni siquiera había preparado lo necesario para operar con éxito, reduciéndose su estrategia á dejar que la rebeldía se acabase por consunción; método de resultados infalibles, sí, pero no sólo eficaz para el agotamiento de los rebeldes, sino tambien para producir el nuestro.

Entre aclamaciones que expresaban la confianza del pueblo español en el próximo triunfo, partió de la Península en Marzo de 1895 el general Martínez Campos, y al acabar el año la desilusión era completa. El general que esperábamos triunfador volvió fracasado, sino vencido.

Fué á reemplazarle, más acompañado aún de aplausos y de esperanzas el general Weyler, y regresaba igualmente sin haber merecido tampoco los favores de la fortuna, al cabo de veinte meses de solicitarlos y aun de fingirlos para esconder que le faltaban.

Estos dos desengaños quebrantaron de tal manera la fé del país, que la despedida hecha al general Blanco y sus acompañantes, fué no más que cariñosa; sin entusiasmos populares.

Un voto hicimos al partir el general Blanco para la gran Antilla;

DESCARRILAMIENTO DE UN TREN EN LA LÍNEA DE JARUCO

un deseo le acompañó en su viaje al Nuevo Mundo descubierto por el gran Colón: que pluguiera á Dios que el espíritu nacional viera de nuevo desmentida su perspicacia, y que así como antes se equivocó esperando la victoria de los que no tuvieron la dicha de alcanzarla, la consiguiera al fin de aquéllos de quienes la esperó más tíbiamente.

POTRERO EN LAS LOMAS DEL PURGATORIO

BLANCO 9

CAPITULO VI

Cambio de situación.—Reconstitución de la guerra.—Reorganización del ejército en operaciones.—Distribución de mandos.—Detalles del combate de Lomas del Purgatorio.—Propósitos del general Blanco.—Aspecto militar de la campaña.—Confianza en las nuevas autoridades.—Varias circulares.—Indulto de Quesada.—La rebaja de víveres.—Dolorosas revelaciones.—Necesidad de un ejemplar escarmiento.

INSOSTENIBLE era el estado de cosas en Cuba, al ocurrir el cambio de gobernador general demandado por la opinión liberal de allá y de aquí, pues era tal el aniquilamiento de todas las fuentes de producción, que los más ricos hacendados veían su fortuna totalmente perdida.

Pero conjurado el peligro con el cambio de política y de director, en camino de ir poco á poco recobrando las fuerzas, concibieron muchos la esperanza de que la guerra acabase en 1898.

La isla estaba preparada para la nueva política, dispuesta á gobernarse por la autonomía y á lograr por ella el triunfo de España.

Los *treinta y nueve centrales* (como se llaman allí los ingenios que tienen montada la maquinaria moderna y verifican dentro de su *batey* todas las operaciones de fabricación del azúcar) se preparaban á moler en el mes de Diciembre inmediato. Esto era de gran interés, porque los treinta y nueve ingenios centrales eran todos los que había en la

isla, de modo que habría trabajo en abundancia que era, sin duda, la única y mejor manera de restar fuerzas á la insurrección, de evitar que los *guajiros* se fuesen á la manigua.

Además, había mucho tabaco sembrado y la cosecha se esperaba fuese buena, lo que era también un seguro indicio de la reparación de las fuerzas productoras de la gran Antilla.

La situación sanitaria de la isla nos la pintaban fidedignos informes de diversos centros de un modo horrible, especialmente en las provincias occidentales.

Sin referirnos á la salud de las tropas y aludiendo únicamente á la del vecindario, baste consignar unos datos para deducir la verdadera y tristísima situación.

Durante el anterior mes de Octubre murieron en la ciudad de Matanzas 850 PERSONAS.

En ese mismo período de tiempo sólo se registraron cuarenta nacimientos.

En el pueblo de Santo Domingo (Las Villas), que tenía unos 5.000 habitantes, morían por término medio diariamente 30, y hubo días que se enterraron 47 personas.

Las causas que determinaban este aflictivo estado eran el olvido de la higiene y la falta de alimentación y de asistencia facultativa.

Una de las primeras disposiciones que, como hemos dicho ya, se apresuró á dictar el general Blanco, encaminóse á poner enérgico remedio á esa situación verdaderamente aterradora.

***

Dificilísima era la tarea á que sin perder minuto hubo de dedicarse, así que se hizo cargo del mando superior de la isla, el general Blan-

co, pues había que reconstituir la guerra y halló aquello casi abandonado. Así es que desde que desembarcó puede decirse que no dejó de trabajar, ayudado por el jefe de Estado mayor general Pando, en la reorganización de nuestras fuerzas.

Al efecto, dictó una orden general creando las comandancias generales de operaciones. A los generales encargados de estos mandos se les confirió iniciativas propias, aunque naturalmente sujetas á la jefatura suprema del capitán general.

Fueron nombrados: jefe militar de la provincia de la Habana el general González Parrado, de la de Pinar del Río el general Bernal, de Sancti Spíritus el general Salcedo, de Holguín el general Luque y de Santa Clara el general Aguirre.

Al general Martínez se le confió el mando de las fuerzas que defendían la trocha de Júcaro á Morón.

Dentro de estas divisiones quedaban las brigadas que había operando á la fecha, excepto en la provincia de la Habana, donde operarían en la parte Norte el general Valderrama con su brigada, y al Sur, con la suya, el general Ceballos.

La de caballería que mandaba el general Maroto, seguiría operando como hasta la fecha en la misma provincia.

Los periódicos de la Habana del día 3 publicaron extensos relatos del encuentro sostenido el día 30 del mes anterior en Lomas del Purgatorio (Matanzas) por la columna mandada por el general Molina contra numerosas fuerzas rebeldes perfectamente parapetadas y fortificadas en las referidas lomas.

El general Molina dirigíase á la Habana con el propósito de despedir al general Weyler, que embarcaba aquel día para la Península.

Al pasar con su columna por las lomas del Purgatorio, tuvo necesidad de abrirse camino, que le obstruían los insurrectos parapetados en diversos sitios. Para ello fuéle preciso distribuir sus tropas y tomar

á viva fuerza muchas trincheras, hasta arrojar al enemigo de sus fuertes posiciones.

El combate fué tan empeñado, que el general Molina, viendo que no podía llegar á tiempo á la Habana, tuvo que desistir de su propósito de despedir á su anterior general en jefe.

COMBATE EN LAS LOMAS DEL PURGATORIO

***

El general Blanco publicó un bando anunciando que estaba decidido á proteger la propiedad y las personas de cuantos quisieran trabajar en pro de la pacificación y dispuesto á auxiliar á los dueños de ganado para que lo recogieran, declarando libre la venta de éste, siempre que otorgaran preferencia á los suministros para la tropa y procurasen acudir á los sitios donde había destacamentos.

Asimismo se proponía declarar libre la importación de ganado extranjero durante dos meses.

En un encuentro ocurrido en Las Villas con la columna del teniente coronel señor Orozco, quedó prisionero de las tropas el titulado brigadier insurrecto Lino Pérez.

Por fin se había montado la máquina gubernamental de Cuba.

Con esto y con la publicación en la *Gaceta* de los decretos aprobados en el Consejo del día 7, quedó en marcha la acción política.

Importa, pues, fijar la atención en el aspecto militar que á la fecha ofrecía el problema, asi que en el desarrollo de la acción de las armas.

Seríamos injustos si no reconociéramos que, respondiendo á una necesidad nacional, se procuraba ganar tiempo por las autoridades de la gran Antilla, si bien para formar concepto de las cosas y no caer en exageraciones sensibles, precisa advertir que ya se había entrado en Cuba en el buen período; el calor había desaparecido, las lluvias habían cesado, la situación sanitaria había debido mejorar considerablemente, y empezaba la época en que se podía y debía aprovechar el tiempo.

El general Blanco dió cuenta el día 7 de tener asegurado el abastecimiento de Bayamo, Veguitas y Cauto, que habían de constituir bases de operaciones en Oriente, y aunque éste era servicio que debió encontrar preparado, porque en los siete días que llevaba al frente del gobierno general de la isla le habría sido imposible hacerlo todo, era para él y para todos lo importante, saber que al moverse las columnas en operaciones ofensivas por las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo, ni tendrían que entretenerse en el servicio de convoyes para proveer esos puntos del interior de la provincia oriental, ni habrían de correr el riesgo de no encontrar aprovisionamientos.

Había en el despacho del general Blanco otras noticias de gran relieve.

Se habían enviado ingenieros á Manzanillo y varios batallones á este punto, Holguín, Puerto Príncipe y Guantánamo, sacándolos de las fuerzas que en Occidente estaban á las inmediatas órdenes del general en jefe, de lo cual resultan dos cosas que á todos por igual interesaban: una, que no eran precisos en esa parte de la isla, y otra, que al empezar la seca se situaba la guerra en Oriente y el Camagüey.

La acción de las armas prometía ser activa y esto era lo importante, pues de ella había de obtenerse el principal resultado en el pavoroso problema de Cuba, si se tenía, para conducir la guerra, la fortuna que deseábamos todos á los generales á quienes estaba confiada la dirección del ejército y de la campaña.

Entretanto veíamos cómo se desenvolvía la acción de las armas, el general Fernandez Bernal iba á Pinar del Río, donde ya no tendría que pelear como en Ceja de Negro, pero donde tenía una obra importante que realizar, obra de paz y de reconstruccion en la que habían de ayudarle todos, no solo los que allí tenían sus vegas y labranzas, que habían defendido á tiros, sino los capitalistas de la Habana que vivían en relación con las ricas zonas vueltabajeras..

No preocupaba nada la provincia de Matanzas, y era de esperar que muerto Castillo, alma de la insurrección en la Habana, y estando herido Acosta en Nueva York, lograse pronto el general González Parrado destruir los grupos que mandaban Aranguren, Rodríguez, Arango y algún otro cabecilla de segunda fila.

Respecto de Las Villas, donde todavía se encontraba Máximo Gómez, habría que confiar, más que en la acción de las armas, en la influencia de la autoridad civil, pues Marcos García mostraba empeño en traer á la legalidad á la caballería villadareña, en la que figuraban sus antiguos camaradas y amigos.

También era de esperar que mejorase la situación económica. Era grande, á la fecha, la miseria, y en muchas comarcas producía estragos

el hambre, pero entrábase en una época de trabajo y pronto, antes de fin de mes, habría de comenzar la zafra.

De esperar era, igualmente, que se trabajara en las zonas de ingenio de Manzanillo y Guantánamo, y hasta sospechamos que parte de las fuerzas enviadas á esas jurisdicciones se destinaría á la protección de las fincas.

Ni los generales que había en Cuba, ni el Gobierno, ni nadie, podía olvidar que Máximo Gómez había anunciado que esta sería la guerra de las tres secas; pues bien, la que á la sazón empezaba era la tercera y el plazo fatal.

***

Aumentaba la confianza, fortalecida con los actos de las nuevas autoridades, que fueron objeto de unánimes alabanzas.

Los nombramientos de gobernadores regionales, recaidos en personas de alta significación é identificados con la nueva política liberal y régimen autonómico, produjeron buenísima impresión.

Por la capitanía general se publicó el día 8 una circular concediendo amplio indulto á los insurrectos que se presentasen, para los delitos de rebeldía y para todos los demás delitos dentro de los precedentes y de las instrucciones dadas al efecto.

A esa siguió otra circular relativa á la alimentación del soldado, mejorándola notablemente, pues en ella se disponía que fuese substituída la galleta por pan y que se diera ración de una libra de carne por individuo.

La Junta designada oportunamente para informar en todo lo concerniente á la alimentación y á la salud del soldado, emitió sobre ello un extenso y luminoso informe.

En primer término propuso que se mejorase la ración de etapa del soldado. Consistia ésta, á la fecha, en arroz con tocino y se disponía que en lo sucesivo se le facilitase garbanzos y judías, una libra de carne diariamente, vino ó aguardiente, pan de harina, reservando la galleta únicamente para cuando la tropa saliera á operaciones.

Consignóse, además, en el referido informe la forma que permitiera poder sufragar el importe de los suministros, á treinta días fecha, á cambio de la rebaja del *sesenta por ciento* en los precios que regían, *ofrecida por los contratistas.*

A fin de evitar las dilaciones y entorpecimientos que se advertían, el general González Parrado, presidente de la junta de suministros creada por el general Blanco, dispuso la descentralización de las contratas de víveres y otras, devolviendo á los cuerpos de ejército su autonomía para hacer las compras necesarias.

Aspírabase con este sistema á obtener grandes conveniencias para el soldado y positiva garantía de moralidad en la administración.

Fijóse, también, la atención en el vestuario, cuya condición pensaba mejorarse para disminuir los malos efectos del clima y se establecieron depósitos en los cuerpos para las indispensables renovaciones.

Los cuerpos, decía la circular, se cuidarán de todos los servicios en sus respectivas zonas, y á este efecto eligirán las fincas mejor situadas para levantar barracones donde alojarse la tropa, cuidar sus enfermos ó recoger y dar descanso á los rezagados que las columnas fueren dejando en su marcha.

Se trataba, pues, de evitar en lo posible la aglomeración de enfermos en los hospitales, sirviendo además estos lugares de expansión para los convalecientes.

Creáronse también sanatorios bien organizados, para conseguir que disminuyeran las estancias en los hospitales y evitar que volvieran á operaciones los soldados que no estuviesen completamente curados.

El informe fué muy elogiado y la circular perfectamente acogida.

Otras dos circulares se publicaron también, dignas de aplauso: una, restringiendo las propuestas, por causa de la guerra; y otra, ordenando que se auxiliase á los dueños de los ingenios centrales, excitándoles á que comenzasen las operaciones de la zafra.

El titulado jefe insurrecto Luís Quesada, capturado por nuestras tropas y sentenciado en Consejo de guerra, fué indultado de la pena de muerte. Era sobrino del presidente de la Junta filibustera establecida en Nueva York. del mismo apellido.

TENIENTE CORONEL SEÑOR OROZCO

***

Los despachos de la Habana que referentes al mejoramiento de la comida del soldado en Cuba—acordado por la Junta inspectora de aprovisionamiento, cuya creación había sido decretada por el nuevo capitán general de la isla—publicó la prensa de Madrid, produjeron una sensación inmensa en todo el mundo.

Lo que hacía algunos meses denunciaron ciertos periódicos, tenía confirmación plena y oficial. El soldado había estado recibiendo una ración de etapa que á lo sumo consistía en arroz con tocino y un trozo de galleta casi nunca en buen estado.

Pero no fué esto lo peor, con ser ello inhumano y cruel; lo pero fué que entonces, es decir, en tiempos del general Weyler, cuando éste contestando á las denuncias de los referidos periódicos, denuncias que provocaron discusiones y disputas y levantaron polvareda entre ciertos elementos partidarios *à outrance* del marqués de Tenerife, decía al ministro de la Guerra en 7 de Febrero, en un telegrama oficial, lo siguiente:

«Asegúrole que los raciones son excelentes en calidad y precio, obteniéndose en los hospitales, con la misma bondad que en tiempos normales, economías de un tercio en el precio de estancias... Denuncias quizás tengan origen en empleados de factorías y hospitales, separados por sospechas de los mismos motivos que sirven de base á aquéllos, ó lo que es aún peor, si prensa calumniadora se habrá hecho eco inconsciente de solapados trabajos de los separatistas...»

Fué de ver la santa indignación que se apoderó de los canovistas y de sus periódicos cuando el general Weyler tuvo la ligereza, diremos mejor, la desgracia de afirmar tamañas inexactitudes.

Poco faltó para que pidieran para los calumniadores (?) los tormentos inquisitoriales; pero entretanto les motejaron de faltos de patriotismo y hasta de perturbar la moral del soldado, como si fuese pecado mortal exigir á los encargados del Gobierno que los defensores de la honra de la patria no estuviesen desprovistos de fuerzas físicas con que sostener el fusil que les entregara el Estado para defender la integridad nacional.

Pasaron los días; la prensa tuvo que dejar de hacerse eco de quejas fundadísimas; cambió el gobierno, y otro general, encargado del mando supremo de Cuba, reconoció que el soldado había estado CONDENADO á comer arroz, tocino y galleta ¡cuando lo había! y que había que mejorar su ración de etapa, de acuerdo con los contratistas de abas-

tecimientos del ejército, que *expontáneamente cedían el* SESENTA *por ciento* del importe de los precios señalados hasta entonces.

No queremos hacer las consideraciones que esto nos sugiere: basta reproducir una observación que oimos en todos los labios que no estaban sellados por la opinión interesada:

Si durante el tiempo que estuvo encargado el general Weyler del mando de Cuba los abastecedores del ejército estuvieron cobrando una suma por el suministro de provisiones, y después *expontáneamente* rebajaron el 60 por ciento del total,—precisamente en época en que el estado de penuria y de miseria de la isla hacía más difíciles y costosos los aprovisionamientos—¿por qué no totalizaron lo gastado en aquél tiempo y deducían el 60 por ciento que rebajaban los contratistas? ¡Ese 60 por ciento había sido derrochado ó mal gastado durante la administración del general Weyler!

Así ha ido España sabiendo, unas veces, y adivinando, otras, con espanto, de qué manera se han malgastado sus tesoros y su sangre. Aunque á la fecha supo que en los servicios de sanidad no se hizo en dos años lo que se había podido hacer en tres días, que el soldado se moría de hambre y que los contratistas cobraban más del doble de lo que debían cobrar, aún no se hallaba á la mitad del camino de las dolorosas revelaciones.

Nosotros, ¿qué hemos de decir sino que nos felicitamos de que hubiese llegado el tiempo de ellas? Tarde, muy tarde fué, pero más vale tarde que nunca.

Las vidas que se pudo salvar poniendo el remedio á tiempo, esas ya estaban perdidas y quedaron á cargo de las conciencias de los responsables; pero las que se podían perder en adelante, esas se salvarían. Eso fuimos ganando, y bastante más hubiérase podido ganar si á esos responsables se les hubiesen hecho hacer efectivas las responsabilidades.

Un ejemplar escarmiento á tiempo hubiera (¡quizá!) saneado la viciada atmósfera que respiramos y hubiera (¡tal vez!) impedido la repetición de hechos tan lamentables y tan dañosos al prestigio de la nación y de su ejército, y que tan irreparables desventuras han ocasionado.

CAPITULO VII

Estado de la guerra en el Occidente de la isla.—La pacificación del general Weyler.—Buen indicio.—Un bando sobre la zafra.—Importantes circulares.—Batida de partidas rebeldes en la provincia de la Habana.—Actividad de las columnas en operaciones.—La elocuencia de los hechos.—La insurrección en Pinar.—Reconocimientos y rudos combates en las lomas.—El enemigo atrincherado.—Victoria sangrienta.—Bajas sensibles.—Comentarios.—Lo que dijo Weyler y lo que dijeron los hechos.—La Historia hablará.

LOCUENTISIMAS y de verdadero interés fueron las noticias que del estado de la guerra en las provincias occidentales de Cuba nos dió el telegrama del general Blanco llegado el día 9 á Madrid.

Gracias á él supimos al fin de Máximo Gómez, cuyo contacto habían perdido las tropas desde hacía mucho tiempo. El *condottiere* dominicano había cumplido su palabra de mantenerse del lado de acá de la trocha del Júcaro, y aun cuando el general Weyler nos dijo en uno de los más famosos despachos del tiempo de su mando, que le obligaría á repasarla ó que también *podría* suceder que se muriese (lo que en efecto, nada tenía de inverosimil), ni una cosa ni otra había sucedido, por desgracia. Tan buenos escondites había encontrado, que sólo al cabo de larga y misteriosa desaparición, había dado con él el coronel González, haciéndole nueve muertos.

¡Lástima que el telegrama no dijera dónde fué el encuentro, si en las solitarias maniguas y potreros de Taguasco y Reforma, ó en la intrincada Siguanea, declarada baluarte inexpugnable porque los rebeldes se agazapaban en la espesura, haciéndose invisibles á nuestros bravos soldados! ¡Donosa y novísima manera de defender baluartes y de hacerlos inexpugnables!

Aparte de que la inexpugnabilidad de los baluartes, aun estando bien defendidos, ha venido á quedar muy desacreditada desde la toma de Sebastopol, la del campo atrincherado de Plewna y otras muchas, sábese hace larguísimos años que la naturaleza no ha construído nunca en ninguna parte obras defensivas inexpugnables. No lo fué el Cáucaso para los rusos, ni lo ha sido el Himalaya para los ingleses, y lo había de ser la Siguanea para los españoles. ¡Medrados estuviéramos!

Así, pues, si Máximo Gómez había podido guarecerse entre aquellos cerros meses y meses, sin que se le encontrase, la culpa fuera de la torpeza ó poca voluntad de los que le habían buscado. Claro que es más cómodo echárselas al terreno y á la irregularidad de la guerra, sobre todo porque aquél y ésta nada pueden decir en su descargo; mas ahí está el arte militar proclamando á voces que no hay terreno en que las desventajas sean sólo para uno de los combatientes, ni más guerras irregulares que las mal hechas.

Pero dejemos esto por elemental, y después de felicitarnos de la reaparición de Gómez, y de expresar nuestro deseo de que las columnas que le perseguían continuasen encontrándole y batiéndole, pasemos á otra cosa.

***

Dijo el general Blanco en el citado parte que en las últimas operaciones había tenido el enemigo 41 muertos en Las Villas, 31 en Matan-

zas, 33 en la Habana y 26 en Pinar del Río. Total 131 muertos, á los que hay que añadir nueve prisioneros, algún herido y 264 presentados con 60 familias.

De suerte, que en poquísimos días de operaciones tuvieron los insurrectos más de 400 bajas en las provincias pacificadas.

CORONEL SEÑOR GONZALEZ

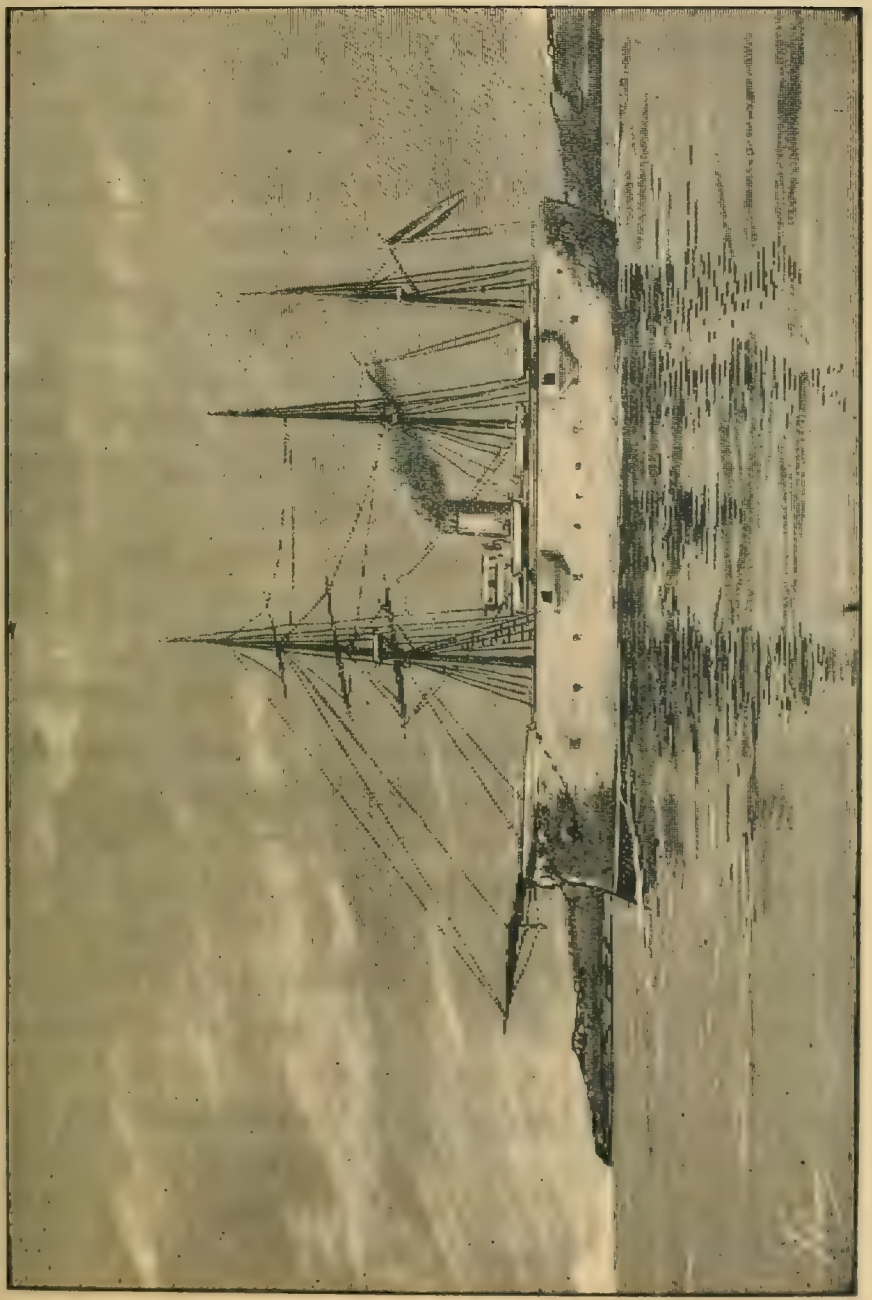
Ahora bien; ¿se quiere mejor prueba de que no había tal pacificación?

Es más, creímos firmemente que, á pesar de los buenos deseos del general en jefe y de los que secundaban sus órdenes, apenas iba á bastar la época de la seca iniciada para acabar con las partidas que todavía quedaban en esas provincias, y que por lo mismo sería difícil emprender desde luego en el Camagüey y en Oriente una ofensiva vigorosa, cual lo estaba reclamando la impunidad de que gozaba la rebeldía en aquellos parajes.

Podría suceder, si la dirección de las operaciones era afortunada, que el enemigo quedase reducido á sus madrigueras orientales y que viendo patente su impotencia se resignase á someterse: mas esto mismo había de costar tiempo y trabajo considerables.

No había que hacerse ilusiones, si bien tampoco se debía perder la esperanza.

De que los que fueron á la gran Antilla con el programa de paci-



EL CRUCERO ISABEL II

ficarla sólo por las armas las prestaran menos atención que á las menu dencias de la política y perdieran el tiempo en amañar el censo y en fabricar diputados, en preparar reformas y en organizar manifestaciones, no se había de deducir que los que allí acababan de llegar con la difícil misión de implantar un sistema nuevo de gobierno buscando la paz por el camino de la política, lograsen menores resultados bélicos que los obtenidos por sus antecesores.

España es la nación de los contrasentidos y de lo inesperado y no fuera motivo de maravilla que cuando habíamos puesto oficialmente nuestra confianza en la acción política viniésemos á deber el triunfo á la militar. Por buen indicio de que así podía suceder tuvimos las noticias de la campaña y de la organización de la guerra que se recibieron aquellos días de la Habana.

***

El gobernador general publicó un bando relacionado con la próxima zafra y que tendía á dar toda clase de facilidades para que pudieran empezar los trabajos.

Por ese bando dejaba el gobernador en condiciones de libertad á los dueños de las fincas para ordenar el trabajo en las mismas.

Todo el bando tenía un gran sentido de protección á los agricul tores, permitiendo que la zafra se hiciera aún en las fincas que no estuvieran al corriente de las contribuciones.

Se prometía en el bando facilitar los medios para la adquisición de aperos y cuantos útiles son necesarios para las faenas de la recolección.

Suprimíase, además, el 20 por 100 que el transporte de los productos de las fincas y los útiles de labor tenían como recargo en las tarifas de ferrocarriles.

Las empresas habrían de atenerse á estas disposiciones, contribuyendo al desarrollo de la riqueza, pues en la ocupación de obreros y en el desenvolvimiento de la producción se habían de encontrar dos medios poderosos para llegar á la paz.

Se derogaron las órdenes que estaban vigentes sobre destrucción de los campos.

En la circular dictada por el general Blanco referente á esa disposición, se fijaba la forma en que debían estar las viviendas para facilitar el paso de las tropas y la persecución del enemigo.

También disponía el general en jefe que en adelante se prohibiera á las tropas acampar fuera de las poblaciones en los casos que esto no fuese absolutamente indispensable.

Los soldados deberían pasar la noche precisamente en los poblados, guarecidos de la lluvia y del relente que tanto perjudicaba su salud.

En la circular que así lo dispuso, mandó el general Blanco que se proveyera á las tropas de ropas, mantas é impermeables.

La brigada que mandaba el general Valderrama, distribuída en varias columnas que operaban en combinación en diferentes sitios de la provincia de la Habana batió el día 10 numerosos grupos rebeldes, entre ellos uno de 250 CABALLOS.

El resultado total de esa operación, justamente elogiada, fué hacerles á los rebeldes 14 muertos, cogiéndoles muchas armas y diez caballos vivos.

Nuestras bajas fueron dos soldados muertos, uno herido y un oficial contuso.

En la operación se distinguió notablemente el capitán señor Aparicio, que al frente de ocho caballos cargó sobre un fuerte grupo de enemigos matando á tres de ellos en lucha personal.

Continuando sin descanso la operación combinada entre varias pequeñas columnas, el batallón de la Reina, cerca de San Nicolas, batió

al otro día un grupo rebelde, haciéndole tres muertos, uno de ellos titulado *coronel auditor*.

Fuerzas de caballería de Numancia sorprendieron el propio día 11 el campamento del cabecilla Rodríguez, en la finca llamada de «Regalado», haciendo al enemigo once muertos de arma blanca y cogiéndole armas y el equipaje y la correspondencia de Rodríguez.

La misma columna volvió á batir á los rebeldes, el siguiente día 12, cerca de San Antonio de Beitia, causándoles otros nueve muertos y cogiéndo once caballos, completamente equipados.

En toda la provincia de la Habana seguía operandose sin descanso por nuestras tropas.

***

A los que creyeron en las afirmaciones del general Weyler dando por pacificada la provincia de Pinar del Río, les recomendamos que se fijen en los sucesos que reseñamos á continuación, que son rigurosamente exactos y de información oficial.

Cumpliendo órdenes del general Bernal, la brigada Hernández Velasco, que había sido reforzada con los batallones de Vergara y Gerona, con fuerzas de artillería y con las guerrillas locales, estuvo operando y practicando reconocimientos durante los días 9, 10, 11 y 12 en las lomas Gobernadora, Vilamares, Romero, Madama, Guayabitas y Peladas, de la provincia de Pinar.

Durante esos cuatro días, el importante núcleo militar á las órdenes del bizarro general Hernández de Velasco combatió sin tregua á las partidas rebeldes mandadas por los cabecillas Perico Díaz, Ducassi, Perico Delgado y otros, que hallábanse acampados y fuertemente atrincherados en las citadas lomas.

Los insurrectos hicieron tenaz resistencia, la cual fué vencida por el empuje y valor de nuestros soldados, que tomaron los atrincheramientos del enemigo, desalojándole de ellos y dispersándolo completamente, y se apoderaron de cuatro campamentos y dos armerías con bastante material de guerra.

Las bajas causadas á los rebeldes en los diferentes combates sostenidos ascendieron á 41 muertos, muchos heridos y dos prisioneros, habiéndoseles ocupado además once armamentos, gran cantidad de municiones y varios caballos.

Sensibles fueron las bajas sufridas por la columna, que consistieron en un oficial, el teniente del batallón de Gerona don Angel Labuena Curiel, y 13 soldados muertos, y tres oficiales, el capitán don Vicente Ripollés y Ripollés y los primeros tenientes don Miguel Garcés y Fallos y don Emeterio Antón Sánchez, y 39 soldados heridos.

La noticia produjo gran sensación y fué muy comentada en la Habana y en la Península por haber ocurrido la importante operación realizada por la columna Hernández en la provincia de Pinar del Río, que hacía tiempo se había declarado pacificada (¡!) y por venir ella á confirmar que no solo no estaba pacificada, sino que existían en Vuelta Abajo importantes núcleos de rebeldes.

***

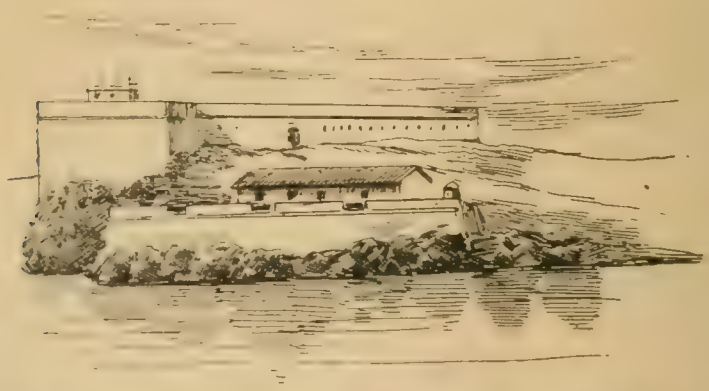
Precisamente el día 13, anterior al en que llegó á Madrid el parte oficial de la operación, hizo un año que el gobierno de la metrópoli recibió del general Weyler, á la sazón en operaciones en la provincia de Pinar del Río, el *famoso* despacho que empezaba de esta suerte:

«No contando con fuerzas suficientes para ocupar todos los puntos

que me proponía en mi plan, quedó sin cubrir el Rubí, punto primero que me proponía batir.»

Y á continuación el general que no tenía fuerzas suficientes para sus operaciones, no obstante contar con un ejército de 200.000 hombres en la isla, narraba el combate sostenido en las lomas y en el cual quedó herido y fuera de combate el general Echagüe.

Como han visto nuestros lectores, las partidas rebeldes en aquella pacificada (¡!) provincia quisieron sin duda celebrar el aniversario, sosteniendo un recio encuentro con nuestras tropas en las mismas lomas.



BALUARTE DE LOS APÓSTOLES, EN EL PESCANTE DEL MORRO (Habana)

No queríamos insistir ya sobre el asunto de la pacificación *decretada* por el excapitán general de Cuba, señor marques de Tenerife. Bastante hemos dicho acerca de ello en el precedente tomo.

El pueblo español está ya convencido de la verdad y para los que por ceguedad de la pasión ó exceso de mala fé se niegan aún á reconocer los hechos, cuanto se diga está de sobra. Sin embargo, el reseñado suceso de guerra y la alocución del general Weyler, que á continuación transcribimos, nos obliga á volver sobre la materia.

En el combate que hemos recordado por la circunstancia del mes y del día, hubo, en plena guerra, estando allí el grueso de las partidas rebeldes con Maceo á la cabeza y operando contra ellas el propio general en jefe de nuestro ejército, menos número de bajas del enemigo y de nuestras columnas que las ocasionadas en el encuentro aludido y en plena pacificación. ¡Así es, desgraciadamente, cómo habían los hechos!

En cambio, el general Weyler, en la alocución de despedida á los habitantes de Cuba dijo que «ya se extiende rápida la bienhechora influencia de la paz en las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Santa Clara hasta la trocha de Júcaro á San Fernando. Os dejo la rebelión tan reducida, que no debe hacerse esperar su último latido.» ¡Así habló el general!

***

La tenaz resistencia opuesta por los insurrectos á una brigada de nuestro ejército, reforzada con artillería y guerrillas dió á conocer si se trataba de grupos dispersos que merodeaban en el territorio pacificado, ó de fuertes núcleos de rebelión. Tener aplomo para decir ciertas cosas, no es lo mismo que convencer de ello á los demás mortales.

Día llegará—lo extraño es que no haya llegado ya—en que se conozca en todos sus detalles el sistema que se quiso emplear para aquella pacificación oficial. Entónces, cuando nada se pueda achacar á supuestas enemistades personales y el decoro nacional no obligue al silencio y no sea dable meter á barato el asunto y la verdad resplandezca sin nubes, el pueblo español echará de ver que se le ha querido tratar como á un pueblo de *guanajos*, de idiotas, incapaz de percibir la realidad ni de formar juicio por sí propio.

Este tristísimo concepto de las facultades intelectuales de que en

la vida pública dispone la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos, es la causa de nuestra indignación y de nuestras protestas. Ese concepto explica muchas de las cosas que han ocurrido aquí y muchas otras de las que se pretende que pasen.

Y ¡doloroso es confesarlo!: la tarea es demasiado ruda para nuestra débil y mal templada pluma.

Pero basta que se atienda á los hechos y se forme sobre los mismos el juicio público.

Ahí están de un lado los hechos con su lógica irrefutable, irrebatible; ahí están de otro lado las palabras del general Weyler, sus audaces afirmaciones, los comentarios con que las exornaron cuantos tenían puestas en dicho señor sus esperanzas, merced á los propósitos y pasiones que arbitrariamente le atribuyeron.

Que el pueblo español juzgue.

Nosotros no queremos, ni pedimos más, reservando á la Historia su juicio definitivo.

CAPITULO VIII

El sistema de la pacificación del general Weyler.—Rasgáronse las tinieblas.—En San Juan de las Yeras.—Ataque y rudo combate.—La columna de auxilio.—Criminales atentados por la dinamita.—Voladura de trenes.—Desastrosos efectos.—10 soldados muertos y 25 heridos.—Tren de auxilio.—Combates en Oriente.—Evidente y palmaria discordancia entre los hechos y las palabras del general Weyler.—Su alocución de despedida á los habitantes de Cuba.—En favor de los reconcentrados.—Disposiciones convenientes y plausibles.

LA operación que emprendiera por las lomas de Pinar, y que realizó con éxito la brigada del general Hernández de Velasco, no terminó en los combates del 9 al 12, que dejamos someramente reseñados en el precedente capítulo y debióse á instrucciones del nuevo comandante general de aquella provincia, general Fernández Bernal, que tan provechosa y activa campaña hizo en la misma el año anterior.

Del precio á que nuestras tropas compraron esa victoria sobre las partidas insurrectas, se deduce bien claramente que en Pinar del Río no estaban las cosas como se las pintaron al general Weyler, ó como él pretendió pintarlas á la Nación.

Grupos de quince ó veinte hombres, dispersos, hambrientos, sin armas y faltos de todo medio de proseguir la guerra, no fueran capaces de oponer resistencia, ni aún de hacer frente ni plantar cara á una bri-

gada del ejército, y menos de sostener con ella combates en que corrió copiosamente la sangre de nuestros bravos.

Aún en la época de mayor apogeo de la insurrección se hubiera tenido por importante la serie de encuentros sostenidos por la brigada Hernández Velasco en las lomas de Pinar.

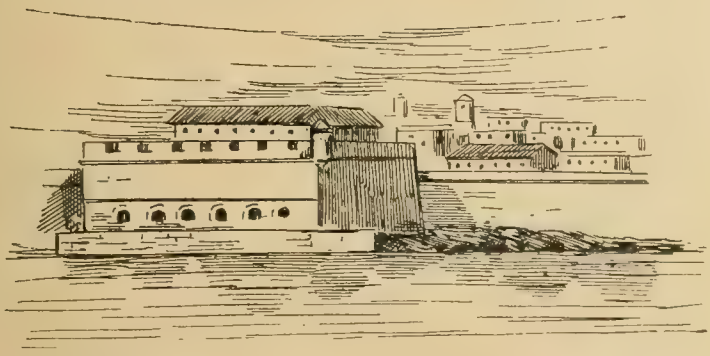
No sabemos qué dirían al enterarse de ello los que se obstinaban en dar crédito á la falsa pacificación de las provincias occidentales, tan porfiadamente sostenida por el general Weyler hasta en las alocuciones que dirigió á los habitantes en Cuba al resignar el mando de la isla.

Durante el tiempo que el marqués de Tenerife estuvo al frente de nuestro ejército de operaciones en la gran Antilla, ocurrieron en Pinar del Río y en las demás provincias que también estaban pacificadas, por decreto, sucesos no menos importantes que el de las lomas. Algunos fué totalmente imposible ocultarlos y á la postre se dió cuenta de ellos desfigurando la verdad. Sobre otros se guardó absoluto silencio, y bien lo saben muchos jefes y oficiales á quienes el general Weyler privó hasta de la satisfacción de que el país conociera los servicios que le prestaban, por no reconocer la existencia de hechos contrarios á lo que él venía telegrafiando.

Al rasgarse á la sazón las tinieblas en que se había logrado envolver la situación de Cuba, así bajo el aspecto militar, como bajo el económico y el político, lo primero que se dejó ver con claridad fué que no había verdadera pacificación en ninguna parte de la isla; que la reconcentración se hizo como requisa de ganado, más que como agrupación de seres humanos, y que á continuar un poco más de tiempo la aplicación de semejante sistema, hubiéramos concluído por perder, no sólo la isla de Cuba, si que hasta el concepto de pueblo militar, cristiano y civilizado.

***

El golpe que los insurrectos de Las Villas—otra de las provincias *pacificadas* por voluntad del señor marqués de Tenerife—intentaron dar llegando hasta las calles de San Juan de las Yeras, (pueblo de más de 2.000 habitantes, situado á veintiún kilómetros de Santa Clara) los ataques á los trenes de Nuevitas al Príncipe y de Tunas de Zaza á Sanc-



BATERÍA EN EL CUARTEL DE LA FUERZA (Habana)

ti Spíritus, volviendo á emplear la dinamita, y la reconcentración de los rebeldes de Occidente en las lomas de la Gobernadora y Rubí para revelar fuerza en Pinar del Río, fueron interpretados por la opinión como la manifestación del propósito de los rebeldes de que estaban dispuestos á seguir en armas contra la madre patria.

El suceso de San Juan de las Yeras tuvo relativa importancia, porque la partida, aunque no numerosa, pues solo se componía de doscientos hombres, logró llegar á las calles, de donde fué rechazada por la guarnición.

El combate que allí se libró duró poco, pero fué duro.

Los insurrectos, al ver que la guarnición estaba advertida y preparada para la defensa, desistieron de su audaz empeño y se retiraron, dejando en las calles ocho muertos y llevándose varios heridos, de los que murieron dos en las inmediaciones del pueblo.

Las pérdidas experimentadas por la guarnición consistieron en un sargento y tres guerrilleros heridos.

Como muchas casas son de guano, penetraron las balas en ellas, matando á dos paisanos y una mujer. Otros resultaron heridos dentro de sus domicilios

Advertido del fuego el general Aguirre, que operaba por aquellas inmediaciones, acudió con su columna á San Juan de las Yeras, pero ya el enemigo había desaparecido.

En la línea del ferrocarril que enlaza el puerto de Tunas de Zaza con Sancti Spíritus explotó una bomba de dinamita al paso de un tren, produciendo la explosión grandes destrozos en tres vagones y heridas graves á dos pasajeros.

Asimismo volaron los insurrectos, por medio de otra bomba de dinamita, otro tren de la línea de Nuevitas á Puerto Príncipe.

Ocurrió el suceso el día 13 al pasar un tren de los llamados de auxilio, que transportaba una cuadrilla de trabajadores con una escolta y soldados que iban á forrajear.

Al pasar cerca del fuerte número 21 y ya dentro de la curva llamada O' Donell, estalló la bomba de dinamita debajo del carro blindado que conducía la escolta.

La detonación del explosivo y el ruido que produjo el carro destrozado apagaron los gritos de los infelices heridos; al mismo tiempo grupos de rebeldes emboscados en la cercana manigua hicieron sobre el tren nutrido fuego de fusilería.

El jefe de la escolta, teniente señor Villar, á pesar de tener fuera de

combate por la explosión á casi toda su gente, contestó al fuego del enemigo y logró apagarle, pudiendo entonces reconocer los efectos de la máquina infernal.

Diez soldados muertos y 25 heridos; el carro blindado, una plataforma y 25 metros de vía destrozados.

Las fuerzas pertenecían al batallón de voluntarios de Madrid.

Avisado el general Jiménez Castellanos, envió en el acto un tren de auxilio, en el que se trasladó el teniente señor Villar, con la fuerza que le quedaba y los heridos, uno de los cuales era el médico don Cosme Aznárez, al poblado de Las Minas.

Para llevar seis convoyes desde Manzanillo á Bayamo, para el aprovisionamiento de esta plaza, como base de operaciones, tuvieron que sostener nuestras columnas siete combates muy rudos con fuertes núcleos rebeldes, en los que perdieron aquéllos cinco hombres y tuvieron 41 heridos.

***

Esa era la situación de la isla, y ese el estado en que dejó la rebeldía el general Weyler, cuando resignó el mando supremo de ella y embarcó para la Península.

Pues bien; véase ahora lo que en su alocución de despedida á los habitantes de Cuba, publicada en la *Gaceta* del día 30 de Octubre, dijo el marqués de Tenerife.

Es un documento que merece ser conocido de todos los españoles.

Dice así:

«Relevado por el gobierno de S. M. del mando civil y militar en esta isla, y próximo á salir con dirección á la Madre Patria, me despido de vosotros. De mí no espereis frases galanas ó artificiosas, como

tampoco vacilaciones ni rodeos en la exposición de la verdad. Habituado á la inclemencia del campamento más que á los tranquilos y enervantes goces del salón, soy rudo y conciso.

No ignoráis el estado de abatimiento de ánimo y desconfianza en el porvenir que dominaba en Cuba, cuando á ella vine para encargarme de su gobierno general y del mando del ejército, y bien véis como queda. Si por erróneos juicios, por desconocimiento de lo ocurrido ó por otras causas no falta quien niegue la verdad, vosotros, que la teneis al alcance de la vista, os sentís convencidos de que muy en breve habría llegado para toda la isla la hora de la paz, y de que, tan completa y eficazmente como cabe á raíz de una lucha sangrienta y destructora, ya se extiende rápida la bienhechora influencia de aquélla en las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Santa Clara, hasta la trocha de Júcaro á San Fernando. Los ingenios prepáranse á la molienda; las vías de comunicación están expeditas á pasajeros y mercancías; se pueden recorrer los campos sin tropezar de contínuo con la emboscada, y ha cesado ya el antes no interrumpido y asolador incendio.

Al congratularos por este espectáculo halagüeño, no debeis olvidar nunca los sacrificios que cuesta, principalmente los representados por pérdida de vidas; y así como teneis lágrimas para el muerto que perteneció á vuestra clase, tenedlas también para el heroico soldado que aquí dió sonriente su existencia para la patria en defensa de la integridad nacional, y tenedlas abundantes y compasivas para los dolores de tantas madres que no volverán á estrechar entre sus brazos á sus hijos.

Vine á la isla con el ánimo decidido á que no terminase el próximo Marzo sin que se viera obligada la insurrección á refugiarse en sus guaridas de Oriente: á restablecer y mantener muy alto el principio de autoridad, para que nadie fuera osado á llegar hasta él; á reafirmar la soberanía de España en esta preciada Antilla.

Los hechos hablan por mí; y ya elocuentemente lo han realizado, porque las demostraciones de vuestro afecto á mi persona, grandes, sentidas y expontáneas, como todo lo que no es sugerido por la envidia ó por la ambición personal, han estremecido á los enemigos de España y de su propia tierra natal. Todas y cada una de esas manifestaciones han conmovido mi corazón; pero más que ninguna la última, porque en realidad, no fué otra cosa que la indignación que rebosó de los pechos españoles, al notarse el júbilo que la noticia de mi probable relevo en el mando, esparcía entre los enemigos de nuestra patria. Impedir ó restringir, como algunos hubieran querido, ese movimiento de opinión, nacido de tan pura fuente, hubiera sido acto antipatriótico; no lo hice, y estoy satisfecho de mi resolución.

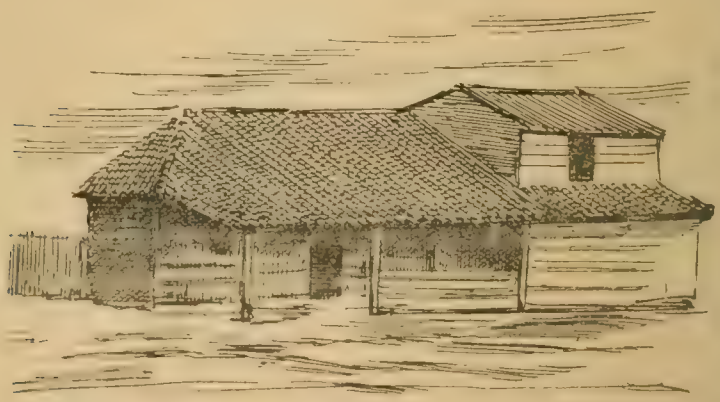
Si para conseguir el estado actual de la isla, en ocasiones he tenido que extremar el rigor, cierto que no fué sin que le precedieran ofrecimientos de perdón y olvido, hechos en nombre de la generosa España á esos hijos desnaturalizados, que desgarran el seno de su propia madre, y tan prontos á huir frente á iguales fuerzas como dados al exterminio, al pillaje y al incendio, si tienen de su lado el número y la ocasión.

Os dejo la rebelión á tal extremo reducida, que no debe hacerse esperar su último latido; el principio de autoridad reconocido y respetado, porque ésta, en todo el tiempo de mi mando, ha sido cosa real y verdadera, agena á las luchas y ambiciones de las parcialidades políticas, y no la fuerza y la justicia simbolizadas en un cadáver; y la soberanía de España tan afirmada, que nadie intentará arrancarla de esta tierra, como no sea por medios arteros y contando con el auxilio y la complicidad de españoles indignos.

Esta profunda convicción se fortalece y arraiga aun más en mi ánimo al recordar las relevantes dotes militares y políticas, por vosotros tan conocidas como estimadas, del ilustre caudillo que va á sucederme

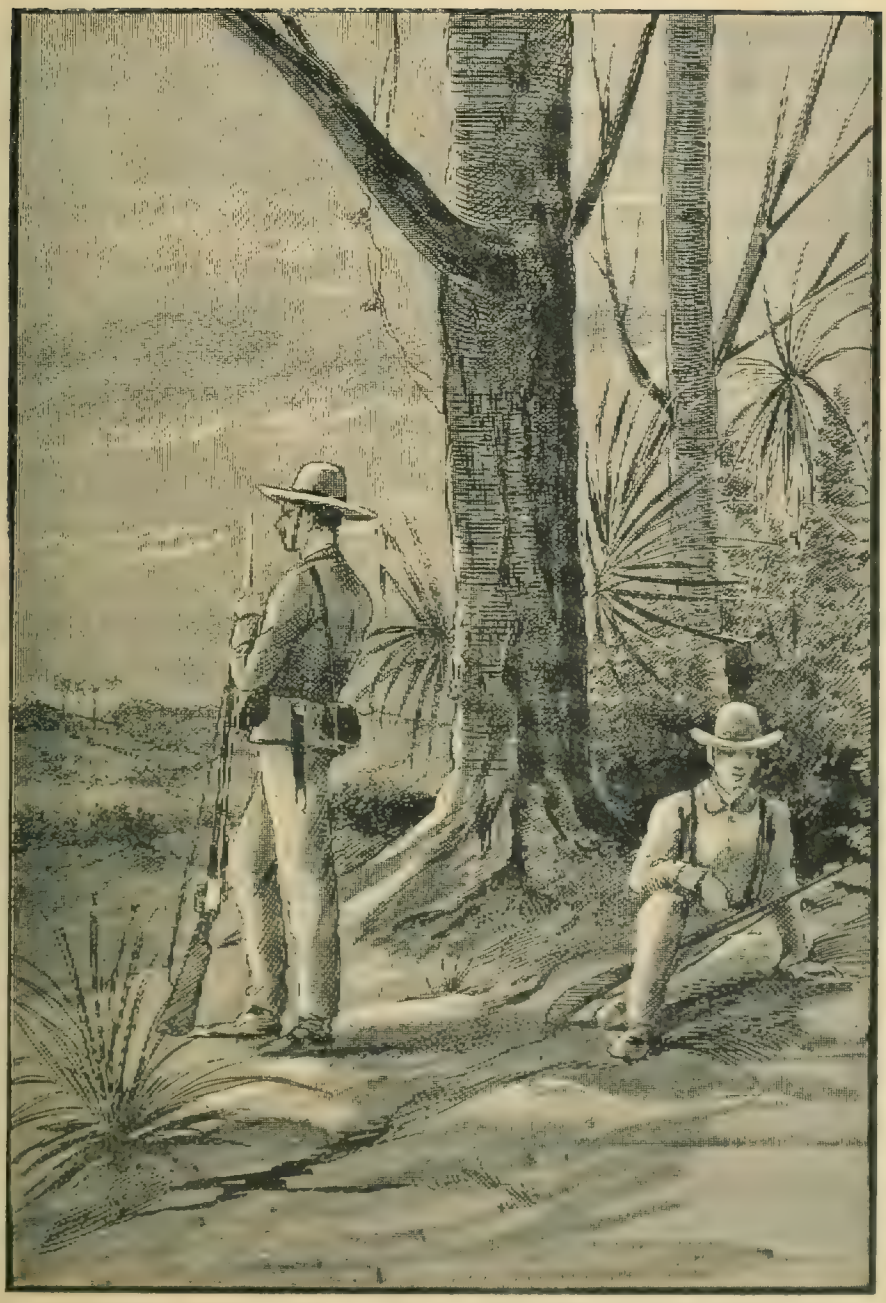
en el mando; y abrigo, no ya la esperanza, la seguridad de que, agrupados junto á él con la lealtad y adhesión que os son propias y que á mí me habéis prestado, cooperaréis eficazmente al fin que todos anhelamos: la total é inmediata pacificación de Cuba, objeto de mis más fervientes votos.

Habitantes de la isla de Cuba: recibid mi cariñoso adiós y con él la expresión del sentimiento que me causa el apartarme de vosotros. La sinceridad me obliga á añadir que, entre todos, tienen derecho preferente á mi gratitud los que componen las clases obreras, porque ellos



LA CASA MAS ANTIGUA DE LA HABANA EN LA ESQUINA DE TEJAS

han ofrecido al mundo hermoso ejemplo de sano patriotismo, dedicando parte de sus salarios ó remuneración de su trabajo personal al fomento de la marina de guerra; ellos, los más perjudicados por el estado económico de la isla. Habrá quien les iguale en patriotismo; mas quien los supere, no. Para ellos serán mis más gratos recuerdos y mi más entusiasta admiración, lamentando que mi solo esfuerzo no pueda trocar en abundancia la escasez de sus hogares, y en alegrías sus tristezas.



AVANZADAS DE UN CAMPAMENTO

Al pisar esta tierra, en todo el trayecto recorrido hasta llegar á palacio, á vuestra no interrumpida aclamación de mi persona, respondía: ¡Viva España!, porque España es ante todo y sobre todo; y ¡Viva el rey!, porque él simboliza á nuestra patria. Al separarme de vosotros, llevándoos en la cabeza y en el corazón, como al llegar, os digo: ¡Viva España! ¡Viva el rey! y ¡Viva Cuba española!

Vuestro gobernador general, *Valeriano Weyler*.

Habana 29 de Octubre de 1897 »

. . . . . .

También publicó la *Gaceta de la Habana* el mismo día, otras alocuciones de Weyler dirigidas al ejército, á los marinos y á los voluntarios y bomberos.

* * *

Decidido el general Blanco á proteger á los campesinos reconcentrados que padeciendo estaban todo género de necesidades, dictó un importantísimo bando, que publicó la *Gaceta* del día 14, dictando algunas medidas encaminadas á remediar en parte su situación triste y angustiosa.

Precedía al articulado un largo preámbulo, en el que se explicaba la necesidad de modificar las condiciones de la reconcentración, ya que no fuese realizable suspenderla en absoluto y de repente; porque arrojar de las poblaciones al campo verdaderas muchedumbres, compuestas en su mayoría de mujeres y niños, dejándola abandonada y expuesta á mayores infortunios, sin tomar las precauciones que aseguraren su vida, acarreara perjuicios mayores, dando origen á censuras tan graves como las dirigidas contra la concentración.

Se declaraba en el preámbulo que era indispensable proceder con

previsión, tacto y buen sentido, sin perder de vista la realidad, para llegar lo más pronto posible al restablecimiento de la normalidad en la vida rural.

Por esto se reiteraba en el propósito y en la decisión de proteger eficazmente á los reconcentrados, á cuyo efecto se comunicaban órdenes para facilitarles ración diaria, y para que se atendiera en los hospitales á los enfermos hasta reorganizar las faenas agrícolas é industriales y lograr la normalización del trabajo.

Hasta aquí el preámbulo.

Después se disponía:

«*Primero.* Los que en la actualidad se hallan reconcentrados y posean fincas, bien de su propiedad, bien en arrendamiento, apareciendo contar con elementos para el trabajo y la vida, pueden volver á ellas seguros del amparo y protección que se les dispensa por las últimas disposiciones sobre la materia.

A este efecto obtendrán de la autoridad una autorización en la que consten los nombres de los individuos que componen la familia, las personas que le acompañen, número y clase de animales, aperos é instrumentos de labor que lleven á las fincas, dejando constancia de todo esto en la cabecera, á fin de procurar, al necesitarlos, utensilios, ropas y efectos.

Segundo. Los que no se encuentren en este caso como los artesanos y jornaleros, podrán concurrir á los trabajos del campo á condición de que residan y pernocten dentro del recinto fortificado de las fincas y porten documentos que identifiquen su personalidad.

Tercero. Se considera como centros de trabajo los ingenios, colonias, vegas de tabaco, cafetales y demás fincas de importancia que se hallen bien defendidas y estén sus dueños autorizados para tener los operarios que necesiten, tanto de la población actualmente reconcentrada, como de los que gozan de libertad por haber sido indultados,

cuidando especialmente los dueños de adoptar las medidas higiénicas que garanticen la salud de los jornaleros.

Cuarto. Los dueños están obligados á constituir un centro de defensa en las respectivas zonas de cultivo que alberguen las fincas, y en el perímetro exterior de las mismas establecerán las columnas sus bases de operaciones, cuidando de la defensa del centro en caso necesario.

CABECILLA LOREN

Quinto. Se autoriza á los dueños, arrendatarios y aparceros para que gasten armas que les sirvan para defenderse, y á los operarios se les permite el uso de revólver y machete, previo permiso de las autoridades.

Las familias y los individuos á quienes no alcancen los anteriores beneficios, quedarán en las poblaciones bajo el amparo del director y demás individuos de las juntas protectoras que habrán de constituirse y funcionar con fondos del Estado y los auxilios de la caridad.

Sexto. Estas juntas se organizarán inmediatamente en las capitales de los términos municipales y en los poblados; estarán presididas por las autoridades civiles, á quienes se asociarán para formarlas los comandantes militares, párrocos, médicos, propietarios y comerciantes que se designen.

Séptimo. La protección de estas juntas se extenderá á los rebeldes que se presenten á indulto.

Octavo. De los trabajos que realicen darán cuenta las juntas á la superioridad quincenalmente.

Noveno. Se exigirá estrecha responsabilidad á los llamados á cumplimentar estas instrucciones.—*Ramón Blanco.*

Digna de aplauso fué la humanitaria medida dictada por el marqués de Peña Plata, mereciendo plácemes de todo el mundo civilizado y cristiano, sus disposiciones en favor de los reconcentrados.

CAPITULO IX

Pasividad y espectación.—Error y falsa especie.—Ficción y convencionalismo.—¿Se moverá?—El cuerpo de voluntarios de la Habana.—Libertad de los piratas de la *Competitor*.—Importantes operaciones en Pinar del Río.—Estado de la rebelión en esta provincia.—Las bajas de una decena.—Reproducción de la campaña de destrucción.—Las órdenes del *generalísimo*.—Actitud intransigente de Máximo Gómez.—La zafra.—Triste consideración.—Duda y temor.

Sin espíritu pesimista, sin propósitos de producir alarma, todas las personas que seriamente pensaban en el más grave de los problemas planteados por la realidad á nuestra nación, reconocían y confesaban, al mediar el mes de Noviembre del 97, que atravesábamos y habríamos de atravesar hasta los comienzos del año 1898, el período profundamente crítico de la guerra de Cuba.

Entendiendo por «crisis» el momento decisivo de un acontecimiento, presumimos usar con propiedad la palabra, porque, épocas peores había habido en esa guerra, pero de nada decidían.

El ánimo de la generalidad de los españoles apreciaba las circunstancias, cual las apreciamos nosotros, y por eso parecía estar en suspenso y como en espera de lo que podía advertirle la marcha de los negocios públicos.

Aparte el movimiento ficticio que por malos hábitos y con viejos resortes procuraban determinar los que no enfocaban la vida de otra manera, la actitud de la generalidad era de espectación, y fuera de gran ansiedad, sin la fatiga que parecía apoderada hasta de los corazo nes más patriotas.

Nadie quería atravesarse en la corriente de los sucesos; acaso cada español deseaba la parte menor de responsabilidades en lo que pudiera acontecer, sin perjuicio de alegar esa misma actitud como mérito, si fuese á la postre satisfactorio el resultado.

No dejaba de favorecer al gobierno un tal estado de cosas, en el concepto de que tocante á lo interior tropezaba con el menor número posible de obstáculos. En cambio, la ayuda no era muy eficaz, pero esto lo tendría aquél previsto, y en España, excepción hecha de los momentos solemnes, bien se puede cambiar lo uno por lo otro.

La obra del ministerio liberal, si alcanzaba buen éxito, tendría para el señor Sagasta y para aquellos de sus compañeros de gabinete que con mayor actividad y firmeza le ayudaban, la ventaja de ser muy suya, es decir, de haber sido realizada con elementos sacados casi en totalidad de las propias fuerzas y de los propios recursos. Fuera de ese círculo no había habido ni había más que pasividad.

Alguna censura blanda oíase, formulada quizás, mejor que para resistir la labor del gobierno, para dar fe de vida de otros criterios á los que importaba mucho que el público no olvidase su existencia. Tal sucedía con los conservadores más ó menos del directorio ó más ó menos silvelistas. Fenómeno análogo se produjo en los que temían que desconociera su independencia de juicio ese mismo público, si ellos no lo afirmaban de vez en cuando.

Pero la pasividad y la expectación fueron las notas características de aquellas circunstancias. Si esto lo impuso la masa social, con su afán ardiente de que la guerra terminase y su esperanza más ó menos

vaga de que la pacificación pudiera venir por el nuevo camino abierto, ó si todo ello fué engendrado por la irresolución y la incertidumbre de los que estaban expuestos á verse frente á frente del problema y no descubrían por lado alguno la solución, cosa es sobre la que no es dable aún decidir. El hecho, sin embargo, se presentó tal cual lo señalamos á la atención de nuestros lectores.

***

De impresionable y meridional hemos tratado cien veces antes de ahora al pueblo español, y, sin embargo, cuando se estudia con algún cuidado, y sin ninguna pasión que no sea la de aprender la Historia de España de los últimos siglos, adviértese la pasividad de la nación, estenuada por el esfuerzo, quizás, de los descubrimientos, de las conquistas y de poblar tierras, por el agotamiento de los ideales que en otro tiempo llenaron su alma, y por lo apartada que vino á quedar de las nuevas vías mercantiles. Quedóse pobre de sangre, de espíritu y de voluntad.

La famosa epopeya de la independencia, tan desconocida, es prueba de la apatía del organismo nacional. Las humillaciones de Carlos IV y de Godoy ante Bonaparte, la cesión de territorios, el pago de tributos, la entrega de parte de la escuadra, hubieran bastado para llevar á otro pueblo á la revolución. El español se contentó con murmurar. Ni siquiera se atrevió á hacer un motín como el que movió contra Esquilache por si los sombreros habían de tener más alas ó menos, y por si las capas se llevarían cortas ó largas.

Crecieron las vergüenzas de España: entraron los franceses; apoderáronse por sorpresa (en plena paz) de las ciudadelas de Barcelona y de Pamplona y del castillo de Figueras; acuarteláronse en Madrid, tra-

tando con la mayor insolencia y desprecio á los madrileños; lleváronse á Francia al rey, á la reina, al príncipe de Asturias, etc., etc... El pueblo calló y consintió. Sólo se alborotó para oponerse é impedir la salida de un infante bobo. La paciencia le duró ¡trece años!: desde 1797 hasta 1808.

Pedirle menos impresionabilidad, fuera la mayor de las exigencias. Pues, sin embargo, todavía tiene fama de impresionable y alborotador. Aunque siguiendo por el siglo adelante hasta la época actual, se encuentran innumerables pruebas de lo contrario.

En todos aquellos casos en que ha tenido que moverse, lo ha hecho con igual lentitud, porque es pasivo y apático.

COMANDANTE Sr. DIAZ

Las revueltas políticas, como no son cosa suya, tienen muy diverso carácter y prodúcense con esa facilidad que engañando á los malos observadores, ha dado crédito á la falsa especie, por no romper con las ficciones y los convencionalismos que todo lo tienen invadido y adulterado, de que los españoles son levantiscos é ingobernables.

Aquí los ingobernables y levantiscos son los de arriba, los que bullen y pelean en la epidermis social. Esos forman partidos, hacen elecciones, organizan manifestaciones ó motines, según los casos, en contra ó en favor de tal cosa ó persona, hablan, gritan y amenazan. El

pueblo dá 230.000 hombres para la guerra; se queja y murmura, sí; pero, por último, calla y se sacrifica, contentándose con el modesto papel de espectador, ó, á lo sumo, con el de comparsa en la comedia que se representa.

¿Cuándo y por qué se moverá? Muy tarde y por lo que menos se piense. Tal vez nunca, porque ahora está aún más desengañado y cansado que hace un siglo. Pueden, pues, gritarle y solicitarle los que, no contentos con estar encima, quisieran aprovechar sus fuerzas y vivir á su costa. Se nos antoja que pierden el tiempo lastimosamente.

***

Entre los telegramas de Cuba, que nos trasmitió nuestro corresponsal el día 18, había varias noticias de interés y actualidad que no debemos pasar en silencio, para que nuestros lectores y el país formen concepto de las cosas.

Los coroneles de los cuerpos de voluntarios de la Habana habían sido solicitados por el general Pando, como jefe de Estado mayor de aquel ejército, para salir nuevamente á campaña.

Como siempre, respondió al llamamiento el patriótico instituto, y aunque ya estaban muy mermados los batallones por haber sido movilizados muchos de sus individuos, irían los voluntarios donde se considerase útil su concurso á la causa de España.

No importó ni á los jefes ni á los oficiales ni á los soldados, que por aquí se hablase de su disolución; no les importó que se concediera decisiva influencia en los altos consejos del gobierno, á quien consideraba como necesidad imperiosa su desarme; no les importó tampoco el afán con que á la fecha se volvían contra ellos, políticos, oradores y periodistas de fuste.

Todo esto era al fin menos grande que la integridad del territorio, esencia de su institución, base de su política.

Entonces, como antes, contestaron con datos patrióticos á los que unas veces pretendieron ridiculizarles y otras ofenderles.

Pronto se ofreció ocasión para poner de relieve su abnegación, frente á los que considerado habían como cosa natural su desarme.

El jefe de Estado mayor del ejército peninsular, apreciando sobre el terreno las necesidades y el valor de los elementos que formaban el nervio de aquel país, acudió á los voluntarios y éstos respondieron en el acto.

¡Qué argumento más valioso en aquellas circunstancias para cuantos sosteniamos la necesidad de que se hiciera una política sin exclusivismos y de respeto para los que ante todo estaban al servicio de la causa nacional!

Los voluntarios, por esto, y solo por esto, fueron siempre el blanco de los enemigos de la patria en la paz y en la guerra.

Podía salvarse algún soldado de la ferocidad del enemigo al caer prisionero; para el voluntario no había jamás conmiseración.

***

A las dos de la tarde del 18 se hizo entrega en el castillo de la Cabaña, á los cónsules norteamericano é inglés, de los presos que tripularon la *Competitor*, y eran súbditos de las naciones que aquellos representaban.

Los restantes prisioneros que fueron indultados serían enviados á la Península.

En libertad los piratas del *Competitor*, el delito que cometieron quedó impune, contra toda justicia, contra toda razón y contra toda

equidad. Fueron á Cuba á llevar y hacer armas contra España y no recibieron castigo alguno.

La debilidad con que procediera el Gobierno conservador y el general Weyler, tuvo su natural consecuencia en la debilidad del Gobierno que á la fecha regía los destinos de la patria.

Si hemos de hablar con franqueza, nunca esperamos que magnanimidad semejante mereciera del gobierno y del pueblo norteamericano la correspondencia debida. Si aquel pueblo y aquel gobierno se hubiesen inspirado en ideas de derecho, no hubieran amparado la insurrección *mambí*. Y quien no tiene la religión de la justicia, mal puede apreciar, ni menos agradecer, un perdón generoso.

Consideramos deplorable lo que se hizo con los piratas de la *Competitor*.

El general Weyler, que desde el puente del *Montserrat* alardeó de tanta energía contra los enemigos de España, pudo y debió proceder entonces como exigían el sentimiento público y las leyes vigentes.

Su incomprensible blandura con aquellos piratas fué refrendada por dos gobiernos. A todos alcanzó la responsabilidad.

***

Dos operaciones de importancia llevaron á efecto las columnas de operaciones en la provincia de Pinar del Río, en la segunda decena de Noviembre: una contra las fuerzas insurrectas que capitaneaba el cabecilla Varona, á quien se le hicieron 21 muertos, cogiéndole nueve armas, nueve caballos y otros efectos: otra contra el cabecilla Núñez Loren y su gente, á la que causaron 36 muertos, entre ellos los titulados *coroneles* Rangel y Bernal y cogieron 38 armas, en su mayoría Maüssers y machetes, municiones y un prisionero.

Las columnas tuvieron en junto un muerto y 14 heridos de tropa.

Aprovechando uno de nuestros corresponsales en la Habana la estancia del general Bernal en la capital, procuró conocer la impresión que tenía sobre el estado de la rebelión en la provincia de Pinar, rogándole le explicara el por qué de haberse librado los últimos combates, alguno de ellos importante.

El general Bernal contestóle que era necesario que se supiese que desde hacía algún tiempo los rebeldes se habían refugiado en las lomas, fortificándose en varios sitios y haciendo siembras para alimentarse. Allí habían procurado reunir pertrechos, lográndolos en abundancia, reforzándose con grupos que se habían corrido de la provincia de la Habana, pudiendo asegurar que existían al tomar él el mando de la provincia lo menos 2000 rebeldes avezados á la campaña.

En los duros combates que se libraron se defendieron con tenacidad contra las fuerzas del general Hernández de Velasco, que ascendían á 1.200 hombres.

Durante la segunda decena de Noviembre, murieron en la isla en distintos combates 225 rebeldes. Más de la mitad de éstos correspondía á la provincia de Pinar del Río. Además cayeron prisioneros 20 y se presentaron 255 insurrectos.

Las columnas tuvieron las siguientes bajas: un oficial y 25 soldados muertos: cinco oficiales y 105 soldados heridos.

***

Obedeciendo órdenes de Máximo Gómez para que á todo trance se impidiera la zafra, los insurrectos reprodujeron al mediar el mes de Noviembre la campaña de destrucción.

El día 15 empezaron las quemas en la provincia de Matanzas y en

la de la Habana. En el ingenio «Portugalete», á cuatro leguas de la capital, ardieron 26 cañaverales, y otros varios en el ingenio del conocido hacendado don Enrique Pascual, habiendo sido destruídos algunos campos.

Aunque fuera nuestro propósito dejar para los lectores de nuestra RESEÑA el comentario á las órdenes del *generalísimo* de los *mambises*, no podríamos prescindir de ocuparnos en asunto tan importante como el de ese recrudecimiento de la campaña de destrucción que reanudaron los enemigos de España.

Máximo Gómez llevaba adelante su propósito de resistir á todo trance, y para demostrar su existencia y actitud, y desacreditar la nueva política, apelaba á los recursos salvajes de la destrucción.

Tenía, como en 1895 y 96, empeño decidido en que no se hiciera la zafra, y como los campos ya iban perdiendo el verdor, con poca gente dispuesta á secundar sus órdenes le bastaba para que ardieran los cañaverales, produciendo fuerte depresión en el espíritu público.

Al empleo de la dinamita en las líneas férreas de Nuevitas y Sancti Spíritus, siguieron las quemas de los campos, y desde la capital de la isla pudieron verse los resplandores de las llamas que destruían el ingenio «Portugalete»

Ante esa criminal actitud del *generalísimo*, muchos fueron los que abrigaron temores de que no agradecerían aquellos bandidos que estaban en la manigua, ni sus cómplices desde los poblados, la generosidad en que había de inspirarse la nueva política; de ella se aprovecharían en cuanto les beneficiase y la emplearían en todas ocasiones contra España, acompañando sus actos con burlonas carcajadas.

En que se hiciera la zafra estaba empeñado el gobierno, como lo estuvo el general Martínez Campos, y á lograrlo tendían los primeros bandos del general Blanco.

La zafra era además una necesidad absoluta para Cuba, no sólo

porque podrían trabajar y comer muchos braceros que venían acosados por el hambre, sino porque podría aliviarse la situación económica del país, bien aflictiva á la sazón; pero por lo mismo, Máximo Gómez reiteraba su propósito de impedirla, pues al fin esa era la tercera seca de su programa.

Confiamos, es verdad, en que los hacendados lucharían, si preciso

MUERTE DEL CORONEL INSURRECTO RANGEL

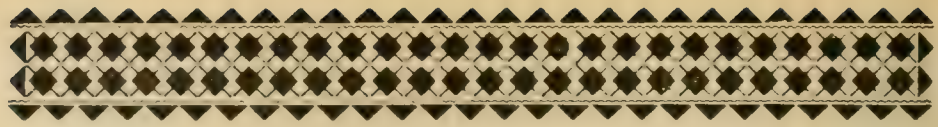
era, para hacer los cortes y poner en movimiento las poderosas máquinas de sus ingenios, y tuvimos el convencimiento de que la autoridad les ayudaría para que pudieran hacer los trabajos en las fincas.

Contamos con que la fuerza de la insurrección no se parecía á la que tenía cuando invadía las provincias occidentales, y con esto nos hi-

cimos la ilusión de que se haría la zafra y resultaría infructuoso ese nuevo esfuerzo del jefe de la revolución.

Pero si la zafra se salvaba sería porque se defendiera con las armas, más que por los resultados de las reformas, cuyos decretos serían recibidos en la isla con el estrépito que producía la caña al saltar quemada y entre las fatídicas luces de aquellas siniestras antorchas que la mano criminal del rebelde *mambí* había encendido en los campos cubanos; y esta triste consideración, lo confesamos, comenzó á infundir en nuestro ánimo la duda y el temor de que las reformas no produjeran el resultado que principalmente perseguían, y que con tanta ansiedad esperaba España: la pacificación de Cuba; el término de la criminal guerra separatista.

COMBATE EN EL POTRERO «COCOA» POR LOS ESCUADRONES DE SAN QUINTÍN



CAPITULO X

Situación de Cuba.—La política.—Quejas y temores de los autonomistas y constitucionales.—Disensiones.—La Asamblea de Diciembre.—Preocupación de la masa neutra del país.—Peligros del período constituyente.—Desolación y ruina de Cuba.—Sufrimientos de los soldados.—Triste realidad.—Actitud de los rebeldes.—Sus amenazas.—Impunidad de que habían gozado.—La obra del general Blanco.—La excursión militar del general Parrado.—Combate en el potrero «Cocoa».—La presentación de los cabecillas hermanos Cuervo y su partida.—Ataque á Santa María del Rosario.—Golpe de andacia.—Los reconcentrados.

XTENSA y muy interesante información, fechada en la Habana el 21, vino á revelarnos por entero la gravedad de la situación de aquella isla en que todo estaba en crísis y en litigio, así la suerte total de Cuba como la organización de los partidos, del ejército y de los poderes públicos.

Es aterrador el cuatro que ofreciera una sociedad en disolución, prometida, más que á una paz fecunda, á una irremediable anarquía.

El separatismo no se daba por convencido, menos por vencido; vivía organizado casi civilmente en media isla; los partidos legales y españoles llegaban al atonismo en sus disputas por la supremacía; los mismos autonomistas descomponíanse en grupos y en tendencias; los vencedores comenzaban sus represalias; los caídos soñaban con venganzas reparadoras. A todo eso, el ejército sufría las consecuencias de

abandonos y miserias; y en medio de tal situación, el general Blanco, casi sin colaboradores desinteresados, había de organizar la paz y la guerra...

Los autonomistas deploraban la tardanza en publicar los decretos constitutivos del nuevo régimen político, económico y administrativo de la isla, y la vaguedad de las noticias que allí se recibían acerca de los planes del Gobierno. Mostrábanse muy confiados en restar fuerzas á la revolución y atraer á la causa española una gran masa de elementos neutros, en lo cual hasta la fecha no habían adelantado mucho; pero se consideraba como dato muy favorable á la confirmación de estas esperanzas, la presentación de los hermanos Cuervo, cabecillas importantes de la provincia de la Habana, acaecida el propio día 21 en Los Palos.

Elogiaban los autonomissas al general Blanco, censuraban á los constitucionales y mostrábanse temerosos de lo que consideraban egoismos de ciertos intereses peninsulares. Ocupábanse principalmente en reorganizar el partido, en estudiar los problemas administrativos, financieros y económicos que el nuevo régimen iba á poner en sus manos, comprendiendo la responsabilidad que por esta razón iba á pesar sobre ellos.

Los jefes antiguos del autonomismo procuraban ocultar la molestia y alarma que les producía la preferencia que el Gobierno daba á los radicales. La derecha del partido autonomista la formarían los reformistas, el centro los autonomistas antiguos y la izquierda los separatistas que aceptasen la legalidad. El predominio de los autonomistas radicales inquietaba mucho á los constitucionales, temerosos de que les recargasen los tributos, desarmaran á las voluntarios, los expulsasen de los cargos electivos y les suprimieran los periódicos, viniendo de esta suerte á quedar reducidos á la condición de parias.

Esperábase que la asamblea del partido de Unión constitucional

que había de reunirse en Diciembre, acordara ejercitar los derechos políticos dentro del nuevo régimen, que condenase las rebeldías y rechazase la fusión del partido con los conservadores peninsulares.

***

La masa neutra, agena á las contiendas políticas, mostrábase retraída y hondamente preocupada ante la gravedad de la cuestión arancelaria y de las de los gastos de soberanía, la Deuda, la imposición de nuevos tributos y la reconstitución de la riqueza.—«Importa mucho—decía nuestro informante—que la opinión pública peninsular preste la mayor atención á estos problemas fundamentales, desviándola de pequeñeces dañosas.»

Considerábase peligrosa la prolongación del período constituyente, porque estimulaba pasiones, amenazaba intereses, perturbaba la vida local y producía el peligro de estimular aquí los antagonismos entre los partidos.

»Cuanto se ha dicho de la despoblación de los campos, de la destrucción de la riqueza, del estado de anemia de los soldados y de las privaciones de éstos, es pálido al lado de la realidad. También supera á cuanto se ha dicho la paralización del comercio, la exigüedad de la próxima zafra, la carestía de las subsistencias, los males producidos por diversas epidemias, la miseria de los habitantes de las poblaciones principales, haciendo más penosa la contemplación de la triste verdad el recuerdo de tantas ficciones optimistas.»

Los rebeldes afectaban desdeñar los indultos y la concesión de la autonomía. Quemaban la caña que ya iba estando seca, amenazaban los ingenios y concentraban las partidas en las zonas montañosas de Occidente.

»Urge batirles en las provincias Orientales, donde 10.000 hombres

armados sostienen la organización civil de la llamada República cubana, alentados por los dos años de impunidad de que han gozado, la cual les sirve ahora de principal argumento para solicitar de los Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia.»

***

»La obra encomendada por la patria al general Blanco, es muy grande y está llena de enormes dificultades. Necesita reconstituir el estado social, reorganizar los partidos, repoblar el campo, normalizar la circulación fiduciaria, organizar la próxima campaña, sustituir al régimen del terror el de la energía, y como complemento obligado de todo esto perseguir con la mayor actividad á los insurrectos armados, evitando el riesgo de que los pertinaces abusen de la benevolencia de España y realicen la amenaza de dar algunos golpes de sorpresa en las provincias de la Habana y de Matanzas antes de Diciembre.

El noble deseo de reducir el número de soldados enfermos y de evitar toda petición de refuerzos á la Península estimulaba á los directores de la nueva campaña, á cuidar mucho de la alimentación del soldado, de la higiene de los hospitales y del aumento de las guerrillas locales.

A pesar de que las deudas pendientes encarecían los precios, hacíanse economías en los suministros.

Este es el estado de las cosas—terminaba diciendo nuestro informante—expuesto con la más completa despreocupación de todo interés particular y de toda suerte de pasiones. Los pronósticos que acerca de los resultados de la política que comienza á implantarse se formulan, son contradictorios. Sería temerario el formular un juicio definitivo. La situación es harto obscura para predecir.. —*A* .

* * *

La excursión militar llevada á cabo por el general González Parrado y escolta, por casi toda la provincia de la Habana, utilizando los movimientos combinados de las columnas pertenecientes á las brigadas del centro, mandadas respectivamente por los generales Valderrama y Ceballos, dió por resulttado; que del reconocimiento practicado durante ocho días en todas las lomas y en los demás puntos estratégicos de la

CAMPAMENTO DEL CASTILLO DE «SAN SEVERINO» Matanzas)

provincia, se encontraron rebeldes en todos ellos, habiendo tenido varios combates de poca importancia.

La importancia del viaje del general Parrado consistió principalmente en haber podido conocer la situación del país y estado del ejército en toda la provincia. El general consiguió levantar el espíritu público facilitando trabajo, extendiendo las zonas de cultivo, vistiendo á los soldados que estaban casi desnudos, mejorando los ranchss con carne y disponiendo, en fin, las cosas para que sin dejar de imprimir actividad á las operaciones, tuviera el soldado la menor fatiga posible.

Respecto de los rebeldes adquirióse la impresión de que se hallaban diseminados.

Los enfermos estaban escondidos y carecían de lo necesario para su curación. Había muchos desnudos y sin medios de subsistencia. En fin, que su situación era aún mucho peor que la del soldado.

Como remate de la excursión del general González Parrado, el día 20 en el potrero «Cocoa» los escuadrones de San Quintín y la guerrilla Peral sostuvieron un combate con una partida rebelde, matando al cabecilla *Cucaracha*, hombre de gran prestigio en aquella zona, y haciendo prisioneros á Jesús Delgado y Acosta, que fueron conducidos á Bejucal.

A las once de la mañana del 21, y encontrándose el general González Parrado en Los Palos, límite oriental de la provincia de la Habana, recibió aviso de que los cabecillas José y Adolfo Cuervo deseaban presentarse con su partida.

El general recibió con gran satisfacción la noticia y, aceptando la oferta, designó para realizar el acto de la presentación, un sitio que dista dos kilómetros del poblado donde acudiría él con su Estado mayor.

No se perdió tiempo, y acompañado de los generales Ceballos y Valderrama, con sus respectivos ayudantes y una pequeña escolta, y guiados por el padre de los cabecillas, salió de Los Palos.

Al llegar al lugar designado, ya esperaban los citados cabecillas con fuerza armada y formada.

Al avistar al Estado mayor del general Parrado, se adelantó José Cuervo, titulado coronel, seguido de su hermano Adolfo, titulado comandante, y saludando al general le manifestó que reconocían la legalidad en vista de la lealtad y sinceridad con que España concedía á Cuba la autonomía.

El general Parrado contestóle aceptando gustoso la sumisión y di-

ciéndoles que la generosidad de España con los arrepentidos quedaba demostrada al dejar á los presentados en la más completa libertad, con arreglo á un bando publicado el mismo día. Después tendióles la mano, y el padre de los cabecillas abrazó con efusión á sus hijos, regresando todos al pueblo rodeados por los rebeldes.

***

El cuadro, en el momento de la entrevista ó acto de la presentación, era interesante.

De un lado y en formación, los rebeldes, armados de carabinas y machetes; del otro el Estado mayor y escolta del general Parrado, formada por 16 soldados de caballería y 27 infantes.

Hechas las presentaciones, se dirigieron todos al pueblo de Los Palos y allí entregaron sus armas los rebeldes, quedando en completa libertad.

Al llegar á la entrada del pueblo, donde les esperaba un inmenso gentío, los cabecillas se despojaron de sus armas y caballos, haciendo entrega de los mismos.

Como casi todos los presentados eran vecinos de Palos, hubo escenas patéticas entre las madres y hermanos de los rebeldes, á quienes hacía veintidós meses que no veían.

La partida se componía en el momento de la presentación de 300 hombres, no habiéndose presentado los demás que la formaban, por la impaciencia de Cuervo, que no quiso esperar á que pudiesen reunirse los que estaban en aquel momento diseminados. Entre éstos había un titulado comandante Torres, otros cinco oficiales y varias mujeres.

Muchos de los presentados pidieron permiso para marchar á otros pueblos donde tenían familia.

Dábase por indudable que el resto de la partida seguiría la conducta de sus jefes.

Entre los presentados figuraban el ya citado coronel, tres comandantes y cinco oficiales.

En el pueblo reinaba gran regocijo por haber quedado pacificada la extensa zona comprendida desde el límite de la provincia de Matanzas hasta Güines.

Los Cuervos eran, el uno boticario y el otro hacendado influyente,

POBLADO PIPIAN (Habana)

y llegaron á reunir una partida de 927 hombres. Sin ser grandes guerreros sostuvieron empeñados combates en distintas ocasiones. El José venía ejerciendo cierta influencia entre los insurrectos de la provincia de la Habana, siendo el lugar preferido para sus hazañas las cercanías de la capital.

José Cuervo fué el cabecilla que en la noche del 15 de Marzo de 1896 merodeaba por los alrededores de El Cano, y tiroteó primero á los

quintos de Llerena y después á los de San Quintín, sembrando la duda entre las fuerzas leales y produciendo el choque que por la noche ocurrió entre ellos.

Roto el fuego, destacó gentes de su partida, aprovechando la noche de tormenta, para que gritaran ¡viva Cuba libre! y enardecieran á los leales que luchaban entre sí.

Aquel desdichado suceso costó á las fuerzas de Llerena y San Quintín 12 soldados muertos, y cinco oficiales y 27 de tropa heridos.

El general Parrado regresó en tren á la Habana, acompañando á los hermanos Cuervo, quienes desde la estación se dirigieron al palacio de la Capitanía general, donde fueron presentados por el general segundo cabo al capitán general marqués de Peña Plata.

El general Blanco les recibió afectuosamente y ellos le manifestaron que la insurrección se hallaba en estado deplorable y que la seguridad de que iba á ser implantada la autonomía les había decidido á presentarse.

La noticia produjo buen efecto en la opinión.

El siguiente día 22 se presentaron en Nueva Paz el titulado comandante Torres y cinco individuos, y en Los Palos otros 15 individuos, de los cuales nueve iban armados, procedentes todos de la partida de Cuervo.

La prensa de la Habana, comentando las presentaciones, calificó el hecho de buena señal.

* * *

A las siete y media de la noche del 22, un grupo de insurrectos atacó la ciudad de Santa María del Rosario.

No consiguieron los rebeldes su propósito de penetrar en el pueblo, pues fueron rechazados por su guarnición.

Las fuerzas defensoras solo tuvieron una baja: un cabo del regimiento de la Lealtad, que resultó herido.

A las diez de la noche anterior se presentaron en la finca de San Nicolás, inmediata á Casa Blanca, pueblo situado en la bahía de la Habana, siete hombres montados y armados, llevándose un caballo, el dinero que allí había y una escopeta. Intentaron también llevarse al dueño de la colonia, pero apercibidos los voluntarios y las parejas de orden público de la Habana que allí prestaban servicio, los rebeldes se dieron á la fuga.

Ambos hechos carecieron de importancia, teniendo en cuenta que la guarnición de Santa María pudo rechazar el ataque sin sufrir más que una baja y que los siete foragidos que asaltaron la finca de San Nicolás diéronse á la fuga al aproximarse los voluntarios y las parejas de orden público de la Habana. Indudablemente los insurrectos quisieron desvirtuar con su intentona y su golpe de audacia el efecto causado por la presentación de la partida de los Cuervos.

El general Blanco destinó de los gastos de la guerra la cantidad de cien mil pesos en plata para socorrer á los reconcentrados, cuya situación era cada día más aflictiva.

Preocupaba grandemente al general Blanco la situación aterradora en que se encontraban los campesinos reconcentrados.

Los gobernadores civiles recibían comunicaciones de los alcaldes, en las cuales se consignaban cifras y detalles horribles. Para remediar en lo posible tales desgracias, se enviaron recursos y acordóse la formación de juntas protectoras.

El obispo de la Habana dirigió una circular á los curas párrocos, encargándoles que invocasen la piedad del pueblo en favor de los reconcentrados, y para todas las clases de aquella sociedad era motivo de preocupación la espantosa situación en que se hallaban los *pacíficos*, cuya horrible miseria hacía entre ellos verdaderos estragos.

CAPITULO XI

Nuevo régimen.—El preámbulo.—Confesión deshonrosa.—El *Real decreto*.—Impresión en la Habana.—La opinión.—Favorable reacción y regocijo.—La Constitución antillana.—Trascendental evolución.—Etapa definitiva.—Sin pretexto ya.—La conquista del Gobierno liberal.—El mayor progreso político de nuestro siglo.—Por la justicia y por la paz.

CUMPLIÓSE la promesa de Zaragoza; y justo es por ello el reconocimiento de la sinceridad con que procedieron, así el señor Sagasta como el señor Moret. Si las reformas que el 26 de Noviembre de 1897 publicó la *Gaceta* hubiesen llegado á adquirir en la realidad una vida y un valor que hasta la fecha se habían visto negados en la ardiente contradicción de la doctrina, hubiera habido que poner á cuenta del presidente del Consejo y del ministro de Ultramar más de la mitad del buen éxito: ellos «creyeron» ó parecieron creer; los demás, que no eran ministros ni Presidentes, lo que se llama opinión, la calle y el campo, la tertulia elegante y el taller ahumado, los políticos excépticos y los filósofos solitarios hallábanse ante la cuestión de Cuba vencidos á la displicencia que produce todo rompe-cabeza continuado.

Así, de haber habido gloria en la obra emprendida, la mayor cantidad hubiera debido ser otorgada á quienes poniendo sus firmas al pié de las reformas, revelaron, si no un covencimiento histórico, una resolución valiente.

Hagamos justicia al patriotismo de ambos gobernantes: ¿podían desear más el señor Sagasta y el señor Moret? Sí; pudieron y debieron, en efecto, desear algo más, bastante más; la pacificación de Cuba por medio de los decretos ministeriales.

En este punto fué donde la opinión neutra, sinceramente, continuó en honrada duda.

Cierto que los decretos fueron liberales, radicalísimos; no era posible ir más allá en la concesión de un régimen democrático. Derechos constitucionales, sufragio universal, garantías de muy especial y muy respetable carácter para el ejercicio del voto, gobierno propio, ciudadanía cubana consagrada en ciertas reglas de vecindad y de arraigo local como condición indispensable á toca función pública... Nada en tal materia había sido regateado. Los hijos de Cuba y Puerto Rico obtuvieron en un día derechos é instituciones de que aún no gozaban varias naciones de Europa ni muchas de la libre América, sometidas á caudillos y dictadores.

No hay que poner peros en ese sentido á los decretos del señor Moret. Ni el Canadá ni las colonias australianas podrían hombrearse políticamente con nuestras Antillas.

Hubiera sido, sin embargo, muy de desear que el espíritu de transacción no nos hubiese llevado á ser injustos con nosotros mismos.

***

En el breve preámbulo de las vastas disposiciones ministeriales, dícese que en Cuba y Puerto Rico «el ciudadano puede ser cohibido, negado y hasta deportado á territorios lejanos, no siéndoles posible ejercer ni el derecho de hablar, pensar y escribir, ni la libertad de enseñanza, ni la tolerancia religiosa, ni cabe practicar el derecho de reunión ni de Asociación.»

Esto dicho sin atribuirlo francamente al estado de guerra, sin recordar cómo la guerra llevó á Lincoln á velar la estatua de la Ley para arrasar el Sur separatista y negrero; eso afirmado sin la aclaración de las circunstancias, resulta un grave cargo contra España, pero un grave cargo reñido con la verdad histórica y hasta con toda necesidad.

Libres serían mañana los cubanos si la paz lograba restituirlos á la vida del derecho. Mas dígase si luego, muy luego del Zarjón, fueles negada ninguna de las libertades establecidas en la Península.

Representación parlamentaria tuviéronla casi con el mismo censo que la Restauración impusiera durante los primeros tiempos al elector peninsular; derechos individuales asistieron á Cuba y Puerto Rico con la misma amplitud que á nosotros; el Código penal, el Código civil, el juicio oral y público, el matrimonio civil, la ley provincial y municipal por igual regía en la Península y en las Antillas.

La libertad de la prensa aclimatóse, singularmente en Cuba, de modo tan completo, que hasta pudo vivir, explotar allí una cierta parte del periodismo, formas y estilo de una violencia inusitada.

El derecho de reunión y manifestación, ¿cómo no se había ejercido en un país, donde las turbas clamorosas tomaron por buena la costumbre de desfilar gritando un día sí y otro también por bajo de los balcoles de la capitanía general? Libertad religiosa, libertad de enseñanza... ¿Cuándo se ha sabido de ningún conflicto en Cuba por causa de la Universidad ó de los prelados?

***

¡Ah! El agitador Martí en su propaganda incesante y rencorosa, Máximo Gómez y Maceo en sus ambiciones no midieron la mayor ó menor cantidad de libertades concedidas y allí practicadas para lanzar

Cuba á la guerra y al exterminio. Sanguily, Varona, los Betancourt, los Tamayo, los Zayas, Gualberto Gómez, cien y cien caudillos ó soldados de la insurrección en Cuba vivían respetados y hasta enaltecidos con todos los derechos del ciudadano.

¿Quién escuchó nunca aquí ninguna protesta á Calixto García?

La gente de manigua, así los de la acera del Louvre como los de Cayo Hueso y Nueva York, no se detenían en estas ó aquellas reformas.

Eran separatistas. Querían la independencia. No estimaban nada de España. ¿Pues qué?, los millares de negros que con Maceo incendiaron y desvastaron de punta á punta la isla ¿no acababan de salir del patronato? ¿No debieran tener fresca en su alma la huella de la gratitud por la manumisión más generosa que registra la historia?

No; no debimos ampararnos de nombres vanos ni falsificar la verdad para justificar las concesiones otorgadas á nuestras colonias antillanas. Nadie se opuso á ellas. Todo el mundo inclinó la cabeza ante la suprema necesidad de acabar pronto y de acabar por cualquier modo.

Pero no fué lícito ni justo suponer más de lo que debieron suponer; que dieran la paz á Cuba si podían dársela; mas que no añadieran una deshonrosa confesión á la pérdida voluntaria de nuestra soberanía política y moral.

Bastaba con lo que representaban para que el espíritu de crítica quedase contenido y silencioso.

Era un último sacrificio del patriotismo que Dios solo sabía si hallaría en Cuba su último desengaño.

Entre tanto había que seguir esperando; la *Gaceta* no había de ser contestada por los empleados autonomistas de la Habana, sino por los insurrectos de la manigua.

***

Hé aquí el REAL DECRETO estableciendo la igualdad de derechos políticos entre los españoles residentes en las Antillas y los que residían en la Península.

«De acuerdo con el parecer de mi Consejo de ministros, y en virtud de la autorización que concede á mi Gobierno el art. 89 de la Constitución;

En nombre de mi augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino,

CAÑONERA-AVISO «LIGERA»

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Los españoles residentes en las Antillas gozarán, en los mismos términos que los residentes en la Península, de los derechos consignados en el título 1.° de la Constitución de la Monarquía, y de las garantías con que rodean su ejercicio las leyes del reino.

A este fin, y con arreglo al art. 89 de la Constitución, las leyes complementarias de sus preceptos, y en especial la de enjuiciamiento criminal, la de orden público, la de expropiación forzosa, la de instruc

ción pública y las de imprenta, reunión y asociación y el Código de Justicia militar, regirán en todo su vigor en las islas de Cuba y Puerto Rico, de suerte que pueda cumplirse en toda su integridad el art. 14 de la Constitución.

Art. 2.° En tiempo de guerra regirá en las Antillas la ley de Orden público con la restricción y en los términos establecidos en el artículo 17 de la Constitución.

PAREJAS DE VIGILANCIA EN LOS FUERTES DE LA TROCHA

Art. 3.° El ministerio de Ultramar, oyendo al Consejo de Estado, revisará la legislación de las Antillas y los bandos publicados por los gobernadores generales desde la promulgación de la Constitución, y publicará después los resultados de esa revisión, á fin de que en adelante ni en la gobernación ni en la administración de justicia en aquellos territorios puedan por error ó negligencia invocarse ni aplicarse

disposiciones que estuvieran en contradicción con la letra y el espíritu de la Constitución de la monarquía española.

Dado en Palacio á veinticinco de Noviembre de mil ochocientos noventa y siete.—*María Cristina.*—El Presidente del Consejo de Ministros, *Práxedes Mateo Sagasta* »

***

Excelente impresión causó en la Habana la entereza del Gobierno aprobando los decretos de autonomía política y arancelaria de las Antillas.

El público arrebataba de manos de los vendedores la hoja extraordinaria de *El Diario de la Marina*, conteniendo los telegramas de aprobación completa de los decretos del señor Moret.

Se formaban corros para leer en alta voz los extraordinarios y comentarlos con entusiasmo.

Los telegramas de los corresponsales de la prensa de la Habana dieron á conocer sustancialmente las reformas autonómicas, así políticas como económicas, á medida que fueron publicadas por la *Gaceta de Madrid.*

La opinión aplaudió sin reservas la energía y la resolución que demostró el Gobierno en lo tocante á la cuestión arancelaria.

Los elementos liberales juzgaban la autonomía arancelaria como la base fundamental del nuevo régimen colonial, y le concedían más importancia que á la misma autonomía política.

Se recibieron en la capital de la isla noticias particulares del departamento Oriental, según las cuales eran varios los grupos de rebeldes que estaban dispuestos á abandonar el campo cuando se instaurase el nuevo régimen autonómico.

Estas noticias, que procedían de personas de cuya seriedad é importancia no podía dudarse, despertaban muy legítimas esperanzas, pues los rebeldes de Oriente se consideraban como los más irreductibles y tenaces.

En la provincia de la Habana seguían presentándose á indulto muchos insurrectos.

A las diez de la noche del 26 salieron á la calle suplementos de los principales periódicos de la Habana con las importantes noticias de Madrid que precisaban la decisión del Gobierno dando á Cuba una completa autonomía arancelaria.

Como desde hacía dos días la opinión en la capital de la gran Antilla venía estando á merced de noticias contradictorias, y las últimas que habían circulado habían despertado profundos recelos, la gente arrebataba los suplemensos y se divulgaba rápidamente el contenido de la disposición ministerial en cuestión tan palpitante, produciéndose inmediata y favorable reacción y grande y unánime regocijo, pues hasta las mismas clases mercantiles que no estaban conformes con la autonomía, fueron partidarias del nuevo régimen arancelario.

***

El día 27 de Noviembre publicó la *Gaceta* la segunda parte de los decretos en que se establecía el nuevo régimen para Cuba y Puerto Rico.

Fué ley, al fin, la Constitución autonómica otorgada á las Antillas españolas. De obra como esa no nos cabe juzgar á nosotros en esta nuestra Reseña. Requiere estudio y meditación detenidos, y por eso toca estudiar y meditar sobre ella á los historiadores, huyendo de todo juicio ligero y apasionado. Requiere también, como suceso político, la suprema sanción del éxito. Nadie la condenara por defectuosa si produ-

cía la paz, ó si la preparaba de modo tan patente que no fuera lícito negar la influencia decisiva en la pacificación.

En cambio vería crecer considerablemente el número de sus enemigos si la guerra seguía sin alteración notable, porque el desengaño dolería mucho á las masas neutrales del país agenas á la política y deseosas de que los problemas militares pendientes se resolvieran lo antes posible. Esas masas no juzgarían sino por el éxito, y, en último término, decidirían la contienda entre reformistas y anti-reformistas.

Lo que nadie puede negar sin notoria injusticia á la Constitución antillana es un gran espíritu de sinceridad. El legislador fué con valor hasta las últimas consecuencias de la premisa sentada, sin desviarse una línea del camino que se propuso seguir.

Se cumplieron, pues, nuestros vaticinios y nuestros votos.

Hemos defendido siempre la autonomía, por entender que era complemento obligado de la doctrina democrática y por estimar que, tratándose de nuestras posesiones ultramarinas, equivalía á un desagravio ofrecido á la equidad y al derecho; hémosla defendido con mayor empeño después de encendida la insurrección, porque vimos en ella el único medio adecuado para restaurar la paz y para asegurar, fortificando la obra de las armas con los lazos del afecto, la integridad de nuestra soberanía en Cuba.

Tras larga lucha de intereses y de pasiones, volvieron las cosas y los ánimos á su nivel, y, al fin, pensó como nosotros pensamos la mayoría de los españoles.

La evolución realizada en la opinión, fué quizás la más trascedental de nuestro siglo.

No ya pronunciamientos y motines victoriosos, revoluciones triunfantes ha habido que ni en España ni fuera de España han determinado tan radicales efectos.

Contiendas furiosas y resistencias desesperadas costó en la Penín-

sula el restablecimiento del sufragio universal. Por intentarlo cayó el partido liberal en 1884, y cayó también en 1890, después de conseguirlo.

En perpetuo combate vivimos por la reforma arancelaria desde 1896, y no ha habido en todo ese intérvalo forma humana de consolidar ninguna franquicia ni tratado de comercio que dejase de producir hondísimas preocupaciones.

A la sazón, sin violencia ni estrépito, enviamos á Cuba y Puerto Rico el sufragio, y facultamos á entrambas colonias para confeccionar libremente sus Aranceles.

***

Los decretos publicados en las *Gacetas* del 26 y 27 de Noviembre, señalaron en nuestra historia una etapa definitiva y merecerán tanta estima de la posteridad como la célebre Memoria de lord Durham en 1858 y como el *bill* colonial de Lord Russel en 1860.

Al otorgar expontáneamente á Cuba una reparación debida, adelantamos la mitad del camino para el logro de la paz, y ganamos un puesto entre los pueblos más libres de América y Europa.

Modelo de constituciones democráticas, nada tienen de exótico y respondieron al programa definido desde 1878 por los autonomistas antillanos, de igual manera que á las ideas proclamadas desde 1873 por la genuina democracia española.

Si algo hay en ella de extraño es la iniciación en la práctica del *referendum*, aplicado por el momento á la vida municipal y que de seguro alcanzaría mayor extensión no bien el régimen autonómico se arraigase y se desenvolviera por medio del ordenado ejercicio.

Mas nadie ignora que Suiza, de donde está tomada la innovación,

es en la actualidad una especie de escuela de ciencias políticas, de cuyos experimentos y lecciones se aprovechan las democracias de ambos mundos para mejorar la condición de los ciudadanos y para simplificar la gobernación de los pueblos.

Gracias á la iniciativa del partido liberal y á la honradez con que hizo honor á sus compromisos, ya no se diría más de España lo que se decía con harta razón de los políticos de Inglaterra y de Bélgica: es, á saber, que mientras los conservadores y los socialistas se unen para adoptar las soluciones más amplias, los progresistas históricos van quedando aislados é inmóviles, entre las corrientes dominantes de la vida pública.

CORONEL D. SANTIAGO DIAZ DE CEBALLOS

Pero hay algo de mayor importancia que todo eso, y es que con los decretos de autonomía colonial antillana quitamos hasta la menor apariencia de razón á los rebeldes, y pusimos á los leales en el caso de trabajar por la paz con tanto ó mayor ahinco que nosotros dado que únicamente por ella lograrían, como apetecían, gobernarse á sí mismos.

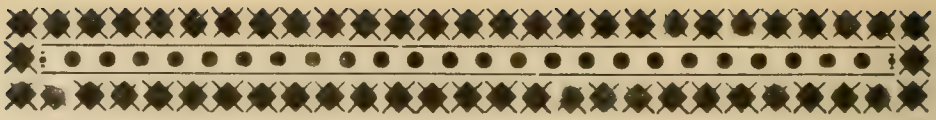
Gloria legítima la que conquistó el gobierno liberal, pues la Constitución antillana figurará siempre con la abolición de la esclavitud entre los mayores progresos de un siglo, que se iluminó en sus comienzos con la declaración de los derechos del hombre.

Y, una vez hecho cuanto estaba en nuestra mano por la justicia y

por la paz, que Dios y la bondad hicieran el resto. Ya no había pretexto que excusase ingerencias oficiosas, ni apariencia con que se escudasen enemigas oficiosidades.

Terminaron las contemplaciones con los poderes extraños y con las revueltas intestinas.

En lo sucesivo, por lo mismo que nos asistía toda la razón, podríamos y debiéramos, si fuere preciso, desenvainar la espada.



CAPITULO XII

La guerra y la política.—Efecto en la opinión.—Júbilo en la Habana.—Aplauso al Gobierno.—La paz asegurada.—Efecto de la autonomía entre los cubanos emigrados.—Un bando de Máximo Gómez.—Operaciones combinadas contra el *generalísimo*.—De Sancti Spíritus á Arroyo Blanco.—Hacia Reforma.—El nuevo régimen.

L país quería la paz; suspiraba por alcanzarla. Hartas pruebas tenía dadas de que no le arredraba ningún sacrificio; cuantos se le habían pedido los había hecho, dando con igual abnegación su dinero y su sangre. Y así como no escatimó ni el esfuerzo ni la pena, tampoco rechazó método alguno para dominar la insurrección cubana; aceptó y fué el ejecutor de cuantos se le impusieron por costosos y cruentos que fueran.

Y el país que con sus hijos constituye el ejército; que no puede dudar ni del valor ni de la disciplina ni de las grandes virtudes militares de los que lo componen, desde el general al soldado, porque todos salen de su seno, el país quería la paz.

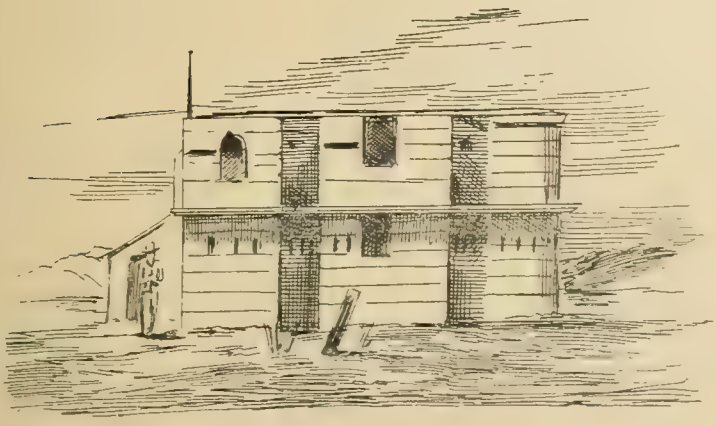
¿Quién es capaz de negar, ni siquiera de poner en tela de juicio, esa afirmación?

En vano la pasión de partido intentara desfigurar la verdad; harto la había desfigurado durante tres años.

Pero los hechos tienen más fuerza que todas las argucias, y ellos se imponían, aunque tarde, para evitar los daños recibidos á tiempo, por fortuna, para evitar otros mayores.

No; no había ningún desdoro ni para la nación ni para el ejército en hacer á la fecha lo que debió hacerse antes. Bastante caro pagábamos el error cometido, y no fuera persistiendo en él como lo habíamos de enmendar.

Porque hubo error, y error crasísimo, en creer que ejército alguno



FORTÍN A LA ENTRADA DE CIENFUEGOS

del mundo, que nación alguna, fuera capaz de dominar totalmente una insurrección como la de Cuba, por el solo esfuerzo de las armas. Si alguna nación, si algún ejército fueran capaces de conseguirlo, la nación y el ejército español lo habrían logrado.

Nadie habría hecho más que nosotros, ni acaso tanto; no hay en el mundo quien lo dude; solo aquí, solo en España hubo algunos, aunque pocos por fortuna, que aparentaban dudarlo.

¡Ah! Si no se hubiese tratado más que de luchar con los insurrectos

manibases, ¡qué poco hubiera durado la insurrección! ¿Acaso no les habíamos vencido siempre?

Las balas de los rebeldes, en tres años de guerra, apenas habían mermado nuestras filas, si se comparan las bajas sufridas en los combates con las que causaron las enfermedades. A la fecha mismo, en los hospitales de la isla había 30.000 soldados enfermos; desde el principio de la guerra más de 2 .000 hombres habían muerto víctimas del clima y 28.000, próximamente, vinieron repatriados, también por enfermos, en la situación que todos vimos.

En presencia de tales hechos, ¿quién es capaz de sostener que la guerra de Cuba estaba en el campo, donde el valor del soldado podía dominarla y vencerla por el solo esfuerzo de las armas?

***

Demasiado lo sabían los insurrectos. Precisamente porque lo sabían, pusieron siempre su confianza en el clima más que en sus rifles, y contaron más con la prolongación de la lucha que con sus propias fuerzas.

Seis largos meses de aquel año se mantuvo Máximo Gómez entre Sancti Spíritus y los montes de la Reforma, con poco más de trescientos hombres. ¿Puede nadie suponer que se proponía librar combate á los cuarenta mil que llevó á Las Villas el general Weyler? No; lo que se proponía era enviar á los hospitales, sin disparar un tiro, á seis ú ocho mil, de aquellos cuarenta mil hombres. ¿Quién se atreverá á sostener lo contrario?

Pues bien; esa ha sido la guerra de Cuba. El país lo sabía y estaba por lo mismo firmemente convencido de que el sistema de la guerra por la guerra era absurdo en tales condiciones; sin gloria para el ejército que peleaba y sufría; sin ventajas para la nación, cuyos sacrificios

sin cuento habían resultado hasta la fecha, y resultaron más tarde, completamente estériles.

Por fortuna, de ese convencimiento participaban también los jefes más populares del ejército; los que en las guerras coloniales se habían cubierto de gloria y á quienes no se podía escatimar ninguna de las virtudes que tanto enaltecen á nuestros caudillos.

Y cuando había generales como Blanco, como Pando, como González Parrado, como Fernández Bernal, que juzgaban no sólo compatible con el honor del ejército, sino justa y necesaria la implantación de la autonomía en Cuba para terminar la guerra, y cuando participaban de iguales convicciones hombres como Linares, Luque, Segura, Hernández de Velasco y tantos otros cuyo valor y cuyos servicios á la patria eran tan evidentes, no se podía decir, sin que pareciera un agravio lanzado á nuestro glorioso ejército en la grande Antilla, que al ir á restablecer la paz en Cuba con la espada en una mano y la autonomía en la otra, desmerecía ó se mermaba la dignidad de la patria.

***

Según era de esperar, los decretos publicados en la *Gaceta* del 27, concediendo la autonomía política y administrativa á las Antillas, originaron los más contrapuestos juicios, habiendo exaltado las pasiones, revuelto los posos de prevenciones y recelos, despertado lisongeras esperanzas y producido hondos motivos de inquietud.

Agitación tal denunció la trascendencia de la obra. El remedio era heróico; mas por eso mismo se hallaba en consonancia con la magnitud del mal. Esta convicción fué lo primero que se destacó sobre el oleaje de los ánimos.

No podíamos seguir por el camino tomado y con la marcha que llevábamos. Por allí no se iba más que al abismo. ¿Se producía una

profunda crísis por la cual de un modo ó de otro pudiéramos llegar pronto á una situación definitiva? ¡Pues eso estaba bien hecho!

A poco que entrase en su conciencia cada español, no dominado por ciegas preocupaciones ó por motivos egoistas, diera con el juicio formulado en las anteriores líneas. Convencionalismos aparte, por el camino que á la fecha se emprendía pudiera perderse Cuba ó salvarse; por el emprendido antes y seguido hasta entonces, gracias á la torpeza insigne con la cual desde Madrid y desde la Habana se había dirigido y se dirigía la marcha, Cuba estaba perdida, no ya sólo para nosotros, para la civilización.

Cupo debatir mucho cuál sistema era preferible. Desde luego el últimamente adoptado no parecía el más gallardo ni el más español; pero dos años y medio de errores consecutivos, de faltas inconcebibles, de culpas que jamás condenará bastante la historia, no habían dejado útil más que este sistema. Al aplicarlo era preciso proceder con lógica, con sinceridad, con valentía. Esto es lo que hizo el Gabinete liberal.

Nada habría sido más triste ni más funesto que adoptar el sistema de las concesiones para debilitarlo con encogimientos ó mixtificarlo con astuta doblez. Eso habría equivalido á cometer errores, faltas y culpas análogas á aquellos que esterilizaran para el bien de la patria el sistema de la lucha, del castigo y de la represión. Inutilizados también con menguadas habilidades los medios políticos para la pacificación, ¿qué nos hubiera quedado ya?

***

Lógicamente, sinceramente, sin miedo y sin tacha, el programa antillano del partido liberal se halla desenvuelto en los decretos, que habían de ser la nueva Constitución de Cuba y de Puerto Rico. Con leal-

tad sería establecido en ambas islas el nuevo estado de derecho. Las consecuencias serían las que á Dios pluguiera, pero ni al partido liberal ni á España correspondería la culpa ante la conciencia del mundo civilizado.

Desde este punto de vista la obra de los señores Moret y Sagasta mereció la aprobación de todos los españoles no obcecados por conveniencias personales lastimadas ó por furiosas pasiones políticas. Obligados á propinar un remedio heróico, lo elaboraron los gobernantes sin mezclas que pudieran quitarle eficacia. El valor cívico que en ello desplegaron fué grande, puesto que las responsabilidades fueron al parecer gigantescas, y apenas hubo quien no se apresurase á señalarlas. Por lo mismo hicieron bien en trazar con líneas rectas y muy visibles el camino que habían de seguir, y mejor hicieron en no apartarse de ellas. De esa manera se vió quién torcía los sucesos y llamaba hacia sí las temibles responsabilidades.

Nos encontramos ya en la otra vertiente de la cuestión de Cuba. También podía haber tajos y abismos en esa vertiente; pero siempre tendríamos en ella una ventaja.

Habría más luz.

***

Al conocerse en la Habana los decretos de la autonomía política y arancelaria, que satisfacían plenamente las aspiraciones del país liberal, reaccionó la opinión.

El conocimiento de lo más esencial de la Constitucion colonial disipó todas las dudas y todas las desconfianzas, produciendo inmensa satisfacción.

El espíritu público se levantó en la misma medida que antes se

había abatido por la pesadumbre de un régimen de privilegios y de desconfianza.

El País aplaudió la firmeza del Gobierno en llevar á la ley todo el radicalismo de su pensamiento.

El Diario de la Marina felicitó con calor y con entusiasmo á los señores Sagasta y Moret.

Reinaba gran actividad política y una extraordinaria confianza en los resultados del nuevo régimen, afirmándose por todos los liberales, por la mayoría del país, que la paz sería pronto un hecho. Cubanos y peninsulares expresaron su gratitud á España diciendo que sabrían corresponder á su generosidad.

El efecto causado en Washington, en Tampa y Cayo Hueso entre los refugiados cubanos por el decreto concediendo á Cuba amplia autonomía, fué muy profundo.

Preparábanse á regresar á la isla cientos de cubanos que se acogerían á la paz. La junta revolucionaria iba á quedar desmembrada; y ya habían estallado cuestiones graves entre sus miembros, partidarios unos de seguir combatiendo, propendientes otros á reconocer la legalidad, y ambiciosos no pocos de obtener cargos en el reparto de destinos que había de llevar á cabo el gobierno insular.

La mejor prueba de que eran muchos los insurrectos que se preparaban á reconocer la legalidad, fué el bando promulgado por Máximo Gómez el día 20.

Decía así:

«.. Todo comandante ú oficial del ejército libertador de Cuba que acepte proposiciones de paz, acogiéndose á los decretos de autonomía ó que conferencie con emisarios españoles, será sometido al Consejo de guerra y fusilado.

»Todo emisario que intente tratar para la aceptación de la autonomía, será considerado como espía, sometido á Consejo de guerra y fusilado.

»Toda proposición de paz basará necesariamente sobre la independencia de Cuba, y será sometida al Gobierno de la República.—*Máximo Gómez* »

***

El general Pando, en su viaje á Las Villas, consideró necesario y urgente emprender activas operaciones en la parte comprendida entre el Jatibonico y la trocha, batiendo los bosques de Reforma, donde Máximo Gómez tenía desde hacía un año su cuartel general.

A este efecto reunió en Sancti Spíritus fuerzas de todas las armas, y al amanecer del día 26 salieron de esta población las columnas por el camino de Arroyo Blanco.

Dirigía las operaciones el mismo general Pando, y operarían en combinación los regimientos de caballería del Príncipe y voluntarios de Camajuaní, y los batallones de Mérida, Mallorca, Albuera y Rey, más dos secciones de caballería.

Mandaban esas fuerzas, además del general Pando, los generales Salcedo, Segura y Ruíz, y los coroneles Landa, Martín, Tejeda y Bruna.

El terreno donde habían de operar es montuoso y conocido á palmos por el enemigo.

El general Bernal, á su regreso á Pinar del Río, puso también en movimiento sus fuerzas y se dirigió hacia las lomas en busca del enemigo allí escondido.

. . . . . .

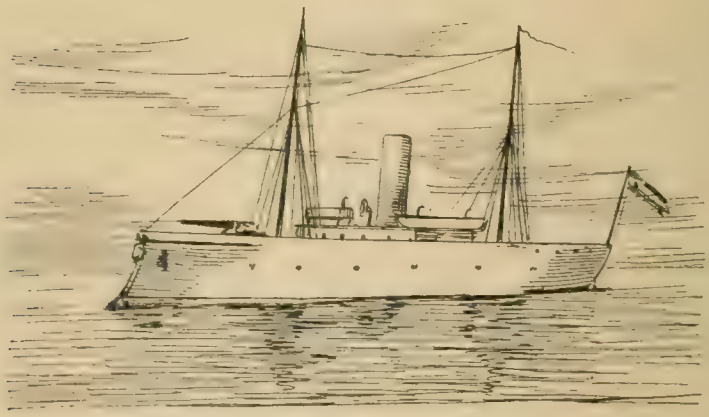
A la agitación producida en los espíritus y en los intereses materiales por la transformación del régimen colonial, siguió una época interesantísima para España.

Realizada la reforma antillana, en plena vida económica, pronto habían de conocerse sus resultados.

La opinión impaciente confiaba en la paz, porque tal era el alcance que se había dado á la obra del Gobierno.

Los más castigados en sus ideas por esa transformación operada en las instituciones políticas antillanas, callaban y esperaban patrióticamente.

«—Si la paz viene, bien están esas reformas,—decían los que pre



CAÑONERO «DEPENDIENTE»

sumían de estadistas,—y esto repetían los demás mortales, esos que habían dado sus hijos á la patria y trabajaban para que se alimentase el Tesoro nacional.

Hubo en esto una excepción, la del señor Romero Robledo, que recordando la valentía con que el ilustre general Salamanca maldijo el convenio del Zanjón, por ver en las condiciones pactadas consecuencias dolorosas y una guerra futura, gritaba desde las columnas de un periódico: ¡Maldita la paz si viene por ese medio, porque la paz así lograda será la independencia de Cuba!

POBLADO DEL CALABAZAR (Habana)

***

Si era la paz, ó era la continuación del mismo estado de cosas, sólo había de decirlo el tiempo, aunque este corre veloz y la gravedad de la situación no permitía diferir esos resultados á largas fechas.

El inmediato día 6 de Diciembre se abrirían las Cámaras norteamericanas. El presidente Mac-Kinley estaría prudente en su Mensaje, pero no había seguridad, ni mucho menos, de que se inspirasen los senadores en la sensatez que aconsejaban las circunstancias.

Los filibusteros continuaban en sus alardes de protesta, y el *generalísimo* Gómez, para prevenirse contra las debilidades que pudieran experimentar en aquellos momentos sus secuaces, recordaba el bando de Spotorno y amenazaba fusilar al que no solicitase de su grandeza permiso para vivir.

En aquellos días comenzaron las operaciones de guerra con actividad.

En Occidente tomaban la ofensiva nuestras columnas. El general Bernal, para dar la última mano á la insurrección en Vuelta Abajo, ponía en movimiento las fuerzas de su mando, y se dirigía hacia las lomas. El general Pando, con Salcedo, Segura y Ruíz iban por Arroyo Blanco y Spíritus en busca de Máximo Gómez, resueltos á batirle y aniquilarle sus fuerzas.

Eran estas operaciones urgentes y precisas antes de llevar la guerra á Oriente, donde seguía el enemigo tomando la ofensiva, según comunicó el general Blanco.

Todo hacía suponer, pues, que pronto habrían de recibirse noticias interesantes sobre el desenvolvimiento de la acción de las armas.

Representaba la nueva política el avance simultáneo y combinado de la acción diplomática, la de las armas y la política.

Todas estaban en funciones activas, con la urgencia que demandaba la espectación de un país ansioso de realidades consoladoras.

CAPITULO XIII

Por la paz.—Lo que es la guerra.—La voz de la opinión.—El estado del ejército.—Los que fueron y los que quedaban.—200.000×53.000.—Herencia del general Blanco.—Todo modificado.—Detalles varios.

Se solía preguntar por los pocos que aún creían en la eficacia única de la guerra; en que sólo por la acción de las armas se hubiera podido ahogar la rebeldía separatista:

—¿Y esos doscientos mil hombres que hemos enviado á Cuba qué hacen? ¿Qué han hecho?

Prescindamos de la enorme contradicción en que incurrían los que tal pensaban—que eran muy pocos, y que cada día irían siendo menos—de fiarlo todo al empuje heróico de nuestro ejército y dudar al propio tiempo de que tal vigorosa embestida á la insurrección se hubiera dado. El agravio está en esa duda, está en los que dudaron entonces y antes de que los generales y los soldados, por uno ú otro sistema, no hubiesen querido ó no habían sabido aniquilar y extinguir las huestes del separatismo criminal.

No. No había que preguntar «qué hacían, qué habían hecho» nuestras tropas valerosas y nuestros generales bizarros y entendidos en el arte de la guerra; en el saber pelear y vencer. Hay que preguntárselo á los campos y á los hospitales de Cuba, en donde habían perecido á la fecha, en dos años y medio de campaña, más de veinte mil hombres; hay que

preguntárselo á esos buques mortuorios en que se habían repatriado veintisiete ó veintiocho mil hombres en el estado que todos habíamos visto; hay que preguntárselo al mar, sepulcro de tantos infelices que no tuvieron el consuelo de abrazar á sus madres y en su seno exhalar el último suspiro; hay que preguntárselo á los estados de la Inspección de Sanidad militar de la isla, que en un solo mes, en el de Octubre, registraron treinta y seis mil enfermos, y hay que preguntárselo, por fin, al que ha tenido la pena de ver cómo los que se embarcaron en la Península jóvenes, robustos, sanos, alegres, con el alma henchida de esperanza, se trocaron en el combate, no con el enemigo, al que ni siquiera vieran, sino con el clima mortal, en ejército de espectros.

Y ya esa cifra de los doscientos mil soldados la vereis disminuida; vereís cómo desaparece en más de su mitad, cómo se pierde en el hospital, en el mar, en el campo de batalla. ¿Y el resto?... El resto no eran en gran parte combatientes, eran enfermos, que por un esfuerzo capaz solo de realizarlo en el mundo los soldados españoles, se batían con fiebre, marchaban muriendo y morían sin quejarse, víctimas del más atroz de los errores políticos que había tardado dos años y medio en repararse.

***

Todos hemos visto á los repatriados, á todos los corazones llegó la conmoción de horror, de espanto; de todos ellos salió la protesta vigorosa del espectáculo sin ejemplo. La opinión en España se impresionó, y con razón, por la muerte en la travesía de los soldados enfermos; soldados que tuvieron por tumba el mar. Nadie les rezó una oración; ningún signo, ningún rastro señalará su paso por el triste sendero de su infortunada vida. Sus madres no tendrán el consuelo de que una urna se alce sobre su sepulcro en suelo de Cuba, suelo de la patria, al fin.

¡Qué visión más tremenda, más horrorosa, la de los cadáveres de sus queridos hijos, devorados por los tiburones!

Y los que lograron no morirse en el camino, perecieron al llegar á puerto, á la vista de la tierra deseada, en el tránsito del barco al muelle, del buque al hospital del puerto. ¡Morir ya á la vista del suelo patrio; morir al llegar!... ¿Puede haber mayor dolor, más horrible modo de abandonar este mundo?

Veamos ahora lo que acontecía á los que tenían la dicha de sentir en torno de sí á la madre patria, recogidos por la caridad provincial ó municipal, ó por la benéfica Asociación de la Cruz Roja, en algún algún albergue ó sanatorio.

Dígalo por nosotros el *Diario de Pontevedra*, del cual copiamos el siguiente suelto publicado en uno de sus números, correspondiente al mes de Octubre del 97.

Decia así el suelto á que nos referimos:

«Al encontrarse el otro día en el sanatorio de Santiago dos jóvenes de la misma edad y del mismo pueblo, soldados repatriados del ejército de Cuba, *no se han conocido* en fuerza de desfigurados por el hambre y las fatigas.»

Hubo más. En una de las reexpediciones desembarcadas en Cádiz ocurrió que un padre no reconoció á su hijo, hasta que éste le llamó con un grito del alma... ¡Si estaría desfigurado el infeliz!

Eso es lo que han visto todos, lo que ha podido impresionar por tocarlo más de cerca á los que viven en la Península. ¿Y lo que pasa allá, lo que ocurre en Cuba, lo que han presenciado y jamás olvidarán los que en la isla estuvieron?

***

«—Yo quisiera—nos decía un día un bravo oficial, repatriado por enfermo á consecuencia de una grave herida recibida en un reñido combate en las lomas de Pinar del Río—que por un prodigio imposible, desfilara por las Ramblas una de aquellas columnas de convalecientes ó enfermos, de espectros, mejor dicho, en el propio ser y estado en que salen á perseguir á un enemigo emboscado ó que huye. A los cuatro días de salir una columna de un pueblo, de internarse en las lomas de Pinar del Río, ó en la manigua de Las Villas, ó en el desierto del Camagüey, ó de guarnecer una trocha, ha regado su paso con la tercera parte de su fuerza enferma, fuera de combate, sin haber cruzado una bala con los insurrectos.

Mr. SPRINGER
Vice-consul de los E. U. en la Habana

»Sale aquel soldado enfermo del hospital, y aún quiero suponer que salga curado, entendiendo por curación el que ya no le molesta la fiebre y el que ya puede comer y digerir y el que ya esté en disposición de seguir la marcha de una columna. ¿Y á dónde vá el soldado dado de alta en el hospital? Va á incorporarse á su batallón, á proseguir las penalidades de la campaña, á la vigilancia de la trocha, á respirar de nuevo día y noche los miasmas palúdicos. Va con el cuerpo débil, aunque esté sano, á continuar las marchas de horas y de días. Va á dormir al raso junto al *guao*, que los hincha hasta reventar y morir. Va á abra-

sarse la piel con el sol del trópico, á calarse hasta los huesos con la lluvia torrencial. Va á pasar hambre y sed recién salido de una enfermedad grave. Va á nutrir su cuerpo desnutrido con las inmensas fatigas de una campaña funesta. Va como candidato á la sepultura...

»Fué aquella una escena—prosiguió diciendo nuestro emocionado y elocuente narrador—que me impresionó hondamente. Era uno de los últimos días de Noviembre de 1896. A pesar de encontrarnos tan adelantados ya en la estación, las lluvias no habían cesado, la época de la seca aún no había comenzado, todavía el viento del Norte no había empezado á soplar y barrer la humedad de la atmósfera. Diluviaba como diluvia en Cuba, arrojando el cielo torrentes de agua. A las once de la noche, después de haber estado durante todo el día, desde el amanecer, en marcha por lomas y vericuetos por donde teníamos que abrirnos paso con el machete y andar cayendo aquí y levantándonos allá, entramos en el pueblo de Candelaria dos mil soldados...

»¡Dos mil soldados!, es decir, ¡dos mil hombres! Es un sarcasmo llamar soldados, llamar hombres, á aquellos míseros; tal era su estado. A las puertas mismas del pueblo habían caído algunos, brindando sus cuerpos exánimes á las voraces siniestras auras, á los cuervos de Cuba. Y los que, tras desesperado esfuerzo, penetraban por fin en las calles de Candelaria, tendíanse en el suelo, enmedio de los charcos, sufriendo la lluvia, sin ánimos para colgar la hamaca, resignados á que aquella fuera su última noche...

»En el pueblo, que es pequeño, había alojados ya ochocientos enfermos de anteriores expediciones, y no existían camas para tantos. Abriéronse las puertas de todas las casas y allí se refugió la mitad de la fuerza, de cualquier modo, hacinados. El resto quedóse en la plaza, abrasada por la fiebre. Era un coro tristísimo de ayes, de lamentos, de quejas, de inprecaciones, de plegarias. A gritos pedían la muerte para acabar pronto en el charco inmundo en que estaba convertida la plaza...

»Amaneció y se organizó un tren para trasladar dos mil hombres á la Habana. Querían incorporarse y no podían; la noche de fiebre y de insomnio había consumido las pocas fuerzas que les restaban. A los pocos pasos que daban hácia la estación, caían extenuados, rendidos, inmóviles. Los oficiales, con lágrimas en los ojos, les sosteníamos, les alentábamos con palabras de consuelo, y como las palabras eran inútiles les empujábamos, les arrastrábamos, obligándoles así á marchar... Murieron varios en el tren, en un tren que no llegó hasta la noche á la Habana y donde iban revueltos muertos y vivos...»

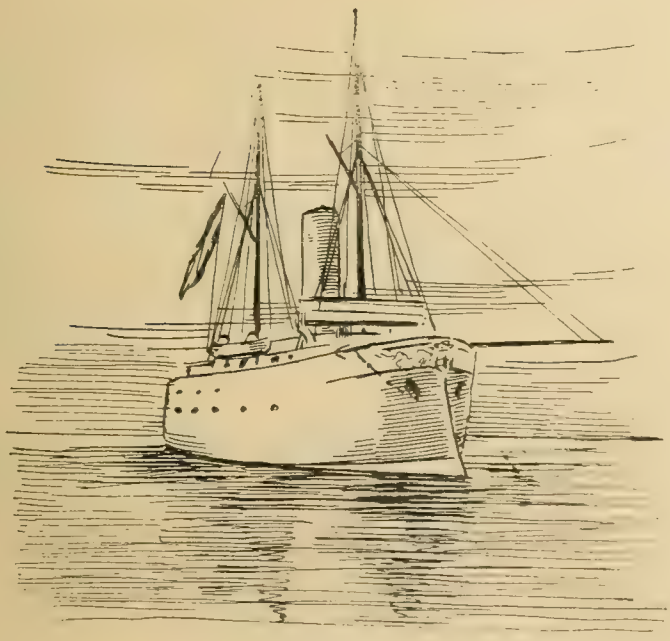
***

Ahora bien; ¿y quién tiene la culpa de todo eso? Creemos que nadie. Nadie más que la guerra, nadie más que el sistema de confiar solamente á la acción de las armas una guerra imposible, nadie más que el que imaginó insensatamente que se puede entregar á los elementos, al fiero clima, al mortífero aire, al suelo inclemente, un ejército de bravos para que sin lucha los devore la fiebre.

Por eso proclamamos que ningún ejército del mundo hubiera hecho no más, si ni siquiera tanto, como el heróico y sufrido ejército español. Pero, tampoco ninguna nación del mundo hubiera sostenido esa guerra, que era poco menos que imposible que solo por la guerra se acabase.

Empeñados durante más de dos años nuestros hombres de gobierno, por obsesiones que han de merecer á la historia severísimos juicios, en acumular en los campos de Cuba tropas y más tropas, hombres y más hombres, cuidaron solo de su envío y pensaron muy poco, casi nada, en las naturales consecuencias de una tan grande acumulación de soldados, donde se carecía de todo, donde nada había preparado para

recibir, albergar y atender á las necesidades de núcleo tan importante de fuerzas, de un contingente tan numeroso de ejército bisoño, no avezado á las fatigas de la campaña y á las penalidades de una guerra irregular en país desconocido y de clima tan opuesto á su temperamento, quizás porque creyeron que la seguridad de triunfar de los rebeldes en liza abierta daba á nuestros soldados la inmunidad bastante para ven-



CAÑONERO «SANDOVAL»

cer también al clima que traidoramente y sobre seguro les robaba la sangre de los pulmones y la energía de los músculos.

¡Lástima grande que pensasen tan poco en hechos tan graves como éste los que, alardeando de popularidad y de fuerza en la opinión, aunque no teniendo ni una ni otra cosa, apercibíanse á la fecha para aplaudir, al desembarcar en la Península, al director, durante veinte

meses, de la campaña de Cuba, tras de haber hecho pregonar por las trompetas de la fama el talento organizador del nuevo Moltke español, cómplice de la funesta obra del Jove de la situación conservadora.

***

Entrando en otro orden de ideas, el enorme ejército enviado á Cuba hubiera tenido justificación, si una vez reunida tan portentosa fuerza en la gran Antilla, se hubiera emprendido una campaña enérgica.

Desgraciadamente los doscientos mil hombres no correspondieron, por falta de plan y de dirección, á los esfuerzos y esperanzas del país; pero mientras tanto tenían que ocasionar gastos de tal consideración, que es un asombro cómo han podido sufragarse, aún con los atrasos y dilaciones por que estabamos pasando.

El Gobierno conservador debió comprender que el envío de doscientos mil soldados á Cuba requería, á causa de los gastos, una campaña rápida y feliz, y de no tener esa seguridad, hubiera sido preferible el método de un ejército adecuado á nuestros medios económicos y desde luego organizado en otras condiciones que lo pusieran con más probabilidades de éxito al resguardo de enfermedades y de deficiencias en la alimentación.

El daño de no haberse obtenido en un período corto ventajas de consideración en la guerra, fué causa no sólo de que se multiplicasen los gastos en un grado que aterra, que llegaron á tocarse en el nivel del cambio internacional y que Dios sabe qué nuevas y más graves complicaciones financieras podrán aún traer, sino que dió espacio y ocasión á los laborantes y filibusteros para procurarse medios de ataque y para

influir además en aquella parte de la opinión de los Estados Unidos que nos era hostil.

***

Así lo que reclamó mayor atención del general Blanco, al hacerse cargo del mando superior de la isla y del ejército de operaciones fué la vida del soldado, del resto que quedaba de aquel gigantesco sacrificio de la nación.

De los doscientos mil hombres que España envió á su colonia antillana, quedaban según la última revista de Noviembre 114 961. De éstos había 35 682 destacados y 26 949 enfermos, quedando, pues, para operar 52.330, y aún de esta cifra hay que descontar los que prestaban otra clase de servicios y los que sin entrar en el hospital estaban enfermos, que no eran pocos.

200.000=53 000. Esta es la proporción en que había quedado el ejército de Cuba.

Doscientos mil hombres envió allí la patria. De aquellos 200.000 soldados quedaban para operar 52.330 en el mes de Noviembre de 1897.

¿Qué había sido de los miles y miles de soldados que faltan en esa cifra?

La inmensa mayoría enterrada en la manigua, otra gran parte sepultada en los hospitales, otra repatriada y muriendo por esos mares, por esos caminos y por esos pueblos de Dios.

Es horrible. Cerca de 150.000 hombres, casi toda la juventud española, perdida obscura y tristemente.

La diferencia enorme que resulta entre los que fueron y los que existían, eran las bajas de la campaña. ¿Cuántos hombres había costado ya, á la fecha, á España la guerra? Nadie lo sabe: la diferencia de 200.000

á 114.961 no sabemos si fueron muertos, desaparecidos ó ignorados, porque entre ellos están los que regresaron á la Península, entre los cuales ¿cuántos llegaron á sus casas? ¿Cuántos vencieron á la anemia ó á la tuberculosis con que los devolvió la isla?

Según los informes del inspector general de Sanidad señor Fernandez Losada y la estadística que de aquellos días hemos examinado, no fué el vómito lo que más daño hizo á nuestro ejército, fué el paludismo, y éste reconocía y reconoce siempre como principal causa eficiente la falta de alimentación.

Desconocida en absoluto la provincia de Pinar del Río, no pudo prevenirse á tiempo el mal que nos destruyó la mitad de ese ejército, á cambio de bien poca compensación, puesto que metidos entre tantos peligros miles y miles de hombres con un objeto único, este vino á realizarlo providencialmente una columna bien pequeña, la del comandante Cirujeda. Pues á pesar de lo ocurrido fueron muchos los que creían que no era la provincia de Pinar del Río tan mal sana como puede suponerse ante el número crecido de palúdicos que allí hubo durante una campaña bien corta.

***

Fué, lo que ya se ha dicho en todas partes y en todos los tonos, y lo que acabó por decir el mismo señor Losada en su informe del día 1.° de Noviembre de 1897.

«Entre las causas de estos males las hay irremediables, como por ejemplo la acción enervante del clima y el influjo del miasma palúdico, cuyos efectos no tienen profilaxis posible. Pero puede hacerse mucho para defender al soldado de la mayor parte de las enfermedades. *Las tropas están agotadas de fatiga y* MAL ALIMENTADAS »

La creación de sanatorios, ordenada por el general Blanco, podía resultar y resultaría seguramente una gran solución. En sitios higiénicos, con especial y reparadora alimentación, con aire puro y descanso, podían los soldados recobrar la salud y volver á su servicio sanos y en condiciones de soportar de nuevo las fatigas de la campaña.

El resultado llegó á verse prácticamente. Hé aquí un caso, que nos ha referido un oficial repatriado.—«Días antes de regresar á la Península el general Weyler vino á verme un soldado que enviaban de Pinar del Río á los hospitales de la Habana. El pobre no podía andar y su aspecto de cadáver impresionaba extraordinariamente. Se le recomendó, se procuró que saliera pronto del hospital y obtuvo luego en la capital un destino pasivo. A los dos meses volvió á visitarme; no lo conocí de gordo y de sano que estaba. No había tenido más noticias de él y creí que el infeliz había muerto.

«—Cuando le ví á usted en Octubre—me dijo—*tenía hambre.* Ahora me ve usted tan bueno, *porque como.*»

Podría justificarse la fatiga y hasta el no comer, cuando hubiera una marcha que realizar y una operación urgente y decisiva que acometer. Pero en esa guerra todas las columnas tuvieron siempre, siempre, tiempo sobrado para que la tropa comiera sus ranchos y pudiera descansar. El Estado ha pagado muchos zapatos para todos, y han sido muchos los que han ido descalzos; ha pagado muchos trajes, y han ido muchos desnudos; ha pagado mucha comida, y se han muerto muchos de hambre. Y es que ha habido abandono, indiferencia, incuria, poca energía para hacer frente á las dificultades, y... otras cosas, que sólo el pensarlas horroriza, indigna y subleva el ánimo.

¿Cómo no aplaudir las primeras disposiciones tomadas por el ilustre general Blanco para salvar, pues verdaderamente de esto se trataba, la vida de los pobres soldados que en la isla aún quedaban? Nos hacían todavía mucha falta para la guerra, puesto que la guerra seguía,

sin que pudiera vencerla del todo la acción política, y había que evitar nuevos sacrificios de hombres á la patria.

Este fué el criterio que á la sazón predominaba, inspirado en la rectitud, en sentimientos de humanidad, no en la conveniencia personal, como sucedía antes. Por mucho tiempo permanecieron cerradas las puertas del regreso á la metrópoli hasta á los ya declarados inútiles, y no había influencia alguna que consiguiera el pase á la Península de un soldado ni de un oficial por enfermo que estuviera. Pero cuando se consideró que era motivo de halago á la opinión pública, ya excitada, se explotó la palabra repatriación, embarcándose á montones á los enfermos, sin consideración á su estado ni á los peligros de un viaje siempre molesto, sin filiación siquiera, puesto que hubo soldados que murieron á bordo, sin que nadie supiera cómo se llamaban ,y dónde residían sus padres, que aún vivían, quizás, con la esperanza de abrazar al hijo, ya sepultado en el Océano.

***

Se consideraba, á la fecha, y con razón, más humanitario y más práctico curar allí á los que podían curarse, con lo cual se salvarían muchos y se evitaría que fueran más, puesto que aquéllos ya aclimatados é inmunes para una porción de enfermedades, podrían prestar de nuevo sus servicios á la patria, y no serían necesarios nuevos sacrificios, nuevas víctimas. En una palabra, ya que el mal no podía evitarse en el todo, se procuró evitarlo en parte.

De la misma manera se modificó absolutamente todo por medio de bandos y circulares, que día por día nos hizo conocer el cable.

Los procedimientos de la guerra, las relaciones de las tropas con la gente del campo, la protección á la propiedad, la forma de dar los

partes y de obtener las recompensas, todo, todo se cambió, constituyendo esto un trabajo verdaderamente laborioso á que estuvo entregado día y noche el Estado mayor, bajo la dirección acertada é incansable del general Pando.

No nos incumbe, ni es de nuestra competencia, el detallar toda esa obra gigantesca, que había de influir poderosamente en el resultado de la nueva campaña. Pero vayan como muestra dos detalles que nos ofreció la información del día 7 de Noviembre.

Sabido es que con arreglo al criterio del general Weyler, las propuestas de recompensas habían de fundarse en el *número de bajas que tuvieran nuestras tropas*, con lo cual podía muy bien ocurrir que el descuido, la imprevisión ú otras causas, obtuvieran un premio, mientras que una acción afortunada ó bien dirigida quedara sin recompensas por no haber sufrido bajas.

Derogado ese procedimiento absurdo, las fuerzas de la brigada del general Valderrama, que habían operado durante cuatro días en la provincia de la Habana con gran fortuna y acierto, puesto que sorprendiendo al enemigo en sus campamentos—como sorprendió Numancia el campamento del cabecilla Rodríguez,—le hizo más de treinta muertos, sin tener nosotros más que cuatro ó cinco bajas, recibieron la orden de formular una merecida propuesta. Túvose en cuenta la importancia del hecho, el mérito contraído, no la sangre de nuestros soldados derramada.

***

Veamos otro detalle de muy distinto orden. Las expediciones de soldados, aún aquellas que ya tenían destino fijo antes de salir de la Península, iban todas á la Habana, donde permanecían algunos días,

por cierto en bien malas condiciones, y perdiendo un tiempo precioso, hasta salir para su destino. Ocurrió en Septiembre del año 96 que los 11.000 hombres destinados á la trocha central, en vez de dejarlos en el Júcaro, fueron á la Habana, y desde allí fueron transportados por tierra y por mar á aquel sitio, lo cual proporcionó á los soldados molestias inútiles é injustificadas, hubo tiroteo de trenes y se gastaron *noventa mil duros* en transportes.

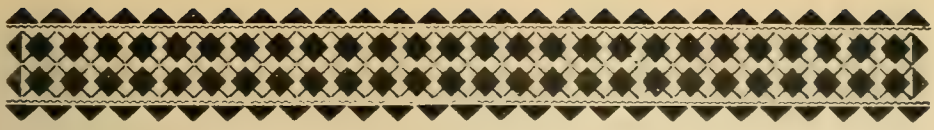
MR. TAYLOR, Ex-Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en España

A la sazón, los mil soldados que llevó el *Alfonso XIII*, como hacían falta en Oriente, desembarcaron en Guantánamo, y así no tuvieron que ir á la Habana y meterse en otro viaje. El vapor-correo se retrasaba un día, sin perjuicio para nadie, y en cambio se ahorraban molestias al soldado y siete mil quinientos pesos á la nación. Es pequeño el detalle; pero aunque pequeño y solo, es harto elocuente.

No podía predecirse, ejerciendo de profetas, cuál sería el resultado de la nueva campaña, puesto que había habido que crearlo todo y transformar completamente lo poco que existía, si algo existía; pero hay que reconocer la buena intención, el buen deseo, la firme voluntad que revelaron aquellos primeros pasos. La tarea fué penosa, dificilísima, puesto que al mismo tiempo que se atendía á la implantación de una nueva y trascendental política, hubo que reconstituir la guerra,

COMBATE EN ARROYO «MADAMA»

empezando por resucitar al soldado, por crear comunicaciones que nos evitasen desastres como el de Victoria de las Tunas, en cuya jurisdicción no había habido tiempo en tres años de colocar un heliógrafo; por restablecer el orden y la disciplina, por cortar abusos y levantar el espíritu de todos, ¡de todos!, que, por cierto, buena falta hacía.



CAPITULO XIV

Foco principal.—Inútiles advertencias.—El departamento Oriental y el Camagüey.—Error fundamental.—Marcha general de la insurrección.—Operación combinada en las lomas de Pinar del Río.—La división del general Bernal.—En las lomas del Cuzco.—Resultado feliz de la importante operación.—Nuestras bajas.—El bravo soldado Florentino Vega.—Cien bajas del enemigo.—Las operaciones contra el *generalísimo*.—La expedición del general Pando.—¡Triste herencia!—El plan de campaña del general Pando.

La noticia de que el enemigo había iniciado un movimiento ofensivo en Oriente y estaba atacando á Guisa con artillería, amenazando á la vez á Jiguaní,—comunicada por el general en jefe del ejército de Cuba en despacho del 29 de Noviembre—produjo en algunas personas una desagradable sorpresa, que no acertamos á explicarnos.

Desde los comienzos de la campaña hemos venido diciendo que la raíz de la rebelión estaba en Oriente, que allí tenía el enemigo sus principales recursos y sus mejores combatientes, que era peligroso dejarle impune en aquellas asperezas y que si se le dejaba podría desde ellas organizar la guerra y extenderla á su antojo por toda la isla.

Inútiles fueron las advertencias de la prensa, que en su mayoría fué de nuestra misma opinión, é inútiles también los avisos del buen

sentido. Púsose toda la atención en perseguir á la rebeldía en su marcha de Oriente á Occidente, y por donde ella quiso ir fuímos nosotros como á la zaga, sacando de Santiago de Cuba gran parte de las tropas que teníamos en aquella provincia, y reduciéndonos á una defensiva que ni siquiera acertamos á preparar.

Pudo tener alguna disculpa este error en aquellos angustiosos días de la invasión, cuando nuestro objetivo principal era contenerla y castigarla; pero después, desembarcados los primeros refuerzos, y habiendo logrado los invasores su propósito, llegando, no una, sino dos veces, hasta el cabo de San Antonio, ni un momento se debió perder de vista que la verdadera base de operaciones de la insurrección estaba del otro lado de la antigua trocha del Júcaro, y, sobre todo, en el departamento Oriental. Como las enfermedades diezmaban las tropas que en éste quedaron, cada día se vió aquélla más libre de persecuciones y vivió más á sus anchas, hasta que persuadida de su superioridad, tomó la ofensiva, apoderándose del Cauto y bloqueando las poblaciones que aún nos quedaban.

Cuando en Septiembre del año 96 hizo la nación aquel último y gran sacrificio, que bien podemos calificar de admirable, escribieron algunos periódicos varios artículos acerca del reparto de los refuerzos, y en ellos probábase la necesidad de destinar 10 ó 12.000 hombres á Oriente; pero en los que al mismo tiempo advertían el temor de que el afán de hacer trochas nos llevase á inmovilizar en ellas las fuerzas recién llegadas á la isla, inutilizándolas. Sucedió lo que habíase temido. De los 25.000 hombres que la madre patria envió á Cuba, más de la mitad se perdieron en tan inútiles líneas militares, donde murieron á cientos; y Oriente, así como el Camagüey, siguieron desguarnecidos y en poder del enemigo.

De entonces á la fecha éste había cobrado mayores bríos y reunido recursos más abundantes. Había organizado á su modo el campestre

estado de Cuba libre, dividiéndole en provincias con sus prefecturas y subprefecturas, sus zonas de cultivo con sus ingenios, en que trabajaban como esclavos españoles prisioneros, y grandes extensiones de costa á su disposición para comunicar periódicamente con los Estados Unidos.

***

Uno de los errores fundamentales de la acción militar en Cuba, ha sido el abandono en que se ha tenido aquella parte de la isla, la más importante en tiempo de guerra, dándose el escándalo de que cerca de Guisa se pudieran reunir en Febrero del 97 á deliberar sobre las reformas del señor Cánovas, 7.000 hombres con sus jefes á la cabeza, sin que una sola columna les molestara; y que más tarde se repitiera el hecho en Guaimarillo con mayor publicidad y más á ciencia y paciencia nuestra, á lo que hay que añadir aún la declaración oficial del general Weyler de que le era imposible impedir ni interrumpir las sesiones de aquella asamblea, en la que se hizo la elección de presidente de la República cubana.

El general Martínez Campos visitó el departamento Oriental y lo recorrió en parte varias veces, sin otro resultado que dar al enemigo la para nosotros desdichada ocasión de Peralejo y la no menos afortunada de Coliseo. El general Weyler sólo una: allá por los días de la crisis de Mayo del 97. Fué á *amenazar* con la llegada de 40 batallones, que *iban en pos de él*; batallones que no fueron y amenaza que no se cumplió. Todo quedó como estaba, y la situación fué empeorando de día en día.

¿Qué tenía, pues, de extraño que Rabí hubiese podido hacer frente á la columna del general Linares? Hombres, fusiles y municiones no le

faltaban: ganas de dar algún golpe de efecto tampoco, antes al contrario, la próxima reunión de las Cámaras americanas le incitaba á ello.

Los rebeldes tenían el mayor interés en probar que poseían una parte de la isla y que la defendían de la invasión de nuestro ejército, dando con esto algún fundamento, ú ocasión y pretexto al menos, á los *yankees* amigos para pedir al gobierno de Washington el reconocimiento de la beligerancia.

Muy sensible fué que después de haber procurado con tanto em-

BATERÍA DE SOCAPA (Santiago de Cuba)

peño quitar á la República norteamericana todo pretexto de intervención en los asuntos cubanos, le tuviéramos que dejar éste, quizás más doloroso que ningún otro; pero hay que reconocer, al mismo tiempo, que el mal venía de lejos y que había de ser difícil atajarle en un breve plazo de algunos días.

***

Respecto de la marcha general de la insurrección, el Gobierno consideraba natural que los rebeldes cambiasen su sistema de guerra, atribuyendo el ataque á Guisa á su deseo de contrarrestar los efectos favorables que la concesión de la autonomía hubiese podido producir en las esferas oficiales de los Estados Unidos, y al deseo también de impedir las deserciones de los mismos insurrectos, haciéndoles concebir esperanzas de triunfo; por todo lo que no concedía importancia á esos ataques del enemigo.

En cuanto al estado sanitario, no eran muy satisfactorias las impresiones, pues de los 103.000 soldados que aproximadamente existían á la fecha en la isla, había en los hospitales más de una cuarta parte.

Realizóse en las lomas de Pinar del Río la operación combinada que nos tenían anunciada los corresponsales. En ella tomaron parte dos columnas: la que mandaba el general Bernal y otra á las órdenes del general Hernández de Velasco, formando ambas un total de 2.300 hombres y dos piezas de artillería.

Hacía días que el general Bernal tenía conocimiento de que los insurrectos conservaban los campamentos establecidos en las lomas del Cuzco, donde aquéllos habían hecho fortificaciones que consideraban inexpugnables.

Las diversas partidas que mandaban los principales cabecillas, se relevaban para prestar el servicio de guardar los campamentos interín las demás hacían sus correrías.

Todo esto era conocido por el general Bernal, quien, de acuerdo con el general en jefe, preparó un plan y organizó una operación que debían ejecutar las fuerzas de la división de su mando.

El día 25 de Noviembre se reunieron todas las fuerzas que la componían en Guanajay, y al siguiente día salieron en dirección de Artemisa. El general recorrió la trocha, y en toda ella ofreció hacer cuantos esfuerzos fueran necesarios para mejorar las deplorables condiciones

sanitarias en que se encontraban, tanto los soldados como los reconcentrados.

Sin detenerse siguieron las tropas hasta Candelaria, de donde el 26 salió el general Hernández de Velasco, mandando fuerzas de los batallones del Infante, Cuba, Vergara, Gerona y Baleares y dos piezas de artillería; en total, unos 1.300 hombres.

El mismo día salió Bernal de Artemisa con su columna, compuesta de fuerzas de los batallones de Valencia, San Marcial, Valladolid y San Quintín, guerrillas de Iberia, Pinar y Orozco y un escuadrón de Almansa formando un total de 1.000 hombres.

Poco antes de llegar esta columna á Rosario, las avanzadas insurrectas del cabecilla Ducassí quisieron cerrarles el paso, pero las tropas rompieron el fuego y el enemigo huyó, dejando grandes charcos de sangre.

Nuestros soldados destruyeron todas las posiciones fortificadas del campamento enemigo abandonado, en el cual pernoctó la columna.

***

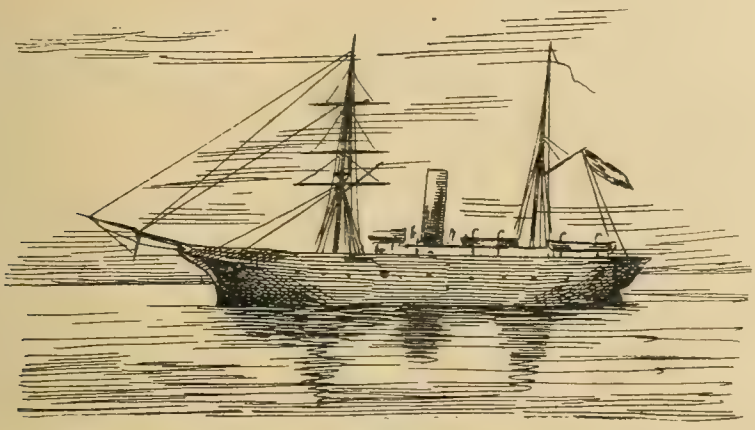
Al amanecer del dia 27 salió la columna Bernal con dirección al campamento de Madama, que según las noticias que le habían comunicado al general, estaba defendido por formidables posiciones.

La vanguardia, formada por fuerzas de San Marcial, rompió el fuego y tomó la loma llamada de las Peladas, en tanto que fuerzas de Valencia y las guerrillas seguían la vereda Pérez y forzaban el paso por el arroyo Madama.

Momentos después entraban en el campamento de Cuchilla Caimito el general Bernal y su Estado mayor, formado por los señores Tourné, Erenas, Company, Hinojosa y Rueda.

En ese primer encuentro cayeron heridos el comandante del batallón de Valencia, señor Jiménez Toro, grave, y varios soldados.

La artillería, mandada por el capitán señor López Pinto, hizo certeros disparos, mientras la caballería y la fuerza de San Quintín envolvían al enemigo por los flancos, haciéndoles desalojar las lomas de la Pistoleta. Fuerzas de Valencia y la otra mitad de las de San Quintín, mandadas por el coronel señor Estevan, persiguieron al enemigo y



TRANSPORTE «FERNANDO EL CATÓLICO»

ocuparon la loma de Mula, muriendo al coronar las alturas el comandante del batallón de Valencia don Eugenio Miguel.

Los soldados, al atacar con gran valor las posiciones enemigas, daban entusiastas vivas á España, que eran contestados por los insurrectos con otros á Cuba libre y mueras á la autonomía.

Las tropas continuaron avanzando á paso de ataque; fuerzas de Valencia, mandadas por el teniente coronel señor Dolz, llegaron hasta el campamento de Aranjuez, que ocuparon, coincidiendo su llegada con

la de las del general Hernández Velasco, que acudió puntual, después de haber hecho una penosa marcha durante la cual libró serios combates en los sitios llamados la Gloria y el Inglés.

El campamento de Aranjuez estaba formado por verdaderas viviendas, más de 500 bohíos, construídos por los rebeldes hacía tiempo, lo cual prueba que el general Weyler estaba mal informado al suponer que no existía en la provincia de Pinar del Río ningún núcleo de insurrectos. Al huír el enemigo dejó abandonadas mesas, camas, mobiliario, ropas, víveres y municiones. Estaba defendido por unos trescientos rebeldes.

El campamento de las fuerzas del cabecilla Ducassi, tomado por las tropas que mandaba el general Bernal, estaba, en efecto, defendido por formidables posiciones, á pesar de las cuales el enemigo huyó vergonzosamente. Lo defendían 500 *mambises*.

***

El plan del general Bernal se llevó á cabo con gran acierto, y los flanqueos se hicieron muy hábilmente, y todo ello contribuyó á que las tropas consiguiesen un buen resultado.

En el campamento de Rosario se encontraron muchos bohíos perfectamente construídos, y un gran parque donde fabricaban cartuchos explosivos, instalado en la casa donde habitaba el matrimonio Duscassi.

Durante toda la tarde y la noche que la columna Bernal permaneció en el citado campamento, invisibles parejas de insurrectos hostilizaron desde la espesa manigua al cuartel general.

Cuando el general y su Estado mayor y otros varios jefes y oficiales regresaban de enterrar al infortunado comandante señor Miguel, el grupo que formaban ofreció excelente blanco á los insurrectos, que no

dejaron de aprovechar la ocasión, menudeando sus disparos. Por la noche hicieron en esta forma algunas bajas.

Al amanecer, los guerrilleros de la columna dispersaron las parejas que les hostilizaban y se apoderaron de una comunicación del titulado brigadier Torres dirigida á Duscassi, y en la cual explicaba la causa de no haber cumplido la orden recibida de quemar los ingenios, porque las lluvias—decía—impedía que ardieran las cañas.

El resultado de la importante y feliz operación, que hizo honor al general Bernal, secundado admirablemente por el general Hernandez de Velasco y el jefe de Estado mayor señor Tourné, fué la huída y dispersión del enemigo completamente desmoralizado, después de haber sufrido bajas enormes y haber perdido todos sus víveres. Tanto sus formidables posiciones, como todos sus cultivos, quedaron completamente destruídos.

Numerosos grupos de hambrientos bajaron después al llano, donde el general Bernal dispuso la persecución de todos por las fuerzas de caballería, que resultó verdaderamente invencible.

De nuestros informes resulta que á la fecha existían en la provincia de Pinar del Río unos dos mil insurrectos armados.

Las bajas que en la operación sufrieron las dos columnas resultan, aunque muy sensibles, relativamente escasas, gracias al acierto en el mando de las fuerzas de los jefes y oficiales.

En total, nuestras bajas fueron: el comandante señor Miguel y dos guerrilleros muertos, y heridos el comandante señor Toro, de gravedad, por bala explosiva, el capitán del batallón de Valencia, señor Vera Valdés, leve, y 17 soldados, algunos graves.

Distinguióse notablemente en el combate de Caimito el bravo soldado Florentino Vega, que á pesar de estar herido gravemente en el pecho, siguió avanzando y batiéndose hasta coronar la escarpada loma. Fué calurosamente felicitado por todos y propuesto para una recompensa por el general Bernal.

A las nueve de la noche del 30 llegó á la capital de Pinar el general Bernal y su Estado mayor.

Según los datos oficiales adquiridos por el general Bernal acerca del resultado de la operación, datos que fueron confirmados por los insurrectos que se presentaron, y teniendo en cuenta además el número de cadáveres que abandonó el enemigo, los rebeldes tuvieron en los distintos combates sostenidos en las lomas de Pinar en defensa de sus campamentos, más de cien bajas.

***

En las operaciones emprendidas en la jurisdicción de Sancti Spíritus contra el *generalísimo* Gómez y que dirigían personalmente los generales Pando y Salcedo, las columnas de los generales Segura y Ruiz y las fuerzas que mandaban los coroneles Landa, Tejeda y Martín, operando en combinación, salieron de Arroyo Blanco hácia Reforma, en cuyo potrero, abandonado por Gómez, acamparon con dos escuadrones los generales Pando y Salcedo, siendo hostilizados por el enemigo durante la noche, sin resultado.

Al día siguiente siguieron su viaje hácia Ciego de Avila, centro de la trocha, á donde llegaron sin novedad. El resto de las fuerzas continuó operando por los bosques, habiendo tenido fuego el batallón de Reus con una fuerza enemiga de 200 hombres, á cuyo frente estaba Máximo Gómez. En este encuentro tuvo el batallón de Reus dos muertos y ocho heridos, ignorándose las bajas que tuviera el enemigo, porque las retiró al huír.

Después de esta escaramuza sostenida con las fuerzas que mandaba el *generalísimo*, lo único que ofreció algún interés hasta la fecha (2 de Diciembre) referente á la operación combinada que se estaba verifican-

do en jurisdicción de Sancti Spíritus, fue el encuentro de fuerzas de la brigada de Jatibonico y Camajuaní con la partida del negro González, á la cual alcanzaron en Boyeras, batiéndola y causándole numerosas bajas, de las que quedaron en poder de las tropas ocho muertos, con armas y efectos.

El general Segura, con los batallones del Rey y Mallorca practicó reconocimientos en las estribaciones de la sierra Jatibonico, haciendo dos prisioneros.

En Río Grande, Ciego de Avila y Marroquí fuerzas leales sostuvieron ligeros tiroteos en Guayo y Reforma, con varios grupos sueltos de insurrectos.

El batallón del Rey, en Lázaro López y Río Grande, batió á una partida montada, causándole bajas.

Desde Sancti Spíritus hasta Ciego de Avila puede decirse que todos aquellos terrenos estaban bajo el dominio de Máximo Gómez.

Como desde hacía mucho tiempo no se intentaba seriamente la persecución del *generalísimo*, éste había podido organizar allí sus fuerzas y sus medios de defensa, sin el menor obstáculo.

Así pues, la expedición que estaba llevando á cabo el general Pando tenía gran importancia, por haber obligado al jefe dominicano á salir de la tranquilidad en que vivía, y cualquiera que fuese el resultado, aunque desde luego pudo asegurarse que sería excelente, mereció elogios el movimiento de tropas, que obedeció á un plan concertado sobre el terreno.

Antes de llegar á Sancti Spíritus, el general Pando recorrió las dos provincias de Matanzas y Las Villas, dejando en ambas reconstituída la guerra.

***

La mejor prueba de que al cabecilla *fantasma* se le encontraba cuando se le buscaba fué que en el primer día de operaciones el batallón de Reus tuvo fuego con las fuerzas que mandaba el *generalísimo*.

El propósito del general Pando era perseguirle incesantemente y no dejarle un dia de tranquilidad.

Vióse desde luego que el plan de Máximo Gómez era recorrer con su caballería los llanos, mientras los rebeldes de infantería al mando del negro González se fortificaban y defendían en las lomas de Matahambre y en la sierra de Jatibonico.

Las asperezas de Matahambre se extienden por las zonas de Remedios y Sancti Spíritus y puede pasarse desde ellas sin atravesar terreno descubierto á las sierras de Ojo de Agua; las de Jatibonico son muy abruptas y ofrecían en sus cavernas y escondrijos guarida excelente á las fuerzas del negro González.

A unas y á otras, empero, supieron encontrar, dar alcance y batir las columnas dirigidas por el general Pando.

La trocha de Júcaro, que tanto dinero y tantas vidas había costado ya, á la fecha, era muy inferior á la de Mariel; mucho más débil en caso de un ataque grande y menos cerrada para las sorpresas, puesto que tenía abiertos algunos pasos en la costa Norte; pasos que eran muy peligrosos.

Verdaderamente la herencia que recibieron los nuevos generales poco bueno les ofreció.

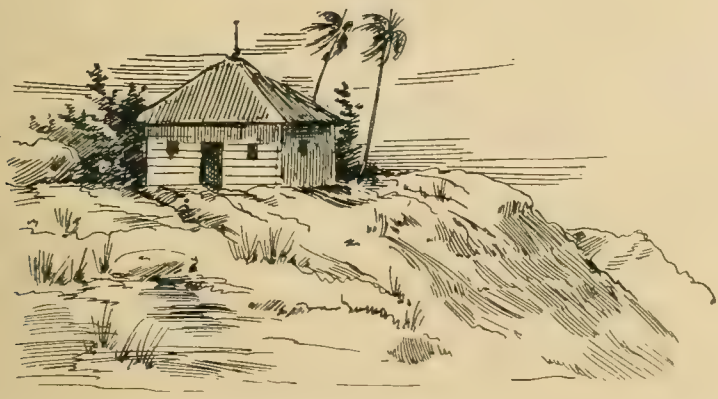
La salud de las tropas en general comenzaba á mejorar, aunque todavía no podía utilizarse más que la tercera parte del contingente.

El general Pando encontróse con que en el batallón de Tetuán sólo había *sesenta* hombres útiles. Los demás padecían fiebres y paludismo, hallándose completamente inútiles, no solo para las duras faenas de la guerra, sí que también para los trabajos más sencillos y cómodos.

El general envió interinamente, á su llegada, á todos esos enfer-

mos al sanatorio. Después irían á los hospitales, donde pudieran restablecerse.

La opinión general en la isla, entre cuantos tenían experiencia bastante para emitirla con autoridad, era que para seguir la guerra no haría falta que España enviase más soldados. Considerabáse ¡AL FIN!, que aquella no era una campaña de número, sino de astucia, habilidad y organización.



CASA FUERTE EN EL CAMPAMENTO INSURRECTO DE SITIO DE ARANJUEZ

En cambio, fuera inútil ocultar que sería preciso que se gastase mucho dinero.

El plan de campaña del general Pando consistía en aumentar las guerrillas, movilizar más voluntarios y aprovechar de entre los presentados á aquellos que ofrecieran garantías de lealtad, que no eran pocos. Sobre el terreno se comprendió, *al fin*, que un sistema injusto y arbitrario de persecución había enviado al campo rebelde á muchos hombres que no tenían simpatía alguna por la causa de la independencia y á otros que permanecían absolutamente neutrales.

Por falta absoluta de dinero y de crédito los reconcentrados morían de hambre y de miseria; los hospitales no estaban atendidos como fuera de desear y las obligaciones contraídas con los presentados no podían cumplirse.

El comercio no quería fiar ni un saco de harina para los enfermos, porque se le debía mucho.

Para evitar embargos, los comerciantes escondían las mercancías en los almacenes de los súbditos norteamericanos.

La impresión del general Pando, y puede decirse que la de todo el mundo, era la de que con dinero se podría acabar la guerra durante el tiempo de la seca.

«—Si se dejase pasar el invierno sin que termine la campaña—nos escribía un corresponsal—¡Dios solo sabe lo que podría suceder!»

CAPITULO XV

Ventajas evidentes.—Estado de la provincia de Pinar del Río.—Cifras tristísimas.—Efectos de la miseria.—Por la paz.—Siembras y tabaco.—El ganado.—Número de enemigos.—Su organización.—Su armamento.—Contingente del ejército.—Disminuciones.—Impresiones desagradables.—La guerra en Oriente.—Período interesantísimo.—Batida en Sancti Spíritus.—La zafra.—La cuestión monetaria.—Combate en Oriente.—Convoy á Bayamo.—Rumores.—Espectación.

INNEGABLES y evidentes fueron las ventajas alcanzadas en toda la isla solamente con el cambio de director-jefe de la campaña, y de la política: dos mil rebeldes arrojados de sus campamentos y huyendo delante de nuestras columnas en la provincia de Pinar del Río, varios campamentos tomados y destruídos por los generales Bernal y Hernandez de Velasco en las lomas del Cuzco; el general Pando persiguiendo á Máximo Gómez en la jurisdicción de Sancti Spíritus, y obligándole á abandonar su retiro de Reforma y su vida tranquila y reposada entre sus huestes de Las Villas, la guerra más viva, más movida, y sobre todo, más verdadera en toda la isla: ¿se puede ó no se puede afirmar que el estado de Cuba había cambiado solamente con la mudanza en el mando superior de la colonia? ¿Tenían ó no tenían razón los que pidieron esa mudanza?

Habíase dicho no haber ya, fuera del Camagüey y de Oriente, sino

núcleos dispersos de rebeldes. El *núcleo* que mandaba Ducassi en Pinar del Río pasaba de ochocientos hombres.

Habíase declarado no encontrar ya partidas en Las Villas. Dióse con ellas tan luego se las quiso buscar.

FUERZAS DE CABALLERÍA PREPARÁNDOSE PARA SALIR Á OPERACIONES

El cable trasatlántico había sido el único medio de *pacificación*. Con las reformas legales vinieron á serlo las bayonetas de nuestros soldados.

La acción política iba á sustituir por entero á la acción militar. Y

entonces fué precisamente cuando la acción militar se reveló en verdaderos hechos de armas.

No hablemos del superior cuidado que á la sazón se prestara á la higiene y manutención del soldado: en lo puramente guerrero hallábase bien manifiesta la diferencia.

Todo esto vino á ser tanto más plausible, cuanto que la campaña iniciada briosamente por generales tan valerosos como Blanco, Bernal, Hernandez de Velasco, y los que les secundaban, era indispensable hasta para los mismos efectos de la acción política.

Los separatistas, los intransigentes, cuantos se hallasen fuera de la influencia que en la paz podía ejercer el nuevo estado de derecho, habrían de observar que las instituciones autonómicas concedidas á Cuba no eran hijas de la impotencia. Se castigaba á la sazón á los rebeldes en armas más y mejor que en las pasadas circunstancias. El rigor no cesaba sino para los *pacíficos* concentrados.

***

Por otra parte, los insurrectos vacilantes; los que en su ánimo llevaban la convicción de que la lucha prolongada era la ruina de Cuba; los que hallaban buenas las reformas, pero no se resolvían á presentarse por temor de que pudieran vencer los separatistas, sentiríanse más inclinados á la paz. Porque con la independencia no tendrían instituciones más libres que las que iba á tener la población pacífica de Cuba y en el campo rebelde podían hallar una bala ó una bayoneta que de un golpe los privase de todos los derechos.

La proximidad y contacto con nuestras columnas habría de alentar también á los que deseasen presentarse á indulto. No era lo mismo salvar en pocas horas la distancia entre el campo de la rebeldía y el de

la legalidad, que el pasar algunos días en ese tránsito y en riesgo de caer bajo la guardia negra de Máximo Gómez.

Desde cualquier punto de vista, desde el cual se mire la campaña abierta con tanta bizarría en Cuba, hay que reconocer que fué de gran provecho nacional. Levantó el fatigado ánimo del pueblo español; restableció la moral en las tropas que guerreaban; sostuvo en los cubanos leales la confianza en España; confortó la adhesión de los tibios; inclinó hácia la legalidad los vacilantes y debilitó la esperanza de los contumaces rebeldes.

No se necesitó exhortar á los que por observación é iniciativa propias se penetraron tan admirablemente de las circunstancias. De seguro el gobierno de la metrópoli les participaría ó les participó el lisonjero efecto que sus determinaciones y actos causaron en la Península. Y esto bastaría y sobraría para que aquellos bizarros generales redoblasen, si preciso fuera, sus esfuerzos.

La suerte nos favorecería en lo sucesivo más ó menos, porque la combinación del accidente no depende de la voluntad humana en la mayoría de los casos. Pero á todos los hombres patriotas, no esclavos de la preocupación ó del apasionamiento, apelamos para que pregunten á su conciencia si en cuanto á Cuba se refiere no era otro ambiente el que se respiraba en los primeros días de Diciembre del 97.

***

Con datos recogidos sobre el terreno y cuya autenticidad estaba garantida por la observación directa y el testimonio de todos los informes oficiales y los de las personas de mayor arraigo y conocimiento del país, recibimos el día 3 de Diciembre, un amplio é interesante informe

de uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, referente al estado de la insurrección en la provincia de Pinar del Río.

Resumiendo los datos y noticias más importantes que el extenso informe contenía, resulta lo siguiente:

De los 25 términos municipales de que se compone la provincia, se encontraban casi destruídos los de Diego Núñez, Guayabos, Cruz y Mangas; en regular estado los de Alonso Rojas, Cabañas, Paso Real, Mántua, Guanes, Bija y Guayabal; reconstruídos San Cristóbal, Palma, San Diego y San Juan y Martínez; bien conservados la capital, Mariel, Artemisa, Candelaria, Consolación del Norte y del Sur, Los Palacios, San Luís, Guanajay, Viñales y Bahía Honda.

La población de aquella provincia, según el último censo, ascendía á 230.000 habitantes, y á la fecha estaba reducida, según los cálculos más aproximados, á 120.000, hallándose de éstos reconcentrados 40.000, divididos en la siguiente forma: 12.000 hombres, 13.000 mujeres, y 15.000 niños.

Esta población reconcentrada ofrecía un aspecto tristísimo. Gentes famélicas y astrosas, víctimas en sus hacinamientos de la viruela, fiebres palúdicas y disentería, enfermedades que se cebaban en aquellos desgraciados dando un contingente diario á la muerte que causa horrenda pena.

Desde que se tomaron las acertadas y humanitarias medidas adoptadas en su favor por el general Blanco, esas familias reconcentradas comían dos ranchos, y la caridad procuraba además remediar aquellos horribles estragos que amenazaban concluir con la población.

Hacíanse en Pinar del Río trabajos importantes para lograr la paz definitiva de la provincia y en tal sentido se esforzaba el gobernador civil autonomista señor Freire, pero nada podía anticiparse hasta la fecha sobre el resultado que este esfuerzo habría de dar.

A pesar del estado en que se encontraba la provincia se habían he-

cho extensas siembras con las naturales precauciones para su defensa, y se preparaba una buena cosecha de tabaco.

A la fecha podía considerarse asegurada en Vuelta Abajo la mitad de la producción con relación á la cosecha anterior á la guerra y «si se derogase el bando que prohibió la exportación del tabaco en rama, aumentarían considerablemente las plantaciones y habría derecho á esperar un rendimiento igual al que se obtenía antes de que la guerra hiciera los estragos que tanta miseria originan.»

Otros cultivos que allí se aprovechaban habían sido destruídos.

***

Como en toda la isla de Cuba, había en la provincia de Pinar comarcas enteras dedicadas exclusivamente á la crianza de ganados, y aunque la permanencia de la guerra había destruído mucho, aún quedaban reses vacunas en bastante número. No sucedió lo mismo con los caballos, de los que se veían muy pocos.

Desde que *se preparó* la declaración de pacificación de aquella provincia, se habían dado cifras bien diversas sobre el número de insurrectos que sostenían la rebeldía en Vuelta Abajo. A la fecha, según los datos que se consideraban más aproximados á la verdad, había en el campo 2.000 insurrectos armados, organizados de la siguiente manera:

Comandante en jefe de la provincia, Perico Díaz.

Tres divisiones: jefe de la primera, Vidal Ducassi. Ocupaba con Díaz las lomas del Nordeste de la provincia.

Jefe de la segunda división, Juan Ducassi, que tenía á su cargo la parte del Sur y la vía férrea que enlaza Pinar con la Habana.

Jefe de la tercera división, Lorente, á cuyo cuidado corría el Oeste de la provincia.

Las fuerzas insurrectas batidas aquellos días por el general Bernal, fueron las de Perico Díaz, hermanos Ducassi, y cabecillas Torres y Rojo, que llegaron á reunir 900 hombres.

Además de éstos mandaban los hermanos Camacho unos 200, que estaban situados en Asiento Viejo y Ceja Silvestre.

Junta autonomista
Don JOSÉ MARÍA GALVEZ

Tenían otros 200 hombres los cabecillas Poveda, Gallo, Pino, Guerra y Peña, que merodeaban por Guanes, Naranjo y Tirado.

Payaso, Antonio Varona y Hernández, tenían unos 300, en los términos de Lajas, Mogote y Cortes.

Merodeaban con 200, Urquiola y Fajardo, y operaban con 400 hombres hacia el cabo de San Antonio, los hermanos Páez, Leite, Vidal, López, Lora, Torres, Negro y otros cabecillas de segunda y tercera fila. (Estas cifras están sacadas de datos suficientemente comprobados).

El armamento que usaban los partidas era muy diverso. Unas llevaban Maüsers, otras Remington y la generalidad Winchester, Folt y rifles relámpago.

Las fuerzas del ejército en toda la provincia se componían de doce batallones de infantería, uno de Marina, un escuadrón de la guardia

civil, una compañía de transportes y una batería de artillería de montaña, formando un total en revista de 13.500 soldados y 500 jefes y oficiales.

De este contingente hay que deducir 3.000 enfermos que estaban en los hospitales, 1.000 convalecientes, 4.000 en servicio de guarnición y 1.000 entre oficinas, transportes y asistentes.

Quedaban, pues, para operar en columna, 4.500 hombres de todas las armas, y además las fuerzas de guerrilleros y voluntarios movilizados.

***

Triste impresión hizo en nuestro ánimo y gran interés tuvo el despacho que desde la Habana nos trasmitió el día 4 nuestro corresponsal especial. No había en él nada que no mereciera llamar nuestra atención.

Decía así:

«*Habana*, 4.—Aunque no completos, se reciben nuevos datos de las operaciones que se están realizando en Oriente, que no modifican las impresiones desagradables que desde hace días están aquí muy generalizadas.

Témese que continúen las numerosas fuerzas rebeldes atacando los poblados que tienen pequeños destacamentos, y se extiende mucho la creencia de que en Guisa ha ocurrido algo semejante á lo que aconteció en Victoria de las Tunas, si bien hasta la fecha no se han hecho públicos los detalles del nuevo desdichado suceso.

Esta movilidad de los rebeldes de Oriente ha determinado la resolución de llevar la guerra á ese departamento, en condiciones de ofensiva, á cuyo efecto salen inmediatamente para Manzanillo, Holguín y

Santiago de Cuba, fuerzas que estaban destinadas á operar en Las Villas.

La columna del general Segura es la primera que marcha al departamento Oriental, y tras él irán otras á fin de que cambie rápidamente el carácter que allí ha tomado la guerra.—*X.* »

Aparte de la desagradable impresión que nos produjo el carácter que la guerra había tomado en Oriente, y de lo que se iba trasparentando acerca del suceso de Guisa, ya comparado por cable al desdichado de Victoria de las Tunas, estaba la resolución de llevar fuerzas á Santiago de Cuba, sacándolas de las que acababan de ser destinadas á la persecucion de Máximo Gómez en la jurisdicción de Sancti Spíritus.

Junta autonomista
Don RAFAEL MARÍA LABRA

Cuando los generales á cuyo cargo corría la dirección de la campaña, entendían necesario acumular fuerzas en Oriente, por algo sería, pues no era posible suponer que siendo, como eran, experimentados en las especiales condiciones del enemigo y en la clase de táctica que empleaba para prolongar la lucha, desatendieran las zonas donde á la fecha iban á empezar los trabajos de la zafra, habiendo reiterado el *generalísimo* á sus secuaces la orden de destruir los ingenios.

Veíase á través de los despachos de aquellos días, el propósito de

operar en todas partes con energía y resolución, y esta actividad provocó el aplauso entusiasta de los partidarios de la acción de las armas, porque sólo con su eficacia, según éstos, sería posible el planteamiento del nuevo régimen; sólo con el éxito militar sobre el enemigo lograría provechos la nueva política.

Claro se veía que los rebeldes se afanaban por sostener núcleos más ó menos importantes en todas las provincias, y no se ocultaba á nadie que, permaneciendo Gómez á Occidente de la trocha central, en la época de la zafra, la actividad de Calixto García y Rabí en Oriente podía tener por objeto, no sólo mantener el espíritu de la emigración para influir en los debates de las Cámaras norteamericanas, sino llamar hacia allí fuerzas leales que pudieran hacer imposibles sus planes en las provincias occidentales.

La guerra, pues, entraba en un período interesantísimo.

Con llamar mucho la atención la nueva fase política, las miradas hubieron de dirigirse preferentemente hacia el carácter que tomaba el desarrollo de la acción de las armas.

***

Las columnas mandadas por el coronel señor Bruella y el teniente coronel señor Palanca, que operaban en combinación por la jurisdicción de Sancti Spíritus, dieron alcance á las partidas de los cabecillas Pancho Carrillo, el negro González y otros, batiéndolas y poniendo en dispersión al enemigo, el cual dejó en el campo del combate 25 muertos.

Los hacendados activaban sus trabajos para la molienda. Apesar de las dificultades con que luchaba el crédito y haber quedado las fincas

sin medios auxiliares para las faenas del campo, se conseguiría hacer la zafra.

El día 3 empezaron á cortar caña y á moler cuatro ingenios en la provincia de Matanzas, y en toda la semana inmediata darían comienzo á estas faenas otros varios ingenios en las de la Habana y Las Villas.

La cuestión económica preocupaba mucho á las autoridades y á las corporaciones que más relación tienen con los intereses materiales del país.

Siendo esencial para todos que se hiciera la zafra en las mejores condiciones posibles, y teniendo en cuenta los buenos propósitos del gobernador general en favor de la agricultura, los hacendados, presididos por el marqués de Apezteguía, nombraron una comisión que gestionase los siguientes asuntos:

Introducción de ganado de labor, procedente de Puerto Rico, con apoyo del Gobierno; rebaja de los fletes que pagaba la caña; organización de las fuerzas movilizadas para la defensa de la propiedad particular, á fin de que coadyuvasen á la defensa general.

Estaban en vísperas de moler los ingenios «Constancia», «Andresito» y «Parque Alto», y otros varios estaban almacenando combustibles para alimentar los motores.

Aunque había mejorado considerablemente la cuestión monetaria, por haber disminuído en parte la tristísima perturbación que produjo en el mercado el billete de guerra, no se había logrado llegar al equilibrio que necesitaba el comercio en sus diversas manifestaciones, y siendo preciso llegar á la normalidad, autoridades, establecimientos de crédito y corporaciones se ocupaban con afán en buscar los medios más prácticos.

Consecuencia de las entrevistas que venían celebrando el gobernador general con el del Banco y el intendente, y con éstos los presidentes de las corporaciones, se anunciaba la publicación en brevísimo

plazo de una disposición autorizando la cotización del billete y ampliando su circulación.

***

Según informes oficiales, fuerzas de la división de Manzanillo á las órdenes del coronel Tovar, enviadas en auxilio de Guisa, sostuvieron fuerte combate en loma Piedra con numerosas fuerzas rebeldes ventajosamente posicionadas.

Nuestros soldados tomaron todas las posiciones que defendían los insurrectos, á quienes batieron y causaron numerosas bajas, que pudieron retirar aprovechando lo accidentado del terreno en que se libró el combate.

La columna tuvo dos soldados muertos, y heridos el comandante del batallón de Baza, señor Latorre, los médicos señores Martorell y Arbat, el ayudante y capellán de dicho batallón y 38 individuos de tropa.

Batido y disperso el enemigo, la columna continuó la marcha á Guisa para restablecer la comunicación heliográfica y seguir la persecución de las partidas en combinación con la columna del general Aldave, la cual llevó un convoy á Bayamo, sosteniendo en el camino algunos tiroteos.

Continuaba reconcentrada la atención en el desarrollo de la guerra en Oriente, de donde se esperaban á cada instante noticias de interés.

El día 5 se supo en la Habana que había ocurrido en aquel departamento otro suceso desgraciado. El destacamento de la Caimanera había sido atacado y rendido por el enemigo.

Añadíase que los insurrectos se habían apoderado también de Jiguaní y Cauto Embarcadero, amenazando á Bayamo; que la columna

del general Linares había sido batida por Calixto García, y que no lo habían pasado ó no lo pasaban bien las fuerzas de la columna Arolas, que iban en socorro de los pueblos amenazados por los rebeldes, por los combates que habrían tenido que librar en los pasos de Buey y de Jucaibama.

Al hacerse eco la prensa peninsular de esos rumores, transmitidos por sus corresponsales, causaron gran impresión en la opinión, á pesar de negarlos categóricamente el Gobierno, por medio de sus órganos oficiosos, y afirmarse en los centros oficiales que ninguna noticia se tenía de tales hechos.

Esto no obstante, la expectación era grande en toda la Península, en espera de detalles y de noticias oficiales de Cuba.

CAPITULO XVI

Catástrofe sanitaria.—El informe del inspector general señor Losada.—La guerra.—Triste triunfo de la verdad.—32.000 enfermos por hambre.—Los autores de la catástrofe y el pueblo español.—El mensaje del presidente de la gran República.—Reflexiones y remembranzas.—Intervención *yankee*.—La política de los norteamericanos y la de los Gobiernos españoles.—Optimismo ministerial.—Nuestra ignorancia y nuestro sacrificio.

CUÁN grandemente penible y dolorosa fué la impresión que en nuestro ánimo produjo,—como causóla seguramente en el de todos los españoles—la lectura del informe del Inspector general de Sanidad militar del ejército de Cuba, general Fernández y F. Losada, de 1.° de Noviembre de 1897!

¡¡Más de 32.000 soldados en los hospitales, sin otra enfermedad que la fatiga y el hambre!!... El ánimo se subleva al impulso expontáneo de la indignación que le produce una cifra tan enorme de desdichados, víctimas del abandono, de la negligencia ó del abuso, y formula la más enérgica protesta y vigorosa condenación del crímen de lesa patria, de lesa humanidad, cometido con los encargados de mantener con su esfuerzo en Cuba la bandera nacional, de defender la integridad del territorio patrio, de perpetuar la soberanía de España.

Las improvisadas operaciones de Vuelta Abajo (improvisadas después de ocho meses de preparación), produjeron en los primeros días 9.000 bajas de hospital. Diariamente ingresaron en los de la Habana 1.000 enfermos, ¿y de qué enfermedad?. Díganlo los siguientes párrafos de una carta escrita por persona autorizada, verídica y seria:

«¿Saben ustedes qué tienen? Extenuación y paludismo, efecto del agotamiento por hambre y fatigas sin cuento... y sin substancia. Ayer me decía uno que se había pasado cinco días con una galleta. No se hace más que un rancho con carne palpitante, cuando la hay, y de esa carne se hace guardar al soldado una tajada para todo el día siguiente por la tarde.

»... Parece esto la peste de Otranto, y, sin embargo, aquí no hay peste, porque la fiebre amarilla apenas da contingente á los hospitales... Esta es peste de imprevisión....

»El soldado está agotado de fatiga y mal alimentado.» (Esto lo dice el señor Fernández Losada en su informe.)

Y más abajo añade:

«No sólo existe en los hospitales la cifra enorme de 32.000 enfermos, sino que además forman en filas un número crecido de soldados debilitados, anémicos, agotados por el cansancio y por los defectos en la alimentación...»

Y en otro párrafo agrega:

«Las marchas forzadas llevadas hasta el agotamiento del soldado, sin altos suficientes para la reparación de las fuerzas de infantería, sin permitir el sueño durante las horas necesarias para el descanso del sistema nervioso, y todo esto realizado á veces por sistema, sin estar siempre aconsejado por exigencias ineludibles de las operaciones, han contribuído mucho á la morbosidad del ejército, porque debilitando las fuerzas de los individuos, ha colocado á éstos en condiciones las más abonadas para ser víctimas de las enfermedades infecciosas.

¡Así se comprende la reducción del ejército de Cuba en la aterradora proporción de 200.000: 53.000 que demostró la revista de Noviembre!

***

Todo el que lea, bajará instintivamente la cabeza y se sobrecogerá de angustia bajo el peso abrumador de las cifras.

Junta autonomista
Don RAFAEL MONTORO

De los 200.000 hombres que allá fueron en poco más de un año, quedaban tan solo en aquella fecha 114.900.

Eran, pues, 85.100 los que habían muerto en la manigua ó en los hospitales, los que habían sido echados al mar en los viajes de regreso, los desaparecidos en la isla y los que, minados por la anemia y por la tuberculosis, habían encontrado en nuestras villas y aldeas anónima sepultura.

De los 114.900 restantes, había en los primeros días del referido mes de Noviembre más de 32.000 enfermos, muchos de los cuales dejaron de existir, sin tornar á pisar el patrio suelo.

Estaba, por lo tanto, reducido el contingente á 82.900 hombres útiles, y había rebasado en trágica proporción el número de los muertos al número de los vivos útiles.

PUERTO DE CASILDA (Trinidad)

Bien pronto desaparecería la pequeña desigualdad entre los muertos y los vivos, porque en dos ó tres meses más de campaña, muchísimos de los segundos irían á reuniase en la hoya ó en el fondo del mar con sus desventurados compañeros.

Toda una juventud sacrificada; toda una generación perdida. ¡Es horroroso! No había ya hogar de campesinos ó de trabajadores sin luto, y aún en las grandes ciudades donde no se notaba tanto el vacío, agrandábase cada día más en las casas, en las iglesias y en las calles la terrible mancha negra.

Y á los datos mencionados hay que juntar aún otros, no menos sombríos.

Habían perecido cerca de 200.000 campesinos insulares de los sujetos á la reconcentración, los cuales, no porque entre ellos hubiese rebeldes y sospechosos, dejaban de ser hijos ó súbditos de España.

¡Solamente en los relatos de la Sagrada Escritura hay ejemplos de tamaño desastre colectivo!

Si algún consuelo puede haber á tanta tristeza, es el considerar que, gracias al cambio de dirección en la política y en la guerra, operado en la isla con la mudanza de la autoridad suprema, ya no se extinguirían sin tasa ni medida tantas preciosas vidas de españoles.

Por el camino que durante dos años seguimos, hubiéramos tenido que continuar, sabe Dios hasta cuando, ofreciendo en holocausto inútil á la patria, la vida de los hijos mozos y el pan de los hijos pequeños.

A fines de 1897 excedían de 100.000 los muertos y los inutilizados; 200.000 hubieran sido á fines de 1898. Aparecía disminuída en Noviembre del 97 en más de un tercio la población normal de Cuba. Menos de la mitad hubiera sobrevivido en ella en el transcurso de otro año.

* * *

Véase con cuanta razón pidieron algunos periódicos y escritores, á tiempo de evitar mayores males, que se pusiese eficaz remedio á las desventuras del ejército de Cuba. ¡Calcúlese cuántos desgraciados murieron por culpa de los que, en vez de averiguar lo que pasaba (averiguación por cierto, innecesaria, pues sabían lo que aquellos y aún más), prefirieron emplear todas sus fuerzas en ocultarlo y negarlo, gritando, á sabiendas de lo contrario, que las denuncias eran falsas, que el soldado estaba más atendido que nunca, y que le mataban el clima y la guerra, de ningún modo la imprevisión, la incapacidad y... otros enemigos peores!

De los que tal hicieron, unos han dadó ya cuenta á Dios de sus faltas. Los demás gozan de la impunidad y hasta se atrevieron á pedir los honores del *triunfo*; y mientras en Cuba trabajaba en la mejora del rancho de los soldados una Comisión, bautizada por el ingenio popular con el expresivo título de *Junta para la extinción del hambre*, ellos brindaban en opíparos banquetes, ahitos de suculentos manjares y buenos vinos.

Averiguado, como ya lo está plenamente, que en Cuba han muerto de hambre y de fatigas, tan grandes como inútiles, muchos miles de soldados de la patria, y que otros tantos ó más quedarán enfermos é inútiles para toda la vida, solo resta saber si no habrá quién exija las responsabilidades á que haya lugar, y si España ha de dar al mundo el desdichado espectáculo de la absoluta impunidad de los que han aniquilado su ejército y manchado su honra, produciendo la mayor catástrofe de la historia nacional. Si esto ha de ser así, bien puede asegurarse que apenas hay España, que el pueblo español no existe; porque pueblo que ante tales crímenes no se indigna y subleva es un pueblo muerto; porque cuerpo en que tales crímenes no provoca un movimiento general de indignación, sin duda no tiene otra vida que la puramente vege-

tativa. De existir en ellos alguna energía, por poca que fuese, toda ella se emplearía en demandar justicia.

¿Y aún habrá quién se atreva á afirmar que el pueblo español es impresionable, alborotador y levantisco?...

***

La *Agencia Fabra* transmitió un extenso extracto del Mensaje dirigido por el presidente de la República norteamericana, mister Mac-Kinley, á las Cámaras federales, y leído en la sesión inaugural del Congreso en Washington, la tarde del 6 de Diciembre. El popular diario de Madrid, *El Imparcial*, haciendo un esfuerzo periodístico que le honró á él y á la prensa española, lo publicó íntegro en su editorial de la mañana del 7. Leímoslo con atención, pero sin extrañeza, no habiendo hallado en todo el documento presidencial cosa alguna que no esperáramos.

Dejando á un lado su primera parte, en la que el presidente de la República federal daba por averiguado que Cuba vivía descontenta de España hacía muchos años y en estado de resistencia contra ella, consignaremos al correr de la pluma, por no permitirnos otra cosa la índole de esta nuestra Reseña, algunas de las reflexiones que nos sugirieron los puntos capitales tratados por Mr. Mac-Kinley.

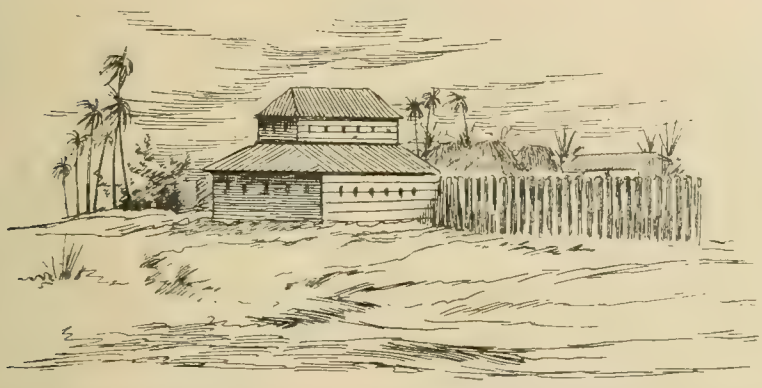
Uno de ellos es la declaración oficial del ofrecimiento de los buenos oficios del gobierno de Washington al gobierno de Madrid en Abril de 1896, y la publicación de la respuesta del español, que fué ésta:

«No hay medio práctico de pacificar á Cuba, á menos que no comience con la sumisión efectiva de los rebeldes á la madre patria».

En Febrero había empezado la concentración de pacíficos. Mac-Kinley la llama cruel y dice que á los habitantes agrícolas se les reunió

en rebaños. ¡Permítasenos expresar aquí nuestro pesar por habérsele dado ocasión de decirlo, sin que nos quede el derecho de rechazar la especie por calumniosa!

Las gallardías del ministerio conservador desvaneciéronse en un año justo. En Febrero del 97 dió el señor Cánovas las reformas aquéllas, que eran la autonomía sin el título y sin autonomistas, y cuya absoluta ineficacia pacificadora debió abrir los ojos á los que opinaban por la sola acción política. Acerca de ellas guardó el Mensaje piadoso



OBRAS DE DEFENSA EN EL PUEBLO DE YAGUARAMAS (Cienfuegos)

silencio. En cambio dice que protestó firme y enérgicamente de la política que en Cuba seguíamos, induciéndonos á la sospecha de que, las notas en que estas protestas se consignaron y las respuestas de nuestro Gobierno, fueron del número de aquellas comunicaciones cuya reserva se pidió desde Madrid. ¡Tales serían ellas y tan bien parada dejarían nuestra honra!

***

El embajador extraordinario de los Estados Unidos, mister Wood

fort, no trajo *ultimatum*, sino una recapitulación de los agravios y perjuicios que la gran República sufría á causa de la continuación de la guerra y el aviso de que no podía consentirlo indefinidamente.

El ministerio liberal presidido por el señor Sagasta replicó anunciando una mejoría inmediata en la situación de Cuba, y asegurando que las provincias occidentales estaban casi completamente pacificadas. Esta era, entonces, la verdad oficial en España. Diéronla de aquí como expresión fiel de la realidad, sin pensar que los norteamericanos tenían diferentes noticias y que esta pacificación fantástica había de quedar muy en breve desmentida por los hechos. Más de 13.000 hombres había á la sazón en Pinar del Río. ¿Por qué no sacaba soldados de esta provincia el general Blanco para mandarlos á Oriente donde tanta falta hacían?

Negaba Mr. Mac-Kinley en su Mensaje que los Estados Unidos hubiesen faltado á sus deberes con España permitiendo salir de sus puertos armas y municiones para el enemigo. La negativa iba expresada en términos un tanto desdeñosos, que por la flojedad de nuestras reclamaciones teníamos harto merecidas.

Contra el reconocimiento de la beligerancia alegaba dos razones: que la rebelión no tenía ninguna de las condiciones necesarias para semejante reconocimiento y que ni á los rebeldes ni á los Estados Unidos les convenía este estado de derecho. A aquella «le sería mucho más imposible que ahora preparar esa situación (la necesaria para ser reconocidos como beligerantes los rebeldes), mediante los auxilios ó las simpatías dentro de nuestro territorio.» En este pasaje la sinceridad triunfa de la diplomacia.

Terminaba el Mensaje con frases de alabanza para la nueva política, haciendo una sucinta exposición del régimen autonómico y manifestando que la impaciencia no debía embarazar la obra sinceramente emprendida por el señor Sagasta.

Pero tras un elogio caluroso de los comienzos del sistema político y militar del partido liberal, venía la declaración terminante de que si la paz no se conseguía, los Estados Unidos emprenderían otra suerte de acción «afrontando las consecuencias sin temor y sin vacilaciones y protestando de que *si se veían obligados á intervenir con la fuerza lo harían*, pero no por culpa suya, sino compelidos por la necesidad de modo tan claro, que pudieran contar con el apoyo y la aprobación del mundo civilizado».

***

En esas últimas palabras está lo importante del Mensaje, porque ellas contienen la clave de la conducta de los norteamericanos en el asunto de Cuba. Los Estados Unidos no querían ni habían querido nunca la guerra con España: no la necesitaban para el logro de sus fines. Les bastaba la rebelión para llevarnos al agotamiento, y cuando éste llegase, habría llegado también el instante de intervenir sin peligro y con fruto inmediato.

Y, con efecto, nuestro modo de conducir la política y la guerra, nos iba á poner en este duro trance, más duro todavía para los que, como nosotros, tenían la profunda convicción de que de habernos conducido con acierto, otro muy diverso hubiera sido el resultado. Pero no supimos ser hábiles ni ser fuertes. Quisimos resolver el problema ganando tiempo, cuando cada día que pasaba era una derrota para la causa española; pretendimos engañar con astucias propias de nuestros parlamentarios, á quienes sabían más que nosotros; no tuvimos estadistas que se atrevieran á resolver la cuestión en sus comienzos, abordándola de frente en Marzo del 95, cuando el incidente del *Alliance*, y á la fecha, cansados y humillados, estábamos á merced de nuestro verdadero enemigo, muy cerca de llegar al terreno á que siempre quiso llevarnos y del momento que se propuso escoger.

El Mensaje de Mr. Mac-Kinley á las Cámaras federales, abrió los ojos á casi todos los españoles, descubriéndoles la verdadera situación en que España se hallaba. Acabóse el secreto, que cuidadosamente nos guardábamos unos á otros; éramos una nación intervenida por otra más poderosa; la intervención era todavía pacífica, pero ya estaba anunciada la violenta, reservándose el interventor el derecho de elegir, cuando le pluguiera, la ocasión y el motivo.

Las pasioncillas políticas culparon de esta desdicha al Gobierno liberal gobernante ó al Gobierno conservador pasado. Nosotros, libres de ellas, distribuímos la culpa entre todos, por partes equivalentes á los medios que cada uno tuvo de evitar que nuestra patria hubiese venido á ser una suerte de Turquía de Occidente, con su cuestión de Creta inclusive.

Hace muchos años que los presidentes de la Unión americana empezaron á tratar de Cuba en documentos oficiales como de cosa propia. La circular de Mr. Adams (Abril de 1823) es buena prueba de ello. De entonces á la fecha nos habían dado tantas muestras del mismo empeño, que no es posible mencionarlas en un capítulo de una *Reseña*. Baste recordar su conducta en los diez años que duró la guerra pasada.

***

Los norteamericanos tenían una política, en la cuestión de Cuba, y la seguían sin apartarse de ella un punto. Nosotros, en cambio, no habíamos tenido ni teniamos ninguna. De aquí nuestra completa derrota diplomática en las relaciones con la gran República, la cual, perseverando año tras año en el propósito de hacer del problema cubano asunto casero y no encontrando de nuestra parte astucia ni energías que lo impidieran, ni quien afirmase nuestro derecho á resolverle solos, según

nuestra voluntad, había logrado al fin establecerse tan sólidamente en esta posición, que ya no era fácil expulsarle de ella.

La intervención de los Estados Unidos en Cuba había sido consentida por España y, principalmente, por el Gobierno presidido por el señor Cánovas del Castillo. No la inició Mac Kinley en su Mensaje. El mismo tono de árbitro disgustado con que aquél habla en éste empleó Cleveland en el suyo del año anterior. Si en los últimos párrafos del documento se mostraba algo más amenazador no por eso se ha de ver diferencia en la actitud de ambos. Eran términos de una serie que empezó en el Presidente Washington y llegaba hasta el que á la sazón ocupaba la Casa Blanca. Quien quiera que hubiese estado en el lugar de Cleveland ó en el de Mac Kinley se hubiera expresado en los mismos términos que ellos, por que no tenían ni podían tener programa personal.

En España sucedía, y sucede, por desgracia, todo lo contrario. Cada año ó año y medio hay un Gobierno y cada Gobierno tiene un programa, el cual se reduce en lo exterior á mudar de personal diplomático, en lo interior á mudar el burocrático y á hacer nuevas elecciones. El mayor motivo de enojo que pudiéramos dar á cualquiera de nuestros gobernantes en estos últimos años de paz y supuesta bienandanza era ir á quitarle el tiempo hablándole de Marruecos, de América, de la frontera del Pirineo, de la defensa de las Baleares ó de las Canarias, de Ceuta y del campo de Algeciras, de las ambiciones americanas y de la actitud de los ingleses, de la necesidad de prepararnos para posibles conflictos, etc., etc. Su pensamiento no era otro que el del siempre equivocado señor Castelar, expresado con tropical elocuencia en Febrero del 88 y condensado en estas lastimosas palabras pronunciadas en el Congreso para negar la necesidad de armamentos: «¿Qué debe hacer el Gobierno? Pues el Gobierno debe hacer lo más cómodo: no hacer nada.»

Nunca participamos del candoroso optimismo de los ministeriales

de entonces, por las mismas razones que teniamos para combatir el de los ministeriales de antes. Siempre hemos creído que la solución del pleito que España sostenía en América estaba en la Casa Blanca. Por no haberlo entendido así nuestros políticos, no supieron hacer la paz ni la guerra y nos han traído á la situación en que nos hallamos.

El momento anunciado por Mac Kinley llegó, encontrándonos lo mismo que estábamos.

Toda Europa lo vió venir: los principales periódicos del mundo nos lo advirtieron. Sólo nosotros nada sabíamos ni temíamos y marchábamos al sacrificio como una res al matadero.

CAPITULO XVII

Exigencia del honor.—La concesión de la autonomía.—La situación creada á España por el Mensaje de Mac-Kinley.—Gallarda y airosa actitud.—Egoismo de las potencias europeas.—La toma de Guisa.—La columna Tovar.—El poblado y la guarnición.—Detalles del sitio y del ataque.—5.000 rebeldes.—Defensa heróica.—El capitán Ceballos.—El sargento Iburdisan.—La torre heliografica.—Guisa reconquistada.—Los crímenes del *tigre de Oriente*.—La situación en el departamento Oriental.—La actividad de Máximo Gómez.—Impresiones favorables de los Estados Unidos.

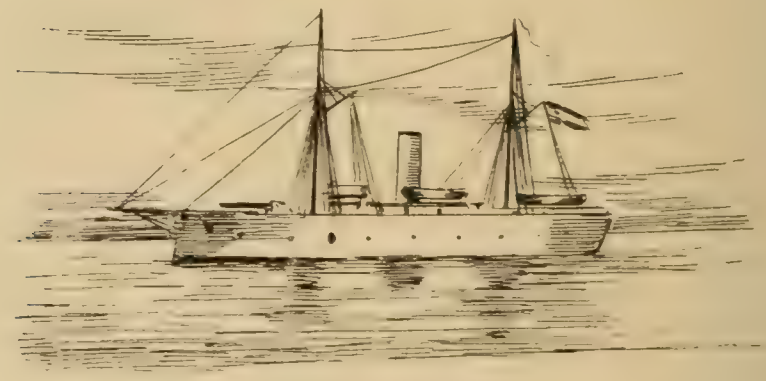
Al comenzar á escribir el precedente capítulo, hemos vacilado buen rato. Podíamos haber agrupado en cuatro párrafos un manojo de generalidades á propósito del Mensaje de Mr. Mac-Kinley, á fin de excluir de todo riesgo nuestro voto. Pero debemos á nuestros lectores el juicio sincero y entera la opinión, y por esto hemos resuelto cumplir nuestro deber hasta el fin, ya que del honor y del decoro nacional entendemos todos los españoles, hasta los más modestos.

Los párrafos que en su Mensaje á las Cámaras federales dedicó el presidente de la República de los Estados Unidos á los asuntos de Cuba, encierran alguna habilidad y mala intención.

De las demasías y devastación de la guerra culpó sólo á las tropas españolas, ni más ni menos que si los insurrectos hubieran paseado la

isla dedicados al riego de los árboles y á la siembra de cañaverales; ni más ni menos que si los aventureros y negros bozales que seguían á Máximo Gómez y á Calixto García no hubieran sido siempre los mismos que hacía pocos días ataron con alambres á los españoles para quemarlos vivos.

De las expediciones filibusteras salidas de la gran República, habló con cinismo que exalta todo criterio que no haya perdido en absoluto la noción de lo justo. Expuso que habiendo España concedido la



CAÑONERO «HALCÓN»

autonomía, y no teniendo los rebeldes condiciones dentro del derecho internacional para conseguir la beligerancia, se negaba á ella, pero no sin deslizar hábilmente que el declararla fuera peor para el interés de los norteamericanos y para el de los insurrectos de Cuba, ya que la beligerancia otorgaría á España el derecho de visita de buques, aparejado con alguna otra ventaja.

Y por último, manifestó de un modo terminante y categórico que, si á pesar de la autonomía y de los esfuerzos de España la guerra proseguía, los Estados Unidos *intervendrían por medio de las armas*. De-

claración ésta que vale tanto como advertir á los cubanos que debían perseverar en su actitud para ofrecer á la gran República pretexto que la permitiera arrancar de Cuba la enseña de Castilla, aquella misma bandera que rasgara su lienzo para que se fabricaran todas las ingratas banderas americanas.

Sin embargo, creimos que era más fácil labor hablar desde el Capitolio de Washington, hablar donde no se miden las palabras, que acudir á donde se miden las armas, porque abrigábamos la más absoluta seguridad de que España quería y sabría mantener en Cuba el escudo de las suyas.

***

La concesión de la autonomía, medida á que obligó el error de pasadas administraciones y el desacierto del gobierno conservador, desde luego nos proporcionó una ventaja. Los Estados Unidos se vieron forzados á otorgar un plazo. Los Estados Unidos no pudieron intervenir entonces, por haber sido quien solicitó las reformas autonómicas en favor de sus protegidos de la manigua.

Pero se trataba de un plazo que los insurrectos habían de cuidar de llenar, con la guerra de huída y de emboscada, de destrucción y ruína, ante la esperanza de aquella prometida intervención, y cumplido ese plazo, que los *yankees* sabrían aprovechar para acabar de prepararse, se ostentarían éstos á título de salvadores de la humanidad, pretendiendo arrojarnos de América.

Tal era la situación, según se deduce del referido Mensaje de Mr. Mac-Kinley.

Contamos con un período de tiempo que esos ensoberbecidos mercaderes que se reconocían ciudadanos de moderna Roma, con muchos

Taylor y un Mac-Kinley, pero sin ningún César, no podían violar; pues bien, esa forzada tregua que nos procuraron, justo es reconocerlo aun por los menos ardientes partidarios de la autonomía, los decretos publicados en la *Gaceta de Madrid,* debíamos aprovecharla para disponernos á salvar la honra nacional.

Ahora bien; ¿la aprovechó el Gobierno de la Regencia?... Los luctuosos hechos ocurridos posteriormente, que grabados están aún en la mente y en el corazón de todos los españoles, hablan por nosotros.

Al publicar aquellos decretos en la *Gaceta* quedaron, ya que no rotos, muy flojos los vínculos del interés material de España en Cuba, pero al hacer dejación de tales ventajas, adquirimos una de inestimable valor. No luchábamos ya por defender un negocio de la nación, peleábamos alentados de estímulos de índole puramente moral elevadísima: por el nombre y la bandera de España.

Situación desembarazada y hermosísima, situación que nos llevaba con mayor entusiasmo al combate, situación eminentemente española. El hidalgo Don Quijote no reñía jamás mediando el interés.

Esa tan gallarda y airosa actitud, sobre procurarnos la firme decisión entre nosotros, nos ganaba la voluntad de las potencias extranjeras, las que á menos que se borrara de la tierra la idea de la justicia, no podrían dejar de prestarnos su apoyo moral cuando se viera que los Estados de la Unión querían arrojarnos de Cuba sin pretextos siquiera de razón... ¡Desgraciadamente para la causa de España, y con mengua y daño de la moral universal, no sucedió así, y la idea de la justicia quedó borrada de la faz del mundo civilizado por el egoismo de las potencias que se llaman civilizadas, y por el individualismo que caracteriza nuestro fin de siglo!

***

Ampliando las noticias oficiales que se tenían respecto al ataque y toma del pueblo de Guisa por los rebeldes orientales, recibimos el día 7 de Diciembre un extenso despacho de nuestro corresponsal en Santiago de Cuba, fechado en Manzanillo el día 4 y trasmitido desde la Habana el 6, comunicándonos interesantísimos detalles acerca del desgraciado suceso.

A pesar de los esfuerzos del teniente coronel señor Tovar, al frente de su columna de auxilio, no pudo llegar á tiempo para librar á los heróicos defensores del citado poblado. Estaba separado de éste por una distancia de más de 16 leguas de penoso camino, sembrado de enemigos en acecho, que tardó en recorrer cuatro jornadas.

Después del combate en Loma Piedra, la columna tuvo que sostener otros en las cercanías del pueblo, obligando al enemigo á abandonar las posiciones que ocupaba en los contornos de Guisa, cuyos alrededores estaban interceptados por trincheras y explosivos.

Al llegar la columna á Guisa no encontró á ninguno de los defensores del poblado, que estaba formado por solo cinco casas y unos trescientos bohíos, todos los cuales habían sido destruídos por los insurrectos.

El poblado de Guisa, de la jurisdicción de Bayamo, al Sur de la provincia oriental, tenía en sus buenos tiempos una docena de casas regulares y muchos bohíos. Los habitantes no pasaban de 600. A la sazón no llegarían estos á 300.

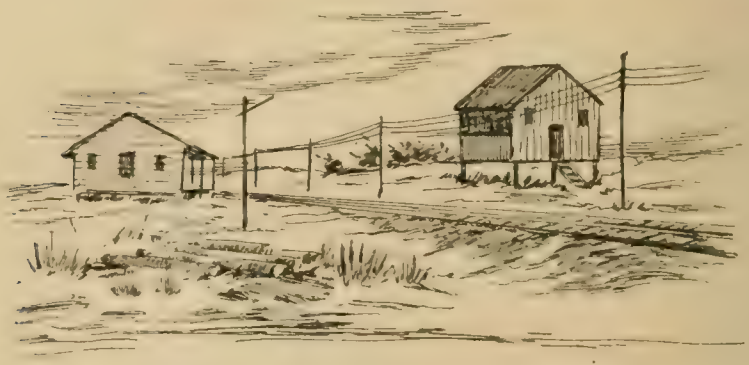
La guarnición se componía de 140 hombres del batallón de Isabel la Católica, y los ingenieros encargados del servicio heliográfico. Para la defensa de éste había tres fortines, cuyo único medio ofensivo y defensivo, eran los fusiles de los soldados.

La única ocupación del destacamento era esa defensa, porque Guisa no parecía llamado á ser amenazado por el enemigo, si se tiene en

cuenta su posición topográfica y el no tener comunicación sino con Cauto.

El asedio del poblado por los rebeldes comenzó el día 28 de Noviembre. En la mañana del siguiente día, apenas había amanecido, rodearon los sitiadores el pueblo, emplazando los seis cañones que llevaban casi á doscientos metros de los edificios y fortines, en posiciones ventajosas.

La guarnición se defendió del ataque con tenacidad y heroismo, y



ESTACION DEL RINCÓN (Sagua la Grande)

el comportamiento del valeroso destacamento fué verdaderamente heróico, defendiendo fortines y reducto hasta quedar sepultados en sus escombros. Pronto quedaron destruídos los fortines, pero los soldados siguieron defendiéndose.

El incendio se había apoderado y hecho presa de esos fortines y de algunas casas. La guarnición peleaba heróicamente, envuelta en llamas, hasta que á la una de la tarde penetraron los rebeldes en el poblado.

Hallábanse heridos el capitán jefe de la guarnición don Rafael Ceballos Gavira, un teniente y cincuenta soldados.

PUERTO DE «LA ISABELA» (Sagua la Grande)

***

Aunque dueños ya del poblado los insurrectos, aún seguían defendiéndose en la torre heliográfica el sargento-jefe de aquel servicio, don Julio Iburdisan, el cual, al mismo tiempo que disparaba su fusil, seguía trasmitiendo las señales heliográficas á Bayamo.

Los ocho soldados que, á las órdenes del referido sargento guarnecían la torre heliográfica, disparaban sus armas con verdadero frenesí, en tanto que su jefe Iburdisan trasmitía á Bayamo noticia del estado angustioso en que se encontraba la guarnición de Guisa y pidiendo auxilio.

La torre referida recibió cañonazos disparados á doscientos metros de distancia, y cada uno de los disparos, hechos con dinamita, causaba terribles destrozos en la *fortaleza*.

Así se defendieron aquellos valientes hasta las tres de la tarde. A esta hora el sargento Iburdisan trasmitió su último despacho heliográfico, que decía así:

«Enemigo sigue bombardeando esta torre. Trasmito noticia desde el foso. Dos piezas hacen fuego contra esta torre; dentro del pueblo tiran con otras cuatro piezas. Estoy herido de granada. El cabo grave. No puedo más.—IBURDISAN.»

Inútil es decir que apenas se tuvo noticia del ataque á Guisa por fuerzas insurrectas, el general Blanco desde la Habana, Pando desde Ciego de Avila y Arolas desde Manzanillo, dispusieron la salida de fuerzas en auxilio de los asediados, y en su consecuencia salió el teniente coronel señor Tovar al frente de una columna, compuesta de 3.000 hombres y dos piezas de artillería.

La jornada era larga, más de quince leguas.

Imaginable es la impaciencia del bizarro jefe y de sus oficiales y

soldados; impaciencia aumentada por haberse cortado la comunicación con Cauto é ignorarse lo que ocurría allí. Para averiguarlo fué expedido un propio desde Bayamo, pagándole treinta y cuatro pesos; pero el enemigo lo hizo regresar á tiros.

El día 30 supiéronse algunas noticias de la crítica situación de los defensores de Guisa, por el bravo soldado Pedro Méndez, quien en el momento supremo del ataque, se prestó voluntariamente á salir de uno de los fortines é ir á Bayamo cruzando entre las masas rebeldes sitiadoras.

Confirmó las noticias que ya se tenían, añadiendo que el fuego contra la torre heliográfica, siguió hasta las ocho de la noche.

Dijo también este valiente soldado que calculaba que las fuerzas enemigas ascendían á unos 5.000 hombres, que se suponían mandados por los cabecillas Calixto García, Rabí, Capote y Ramirez.

***

La columna Tovar, después de pasar por Bueicito y Jiguaní, cuyos destacamentos se encontraban también en situación algún tanto crítica y comprometida, llegó el día 4 á la vista de Guisa.

En su difícil y penosa marcha sostuvo varios tiroteos y combates, sufriendo tres heridos.

Al llegar á las cercanías del poblado, que estaba ya en poder de los insurrectos, se encontró con que el enemigo había puesto grandes obstáculos en los alrededores de Guisa, rodeando el terreno de alambradas y colocando algunos torpedos. En el primer encuentro con fuerzas enemigas, antes de llegar al pueblo, sufrió la columna cuarenta y dos bajas, consistentes en dos soldados muertos, y el comandante señor Latorre, los médicos Arlati y Martorell, un capitán y 36 individuos de tropa heridos.

Después, cuando fueron salvados los obstáculos, tomaron las lomas y se apoderaron de las posiciones ocupadas por el enemigo, que huyó, tuvo las siguientes: Un muerto de tropa, y heridos un capitán de Alcántara, el médico señor Jiménez, el segundo teniente del batallón de Puerto Rico don Francisco Alfredo Calvo y 37 soldados.

En ambos combates se supuso que el enemigo debió tener muchas bajas; fué dispersado completamente.

En el cementerio de Guisa se advirtieron señales evidentes de haberse practicado recientes enterramientos, lo cual apoya la suposición y demuestra que los insurrectos hicieron así desaparecer sus bajas definitivas.

Restablecida la comunicación heliográfica en toda la zona el día 6, el heliógrafo de Guisa siguió comunicando detalles de los horribles padecimientos de que fueron víctimas una guarnición heróica y un vecindario leal y pacífico.

El propio día llegó á Manzanillo un propio de Guisa, que comunicó horrorosas referencias de lo que allí había sucedido, las que se apresuró á transmitirnos nuestro activo corresponsal en aquella provincia.

Cuando la columna Tovar hubo reconquistado á Guisa, practicóse un minucioso reconocimiento en la población y fortines, cuyo resultado horripila. Se hallaron restos de cadáveres carbonizados entre los escombros de las casas y de la iglesia, que había sido convertida en fuerte.

En los fortines que últimamente se rindieron, la tropa hizo una defensa desesperada, y solo sucumbió por los terribles efectos de los disparos hechos con cañones de dinamita, restos de cuyos proyectiles se encontraron en gran abundancia.

El enemigo había construído seis baterías próximas al poblado, artillándolas con dos cañones de dinamita, dos piezas Krupp y dos ametralladoras.

***

Los rebeldes rompieron terrible y horroroso fuego en la madrugada del 28, y no obtante sus desastrosos efectos no pudieron entrar en Guisa hasta la una de la tarde del siguiente día 29.

Entonces ocuparon el pueblo, permaneciendo en él hasta que se presentó la columna Tovar.

Apenas tuvieron noticia de la aproximación de nuestras fuerzas, los que ocupaban el poblado se retiraron rápida y *prudentemente*, incendiando todas las casas y todos los bohíos y cometiendo con sus desventurados y leales habitantes horrendas crueldades.

SARGENTO IBURDISAN JEFE DE LA TORRE HELIOGRAFICA DE GUISA

Súpose luego que el enemigo había enterrado en el cementerio 43 cadáveres.

En los fortines se encontraron huellas de haber sido quemados sus heróicos defensores. Entre los escombros fueron hallados algunos cadáveres atados y sujetos con alambres á los hierros de las ventanas, lo cual demuestra que los desgraciados defensores de los fortines fueron atados para que no pudieran escaparse y librarse de las llamas y perecieran abrasados.

También se encontraron restos de niños carbonizados, y pozos lle-

nos de cadáveres, que no pudieron ser examinados por el olor pestilente que exhalaban. La horrible matanza llevada á cabo por los *regeneradores* de Cuba en Guisa superó en crueldad y horror á cuantas escenas de salvajismo y bárbara venganza recuerda la historia. Víctima del furor salvaje de las hordas *mambises*, á las órdenes del *tigre de Oriente*, pereció toda la población civil de Guisa.

En las palmeras que rodeaban el poblado aparecieron ahorcados 57 vecinos: respecto á la guarnición, súpose que los supervivientes, que fueron 45 entre oficiales y soldados, fueron hechos prisioneros y conducidos por el enemigo á sus madrigueras. Así lo demostró el hallazgo de un papel escrito y pegado en un árbol en que se decía que el enemigo se había llevado 45 prisioneros, «únicos supervivientes del combate.»

Según otra versión, el número de prisioneros ascendía á 112, entre ellos el capitán señor Ceballos, que era comandante militar de la plaza, y los tenientes señor Calvo y don Antonio Vidal, héroe éste de Altagracia y condecorado con la cruz Laureada de San Fernando.

Díjose que los insurrectos hicieron más de setenta disparos de dinamita, logrando reducir á escombros casi todo el poblado.

Los valientes defensores de Guisa fueron desalojando las posiciones destruídas y replegándose en las que quedaban firmes.

En la factoría fué donde hicieron más resistencia, lo cual observado por el enemigo. lanzó sus bombas allí y consiguió incendiarla.

Casi destruída la iglesia; reducida á escombros la casa contigua al templo, donde también se defendían; en llamas la factoría y heridos los jefes de la guarnición, la resistencia era inutil, infructuosa.

Entraron los rebeldes en el poblado y todavía resistieron los valientes defensores de un fortín próximo al cementerio y los de la torre heliógrafica.

Mas la defensa era ya imposible y el enemigo realizó la ocupación total.

Las fuerzas rebeldes debían ser numerosas, pues tenían ocupadas las entradas de Guisa desde una distancia de dos leguas, en las que habían construído grandes y fuertes trincheras, algunas de éstas de un kilómetro de extensión, y todo el pueblo estaba circundado de grandes obras de fortificación.

Evidentemente el enemigo tenía muchos medios de guerra, pues se recogieron infinidad de reses, muchas granadas de hélice, bastantes proyectiles de cañón, de dinamita y montones de cápsulas de Maüsser y Remington.

El coronel señor Tovar, al dar cuenta del resultado de su expedición al capitán general, dijo que el comportamiento de la guarnición de Guisa debió ser heróico, defendiendo fortines y reductos hasta quedar sepultados en sus escombros, y que con los paisanos había extremado el enemigo actos de cruel salvajismo, encontrándos cadáveres carbonizados, niños atados á postes, pozos llenos de restos humanos y muchos ahorcados en el palmar próximo al pueblo.

Las fuerzas de la columna Tovar, tan luego reconquistaron á Guisa, dedicáronse á restablecer la comunicación óptica y á construir un fuerte á prueba de artillería, para la torre del helógrafo.

***

Con razón nos dijo nuestro activo corresponsal en la Habana al dar la voz de alarma, que se trataba de un hecho análogo al ocurrido en Victoria de las Tunas.

El mismo Calixto García, que realizó las hazañas en aquel poblado cercano á Holguín, había sido el autor de los crímenes de Guisa.

Hay, sin embargo, alguna diferencia entre ambos desgraciados incidentes de la guerra.

Los defensores de Guisa eran menos en número y resistieron con más empuje; pero sucumbiendo también, al fin, ante las fuerza numérica é incontrarrestables del enemigo, que para rendir un destacamento pequeño, acumuló el núcleo de las partidas de Oriente.

Con incidentes tales no es de extraño que se considerasen en posesión del departamento Oriental; con el éxito de Tunas y Guisa no pudo sorprendernos que acometieran la empresa de atacar á la Caimanera y otros poblados del interior.

Tampoco fué novedad para nosotros que ese enemigo se cebase en la población civil, levantando en los alrededores de Guisa 57 horcas para ciudadanos leales á su patria, porque el que mereció por las hazañas realizadas en Victoria de las Tunas el dictado de *tigre de Oriente*, no había de alterar tan pronto su condición; pero, en cambio, lo que hizo en Guisa Calixto García en los momentos en que Mac Kinley confeccionaba su Mensaje, debió servir al enfático presidente americano para distinguir entre la guerra que hacía la rebeldía y la guerra hecha por España.

Establecer una igualdad de concepto fué, á más de una injusticia, un acto que llenó de amargura al honrado pueblo español, pues no llega á tanto su escepticismo que le haga olvidar las leyes del decoro.

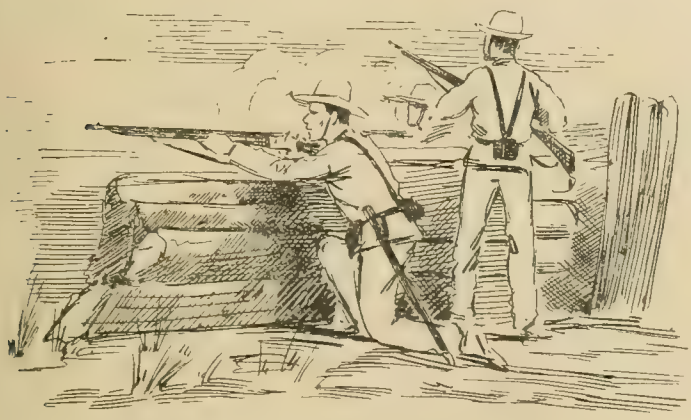
Pasar sin protesta tales acusaciones, fuera hacerse cómplices de la degradación del espíritu publíco; fingir satisfacciones, como las fingió el Gobierno, ante las amenazas expresadas por Mr. Mac Kinley, hubiera sido engañar á la propia conciencia.

Pero el Mensaje presidencial no fué al fin más que la continuación de la obra de perfidia del Gobierno y el pueblo norteamericano, y bien claro lo dijo la actitud del *jingoismo* y la prisa que se dió el senador Allen para presentar á la Cámara su moción, pidiendo desde luego el reconocimiento de la independencia de Cuba, moción en la que se pudo observar una consideración al presidente que no hubiera tenido el jin-

goismo si el documento de aquél no les hubiese hecho entrever su éxito en las esferas del poder ejecutivo.

Nada dijo el cable sobre los fundamentos de la proposicion *Allen*, pero puede asegurarse que también hablaría de humanidad y civilización.

¿Qué importaba á los senadores americanos que los rebeldes, después de devastar el país, continuasen empleando como arma de guerra la dinamita y balas explosivas? ¿A qué habían de fijarse ellos en un he-



DEFENSA DE LA GUARNICIÓN DE GUISA

cho como el de asesinar al jefe de una plaza que sale á parlamentar, crímen de que fué víctima el comandante militar de Victoria de las Tunas?

Seguían el camino que se tenían trazado y consideraban muy cercano el fin, sin parar mientes, ni en la política de clemencia de nuestro ejército, ni en los actos vandálicos que Calixto García había realizado en Guisa con ciudadanos pacíficos é indefensos.

***

Examinada la situación de la comarca oriental, el general Pando adoptó enérgicas é importantes medidas que ofrecían grandes esperanzas de éxito, cumplimentándose asímismo con gran diligencia y actividad órdenes trasmitidas por el general en jefe.

En vista de la osadía del enemigo, acordóse adelantar las operaciones en Oriente, dirigiendo el plan de aquéllas, desde Manzanillo, el general Pando, quien había emprendido ya los trabajos de organización de la guerra y estaba preparando la campaña en todo el departamento Oriental.

Procurábase abreviar estos preparativos; pero la impaciencia no estaría justificada, por cuanto, aunque esto parezca mentira, después de tres años de guerra no había allí nada organizado que permitiese lógicamente esperar el resultado de operaciones preparadas con medianas esperanzas de éxito.

Sin racionamiento facil para las tropas, sin medios de que unas columnas acudieran rápidamente en auxilio de las otras, se había de perder el tiempo y nadie podía prometerse un resultado satisfactorio y definitivo.

Ante todo, y lo que más urgía, era de gran necesidad abrir la navegación del río Cauto, que desde hacía quince meses estaba cerrada. El enemigo ocupaba una gran parte de las márgenes de este río, cuya importancia es grande porque constituye la principal vía de comunicación para el aprovisionamiento de las tropas acantonadas ó en operaciones en aquella extensa zona.

El general Aldave, con las fuerzas de su mando, marchó á racionar y reforzar Cauto y Guamo.

El general Bernal con tres columnas, una de las que mandaba personalmente, continuaba persiguiendo activamente á las partidas rebeldes de la provincia de Pinar del Río; y el general Salcedo mantenía en gran movilidad fuerzas de la división de Sancti Spíritus y trocha cen-

tral, sosteniendo frecuentes encuentros con grupos que se aseguraba eran de la partida de Máximo Gómez, que fraccionado y con muchas bajas, se esforzaba en vano por eludir persecución, á pesar de las favorables condiciones del terreno en que operaba.

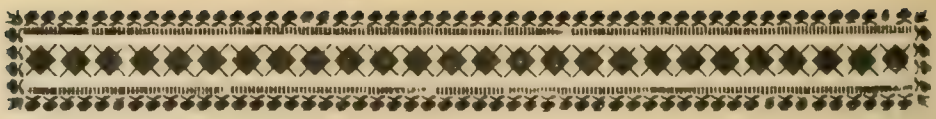
A juzgar por las noticias recibidas aquellos días por la vía de los Estados Unidos, la actitud que desplegaba Máximo Gómez sólo era comparable á la de las columnas españolas destinadas á su persecución. (Naturalmente; ¿iba acaso á dejarse coger?... Bien tenía, pues, que moverse, para huir de nuestros soldados.)

Añadían, que si los españoles conseguían batir á Gómez y á su segundo el negro González, la rebelión recibiría un golpe decisivo.

Según los mismos informes, el estado sanitario de las tropas españolas había mejorado notablemente en toda la isla, y se esperaba, con el auxilio de recursos pecuniarios, que la obra de la pacificación de Cuba adelantaría notablemente durante la época de la próxima seca.

En los centros oficiales de Washington y en la mayoría de la Cámara de representantes *parecía* acentuarse cada día más las muestras de simpatía por la conducta que acerca de los asuntos de Cuba seguía el Gobierno español.

Muchos periódicos de los Estados Unidos, sobre todo los que representaban los grandes intereses económicos, hacían justicia á la lealtad y sinceridad de nuestros gobernantes.



CAPITULO XVIII

En el campo rebelde.—Hondas disidencias entre los jefes.—Desacuerdos entre los separatistas.—Impresión de la nueva política en la manigua.—Exageraciones y cuentas fantásticas y caprichosas de los periódicos filibusteros.—Un acto infame.—Noticias de Puerto Príncipe.—Comienzo de las operaciones en Oriente.—El general Pando en la Boca del río Cauto.—Salida del convoy fluvial.—Extraordinaria importancia de la operación.—Avance de 55 kilómetros.—Orden de las fuerzas.—Los recursos del enemigo.—La reconquista del río Cauto.—Tres torpedos.—Combinación de columnas.—Rudo combate en Laguna Itabos.—Nuestras bajas.—Rasgos de heroismo.—Sitio y ataque del fuerte Guamo.—Heroismo sin ejemplo.—Resistencia inverosímil.—El heróico teniente Muruzabal.—La columna de auxilio.—¡Loor á los héroes!

DESDE Manzanillo nos fueron comunicadas el día 7 noticias, que nuestro informante calificaba de positivas, del campo insurrecto. Estaba confirmado que existían hondas disidencias entre el *generalísimo* de los insurrectos cubanos, Máximo Gómez y su lugarteniente *mayor general* Calixto García. Este quería la jefatura suprema, fundandose en que todos los triunfos alcanzados por los rebeldes en la zona de Bayamo, eran debidos á su personal iniciativa.

Los partidarios de Calixto García eran muchos, porque éste representaba el movimiento y la acometividad.

Como es natural, Máximo Gómez no sólo se negaba á las pretenciones de García, sino que pretendía que éste pasase á Occidente á fin de librarse de la vecindad de un émulo peligroso.

También Calixto quería salir de Oriente y hacer una incursión á las provincias centrales, donde confiaba alcanzar éxitos que le engrandecieran; pero la gente que seguía á García se había negado resueltamente á la expedición, juzgándola arriesgadísima.

Llevaban los *mambises* orientales muchos meses de pacífico dominio en su comarca, sin más combates que los que les habían convenido y alguno que otro obligado por las columnas de convoyes. Por esto se negaban á obedecer las órdenes de Calixto García. Y como éste insistiera, se produjo un movimiento sedicioso entre ellos y en pocos días abandonaron la partida del cabecilla citado muchos rebeldes.

Para contener las deserciones de sus filas, tuvo el jefe de los insurrectos orientales que fusilar á un titulado teniente.

Si esto era exacto, la insurrección presentaba en Oriente un aspecto parecido al que ofreciera en los tiempos en que Vicente García logró apoderarse de Victoria de las Tunas, adquiriendo una gran preponderancia en el campo rebelde.

Bien hubiéramos querido que así fuera; pero es Calixto García perro viejo, y no era facil que dejase de recordar lo que le costó á su amigo Vicente García aquella aventura á que le llevaron sus ambiciones.

Los aplausos de los orientales le hicieron soñar con la presidencia de la fantástica República cubana y la jefatura suprema de aquel ejército, y tales ambiciones le llevaron á la conspiración primero y después á la total desmoralización de las fuerzas revolucionarias, muriendo más tarde en sus manos la rebeldía iniciada en Yara.

Era natural que ocurriera lo que decía nuestro corresponsal: las operaciones de Tunas y Guisa habían elevado entre los rebeldes la figura de Calixto García, pues al fin no en balde en la guerra obtiene más personalidad el que más pelea; pero si no queríamos experimentar nuevos desengaños, debía preocuparnos tanto la movilidad de

aquél, como el silencio del titulado *generalísimo*, pues al fin tal conducta encajaba dentro de su programa.

***

No estaban de acuerdo los separatistas cubanos respecto de puntos esenciales de conducta. Aún no había sido posible elegir al presidente de la titulada República cubana.

La prensa de todo el mundo había dado como efectuado el nombramiento de Méndez Capote para dicha presidencia, pero no era así. En aquellos días se había designado á 21 delegados-representantes que habían de constituir la Asamblea soberana.

No estando conformes todas las voluntades en quien debía ser el presidente de la futura República, se creía que en la reunión próxima se decidiría que continuasen las cosas como estaban, es decir, ejerciendo el gobierno la Asamblea susodicha.

Capote era simplemente un representante de esa Asamblea.

Máximo Gómez deseaba que Capote ocupase la presidencia, y el no haberse realizado ya la elección, probó que el *generalísimo* no contaba entre los suyos con la omnímoda influencia que aquí se le atribuía.

La nueva política francamente liberal de España, es indudable que había causado gran impresión en la manigua.

Los acérrimos partidarios de la independencia de la isla, y los que por razones personales no podrían vivir nunca en paz dentro del nuevo régimen español, temian que la concesión de la autonomía pudiera arrebatarles gente.

Muchos insurrectos estaban cansados de los peligros y de las incertidumbres de su situación.

Aunque en el Camagüey y en Oriente tenían extensos cultivos, mucho ganado y poblados importantes en que dominaban á sus anchas, por no haber llegado aún á ellos las columnas, verdaderamente los rebeldes vivían mal y empezaban á sentir los efectos de la larga campaña.

Juzgando la situación en el campo de la rebeldía, dijeron personas autorizadas y conocedoras del terreno, que desde que desaparecieron de la escena los hermanos Maceo, la guerra se había convertido en un negocio para la mayoría de los jefes rebeldes. Estos se ocupaban preferentemente en especulaciones y negocios y realizaban enormes ganancias, traficando en ganado, imponiendo tributos á las fincas rústicas, cobrando impuestos y contribuciones y *permitiendo* la circulación de trenes.

De esos ingresos, que ascendían á muy respetables cantidades, se reservaban la mejor parte, y sólo dedicaban lo menos que podían á los gastos de la guerra.

«No debe olvidarse, sin embargo,—advertía nuestro informante—que ésta es aquí fácil y barata para el insurrecto *mambí*, y que no hay que esperar que termine por la falta de medios materiales.»

Los periódicos que se publicaban en la manigua, obedeciendo todos una consigna, publicaron las cuentas de los gastos que ocasionaba la guerra á la metrópoli y de los recursos con que contábamos, pretendiendo demostrar que no podríamos continuar mucho tiempo la campaña. Inútil es decir que estos datos eran exagerados y caprichosos.

Súpose por un insurrecto presentado que tomó parte en el ataque de Victoria de las Tunas, que los rebeldes tuvieron en él 25 muertos y 60 heridos.

Igualmente se tuvo conocimiento por la misma referencia de un acto infame y desleal realizado por los insurrectos que se apoderaron de las Tunas. Al segundo día de ataque se pidió parlamento por los

sitiados y para celebrar la conferencia salió de la plaza el comandante militar.

Faltando á las leyes universales y á la lealtad que hasta entre salvajes se guarda en casos tales, los rebeldes asesinaron á machetazos al confiado jefe de la guarnición española.

Aseverando la infamia cometida por los *libertadores* de Cuba, parece que escribió uno de los jefes rebeldes á su familia, lo siguiente:

—«Nuestro éxito de las Tunas ha sido empequeñecido por el vil asesinato del comandante militar de la plaza ganada. Estos hechos nos deshonran ante el mundo».

Cartas de la provincia de Puerto Principe confirmaban que había allí divisiones muy hondas entre los rebeldes.

Las masas querían la paz. Unos cuantos jefes se esforzaban en evitarlo. Se esperaban presentaciones numerosas.

NEGRO MUERTO POR NUESTRAS TROPAS EN EL ATAQUE DE GUISA

El día 8 se acogieron á indulto un titulado oficial y 33 rebeldes armados, á quienes acompañaban 17 mujeres y 19 niños.

Después de dejar vencidas inmensas dificultades para la organización de la campaña en Oriente, el día 7 comenzaron las operaciones saliendo de Manzanillo para Cauto Embarcadero, conduciendo un convoy de provisiones, una fuerte columna al mando del general Pando.

LAGUNA DE ITABOS (Santiago de Cuba)

***

Tres días permaneció el general Pando con las fuerzas á sus órdenes acampado en la boca del río Cauto organizando, á fuerza de trabajo ímprobo, el convoy fluvial.

Concluído todo, empezó la marcha del convoy subiendo por el río en grandes barcazas, precedidas y custodiadas por el cañonero «Dependiente». Por ambas orillas del Cauto iban dos columnas protegiendo la navegación del convoy y mandadas, una por el coronel señor Tejeda y otra por el coronel de ingenieros señor Bruna.

La operación revistió extraordinaria importancia, por cuanto mediante ella quedó abierta de nuevo aquella vía de comunicación fluvial, indispensable para aprovisionar y abastecer importantes poblados de la cuenca del río, que estaba cerrada y en poder del enemigo desde hacía más de catorce meses.

Los preparativos constituyeron una faena laboriosa erizada de enormes dificultades.

El general Pando trabajó con tanto celo como acierto en la organización del convoy, regresando á Manzanillo tan luego emprendió aquél la navegación por el río, para seguir organizando las operaciones.

El día 10 se agregó á las fuerzas reconcentradas por dicho general, el general Segura con el batallón de Zamora, que inmediatamente recibió instruccienes para salir á operar.

Desde el propio día 10 al 14, la expedición fluvial avanzó río arriba 55 kilómetros, llegando al lugar llamado Guamo, donde quedó parte de las fuerzas para racionarse y descansar. Las demás columnas de operaciones siguieron avanzando por ambas márgenes del Cauto.

Marchaban por el río, al mando del coronel Bruna, las lanchas cañoneras *Lince*, *Centinela*, *Dependiente* y *Guardián*; los remolcadores *Eulalio*, *Peralejo* y *Pedro Pablo* y varias goletas cargadas de víveres y de agua potable.

Dos compañías de ingenieros iban en esas naves y en varios botes, encargadas de la difícil y peligrosa exploración, cuyas penalidades son superiores á todo encomio. Dirigíanlas los capitanes señores Martínez y González.

Por tierra iba una columna de 1.000 hombres al mando del coronel Tejeda, repartidos entre ambas orillas, operando y reconociendo extensas zonas. En éstas se encontraron muchas viviendas de los rebeldes, perfectamente abastecidas de cuanto es necerario para la vida, con abundancia de ropas y calzado. También había mucho ganado vacuno, y, en suma, recursos numerosos que se habían creado durante tanto tiempo de indiferencia por parte de España y de sus representantes.

***

No se trataba de la conducción de un convoy, como se dijo en un principio, sino de una operación grande é importantísima: la reconquista del río Cauto, base indispensable de las operaciones en Oriente.

La expedición necesitaba avanzar poco á poco, por tener que sujetarse á la marcha lenta de los botes que iban á remo reconociendo el río lleno de obstáculos.

Cuando llevaban dos días de navegación en esas condiciones, fueron hallados por los botes que practicaban reconocimientos, tres enormes torpedos sujetos con alambre de orilla á orilla y con doble conductor eléctrico.

El contenido de cada una de esas máquinas de destrucción era de

dos arrobas de dinamita. Llevadas á tierra con grandes precauciones por el coronel Bruna, se los inutilizó.

Para calcular el efecto que hubiera podido producir la explosión si no las precauciones que se habían tomado, el coronel Bruma hizo explotar uno de ellos, y, á pesar de que fué colocado á mucha distancia de las orillas del río, la explosión fué tan formidable que produjo una conmoción en todas las embarcaciones.

Recogióse también gran cantidad de alambre y muchas embarcaciones menores que utilizaban los rebeldes para atravesar el río.

Al salir la expedición ordenóse que la columna Segura siguiera desde Manzanillo el rastro de Calixto García, y que la columna de Aldave fuera por las orillas á encontrar á aquella, después de racionar y auxiliar á Cauto Embarcadero y á Guamo, que se creía corrían peligro de caer en poder del enemigo.

La columna Aldave salió de Cauto para Guamo el día 8, con los batallones de Andalucía, Isabel la Católica, Alava y Asturias, el escuadrón de Sagunto y dos piezas de artillería; en total, 1.500 hombres.

Pocas horas después, en el sitio llamado Laguna Itabos, cerca de Bayamas, se encontró al enemigo fuertemente atrincherado, siendo necesario forzar el paso.

El combate fué rudo y tremendo. Duró dos horas, sosteniéndole principalmente el batallón de Alava.

La columna tuvo en ese combate las siguientes bajas:

Muertos, los capitanes don agustín Hidalgo y don José Garrido y 21 soldados.

Heridos, el médico don Vicente Badía, los tenientes don Antonio Larrosa y don Eustaquio Escabroso y 92 soldados. Algunos de estos heridos recibieron tres balazos.

Registrarónse muchos episodios dignos del mayor elogio, mereciéndolo muy singularmente todo el batallón de Alava, cuya mejor

prueba de su comportamiento fué que de las bajas citadas le correspondieron 17 muertos y 54 heridos.

Se distinguieron muchísimo por su bizarría y heroismo el comandante don Luís Torrecilla, los capitanes don Miguel Cuadrado y don Julio Echigüe y los tenientes don Diego Vega, don Manuel Alonso y don Rafael Burranco. Todos fueron propuestos para el ascenso y se mandó abrir una información y formar un expediente de recompensa

COLUMNA DEL CORONEL TEJEDA

extraordinaria para el médico don Vicente Badía. Este bravo militar é inteligente discípulo de Galeno curaba á los heridos en la vanguardia sobre el mismo campo de batalla, en medio de un fuego terrible, ayudándole con igual valor y serenidad el capellán don Francisco Ocaña, que, con su estola ceñida, así prestaba los auxilios espirituales á los moribundos, como compartía con el médico el trabajo de reconocer á los heridos y hacerles las primeras curas.

Fueron tantos los distingu dos en aquella memorable acción, que

se pidió una recompensa para toda la columna. Esta, después de emplear un día entero en la curación de tantos heridos, siguió avanzando hacia Guamo, á donde llegó al amanecer del día 10.

Allí se encontró con el episodio más grandioso de toda la guerra.

***

Un pequeño fuerte de tablas, completamente destruido, era defendido con una resistencia inverosímil por su escasa y maltrecha guarnición.

Deploramos nuestra pobreza de medios de expresión, y quisiéramos poseer la bien templada pluma de un Alarcón ó de un Galdós para dar idea exacta de los sucesos admirables que en aquel estrecho recinto se habían desarrollado y ocurrieron.

Los narraremos tal y como nos los refirió uno de los oficiales de la columna Aldave.

Lo primero que hallaron dentro del fortín fué seis soldados muertos y 31 heridos.

El destacamento que lo guarnecía componíase de dos segundos tenientes, dos sargentos, cuatro cabos y 52 soldados del batallón de Baza.

Habían estado sitiados ONCE DIAS, desde el 28 de Noviembre.

El primer cañonazo disparado por la columna Aldave contra la numerosa fuerza rebelde que rodeaba el fuerte, hizo que cesara el sitio. El enemigo huyó rápidamente.

El relato de la épica defensa del fuerte de Guamo, causa admiración y nos enorgulleció como españoles.

El enemigo construyó en los primeros días de asedio trincheras

formidables que circundaban completamente el fortín y hacían imposible la salida de los sitiados.

En dos trincheras emplazaron los rebeldes sendos cañones, á doscientos metros del fuerte, y con ellos hicieron sobre éste ciento cincuenta disparos.

Aunque no todas las granadas explotaron, es de calcular el efecto que sus disparos causarían en un fuerte de tablas viejas y podridas.

El primer día de sitio una granada destruyó el depósito de víveres.

Los soldados, metiéndose entre las tablas rotas y los escombros, sólo lograron salvar un poco de tocino rancio, y éste fué su alimento único durante los once días de asedio.

Otra bomba rompió la pipa de agua. Solo quedó una escasa cantidad de líquido, y los oficiales y soldados se vieron obligados á racionarse, no bebiendo sino medio cuartillo diario por persona.

A pesar de esta prudente economía, al cuarto día vieron agotada completamente el agua potable. Los pobres soldados, padeciendo los horrores de la sed, tuvieron que salir varias veces, desafiando el fuego del enemigo, á tomar agua de una charca inmediata, en la cual se corrompían varios cadáveres y estaba llena de inmundicias.

El día 2 acercóse al fuerte, enarbolando bandera de parlamento, un titulado capitán rebelde, el cual hizo entrega al centinela que se presentó de una carta del jefe de las fuerzas sitiadoras al jefe del destacamento sitiado.

La carta decía sustancialmente lo que sigue:

«...Toda resistencia es inútil. Contamos con medios de vencer. No espereis refuerzos; tenemos miles de hombres para cortarles el paso. Además, tres columnas nuestras atacan simultáneamente otros tantos pueblos.

»Como hombres de honor ofrecemos respetar vuestras vidas. Si no aceptais, esperad el exterminio. Vuestra defensa heróica justifica ahora

una capitulación honrosa. Vuestra temeraria terquedad justificaría aquél.»

Al pie de la carta leíase esta firma: «*Brigadier*, *Carlos García Vélez*.»

Este titulado *brigadier* era el hijo de Calixto García, protegido del gobierno español, y que ejerció mucho tiempo en Madrid la profesión de dentista.

***

El comandante del fuerte de Guamo —y hora es ya de nombrar á ese héroe admirable— DON FRANCISCO MURUZABAL RUANO, contestó en el acto á la intimación del jefe insurgente con estas sencillas y valientes palabras:

«No nos entregamos mientras quede uno en pié.

»Retírese pronto el parlamentario, porque va á seguir el fuego.»

Desde aquel momento se reanudó el ataque con superior violencia.

Los rebeldes gritaban á los soldados:

—¡No ser tontos! Amarren á su teniente, que está loco ¡Les pagaremos con centenes! ¡No como España que solo paga con abonarés!

Los soldados contestaban, gritando entusiásticamente:

—¡Viva nuestro teniente Muruzabal! ¡Viva España! ¡Mueran los traidores y filibusteros!

Al amanecer del día 3 el enemigo reanudó el fuego de cañón, para proteger un avance desesperado, con objeto de estrechar más el cerco del fuerte Destruído éste, los soldados se refugiaron en el foso y allí esperaban sin disparar sus fusiles á que se acercasen los asaltantes, para entonces hacer fuego sobre seguro.

Los insurrectos avanzaban con gran valor y caían rodando heridos

ó muertos, á los certeros disparos de nuestros soldados. Algunos de ellos llegaron hasta la alambrada que rodeaba el fuerte. En este desesperado ataque, en que los *mambises* demostraron un valor temerario, dejó el enemigo en los alrededores del fuerte 29 cadáveres, entre ellos el del titulado *capitán* que había llevado la carta de intimación.

Los defensores del fuerte tuvieron también en este ataque cinco muertos y once heridos.

Junta autonomista
DON JOSE A. DEL CUETO

Al anochecer hizo una salida el bravo teniente don Valentín Lasheros y Aliaga con ocho soldados para practicar un reconocimiento y encontró y recogió 26 fusiles del enemigo, multitud de efectos y una caja de cartuchos Maüsser, que los sitiados utilizaron después en su defensa.

Cuando llegó la columna de Aldave frente al fortín de Guamo, adelantóse con el escuadrón de Sagunto el coronel señor Andino, y á causa de usar este bizarro jefe perilla muy parecida á la del cabecilla Rabí, los sitiados creyeron que fuera éste y no un jefe del ejército español.

Más como se acercaba en actitud pacífica, los soldados, con esa nobleza característica en españoles y á pesar de creer que era un jefe enemigo, le gritaron:

—No se acerque, que disparamos.

Después de muchos escrúpulos llegaron los sitiados á convencerse

de que el que se acercaba era verdaderamente un jefe del ejército de la patria. Pero aun fué necesaria otra prueba para acabar de convencerlos y decidirlos á permitirle avanzar: fué preciso que el coronel Andino enarbolase la bandera española y que los soldados que le seguían gritasen ¡Viva España!

***

Cuando, al fin, estuvieron todos juntos, sitiados y salvadores, hubo una escena conmovedora; se abrazaban y se besaban unos á otros, daban vivas á España y referíanse mutuamente las peripecias terribles del ataque y de los combates.

Los soldados pasearon en triunfo al heroico teniente Muruzabal, un fornido navarro que fué á Cuba voluntariamente siendo sargento.

A muchos de los soldados del escuadrón de Sagunto se les vió saltar las lágrimas al contemplar el cuadro horrendo del fuerte destruído.

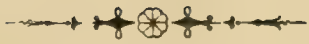
La columna Aldave, después de socorrer á los sitiados proveyéndoles de cuanto necesitaban, enterró 29 cadáveres de los rebeldes y uno de un soldado.

Inmediatamente se envió á buscar dos cañoneros y otras embarcaciones menores para recoger y llevarse á los heridos á Manzanillo. El médico señor Loseda se dirigió al sitio donde se encontraban para rectificar y practicar la cura.

En atención al heróico comportamiento del bravo comandante del fuerte de Guamo, teniente señor Muruzabal, ordenóse abrir expediente para concederle la cruz laureada de San Fernando, pidiéndose también la mayor recompensa posible para todos los valientes defensores del fortín.

La columna Aldave quedó acampada en las inmediaciones de Guamo, donde el día 16 el enemigo tiroteó el campamento del batallón de Isabel la Católica, resultando muerto un soldado y herido el capitán don Baldomero Laportilla.

¡Loor á los héroes de aquellas épicas jornadas!



CAPITULO XIX

Pueblos indefensos.—Nuevo suceso lamentable.—Robo y traición.—Encuentro en Las Delicias.—Operación importante.—Toma del campamento rebelde de Bencito.—Sensibles bajas.—Muerte del teniente coronel señor Morentín.—El asistente Apolo Sierra.—Estadística fúnebre.—Optimismos oficiales.—Interesantes detalles de la toma de Guisa.—Los prisioneros.—El *general* García.—¡Viva España!—*D. E. P.*

MUCHO tiempo antes de que acaecieran los tristísimos y luctuosos sucesos de Victoria de las Tunas y de Guisa, desde que los rebeldes cubanos tenían artillería, que debiera haberse pensado en transformar las obras defensivas de los poblados que se hallaban en nuestro poder y estaban guarnecidos por nuestras tropas. Las construídas hasta la fecha pertenecían, en su mayor parte, al tipo de las que se hicieron en la guerra pasada, y eran todas ellas perfectamente inútiles.

Y no hablemos de las levantadas en algunos sitios bajo la dirección de personas tan leales como ignorantes, porque esas eran más dañosas que convenientes.

En dos años recibimos no sabemos cuantas dolorosas lecciones en esta materia. Una sola de ellas hubiera bastado para enseñanza de cualquiera nación medianamente advertida. A nosotros no nos enseñaron nada todas juntas.

Mirábamos la guerra como espectáculo, no como crisis dolorosa de la nación. Venía el enemigo, sitiaba un pueblo, le tomaba después de una heróica resistencia de los nuestros, y nos quedábamos tan satisfechos contando entusiasmados las proezas y el heroísmo de los defensores.

Ocurría otro sitio y otra toma; repetíase el entusiasmo nacional... y hasta la siguiente.

Y si algún espíritu menos entusiasta y más dado á investigar el por qué de las cosas, mostraba extrañeza, al punto le salía al paso la ignorancia disfrazada de suficiencia, con la explicación de que esos contratiempos y otros eran propios de las guerras *especiales* como la de Cuba y, por tanto, inevitables.

Del entusiasmo pasábamos á la indiferencia, y de la indiferencia al entusiasmo con maravillosa facilidad. Al análisis no llegábamos nunca. ¡Analizar! ¿Para qué? El que analiza donde los demás se limitan á sentir ó á no sentir, casi siempre llega á conclusiones desagradables. Entonces es pesimista y nadie le hace caso. Si insiste, molesta, y acaba por incurrir en el desagrado de todo el mundo, como un espectador que interrumpe la función haciendo en voz alta la crítica de la obra y de los actores.

Queda, pues, el terreno libre al elogio ó á la censura sentimentales. A la masa del público la mueve el lirismo nacional, superior á las mayores caídas y á los más amargos desengaños. La gente de las localidades de preferencia, los políticos de todos los matices y de todas las categorías y órdenes de la sociedad que asistía á esa sangrienta representación, se agitaba impulsada por los intereses; nada más que por los intereses. Los amigos de la empresa (el Gobierno) eran la *claque*, los los enemigos, los *morenos*, los reventadores. Los unos decían siempre bien, y los otros siempre mal, sucediera lo que sucediera. El éxito era

para ellos lo de menos. Había quien por una jugada de Bolsa ó por una cartera diera diez poblados de Cuba.

Esta es la verdad. ¿Duele? Que duela. Más duele lo currido después.

***

Y precisamente porque pasaba y nadie lo remediaba ni parecía dolerse de ello, iban nuestros asuntos como iban.

Al cabo de cerca de tres años estaba la campaña en el mismo estado crítico del primer día. Iba acercándose á su término, que bueno ó malo no podía estar lejos, y aún no había salido del estado de preparación.

Aunque se había probado hacía mucho tiempo, que montando la infantería nos ahorraríamos miles de vidas, seguía por montar; aunque estaba averiguado que el traje de rayadillo era malo, no había otro; aunque hacían falta hospitales y sanatorios, estaban por hacer; aunque era doloroso que vías importantes como la de Cauto fuesen del enemigo, lo eran, y nosotros seguíamos reduciendo nuestras operaciones activas en más de la mitad de la isla á la conducción de convoyes, sabe Dios con cuantos trabajos y pérdidas: y aunque la rebeldía tenía medios de expugnación que nuestros fortines de ladrillo y madera no podian resistir, de madera y de ladrillo eran la mayor parte de los que defendían los pueblos de la gran Antilla.

No hay de qué maravillarse. Aquí en lo que menos se había pensado era en la guerra. Los de allá más habían atendido á las decoraciones y á los efectos escénicos que al desempeño de sus papeles; los de acá, si eran del público de buena fé, aplaudían contentísimos la muerte de Maceo, y alguna otra escena patriótica; si eran de los otros, de los que no pagaban por entrar y además cobraban, silbaban ó aplaudían según consigna, ó según su conveniencia.

Sólo así se comprende que llovieran sobre nosotros las desventuras y no diéramos señal de haber escarmentado. La pérdida de Victoria de las Tunas fué la prueba plena de la inutilidad de nuestros medios de defensa contra la artillería insurrecta. Debió pensarse en el peligro que corrían Holguín, Bayamo, Jiguaní, Cauto, Guamo y otra porción de importantes poblaciones expuestas á una acometida victoriosa. Tiempo había habido en dos años para preparar la defensiva. Avisos no faltaron; recordamos que en algunos periódicos de gran circulación fué tema constante el llamar la atención hacia la peligrosa impunidad de que los insurrectos gozaban en Oriente. El único resultado de aquellas excitaciones fué aquella rápida excursión por mar del general Weyler á las costas de la provincia de Santiago de Cuba, de la que no conocemos otro fruto que la amenaza, verdaderamente tartarinesca, de la próxima llegada de los cuarenta batallones fantásticos.

Lo que antes no se había hecho ni se hizo entonces, pudo hacerse después. Más hubiera valido tarde que nunca. Pero no se hizo, y á la desgracia ocurrida en las Tunas siguió la de Guisa, y hubiera seguido la de Jiguaní, la de Guamo y la de la Caimanera, de no haber llegado oportunamente en su auxilio las columnas de socorro, por las mismas causas, es decir, por haberse preparado mejor para la ofensiva el enemigo que nosotros para la nueva fase de la campaña.

Los insurrectos tenían cañones de nueve centímetros y nosotros fortines de ladrillo y palma ó de tablas podridas. Cuando iba sobre ellos, los tomaba, después de vigorosa resistencia, eso sí, y los seguiria tomando hasta que España se convenciera de que la guerra de Cuba no era drama á que asistíamos por afición ó por interés, ni menos aventura caballeresca, sino problema que se había de resolver en favor del que mejor lo estudiase y preparara; y que si la que sosteníamos tenía solución adversa la habíamos de pagar á escote entre todos, caro y muy pronto.

***

De otro lamentable suceso ocurrido en Caimanera de Guántanamo el día 2. túvose noticia el 9 en la Habana.

El hecho, afortunadamente, no tuvo los caracteres de gravedad que se le asignaron en los primeros momentos.

Redújose el suceso á que, en la madrugada de dicho día, treinta rebeldes, en combinación con los voluntarios que guarnecían uno de los fuertes, un oficial de voluntarios y dos empleados del ferrocarril, llegaron con cautela al muelle, y una vez en él se apoderaron de tres cajas de caudales, de las doce que había desembarcado el vapor *Mortera,* destinadas al habilitado de las escuadras y guerrillas de Guántanamo.

Junta autonomista
DON RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO

Los rebeldes que penetraron en la población, hostilizaron el cuartel de la guardia civil y saquearon una tienda.

Así que la guarnición se enteró de lo que ocurría y se apercibió á la defensa, desaparecieron los rebeldes, en cuya compañía se fueron el oficial y 16 voluntarios.

REPARTICIÓN DE SOCORROS A LOS RECONCENTRADOS EN EL PUEBLO DE ALQUIZAR (Habana)

Los rebeldes no pudieron llevarse las restantes nueve cajas de caudales, que dejaron en el muelle.

De la refriega resultaron muertos un celador de policía y dos guardias, y herido gravemente de cinco machetazos el teniente habilitado de las escuadras de Guantánamo, los cuales custodiaban las cajas de caudales y fueron sorprendidos por el enemigo.

Las columnas combinadas que operaban en la jurisdicción de Sancti Spiritus batieron y dispersaron en Las Delicias una partida rebelde.

Nuestras tropas ocuparon el campamento enemigo, el cual abandonó en el campo 25 muertos, armas, municiones y un botiquín de campaña.

La columna tuvo dos soldados muertos y un oficial y trece de tropa heridos.

El general González Parrado, operando con las fuerzas á sus órdenes sobre Caimán, en la costa Sur de la provincia de la Habana, realizó el día 10 una operación importante, en la que intervinieron cuatro columnas.

Una, al mando de los generales Parrado y Maroto, dió alcance á un grupo rebelde de 50 hombres, á los que dispersó, causándoles bajas y un muerto, cuyo cadáver quedó sobre el campo.

Noticiosa la columna de que cerca del lugar del combate tenían los rebeldes un campamento, se dirigió al sitio indicado, y el campamento enemigo fué tomado, sin resistencia, y destruído.

La columna del general Valderrama, en Perol, cerca de Caimán, tomó otro campamento rebelde llamado de *Bencito*, que estaba fuertemente atrincherado y defendido por más de doscientos insurgentes bien armados.

El batallón de Otumba, que formaba parte de esa columna, en una carga á la bayoneta brillantísima, se apoderó de tres órdenes de trincheras, acometiendo de frente al enemigo que las defendía. El enemigo fué dispersado.

***

La victoria costó á nuestros bravos muy sensibles bajas.

Resultaron muertos el teniente coronel del citado batallón de Otumba, don José Martínez de Morentín, y tres soldados, y heridos un oficial y 17 soldados de caballería.

Otra columna, mandada por el comandante militar de Batabanó, reconoció toda la costa Sur de la provincia de la Habana, apoyándole en la operación la cañonera *Guantánamo*, sin que tuviera novedad.

Los muertos de las columnas fueron conducidos á Batabanó y enterrados en aquel cementerio, con los honores de ordenanza. El desgraciado teniente coronel de Otumba, señor Morentín, muerto al frente de su batallón en el combate de Perol, dejó diez hijos, que vivían en Guanabacoa.

Distinguióse mucho en la pelea el asistente Apolo Sierra, que en lucha personal al tomar una de las trincheras mató á nn negro insurrecto.

Los rebeldes dejaron en el campo nueve muertos, y retiraron muchos heridos.

Una fuerte partida rebelde atacó nuevamente á Guamo, barrio rural perteneciente al término municipal de Bayamo, siendo rechazada con muchas bajas, por las fuerzas de la guarnición.

Durante los diez primeros días del mes de Diciembre los rebeldes tuvieron 113 muertos, 35 prisioneros y 348 presentados.

Las tropas tuvieron que lamentar la muerte de un jefe y dos oficiales y las heridas de once oficiales y 110 soldados.

Circularon rumores, el día 10, por los centros de la villa y corte, de carácter tan optimista, que nos inspiraron cierto recelo para no caer en nuevos desengaños.

Estaban fundados en impresiones comunicadas, según se dijo, por el general Pando desde Manzanillo, y eran tan satisfactorios que hacían creer en que la guerra en el Oriente de Cuba iba á cambiar en breve radicalmente y también en cuestión de días ofrecería un aspecto tan bonancible, que habríamos de saltar de alegría.

Deseando como el que más que se confirmasen tan halagueñas esperanzas, hubimos de ser muy discretos en la apreciación, porque ya eran muchos los chascos y desencantos experimentados.

Con felices augurios había venido entreteniéndose á la opinión pública, pero los hechos no llegaban, y éstos serían los únicos que podrían convencer á las gentes.

Por esto nos limitamos á consignar el rumor, sin hacer ninguna clase de apreciación, ni adelantar los acontecimientos.

* * *

Noticias de los insurrectos, de orígen autorizadísimo, trasmitidas por correo por uno de nuestros colaboradores y corresponsales en el teatro de la guerra, en operaciones en el departamento Oriental, nos permiten añadir algunos importantísimos é interesantes detalles al relato que dejamos hecho en precedentes páginas de la toma de Guisa. Estos detalles fueron suministrados verbamente á nuestro estimado amigo y colaborador por un titulado oficial insurrecto de los que tomaron parte en el ataque de aquel poblado.

Refirió este testigo de los tristes sucesos, que el día 27 de Noviembre numerosas fuerzas rebeldes, al mando de los cabecillas Calixto García, Rabí y Capote se aproximaron á Guisa.

Llevaban varias piezas de artillería y un cañón de dinamita.

Construyeron espaldones para las baterías y al amanecer del día 28 empezaron el ataque, destruyendo á cañonazos las fortificaciones.

La guarnición de Guisa se replegó á la factoría, á la iglesia y á una casa inmediata á ésta. Desde estos sitios las tropas españolas hicieron una tenaz y valerosa resistencia.

Cuando los rebeldes pudieron entrar en el poblado creyeron que todo había concluído, pero vieron con sorpresa que las tropas seguían defendiéndose en la torre heliográfica, en un fortín y en el cementerio tan tenazmente que los invasores tuvieron que suspender el fuego de cañón hasta el día siguiente.

Al amanecer del 29 un disparo del cañón de dinamita incendió la factoría, obligando á abandonarla á los que habíanse refugiado en ella.

Entonces pudo apoderarse el enemigo de la iglesia, del fortín inmediato al cementerio y de éste. Después intimaron la rendición á los bravos defensores de la torre heliográfica, ya medio destruída, terminando así la ocupación total del pueblo.

El oficial rebelde á que nos referimos, elogió la bravura inverosímil de nuestros soldados, añadiendo que las fuerzas insurrectas tuvieron 15 muertos y 37 heridos, y las tropas 50 muertos.

Al retirarse del pueblo, ante la proximidad de la columna de auxilio, se llevaron al capitán don Rafael Ceballos Gavira, á los tenientes don Antonio Vidal Fernández y don Manuel Castro Montes y 112 soldados, de los cuales 30 iban heridos. Tambien lo estaban el capitán Ceballos y el teniente Vidal. Este ostentaba en su pecho la cruz laureada de San Fernando, conquistada por su heróico comportamiento en la defensa del poblado de Altagracia, siendo sargento en 1895.

Calixto García dijo que retenía á los prisioneros en lugar seguro, porque habiendo puesto en libertad á los que cogió en Victoria de las Tunas, éstos habían vuelto á hacer armas contra ellos.

La artillería enemiga hizo setenta y dos disparos con bombas de dinamita, que destruyeron todas las casas del pueblo, haciéndolas saltar en fragmentos.

El jefe de las fuerzas sitiadoras *general* García anunció á los soldados españoles que respetaría sus vidas si se rendían, pero éstos contestaron con un ¡viva España!, y cincuenta murieron peleando heróicamente.

Dignos son de compasión y de gratitud imperecedera esos mártires de la patria, héroes anónimos y víctimas inocentes de la traición de unos y de los desaciertos y funestos errores de otros.

¡D. E. P.!

CAPITULO XX

Verdad amarga.—Argumento sin fuerza.—Pauta á la Marina.—Las Ordenanzas y la disciplina.—Las operaciones en Oriente.—Muerte del cabecilla Regino Alfonso.—Un bando de interés.—Encuentro en Río Seco y muerte del cabecilla Pitirrí.—El cabecilla Collazo, herido.—El general Pando reconquistando el Cauto.—Conferencias en favor de la asimilación de los partidos liberales de Cuba. La fusión de reformistas y autonomistas.—El partido liberal autonomista.—Los constitucionales respetan y aceptan la legalidad.

NDABA muy acreditado, en aquella fecha, entre no pocos españoles, el absurdo criterio de que lo patriótico en nuestra contienda con los Estados Unidos era decir blanco donde ellos dijeran negro y negro donde dijeran blanco. No es preciso esforzarse mucho para probar lo infantil y candoroso del procedimiento. Basta advertir que una vez conocido pudo, merced á él, el enemigo, obligarnos á pensar y á hacer lo que le convino.

Pero con esas artes infantiles y con echarnos unos á otros la culpa de lo que nos sucedía, como si no fuera la cosa más clara del mundo que la teníamos todos, pretendíamos curarnos los males que ya entonces padecíamos y los que más tarde se nos vinieron encima. ¡Grandes remedios, en verdad, para tan rigorosas calamidades!

Nosotros estamos á cien leguas de aquella desatinada conducta y tenemos la firme persuasión de que el concepto de nuestra conveniencia debiera haberse sacado del conocimiento de la situación en que nos hallábamos, en lo interior y en lo exterior, sin cuidarnos de la mayor

parte de las manifestaciones de nuestros enemigos, hechas muchas de ellas para abusar de la inocencia de la nación española, cada día más reconocida, porque apenas pasaba uno sin que la confirmasen, á los ojos de los extraños, las burdas habilidades de nuestros caciques de pueblo metidos á estadistas.

Es más. Creemos que hasta de esos mismos enemigos pudimos tomar lecciones y consejos que nos fueran de gran provecho para corregirnos y apercibirnos á la defensa. A veces nos decían amargas verdades que, declaradas mentira por decirlas ellos, según querían los patriótas con andaderas, solo sirvieron para nuestra verguenza, pero que aceptados como lo que eran, pudieran haber aprovechado en calidad de avisos utilísimos.

Junta autonomista
D. JOSÉ SILVERIO JORRIN

Así, por ejemplo, cuando Mac Kinley aseguró que los culpables de que en Cuba hubiesen desembarcado más de sesenta expediciones filibusteras éramos nosotros, que no habíamos cogido sino una, la más insignificante, hay que reconocer que estaba en lo cierto y dejarse de buscar pretextos que justificasen ó siquiera explicasen nuestra torpeza, mejor dicho, nuestra debilidad é impotencia.

***

El argumento de que el Protocolo del 97 ataba las manos á los marinos españoles, carece por completo de fuerza ante personas serias. Si ese Protocolo nos colocaba en condiciones de inferioridad respecto de los Estados Unidos, ¿por qué se firmó? Y si España le suscribió ¿de qué se quejaba? Nos dejamos engañar por otro más listo, el cual nos echaba en cara el engaño. No había más que dos remedios: ó valor para deshacer lo hecho, denunciando el Tratado, ó paciencia para soportarlo con resignación. Las quejas son puerilidades sin substancia y sin alcance y propias de mujeres ó de niños, nunca de hombres.

Junta autonomista
DON ELÍSEO FERRY

Atados estábamos al comenzar la guerra, y aunque la ligadura tenía cerca de veinte años, parece que nadie se acordaba de ella. Es más, había muchos que ni siquiera la conocían. A ciegas fuimos á dar, como siempre, por desgracia, en el incidente del *Alliance*, magnífico pretexto que nos deparó la Providencia para recobrar la libertad de acción ó para abandonar la loca empresa de sofocar una rebeldía en Cuba sin medios de bloquear las costas de la isla y contando los rebeldes con el amparo de la poderosa República norteamericana.

No hicimos lo uno ni lo otro: el señor Cánovas del Castillo, tan vigoroso en las minucias de la política casera, de que era acabado producto, como humilde y asustadizo, débil y medroso en las cuestiones

de fuera, á las que se sentía ageno, estrechó más el nudo que nos reducía á la impotencia dando explicaciones vergonzosas con las cuales quedaron completamente reconocidas las pretensiones de los *yankees*.

Y como las complacencias y adulaciones de los espíritus serviles que le rodeaban, (ó de que se rodeaba) le habían desarrollado extraordinariamente los impulsos avasalladores de la voluntad, quiso dar á la Marina de guerra la pauta á que ésta habia de ajustar sus actos y envió, en sustitución de ordenanzas, reglamentos y preceptos del derecho de gentes, un discurso suyo, en el Congreso pronunciado, derogando todo lo anterior.

***

La nueva ley bajada del Sinaí político fué acatada sin protesta conocida, y desde entónces, de la misma suerte que no pocos de los barquichuelos comprados por el general Beránger navegaban, á modo de cestas, entre dos aguas, quedó la marina pegada á las costas cubanas, ni acuática ni terrestre, y tanto de lo uno como de lo otro, es decir, anfibia.

Sufrido aquello, no hubo más remedio que sufrir lo que desde Washington nos dijeron. En nuestra mano estuvo evitarlo; pero aquí donde las causas pequeñas producen los mayores cataclismos, las grandes, las inspiradas por un interés nacional, no mueven á nadie, ó á lo sumo producen lamentaciones tardías que nada remedian.

No dudamos de la buena voluntad y del valor de nuestros marinos, pero pensamos que la virtud de la resignación suele ser pecado cuando es mal empleada, y que la disciplina, equivocadamente entendida, puede producir graves daños á una nación.

¿Hay Ordenanzas que obliguen á obedecer un discurso parlamen-

tario contra el servicio de la patria y del rey? ¿No las hay? Pues en vez de revolvernos contra Mac-Kinley y sus conciudadanos debiéramos haber procurado que no tuviera razón en adelante y debimos salir de la vergonzosa situación en que á la fecha nos hallábamos ya, recobrando el ejercicio de nuestra soberanía en las aguas de la gran Antilla.

***

Las noticias del departamento Oriental transmitidas por telégrafo del 11 al 12 de Diciembre probaron que los directores, á la sazón, de la campaña de Cuba se habían hecho cargo de la necesidad urgentísima de combatir con energía á los rebeldes, que en aquella parte de la isla dominaban en absoluto desde los comienzos de la insurrección.

Lo primero que allí había que hacer era lo que se estaba haciendo: desembarazar el Cauto, importante vía de comunicación en poder del enemigo hacía cerca de año y medio. El haberla dejado en sus manos nos había impedido racionar á Bayamo por otra vía que por la de tierra, es decir, por Veguitas, á costa de grandes sacrificios de hombres y no escasa pérdida de tiempo.

Los convoyes de Manzanillo á Bayamo habían enviado más gente al hospital que cuantas acciones de guerra había habido en Oriente, desde Febrero del 95 hasta la fecha, y había sido causa de sucesos tan desgraciados como el combate sostenido por el general Rey contra Calixto García y Rabí, en el paso del río Buey. La columna tuvo que refugiarse en Bueyecito y á socorrerla fué otra de 3.000 hombres salida de Manzanillo.

En custodiar convoyes habíamos gastado las escasas fuerzas que en aquella parte de la provincia de Santiago de Cuba teniamos, y por eso en dos años no se había perseguido poco ni mucho á las fuerzas insu-

rrectas que así habían podido organizarse á su antojo y engrosar con elementos cuya presencia en ella parecería siempre inverosimil.

Pero abierta la vía del Cauto, facilitado el racionamiento de Bayamo y llegadas ya numerosas fuerzas de refuerzos, cabía esperar que la insolencia de los cabecillas orientales recibiera pronto y ejemplar castigo, cesando al mismo tiempo el escándalo de la impunidad de que hasta la fecha habían gozado para organizar á su modo el territorio de su Cuba libre; escándalo que daba argumento á sus defensores en las Cámaras norteamericanas para declararles en condiciones de ser reconocidos como beligerantes.

***

Notorio era nuestro empeño en vencer la rebeldía por las armas. Ni una sola ocasión hemos perdido de expresar nuestro convencimiento de que estando éstas bien dirigidas venceríamos seguramente, y aunque hasta la fecha no habíamos hallado, con gran pena nuestra, el ejecutor de nuestro programa, y el tiempo y los esfuerzos perdidos colocaban á España en situación harto desventajosa, seguíamos teniendo fe en la acción militar, aunada con la política, si iban bien encaminadas y estaban bien dirigidas.

Y como creíamos que la clave del problema que la fuerza había de resolver estaba en Oriente, y dentro del departamento Oriental, en la zona comprendida entre el río Cauto, la sierra Maestra y el mar, consignamos nuestro aplauso por las operaciones emprendidas aquellos días: ¿Porqué hemos de callar viendo al fin realizado algo de lo que siempre habíamos pedido?

Nada más grato para nosotros que aprovechar esta ocasión de tributar alabanzas, después de haber pasado por la amargura de escribir tantas censuras, ni nada más conforme á nuestro deseo que llevar alguna consoladora esperanza al espíritu afligido por tantos desengaños.

¡Ojalá pudiéramos perseverar en esta agradable tarea! Entonces si que las reformas políticas hubieran dado fruto, porque nada fuera tan eficaz para mover á nuestros enemigos á pedir la paz y aceptar las concesiones hechas, que la persuasión de que por la guerra nada podrían conseguir.

***

Fuerzas de la columna volante que operaba en la provincia de Matanzas, á las órdenes del general Molina, batieron el día 11 en la loma del Pan, á un grupo de insurrectos, mandados por el cabecilla Regino Alfonso.

Después de una lucha encarnizada y sangrienta, el enemigo abandonó el campo con pérdidas importantes.

Entre los muertos recogidos figuraba el citado cabecilla Alfonso, que gozaba de gran prestigio entre los suyos.

Recogido el cadáver y llevado á Matanzas para su identificación, fué reconocido por gran número de personas.

El cabecilla Regino Alfonso fué en la provincia de Matanzas antes de la guerra, un bandido de la laja de Mirabal, de Puerto Príncipe; de Matagás, de la Ciénaga de Zapata; de Manuel García, de la Habana; y de Perico Delgado, de Pinar del Río.

Como éstos, estuvo encargado de mantener la perturbación robando y secuestrando de acuerdo con los comités filibusteros de Cayo Hueso.

Regino Alfonso estaba condenado en rebeldía á la última pena. La guerra le permitió morir en el campo de batalla como jefe de una fuerza del *ejército libertador*.

Con su muerte recobraría alguna tranquilidad la zona de Cárdenas, preferida por Regino Alfonso para sus fechorías.

En tal concepto tuvo doble importancia la desaparición de ese bandido, para quien no rezaba ni podía rezar la política de clemencia.

Muerto ese bandido, quedaba en la jurisdicción de Cárdenas como único cabecilla de algún prestigio N... Rojas, que en nada se parecía al anterior, y como éste era hijo del jefe autonomista de aquella región, era de creer que no se mantuviera en armas mucho tiempo.

El general Blanco dictó el día 12 un bando de gran interés, suspendiendo los procedimientos ejecutivos para el cobro de los impuestos municipales sobre las fincas rústicas y frutos y pertenencias de embargos de derivados anteriores.

En ese bando se dictababan reglas para levantar los embargos que pesaban sobre las fincas rústicas y su fruto, señalando un plazo de dos meses para concertar los deudores y municipios la forma de pago, dejando á los gobernadores civiles la facultad de resolver en definitiva los incidentes que por este concepto surgieran.

***

En Río Seco (Habana) fuerzas locales batieron á un grupo de insurrectos capitaneados por el cabecilla Pitirri, al cual dieron muerte, así que á un titulado teniente y dos rebeldes más, resultando heridos otros dos.

El cadáver del conocido cabecilla fué recogido y llevado á Güines, en cuyo cementerio fué expuesto el día 12 para su identificación.

Como Pitirri fué el que unos meses antes logró entrar en Güines, donde sus hordas saquearon tiendas y quemaron buen número de casas, era allí bastante conocido y fué fácil su identificación.

Es interesante el suceso que produjo la muerte de ese cabecilla separatista.

El teniente don Francisco Sánchez, con diez voluntarios, tuvo con-

fidencias de que Pitirri había establecido su campamento con un grupo de los suyos en la finca denominada «Río seco» y se dispuso á batirle, saliendo con aquel puñado de valientes en busca del enemigo.

Llegó al campamento enemigo burlando toda vigilancia de los rebeldes, y tomó las precauciones necesarias para hacer difícil la huída.

Adoptadas estas precauciones y medidas, penetró solo en el campamento el bravo teniente Sánchez, sorprendiendo á Pitirri y los suyos, quienes se aprestaron á la defensa en malas condiciones, porque de los primeros mandobles cayeron muertos el citado cabecilla, un teniente ayudante y dos insurrectos más, y herido el hermano de Pitirri, el cual pudo huir en medio de la confusión general que se produjo.

Terminada la corta refriega, cargaron los bravos voluntarios con el cadáver del autor de los saqueos é incendios de Güines y lo trasladaron á esta población para que no pudiera dudarse de su muerte.

Un insurrecto presentado dijo que en el encuentro ocurrido recientemente junto á la laguna de Caimán, fué herido el cabecilla Collazo, y ampliando más tarde sus referencias añadió que las heridas eran graves y las tenía en el cuello y una pierna, habiéndoselas producido en el combate de Bencito.

***

Continuaba el general Pando las operaciones emprendidas para abrir la comunicación del río Cauto hasta el poblado de Cauto Embarcadero.

Los coroneles Bruna y Tejeda activaban los trabajos conducentes á lograr ese resultado, esperándose que en breve habríamos recobrado dicha importante vía fluvial, que estaba abandonada por completo á la insurrección.

Seguían llegando fuerzas á Oriente para acometer una enérgica campaña en aquella región y acopiábanse municiones y aprovisionamientos para subvenir á las necesidades de aquéllas.

A la sazón se vió patente y se reconoció la inconveniencia de haber destruído los poblados de Yara, Zarzal, Cuevitas, Claras y otros que eran puntos estratégicos.

En consonancia con este criterio no sería abandonado Bayamo.

Continuaba inspirando en la Habana gran interés la política local.

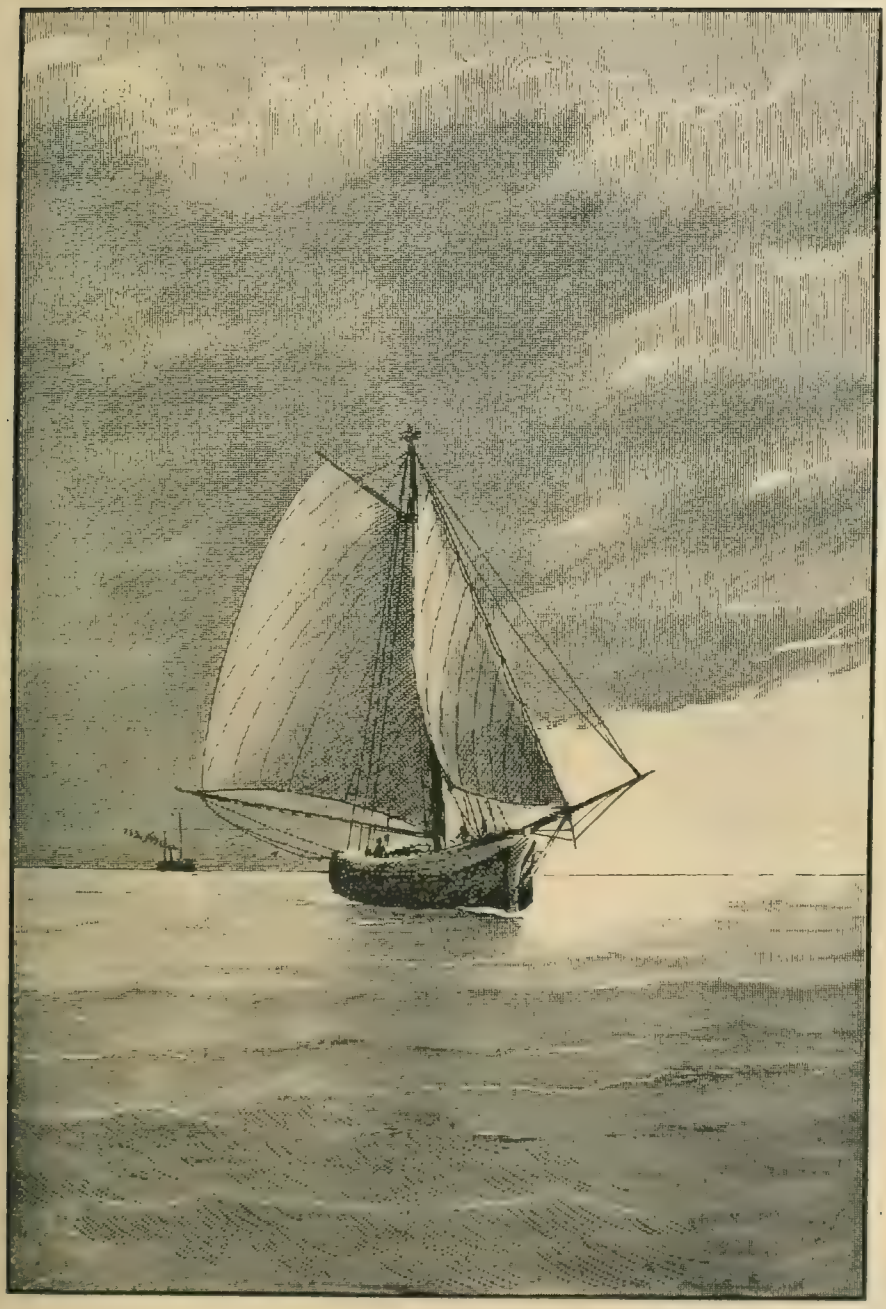
Ante la necesidad de aplicar el nuevo régimen se activaban los trabajos para llegar á soluciones que permitieran constituir los organismos que habían de servir de base á la política autonomista.

A este efecto, conferenciaron separadamente el día 12 con el gobernador general, los jefes de esos partidos.

Junta autonomista
D. RICARDO BELMONTE

Como se mantuvieran todavía las resistencias de los reformistas para aceptar las proposiciones que los autonomistas les habían hecho, el general Blanco excitó al señor Rabell para que cesara la intransigencia, pues en el caso de que se trataba ni debían ni podían los reformistas oponer obstáculos á la obra necesaria de simplificar organismos locales.

El señor Rabell aceptó las indicaciones hechas por el gobernador general y ofreció el concurso de sus amigos con el carácter de incondi-



GOLETA INSURRECTA HUYENDO DE LA PERSECUCION DE UN CAÑONERO

BLANCO 33

cional apoyo á la primera autoridad de la isla, quedando en tal concepto hecha la fusión y denominándose en lo sucesivo el nuevo partido liberal-autonomista.

La conferencia del marqués de Apezteguía, jefe del partido de Unión constitucional de Cuba, con el gobernador general tuvo también importancia é interés.

Alejado del Gobierno el partido constitucional, importaba al general Blanco, como importaba á los autonomistas, conocer su actitud, dada la valiosa representación que tenían en la política del país.

El marqués de Apezteguía, una vez establecida la legalidad, manifestó que no constituiría dificultad para el desarrollo de la nueva política, pues españoles y patriotas sus correligionarios frente á un enemigo común, estarían al lado siempre del que representara á España.

CAPITULO XXI

Patriotismo tardío.—Estado y aspecto deplorable de la provincia de la Habana.—Las fuerzas insurrectas y las del ejército.—Actividad en las operaciones.—Encuentro en Manacas.—Batida y dispersión de las partidas de Collazo y Acea.—Noticia alarmante.—Rumores inquietantes.—Confirmando la noticia.—Zozobra é impaciencias de la opinión.—La gestión Ruíz.—Fenómenos de identidad.—Nuestros votos.

La campaña de los *guerristas* contra los Estados Unidos porque intervenían en los asuntos de Cuba y porque Mac Kinley había dicho en el Mensaje que habíamos cometido brutalidades en la guerra arreció un tanto aquellos días. El orfeón político que entonaba el canto bélico, compuesto de profesores procedentes de las más desacreditadas murgas de nuestra desacreditadísima polític , esforzó aquellos días sus desentonadas voces pidiendo sangre y exterminio en Cuba, en los Estados Unidos y donde quiera que hubiese un enemigo de España.

Los manes de Fernando *el Católico*, Carlos V y Felipe II se extremecieron de gozo pensando que la nación que rigieron estaba tan poderosa como ellos la dejaron y que seguíamos siendo conquistadores de dos mundos, terror del turco y admiración de Europa.

Grande fuera el asombro si, resucitando, hubieran visto á lo que estábamos reducidos, pero mayor aún su dolor ó su cólera é indignación

contemplando la inmensa desproporción que había entre esas fieras arrogancias y los medios de realizarlas; y cuando advirtiesen que los que tan altaneros y belicosos se mostraban nunca trabajaron, ni pensaron siquiera en trabajar por hacer de la enflaquecida patria una nación fuerte, y que la empujaban á la guerra sólo porque vislumbraban en ello un negocio político, es seguro que de pura verguenza se hubieran vuelto á morir.

Años habían tenido por delante y materiales y poder sobrados para organizar ejército colonial que excusase el envío de cientos de miles soldados peninsulares á Ultramar y el gasto consiguiente; para construir en la gran Antilla ferrocarriles y caminos estratégicos y fundar colonias militares en puntos convenientes; para organizar el ejército de la Metrópoli y prepararlo á los posibles conflictos; para hacer una Armada en proporción con los intereses que teníamos que defender y con los peligros que debíamos arrostrar; y para concebir y plantear un sistema de política exterior faltos del cual no podíamos vivir sino como hemos vivido, agonizando sin merecer siquiera de las demás naciones un poco de compasión.

No hicieron nada de esto. No mostraron siquiera el deseo de hacerlo, y, cuando la catástrofe se avecinaba, esos que tanta parte habían tenido en ella vociferaban furiosamente, indignados como víctimas, en vez de esconderse avergonzados como autores de tantas desventuras.

***

Profunda huella de tristeza dejó en nuestro ánimo el informe que el día 15 de Diciembre nos remitió nuestro corresponsal en la Habana sobre el estado y aspecto deplorable de aquella provincia.

Gran número de ingenios estaban parados, extensos cañaverales

destruídos y muchos potreros sin que se viera en ellos una sola cabeza de ganado. De los primeros solo molían los llamados *Josefita*, *Jobo y Merceditas*, *Becerra*, *Torres*, *Flora*, *Providencia*, *Portugalete*, *Toledo y Rosario*, y en todos ellos la zafra era exigua por no haber podido cultivar á tiempo los campos.

Las operaciones de la recolección se habían hecho en condiciones pésimas, no sólo porque escaseaban los braceros y tenían que tomarse precauciones para ir á los cortes, sino por la carencia de ganados para los arrastres de la caña.

Junta autonomista
DON ANTONIO GOVÍN Y TORRES

La población reconcentrada era muy numerosa en la provincia. Pasaban de *setenta mil* las personas que se hallaban en esa situación, siendo mujeres y niños en su mayoría, y todos presentaban aspecto análogo al que ofrecían los de Vuelta Abajo.

En su beneficio hacía plausibles esfuerzos la caridad pública y privada, y merced á esto se facilitaban ranchos nutritivos y se fundaban asilos para los huérfanos.

La despoblación producida por la guerra y las enfermedades guardaban en aquella provincia proporción análoga á la observada en la de Pinar del Río.

El estado de la insurrección era en ella de gran quebranto.

Los rebeldes se encontraban sin caballos, fraccionados en pequeños

grupos, amparados en las lomas y ciénagas de la provincia, huyendo de la persecución activísima de las columnas dirigidas por el bizarro é infatigable general González Parrado.

El número de insurrectos armados se calculaba en 1 500 y estaban mandados por los cabecillas Juan Delgado, Jacinto Hernández, Nodarse, Alejandro Rodríguez, Arango, Aranguren, Cárdenas y Collazo.

Temerosos de que se realizasen las presentaciones anunciadas, eran inspeccionados activamente por Mayía Rodríguez, á cuyas órdenes estaban todos.

Las fuerzas del ejército que allí operaban ascendían á 6.000 soldados y guerrilleros, deducidos los enfermos y los que prestaban servicio de guarnición.

Habiendo mejorado la alimentación del soldado, era más satisfactoria también la salud de las tropas.

También resultaba en las operaciones una plausible actividad, que había de producir resultados beneficiosos para incapacitar por completo al enemigo decaído y desmoralizado.

***

El coronel Delgado, con el batallón de Burgos, batió el día 12 en Manacas á una partida rebelde fuertemente posicionada, á la que desalojó de sus trincheras, persiguiéndola y dispersándola más tarde en Mamoncillo, donde volvió á hacer resistencia, recogiendo en el campo once muertos del enemigo.

La columna tuvo un muerto y tres heridos de tropa.

En la mañana del 14 el general Maroto, al frente de los escuadrones de Borbón, encontró reunidas cerca de Alquizar, en la finca llamada *Paz*, á las partidas que mandaban los cabecillas Collazo y Acea.

El enemigo tenía tomadas posiciones, de las que se le desalojó, y cuando se le hubo sacado al llano, cargó sobre él bizarramente uno de los escuadrones de Borbón, mientras la guerrilla Peral le cortaba la retirada.

Este movimiento envolvente ejecutado con una precisión admirable, desconcertó á los rebeldes que, en su huída á la desbandada, fueron acuchillados por los jinetes de Borbón, dejando en el campo 43 cadáveres, 34 armas de fuego, 15 machetes y varias cajas de cartuchería.

Recogidos los muertos fueron trasladados al inmediato pueblo de Alquizar para su identificación y enterramiento.

Resultó gravemente herido el capitán don José Nogueras y murió un soldado.

Con carácter *reservado* nos comunicaron el día 16 desde la Habana una alarmante y delicada noticia que por discreción retrasó trasmitirla nuestro corresponsal hasta saber que se había remitido ya por vía de Cayo Hueso.

Circulaba por la capital el rumor de que el día 14 había salido para un punto cercano, del que se hallaban posesionados los insurrectos, el teniente coronel de ingenieros don Joaquín Ruíz.

El rumor público atribuía al viaje del señor Ruíz cierta importancia, por suponerle relacionado con las gestiones que se venían realizando para la presentación de algunos cabecillas.

Habíase dicho que Aranguren, aquel que detuvo el tren de Guanabacoa y llevó presos á varios oficiales, estaba dispuesto á aceptar la autonomía, y añadíase que el señor Ruíz fué al campo rebelde para avistarse con dicho cabecilla.

Como había transcurrido tiempo bastante para que regresara de su viaje aquel distinguido jefe de nuestro ejército y aun no había vuelto ni se tenía noticia alguna de su paradero, habían comenzado á circular rumores pesimistas, diciendo que el cabecilla Aranguren había rehusa-

do las proposiciones que el señor Ruíz le hiciera y detenido á éste, impidiéndole regresar á la Habana.

Otros más alarmistas llegaron á anunciar que Aranguren había hecho prisionero al señor Ruíz y enviádole en calidad de tal á su jefe Moyía Rodríguez para que le aplicara el bando de Spotorno; «pero, á decir verdad—advertía nuestro comunicante—todos estos rumores carecen de verdadero fundamento, pues ni el tiempo transcurrido autoriza versiones tan alarmantes ni es de creer que el señor Ruíz, conocedor como pocos del país, por el mucho tiempo que lleva en la Habana y la íntima relación en que vive con todas las clases sociales, fuera al campamento de Aranguren sin saber de antemano á qué atenerse».

***

Al siguiente día recibimos de nuestro corresponsal en la Habana un despacho confirmando los rumores alarmistas relacionados con el viaje al campo rebelde del teniente coronel señor Ruiz, ayudante del general Blanco y director del acueducto de la Habana.

«Salió el lunes último (día 13)—decía el despacho—acompañado de un práctico á conferenciar con el cabecilla Aranguren, quien se dice se hallaba dispuesto á aceptar la autonomía y á realizar un acto de sumisión al Gobierno de la metrópoli.»

Y añadía:

«A pesar de los días que han transcurrido nada se ha vuelto á saber del señor Ruíz ni del práctico, y comienza á temerse que les haya ocurrido una desgracia, toda vez que el lugar señalado para la entrevista está muy cerca de la Habana...—*X*...**»

Por la noche algunos periódicos de Madrid hicieron pública la noticia, que trasmitida por los corresponsales de provincias á sus respec-

tivos diarios llevó á todos los ánimos la inquietud y la zozobra y dió lugar á muchos comentarios la misión del ilustrado jefe de nuestro ejército y el riesgo á que se le había expuesto, teniendo en cuenta la actitud intransigente del *generalísimo* y de algunos de sus partidarios y secuaces.

No es para pasado en silencio el viaje de un jefe del ejército español al campo de la rebeldía separatista.

Los telegramas particulares del día 17 acusaron completa tranquilidad sobre particular tan interesante, desmintiendo los rumores alarmistas y anunciando que se esperaba que por la tarde llegase el señor Ruíz de Campo Florido en el tren de Matanzas, asegurándose á la vez que estaba salvo y en libertad y regresaría á la Habana de un momento á otro. Podemos, por tanto, adelantar aquí nuestro prejuicio, aún antes de conocer el resultado de la gestión Ruíz, sobre el alcance del acto realizado por el arriesgado jefe de ingenieros, que mandaba también uno de los batallones de bomberos y dirigía las obras de Vento.

Junta autonomista
DON MIGUEL MOYA

Por seguro tuvimos, desde luego, que no se trataba de una aventura realizada por el deseo de notoriedad, sino de una gestión seria, bien meditada, no sólo por los momentos en que se realizaba, sino por la calidad de la persona encargada de llevarla á cabo.

Aunque ninguna utilidad práctica reporte ya, al juzgar este hecho, recordar el carácter de la nueva política inaugurada aquellos días en la gran Antilla, ni hacer comparaciones con la que imperaba pocos meses antes, sí nos parece de interés señalar algunas coincidencias entre lo que á la fecha acontecía y lo que ocurrió en aquel período en que se inició el desmoronamiento del edificio que pretendiera levantar Carlos Manuel Céspedes con su grito en Jara.

***

Hallábase á la sazón quebrantada la insurrección en las provincias occidentales, no sólo por el contínuo pelear, sino porque la miseria y las enfermedades se cebaban aún más en nuestros enemigos que en el ejército leal, pues averiguado está que los que servían en el *ejército libertador* no eran gentes consagradas por la absoluta inmunidad.

En tales condiciones la rebeldía, se inició una política que concedía á Cuba la personalidad en términos que no concibieron los más ilusos y parecía existir afán entre todos aquellos que contaban á la fecha con los resortes del poder para atraer á la legalidad á las gentes que, más por la ilusión de un triunfo inmediato que por la fé en las ideas, fueron á pelear en la manigua por la independencia de la isla.

Circunstancias tan especiales obligaron á Máximo Gómez á ratificar como dictador sus bandos rigorosos.

Temía sin duda el *generalísimo*: quizá sintiera cerca de su campamento los latidos del descontento, los síntomas del cansancio, la iniciación de un estado parecido á aquel otro que le obligara en 1876 á abandonar Las Villas, donde fué víctima con Sanguily de las conspiraciones y asechanzas de Mayo, jefe de los revoltosos, cabeza de los motines que

iniciaron la desmoralización de la rebeldía ya convertida en verdadera anarquía revolucionaria.

Gómez á la sazón, como Spotorno entonces, se previno contra la vacilación, y reprodujo el bando que aquel firmara en 30 de Junio de 1875 en San José de Guaycamanar, y cuya parte dispositiva era la siguiente:—*«que sean tenidos y juzgados como espías los individuos procedentes del campo enèmigo que presenten de palabra ó por escrito proposiciones de paz fundadas en base que no sea la independencia de Cuba».*

De esta suerte logró imponerse Spotorno á la masa, pero no logró someter á los jefes á la disciplina, aunque Estrada Palma, en cumplimiento del bando, fusiló á Esteban de Varona y al práctico Castellanos.

La revolución ya desnaturalizada, fué rápidamente hacia la disolución, y ni los prestigios de Vicente García ni la tenacidad de Maceo lograron contener la desbandada.

***

Con esos antecedentes; tratándose de la misma gente; habiendo amenazado Gómez con el fusilamiento «á los que hicieran verbalmente ó por escrito proposiciones que no estuvieran basadas en la independencia» hubimos de ver en el viaje del teniente coronel don Joaquín Ruíz un riesgo y una temeraria imprudencia.

Otros, más confiados ó menos conocedores de la deslealtad *mambí*, vieron en aquel viaje un hecho importantísimo: el incumplimiento por parte de Aranguren de las órdenes y bandos publicados por el jefe de la revolución, ya que no era de creer que el señor Ruíz le hubiese visitado por el gusto de pasar un par de días con el cabecilla que tenía en constante amenaza á Guanabacoa y Campo Florido.

Como en la Habana, sentimos todos aquí zozobras por la suerte del

señor Ruíz: pero en reposo nuestro espíritu, en vista de los tranquilizadores telegramas del día 17, seguros del regreso feliz del digno jefe de ingenieros á la capital de la Antilla, gozamos natural satisfacción y desechamos nuestros temores, esperando mejor impresionados el resultado de la misión que se le confió, y haciendo votos por que esos fenómenos de identidad entre la rebeldía al final de 1897 y la rebelión al terminar el año 1877 se acentuasen en forma tal que permitieran al Gobierno acariciar los optimismos que revelaba á toda hora y al país pensar en la reconstitución de sus fuerzas morales y materiales.

CAPITULO XXII

Indicios favorables.—Optimismos.—Rumor satisfactorio.—Episodio dramático.—El corazón de nuestros soldados.—Dos niños extraídos de una sima.—La Hija del batallón de las Navas.—Derrota de la partida del cabecilla Nápoles.—Operaciones en Oriente.—Captura del cabecilla Villanueva.—Rudo combate en los Altos de San Francisco.—Ataque á un convoy.—La columna del general Segura.—El enemigo batido y disperso.—Nuestras bajas.—Llegada del convoy á su destino.—Buenas impresiones.—La zafra en la provincia de Matanzas.—Noticias é impresiones.—Rumores y esperanzas.—Agitación en el campo rebelde.—El cabecilla Villanueva.—Mejora el aspecto de la guerra y los valores públicos.

POR multitud de datos é informes que aunque parecían aislados guardaban entre sí una perfecta relación de conjunto, echábase de ver que en aquellos días había mejorado considerablemente el aspecto militar y político de la cuestión cubana.

No solían antes durar más de veinticuatro horas las impresiones favorables y era cosa de rúbrica el que una mala noticia se sucediese sin falta á una noticia satisfactoria.

Advertíase á la sazón una progresión constante en la série de los buenos efectos que augurado habían, y deseáramos todos, los que siempre tuvieron fe ciega en las soluciones de libertad y de justicia.

Lo que no habían hecho ni podían hacer los extractos remitidos por telégrafo, principiaba á hacerlo el texto íntegro de los Estatutos coloniales.

La prensa de la Habana publicó el día 16 la Constitución autonómica de la isla, acogiendo con gran entusiasmo los decretos que fueron aplaudidos por los liberales y recibidos con grandísimo júbilo por la población cubana.

Su conocimiento suscitó en la grande Antilla algo mejor y más útil que el legítimo entusiasmo de los partidarios del régimen liberal autonómico. Produjo un rigoroso renacimiento de la confianza pública, y devolvió la noción de la propia capacidad á muchos que casi por entero la habían perdido.

Eran allá muy numerosos los elementos que dudaban de la sinceridad de España, y esa duda estaba fomentada y mantenida, no tanto por los amigos exaltados, cuanto por los enemigos acérrimos de las reformas.

Al patentizarse á los ojos de todos la verdad, ya no cabían ni pérfidas sugestiones ni malas inteligencias.

El país cubano pudo apreciar por sí mismo el alcance de la Constitución que le había otorgado la Metrópoli, y tenía en el representante de ésta el más digno y seguro fiador de que aquélla sería fiel y lealmente cumplida.

Testimonio de su gratitud y del buen ánimo con que se aprestaba á entrar en la vida nueva, fué la fusión de las agrupaciones liberales y la aceptación de la legalidad común por la parte más desinteresada é inteligente de las fuerzas conservadoras.

La feliz reacción operada en la política comenzaba á reflejarse en el curso, ó, mejor todavía, en el estado de la guerra.

De las indicaciones contenidas en los telegramas del día 17—«Se comenta el movimiento de las partidas rebeldes alrededor de la Habana. Los comentarios que se hacen son muy favorables á la causa de la autonomía y de España. Se guarda mucha reserva, pero esperando importantes y satisfactorios sucesos»—resulta que cierta versión propalada

aquellos días, y en la cual se entreveía un doloroso fracaso, podía, muy al contrario, referirse á un buen suceso próximo.

***

Simultáneamente con los horizontes de Filipinas, se aclaraban por momentos los horizontes de Cuba.

Al ser conocida el día 16 de Diciembre la consoladora noticia de la paz y de la sumisión de los rebeldes tagalos en el Archipiélago de Legazpi, se produjo en los espíritus una gran reacción, tan optimista, que la gente se mostraba dispuesta á aceptar todo lo que fuera agradable.

Por esto se abrió camino un rumor muy satisfactorio relacionado con la guerra de Cuba.

Díjose que el Gobierno había recibido algún despacho de la primera autoridad de la isla, en el que se anunciaba que en plazo breve se verificarían algunas presentaciones de importancia y hasta se añadió que eran cuatro los cabecillas de significación que abandonarían la lucha, reconociendo la legalidad.

Ya venía diciéndose, desde hacía unos días, por gente de ordinario bien informada, que personas de influencia entre ciertos elementos de Cuba estaban realizando trabajos á fin de conseguir que varios cabecillas de prestigio y que mandaban núcleos importantes depusieran las armas y acataran la legalidad. Y estos rumores se acentuaron dicho día, con motivo de las noticias sobre la pacificación de Filipinas.

A nosotros se nos informó desde el teatro de la guerra que, efectivamente, se estaban haciendo trabajos en tal sentido y que uno de los que ponían mayor empeño en ello era don Marcos García.

También se nos comunicó que se confiaba en un buen éxito, pero que este no se realizaría hasta después de implantarse la autonomía, cuando funcionase el gobierno insular.

Junta autonomista
DON JOSÉ DEL PEROJO

Fundados ó infundados, esos rumores y presentimientos se generalizaron y tomaron cada día más cuerpo.

Cierto es, y con profundo dolor lo reconocemos, que nos engañó y engañó á cuantos opinaron como nosotros, la intensidad del deseo: pero fué por que consideramos que es siempre ley que la buena semilla dé buen fruto y que la generosidad fecundice las tierras y las almas esterilizadas por el odio.

España había hecho cuanto podía hacer por su colonia; justo y de esperar era que la colonia hiciera el resto, por si misma y por lamagnánima madre patria.

***

La llegada al poblado de Los Palos, á raíz de la presentación de los hermanos Cuervo y su partida, después de tres ó cuatro días de operaciones, del batallón de las Navas, proporcionó á uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, que fué allí á presenciar el primer suceso de importancia acaecido en la presente campaña, que había de

INCENDIO DE UN INGENIO EN LA PROVINCIA DE LA HABANA.

servir como de prólogo á la nueva obra iniciada con el cambio de política y de procedimientos en Cuba, ocasión de conocer uno de los episodios más dramáticos de la última insurrección separatista, referido por los jefes de dicho batallón, el teniente coronel señor Iloate y el comandante señor Ruíz.

A mediados del mes de Octubre anterior se encontraba la cuarta compañía de Las Navas en un sitio llamado el Salto del Chivo, junto á las lomas de Zapata, no muy lejos de Jaruco. Los soldados, que en el campo no dejaban sitio por reconocer, advirtieron que había allí en medio del campamento una sima muy profunda; miraron, curiosearon, quisieron ver lo que allí había, y en esta inquisición les sorprendió el llanto de un niño.

No fué necesario más; inmediatamente se buscó una cuerda, y con ella atado, bajó al fondo del pozo un soldado, encontrándose un niño de pocos años encima de cinco cadáveres de adultos. Horrorizado y con el niño en brazos salió el valeroso soldado de aquel pozo; el capitán de la compañía recogió y se hizo cargo del niño, al que todos los soldados se desvivían por acariciar.

Alguien tuvo la feliz idea de que se practicara un nuevo reconocimiento en aquella sima, por si quedaba algún otro sér viviente; bajó de nuevo al fondo del pozo el mismo soldado y mirando más detenidamente vió que poco más allá de los cinco cadáveres había una niña con vida, la cual al verle le habló, aunque con mucha dificultad.

—¿Me traes de comer?—le dijo.

Y el soldado, cogiéndola cariñosamente, se apresuró á salir de nuevo de allí, con la impaciencia de completar su obra humanitaria.

La niña representaba tener como unos cinco años de edad; la anemia y los días ¡sabe Dios cuántos! que llevaba en tan horrible situación, apenas le permitían hablar y parecía idiotizada.

No pudo saberse quiénes fueran sus padres, ni de dónde procedían

aquellos inocentes séres, ni cómo habían caído en aquel abismo. Se supuso que caminando por allí, sin conocer el camino, cayeron en la sima: irían todos, como iban los campesinos, errantes, sin hogar, sin recursos, sin fuerzas ni para pedir limosna, huyendo de las tropas y de los *mambises*, dejándose morir. Ellos, los adultos, no pudieron sobrevivir al golpe de la caída y á su estado de agotamiento de fuerzas; á los niños los conservó Dios para que pudiera recogerlos la mano cariñosa de nuestros bondadosos y caritativos soldados.

Cuando al día siguiente fué conocido de todos el suceso, el niño había muerto, y la niña, que á fuerza de cuidados vivia, fué prohijada por el batallón de Las Navas.

El capitán de aquella compañía, don José Nestares, al marchar al poco tiempo del suceso á la Península, quiso llevarse la niña, pero el estado delicado de salud no lo permitió, y fué confiada al cuidado del obispo de la Habana, hasta que se repusiera y pudiera entrar en un colegio por cuenta del batallón que le salvó la vida y la adoptó.

***

Sabedor el general Salcedo, que con la división de su mando operaba en jurisdicción de Sancti Spíritus, de que el cabecilla Nápoles con su partida estaba en el Zaza, mandó á su encuentro al batallón de Arapiles.

El día 16, la pequeña columna de Arapiles encontró, en efecto, en el potrero «Manguito» á la partida de Nápoles, con la que empeñó rudo combate, á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas.

Los soldados de Arapiles envolvieron y rodearon á los rebeldes batiéndolos y causándoles 25 muertos en un brillante ataque á la bayoneta, haciéndoles tres prisioneros y recogiendo 30 caballos, tres mulos, 15

monturas, 26 armas de fuego, cartuchos, un botiquín y documentos importantes.

El enemigo huyó á la desbandada, abandonando en el campo de la acción 24 cadáveres, 18 de los cuales tenían heridas de arma blanca.

La columna no tuvo más bajas que dos heridos leves y cuatro caballos muertos.

El general Pando, con la división de su mando, había remontado el río Cauto, creyéndose que había pasado ya de Guamo.

Continuaba la combinación para dejar libre aquella importante vía fluvial.

Conforme remontaban el Cauto los barcos de guerra, avanzaban las columnas que iban por ambas orillas del río.

El día 13 salió de Manzanillo el general Segura para realizar una importante operación, en la que tomaron parte 4.000 hombres, formados por los batallones de Zamora, Colón, Alcántara y Vizcaya, y cuatro piezas de artillería.

Un escuadrón de Villaviciosa batió cerca de Manguito, en la provincia de la Habana, á la partida de Juan Delgado, que al huir dejó en poder de nuestros soldados cinco muertos con armas, cuatro caballos, un botiquín y tres prisioneros, uno de ellos el cabecilla de aquella zona titulado teniente coronel Cándido Villanueva, importante en la comarca.

Las tropas tuvieron un oficial contuso y dos soldados heridos.

***

Al realizar el general Segura, con las fuerzas á sus órdenes, la operación anunciada, que consistió en la conducción y custodia de un importante convoy de víveres y municiones de Veguitas á Bayamo, encontró en los Altos de San Francisco (Manzanillo) á una numerosa par-

tida rebelde que le esperaba fuerte y ventajosamente posicionada, y que hostilizó al convoy, pretendiendo cortarle el paso.

El batallón de Alcántara sostuvo el fuego y atacó de frente, mientras el resto de la columna, flanqueando la derecha del enemigo, trabó un sangriento combate y arrolló á las fuerzas enemigas, desalojándolas de sus posiciones y obligándolas á retirarse en dispersión.

La lucha fué muy empeñada y tenacísima la resistencia que opusieron los rebeldes, los cuales abandonaron en el campo siete muertos, armas y municiones, logrando retirar durante la acción otras muchas bajas, cuyo número exacto no pudo averiguarse.

Mandaba las partidas el cabecilla Liens.

La columna tuvo siete muertos de tropa; heridos graves el médico don Enrique Gavaldá, segundo teniente del batallón de Colón don José Alicart y 22 soldados, y leves el capitán de Colón don Felipe García, segundo teniente de Alcántara don Ildefonso Puigdengola y seis de tropa, tres caballos muertos y cinco heridos.

Se distinguieron en el combate el comandante del batallón de Colón, don Federico Páez, y los tenientes don Celestino García, don José Alicart y don Francisco Cuevas.

El general Segura recomendó en el parte oficial de la acción al coronel señor Tovar, que mandaba la vanguardia.

Dispersado el enemigo, continuó avanzando la columna hacia Bayamo, á donde llegó sin encontrar nueva resistencia.

***

Mejoraban de día en día las impresiones de la guerra.

En muchos ingenios se trabajaba con actividad y se esperaba que pudiera realizarse una buena zafra.

Siendo, como era, la zafra la base de la vida económica de Cuba,

importaba mucho á la sazón cuanto á este asunto se refería, y por ello nos complace poder agregar á los datos que sobre la provincia de la Habana dejamos consignados los que posteriormente nos comunicaron respecto de la de Matanzas.

Molían al comenzar la última decena del mes de Diciembre en dicha provincia los ingenios siguientes.

Santa Filomena, de Soler; *Socorro*, de Arenal; *La Catalina*, de Hidegger; *Dolores*, de Rosell; *Elizalde*, de Broch; *Arrutia* y *Cármen*, de Alexander; *Intrépido*, de Leandro Soler; *Concepción*, de Díaz y Joyo; *Atrevido*, de Peralta y Melgares; y *Diana*, de Baró.

Junta autonomista
D. ELÍSEO GIBERGA

Estaban preparados para romper molienda *Alava*, de Zulueta; *España*, de Romero Robledo; *Coliseo*, de Amblard, *Las Antillas* y otros.

En el término de Navajas había varias fincas donde habían empezado los cortes de caña, en cuya faena se empleaba gran número de los que estaban reconcentrados en los pueblos, con cuyo solo hecho había mejorado mucho la situación de los guajiros que se veían en la imposibilidad de trabajar.

Otro tanto acontecía en la jurisdicción de Cárdenas.

La provincia de Matanzas recobraba de esta suerte gran parte de las fuerzas materiales y morales que había perdido en los dos últimos

años de guerra, influyendo poderosamente también en el mejoramiento de la salud pública.

En efecto, las noticias de Cuba y las impresiones que unos á otros se comunicaban en aquellos días, eran mejores que las trasmitidas en los anteriores.

Leyendo los militares conocedores de la gran Antilla el despacho oficial que en la mañana del día 18 recibió el ministro de la Guerra, referente á la sorpresa de la partida de Nápoles y dando cuenta de las operaciones de la semana, dedujeron que nuestras tropas habían hecho una hábil sorpresa al enemigo, lo cual suponía que contábamos con espías del país y que esto podía favorecer bastante la acción militar.

Por otra parte, súpose que el Gobierno había tenido confirmación del despacho publicado por un diario de Madrid, sobre el regreso á la Habana del teniente coronel de ingenieros don Joaquín Ruíz, que había estado, en efecto, en el campo enemigo.

En la Bolsa circuló también esta noticia, relacionada con otros sucesos, que hicieron subir los valores.

***

Según las noticias de personas que podian estar bien informadas, después de la excursión realizada por el señor Ruíz, el cabecilla Aranguren había mandado reconcentrar las fuerzas enemigas que estaban en la provincia de la Habana, y se suponía que tenía el propósito de presentarse á indulto con los parciales que tenía bajo su mando.

Otro rumor circuló el propio día 18: el de encontrarse enfermos Máximo Gómez y Calixto García; pero sin conocerse el origen de esta versión.

Los ministeriales dijeron que el general Blanco había dado cuenta al Gobierno de las gestiones que se realizaban en diversos puntos de

la isla para obtener la sumisión de varios cabecillas que se mostraban dispuestos á acatar la legalidad, en vista de las reformas publicadas y cuyo texto íntegro conocían ya.

Esto, unido á la mayor actividad que se había dado á las operaciones de guerra desde hacía poco tiempo, era causa de que muchos rebeldes mostrasen deseos de cesar en una lucha estéril que no les reportaba más que sinsabores y desengaños.

Por estas razones se supuso que no transcurriría mucho tiempo sin que depusieran las armas algunos cabecillas, con las gentes que les seguían.

En el campo rebelde reinaba una gran agitación. Algunos cabecillas daban órdenes severísimas para evitar presentaciones en masa de las partidas.

Con tal motivo se temían sensibles desgracias. Esto era una prueba de cuánto temían los cabecillas la corriente de paz, que cada día era más poderosa en el campo de la rebelión.

El cabecilla apresado Villanueva declaró que crecía la división entre los insurrectos, semejante á la que hubo antes del pacto del Zanjón.

En los círculos políticos se dijo el referido día 18:

«Los vientos han cambiado de cuadrante y ya era hora que mejorase el aspecto de la guerra de Cuba.»

Sin duda estas alegrías fueron la causa de que mejorasen en Bolsa las cotizaciones de los valores públicos.

CAPITULO XXIII

Buenos síntomas.—¡Ya era tiempo!—La prensa cubana.—Detalles interesantes.—El batallón de San Quintín.—Operación combinada.—Ataque y toma del campamento de «El Mogote».—La rebelión en la provincia de Matanzas.—Situación difícil.—Las fuerzas del ejército.—General convicción.—La salud del soldado.—Los reconcentrados.—La despoblación.—El trágico suceso de Campo Florido.—Alevoso asesinato del teniente coronel don Joaquín Ruiz.—Ansiedad é impaciencia en la opinión.—El jefe español y el cabecilla Aranguren.—Intranquilidad en la Habana.—El crimen.—Dolorosa consternación.—Por la patria y por la paz.—En honor del mártir de la redención de Cuba.

IMPOSIBLE, á la fecha, juzgar la obra del ilustre general Blanco; pero séanos lícito consignar que el estado de la guerra presentaba señales de mejoría. La primera ventaja lograda fué el desvanecimiento de la comedia oficial de la pacificación de las provincias occidentales: comedia que, además de haber quitado á España la conciencia de su verdadera situación, nos acreditó de torpes y de embusteros á los ojos de los gobiernos de las demás naciones, muy bien enterados de la verdad por sus cónsules y llenos de asombro de nuestro empeño en engañarnos y de engañarles.

Sabíamos, al fin, que en Pinar del Río quedaban al salir de la isla el general Weyler unos 9.000 insurrectos, 3 000 en la Habana y otros 5.000 entre Matanzas y Las Villas. Sabíamos también que en el Camagüey y en Oriente, donde la rebeldía estaba intacta, había unos 12.000 hombres, bien armados y provistos de abundantes recursos.

La segunda ventaja fué la de mejorar la comida del soldado, organizar los servicios sanitarios y dar á las operaciones, últimamente casi del todo paralizadas, un vigor que desde hacía tiempo no tenían.

De ahí, de que nuestras tropas se movían poco y mal, nació la ilusión de la escasez de fuerzas enemigas. Sólo donde éstas tomaban la ofensiva se conocía su existencia, como sucedía en Santiago de Cuba, región dominada por los insurrectos que en masas de cuatro ó seis mil

FUENTE EN LAS AFUERAS DEL POBLADO DE CEIBA DEL AGUA (Habana)

hombres, con cañones y toda suerte de impedimenta, habían podido apoderarse de Victoria de las Tunas, amenazar á Holguín y caer sobre Guisa y rendirla.

De algunos días á la fecha observábase en las operaciones un cambio radical, que vimos con gusto. La ofensiva era nuestra en todas partes. En la Habana y en Las Villas, la caballería, bien manejada, había hecho numerosas bajas á los *mambises*. Nuestras columnas habían logrado al fin el contacto con el antes invisible semi-fantástico Máximo Gómez. El cabecilla González, que operaba á las inmediatas ordenes del

generalísimo; había sido batido, dejando en el campo buen número de muertos. La línea de Cauto volvia á ser nuestra al cabo de año y medio de perdida; Guisa había sido reconquistada á los pocos días de perdida; el general Segura había llegado á Bayamo con un convoy importante, sin grandes dificultades, y 4.000 hombres iban á operar por aquellas abandonadas comarcas orientales contra Calixto García y Rabí.

¡Ya era tiempo!

Nada de eso era decisivo, de sobra lo sabemos. Aún quedaba lo más por hacer; pero lo hecho fué algo, mucho, en comparación de lo que antes se hiciera. Del campo rebelde llegaban noticias que descubrían la desunión de los principales cabecillas, el cansancio y desaliento de buena parte de ellos y la desconfianza de unos hacia otros.

Los síntomas eran buenos. ¿Por qué no los hemos de consignar aquí? Ante ellos, el espíritu patrio abrióse á la esperanza, y el país puso su confianza en las dotes políticas y militares del general á quien España había encomendado la pacificación de la perla antillana.

***

Las noticias de la prensa insular llegada en el correo del 19 alcanzaba hasta el 29 de Noviembre, y, aunque casi todos los encuentros de que daba cuenta, habían sido adelantados por el telégrafo y los dejamos señalados en precedentes páginas, encontramos, sin embargo, en ellas algunos detalles interesantes, que, seguramente, leerán con gusto nuestros lectores.

Al medio día del 24 de Noviembre se presentó al comandante militar de Artemisa, coronel señor Antenor Duelo, un negro rebelde llamado José Chile, sin armas y completamente desnudo, manifestando expontáneamente que había estado siempre con el *prefecto* Bernabé

Muñéz en lo más intrincado de la loma del I. glesito; que en la última operación realizada en las lomas por el coronel señor Roca, el cual hizo prisioneros á la mujer é hijos de *prefecto* Muñez, éste fué mortalmente herido, muriendo á las pocas horas.

Las medidas adoptadas por el general Blanco para remediar la miseria entre los reconcentrados iban produciendo excelentes resultados.

Un espectáculo sorprendente y conmovedor—escribía á *La Lucha* su corresponsal en Artemisa—se presenció ayer en este pueblo al ver repartir por las autoridades, á los reconcentrados imposibilitados y enfermos, 900 raciones de arroz, galleta, sal y azúcar. El hambre queda conjurada con la aplicación del benéfico bando del general Blanco.

El día 4 de Noviembre fué atacado el poblado de San Andrés por fuerzas insurrectas.

El prestigioso y bizarro general Luque, en previsión de un ataque, había reforzado el destacamento que guarnecía el poblado con una compañía del regimiento de la Habana, al mando del valiente capitán señor Camarero, y este bizarro militar después de defenderse con energía y valor, sin que le arredrara el peligro ni la superioridad de las fuerzas enemigas, hizo una salida de la plaza con las tropas de que pudo disponer, rechazando al enemigo y persiguiéndole hasta más de dos kilómetros de la población.

Los rebeldes abandonaron en la huída dos muertos, y el destacamento tuvo que lamentar la herida del bravo capitán señor Sanz y las de siete individuos de tropa.

El incansable batallón de Mallorca, á las órdenes del teniente coronel señor Cortils, ocupó el día 18 los ingenios Mapos, San Fernando y Natividad.

Al efectuar dicha ocupación sostuvo fuego con el enemigo, al cual sorprendió, haciendo prisionero al titulado sargento insurrecto Ventura Lara, con armas y caballos.

Después de doce leguas de marcha, realizada por el teniente coronel de Camajuaní, señor Altolaguirre, con una sección de sus escuadrones y otra del regimiento del Príncipe, en la que reconoció á Quemados Nuevos, Viajacas, Sabanas de Tibizial, Hortelano y Cerrojo, siguió con 16 movilizados, pié á tierra, un rastro enemigo, al que encontró en el monte Gavilán, batiendo un grupo y matando al titulado sargento Fernando Pineda, cuyo cadáver fué recogido y enterrado por la tropa. Además hizo prisioneros al titulado *capitán* Desiderio Nuñez y á Juan Pineda, ambos armados.

***

El coronel don Pío Esteban, combinando los batallones de Valladolid, San Quintín y San Marcial, salió á practicar extensos reconocimientos en persecución del enemigo, encontrando y batiendo á la partida de Varona en Arroyo del Agua, Hoyo Bonito y Quilla Bejarano, haciéndole dos muertos, cogiendo nueve armas de fuego, cinco machetes, un botiquín, dos mulos y cinco caballos, teniendo la columna en su totalidad, un muerto y seis de tropa heridos.

El día 18 salió el primer batallón del regimiento de San Quintín, formando parte de la columna del distinguido coronel don Pío Esteban, en combinación con los otros batallones de Valladolid y San Marcial, á practicar nuevos reconocimientos y tomar el célebre punto denominado «El Mogote», de la *quilla* de Bejarano, ocupado, según se supo después, por las partidas de los cabecillas Varona, *Pancho*, Perez a y Julián Gallo.

El día 21 fué el designado para el ataque y toma del referido campamento de «El Mogote».

A la hora y media de marcha de la columna, rompió el fuego la primera avanzada enemiga, compuesta de 30 á 40 rebeldes, cuyo fuego

fué contestado en el acto y con gran acierto por la compañía de vanguardia, que fué hostilizada también por el núcleo enemigo desde su campamento de «El Mogote», cuyo punto dominaba el campo de la acción.

Mientras sostenían sendo y nutrido fuego avanzada y vanguardia, la columna continuó la marcha haciendo fuego también sobre el campamento, hasta que llegada ya muy cerca del punto objeto de la operación, se mandó tocar ataque y se emprendió la subida, que fué muy penosa y sumamente difícil para nuestros valientes soldados, por las pésimas condiciones del terreno, formado todo él por «dientes de perro» y la falta absoluta de camino, pudiéndose al fin coronar la cumbre del monte, á cuya altura se le calculan ochenta metros próximamente, y desde la cual se despeñaron en su huída algunos insurrectos.

La bizarra columna hizo al enemigo once muertos vistos, entre ellos un titulado capitán, que declaró antes de espirar llamarse José María de la Torriente, cuyo cargo desempeñaba en la partida de Varona, según nombramiento que tenía en su poder y que se le ocupó, con una cartera grande de botiquín bien provista de medicamentos, recogiéndose también tres fusiles y una tercerola Remington, 300 cartuchos del mismo sistema, un revólver de reglamento, dos mulos y cuatro caballos, haciendo prisioneras, además, á las pardas Fermina Rivera y Justa Sáez, con tres hijos pequeños cada una. Posesionada la columna del campamento, se destruyeron veinte y seis bohíos y se cogieron muchas viandas.

La columna sólo tuvo un muerto y dos soldados heridos.

***

Como en las provincias de Pinar del Río y de la Habana, procuramos conocer en la de Matanzas el verdadero estado de la guerra, lo-

grando ver confirmadas las impresiones que ya se nos habían comunicado por el cable.

La insurrección estaba en aquella comarca más que quebrantada, y casi podía asegurarse que era un hecho la pacificación, puesto que el número de rebeldes, según los datos más autorizados y compulsados debidamente, no pasaban de trescientos, sin que llegasen á la mitad de éstos los que tenían armas de fuego.

Su situación era dificilísima: carecían de caballos, de ropas y de medicinas, y se encontraban refugiados por el Norte, en las lomas llamadas Pan de Matanzas y Camarioca, y al Sur, en la Ciénaga de Zapata. Desde estos puntos se destacaban pequeños grupos que merodeaban por los pueblos y fincas más inmediatas.

Desde que desapareciera el cabecilla Lacret, por haber pasado al Camagüey, habían muerto varios de los jefes más significados, y sólo quedaban á la fecha algunos de escasa importancia y representación. El mando superior de las partidas lo ejercía el cabecilla Betancourt, y le seguían otros llamados García, Gómez, Rojas y Gallego.

Las fuerzas del ejército que operaban en toda la provincia ascendían á unos seis mil hombres, la mitad de ellos pertenecientes al ejército, y la otra mitad eran guerrilleros y voluntarios movilizados que operaban divididos en pequeñas columnas.

Era general el convencimiento de que la total pacificación de Matanzas se realizaría inmediatamente, pues en rigor, cruzando por el ferrocarril de Jovellanos á Cárdenas, de este punto á Colón y desde Matanzas á Colón por la línea de Sabanilla, atravesando Unión de Reyes, Navajas, Corral Falso y Guareiras, no se veían señales de guerra, como no fueran las huellas dejadas por los anteriores incendios de fincas y cañaverales.

Los teléfonos que unían algunos de los ingenios, el telégrafo oficial y el de las empresas ferroviarias, funcionaban con normalidad.

En toda la provincia había gran confianza en las condiciones del comandante general señor Molina.

En los llanos de Matanzas se ofrecía el cuadro del trabajo por los cortes en los cañaverales y el humo que despedían las chimeneas de los ingenios, calculándose que en toda la provincia podía hacerse una zafra que oscilase entre 150 y 200.000 toneladas de azúcar, pues molían ya los principales ingenios y se proponían moler hasta 23 de los enclavados en aquella rica zona.

Las condiciones de salud del soldado habían mejorado, y los enfermos ni ofrecían aspecto tan triste ni los había en tanto número como en otras provincias.

SR. MARTÍNEZ MORENTÍN
Teniente coronel

Los reconcentrados se hallaban en sensible situación, á pesar de los nobles esfuerzos del gobernador y alcaldes. Según el último censo, tenía la provincia 260.000 habitantes, llegando á 100.000 los concentrados, de los que habían muerto 20.000; emigraron ó se dedicaron á diversos trabajos 18.000, y quedaban en aquella situación 62.000, de los cuales eran niños 24.000 y mujeres 21.000.

En el Registro civil se consignaban muchos muertos por miseria. El día 18 de Diciembre hubo en la capital 41 defunciones, sin registrarse ningún nacimiento. Estas cifras acusan por sí solas el grado que alcanzaba la despoblación.

***

Aún después de leer el telegrama que en la mañana del 20 recibimos de la Habana, dándonos cuenta de la trágica muerte del teniente coronel don Joaquín Ruiz y noticia del alevoso suceso de Campo Florido, nos resistíamos á creer en el luctuoso accidente ocurrido al que creíamos ya en salvo de su arriesgada misión al campo rebelde, según

DESCANSO DE UNA SECCIÓN DE GUERRILLEROS

nos comunicara dos días antes el cable y habíase afirmado en algunos centros oficiales.

Pero no era ya posible la duda respecto del trágico fin de tan bizarro cuanto ilustrado y pundonoroso jefe de nuestro ejército. El teniente coronel de ingenieros don Joaquín Ruíz había sido alevosamente macheteado por los sicarios del cabecilla Aranguren; había sido vilmente asesinado por las salvajes hordas del separatismo. Asesinado, sí. Lo dijo la prensa francesa, antes que la misma prensa española, como lo repitió la de todo el mundo culto y civilizado. Ni el carácter sagrado

de parlamentario, de emisario de la bienhechora paz, ni el haberse presentado en el campo insurrecto de uniforme y sin escolta alguna, libraron de la inícua sentencia ó del alevoso crímen á aquel varón esforzado y nobilísimo, víctima de su amor á la patria; de su caballerosidad é hidalguía.

El acto de feroz salvajismo cometido por las hordas que se llamaban *libertadoras* de Cuba, asesinando villanamente á un jefe del ejército español que acudía á la cita dada por un cabecilla, con la confianza y lealtad de quienes tienen el concepto debido del honor, levantó en todas partes acentos de indignación y frases de protesta en nombre de la civilización y de la justicia.

¡Y para esos asesinos no tuvo su patrocinador Mac-Kinley en su Mensaje presidencial, ni una sola frase de censura!

La opinión y la prensa del mundo civilizado reflejó el horror producido por esa traición inícua y cobarde, de la cual se avergonzaran las tríbus más feroces y salvajes.

***

«—¿Habrá muerto? ¿Habrá logrado salvarse?»—De boca en boca corrieron estas preguntas por toda España desde que se tuvo la primera noticia del viaje del señor Ruíz al campo de la rebelión y de su tardanza en regresar á la capital de la isla, y la angustia con que las gentes se hacían esas interrogaciones, echó como una tétrica nube, nuncio de tempestad, sobre el contento que coincidiendo con la fatal noticia vino á iluminar en aquellos mismos días todos los ánimos nobles y todas las buenas voluntades.

«—¿Se habrá salvado el emisario de la paz? ¿Lo habrán fusilado, efectivamente, los *mambises*?.—se preguntaban con un resto de esperanza los optimistas, aún después de haber leído los telegramas que

publicó la prensa dando cuenta del trágico fin del bravo jefe y del hombre de honor que quiso morir en aras de la patria.

El día 13 de Diciembre salió de la Habana el teniente coronel señor Ruíz por Campo Florido, en dirección del punto en que se encontraba acampada la partida del cabecilla Aranguren. Pretendía el señor Ruíz influir en el ánimo del jefe separatista, de quien era amigo y á quien tuvo empleado en las obras del acueducto de la Habana, de que era director, para que se presentase á indulto, aceptando la autonomía y acatando la legalidad. Sin duda tenía el confiado y valeroso jefe militar antecedentes que le permitían esperar una solución satisfactoria en sus gestiones.

Iba el señor Ruíz de uniforme para que se viera que procedía con lealtad, y le acompañaban dos prácticos muy conocedores del terreno.

Con anterioridad había escrito á Aranguren pidiéndole una entrevista, á lo que parece, sin especificar el objeto de ella. Contestó Aranguren aceptando la conferencia y señalando el lugar en que debía verificarse.

Acudió Ruíz al sitio señalado, pero no lo hizo el cabecilla.

Ignórase por qué medios el teniente coronel señor Ruíz obtuvo del jefe separatista una nueva cita. Algunos dijeron que á la nueva misiva de aquél, contestó el cabecilla diciéndole:

«Si desea Vd. tener una entrevista conmigo para tratar de la independencia de Cuba ó de algún otro asunto, como amigo le espero á Vd. y le recibiré con gusto, pero si viene Vd. con otra misión *por amor de Dios* le pido que no se presente.»

A esto parece que el bravo militar objetó que Aranguren tenía buen corazón y confiaba en poderle convencer y llevarle á la Habana.

En vista de la inexplicable y poco tranquilizadora tardanza en el regreso á la capital del emisario de la paz, y ante los insistentes rumores que corrían acerca de la suerte que había corrido y los fundados te-

mores que comenzó á inspirar la carencia absoluta de noticias sobre su paradero, en la mañana del 17 salieron para Campo Florido en busca de la partida de Aranguren, el señor Tosca, funcionario del consulado de los Estados Unidos y el joven cubano don Juan Manuel Chacón, muy conocedor del terreno, provistos de un salvo conducto del general Blanco para que las tropas españolas no los detuvieran y de una carta del consul Lee para Aranguren, en la que pedía el representante de los Estados Unidos al cabecilla que, como favor especial, entregase á los emisarios al teniente coronel Ruíz.

***

Los emisarios señores Tosca y Chacón regresaron de Campo Florido á la Habana, el siguiente día 19.

Dijeron que el día anterior llegaron á Campo Florido, donde hablaron con el comandante militar, el cual les facilitó un práctico y con él emprendieron la marcha en busca de la partida de Aranguren encontrando á tres leguas las avanzadas.

Los jefes de estas fuerzas rebeldes refirieron á los emisarios que, en efecto, el teniente coronel Ruíz había llegado al campamento, donde le esperaba el cabecilla Aranguren con una escolta de doce hombres.

El jefe y el cabecilla se abrazaron afectuosamente como corresponde á antiguos amigos, é inmediatamente después el teniente coronel Ruíz arengó á las fuerzas rebeldes, diciéndoles que una vez concedida á Cuba la autonomía por el gobierno de la nación no tenía ya razón de ser la guerra, y les excitó á que le siguieran para entrar con él en la Habana, donde serían recibidos como hermanos, sin que les esperase el menor castigo, sino el perdón que se concedía á todos los que se presentaban á indulto.

Pero las gentes de Aranguren no habían sido preparadas por este,

y al ver á Ruíz vestido de uniforme y al escuchar de sus labios el objeto del viaje y sus propósitos y proposición se arrojaron sobre él machete en mano y lo asesinaron cobarde y alevosamente, sin que su jefe pudiera ó tratara de impedirlo.

TENIENTE CORONEL DE INGENIEROS
D. JOAQUIN RUIZ

La triste noticia causó dolorosa consternación y general indignación en la Habana.

El día 20, por la mañana, salieron de la Habana un batallón y dos escuadrones para recorrer y practicar reconocimientos en el término de Campo Florido en averiguación del paradero y en busca del cadáver del desgraciado teniente coronel señor Ruíz.

Se aseguró que uno de los emisarios enviados á salvar á éste, dijo con referencia á los rebeldes, que éstos pusieron sobre la tierra que cubría el cadáver una cruz y en ella la siguiente inscripción:

«Aquí yace el teniente coronel español Joaquín Ruíz, muerto al venir á implantar la autonomía en el campo cubano.»

La trágica y alevosa muerte del malogrado teniente coronel señor Ruíz absorbió durante varios días la atención de todo el mundo.

***

Agigantada por una trágica muerte, aun parece más noble, más simpática y más hecha para la historia, la figura del gran soldado y del gran patricio que selló con su sangre el amor á España y á Cuba.

Sus muchos conocimientos, sus aptitudes oratorias, su capacidad militar, sus méritos de hombre de ciencia y sus prendas de hombre de mundo, le habían granjeado en la Habana una alta posición y un envidiable prestigio.

Todo lo ofreció y lo sacrificó con sencillez heróica; no como quien realiza á la vista del público una ostentosa hazaña, sino como quien devuelve á la patria lo que en depósito ha recibido de ella.

Solo, á cara y pecho descubiertos, y vistiendo el honroso uniforme para que nadie dudase de su lealtad, se fué al campo de los insurrectos á procurar la concordia, brindando el ramo de olivo, y pagó su magnanimidad con la vida.

Pero sucumbió con tanta grandeza como en el más épico de los combates en el campo de batalla.

El magnánimo teniente coronel don Joaquín Ruíz fué la primera víctima de la paz y de seguro aceptó su misión con la sonrisa en los labios, seguro de que al sucumbir cooperaba á la terminación de la guerra.

Debemos llorarle, más no con desesperación, porque su noble acto de patriotismo honró á España y su sangre selló la hidalguía castellana, sino con orgullo y con amor, porque hombres de tal temple de alma enaltecen á la nación que los tuvo por hijos.

Cumpliónos, si, vengarle escarmentando á sus asesinos, y de esto se encargaron, y lo cumplieron como buenos, nuestros valientes soldados, y debemos honrarle haciendo imperecedera su memoria y rindiendo justo tributo y merecido homenaje á su magnánimo sacrificio en aras del bien de la patria y de su cariño á Cuba.

Cúmplenos, aún cuando la fatalidad hizo infecundo su generoso y heróico sacrificio, á los españoles de la Península y de Cuba erigirle un

monumento en el lugar más visible y más céntrico de la capital de la Metrópoli.

No pongamos tasa al duelo nacional por la pérdida del soldado y ciudadano ilustre que sucumbió como un héroe y como un mártir; pero tampoco la pongamos al entusiasmo, á la gratitud y al orgullo con que debemos enaltecer su memoria.

Sirvió á la patria con toda su vida, y tal influjo está destinado á ejercer su noble sacrificio en la conciencia universal que aun continuará sirviéndola después de muerto.

¡Cuántos le lloraron, le lloran aún, y le llorarán! Sus acciones nobles, desinteresadas, generosas, son incontables. Su corazón, que era grande, muy grande, no se detenía jamás ante ninguna clase de obstáculos por insuperables que fueran, sino, antes al contrario, le solicitaban los riesgos de toda situación difícil, y le enamoraban los peligros de todo lo que parecía imposible de lograr. Allí donde había que luchar ó que padecer por una causa que creyera justa, allí estaba Ruíz desafiándolo todo con el denuedo de su decisión y de su conciencia honrada. ¡Ah! Ya se vió en su trágico fin, cómo iba á la muerte, sereno, tranquilo, confiado en su pasión vehementísima por cuanto pudiera labrar la felicidad de su patria.

Murió como quien era y como había vivido: víctima de un generoso impulso de su carácter. El, que era todo espíritu de tolerancia y de amor, cuánto había padecido con los odios de la guerra fratricida, con aquel doloroso espectáculo en que unos á otros los hermanos se devoraban.

Sí. Debe ser uno de los primeros actos del Gobierno y de las Cámaras, una vez firmada definitivamente la paz, la erección de una estatua al teniente coronel de ingenieros don Joaquín Ruíz, de inolvidable memoria para la sociedad española. Un monumento que recuerde imperecederamente á través de los síglos, á un español que se inmoló por el

bien de su patria, al que con su martirio aspiró á sentar los primeros y sólidos fundamentos de la paz en la ingrata y rebelde Cuba.

***

¡Consternación en la Habana, aflicción hondísima en España entera, grito de protesta universal en todo el mundo civilizado y en todo espíritu culto y cristiano causó el alevoso asesinato del heróico soldado de la patria, cometido con ultraje de todos los derechos de un parlamentario, con criminal violación de la inmunidad sagrada del que tremola bandera de paz y es portador del ramo de olivo! ¡Una página dolorosísima más que añadir á la horrenda historia de las guerras civiles, afrenta de la humanidad! ¡Un mártir del ideal de paz, de libertad, de redención de la isla de Cuba, un mártir glorioso, sacrificado por las brutales órdenes del *condottiere* dominicano Máximo Gómez, de ese soldado mercenario de la rebeldía separatista, traidor á España, de ese que aspiraba á regenerar matando y destruyendo un país que no era el suyo!

El duelo experimentado en la Habana lo causó la muerte, ¡hermosa muerte! de uno de los más bravos é inteligentes jefes del heróico ejército español; lo causó la pérdida de una persona idolatrada por toda la sociedad cubana.

¡Gloria y loor eternos al bravo soldado de la patria, al noble é ilustre patricio, al varón insigne y esforzado, al hombre de honor que tan magnánimamente se sacrificó y supo morir en aras de la Madre patria!

CAPITULO XXIV

La verdadera situación.—Peor que estábamos no habíamos de estar.—Operaciones y encuentros.—Presentaciones.—Gestiones para la paz.—La campaña.—La rebelión en Las Villas.—Fuerzas insurrectas.—Su organización.—Cabecillas importantes.—Contra la zafra.—Ordenes del *generalísimo*.—En la trocha.—Confidencias no confirmadas.—Visita é impresiones.—La zafra en Las Villas.—La cosecha de tabaco.—Los reconcentrados.—Cifras desconsoladoras.—La mortalidad en Santa Clara.—Política de atracción.—Esperanzas.

EXAMINEMOS serenamente la realidad, en lo que á la cuestión de Cuba se refiere, á fin de que falsos movimientos del ánimo no turben nnestro juicio.

Un trágico acontecimiento, el asesinato del bizarro y meritísimo teniente coronel de ingenieros don Joaquín Ruíz, impresionó al pueblo español profundamente. Las condiciones de la vida moderna dejan en inferioridad visible á todo aquel que no se levanta sobre el estado emocional. Aunque tenga facultades superiores cualquiera que se limita á sentir, mientras otro piensa, lleva todas las probabilidades de perder.

Hemos sido partidarios de la autonomía, por considerarla como el pago de una deuda contraída con nuestros hermanos de Cuba, y como el único medio de llegar más brevemente á la pacificación de aquel pedazo de nuestro territorio patrio, que tantos sacrificios en dinero y sangre nos estaba costando. Mas, aunque no lo hubiéramos sido, lo hecho una vez, hecho está y respetado debe ser hasta por sus contrarios, mientras

no se vea de una manera evidente y definitiva la ineficacia de la medida; y, por lo mismo, no reconocemos tarea más triste que la de agravar con críticas inoportunas lo ya ejecutado y consumado en Cuba, impidiendo que germinase y prosperase lo que en el fondo de ello, en poco ó en mucho, pudiera haber de bueno y útil.

CABECILLA ARANGUREN

Sin espíritu alguno de secta, sin ningún interés político que no fuera el de la conveniencia nacional, asistimos á la implantación de la nueva política en Cuba y hemos aplaudido que el Gobierno liberal cumpliera su programa; porque las primeras de las condiciones exigibles de un partido que se encarga de la gobernación del Estado, son las de formalidad, consecuencia y lealtad.

Mas, no porque fuéramos partidarios de la concesión de la autonomía á nuestras Antillas creímos nunca, y así lo hemos consignado en más de una de las páginas de esta nuestra RESEÑA, que la autonomía fuese la vara de Moisés, que con sólo tocar la roca hacía brotar de ésta abundante manantial. Y además la peña de Horeb sabíamos que era más blanda que el corazón de los aventureros directores de la insurrección de Cuba.

***

Dos aspectos, señalados antes de ahora, presentaba á nuestros ojos la autonomía, y por los cuales se nos figura que enfocó el asunto la inmensa mayoría del pueblo español: uno el de restar alguna fuerza á la rebeldía, otro el de deshacer, en el ánimo de Europa, la leyenda de nuestra dureza y nuestra crueldad y dejar sin pretexto y á plena luz la política artera de los Estados Unidos ante el mundo civilizado.

Lo segundo pareció haberse conseguido. No hay sino leer la prensa de los diversos pueblos europeos para apreciar por su lenguaje que éstos veían claramente la cuestión y ponían de nuestro lado sus simpatías. Lo primero había de ser obra más difícil y de más tiempo.

Se hizo, sin embargo, una observación, la cual es de innegable fuerza. Cuando á medidas extremas y reprochables por lo feroces acudían los jefes del separatismo para contener la desbandada de su gente, señal era de que veían á ésta inclinada á aceptar la legalidad. De otro modo aquéllos no apelaran á recursos que les deshonraban y les atraían el horror y la aversión de todas las conciencias justas y honradas.

Hasta periódicos muy extraños en nuestros asuntos se habían fijado ya en el hecho de que la insurrección de Cuba estaba dirigida por aventureros, á quienes nada importaba la suerte de la isla.

Máximo Gómez no es cubano ni ha visto jamás en Cuba sino el

instrumento de su odio á España, que se negó á darle un puesto en su ejército. Calixto García es un espíritu demoniaco, incapaz de amor por Cuba, ni por nada, conjunto de todas las malas pasiones, criminal nato, gozoso de pagar á los españoles con asesinatos infames y cobardes sus múltiples inocentes consideraciones, su magnanimidad en perdonarle y salvarle la vida y con la ejecución de un próximo pariente del médico que le curó y arrancó de entre las garras de la muerte, que, seguramente, por ruín no se lo disputó y se lo dejó arrancar. Roloff era una venturero sin patria; Rodríguez un atavismo del salvaje que el día en que se viera fuera de la manigua no sabría qué hacerse de la existencia. Otros de los cabecillas, como Lacret, Varona, Betancourt, Sanguily, etc., habían vivido largos años lejos de Cuba sin sentir la patria, sin ver en ella más que el teatro de explotaciones codiciosas ó de ambiciones sin freno. ¡Naturalmente! ¿qué se le había de importar á gente de esta calaña la autonomía? Y como quiera que ellos dirigían la guerra y tenían la autoridad sobre los que por motivos pasionales, aunque menos innobles, se lanzaron al campo, tocaba á éstos soportar su brutal tiranía, contra todo su deseo y voluntad.

***

Para semejantes enemigos no había sino la guerra, y esto era lo que estaban haciendo el general Blanco, el general Pando, el general González Parrado, el general Bernal, y los demás bizarros caudillos de nuestro ejército, quienes en vez de apelar al deplorable sistema de hacer creer á la nación que no existían rebeldes, porque no había encuentros, probaban que no se hallaba á éstos porque no se les buscaba, y en todas partes tomaban una vigorosa ofensiva, que en la isla y en la Península levantó la moral.

No había, pues, motivo alguno, como no fuera el de conveniencias

bastardas, que indujera á volver la vista á un próximo pasado. Entre otras razones, porque fueran cualesquiera los acontecimientos por venir, peor que estábamos hacía cuatro ó seis meses, no podíamos estar.

En operaciones y encuentros en Pinar del Río, durante los días 17 al 21 de Diciembre, se batió y dispersó á varias partidas, causándolas seis muertos, que quedaron en poder de las tropas, y bastantes heridos, que lograron retirar.

El general Bernal completó las operaciones sobre dichas partidas, batiendo con el batallón de Cantabria las capitaneadas por los cabecillas Gallo, Fajardo y Pedroso en Ortega, y nuevamente con el mismo batallón en Boca del Grillo, donde las alcanzó y dispersó por completo, quedando en poder de nuestras tropas 14 muertos y varios efectos.

Nuestras columnas tuvieron al segundo teniente don José Bentillo y cinco de tropa heridos. Se presentaron 13 insurrectos con siete armas.

Durante dichos cuatro días se acogieron á indulto 36 con ocho armas en la provincia de la Habana; 23 con tres armas en Matanzas, y en Las Villas dos titulados capitanes, un teniente y 16 insurrectos con armas de fuego, un titulado teniente de Sanidad y 73 individuos sin armas.

El general González Parrado salió á operaciones por la provincia de la Habana, en combinación con las columnas del general Maroto y del teniente coronel Perol, encargadas de perseguir activamente á la partida de Aranguren y vengar la muerte del malogrado señor Ruíz.

Se esperaban resultados favorables de la excursión que habían hecho al campo rebelde para gestionar la paz entre los cabecillas que se mostraban propicios á aceptar la legalidad, el corresponsal *yankee* Scovel y don Rafael Madrigal, cónsul norteamericano en Cartagena (Colombia) y cuñado de Marcos García, gobernador civil de Las Villas.

La prueba de la confianza que ponían esos comisionados en los in-

surrectos que iban á visitar era que el reporter Scovel había marchado acompañado de su señora.

Esperábase que Scovel y Madrigal regresasen pronto á la Habana, y se decía que llevaban excelentes impresiones.

***

Continuaban en el Cauto las operaciones que dirigía el general Pando.

En la boca del río se estaba construyendo un muelle y una torre óptica, que había de servir para hacer señales que serían muy útiles á las tropas que operaban por el interior.

En operaciones y encuentros en la provincia de Pinar del Río, desel 21 al 26, se hicieron al enemigo 14 muertos, que fueron recogidos, así como ocho armas de fuego y seis blancas.

Los batallones de Cantabria y Wad Rás se apoderaron de los campamentos de Leite y Vidal, y dispersaron á las partidas de Lorente, Lago, Campo y Lores, con bajas, que retiraron.

Nuestras columnas tuvieron en esas operaciones un práctico muerto, y un oficial y tres de tropa heridos.

En el Camagüey salió el general Jiménez Castellanos el 13 de Puerto Príncipe, con fuerte columna, á recoger ganado, regresando el 18 con 6 o reses, después de sostener todos los días combates, en los que se causaron al enemigo bastantes bajas, quedando en poder de las tropas tres muertos, tres prisioneros y ocho caballos.

La columna tuvo un teniente y tres soldados heridos.

En el departamento Oriental, cerca de Baire, tenían los insurrectos fuertes posiciones atrincheradas que les permitían organizar cómodamente las partidas.

Merced á una bien combinada operación dirigida por el general Linares, en la cual tomaron parte tres columnas, una de las cuales mandaba él, y las otras dos los coroneles Vara del Rey y Chacel, respectivamente, fueron atacadas á un mismo tiempo por diferentes puntos las posiciones enemigas.

Tras corta resistencia de los *mambises*, y sin más bajas por parte de las tropas que un oficial y ocho soldados heridos, fueron tomadas las fuertes posiciones en que se habían atrincherado, ocupando el campamento de Juan Varona, formado por unos doscientos bohíos.

El enemigo tuvo muchas bajas, pero sin duda pudo huir con algún orden y retirarlas, por los accidentes del terreno. En el campamento se encontraron y recogieron muchas armas y municiones.

Después del combate, una de las columnas practicó extensos reconocimientos por Aguacate, Arroyo Blanco y Marbió hasta Baire, sin encontrar rastro alguno enemigo.

Desde el día 24 operaban en combinación por la provincia de la Habana, bajo el mando personal del general González Parrado, entre Campo Florido y Tapaste, los batallones de la Reina, Guadalajara, provincial de Canarias y las fuerzas de que se componía la columna del general Maroto.

***

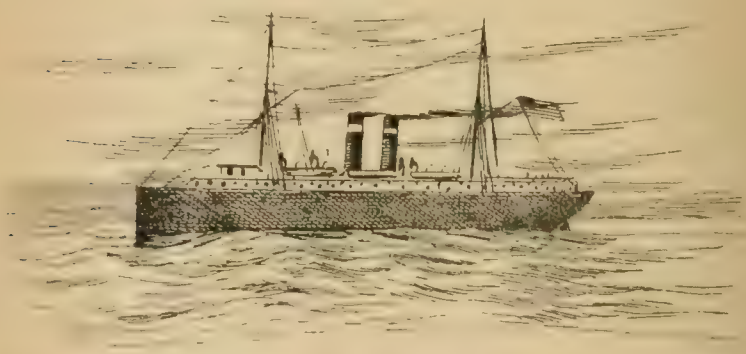
El estado de la rebelión en Las Villas, al finalizar el año 97, según el resúmen de las observaciones hechas y datos recogidos por nuestros corresponsales y colaboradores en aquella parte del teatro de la guerra, era el siguiente:

Los cálculos más aproximados hacían ascender el número de insurrectos en Las Villas á 2.300, de los cuales había 1.000 entre la trocha

central del Júcaro y las márgenes del Zaza, en Sancti Spíritus, encargados de entretener á las columnas en operaciones difíciles por Reforma, Arroyo Blanco, Iguará, Taguasco y los seborucales de Yaguajay.

Mandaban como cabecillas principales los grupos en que ese núcleo de fuerzas rebeldes estaba subdividido, Máximo Gómez, Pancho Carrillo y el negro González, hombre de extraordinaria ambición que soñaba con ser el sucesor de los prestigios que Antonio Maceo lograra entre los suyos.

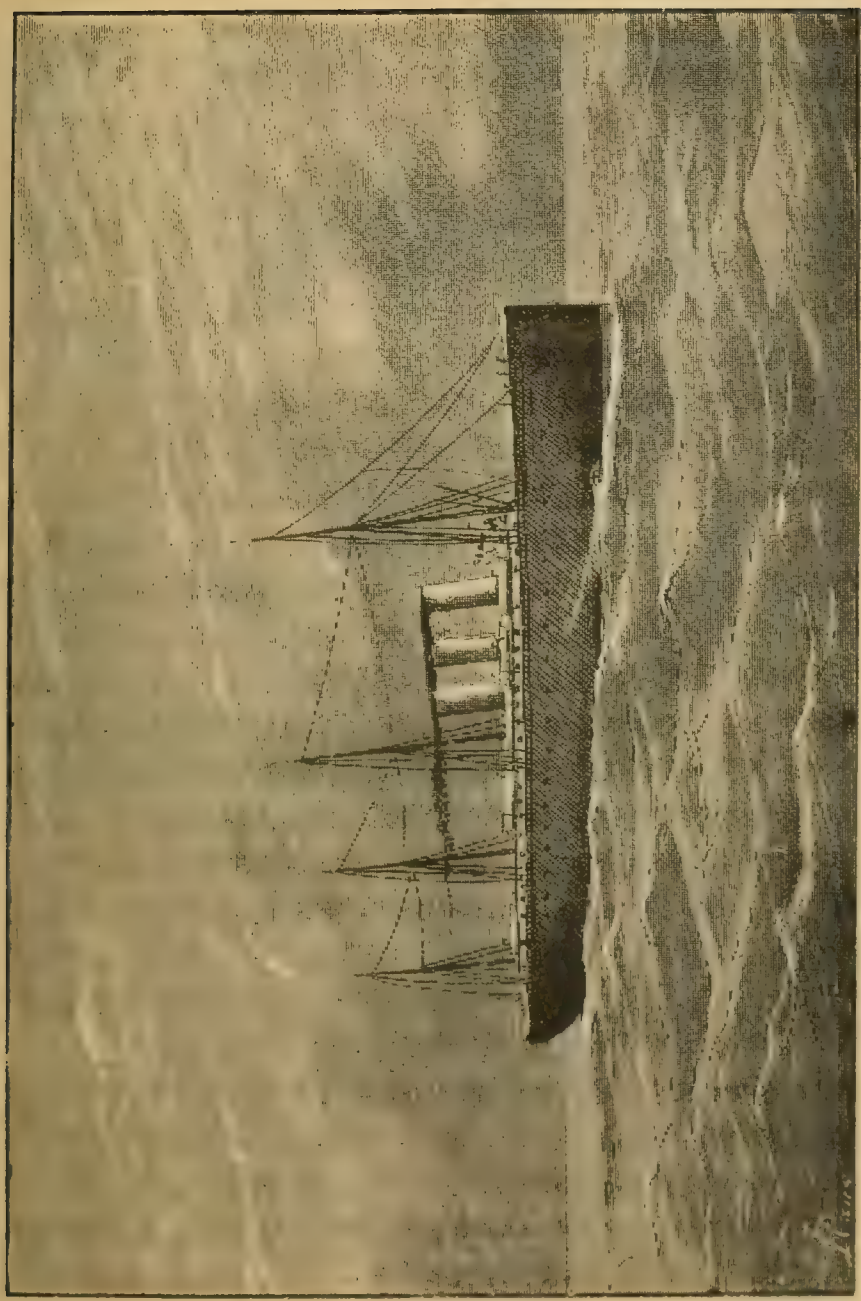
La mayoría de esos insurrectos estaban montados, bien armados y



VAPOR «SARATOGA» QUE HACE LA TRAVESIA ENTRE HABANA Y NEW YORK

en posesión de numeroso parque, pues los filibusteros de los Estados Unidos habían cuidado mucho de que no faltasen elementos de resistencia á los que servían á las inmediatas órdenes del *generalísimo* de los *mambises*.

Los 1.300 restantes eran de infantería y estaban esparcidos por el resto de la provincia, teniendo como punto para verificar sus concentraciones la Siguanea, donde habían acumulado la mayor suma de recursos. Estaban bien armados y municionados, pero mal vestidos, media-



VAPOR TRASATLANTICO «RAPIDO»

namente alimentados y con gran escasez de medicamentos. Al frente de esas fuerzas insurrectas figuraban los cabecillas *Chucho* Monteagudo, que hostilizaba la línea de Remedios y Caibarien hasta Sietecito, y merodeaba hasta cerca de Santa Clara; Cayito Alvarez, que tenía como base de operaciones las zonas de Ranchuelos, Palmarito, San Juan de las Yeras y Cruces, sobre la línea que enlaza la capital con Cienfuegos; Robau, que maniobraba por la jurisdicción de Sagua la Grande, desde Santo Domingo hasta el mar; Aguilar, Moya y Alés, que recorrían con grupitos la zona de ingenios de Cienfuegos, y Camacho y Juan Massó, que operaban por Yaguaramas.

Estas partidas estaban muy subdivididas, y casi pudiera decirse que dispersas, por la activa persecución de las tropas que dirigía el comandante general de Las Villas, general Aguirre.

Máximo Gómez reiteraba con frecuencia las órdenes más terminantes para impedir la zafra y por efecto de ellas se iniciaron aquellos días algunas quemas de cañaverales sobre la parte de la trocha, pero el general Aguirre tenía organizadas columnas para impedir que los incendiarios lograsen sus criminales propósitos, garantizando á los propietarios los cortes de caña.

Además estaba preparando una operación sobre los montes de la Siguanea para destruir los elementos que allí había reconcentrado el enemigo.

***

A consecuencia de haber anunciado los confidentes al general Salcedo que el día 21 atacarían la trocha simultáneamente por Oriente fuerzas rebeldes camagüeyanas y orientales, mandadas por Lacret, forsos. Estaba un contingente de 500 hombres, y por Occidente las que diri-

gía Máximo Gómez, giró una visita de inspección recorriendo la trocha en un tren militar, encontrando todos los servicios, sobre todo el de vigilancia, en buen estado tanto en los campamentos, los fuertes y las torres de defensa, como en la zona de chapeo protegida por fuerte alambrada y bien iluminada por excelentes proyectores.

La salud y alimentación del ejército de Las Villas iban mejorando en algunas zonas, eran buenas en otras y adolecían aún de deficiencias en las menos, á pesar de los grandes esfuerzos que se realizaban para obtener aquellos necesarios resultados.

La zafra había comenzado ya, y se esperaba una cosecha de 200.000 toneladas en aquellas zonas, de tan grande producción en años anteriores, si se lograba impedir las quemas y se conseguía garantir las faenas agrícolas, que ya se realizaban á la fecha en 55 ingenios.

También se confiaba en recojer la cosecha de tabaco en Manicaragua, Camajuaní, Las Vueltas y otras zonas donde hay vegas muy ricas, esperando que ascendiera á 100.000 quintales la cantidad que se almacenaría.

La zona donde menos huella había dejado la guerra era en la de Cienfuegos, donde muchos particulares habían realizado esfuerzos extraordinarios para la defensa de sus fincas y en la que el regimiento de caballería de voluntarios movilizados, que mandaba el coronel don Luis Ramos Izquierdo, había sabido tener á raya á los grupos rebeldes encargados de la destrucción de los productos.

La población reconcentrada en Las Villas ascendía á la importante cifra de 156.000 personas, de las cuales habían muerto, á la fecha, 40.000.

Trabajaban ó emigraron 38 000, y vivían de la caridad oficial y particular 78.000.

En algunas localidades, como en Cienfuegos y Palmira, habian estado bien asistidos; en otras regularmente; pero había puntos donde la mortandad por causa de la miseria había sido horrible.

En la capital de la provincia el censo de población antes de la guerra era de 35.000 habitantes, aumentado con la reconcentración en 13.000. Pues bien, pasaban de mil las defunciones mensuales, á pesar del celo y actividad que desplegaban el gobernador y las autoridades.

Hacíase á la sazón en Las Villas una política inspirada en la atracción de elementos, y este temperamento inspiraba grandes esperanzas á la generalidad de los que preferían la vida de armonía en servicio de los públicos intereses, á las luchas enconadas frente á un enemigo común en armas.

CAPITULO XXIV

Nuestras impresiones.—Triste realidad.—Mejora de situación.—El general Pando en Oriente.—Honores militares á los heroes de Guamo.—Las operaciones del general Aguirre en Las Villas.—Noticias satisfactorias de la guerra.—El periodista *yankee* Scovel.—Sus impresiones.—Intransigencia de Máximo Gómez.—La política en la Habana.—Expectación.—El Gobierno insular.—Nuestras esperanzas.

AUNQUE uno quiera dedicar toda su atención á las noticias de la guerra y constreñirse al relato de hechos consumados, prescindiendo de la crítica y de las apreciaciones, por conveniencia de todos, imposible nos es realizar tal propósito, sin faltar á los deberes que contrajimos con nuestros lectores al ofrecerles una RESEÑA HISTÓRICA *de la guerra de Cuba.*

Todo lo que ha ocurrido en la gran Antilla y todo lo que se vé actualmente nos invita á la reflexión y nos arrastra sin querer á la protesta. ¿Acaso podemos prescindir los escritores de nuestra condición de españoles para ver con indiferencia todas las desventuras que hoy padece la madre patria y todos los errores que en Cuba se han cometido?

Para conocerlo todo bien, para sentirlo, precisa haberse identificado con lo que se ha visto y con lo que hemos tocado, y así nosotros, al penetrar en lo íntimo de la situación, no podemos sustraernos ni á las

contrariedades de la campaña, ni al sufrimiento del soldado, ni al dolor de la patria.

Creemos haberlo dicho ya en anteriores páginas, pero bien vale la pena de repetirlo cien veces, que al cabo de tres años de campaña estaba empezando la guerra en la rebelde isla al finalizar el año 97. ¿Qué importa que durante ese lapso de tiempo destruyéramos una gran parte de la insurrección si habíamos destruído también nuestros propios ele-

CONFIDENTE INSURRECTO

mentos y ya no nos quedaba apenas con que destruir el resto de la rebelión?

A medida que íbamos caminando hacia Oriente, veíamos aumentar la insurrección y disminuir nuestros medios de combate, por tantas y tantas contrariedades como se amontonaban á nuestro paso y que nos hubieran hecho perder la fé si no nos hubiéramos acordado de que éramos españoles y de que vivía aun este pueblo de las grandes abnegaciones y de los supremos heroismos, que todavía nos ofreciera inmensas reservas para los momentos críticos, que se avecinaban.

Allí no había nada de lo más indispensable y las columnas estaban en una situación dificilísima, tenían la mitad de la gente en los hospitales y la otra mitad sin comer, porque las factorías habían agotado sus existencias y porque una deuda de muchos meses ya había acabado con el crédito.

La triste realidad imponía un cambio completo en todo, absolutamente en todo, lo que á la guerra se refería. Necesitábamos hacerlo todo nuevo, porque la situación anterior nos había dejado sin soldados y sin dinero: era preciso vivificar á los anémicos y administrar acertadamento el dinero de la patria, al propio tiempo que reconstituir, mejor dicho, establecer la guerra por medio de un plan.

***

Alguien creerá, quizás, que bastaba la voluntad del general en jefe para concertar una operación y poner en movimiento las columnas. Esto puede hacerse siempre que haya una organización por la cual sea conocido con exactitud el estado y la situación de las tropas y los elementos de que se puede disponer. Pero, á la sazón, los batallones no eran batallones, sino grupos de soldados anémicos; las factorías estaban agotadas; las compañías de transporte sin ganado; las cajas sin dinero, los hospitales sin la dotación necesaria.

¡Ah, si volviéramos la vista al pasado! Pero ¿á qué hacer el proceso de aquella desdichada campaña si no han de deducirse responsabilidades, ni hemos de conseguir otra cosa que crearnos enemistades, concitarnos odios y poner en evidencia nuestra apatía y común debilidad?

Si abrigáramos el propósito de acumular las pruebas de nuestra dolorosa acusación, bastara para demostrar la verdad de nuestro aserto ese fárrago inmenso de decretos, circulares y órdenes, despachos é in-

formes que amontonados están en los archivos oficiales. En ellos se vería como en la guerra no hubo más que un criterio á qué atenerse ni más que un cerebro que dirigiera. Los 200.000 hombres repartidos por toda la isla no fueron más que un montón de carne humana, el cuerpo de un mónstruo con dos cabezas de hombre: la del jefe del partido conservador y la del capitán general de la gran Antilla.

Ya es sabido que fueron muchos los jefes que cuidaron del soldacon toda la solicitud y todo el cariño de que el soldado español se hace merecedor, pero debe saberse también que cuando los cuerpos hacían las compras á su gente se les ordenó que se racionaran en las factorías, que cuando los envíos de los contratistas eran rechazados por insuministrables, los que tal hacían eran encerrados en castillos; se supo que los garbanzos no podían guisarse bien en los campamentos, y se suprimieron los garbanzos; se averiguó que el vino era muy inferior á la calidad que se pagaba y se suprimió el vino.

Ahora bien; sin carne, porque no había ya últimamente; sin garbanzos y sin vino, porque se suprimieron; sin galleta, porque la enviaban podrida y aunque había que admitirla no se utilizaba; ¿qué dejó el general Weyler á los soldados para su alimentación?...

***

Al fin, algo habíase ganado, á la fecha, en aquel departamento, ya que detrás de las columnas en operaciones ya, después de una larga y obligada inactividad, quedaba la organización hecha, la comida asegurada, el crédito restablecido, el despilfarro cortado y el espíritu bastante más animoso. Buscando, como hasta entonces se había buscado, un éxito personal y de momento, se hubiera fatigado á las tropas, aumentando el contingente de los hospitales y aumentando también las difi-

cultades de un plan serio para acabar la guerra en su totalidad, no para destruir una partida determinada que nunca se encontraba cuando se la buscaba con estrépito.

Ya los centros de racionamiento estaban aprovisionados; ya los sitios de necesaria ó útil comunicación tenían sus heliógrafos; las columnas iban reponiendo ya sus elementos de combate, y ya tenían un plan que ejecutar y un criterio en qué inspirarse.

Ya no se daría el caso de que existiendo almacenado en el parque de la Habana una enorme cantidad de material sanitario, los médicos carecieran de lo más preciso para la curación de sus enfermos y heridos, porque para obtenerlo necesitaban instruir un expediente que duraba seis ú ocho meses.

CORONEL DON RAMIRO BRUÑA
Jefe de columna.

Ya los insurrectos dejarían de tener frente á la nuestra otra trocha militar, porque los miles de hombres que habían permanecido inactivos y estaban paralizados en toda la línea salían todos los días á practicar reconocimientos en el campo enemigo, El primer día que salieron las tropas tuvieron fuego con los rebeldes, mataron un insurrecto y cogieron reses y caballos: esto á menos de quinientos metros de la trocha.

Acaso los impacientes y partidarios de la guerra de exterminio no gustaron de ese sistema de ir estableciendo poco á poco la base que había de conducirnos á un éxito positivo, sin tener en cuenta que por no

haberlo hecho así, nada se había adelantado en tres años. De modo que bien valía la pena de esperar unos cuantos meses á que el nuevo sistema diera sus naturales y anhelados resultados.

***

Coronada por el éxito fué la operación realizada por el general Pando para asegurar las comunicaciones por el río Cauto.

El día 27 llegó el general á Cauto Embarcadero, que dejó racionado convenientemente. A pesar de los anuncios lanzados por los rebeldes de oponerse al avance de nuestras tropas, huyeron ante ellas sin ofrecer resistencia, abandonando las trincheras que tenían construídas, los campamentos, ganado, sustancias explosivas y armas.

En los ligeros combates que sostuvieron con nuestras columnas, sufrieron muchas bajas que lograron retirar: las experimentadas por nuestras tropas fueron únicamente cuatro soldados heridos.

El día 26 se tributaron en Guamo honores militares al pequeño destacamento que tan heróicamente había defendido aquel fuerte, bajo la dirección y á las órdenes del valeroso primer teniente señor Muruzabal.

El general Pando, á caballo y rodeado de su Estado mayor, se situó á la puerta del fuerte con una compañía, la bandera y la banda de música del batallón de Las Navas.

Salió del ya célebre fuerte *Guamo* el heróico destacamento que lo guarnecía á los acordes de la marcha real y por delante de él empezaron á desfilar en columna de honor todas las tropas que formaban la columna, en la que figuraban también las dotaciones de los cañoneros *Dependiente*, *Lince y Centinela*, que habían operado aquellos días en el Cauto, de modo que estaban representadas todas las armas que luchaban en la isla en defensa de la integridad del territorio patrio.

Terminado el desfile, el general Pando colocó en las boca mangas de los uniformes de todos los defensores del fuerte las divisas correspondientes á los empleos con que premió la nación su heroismo.

El solemne acto terminó abrazando el general Pando al héroe de Guamo, el bravo capitán señor Muruzabal.

Después el general dirigió á las tropas una entusiasta y patriótica arenga enalteciendo la tenacidad especial y el heroismo del valeroso destacamento, que conmovió hondamente á cuantos presenciaron el imponente y solemne acto.

***

Recibimos el día 29 noticia de las operaciones combinadas que dirigió personalmente el general Aguirre, con las columnas de su división de Las Villas.

En dichas operaciones, nuestras tropas hicieron al enemigo 20 muertos y tres prisioneros; recogieron muchas familias, armas, caballos, municiones y otros efectos, y destruyeron varios campamentos.

Las bajas de las columnas consistieron en dos muertos y diez heridos.

De la columna que mandaba el general Aguirre formaban parte 150 voluntarios de Cienfuegos, que pidieron expontáneamente salir á operaciones.

Restablecida ya por completo la comunicación y libre la navegación por el río Cauto, cuyas operaciones fueron ejecutadas con gran acierto, no tendrían aquéllas en Oriente gran interés en tanto que se ultimasen los preparativos que estaba haciendo el general Pando para ejecutar algo que pudiera ser de resultado extraordinario.

Todas las noticias que el día 30 se tenían de las columnas en operaciones eran satisfactorias, realizándose éstas con incesante actividad y demostrando las fuerzas levantado espíritu.

El general Pando regresó el 28 á Manzanillo, después de enterarse de que seguían con éxito completo los trabajos preparatorios para fortificar la línea fluvial del Cauto.

Las columnas continuaban reconociendo las márgenes del río, donde el enemigo había abandonado, completamente desmoralizado, sin campamentos y trincheras, algunas armas de fuego, efectos, explosivos, ganados y recursos, que fueron ocupados por nuestras tropas.

El día 31 regresaron á la Habana el periodista norteamericano Scovel y su señora, después de haber permanecido dos días en el campamento de Máximo Gómez, situado á la sazón en Mayajigua.

Según dijo el corresponsal del *World*, Máximo Gómez gozaba de excelente salud y afectaba abrigar esperanzas en el triunfo de la insurrección.

El *generalísimo* de los rebeldes cubanos tenía á sus órdenes 500 hombres, que estaban bien armados y alimentados, pero que andaban escasos de vestuario.

Explicó su orden prohibiendo la zafra por considerar que el trabajo era un auxiliar de la paz, y declaró que rechazaba la autonomía, porque abrigaba la seguridad de que la insurrección triunfaría el año próximo.

Hablando de la política que se seguía en Cuba, dijo que los actos de benignidad favorecían á la insurrección, compensándola de los perjuicios que los fríos causaban á los rebeldes.

Negó que existieran disgustos entre él y Calixto García y, por último, manifestó que rechazaba y rechazaría siempre todo pacto ó convenio con el gobierno español que no estuviese basado en la independencia de Cuba por la que venía luchando hacía treinta años.

Hablando después Scovel por su cuenta dijo que creía que algunos insurrectos estaban dispuestos á aceptar la legalidad y se presentarían tan luego estuviese esta constituida, pero que la mayoría de ellos se mostraba intransigente y continuaría en el campo de la rebelión.

***

En la Habana no se hablaba, á la fecha, de la guerra. En realidad, los partes de aquellos días carecían de interés; pero aun cuando en aquellos momentos hubieran llegado noticias importantes de la campaña, hubieran producido escasa sensación. Hasta tal punto se agitaban los que pretendían los cargos oficiales y hasta tal extremo se hallaba preocupada la opinión pública con la solución de los asuntos políticos.

La capital de la gran Antilla recordaba en los últimos días del año 97 á Madrid en los días de crisis ministerial.

Ultimada la candidatura para la formación del gobierno insular y firmados por el general Blanco y remitidos á la *Gaceta* para que los publicara el día 31, los decretos nombrando á los ministros, la expectación era grande por conocer los primeros actos del ministerio y los resultados de la implantación del nuevo régimen colonial con respecto á la deseada pacificación de la isla y al recobro de la normalidad en la vida de los ciudadanos.

En el Consejo de ministros celebrado el mismo día por el Gobierno de la Metrópoli se leyó por el de Ultramar un telegrama enviado por el gobernador general de Cuba que decía textualmente así:

«*Habana* 31 de Diciembre.—El gobernador general al ministro de Ultramar.

En cumplimiento artículo 1.° transitorio decreto 25 Noviembre último, tengo la honra proponer V. E. la siguiente candidatura del gobierno provisional:

Presidente, Gálvez *(don José María)*.

Ministro de Gracia y Justicia y Gobernación, Govín *don Antonio*.

Ministro de Hacienda, Montoro *don Rafael*.

Instrucción pública, Zayas *(don Francisco de)*

Industria y Comercio, Laureano Rodríguez.

Obras públicas, Dolz *(don Eduardo)*.

Debiendo jurar el 1.° Enero, nueve mañana.—*Blanco*.»

El Consejo autorizó al ministro de Ultramar para aprobar la propuesta del general Blanco y para sa'u lar al nuevo gobierno insular.

El día 1.° de Enero del 98 juró el primer gobierno responsable de Cuba.

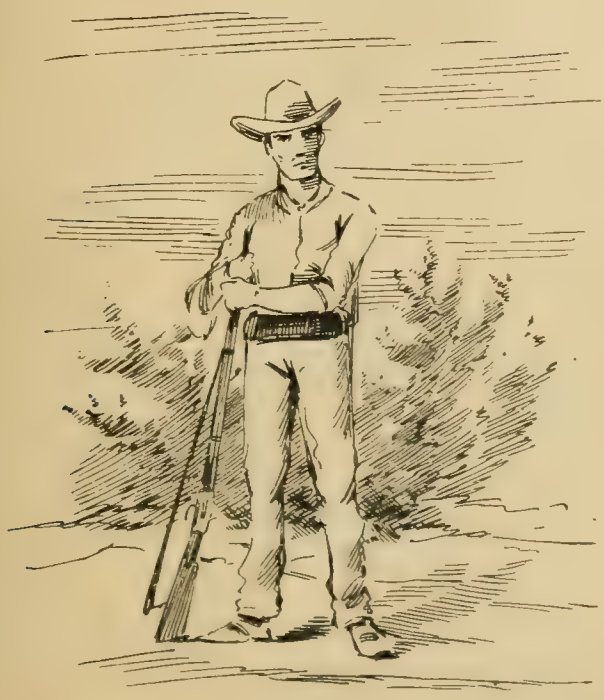
Fallaron por tanto los vaticinios y las intenciones de muchas gentes que, estimando imposible su formación, deducían de esa supuesta imposibilidad el fracaso inmediato del nuevo régimen.

En el primer ministerio insular de la grande Antilla estaban representadas y ponderadas todas las fuerzas, ideas y aspiraciones que debían estarlo. Los liberales que en días de prueba arrostraron la cólera de los facciosos y las sospechas de los intransigentes resistiendo á pié firme en la Habana una doble corriente de odios y prestando con ello á la madre patria inapreciable servicios; los radicales y los emigrados que desconfiaron en un principio de que llegase nunca el tiempo de las justas reparaciones, pero que al reconocer su yerro acudieron patrióticamente á cumplir sus deberes de españoles y de cubanos; los reformistas, cuya iniciativa resuelta y tenaz hizo posible la completa transformación política que se efectuó, y los independientes que, dotados de espíritu generoso y amplio, personificaban la masa neutra y trabajadora del pueblo antillano de igual manera que la personificaron en aquella memorable demanda colectiva á que se dió el nombre de «movimiento económico»

***

Algunos de los ministros habían acreditado en el Parlamento nacional, en el foro y en la prensa, sus excepcionales aptitudes.

Ninguno necesitaba buscar testimonios de españolismo porque los que antes no tuvieron ocasión de demostrarlo con sacrificios y actos externos, harto lo demostraban á la sazón al aceptar una misión en que se veían lejanos los triunfos y próximas, muy próximas las responsabilidades.



BANDOLERO REGINO ALFONSO

Por fortuna, eran animosos, estaban habituados á la lucha y al sufrimiento, y llevaban consigo dos poderosos auxiliares: el amor á la patria grande y á la pequeña, y el noble deseo de patentizar que eran eficaces, salvadoras y prácticas aquellas ideas é instituciones, á cuya defensa consagraron lo mejor de su vida.

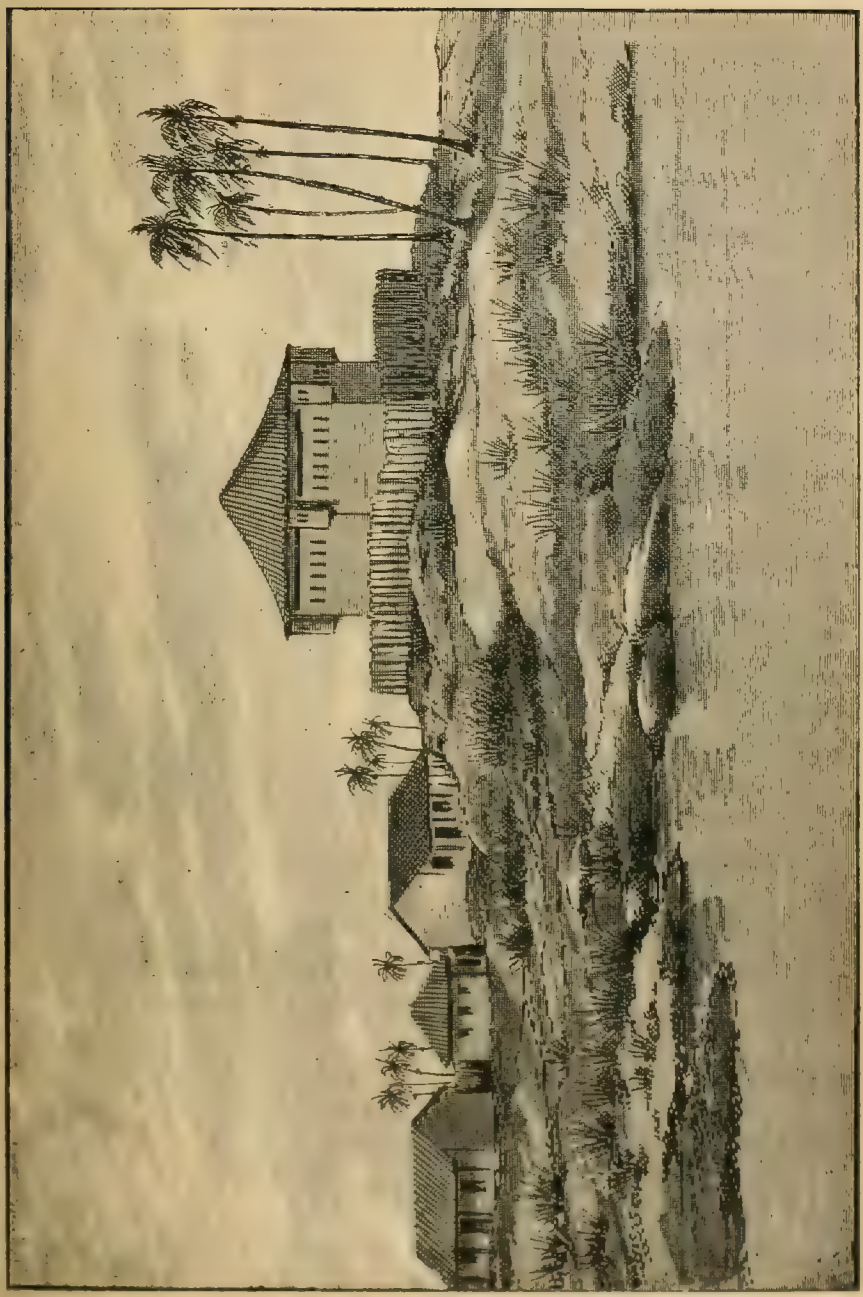
Abrumadores trabajos y duras contrariedades les esperaban en la empresa de conducir el gobierno interior de Cuba hasta la constitución de las primeras Cámaras insulares.

No sólo habían de tropezar con las infinitas dificultades anejas á la implantación de una legalidad, no sancionada por la experiencia propia, sino que tendrían que vencer las resistencias pasivas de un pueblo desventurado que anhelaba resucitar y vivir, pero al que apenas le quedaban fuerzas para levantarse del surco.

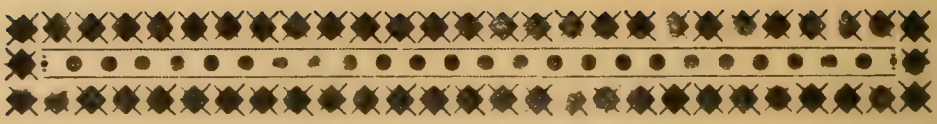
Era de esperar, sin embargo, que no fracasarían, á poco que su decidida voluntad perseverase, porque con ello estarían para animarles en la buena obra las simpatías y los votos de cuantos amasen de veras la paz, la libertad y la justicia.

Ya se encontraba expedito el camino, y no faltaba más que recorrerlo, sin vacilaciones, sin egoismos y sin desconfianzas. De que así fuera, nos congratulamos, no como políticos, sino como patriotas.

España, sin el acicate de presiones ajenas, que no hubiera tolerado nunca, supo cumplir su palabra de nación y sus deberes de madre.

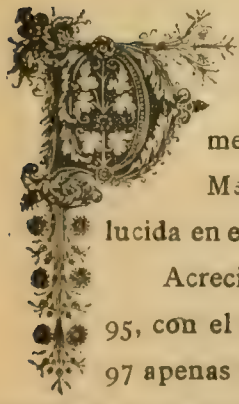


FUERTE EN LAS AFUERAS DE BAYAMO



CAPITULO XXVI

Año nuevo.—Nuestros votos.—El problema de Cuba.—A vueltas con el mismo tema.—Presunciones y temores.—Una hipótesis.—Consuelo póstumo.—Actividad de nuestras columnas.—Situación de las dos provincias Orientales.—Las fuerzas insurrectas del Camagüey.—Organización de las fuerzas rebeldes de Santiago de Cuba.—Trabajos de atracción.—Situación nada grata.—Las partidas occidentales desalentadas.—Nuestra ofensiva en Oriente.



DESVENTURADOS años fueron para España los de 1893 y 94, en los que además de sucesos interiores sumamente lamentables tuvimos que deplorar lo ocurrido en Melilla con las kábilas del Riff, y su terminación nada lucida en el tratado de Marruecos.

Acrecieron las desdichas de la patria á poco de empezar el 95, con el alzamiento de Baire, y desde entonces hasta fines del 97 apenas nos dieron punto de reposo ni momento de alegría, teniéndonos tan al cabo de nuestras fuerzas que en ocasiones pudo creerse probable, y aún cercano, el *finis Hispanioe.*

El año 97 despidióse de nosotros algo mejor que empezó, si bien con los horizontes aún muy cerrados. Por la parte de Filipinas aparecía el cielo más despejado, iluminando el horizonte los rayos del sol de la paz, pero sin haberse desvanecido por completo los temores de nueva tormenta. El problema de Cuba seguía siendo motivo fundado de recelos.

Sin embargo, la fé en nuestro destino y la confianza en los nuevos derroteros de nuestra política colonial nos hicieron concebir esperanzas de que el año 98 nos trajera algún alivio para nuestros padecimientos. La constancia con que la nación había hecho frente á tan continuados desvíos de la fortuna había de producir sus frutos. Los errores en que los gobernantes habían incurrido no habían logrado anular del todo los grandes sacrificios que con estoica serenidad y abnegación sin igual había sabido hacer el pueblo español.

Si la pacificación del archipiélago filipino no se había verificado como nosotros hubiéramos querido, al fin era pacificación y representaba una no pequeña mejoría en el estado de aquel país, sobre todo si se compara la situación con la de los últimos días del año anterior 1896, cuando el ilustre general Polavieja llegaba á la entrada del puerto de Manila. Entonces la soberonía española parecía en inminente peligro. A la fecha las circunstancias nos concedían una tregua que, bien aprovechada, pudiera haber sido fecunda en resultados favorables.

***

En la gran Antilla no se habían borrado ni en mucho tiempo se borrarían las tristes huellas del gobierno pasado, pero en algunas cosas se notaba mejoría. Ya no era el departamento Oriental tierra abandonada á la *Cuba libre* de los *mambises*. El general Pando había recobrado la línea del Cauto, tanto tiempo perdida, y había podido bajar casi solo aquel mismo río que hacía cerca de año y medio estaba cerrado para nuestros barcos, por muy bien defendidos que fuesen; y el general Linares había cruzado la zona comprendida entre San Luis y Baire, paraje por donde no había pasado una columna leal desde no sabemos qué fecha. Habíamos operado con éxito en el foco de la rebelión.

Al fin, nuestra perseverancia triunfaría de la tenacidad de nuestros adversarios.

Lo fiaron todo al agotamiento de España, y esta España, que ellos no conocían, ó conocían mal, mostrábase inagotable. Creímos que no tardarían mucho en persuadirse de la equivocación en que incurrieran, y cuando esto sucediese, la mayor parte de los que la combatían se acogerían á su nunca desmentida generosidad, mientras un puñado de díscolos aventureros marchase á esconder su impotencia en el seno del pueblo desleal que traidoramente los lanzara á la lucha.

Esperamos, por todo ello, que el año 98 vería ese desenlace. Si no habíamos dudado de nosotros mismos hasta entonces, menos debíamos dudar en adelante, después de haber hecho tan gigantescos esfuerzos.

¡Quizás, pensamos al ver nacer el nuevo año, está más cerca de lo que creemos el día en que la patria pueda entregarse, tranquila y contenta, á sanar de las heridas recibidas para evitar que puedan volver á abrirse!... ¡Oh, amarga decepción! ¡Oh, desencanto cruel y acerbo, el que nos tenía reservado el destino!...

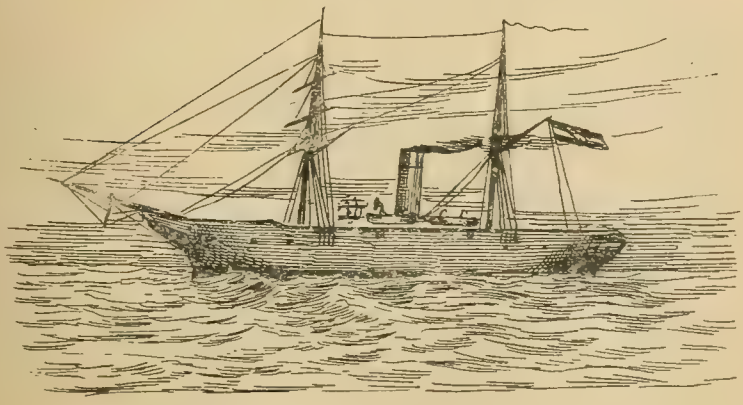
***

Problema el de Cuba siempre en el encerado, requiriendo de contínuo la atención de los españoles, ni más ni menos que reclamaba á los soldados y el dinero de la nación, impone también la necesidad de tratarlo casi á diario en las páginas de esta nuestra Reseña.

No ya á los escritores de nuestro país, sino á los extranjeros facilita el asunto materia inagotable de observación y de estudio. Porque el sesgo que al mismo se dió, las complicaciones por él originadas, sus consecuencias fatales y desastrosas para España, y sobre todo, la intrusión y los manejos de los Estados Unidos, lo convirtieron de negocio interior de España en cuestión universal.

Como todo hecho extremadamente complejo, presentaba el de que se trata, al comenzar el año 98, varias fases, algunas de ellas de capital importancia y esto consiente que sin pesadez ni monotonía podamos volver sobre el tema una y cien veces en el curso de nuestra RESEÑA.

En precedentes páginas hemos examinado las fases principales de la autonomía cubana en su primer acto, es decir, en la constitución del ministerio insular y en los efectos y responsabilidades que ese acto podía traer. Pero importaba mucho no perder de vista la faz capitalísima



CRUCERO «LEGAZPI»

de la cuestión, y á tal fin hemos de procurar que sobre ella se fije una vez más la atención de nuestros lectores.

Adelantémonos, teniendo en cuenta la fecha á que nos referimos, á dar por un hecho inconcuso, que el nuevo poder funcionaba del modo más admirable, con todo el aplauso de los cubanos que aceptaban la nueva legalidad.

Imaginémonos que los autonomistas emigrados se repatriaban sin que faltase uno solo; que los campesinos *pacíficos* habían hallado medios de vivir, olvidando los tiempos de Weyler y abominando de Máximo

Gómez y sus secuaces; que los más intransigentes partidarios de la Unión constitucional en Cuba reconocían el hecho consumado y no escuchaban sino la voz del patriotismo; que las elecciones habían sido hechas en la isla con una sinceridad antes no conocida en territorio español; que las Cámaras insulares deliberaban con elevado espíritu, y el Gabinete insular gobernaba con inteligencia, actividad y desinterés y con el aplauso y las simpatías de Europa. ¿Se habría acabado *por ello solo* la guerra? ¿Estaban los términos todos del problema reducidos á eso?

* * *

El elemento intransigente, el separatista, el que había soñado con lanzar de Cuba el poder español para satisfacer en la isla todas sus pasiones, había tenido dos grandes puntos de apoyo: el uno, parte muy considerable de la población cubana; el otro, el auxilio manifiesto y eficaz de los Estados Unidos.

Ahora bien: dando de barato que el favor de esa parte de la masa isleña se le retiraba á la insurrección mediante los efectos excelentes, supuestos en las líneas anteriores con toda generosidad, ¿con qué se les quitaba á los rebeldes el otro punto de apoyo?

Habian dicho que también ese apoyo desaparecería con la implantación del nuevo régimen en Cuba. Esto era una ilusión candorosa. El Mensaje de Mac Kinley, la actitud de las Cámaras norteamericanas, el lenguaje de los periódicos *yankees*, el anuncio de envío de la escuadra federal al golfo de Méjico, la última nota diplomática del Gabinete de Washington, las últimas expediciones filibusteras, la *piedad oficial* de Sherman por los concentrados y hasta las ropas viejas y los averiados comestibles con que el cónsul Mr. Lee habría de socorrer á aquéllos, eran datos más que suficientes para juzgar del aislamiento en que los Estados de la Unión del Norte América dejaban á la rebeldía.

Cierto que ya éstos no podían presentarse, cual trataran de hacerlo anteriormente, como los campeones de la humanidad y de la justicia (¡!). Su tarea era á la sazón gravemente hipócrita. Pero, ¿quién no veía la burda hilaza?

Con el lenguaje de los hechos, los Estados Unidos decían á Máximo Gómez, á Calixto García, á Rabí, á Collazo, á los Varona, á los Rodríguez, á los miembros del Gobierno ridículo de la manigua, ¡Sosteneos ahí mientras llega el momento oportuno de intervenir nosotros! Y, ¡claro está!, los rebeldes encontraban ese punto de apoyo para sus esfuerzos y sus esperanzas, y se mantenían y se mantendrían, (y se mantuvieron) al abrigo del bosque y al amparo de la Ciénaga, aunque toda la población cubana se apartase de ellos.

***

Aún suponiendo, pues,—(y fué mucha hipótesis)—que se produjera ese completo aislamiento, tocante al elemento insular, la rebeldía seguiría nutrida por los recursos de la República norteamericana. De consiguiente el gobierno español se halló en la necesidad imprescindible de buscar los medios para cortar esa corriente de auxilios morales y materiales. No lo hizo así, y la hipocresía y codicia *yankee* nos compilió y arrastró al desastre.

Esto se hubo de percibir con claridad superior cada día, sin que bastase para no querer verlo, meter, como el avestruz, la cabeza bajo el ala, para huír el peligro.

Quisimos fiarlo todo á la acción política, y lo cierto es que después de la solemne jura del gobierno militar ya no fué tan grande la depresión que en el ánimo de las gentes produjeran los tropiezos y los incidentes de su constitución; pero abandonamos ó no supimos enca-

rrilar y dirigir á donde debiéramos haber encaminado nuestra acción diplomática, y la temida intervención de la *humanitaria* gran República federal se nos vino encima y nos encontró desapercibidcs y casi en la más completa indefensión.

—Vive Dios, que pudo ser,—exclaman aún hoy con el personaje calderoniano los que tuvieron siempre fé en la virtualidad de la nación española y en ciertas esperanzas utópicas basadas en determinadas promesas y simpatías platónicas.

Un póstumo consuelo nos queda, y es: que aparte toda consideración utilitaria, será siempre hermoso y renovará siempre la confianza en el progreso de la humanidad, el espectáculo de un pueblo que sin romper la unidad de la patria, tomó posesión de sí mismo.

Aún los que no fueran capaces de sentirlo ni comprenderlo hubieron de notar con júbilo que las unánimes aclamaciones de la multitud en el instante de jurar los secretarios del gobierno insular fueron estas: ¡Viva España! ¡Viva Cuba siempre española!

Esos dos gritos fueron la primera ¡y única! compensación que á su generosidad y á sus sacrificios encontró la patria...

***

No permanecieron inactivas, nuestras columnas en operaciones por el campo de la rebelión, durante aquellos días de expectación política con motivo de la instauración del nuevo régimen político en la isla.

En Las Villas, el batallón de Soria batió en el cafetal «González» á la partida que mandaba el cabecilla Cayito Alvarez, compuesta de 200 hombres, á la que tomó y destruyó su campamento, causándole 20 muertos y cogiendo tres prisioneros, ocho armas y 36 caballos.

La columna tuvo en esa operación dos muertos y siete heridos, y en otras sucesivas hizo al enemigo otros tres prisioneros y cogióle cuatro caballos. Además se presentaron 84 rebeldes, con 22 armas, entre ellos el cabecilla Tajo.

En Sancti Spíritus se presentaron 45 con diez armas, entre los que figuraba el cabecilla Céspedes.

En Santiago de Cuba, el general Linares cruzó el Cauto con tres columnas, batiendo á Cebreco en Aguacate; siguió por Remanganaguas á Baire, volvió por Mabio, donde sostuvo combate con una partida, que huyó, y llegó á Palma Soriano, después de dispersar al enemigo y destruirle un campamento y efectos.

ORDENANZA DEL CABECILLA RIVERA

La columna del bizarro general tuvo un muerto de tropa, y heridos el teniente don Francisco Aya y ocho soldados.

La situación de las dos provincias orientales contrastaba de una manera visible con la mejora lograda en Occidente. En ambas erangrandes las dificultades para nuestras tropas, porque se habían ido acumulando por el enemigo durante más de dos años, á favor de la poca atención prestada á esa parte del teatro de la guerra.

Lo primero que se había de notar al emprender cualquiera clase de operaciones militares, era la falta absoluta de preparación para la campaña, falta solo imputable al anterior gobierno.

Agregábanse á esto las condiciones topográficas de aquella extensa región la más accidentada de la isla; el estado de la población civil; la carencia de caminos; la escasez de subsistencias y el no disponerse de suficiente número de acémilas para el servicio de transportes.

El general Jiménez Castellanos, que ejercía el mando militar en el Camagüey, prestaba especial cuidado á la salud y bienestar de sus tropas.

Como las fuerzas de que disponía no eran bastantes para guarnecer poblados y operar al mismo tiempo de un modo activo, se limitaba á la defensiva en Puerto Príncipe (capital de la provincia), Nuevitas y Santa Cruz del Sur.

El titulado gobierno de la República de Cuba había sostenido aquellos días frecuente comunicación con el *generalísimo* Gómez á propósito de la implantación del nuevo régimen y de lo que más convendría á los partidarios de la causa separatista, en presencia de la transformación política que la isla iba á sufrir.

De una y otra parte prevalecieron los temperamentos de intransigencia, y por ambas el acuerdo de continuar la lucha sin aceptar transacciones de ningún género.

***

Las principales partidas del Camagüey eran las que estaban á las órdenes de los cabecillas Recio, Capote, Vega y el peninsular Miró, que tenían á su disposición mucho ganado, porque en aquella región abunda en el campo, abandonado á sus correrías.

Opinaban los militares que, formándose una columna especial, podría recogerse cantidad bastante de reses, para proveer de carne al ejército.

Al objeto de proseguir activa y vigorosamente las operaciones en Oriente, continuaban acumulándose fuerzas en Santiago de Cuba, habiéndose establecido el cuartel general en Manzanillo.

Como resultado de las operaciones militares en preparación, se esperaba asegurar por completo la comunicación fluvial por el Cauto, poner remedio á la lamentable situación creada por la carencia de carne y la escasez de raciones para la subsistencia del ejército, aumentar la capacidad y el número de los hospitales, y aliviar, en suma, los sufrimientos de todo género que experimentaban nuestro sobrios y heróicos soldados.

En vísperas, pues, de una ofensiva en Oriente, interesa conocer la organización de las fuerzas insurrectas que mandaba Calixto García, la cual era, según informes que estimamos exactos, la siguiente:

División de Manzanillo.—Constaba de 2.000 hombres, á las órdenes del cabecilla Salvador Ríos.

División de Bayamo y Jiguaní.—La mandaba el cabecilla Jesús Rabí y ascendía á 1.500 hombres.

División de Holguín.—Formábanla 600 hombres, á las órdenes del cabecilla Torres.

División del Cauto.—La componía una gruesa partida, de cuyo mando estaban encargados los hermanos Menocal.

División de Santiago.—Mandábala el cabecilla Cebreco y tenía 1.500 hombres divididos en brigadas, á las órdenes, respectivamente, de los cabecillas Vázquez y Liern.

División de Guantánamo.—Tenía 500 hombres, á las órdenes de Periquito Pérez.

División de Ságua de Tánamo y Cartagena.—Estaba formada por una gruesa partida, cuyo mando compartían varios cabecillas de segunda y tercera fila.

Tales eran las fuerzas que al comienzo del año 98 constituían el

lamado *ejército libertador de Cuba* en el departamento Oriental, dotadas de buen armamento y de abundante alimentación.

***

Contra ese ejército rebelde había desplegado hasta la fecha mucha actividad el general Linares; pero manteniéndose á la defensiva, por carecer de fuerzas para ensanchar su esfera de acción y emprender una ofensiva vigorosa.

Los dueños de ingenios enclavados en la zona de Guantánamo, no se decidían á emprender las operaciones de la zafra, cohibidos por el terror de que los insurrectos cumplieran su amenaza de prender fuego á los cañaverales y á las fincas. Esto contribuía á aumentar las dificultades de la situación económica de Oriente, que era deplorable.

El estado sanitario era mediano.

Se trabajaba para atraer á la legalidad á los elementos fatigados de la lucha, pero hasta la fecha no se había conseguido ningún resultado favorable, porque las gentes estaban aterrorizadas por las amenazas de Calixto García, que extremaba las cosas para mantener intacta la rebeldía.

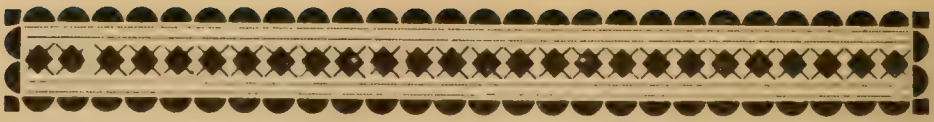
Varios vapores llevaban á Oriente aquellos víveres de que se carecía en aquella región, y tomaban en ella para las provincias de Occidente los de que en ésta se escaseaba, cohonestando con este cambio de productos las dificultades de la situación de la isla.

Juzgada ésta en conjunto, preciso es confesar que á la fecha no era nada grata; pudiendo sólo añadir, para atenuar esta desagradable impresión, que en las esferas oficiales se confiaba en poder poner pronto remedio á tan graves males.

Cuanto á las provincias occidentales, los generales Bernal y Gon-

zález Parrado se mostraban satisfechos de las últimas batidas dadas al enemigo, que, por consecuencia de ellas, se había visto obligado á fraccionarse y se mostraba desalentado.

Esto permitiría sacar de dichas provincias algunas fuerzas de las que á la fecha operaban en ella, para vigorizar y robustecer las que en Oriente se disponían á tomar la ofensiva.



CAPITULO XXVII

Nuevos refuerzos.—Alarma en la opinión.—Protestas y general clamoreo.—Los nuevos sacrificios de sangre.—Varios encuentros y combates.—Ataque de Niquero.—Presentaciones.—La prensa liberal de la Habana.—Esperanzas.—Nuevas presentaciones.—Ataques á un convoy.—Toma y destrucción de campamentos.—La columna del general Ruíz.—Batida y dispersión de las fuerzas del *generalísimo*.—Importante aprehensión.—El general Pando en Oriente.—Noticias satisfactorias.—Nuestros votos.

GRAN alarma produjo en la opinión la noticia dolorosamente interesante del envío de nuevos refuerzos á Cuba, pedidos por el general Blanco y concedidos por el Gobierno.

En vista de que el número de bajas aumentaba en el ejército de la gran Antilla, el capitán general de la isla había comprendido la necesidad de reponer aquéllas, á fin de hacer más activa y más provechosa la campaña antes que llegara el período de las lluvias.

A este propósito, y de acuerdo con el Gobierno, inició el reclutamiento voluntario para formar las milicias blancas y de color; pero el ensayo no fué todo lo provechoso que era de esperar, pues aparte los inconvenientes de armar voluntarios, sólo pudieron reclutarse 2.000 hombres.

Además, opinaba el general Blanco que era más conveniente en

aquellos momentos dedicar esos hombres á los trabajos agrícolas ó fabriles, que distraerlos en las operaciones militares, si desde la Península se le podían enviar en número necesario para cubrir bajas.

Estudiado el asunto, el ministro de la Guerra estimó muy razonables las observaciones del gobernador general de Cuba, y como desde Noviembre anterior no se habían enviado fuerzas á la isla, tenía el señor Correa el propósito de organizar una expedición parecida á la de dicho mes, disponiendo al efecto de una parte del cupo de Ultramar correspondiente al último reemplazo, que lo componían unos 14.000 hombres.

El nuevo sacrificio de sangre que se pensó imponer á la ya exangüe madre patria, después de lo que la experiencia había enseñado y de los múltiples sacrificios hechos por España en favor de la ingrata Cuba, levantó general clamoreo y unánime protesta en la opinión.

Al hacerse eco en sus columnas la prensa periódica de todos matices políticos, de tan dolorosa noticia, declaró que el Gobierno no procedía con el reposo que el verdadero patriotismo y la experiencia, sobre todo, exigían, imponiendo nuevos y cruentos sacrificios á la nación.

Y, en efecto, ya hemos dicho en anteriores páginas que el grande y capital error de la guerra en Cuba, el grande y capital error en que incurrieron, luego de las incertidumbres y alarmas de Peralejo, así gran parte de la opinión como los gobernantes, consistió en la aglomeración de enormes masas, en las expediciones copiosas, en la organización de una guerra de partidas y de emboscadas mediante ejércitos á lo Xerjes.

Ni Máximo Gómez, ni Rabí, ni Cronvert, ni Lacret, ni Rius Rivera, ni Zayas, ni Carrillo, ni Collazo, ni Calixto García mandaron jamás fuerzas considerables.

La guerra de todos los cabecillas cubanos fué siempre guerra de partidas, pero no á la manera española, no al estilo de nuestros Empe-

cinados, Zurbanos y Merinos, sino sencillamente reproduciendo la táctica del partido: huyendo, corriendo, alborotando, quemando, pero sin presentar jamás el pecho á acciones regulares ni empeñándose en verdaderas batallas. Sólo Maceo (Antonio), temperamento impulsivo, alma arrojada, con su espíritu aventurero y el acicate de su causa de raza, mostró táctica distinta; y con todo, nunca llegó á acaudillar más de

CORREO INSURRECTO

2.000 hombres, y cuando cae en Punta Brava sólo le rodea un puñado de amigos.

***

No: la insurrección cubana no requirió jamás un ejército como el que pudiera necesitar Prusia para invadir Francia. Con 200.000 soldados no pudimos impedir la entrada de las partidas en los pequeños poblados, ni contener la invasión de las provincias de Occidente, ni cortar el paso de Maceo á través de la manigua, desde Punta Maisí á Mántua.

La cuarta parte de aquella fuerza hubiera bastado, como bastó en la guerra anterior, para la defensa de las grandes ciudades; y si se recordara, á propósito de la anterior guerra, la entrada de Sanguily en Puerto Príncipe, también hay que recordar en estos tiempos el saqueo nocturno de Santa Clara.

Preciso es reconocer, ahora y siempre, que no con doscientos mil,

SECCION DE ARTILLERIA ATRAVESANDO LA MANIGUA

con cuatrocientos mil hombres, la guerra no habría sido para nosotros menos dura, ni habríamos más fácilmente aplastado al enemigo. Un ejército, por poderoso que sea, frente á una guerra de independencia, con enemigos invisibles, ó por lo menos incoercibles, como el vómito negro y el vómito *yankee*, en vano intentará servirse de su fuerza ni

aplicarla en momento determinado: la astucia acabará por esterilizar su poder y su brío. Es el mismo caso de los héroes de Homero: ellos peleaban cara á cara y los *Dioses* envueltos en una nube...

Reconocido ya el error, tiempo era de aplicarle remedio, poniendo justa tasa á los sacrificios del sufrido pueblo español. Era muy fácil para nuestros gobernantes echar carne á la manigua, y nuestro pueblo tiene un *aguante* verdaderamente marroquí. Con una firma del ministro de la Guerra y un aviso al marqués de Comillas, media España se dejaba embarcar para el matadero... Y, mientras, la agricultura quedaba sin brazos para su fomento, y los hogares, donde el pan de cada día se riega con sudor y lágrimas, huérfanos de mozos honrados, único patrimonio de sus desventuradas familias.

Además: ¿acaso el nuevo régimen iba á ir acompañado de mayores sacrificios de sangre? EL NUEVO RÉGIMEN ES LA PAZ—se dijo y pregonó, y con esta esperanza lo aplaudimos. Pues si *la constitución de este régimen* SIGNIFICABA LA PAZ, ¿para que se querían más soldados?...

El envío de más hombres á la manigua recordara á todo el mundo el triste destino de los maridos engañados y, por añadidura, apaleados por su rival.

***

La columna formada por el batallón de Barbastro, al mando del coronel Rodríguez, practicando un extenso reconocimiento por la costa Sur de la Habana, encontró el día 3 en Oropesa á la partida que mandaba el cabecilla Collazo, formada por 200 hombres, la cual había tomado posiciones en un campamento formado por 44 bohíos y defendido por muchas trincheras y por una doble línea de palmas rellena de tierra y con fosos, situado en gran parte de la ciénaga.

El batallón atacó con gran denuedo el campamento enemigo, y luego de sostener nutrido fuego por espacio de una hora, puso en dispersión á los rebeldes, que abandonaron al huir diez muertos.

Las tropas tuvieron que lamentar la muerte de cuatro soldados y catorce heridos, todos peninsulares.

Los insurrectos se resistieron como pocas veces solían hacerlo; por lo que fué preciso atacar á la bayoneta algunas de las trincheras de donde fueron desalojados, sufriendo entonces la mayor parte de las bajas.

La partida del negro González fué batida en tres encuentros sucesivos en jurisdicción de Sancti Spíritus y Tasajeras, por los batallones de Murcia, Isabel II y Pavía, que le hicieron tres muertos y dos prisioneros y le cogieron armas y caballos y un mulo.

Nuestras fuerzas tuvieron un oficial y seis de tropa heridos.

Los rebeldes orientales intentaron penetrar en Niquero, poblado de la jurisdicción de Manzanillo.

El enemigo, al presentarse y poner sitio al poblado, envió un parlamentario al jefe del destacamento que guarnecía el fuerte de Niquero, intimándole la rendición.

«Traemos—dijo el parlamentario—excelente artillería; si no se entregan romperemos fuego de cañón y destruiremos en dos horas sus defensas.»

La valerosa guarnición respondió que no se rendiría jamás y, retirado el emisario, rompieron el fuego contra los sitiadores, que aprovechando la tregua á que dió orígen la aproximación de aquél, emplazaban su artillería.

Lograron los rebeldes colocar un cañón, y con él hicieron 50 disparos contra las defensas de Niquero, pero el fuego de fusilería de nuestros soldados fué tan certero que, el enemigo, con artillería y todo, levantó el cerco, y se retiró prudentemente desistiendo de sus propósitos.

Al retirarse, salió del fuerte un grupo de soldados que persiguió á la partida, causándola algunas bajas.

El destacamento tuvo dos muertos y un herido que les causó uno de los cañonazos.

Según noticias de Sagua (Las Villas), se acogieron al nuevo régimen político instaurado en la isla, presentándose á las autoridade de dicha población, el titulado teniente coronel del *ejército libertador* Soto perteneciente á la partida del cabecilla Robau, con un capitán, dos tenientes y veinte hombres armados y municionados, quienes al verificar el acto de sumisión dieron vivas á España, á la autonomía y á Cuba española.

***

La prensa liberal de la Habana continuaba dedicando su atención preferente al alcance de la nueva política.

Para ella era punto menos que indudable que el régimen, ya en completo ejercicio, habría de producir resultados beneficiosos para la paz y para la patria.

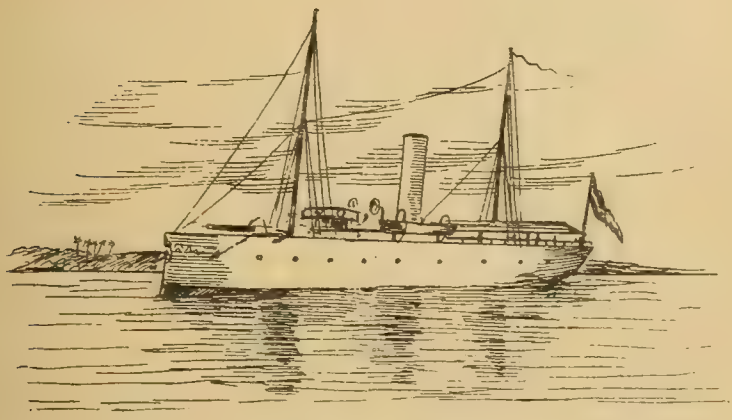
Careciendo de base y justificación toda protesta; gobernándose el pueblo cubano por sí mismo; probada la absoluta sinceridad en la aplicación de la autonomía, sin distingos ni regateos; cansados de luchar muchos de los que estaban en armas; agotados los recursos del enemigo en muchas zonas, y necesitada Cuba de paz para su reconstitución y vida, la prensa liberal creía que todo el que amase aquel país meditaría seriamente sobre la situación y se penetraría de la alta conveniencia de ir á la paz.

En este sentido de esperanza se inspiraba la prensa liberal de la Habana en los primeros días del año 98.

A acrecentar estas esperanzas vino la noticia de haberse acogido en Puerto Príncipe á los beneficios del nuevo régimen, el titulado teniente

coronel Joaquín Quirós, secretario que fué del marqués de Santa Lucía, y la presentación del titulado comandante Anastasio Núñez, dos oficiales y cinco individuos armados, en Rancho Velóz, jurisdicción de Remedios.

Además, se esperaba con algún fundamento la presentación del resto de la partida y predominaban impresiones optimistas, las cuales reconocían como fundamento los trabajos que se estaban realizando para



CAÑONERO «PATRIOTA»

que se acogieran á la legalidad importantes cabecillas y núcleos numerosos de insurrectos.

El general Ochoa, al frente de una columna que conducía y custodiaba un convoy á Bayamo, sostuvo varios combates con diversas partidas rebeldes concentradas en el camino con objeto de apoderarse del convoy ó impedir su paso.

En todos ellos fué rechazado el enemigo, causándosele considerables bajas que retiró al abandonar el campo y desistir de su inútil empeño.

Nuestras bajas en esa operación fueron dos soldados muertos, herido grave el teniente de las escuadras de Pavía, don Natalio Vela y heridos leves seis soldados.

El batallón de Murcia, operando en la zona de Sancti Spíritus, se apoderó y destruyó tres campamentos del enemigo. Este, después de oponer alguna resistencia, huyó, abandonando doce muertos que fueron identificados, muchas armas y efectos.

Las tropas tuvieron un soldado muerto, y heridos el teniente don Eliseo Corral y el médico don Miguel Murubal.

***

Practicando un extenso reconocimiento en las costas de la jurisdicción de Sancti Spíritus la columna que mandaba el general Ruíz, cuyo objetivo principal era dar con la guarida del cabecilla fantasma y fuerzas que custodiaban al *generalísimo* Gómez, de quien se sabía que estaba por aquella región, descubrió y se apoderó el día 8 de un depósito de caballos que tenía el célebre *condottiere* dominicano. Había en él 200 caballos que cayeron todos en poder de nuestras tropas.

Al día siguiente, el general Ruíz y sus tropas, continuando sus operaciones, lograron encontrar un campamento enemigo situado en Pozo Abelardo y defendido por fuerzas de Máximo Gómez, á las que batieron y desalojaron de él, tras corta y débil resistencia. Siguiendo el rastro, continuaron la persecución hasta conseguir dar alcance á los rebeldes en los montes Hoyos, donde se hallaba acampada una partida compuesta de 200 infantes y 300 caballos, al mando del *generalísimo* y del negro González.

La columna emprendió el ataque de las posiciones enemigas, y los insurrectos se defendieron, aceptando el combate al ver la exigüidad

de nuestras fuerzas; pero iniciado un ataque á la bayoneta por nuestros valerosos soldados, abandonaron aquéllos sus ventajosas posiciones y huyeron cobardemente. Entonces cargó sobre ellos nuestra caballería, en el sitio llamado El Limpio, y los dispersó, causándoles numerosas bajas.

El resultado de esta brillante operación fué recoger 12 muertos, entre los que figuraba el cabecilla Juan Ordoñez, que fué identificado, y hacer tres prisioneros con armas.

La columna tuvo siete soldados heridos, cuatro contusos y trece caballos muertos.

El día 10, el teniente coronel don Claudio Gata, con fuerzas del batallón de la Lealtad y caballería de Pizarro, sorprendió en San Joaquin, término de Campo Florido (Habana), otro campamento enemigo.

Los insurrectos apelaron á la fuga, dejando en poder de nuestras tropas diez fusiles Maüser, 109 Remingtons, 136 machetes, 100 escobilleras, 6 cajas de dinamita, un botiquín con medicamentos y varias herramientas.

El general Pando, después de recorrer la costa Norte del departamento Oriental, estuvo un día en Santiago de Cuba inspeccionando las fuerzas que guarnecían la capital, y llegó el día 11 á Manzanillo para dirigir personalmente las operaciones de guerra que se proponía emprender en breve con gran actividad y vigor contra las partidas orientales.

Según los informes que este general comunicó al ministro de la Guerra, el número de rebeldes que existía á la fecha en Cuba, era de diez á once mil hombres, de los que una mitad por lo menos operaba en la provincia de Santiago de Cuba.

***

Consolador fué el despacho que el día 10 dirigió al ministro de la Guerra el gobernador general de Cuba sobre la situación de la isla.

Decía así:

«...La situación del país mejora; aumenta el trabajo y el tráfico, y ha empezado la zafra en las provincias occidentales.

La Aduana de la capital ha producido en Diciembre último 1.208,000 pesos.

Los concentrados atendidos van reponiéndose en gran número.

Enviaré á V. E. datos precisos acerca de la concentración. — *Blanco.*»

No creemos que el marqués de Peña Plata remitiera estas noticias por el gusto de entretener la ilusión de las gentes, sino por la alta conveniencia de reflejar una mejora de situación algo lisonjera.

Ya sabíamos que había comenzado la zafra en las provincias del Occidente de la isla, y todo buen español peninsular ó insular debió celebrar que se realizaran estas importantes operaciones en forma tal que, aprovechando al país cubano, por ser esa la base esencial de su riqueza, no aumentase los ingresos en las cajas de la delegación que el filibusterismo tenía establecidas en Nueva York.

Consecuencia natural de los trabajos de la zafra era el aumento del tráfico, y esto era también vida y esperanza. La cifra alcanzada en la recaudación hecha por la Aduana de la Habana era verdaderamente excepcional.

En los tiempos normales excedía pocas veces la recaudación mensual de un millón de pesos, y por esto era de llamar la atención un ingreso tan considerable como el que señalaba el general Blanco, si bien puede explicarse no sólo por el aumento de población en la capital, sino por la necesidad de reponer en ese mes todo lo que había sido destruído en las fincas azucareras para poder realizar las operaciones de la molienda.

De todas suertes, hicimos votos por que esas impresiones del general Blanco fueran reales y pudiera semanalmente ir afirmándolas y ampliándolas, pues comprendiendo lo lamentable que serían para la nación nuevos desengaños, no había de ir en sus optimismos más allá de lo que fuera reflejo de la verdad.

CAPITULO XXVIII

Sin plazos.—Remembranzas.—Justicia y conveniencia.—Impaciencias injustificadas.—Reticencias imprudentes.—Las dos acciones.—Expedición filibustera.—Goleta apresada.—Desembarco impedido.—El cañonero Galicia y la guerrilla de Níquero.—Toma y destrucción del campamento de las Salinas.—Otro mártir de la paz.—Asesinato de un capitán y un práctico.—Traición y crímen.—El capitán señor Puga.

No era mal argumento, para aprovechado en los círculos separatistas de Cayo Hueso, Tampa y La Florida y en los bohíos de la sierra del Cobre y de los montes de Reforma y la Siguanea, el que ofrecieran á los rebeldes cubanos los que señalaban plazos, á los pocos días de la instauración del nuevo régimen político en nuestra colonia antillana, para resolver definitivamente el problema de Cuba.

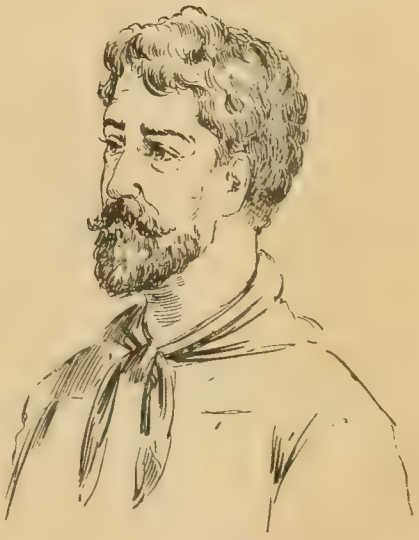
Ese, precisamente, habia sido el clavo á que habíase agarrado Máximo Gómez para mantener algo despiertas las esperanzas de los que todavía le seguían. Y cuando se veía que ese clavo estaba á punto de desprenderse, he aquí que en vez de emplear las tenazas ó el corta frío para acabar de arrancarlo, se echaba mano al martillo para golpear sobre él y afirmarlo un poco.

¡Bonita y patriótica labor!

¿Quién no sabía, en efecto, que los separatistas habían confiado en la prolongación de la guerra, en hacerla durar uno tras otro año, mucho más que en su propio esfuerzo y en los elementos de que disponían

para la realización de sus propósitos? ¿Quién ignoraba que para arrastrar primero á los ilusos y á los desesperados á la manigua y para mantenerlos después en las filas rebeldes procuraron inducirles estas dos ideas capitales: que España no cumpliría sus promesas, en caso de que hiciese alguna, y que el triunfo de los insurrectos estaba y consistía en la prolongación de la lucha que acabaría por agotar los recursos de la Metrópoli?

Pues bien; no fué de lamentar, bajo todos conceptos, que en los momentos mismos en que los hechos destruían con la implantación de la autonomía la primera de aquellas aseveraciones, demostrando su falsedad, ¿no fué lamentable espectáculo, que aquí en la Península hubiera quien diera fuerza y valor á la segunda, señalando plazos, como si se pretendiera indicar que nuestras fuerzas no podían pasar de cierto y determinado límite?



CABECILLA ORDOÑEZ

¡Qué más podían apetecer los enemigos de España!

No: un año nos había señalado Mac Kinley, y aunque tuvo buen cuidado de no dejar traslucir que prorrogaría el plazo, todo el mundo se indignó, tanto por la intrusión en nuestros asuntos, que la sola indicación envolvía, como por el propósito de encerrar nuestra acción y poner límite á nuestros recursos y á nuestros esfuerzos dentro de un lapso de tiempo determinado, dando á la vez, con evidente torpeza, alientos á la insurrección para que resistiese un año más.

No: no pudo haber plazos de ninguna especie; ni de cuatro, ni de cuarenta meses, porque España quería conservar á Cuba y no cejaría en su patriótico empeño, ocurriera lo que ocurriera, hasta restablecer la paz y afianzar en la isla su incontestable soberanía.

***

Más que sorpresa causónos pesadumbre el observar que, apenas había principiado á funcionar el régimen autonómico en Cuba, surgían ya dudas sobre su eficacia.

A decir verdad, esas dudas, harto prematuras, que aparecieron en ciertos periódicos, no fueron más que una de las formas que adoptara la oposición para arrojar algunas sombras sobre el nuevo régimen insular.

El recurso, á fuerza de viejo, era de los que están mandados recoger. Más tiempo llevaban funcionando en la Península el sufragio universal y el Jurado, y había, sin embargo, quien se creía obligado á cada dos por tres, y se creerá obligado mientras viva, á arremeter contra ellos en cuanto oiga hablar de un veredicto ó se celebren unas elecciones.

Tan antiguo era el recurso, que, seguramente ninguno de nuestros lectores habrá olvidado cómo lo utilizaron ya los contemporáneos del general Espartero.

A todas horas se recordaba que los autonomistas que mandaban en la Habana tenían parientes y deudos en la insurrección, se les atribuían ideas egoistas en la cuestión de la Deuda y sobre el problema arancelario, y se establecían hipótesis determinadas para deducir que en tales condiciones sería preferible la independencia de la colonia.

Nos recordó esa campaña la que muchos periódicos hicieron á raíz

del convenio de Vergara por estimar que los carlistas se harían dueños absolutos del gobierno del país.

Porque, en efecto, vimos como se fingían parecidos temores, dividiendo á los habitantes de la isla en españoles y cubanos; pero olvidando á la vez que esa división era obra de otros tiempos y que entonces precisamente era cuando por fortuna había desaparecido.

Cierto que no se podía exigir á los que habían combatido la autonomía, que de la noche á la mañana les pareciera ésta de perlas. Pero debieran haber tenido en cuenta los que aquí todavía la combatían que en Cuba la habían aceptado todos, y que en adelante eso bastaría para que por igual y con el mismo derecho tuvieran intervención en la gobernación de la isla.

«*Autres temps, autres mœurs*»—dicen los franceses.

***

Además de considerar como obra de justicia la concesión de la autonomía á la isla de Cuba, debió considerarse también como obra de conveniencia y de interés sumo para la patria, si contribuía, como confiadamente esperábamos, á traer más pronto la paz.

El ejército había demostrado, á pesar de todas las dificultades con que había tenido que luchar, y que hubieran arredrado á otros soldados menos sufridos y pacientes, que España permanecería siempre en Cuba y que no había poder humano ni insurrección que valiera—así pensábamos en aquella fecha—capaz de arriar en la isla nuestra bandera.

Los insurrectos lo sabían mejor que nadie, porque lo proclamaba nuestra constancia y lo aseguraban nuestras victorias.

En su alocución á los orientales, fechada en Mangos de Baraguá á 18 de Octubre de 1895, decía Antonio Maceo á los habitantes de Santiago de Cuba en el momento de emprender la invasión:

«—El gobierno de la República, el país, que está con nosotros, y la opinión universal, tienen sus ojos y sus pensamientos fijos en vosotros en estos supremos momentos en que se ha de decidir la suerte futura de un pueblo; y yo abrigo la firme convicción y me alienta la consoladora esperanza de que vosotros habreis de sostener enhiesta la bandera de la Estrella solitaria, *para pasearla triunfante y vencedora por las calles de la Habana*, tras una serie no interrumpida de victorias.»

Quien con tal arrogancia se expresara, veíase un año después obligado á aprovechar las sombras de la noche para cruzar la trocha de Mariel-Artemisa Majana, y morir.

De aquellos orientales á quienes dijera que en sus manos estaba la suerte de la rebelión, apenas si le acompañaban una docena.

No: no había poder humano que nos arrebatase Cuba. Con más fuerza, si cabe, que los triunfos de nuestras armas, lo proclamaban nuestros mismos contratiempos.

¿Dónde estaban Guáimaro, Las Tunas y Guisa? Fué preciso que desaparecieran, arrasadas por las bombas enemigas, que no quedara de ellas piedra sobre piedra, para que los rebeldes lograran pisar la tierra en que se alzaron. Y ni siquiera esa tierra pudieron conservar.

¿No estaban diciendo á voces esos hechos que para conquistar la isla, si los insurrectos fueran capaces de conquistarla, tendrían que arrasaria primero desde Punta Maisí al cabo de San Antonio, y aun en tal caso seríamos nosotros dueños del terreno?

Sí; la prueba estaba hecha á costa de torrentes de sangre y montones de dinero, prueba dolorosa cual ninguna. Cuba no podía dejar de ser española. Los mismos sacrificios hechos nos imponían la obligación de conservarla, si no nos lo impusieran de antemano el tributo de admiración que debíamos rendir al heroismo del ejército y nuestro propio honor.

Y convencidos y seguros de que no habíamos de cejar en nuestro

derecho, podíamos, sin mengua ni desdoro, trabajar por todos los medios á nuestro alcance para que cesaran pronto los horrores de la guerra.

Por eso hemos empezado por decir que si la concesión de la autonomía fué obra de justicia, debió considerarse también como obra de alta y humanitaria conveniencia, como elemento para apresurar la hora de la paz.

***

Después de haber enviado á Cuba doscientos mil hombres, los millones necesarios para sostener la guerra con tan numeroso ejército, y esperar durante tres años que se acabara, primero en la seca del 95, después en la del 96 y más tarde en la del 97, siempre con grandísima calma y sin precipitación, apoderóse de pronto la impaciencia de los que mayores esperanzas de dominar la insurrección en poco tiempo infundieron al país, y un día con inmotivados recelos, y al otro con desconfianzas sin fundamento, pretendieron llevar al ánimo del impresionable concurso la idea de que todo había fracasado, porque el general Blanco y el gobierno insular no habían dado en once días cima á la magna empresa en que estaba empeñada España desde el segundo mes del año de 1895.

Esa singular mudanza en el modo de apreciar los hechos, vino aparejada con otro fenómeno.

Y fué, que habiendo convenido hasta el último día del año anterior en que la gran mayoría de los habitantes de Cuba eran españoles afectos á la madre patria, y que los separatistas no constituían más que una ínfima minoría, desde el 1.° del nuevo año á mediados del mes, todo se volvían reticencias para escatimar á la mayor parte de los cubanos

ese título de español, al cual nosotros no sabemos que hubiesen renunciado desde que empezó el gobierno insular sus funciones.

De manera que esta condición de español ya no era privativa del individuo, ni tenían en ella nada que ver los padres que nos engendraron ni el lugar en que nacimos, ni casi casi nuestra voluntad. Dependía principalmente de nuestras ideas políticas, religiosas, sociales ó arancelarias.

El progreso, como se vé, no podía ser mayor ni mas avanzado.

MUERTE DEL CABECILLA NUÑEZ

Allá, á raíz de los tiempos *venturosos* de las revueltas religiosas, cuando ya se pudo poner un poco de paz en Europa, y las naciones se dividieron en católicas y protestantes, la religión del monarca era la de los súbditos: éstos no tenían derecho á elegir. El que era católico, si había nacido en tierra donde predominaban calvinistas ó luteranos, tenía que abandonar su patria con tiempo fresco, y lo propio le ocurría, aunque en sentido inverso, por supuesto, al protestante á quien la tor-

menta cogió en país católico. Porque, como ya hemos dicho, el monarca podía optar por una religión ú otra; el súbdito no.

Que es, sino estamos equivocados, lo que entonces, y ahora, pretendieron y quieren los carlistas.

Lo que hay, es que todo eso resulta un poquito rancio á fines del

UNA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL

siglo XIX, y á nosotros los españoles, especialmente, nos salió un poquito desigual, y nos ha dado muy malos resultados.

Pero de todos modos hay que confesar que tuvo gracia que en el año 1898 se pretendiera imponer las creencias políticas como se imponían en tiempo de Felipe II las religiosas, y se negara el título de ciudadano español al que en Cuba no comulgase con la Unión Constitucional.

***

Según han podido ver nuestros lectores por la reseña que en precedentes páginas dejamos hecha de los sucesos ocurridos en Cuba en la primera decena del mes de Enero, no había sido obstáculo el planteamiento de la autonomía para que nuestros soldados hubiesen podido ponerse en contacto, contacto de sable y de bayoneta, por supuesto, con la partida que mandaba personalmente el astuto dominicano Máximo Gómez, suceso que la casualidad no deparaba muy á menudo; ni para que algunos cabecillas de la talla de Regino Alfonso, hubieran probado por última vez el efecto destructor de los Maüsers de nuestros soldados y la certera puntería de estos bravos defensores de la soberanía nacional; ni tampoco para que cerca de Campo Florido, teatro de las *hazañas* del desleal Aranguren, hubiese topado el batallón de la Lealtad con un campamento rebelde que no tenía trazas de improvisado, puesto que en él se encontró un buen surtido de armas y de municiones de guerra.

Y hay que tener en cuenta que señalamos únicamente los hechos más recientes, los ocurridos, como quien dice, en la primera semana de hallarse en funciones el gobierno autónomo insular.

Por otra parte, como somos un tanto aficionados á agrupar cifras para dar expresión á los números, y teníamos gran confianza en los resultados que habría de dar el nuevo régimen colonial, antes que rehuir la comprobación, preferimos poner ante los ojos del lector estos resultados, pocos ó muchos, grandes ó pequeños, según fueron conociéndose.

Para ello utilizaremos, como siempre, los despachos oficiales.

De los que remitió el general Blanco el dia 11 de Enero, dando cuenta de las novedades ocurridas desde el dia 5, ó sea en el transcurso de *seis dias*, resultó:

Muertos hechos al enemigo.	35
Prisioneros.	6
Presentados.	165
Armas recogidas.	99

En estos datos no van comprendidos las armas y municiones recogidas cerca de Campo Florido, por ser el suceso posterior á la fecha de los despachos á que nos referimos, y por dejarlos ya consignados al dar cuenta del suceso.

Conviene advertir que entre los muertos figuraron varios jefes rebeldes, y entre los presentados un ex-secretario del marqués de Santa Lucía, ex presidente del titulado gobierno insurrecto, un teniente coronel, un auditor y varios oficiales.

Ya se vé por estos datos, á pesar del corto período que comprenden, que la implantación del nuevo régimen no entorpecía las operaciones ni tampoco las presentaciones.

***

A consecuencia de haberse tenido en Niquero, uno de los primeros días del mes de Enero, una confidencia de que los rebeldes orientales esperaban una expedición con muchos pertrechos de guerra y alguna gente de los Estados Unidos, y también que el desembarco se pensaba efectuarlo en el sitio denominado Potrida (Manzanillo), se dispuso que el cañonero *Galicia*, en combinación con la guerrilla de Níquero, al mando del capitán señor O'Ryan, se dirigieran á impedirlo y apresarlo.

En el sitio indicado por el confidente, entre Purgatorio y Gran Rincón y á la hora señalada, acercóse el día 11 á la costa una goleta.

El cañonero *Galicia*, que estaba oculto en una ensenada, cortó la retirada al barco filibustero, y las fuerzas de la guerrilla salieron del bosque y se apostaron en la costa.

Entonces los tripulantes de la goleta y fuerzas rebeldes que estaban emboscadas y apercibidas para favorecer el desembarco rompieron el fuego sobre las tropas leales; pero éstas contestaron con tal vigor que,

á poco de iniciarse el combate, las partidas insurrectas se retiraron, llevándose dos muertos y dejando otros dos sobre el campo.

Los tripulantes de la goleta arrojaron al agua buena parte de la carga; pero á pesar de esto, el cañonero llegó á tiempo de recoger seis toneladas del cargamento, compuesto de armas, municiones y botiquines.

El barco procedía de Jamaica y su patrón Justo Pérez (a) *El Gallego* y otro tripulante de la misma cayeron en poder de nuestros marinos, así como la voluminosa correspondencia que llevaba á bordo.

Una vez realizada la aprehensión, formóse una columna de 200 hombres, con fuerzas de la dotación del cañonero y la guerrilla, que, al mando del citado capitán O'Ryan, se internó más de dos leguas en la manigua en persecución de las partidas, destruyendo el campamento de Salinas, después de haber desalojado de él al enemigo, con nutrido fuego, y dispersando á las fuerzas rebeldes que lo abandonaron.

El patrón y el marinero presos de la balandra correo fueron conducidos á Santiago de Cuba, así como la correspondencia apresada.

El *Galicia* es un crucero-torpedero de 541 toneladas de desplazamiento, y lo mandaba el teniente de navío de primera don José María Aviñó.

A bordo llevaba 79 plazas, y como fuerza ofensiva 6 cañones de 57 milímetros, una ametralladora y dos tubos lanza torpedos.

***

De otro caso idéntico al del infortunado teniente coronel señor Ruíz nos dió cuenta el día 13 nuestro celoso corresponsal en Santa Clara.

El capitán de infantería don Antonio Puga, antiguo retirado y á la sazón comandante militar de Santiago de las Vegas, á semejanza del

malogrado Ruíz, marchó al campo rebelde para hablar á un cabecilla con quien tenía concertada una entrevista.

El capitán señor Puga, residente hacía muchos años en la isla, tenía amigos entre los rebeldes. Aseguráronle que uno de éstos, jefe de una partida, quería presentarse, y para decidirle y favorecer el cumpli-

OFICIAL VISITANDO LOS PUESTOS DE LOS CENTINELAS

miento de su deseo escribióle el señor Puga, contestando á su carta el cabecilla con un recado verbal, dándole una cita en su campamento.

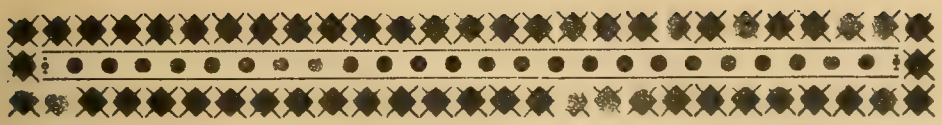
Salió el confiado capitán de Santiago de las Vegas, en compañía de un práctico, el día 9 de Enero, y á los cuatro días, en vista de que no regresaba, salió una guerrilla en su busca.

Recorriendo las fuerzas leales el sitio donde su jefe había dicho que

pensaba ver y habíale citado el cabecilla, encontró los cadáveres del desventurado comandante militar de Santiago de las Vegas y del práctico que le había acompañado en su expedición.

Ambos cadáveres estaban horriblemente mutilados.

Por coincidir la noticia del asesinato de otro mártir de la paz con los graves sucesos acaecidos en la capital de la isla no produjo en los ánimos la sensación que causara la de su predecesor en el martirio, si bien no dejó de ser grande y penosísimo el efecto que produjo tanto en la Habana como en la Península, por ser el desgraciado señor Puga, hombre honradísimo y muy querido de cuantos le trataron.



CAPITULO XXIX

Grave suceso.—El motín de la Habana.—El dolor de España.—El deber de todos.—Hay que decirlo.—Origen del suceso.—En el teatro Albisu.—El primer motín.—En las oficinas de *La Discusión*.—Contra el *Diario de la Marina*.—La manifestación disuelta.—Sigue el motín.—El general Arolas.—Fin del tumulto.—Impresión en la Península.—La opinión imparcial.—Declaración de los oficiales.—Sin consecuencias.

MARGURA muy grande hubieron de producir en todos los corazones españoles las tristes y graves noticias llegadas de la Habana el día 13 de Enero.

No solamente causó vivo dolor ver la autoridad del capitán general desconocida, sino que se presintió con profunda pena el efecto que acontecimientos de tal índole habían de tener en el extranjero y en la manigua, y las consecuencias funestas que podían traer á España.

Las esperanzas más ó menos justificadas, pero muy despiertas, en aquellos días, experimentaron quebranto gravísimo. Tornó á apoderarse de los ánimos la desconfianza sombría, debilitadora del fuerte espíritu nacional, hasta un punto que nadie pudo presumir.

Se recordaba con tristeza aquellas semanas que siguieron á los sucesos de Marzo de 1895 y durante las cuales la mayoría de los periódicos europeos emitieron sobre nuestro estado social y sobre el papel que en la vida de la nación hacía nuestro ejército, juicios durísimos y depresivos en el más alto grado. El temor de que esos juicios se repitieran

con motivo de los motines de la Habana llenó las almas españolas de inquietud.

Sobre ellas cayó como el agua helada sobre quien tirita de frío, la consideración del júbilo que habrían de sentir los intransigentes separatistas al enterarse de tales hechos, y de la consistencia que lo ocurrido daría á los propósitos de los enemigos de España.

Después de tantos y tan dolorosos sacrificios hechos por esta infeliz nación en aras de la paz, tras de consumir tantas vidas y tantos millones, á raíz del esfuerzo más doloroso, cuando se entraba por un nuevo camino en busca del deseado objeto, se perturbaba todo y se obscurecía todo, merced á los manejos é intrigas de politicastros egoistas y malos patriotas que intentaban explotar en su provecho las pasiones de clase.

Fué aquello la reproducción de lo acaecido en Madrid, pero esta vez se intentó en condiciones más difíciles, en circunstancias más graves y cuando todo el mundo civilizado tenía los ojos fijos en nuestro ejército.

***

Fácil, muy fácil es excitar la pasión de gente moza con susceptibilidades de clase, avivadas constantemente por los que de tarea semejante hacen su negocio. Estos «negociantes políticos» no perciben lo que de natural hay en ello, sino lo que puede servir á planes que de militares precisamente no tienen carácter alguno.

El ejército, que anduvo en otro tiempo harto mezclado á la vida de los partidos españoles, comenzó hace diez ó doce años á separarse de éstos y á afirmar su espíritu de clase. La evolución hubiera sido provechosísima si el ejército hubiese quedado incomunicado respecto de los políticos.

Los militares fueron dejando de ser progresistas ó moderados, re-

volucionarios ó alfonsinos, para no ser más que militares; soldados de la patria al servicio de la Nación, guardadores de su honor y defensores de su bandera y de su integridad. Así son los ejércitos de las grandes naciones europeas. Mas, los políticos, que ya para cambiar la Constitución no podían contar con la fuerza armada, ni con la oficialidad afiliada á un partido, pensaron en explotar ese espíritu de clase, que con

TIPOS DE RECONCENTRADOS

energía se despertaba y se manifestaba, para lanzarlo contra un gobierno y derribar una situación.

En toda entidad que afirma su vida y personalidad propias frente á las demás entidades hay un sentimiento fácil de sobreexcitar con adulaciones unas veces, otras veces con recelos. Y esto, precisamente,

se venía haciendo en aquella época de un modo tan claro, tan á la luz del día, sin tapujos ni misterio alguno, que los manejos y propósitos que había detrás de ello, si no se veían, se presumían.

El suelto imprudente de un periódico ó el artículo intencionado y pérfido que á veces se desliza en algún diario, precisameute por quienes desean provocar el conflicto, es como la tea encendida arrojada en el montón de apilado combustible. La pasión irritada no razona; la inexperiencia natural é inevitable no descubre la mano de donde parte el impulso; ánimos juveniles se inflaman con el recuerdo del poder mostrado en otras ocasiones; las consecuencias de los actos se obscurecen; la expectación de los pueblos extranjeros se olvida; se deja la rienda suelta á la cólera ó al orgullo, y mientras todo padece, el prestigio del mismo ejército el primero, y el enemigo toma alientos y los extraños se erigen en censores y llora la patria, el politicastro malvado, que preparó el suceso para satisfacer su ambición, su despecho, su egoismo, salta de júbilo allá en las sombras y se ríe de todo y de todos.

***

No es posible negarlo. No alcanzaríamos ni á engañarnos nosotros mismos, si intentáramos quitar gravedad á los tristes sucesos acaecidos en la capital de la gran Antilla.

A las dificultades naturales del problema, á las de una lucha que duraba ya tres años y que había costado tantas vidas á nuestros heróicos soldados, á las de una crisis que tenía paralizada la actividad de todo el cuerpo nacional, no se debía unir la de una nueva contienda civil entre españoles: entre hermanos.

Cuando con la pacificación de Filipinas, digno coronamiento del bravo esfuerzo de nuestras armas, y con las esperanzas legítimamente puestas por la patria en el éxito de la feliz combinación de la acción mi-

litar y política en Cuba, comenzaban á disiparse muchas de las negruras amontonadas sobre el horizonte de la vida de España, no fuera sensato, no fuera patriótico empeñarnos en ver, como algunos pesimistas vieron, en los sucesos de la Habana, la reproducción de otros hechos de recuerdo funesto para nuestros vastos dominios en América. Tan funestos augurios no podían realizarse, porque nuestro ejército es ejército de la patria y es ejército de la libertad, y sus anales gloriosos llenos están de páginas sublimes en que se sacrificó á los más altos ideales, en que salvó á la nación de la anarquía ó del despotismo.

A conjurar ambos peligros confiamos en que había de contribuir como nadie ese mismo ejército, que había hecho ya como ley primera de su vida la de no servir interés ninguno de su partido, fundiéndose en el interés único de la patria.

Origen de la cuestión de orden público en la Habana fué, según refirieron los despachos, un agravio inferido á oficiales españoles por un periódico que no representaba á ninguna de las fuerzas políticas de Cuba. Esas fuerzas, las que vivían en el nuevo régimen, no habían tenido nunca por órganos, no podían tenerlos, á los que atacaron y ofendieron al ejército.

Porque si el ejército es en todo momento y en todo país la más alta y la más pura expresión de la patria, es su alma y su vida frente á una guerra de separación. Da lo que no tiene precio, lo que á nada puede compararse, su sangre, y para darla no consulta más que á su deber, la defensa que de sus derechos y de su soberanía le encomendó la nación. La grandeza de los Estados se ha cifrado y se cifra en eso, en hacer del amor á su ejército un culto.

Y si hay algún ejército en el mundo que sea acreedor á toda clase de respetos, de simpatías y de entusiasmos, es el ejército español que en Cuba ha luchado durante más de tres años, sosteniendo una guerra sin ejemplo contra la Naturaleza y contra los insurrectos.

***

Necesario es decirlo. No podía ser un periódico amparado por ningún partido, un periódico que agraviase á los soldados de España.

El que ofendió con gran injuria al ejército de la patria, cualquiera que fuese la filiación que invocase, no podía representar á ningún partido honrado amante de la paz y de España, sino á bando faccioso de los que lucran en el desórden y en sus aguas turbias hallan provechos materiales, y mereció por ello severo castigo.

¿Cómo había de pertenecer el que tal hizo á la prensa liberal cubana, prudentísima, correcta, mesurada en la expresión de sus opiniones, y, sobre todo, respetuosa con el ejército, apasionada de sus glorias?

Y que así fué y no de otro modo se prueba, con sólo notar que la protesta de los oficiales no se dirigió más que contra el periódico que los había agraviado, y si otros se vieron amenazados, fué en manifestación tumultuosa de elementos extraños y demagógicos, en los que ya aquellos oficiales no tenían participación alguna.

Sobre la naturaleza del motín, sobre su significación, dió luz bastante el hecho elocuente de haber sido sofocado por fuerzas del ejército y fuerzas de los voluntarios. No. No se trató de un motín militar.

Y si algo faltara para exclarecer los sucesos ocurridos en la Habana, ahí están las vibrantes, patrióticas y hermosamente enérgicas palabras del general Arolas.

Al llegar el bizarro general Arolas frente al edificio que ocupaba el *Diario de la Marina*, en el momento en que el grupo de los amotinados daba vivas y mueras, increpó duramente á los que lo formaban diciéndoles:

«—Sois indignos de gritar ¡Viva España! Ese grito, sólo debe dar-

lo quien respeta el orden y acata el gobierno y la representación de la patria.»

En ese mismo espíritu, en ese espíritu de respeto á la ley, á la legalidad constituída y al gobierno de España, supieron inspirarse todos los buenos españoles al dejar aislado el motín de la Habana.

***

Con toda imparcialidad y con gran detalle nos informó uno de nuestros colaboradores, testigo presencial de los tristes acontecimientos de la Habana, acerca de lo que juzgó causa generadora del motín, de cuyo penoso suceso entendemos que, tanto ó más que las noticias y pormenores, importa conocer los motivos que provocaron la situación.

Una parte de la prensa de la Habana, en la que se distinguía *El Reconcentrado,* periódico de reciente creación, venía hacía tiempo sosteniendo una campaña muy dura contra cuantos ejercieron autoridad en la isla, especialmente contra el general Weyler, el ex-gobernador civil de la Habana señor Porrúa y contra el comandante señor Fonsdeviela.

Quejábanse las gentes de los ataques verdaderamente inusitados que *El Reconcentrado* publicaba, y nadie tomaba medidas contra este diario. Limitóse el general Blanco á prohibir terminantemente los ataques al general Weyler; pero dijo que dejaba las medidas que contra la prensa debieran adoptarse á la iniciativa del Gobierno insular.

Los ministros mostráronse vacilantes, y esto produjo muy mal efecto en la opinión, y muy particularmente entre los oficiales del ejército.

Atribuíase la lenidad del nuevo gobierno á influencias del gobernador de la Habana, señor Bruzón, á quien se acusaba por muchos de estar complicado en ciertas campañas de *El Reconcentrado*. Y se en-

tendía que por esta causa no se atrevía á hacer nada el gobierno insular con los periodistas de *El Reconcentrado*.

Puede contarse también entre los motivos que originaron los tumultos del día 12, la cuestión personal surgida entre el director de aquel periódico y el antiguo oficial de orden público, capitán señor Calvo.

Excitadas las pasiones por las causas expresadas, publicó dicho día *El Reconcentrado* un suelto que, copiado al pie de la letra, decía:

«FUGA DE GRANUJAS.

«En el vapor *Montserrat* marcha para la madre patria el capitán señor Sánchez, ejecutor de aquellas órdenes terribles del señor Maruri que todos recordamos.

«El capitán señor Sánchez ha tenido la desgracia de perder á su esposa, pero en cambio ha hecho verter mucha sangre y muchas lágrimas á infinidad de madres cubanas.»

El señor Maruri que cita el suelto, era alcalde de Guanabacoa cuando, al decir del periódico en cuestión, se cometieron en este pueblo grandes atropellos.

***

Casi todos los oficiales que concurrieron al teatro Albísu la noche del 11, llevaban un número del citado periódico *El Reconcentrado*, y mostraban grande indignación por el suelto integrado.

Luego de decir en alta voz muchos de estos oficiales que la publicación de injurias semejantes resultaba intolerable, se celebraron ciertos conciliábulos, en los que es de presumir quedara acordado el acudir á la redacción de dicho periódico.

Creencia firme fué que los motivos indicados originaron la visita de los oficiales á las oficinas de redacción de *El Reconcentrado*, pero de creer es también que si ciertos elementos instigadores, enemigos del nuevo régimen político, no se hubieran mezclado en el asunto para

aprovechar la agitación en contra de la política autonómica, el suceso hubiera tenido una importancia muy limitada, casi nula, pues los oficiales que se concertaron en Albísu, nos consta que no tenían otro propósito que el de castigar de un modo eficaz las diatribas y los tremendos ataques que algunos periódicos tachados de filibusteros dirigían á determinados oficiales del ejército.

De ahí se infiere y entendemos, por consiguiente, que en los acontecimientos de la Habana hay que ver dos orígenes: primero el disgusto de los oficiales por los insultos de *El Reconcentrado*, que el Gobierno insular toleraba y dejaba impunes; y segundo, la sagacidad con que los enemigos de la autonomía aprovecharon los comienzos del tumulto para provocar una grave manifestación contra el nuevo régimen.

Los oficiales que se pusieron de acuerdo en el teatro de Albisu, visitaron el siguiente día muy temprano á otros compañeros de armas, y reunidos á las nueve de la mañana en número de unos sesenta de todos los cuerpos, se dirigieron á la redacción é imprenta de *El Reconcentrado*.

A aquella hora no se encontraban allí ni el director ni los redactores de ese periódico. Los empleados que había en el local trataron de impedir la entrada á los oficiales, pero opusieron escasa resistencia. A los primeros golpes diéronse á la fuga, dejando á los invasores dueños del campo. Entonces éstos rompieron cuanto constituía el mobiliario de la casa y arrojaron por las ventanas sillas, mesas y tinteros.

Bajaron luego á la imprenta y allí empastelaron todas las cajas, destruyeron la maquinaria y con la tinta de imprenta mancharon el suelo y las paredes.

***

Dirigiéronse desde allí á las oficinas de *La Discusión,* situadas en la Acera del Louvre, y gritando: «No maltratar á nadie», penetraron en ellas, y como hicieran en *El Reconcentrado*, rompieron todos los muebles y destruyeron todos los enseres de la imprenta.

Como por la Acera del Louvre circula siempre mucha gente, reunióse pronto un grupo numeroso frente á la puerta del edificio invadido, y entonces comenzaron á oirse vivas á España y algunos mueras á la autonomía y á los insurrectos «disfrazados».

CAÑONERO «GALICIA»

La policía intentó detener á los oficiales, pero éstos arrollaron á los agentes de la autoridad.

En este momento se presentó en el sitio del suceso el general Garrich, gobernador militar interino de la Habana, y, abriéndose paso por entre la multitud, llegó hasta los oficiales, arengóles y ordenóles que se retiraran.

VISTA PANORÁMICA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA

Los oficiales cumplieron el mandato y se disolvieran y retiraron, pero quedó un numeroso grupo de paisanos que comenzó á gritar: ¡Al *Diario de la Marina*!

El general, seguido de algunos agentes de seguridad, trató de impedir que el grupo se dirigiera á la redacción del periódico aludido, pero sus esfuerzos fueron infructuosos.

Hallanse situadas las oficinas de este diario en el Parque Central, enfrente del edificio que ocupaba *La Discusión*.

Noticiosos los empleados del *Diario* de lo que ocurría, cerraron las puertas y las ventanas.

Cuando los amotinados llegaron, viendo que les era imposible derribar las puertas, comenzaron á tirar piedras, con las que rompieron todos los cristales de la casa.

Logró el general Garrich abrirse de nuevo paso entre los sediciosos, y consiguió con su presencia y energía disolverlos; pero el más numeroso de los grupos se dirigió entonces á recorrer varias calles con el propósito de encontrar al director de *El Reconcentrado*.

En ese grupo iba un hombre llevando una gran cuerda que «había de servir»—según decía,—para arrastrar al periodista en cuestión.

Los generales Parrado y Solano se presentaron ante ese grupo y lograron disolverlo.

Comentóse mucho que el gobernador civil de la Habana, señor Bruzón, no se presentara en el lugar de los sucesos.

Restablecida la tranquilidad, merced á los esfuerzos de los generales Garrich, Parrado y Solano, se notaba, sin embargo, grande excitación entre las gentes, que hacía temer nuevos trastornos.

Aseguróse que se habían hecho trabajos entre los voluntarios para que éstos se unieran al movimiento, á fin de pedir la derogación del régimen autonómico.

***

A las nueve de la noche, varios grupos que recorrían el Parque central y la calle del Obispo, reuniéronse en la Plaza de Armas, frente al palacio de la capitanía general, donde lanzaron vivas á España y mueras á la autonomía.

Las excitaciones de varios jefes del ejército para que los grupos se disolvieran fueron inútiles; en vista de lo cual se dió orden de que fuerzas de caballería disolvieran á los alborotadores.

La manifestación se dominó con gran facilidad, y las tropas que disolvieron á los manifestantes no tuvieron que utilizar las armas.

Durante todo el día continuaron en las calles los grupos, aunque bastante reducidos, que eran disueltos sin grandes esfuerzos ni consecuencias desagradables por las patrullas de fuerzas de la guardia civil y del cuerpo de seguridad que recorrían la población.

En el patio principal de Palacio estuvo formado toda la noche y en disposición de salir á la calle al primer aviso, el quinto batallón de voluntarios de la Habana, que mandaba el coronel don Cosme Herrera.

Con los manifestantes se mezclaron por la noche algunos voluntarios armados, pero cuando el general González Parrado les invitó á que hicieran respetar el orden, formaron todos sin hacer la menor objeción y obedecieron desde luego. Otros voluntarios, también armados, se situaron frente al Casino Militar y estuvieron dando vivas á España, disolviéndose al poco tiempo.

Todas las tiendas de la Habana permanecieron cerradas todo el día. La población ofreció un aspecto verdaderamente triste, transitando muy poca gente por las calles. Los teatros suspendieron las funciones y algunos periódicos dejaron de publicarse.

Todos los puntos céntricos de la capital estuvieron ocupados militarmente por fuerzas de orden público y por dos escuadrones de la guardia civil que se mandaron reconcentrar de las cercanías.

Los pequeños grupos que contínuamente circulaban en actitud pacífica por la ciudad fraternizaban con los militares. Esto indica el carácter del suceso.

***

La noche transcurrió tranquila; pero al siguiente día, se reprodujo la manifestación, confirmándose los temores que ya se tenían de que un nuevo suceso ocurriera en las primeras horas de la mañana.

Nada ocurrió, sin embargo, hasta el mediodía, á cuya hora volvieron los grupos de alborotadores á recorrer las calles de la ciudad dando vivas á España y mueras á la autonomía.

El general Arolas, que desde la noche antes se había posesionado del gobierno militar de la Habana, cuyo cargo le había sido recientemente confiado por el general Blanco, acudió prontamente á disolver los nuevos grupos, tratando de apaciguarles y de que se retirasen; pero los alborotadores se resistieron, y mientras unos seguían gritando por las calles, otros dirigiéronse hácia el edificio donde están instaladas las oficinas del *Diario de la Marina*, y después de apedrearlo, intentaron penetrar en la redacción.

En estos momentos llegó el general Arolas, y abriéndose paso entre los amotinados y colocándose en el centro de aquella masa de gente, encaróse con los que mayores gritos proferían y los increpó con estas palabras:

«—Sois indignos de gritar ¡viva España! Ese grito sacrosanto, sólo puede darlo quien respeta el orden y acata al gobierno y á la representación de la patria!»

En cuanto el bizarro general terminó su enérgico apóstrofe, para contestar así á los gritos é insultos que proferían los alborotadores, ordenó á las fuerzas, que patrullaban y que le siguieron, que cargasen sobre los amotinados.

Bastó la orden para que éstos se disolvieran, pues en cuanto la infantería se dispuso, armando bayoneta, á lanzarse sobre la muchedumbre, se diseminaron en distintas direcciones, ante la sola presencia de los fusiles y de la actitud de la fuerza pública.

Esto demuestra que habíase hecho creer á los alborotadores que la fuerza mostraría pasividad en el momento de recibir la orden de atacarlos.

Por esto continuaron en sus gritos y amenazas, hasta que vieron á la fuerza armada que sobre ellos lanzaba con decisión el general Arolas.

La energía que este bizarro jefe demostró para dominar el tumulto fué objeto de calurosos elogios.

***

Ahí terminó el motín, renaciendo pronto la tranquilidad en la población, perturbada, según se aseguró, por los mismos que prodigaron las ovaciones teatrales al general Weyler cuando su despedida de la isla.

Un dato hemos de consignar por creerlo harto elocuente y es: que los billetes de Cuba subieron en aquel día en la Bolsa de la Habana dos enteros.

La noticia de los deplorables sucesos de la Habana causó verdadera y sensible sensación en la Península y fué tema obligado y muy comentado en los círculos políticos y en todos los centros de reunión de Madrid.

Recordábase que la tarde anterior mientras varias personas se daban por enteradas del suceso, los ministros desmentían los rumores diciendo que no tenían de ello la menor noticia.

También se recordaba que desde hacía días se venía anunciando que en la Habana *podría* ocurrir algún trastorno, sin más diferencia que en aquellas versiones se aludía á la intervención de los voluntarios y en lo ocurrido se vió que los voluntarios habían prestado servicio para restablecer el orden.

CAÑONEROS DE VIGILANCIA Á LA ENTRADA DEL RIO CAUTO

La impresión general fué de amargura, reconociéndose por todos la gravedad de tales sucesos, por las consecuencias funestas que para la causa de España y la situación de Cuba podían traer.

Sin embargo, la opinión imparcial, pasados los primeros momentos de la natural alarma y de confusión, y debidamente informada de las causas determinantes de los sucesos, en cuyos informes se sumaron votos autorizados de hombres de todos los partidos cubanos, incluso el de Unión Constitucional, convinieron en que el tumulto careció de la gravedad é importancia que los alarmistas pretendieron darle.

En vano se intentó confundir la protesta de los oficiales del ejército, que cesó en el instante de haber realizado la manifestación contra

el periódico que los había ofendido, con la algarada posterior, obra de grupos de paisanos poco numerosos y que sólo por sorpresa realizaron los desmanes cometidos.

Entre uno y otro hecho no existió relación alguna.

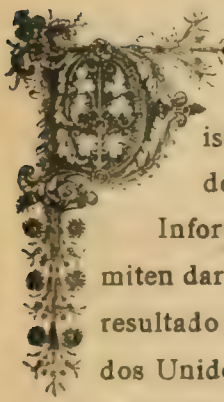
Los oficiales del ejército que fueron á la redacción de *El Reconcentrado* afirmaron que no querían hacer ni hicieron manifestación alguna política y declararon ante la autoridad superior de la isla que lamentaban que para dirimir sus cuestiones hubiesen intervenido elementos extraños, intervención que no habían solicitado ni admitían, añadiendo, que velando por el honor del uniforme que vestían y respondiendo á impulsos que no contiene fácilmente ningún militar español, se propusieron realizar un escarmiento procediendo severamente contra quien de un modo deliberado, en su opinión, y con tan poca nobleza como poca justicia, había lanzado imperdonables insultos contra dignos individuos del ejército que eran sus compañeros de armas.

Esa declaración hizo variar visiblemente de aspecto y quitó importancia á la cuestión, respecto á la forma en que en los primeros momentos se presentó en Madrid, haciendo adquirir al Gobierno el convencimiento de que el conflicto, bajo el temido aspecto militar terminado ya, según los informes oficiales y particulares, no tuvo trascendencia alguna.

Limitado el acto moralmente á una protesta de gente díscola que no se avenía con el nuevo régimen, materialmente á un mero tumulto sin desgracias personales que lamentar, por fortuna, despojado de todo carácter militar, claro es que aunque muy deplorable (sobre todo por las exajeraciones y comentarios que harían los enemigos de España, y las funestas consecuencias que esas mismas exageraciones podían traer) el incidente no revistió caracteres graves.

CAPITULO XXX

Informes de Washington.—El viaje de Mr. King.—Las conclusiones del enviado de Mr. Mac Kinley.—Propósitos graves.—Noticias de la Habana.—Presentaciones.—El cabecilla Cepero y su partida.—Muerte del cabecilla Delgado.—Encuentro en boca de Camarioca.—Tranquilidad en la Habana.—Efectos de la tolerancia.—El general Blanco.—La censura.—Prudencia y energía.—Rápido exámen.—Rasgos y notas.—Los explotadores chasqueados.—Comentario.—El filón que se pretendió explotar.—Caso de conciencia nacional.



De grande interés para España hubo de ser el viaje realizado por el amigo íntimo de Mac-Kinley á la isla de Cuba, para estudiar y conocer el verdadero estado de la insurrección y la situación de los rebeldes.

Informes directos y autorizados de Washington nos permiten dar á conocer á nuestros lectores el informe que del resultado de su visita diera Mr. King al presidente de los Estados Unidos, á su regreso de la gran Antilla.

Mr. King recogió en su viaje por la isla datos precisos y concretos relativos á la insurrección, para lo cual reunió los informes de todos los cónsules *yankees,* conferenció con diferentes hombres políticos, tomanda nota de sus opiniones, así como de los principales jefes insurrectos, utilizando al efecto agentes especiales, y de todo ello el enviado de Mac Kinley sacó una impresión general, que tradujo en las siguientes conclusiones:

Primera.—La autonomía impediría que se prestasen nuevos concursos á los insurrectos que luchaban en la manigua; pero no por esto terminaría pronto la insurrección, ni siquiera la quebrantaría gravemente. Si se intentara, era dudoso que lo consiguieran los nuevos gobernantes. Fuera preciso para ello que los sustituyeran en la dirección de los negocios públicos hombres más radicales.

Segunda.—La insurrección estaba quebrantada y decaida en las

POBLADO DE MANTUA Pinar del Rio

provincias occidentales de la isla, mas con todo esto, las partidas que allí quedaban lograban destruir las plantaciones de tabaco y dificultar las operaciones de la zafra, sosteniendo así la perturbación económica y la inseguridad en los campos, promoviendo, además, frecuentes alarmas en las *sitierías* de las poblaciones.

El gobierno rebelde, establecido en el Camagüey, *vivía tranquilo.*

En Oriente, la insurrección alentaba poderosa y hacía meses que seguía acentuando la ofensiva.

Las fuerzas españolas que allí operaban sufrían enormes bajas por causa de las enfermedades propias del clima.

De todo lo cual deducía Mr. King en su informe, que era imposible acabar la guerra en el corriente año.

Tercera.—El mantenimiento de la guerra, aun acabándola en un período de quince meses, costaría á España ciento treinta millones de pesos, debiendo ser tenido en cuenta que había ya pendientes de pago cerca de setenta millones.

Cuarta.—Dada la situación descrita, Mr. King aconsejaba al presidente que procurase llegar á un acuerdo amistoso con España para solucionar el problema de Cuba, acordando lo más conveniente.

Además de esto, el emisario de Mac-Kinley dió cuenta de las conferencias que celebró en la Habana.

Tanteó á los radicales acerca de sí aceptarían el protectorado norteamericano, habiendo sido rechazada por aquellos la indicación.

Después hablaron de garantizar el cumplimiento de un pacto á que se pudiera llegar con los rebeldes haciéndoles mejores concesiones, sin que se hiciera pública la conclusión á que llegaron acerca de este extremo.

Mr. King excitaba en su documento al gobierno de Washington á que fomentase las suscripciones para socorro de los reconcentrados, *asegurando de este modo la influencia moral yankee.*

Aseguró el asesor de Mr. Mac-Kinley que los americanos no querían anexionarse la isla de Cuba, pues les bastaba con las ventajas que les procuraría la influencia comercial y política.

Y por fin, afirmó que el presidente Mac-Kinley esperaría dos meses, y si al cabo de ellos no había cambiado el estado de cosas en Cuba, se vería obligado á adoptar una actitud resuelta y enérgica para solucionar el conflicto que aquél creaba á la gran República.

Estos informes nos fueron trasmitidos desde Washington, con fecha 14 de Enero, y desde luego vimos en ellos la gravedad que entrañaban para la causa de España; gravedad que no vieron ó no quisieron

ver, y si la vieron nada hicieron para conjurarla, nuestros gobernantes.

***

Nos comunicaron de la Habana el día 15 que en Las Villas se habían presentado á indulto el célebre cabecilla Cepero y un sobrino suyo, manifestando el primero á las autoridades militares de Santa Clara, que el día anterior había sido dispersa y disuelta la partida que mandaba, por el batallón de Luchana.

José López Cepero era uno de los más antiguos y acérrimos partidarios de la independencia de Cuba, y tenía gran prestigio entre los rebeldes, especialmente entre el elemento de color.

Muerto Antonio Maceo, ningún otro cabecilla gozaba de mayor preponderancia entre los negros insurrectos.

También se presentó en Pinar del Río el abogado Marín, jefe de estado mayor del cabecilla Perico Díaz.

Confirmó Marín que las partidas estaban disolviéndose en aquella zona.

Asimismo se esperaba la presentación del cabecilla doctor Luís Delgado; pero habíase sabido dicho día en la Habana, que llegado el momento en que Delgado iba á rendirse con las fuerzas que le seguían, parte de éstas se negaron á hacerlo, sobreviniendo á consecuencia de esto una colisión entre ellos, en la que Delgado y sus partidarios fueron vencidos, pereciendo aquél en la lucha.

Ocho de los hombres de su confianza lograron escapar, presentándose á indulto en San Nicolás, donde refirieron á las autoridades lo ocurrido, que fué confirmado más tarde por la familia del cabecilla.

La brigada que mandaba el general Molina sostuvo un rudo com-

bate el día 14 entre Boca Camarioca y Punta Mayía, provincia de Matanzas.

Después de dos horas de fuego, nuestros soldados lograron apoderarse de las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo. Este las defendió con tenacidad extraordinaria y no acostumbrada, pero al fin tuvo que retirarse, abandonando seis muertos y abundantes municiones.

Nuestras tropas tuvieron tres soldados muertos pertenecientes al batallón de Cuenca, y heridos los tenientes don Emilio Cervera y don Manuel González y 28 soldados.

Había quedado restablecida en la Habana, con aplauso de la opinión sensata, la censura de los periódicos por la Capitanía general, por haberse comprobado y estar fuera de toda duda que los sucesos surgieron por la tolerancia del gobernador, señor Bruzón, quien no supo poner coto á las demesías de la prensa y á las campañas de ciertos periódicos, que halagaban las pasiones de determinados elementos, y que lejos de evitarlas, manifestaba á cuantos le advirtieran el peligro que se corría, no tener medios legales para reprimirlas.

Hacíanse grandes elogios de la prudencia y serenidad del general Blanco ante los disturbios ocurridos; pues teniendo presente que los amotinados se limitaron á lanzar gritos, entre los que mezclaban el de ¡viva España!, sin hacer resistencia alguna á la fuerza pública, ni uso de armas, las represiones violentas hubieran producido catástrofes indudables.

En los primeros momentos pareció que se identificaran en el movimiento los militares con los paisanos y voluntarios, dando esto lugar á que se consideraran graves los sucesos; pero desde el momento en que se retiraron los elementos militares y quedaron solos en la calle los revoltosos, se comprendió el juego de los alborotadores y se reconoció por todos lo infundado de las primeras alarmas y el acierto con que había obrado la primera autoridad de la isla en resistirse á emplear la fuerza para sofocar el motín.

***

Excepcional interés ofrecieron todos los despachos que de nuestro corresponsal en la Habana recibimos los días 16 y 17 de Enero.

El atentado de que milagrosamente se salvara el gobernador civil de Santa Clara, don Marcos García; la reorganización á que se sometían los batallones en la segunda mitad de Enero, aumentándoles séptima compañía, que se llamaría de tiradores, compuesta de 125 hombres de á pié, más las guerrillas de los respectivos cuerpos, cuya fuerza había de elevarse al doble; el reclutamiento abierto para ese aumento de fuerza en los cuerpos y especialmente en las guerrillas, y hasta la prisión del director de *El Reconcentrado,* fueron asuntos que merecen la pena de que fijemos en ellos la atención.

No dijo el gobernador de Las Villas los móviles de la agresión; pero tal atentado contra persona de tanto relieve oficial y particular como Marcos García, realizado en los momentos en que el espíritu público estaba deprimido por los escándalos que presenció la capital de la isla, había de contribuir á que se mantuvieran los nervios en tensión, suponiéndole como derivación de aquellos sucesos y demostración de algo grave, gravísimo que agitaba el fondo de aquella sociedad política.

De otra parte, la gran importancia y trascendencia que los separatistas concedían al conflicto, y la actitud de los Estados Unidos, hizo creer en la posibilidad de la intervención norteamericana, al asegurar que Mr. Lee, cónsul de los Estados Unidos en Cuba, había informado á su gobierno en tonos lúgubres y que á consecuencia de esos informes la Gran República se disponía á mandar al puerto de la Habana algunos de sus barcos de guerra para proteger las vidas de sus súbditos y

apoyar las reclamaciones pendientes de indemnización por perjuicios en sus haciendas é intereses.

Energía y prudencia. En estas palabras concretó su programa el ministro del gobierno insular, señor Govín, al volver á Cuba á posesionarse de su cargo, después de muchos meses de emigración voluntaria; y en efecto, en ellas había de encerrarse todo el mecanismo de la nueva política para que hubiera calma.

Sólo con tacto exquisito y singular prudencia; sólo con una sincera política de atracción había de lograrse el reposo de los espíritus, más necesaio á la sazón que nunca.

Pensar que en estado de guerra, con el enemigo al frente, era política sana la disputa por los cargos públicos; la violenta supresión de Ayuntamientos; la destitución de Alcaldes; el procesamiento de Concejales y la complacencia de dar de puñaladas á los retratos de los adversarios al entrar en tropel como triunfadores en las oficinas, era tanto como conspirar contra lo que defendieron y á la fecha les servía de provecho.

Si lo que el gobernador general hizo para impedir los insultos al ejército lo hubiera hecho el gobierno insular cuando á ello fué requerido por el general Blanco, ¿no se hubieran evitado las dolorosas escenas desarrolladas en la capital de Cuba?

Los desórdenes y escándalos no podían ser provechosos más que á los enemigos de España, y colaboradores en su obra fueran los que excitaban las pasiones, dando por lo menos pretexto para que se provocasen, y los que se lanzaran á ellos frenéticos por la pasión.

Al Gobierno correspondía velar porque no se perdiera el equilibrio, y medios tenía en su mano para imponer la prudencia necesaria, ordenando al gobernador general de la gran Antilla el empleo de la energía que con unos y otros aconsejaban las circunstancias.

***

Restablecida la tranquilidad á los cinco días de haber surgido en la Habana el desagradable incidente bajo cuya sugestión experimentamos todos naturales inquietudes y del cual se sirvieron no pocos para adelantar terroríficos presagios, y serenos ya los animos para formar exacto juicio, nos parece que no ha de holgar aquí un frío y rápido examen de los hechos. Por medio de él lograremos apreciar el alcance real de lo sucedido y podremos deducir el objetivo principal que sus factores persiguieran y sus consecuencias.

A partir del día 13, hubo que rectificar, unas tras otras, todas las impresiones de los primeros momentos.

Díjose, por vía de comienzo, que el disturbio era una protesta de carácter militar contra las nuevas instituciones, y se supo á las veinticuatro horas que ni siquiera entrañaba un acto parcial de indisciplina.

El periódico que con su procacidad originó la agresión, estaba dirigido por un antiguo redactor de *La Lucha*, ó lo que es igual, el diario que más había aplaudido y alentado las campañas políticas del general Weyler. Y los oficiales, que por propio impulso tomaron cuenta del agravio inferido á uno de sus compañeros, se retiraron del movimiento no bien advirtieron que el paisanaje, agrupado á su sombra, trataba de darle otra significación dirigiéndolo en contra del *Diario de la Marina*.

Se dijo, luego, que los cónsules extranjeros, y principalmente el de los Estados Unidos, habían mandado estupendos relatos á los gobiernos respectivos y, curándose en salud los que tal afirmaron, se anticiparon á prevenir al público de España y de fuera de España contra aquellas supuestas exageraciones.

Nada de eso acaeció. El relato de Mr. Lee fué mucho más sobrio que el de la mayoría de los corresponsales, y apenas si difería en puntos

mínimos del telegrafiado á Madrid por el gobernador general de Cuba.

Se aseguró que Mr. Lee había pedido á su gobierno el envío de dos cruceros al puerto de la Habana.

El mismo Lee se apresuró á desmentir en redondo la especie.

Se anunció después, como cosa inevitable, que al llegar á la Ha-

VOLUNTARIO DE LA COMPAÑIA DE GUIAS (Cienfuegos)

bana el electo ministro de la Gobernación del gobierno insular, señor Govín, la manifestación hostil que le tenían preparada los adversarios de la Constitución autonómica, revestiría proporciones de sangriento tumulto.

El señor Govín obtuvo, al desembarcar, un recibimiento cordial y afectuoso.

De modo que no se realizó ninguno de los presagios echados á volar aquellos días por el temor, por la pasión ó por el mal deseo.

Ni sufrió lesión grave el régimen á quien habían extendido ya la partida de óbito sus enemigos, ni padeció la disciplina militar detrimento de consideración, ni hubo más fundamento que el suministrado por los comentaristas de la Península para las reflexiones póstumas de

COMBATE DEL BATALLON DE MURCIA EN SANCTI SPIRITUS

algunos periódicos europeos, acerca del consabido lugar común de los *pronunciamientos* y sobre el vulgarísimo y socorrido tema de las *cosas de España*.

* * *

Mirados los hechos á sangre fría, aparecen además rasgos y notas de grandísimo relieve, en los cuales nadie puso los ojos.

Ni en el arranque de los oficiales, ni en el movimiento deliberado

de los perturbadores civiles contra determinados periódicos, tuvo nada que sentir *El País*, órgano autorizado de los autonomistas, ó séase la genuina representación de los principios é ideas que estaban en el poder desde primeros de año.

Ni el agravio ni la mala voluntad acudieron á liquidar cuentas ó á promover querellas contra la personificación auténtica del régimen vigente; hiciéronlo contra los rezagados, las disidencias ó las derivaciones del régimen antiguo.

Los mueras lanzados, de noche y huyendo, por gente allegadiza, no fueron sino un ensayo en que se quiso sacar partido del alboroto y sondear el ánimo de fuerzas é institutos dignísimos que no habían faltado ni habían de faltar jamás á sus deberes.

¿Pudo álguien imaginar en serio que el brusco tránsito de una política tradicional á una política democrática, de una vida á otra vida, había de efectuarse sin sobresaltos, ni rozamientos, ni alteraciones?

¿Cupo en la cabeza de nadie que los intereses lastimados y tanto más doloridos cuanto más largo había sido el tiempo en que habían prevalecido sin estorbo, tuvieran la resignación suficiente para someterse á un cambio en que el espíritu de lucro y las susceptibilidades de amor propio habían de experimentar limitaciones ó heridas?

No suelen dar muestras de tamaña abnegación las ideas abstractas; ¿cómo la habían de dar los hábitos y las conveniencias particulares, consolidados é instituidos en una especie de derecho por la prescripción de los años y por la fuerza del uso?

Afortunadamente, tras una breve y natural inquietud del espíritu nacional, pronto volvimos á la fuente limpia y clásica en que bebió siempre el carácter de esta heróica nación y de donde sacó alientos para arrostrar las dificultades y las luchas con entero dominio de sí misma.

Olvidamos por un momento, pero recobramos á poco, aquella gravedad en los actos y en las palabras, en los juicios y en las deter-

minaciones que hasta en los días más negros de la historia patria nos grangeó el respeto del mundo.

***

El motín de la Habana no prosperó. Aquellos *excelentes* patriotas, que pensaron sacar á flote sus buenos deseos á la sombra de un natural movimiento de indignación, producido, Dios sabe por qué caminos, en el ánimo pundonoroso y susceptible de los oficiales de nuestro ejército, quedaron al descubierto y completamente solos. Los jovenes militares se enteraron prontamente de los planes egoistas y sediciosos, de los cuales se pretendiera hacerlos instrumentos. Los explotadores del nombre español, los que querían «comer á dos carrillos» y masticar á la vez Cuba y la Península, se vieron chasqueados.

Fueron éstos los mismos que á principios de Enero de 1897 hacían estrepitosas manifestaciones contra los periódicos de Madrid y Barcelona que censuraban la administración del general Weyler. Fueron aquellos de quienes dijo un periódico de Madrid un año antes:

«En Cuba hay quien trata de crear una especie de dictadura, un pretorianismo de bajo vuelo, un *self governement*, ejércido por los asentistas y proveedores de víveres. Hay allí quien declara que la *soberanía de Cuba reside en Cuba.* Aun tratándose de un seide del nuevo inesperado cesarismo—del cesarismo de los vendedores de tocino averiado y zapatos de cartón—no puede esto quedar sin comentarios.

¿No es verdad, lector querido, que estas líneas, escritas é impresas un año antes de los acontecimientos á que venimos refiriéndonos, se ajustan perfectamente al comentario reclamado por los mismos?

Nosotros no confundimos, ni confundirse puede, todo un partido, el partido de Unión constitucional, que era la parcialidad conservadora de Cuba, con aquellos elementos que aparecieron como sostén de aquél y habían sido su parásito. Entre unos y otros hay la diferencia

que media, por ejemplo, de Juanón el de los carreteros al marqués de Apezteguía.

Aquellas gentes, que en la Habana vociferaron y patalearon y perturbaron y trataron de explotar a la vez el nombre de España y el pundonor de los oficiales del ejército de la patria, lo más alto y lo más noble de toda nación, no fueron (como habían de ser) los representantes de España en Cuba, ni un partido serio, ni colectividad de ningún género, á la cual hubiera de considerar como factor esencial del problema.

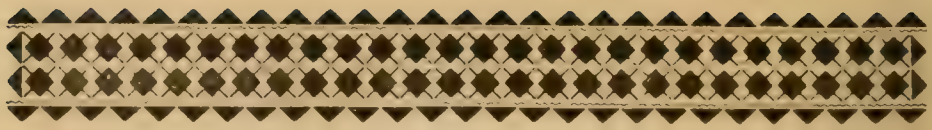
VIGILANCIA EN LOS FUERTES DE LA TROCHA DE JUCARO

Para alborotar sirve cualquiera, y mientras más solemnes son los momentos y más escepcionales las circunstancias es más fácil el alboroto.

Todo ello resultó más repugnante que peligroso. No encerrara aquende ni allende el Océano especie alguna de riesgo, si espíritus sencillos y confiados, personas de excesiva buena fé y ánimos rutinarios no le hubiesen dado más valor que el que en sí tuvo. ¡Ese era el filón que se explotaba! Diez sujetos que gritan meten más ruído que diez mil que callan, y en Europa se creyó que los gritos de los Trillos y de los Juanones eran los rumores tempestuosos de una multitud. ¡Con ello se contó! Tiempo va siendo ya de que la gran mayoría de los españoles, que sabemos muy bien á qué atenernos tocante á la cuestión, nos preguntemos si no es caso de conciencia acabar en España con esa baratería nacional, que hace de todas las conveniencias sociales, desde el alto concepto del honor de la milicia, hasta la prudencia y cortesía natural en el más modesto de los ciudadanos, una barricada tras de la cual defender el bastardo interés de gremio ó de bandería.

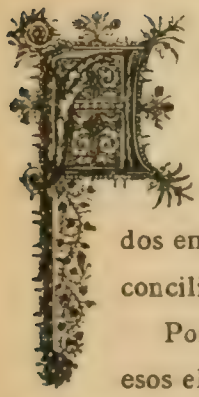
Es triste que en uno de los pueblos más fáciles de gobernar de Europa ocurra lo que no acontecería impunamente en ningún otro.

La osadía llevada hasta la demencia no puede tener más fundamento que la extrema sandez ó la debilidad extrema de los demás.



CAPITULO XXXI

Cambio en la opinión.—Elogios á la dirección y prudencia de las autoridades de Cuba.—Esperanzas risueñas.—Estado de la guerra en Oriente.—El río Cauto base de operaciones.—Lo que no se explica.—Desastres.—Período funesto.—La opinión general.—Cambio completo de sistema.—Tranquilidad—La dinamita en la provincia de la Habana.—Ataque al poblado de Campechuela.—Resúmen de operaciones y bajas del enemigo.



tal punto cambió entre nosotros el temple de la opinión, al tornar á su estado normal las cosas en la Habana, que los cargos dirigidos al gobernador general de Cuba por su moderación ante los disturbios ocurridos en la capital, se trocaron á los cinco días en elogios á su conciliadora y altísima prudencia.

Por cierto, que también se fué agrandando el círculo de esos elogios. Según los trasmisores é intérpretes de las últimas buenas noticias, no alcanzó la asonada terribles proporciones, merced á la conducta discreta de las autoridades. De donde se infiere que no fué solamente el digno marqués de Peña Plata quien procedió como convenía.

Entretanto, y para que nada faltase al turno de las satisfacciones, dos ó tres cabecillas de notoria importancia se habían presentado á indulto.

Confesaban, además, los que negaron ó pusieron en duda la eficacia del régimen autonómico, que la influencia pacificadora de este comenzaba á demostrarse con hechos entre los revolucionarios y laborantes de los Estados Unidos. Mucho enalteció semejante imparcialidad á los que de ella dieron testimonio, y claramente acreditó qne fueron ciertas y positivas las ventajas.

Quedaba no más un punto negro en el cuadro que se nos había ofrecido, pocas horas antes, recargado de siniestros colores.

Puede ocurrir—anunciaban los espíritus cavilosos—que Mr. Mac-Kinley, ante el recelo de que volviera á turbarse el orden, enviase al puerto de la Habana uno ó dos cruceros; y entonces sí que necesitará España apelar á las más enérgicas medidas....

El temor lo desvaneció el mismo Mac-Kinley desmintiendo rotundamente la especie, después de los discretos informes de sus cónsules y representantes en la capital de la isla.

El conflicto temido fué conjurado por la serenidad y prudencia de las autoridades, y las complicaciones y las dificultades anunciadas desaparecieron.

Sin embargo, lo que importara considerar fué que habían de presentarse otras, mucho más árduas, y que no eran las mayores y las últimas las que se habían vencido.

Bien nos pareció que la opinión reaccionara, y que á las torvas perspectivas del 12 y del 13, se sucedieran risueñas esperanzas: pero tantos riesgos como un pánico infundado había de envolver una confianza excesiva.

Quedaba mucho que trabajar, nos aguardaban todavía enojosas sorpresas, y aun habríamos de ejercitar la serenidad de nuestro ánimo, la lucidez de nuestro criterio y la energía de nuestra voluntad en numerosísimas ocasiones.

***

Fuertemente quebrantada, y aún pudiéramos decir, sin temor á exagerar, casi muerta la guerra en las provincias occidentales, por virtud de la muerte de Maceo y del exterminio de las partidas que fué sembrando y dejó organizadas la invasión, quebaba al nacer el año 98 el departamento Oriental como último baluarte del enemigo y como objetivo principal de nuestras armas. Si no hubiera sido por lo que todavía daban que hacer las pequeñas partidas de aventureros y vividores que andaban errantes en Pinar, en la Habana, en Matanzas y en Las Villas, tornara á ser allí la guerra lo que fué la anterior, y nuestras tropas pudieran haber ido todas ó en su mayor parte á operar en la región oriental, sino precisamente donde empieza lo que propiamente llamamos Oriente, poco más abajo, ya que dentro la jurisdicción de Sancti Spiritus (Las Villas) teníamos á Máximo Gómez y dentro del Camaguey (departamento central) había lo que verdaderamente no sabíamos, puesto que nuestras posiciones quedaron abandonadas y lo demás casi no se habia explorado. Era de suponer, sin embargo, según referencia autorizadas, que en grandes zonas de la provincia de Puerto Príncipe, además del titulado gobierno insurrecto y de las Cámaras, existía una numerosa población, formada por gran número de familas, donde funcionaba la imprenta y se habían montado algunos talleres.

Pero como eso no era de esencialidad urgente para la campaña, se comprende que, por de pronto, el objetivo de esta se señalara más arriba, en aquella región donde el enemigo aparecía más potente, más militarmente organizado y más envalentonado por sus éxitos de Victoria de las Tunas y de Guisa. Para los que conozcan ese departamento no hay que explicar lo que es el río Cauto, ni la importancia que tiene en las operaciones de guerra. Fué esencialísimo este río en la anterior

guerra, y lo fué también en los dos primeros años de esta última. De tantas opiniones como hemos consultado, antes de formular la nuestra, ni una sola discrepa, pudiendo asegurar que era unánime, no ya el parecer, sino la profunda convicción de que para asegurar nuestro éxito definitivo en la campaña de Oriente necesitábamos poseer el río Cauto.

***

Acerca de las causas en que se fundara la dirección de la guerra para abandonar hacía catorce meses el río Cauto, fueron muy distintas

AVANZADA DE MAXIMO GOMEZ EN EL CAMAGUEY

las versiones que oimos, teniendo que limitarnos por lo mismo á consignar en estas páginas el raro fenómeno de que esa base esencialísima de operaciones se cuidara y utilizara durante los dos primeros años de

campaña, cuando el enemigo era escaso y débil, y se abandonara precisamente en los momentos en que el enemigo aumentaba y escogía aquella región como centro de sus fechorías y teatro de sus planes más ruidosos.

Calixto García no sólo escogió aquella región por las ventajas que para sus planes ofreciera el aislamiento de nuestros poblados y fortines, sino porque allí estaba en su casa. En aquellos campos nació, en aquellos campos nacieron sus hijos, en aquellos campos vivía aún su anciana madre doña Lucía Iñíguez. Recorría al frente de sus fuerzas los mismos sitios que recorriera de niño, las propiedades de familia, las *estancias* de los amigos. Dormido, ó á ciegas, podía recorrer toda la provincia, sin temor á extraviarse, como le ocurría á Rabí, que frecuentemente pasaba á la vista de Santa Rita, su pueblo natal.

Fué necesario, para poder emprender las operaciones en grande escala en aquella región oriental, asegurar y sostener como posiciones estratégicas y depósitos de raciones, los siguientes puntos: Bayamo, Jiguaní, Veguitas, Santa Rita, el Guamo y Cauto Embarcadero; éstas dos últimas situadas en las mismas márgenes del río.

Llevados nuestros convoyes por tierra, las columnas habían de ir necesariamente por un campo que el enemigo dominaba, y tenían que andar leguas y leguas por intransitables caminos y entre emboscadas, perdiendo el ganado que arrastraba las carretas, pagando muy cara la conducción, regando el camino de enfermos y agotando durante la jornada los víveres que llevaban para los pueblos y para los destacamentos que vivían aislados y en incesante peligro y alarma contínua, á causa de la proximidad del enemigo.

Llevados los convoyes por el río, el Estado gastaba menos, las jornadas de quince y de veinte días se reducían á veinte y cuatro horas, ó, á lo sumo, á dos ó tres días, la comunicación era más constante, el enemigo tenía menos presa, los soldados no enfermaban y las columnas

podían dedicarse á operaciones más gratas que las de custodiar carretas.

***

El enemigo, en quien debiera haberse reconocido alguna vez más condiciones de las que generalmente se le reconocían, apreció quizás mejor que nosotros la importancia que para nuestros convoyes y operaciones tenía el río Cauto, y procuró cortarnos esta vía de comunicación, llenando el río de torpedos y situándose en las orillas para atacar á los barcos. Por estos procedimientos nos causó mucho daño, produciendo sensibles catástrofes como la voladura del *Bélico* y la del *Relámpago*, en la que perdieron la vida los bravos é inolvidables marinos señores Pando y Martínez.

Después de lo del *Bélico*, que ocurrió en Junio del 96, y en cuya operación, aunque nos arrebataron una vida tan preciosa para la patria como la del malogrado oficial de la Armada señor Pando, no lograron inutilizar el importantísimo convoy de 2.000 fusiles Maüsser y millones de cartuchos, se expidieron por el río otros convoyes con una simple escolta de 15 á 20 hombres y alguna protección por las orillas.

Pero llegó el mes de Septiembre, y con la voladura del *Relámpago* se acabaron los convoyes fluviales y quedó cerrado el Cauto á la navegación, abriéndose á la historia con los primeros convoyes terrestres una página de todo un año de desdichas que la crónica oficial ocultó por conveniencia propia y la información particular reservó por conveniencia de todos.

Si fuera posible hacer un balance entre lo que pudieran haber costado los convoyes fluviales y lo que costaron en los catorce meses en que permaneció cerrada aquella importante vía de comunicación los convoyes terrestres, resultaría un gran saldo en contra de este último

procedimiento, á pesar de los torpedos y petardos puestos y de cuantos pudieran ponerse en el río.

En esos catorce meses perdimos 8.000 hombres y se gastaron muchos millones para llevar media docena, si acaso, de convoyes desde Manzanillo á los puntos antes indicados. Las condiciones en que esto se hizo, los peligros y dificultades del camino, la tardanza en llegar á su destino, retrajo al comercio y aumentó la codicia de los mercaderes de la guerra, dándose el caso de que el transporte de una carga, que siempre costó un peso ó peso y medio, costara treinta pesos, y así los destacamentos se pasaron meses y meses en peligroso aislamiento y sin comer otra cosa que tocino rancio, arroz y galleta agusanada.

Innumerables son los detalles que ofrece á la historia de esta desastrosa guerra ese período funesto de catorce meses. Si á la fecha hubiera querido utilizarse el procedimiento del convoy por tierra, no habría podido hacerse, porque faltaban ya los elementos necesarios para ello. De 1.500 carretas con sus correspondientes yuntas de bueyes que un año antes había en la jurisdicción de Manzanillo, apenas quedarían ya 50. Los mismos dueños habían preferido al regresar de conducir un convoy quemar sus carros y abandonar sus bueyes, á volver por un camino lleno de obstáculos y de sufrimientos, con grave riesgo de perder la vida y sin la compensación del negocio.

* * *

Huyendo de la codicia de estos contratistas de convoyes, sin perjuicio de fomentar las contratas en la Habana hasta llegar al monopolio, se quiso hacer la operación por cuenta propia con nuestro personal y bajo nuestra dirección, y así sucedió que los bueyes, lejos de la mano que les daba los piensos cuando debía dárseles, que les proporcionaba

el indispensable descanso á la hora acostumbrada y los hacía trabajar á las horas convenientes, iban quedándose en el camino ó llegaban inutilizados al final de la jornada.

Poco á poco fueron agotándose las carretas y los bueyes, y se acudió al procedimiento de los convoyes á lomo, empleándose mulas de las compradas en Nueva Orleans, en buenas condiciones seguramente, pero teniendo que añadir á su coste un dineral por su traslación á la Habana, y de la Habana á los puertos orientales. En muy poco tiempo se enviaron á Manzanillo unas 500 mulas, y sin haberlas utilizado apenas en un par de convoyes, no quedaron más allá de cincuenta, pudiendo asegurarse, y no se tome como exagerado este dato ciertísimo, que más de doscientas mulas murieron sin recibir sobre su lomo la albarda; murieron por haber caído en manos de quienes no conocían ni sabían tratar el ganado, y que las dejaban días y días al sol, sin darles á beber agua y sin comer otra cosa que la madera de los barracones al alcance de sus hocicos.

Opinión general era en aquellas tierras, y lo es también en esta, el que con menos dinero del que se gastara en destruir nuestros propios elementos, pudieron haberse sostenido éstos y crearse aún otros en plena guerra, como por ejemplo, el ferrocarril ya comenzado á Veguitas y el proyectado desde Cauto á Bayamo, ahorrándonos á la vez los miles de víctimas sacrificadas por el desórden, por la incuria ó por la inepcia, ó, quien sabe si por otras causas que han quedado ocultas por la misma gravedad que entrañan.

Nunca podrá hallarse una explicación satisfactoria al hecho de que poseyendo el río Cauto y pudiendo llevarse fácilmente por esta vía fluvial las provisiones y los auxilios necesarios al Guamo y á Cauto Embarcadero con poco riesgo y en algunas horas, se prefiriera aprovisionar y acudir en auxilio de aquellas plazas por tierra, teniendo que recorrer la columna que se formara y saliera de Manzanillo, según el iti-

nerario trazado, treinta leguas para ir al primero de dichos puntos y otras treinta para volver, teniendo además que sostener combates con centenares de bajas y dejando en el hospital al final de la jornada la mitad justamente de la fuerza que componía la columna, que era de tres mil hombres.

Y no fué este solo el resultado de la operación realizada á últimos de Octubre del 97 para racionar Bayamo, Cauto Embarcadero y Guamo; hubo algo más horrible, que seguramente no habrán olvidado nuestros lectores, hubo que, al llegar la columna al Guamo, se encontró con que de los sesenta hombres del destacamento que guarnecía el fortín habían perecido veintitres, y los restantes se hallaban heridos ó enfermos graves.

Habían estado ¡dos meses! alimentándose con la miserable ración de etapa, sin médicos ni medicinas, muriendo todos juntos en una choza de tierra y tablas llamada *fuerte,* sobre el cieno de una charca, sin comunicación con el mundo y quizás, quizás sin esperanzas de salvación al verse sitiados y atacados por miles de insurrectos, provistos de artillería, y, sucumbido hubieran, sin duda, á la constancia y tenacidad de los sitiadores sino les hubiera alentado y sostenido el heroismo de su jefe, el bravo capitán Muruzabal.

A que esta dolorosa situación acabase de una vez, y á que nuestras columnas pudieran operar en Oriente en condiciones favorables y el enemigo abandonase bien castigado aquellos campos por donde paseaba triunfante desde que perdióse el Cauto, obedeció el viaje del general Pando á Santiago de Cuba, al poco tiempo de su llegada á la isla.

***

El orden quedó restablecido y la tranquilidad era ya completa en la capital de la isla el día 18.

Hé aquí el despacho del capitán general en que lo participaba al Gobierno de la Península:

«*Habana* 18.—Capitán general á ministro guerra:

Tranquilidad completa. Restablecido orden por las fuerzas del ejército y voluntarios, de cuyo comportamiento, en estas circunstancias, estoy sumamente satisfecho; completamente dominado conflicto, sin temor de que se reproduzca, y sin haberse derramado una gota de sangre, los coroneles y primeros jefes de voluntarios han venido á felicitarme, reiterándome sus sentimientos de lealtad al gobierno de la nación y á mi autoridad. En nombre de V. E. les dí las gracias.

Población ha recobrado su aspecto normal. Mando regresar tropas á sus zonas de operaciones.—*Blanco*

El acto de adhesión y de respeto realizado por los coroneles de voluntarios revistió solemnidad y significación.

La Junta directiva del Centro de Asturianos, en el que figuraban 7.000 socios y representantes de otras corporaciones y sociedades, visitó igualmente al general Blanco para ofrecer, como aquéllos, al representante de España, su concurso, á fin de mantener la soberanía y el orden.

Volvieron los insurrectos á sus criminales atentados contra las líneas férreas por medio de la dinamita.

En el kilómetro 57 del ferrocarril del Oeste, situado cerca de Alquízar, en la provincia de la Habana, estallaron el día 17 dos bombas de dinamita al pasar un tren de viajeros

El efecto de la explosión fué terrible, quedando inutilizada la máquina, volcados y destrozados tres vagones y descarrilados los demás.

El enemigo esperaba emboscado el resultado de su hazaña, y cuando la explosión se produjo, hicieron fuego desde la manigua, matando á un negro de un balazo.

La escolta del tren, compuesta de doce hombres del batallón de Baleares, contestó al fuego hasta que desapareció el enemigo, que al retirarse dejó en el campo rastros de sangre, como prueba de haber sufrido bajas.

***

Una gruesa partida enemiga, con artillería, atacó el día 17 el poblado de Campechuela (Manzanillo).

RECONCENTRACION DE FUERZAS EN EL CAUTO

La guarnición, compuesta de fuerzas del ejército y voluntarios, secundada por el vecindario, resistió bizarramente el ataque dando tiempo á la llegada de refuerzos de mar y tierra, enviados de Manzanillo.

Campechuela es un barrio rural, cuya cabecera es el caserío marítimo situado sobre la ensenada del mismo nombre, y pertenece al té-

COMBATE DE «SIERRA CUBITA»

mino municipal de Manzanillo, de cuya población dista 24 kilometros y está enclavado al S. O. de este punto.

Bastan estos sencillos datos para explicar la importancia del hecho y audacia de los rebeldes orientales. Por estar situado en la costa y próximo á Manzanillo, base de operaciones de las fuerzas destinadas á operar en Oriente, Campechuela pudo ser pronta y oportunamente socorrido.

El caserío sufrió 56 disparos de cañón y descargas contínuas de fusilería desde las seis hasta las once y media de la mañana, hora en que el enemigo se retiró al observar que se aproximaba un cañonero.

Cuando el *Centinela*, enviado desde Manzanillo con fuerzas de desembarco al tenerse noticia del ataque á Campechuela, llegó á la vista de éste, los insurrectos habían estrechado el cerco y amenazaban con un asalto al poblado.

La columna de socorro, compuesta de 500 hombres, llegó á Campechuela á las tres de tarde y salió en persecución del enemigo.

A pesar de los 56 disparos de cañón y del fuego de fusilería, los valientes defensores de Campechuela no sufrieron más bajas que dos heridos y tres contusos.

Operando aislados en la provincia de la Habana, por órdenes del general Valderrama, los batallones de Otumba y de Barbastro, batieron diferentes partidas, haciéndoles numerosas bajas.

Las columnas tuvieron un herido grave, el segundo teniente don Joaquín Rodríguez, y un práctico, herido también de gravedad.

Durante la primera quincena del mes de Enero tuvieron los rebeldes, en los diferentes encuentros habidos en la isla, las siguientes bajas: 15 muertos, 34 prisioneros y 379 presentados.

Las columnas tuvieron 12 soldados muertos y 03 heridos.

CAPITULO XXXII

Presentaciones y victorias.—En el campamento enemigo de Cuchillas de Placetas.—Presentación del cabecilla Massó y su partida.—En Placetas.—Rendición de armas.—Alocuciones del general Aguirre y del gobernador de Santa Clara.—Importancia del suceso.—El general Jiménez Castellanos.—Importante operación.—Ataque á la residencia del gobierno rebelde.—Toma y destrucción de la *capital* de la insurrección.—Combate y victoria en los montes del Infierno.—Ataque al poblado de La Esperanza.—Lucha en las calles.—El enemigo rechazado.—Resúmen de operaciones.—Aplausos de la opinión.

La presentación del cabecilla Juan Massó Parra, con las fuerzas que componían su partida, efectuada el día 20 en el mismo territorio donde Máximo Gómez castigaba con la pena de muerte todo conato de sumisión á España—según nos telegrafió nuestro activo y celoso corresponsal en la Habana y confirmó el general Blanco en despacho al Gobierno—impresionó favorablemente al público.

Fué importante el suceso, primero por la circunstancia que acabamos de mencionar, y luego por el número y por la organización de la partida insurrecta que se acogió con todos sus jefes y oficiales á indulto.

Pero lo fué más todavia, porque iniciaba, á no dudarlo, una serie de análogas presentaciones. Cuando á los veinte días de implantada la nueva legalidad había habido ya un titulado general, que al frente de su columna se nos entregase y rindiese, señal fuera de que esa buena tendencia contaba con muchos partidarios en la manigua.

No se improvisan semejantes resoluciones. Responden, por el contrario, á una larga preparación anterior y no son puestas en práctica sino después de muy medido y muy allanado el terreno.

En cambio, no bien dado el primer ejemplo, suele tener al punto numerosos imitadores, porque gracias á él cobran ánimo los indecisos y se apresuran á realizar su secreto intento los determinados.

No había, pues, exageración ni optimismo por parte de los que dedujeron de la presentación de Juan Massó las más lisonjeras esperanzas.

Así lo presintió el instinto de la opinión que sinceramente deseaba la paz, y así lo demostraron las iras y las invenciones de ciertos elementos díscolos, á quienes soliviantaba la idea de que, mediante una política contraria á la suya, pudiera terminar y terminara pronto la guerra.

Sorpresa causará entre las gentes sencillas éste segundo dato, pues no se explica la pesadumbre por el bien de la patria, aunque sea muy propia de nuestra flaca condición la pesadumbre por el bien ajeno.

Pero nada tan demostrativo de la importancia del suceso como el coraje de los intransigentes que, aplicando á la inversa un axioma muy común, á trueque de que se salvasen los principios no sentirían quizá la pérdida de las colonias.

Por fortuna á nadie preocuparon, y nada importaban esos mal intencionados sofismas.

De que España había procedido en Cuba como debía proceder, empezaban á dar los hechos oportuno y visible testimonio.

La política justa se define por su bondad moral é intrínseca para los hombres pensadores, y para la gran masa del pueblo por sus resultados.

A esto último íbamos llegando, después de haber realizado ante la conciencia universal, lo otro.

¿Cómo no habíamos de llegar, teniendo con nosotros la razón y la fuerza?

***

Al mismo tiempo que partidas considerables se acogían á los beneficios de la paz, nuestro valeroso ejército descubría y batía á los que perseveraban en la rebeldía.

Coincidiendo casi con la noticia de la presentación del cabecilla Juan Massó, vino la de un gloriosísimo triunfo de nuestras armas.

Gracias, sin duda, á indicaciones y confidencias certeras, pudimos conseguir sorprender el campamento donde residía tranquilo el llamado gobierno revolucionario de Cuba, y destruímos é incendiamos sus barracones, poniendo en fuga á los cómicos gobernantes y á la fuerte partida insurrecta que los defendía.

Según el hecho demuestra, contábamos ya con guías fieles y confidentes leales donde antes no había más que reacios y traidores. Y ya no contaba la insurrección con la pasividad ó con la obediencia del país rural, en que cifraba su apoyo más seguro.

Por donde quiera que iban nuestros soldados daban ya pronto con un enemigo, que durante dos años tuvo en su invisibilidad la principal y única fuerza.

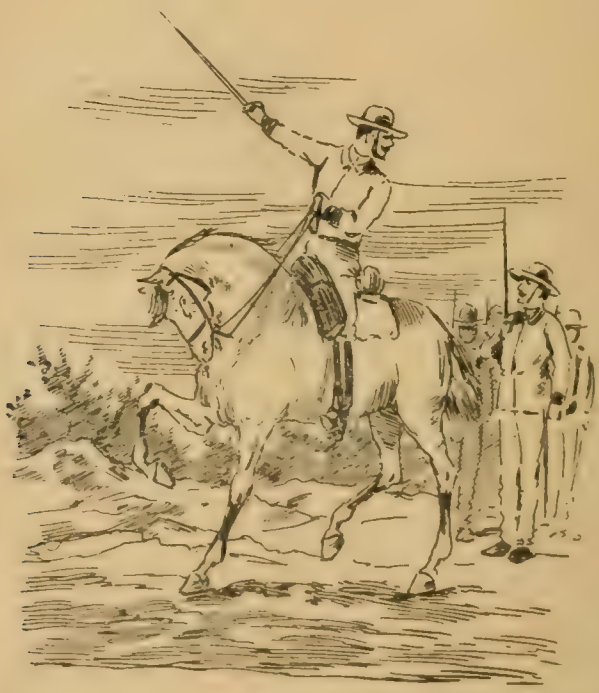
Eso, cabalmente, era lo que esperábamos y lo que nos prometíamos, cuando la prensa democrática demandara con inflexible tesón que se uniese la acción política á la acción de las armas.

Ya estaba franco y despejado el camino.

Por él podían llegar al regazo de la madre patria los ofuscados que reconocieran su error y que se acogieran á indulto. Por él irían nuestros valientes, sin recelo de emboscadas, á acabar con los aventureros y los facinerosos que se obstinaran en permanecer atrincherados en la manigua ó en merodear por los contornos de las villas y poblados.

En hora feliz prescindimos de un sistema que nos enagenaba las simpatías y la voluntad de los pueblos extraños, y adoptamos sin mengua de nuestro derecho, el que se ajustaba á los fueros de la humanidad, que siquier no estén codificados obligan con vehemente imperio á las naciones.

Con ello renació en nuestros espíritus la halagüeña esperanza de



EL CORONEL DE ESTADO MAYOR D. JULIO ALVAREZ CHACON Y SU ESCOLTA

un triunfo cercano, con la ayuda de nuestra razón y de nuestro ejército, y confiamos en lograr, no tardando, una paz tan necesaria para España como para Cuba.

Lo dijo el gran Washington y nosotros lo recordamos, aun que lo hayan olvidado sus descendientes:

«—Si hay alguna verdad, sólidamente fundada, es la de que existe un lazo indisoluble entre las prácticas de una generosa y recta política y las inmediatas recompensas que se traducen en paz y prosperidad para las naciones.»

***

El acto de la presentación del cabecilla Massó con las fuerzas rebeldes que componían su partida, sus jefes y oficiales, fué solemne y efectuado ante el general Aguirre, comandante general de Las Villas, el coronel Chacón y el gobernador civil de Santa Clara, don Marcos García.

Al amanecer del día 20, el coronel de Estado mayor don Julio Alvarez Chacón, obedeciendo órdenes del general Aguirre y acompañado de una pequeña escolta, salió de Santa Clara en dirección del sitio llamado Cuchillas de Placetas, en donde estaba el campamento del titulado brigadier rebelde Juan Massó.

Cumpliendo las instrucciones del general Aguirre, el coronel Chacón conferenció con Massó, y presidió la previa é inmediata presentación de los titulados tenientes coroneles de la partida Augusto Feria y José Carmen Hernández; los comandantes Feliciano Quesada, Saturnino León y Victoriano Gómez; el capitán Santiago Cabrera, cinco tenientes y las fuerzas á su mando, que las componían 110 individuos.

Las fuerzas sometidas, acompañadas del coronel Alvarez Chacón y del cabecilla Massó, se dirigieron seguidamente á Placetas, y formaron frente del alojamiento del general Aguirre que, con su Estado mayor, las esperaba.

A presencia del general, del gobernador civil de la provincia y de muchos jefes del ejército, que habían acudido á Placetas para asis-

tir al acto, los presentados rindieron las armas y entregaron abundantes municiones.

El general Aguirre, en nombre del general en jefe y gobernador general de la isla, dirigió á los presentados palabras de concordia, terminando su patriótica alocución con vivas al rey, á España y á Cuba española, que fueron contestados por cuantos le acompañaban y por el *brigadier* Massó é insurrectos de su partida.

«La graduación,—decía el general Blanco en su telegrama oficial dando cuenta del suceso al Gobierno—la historia é importancia política de Juan Massó, su parentesco con el titulado presidente de la República cubana, Bartolomé Massó, y el carácter honroso y militar que ha revestido toda esta presentación, envuelven gran alcance y me hacen esperar sean base de una próxima pacificación.»

Al hacerse pública en la Habana la presentación de Massó y de las gentes que mandaba, la noticia produjo magnífico efecto.

No hay para qué decir la satisfacción que produjo también en los centros oficiales y en toda la Península.

Se atribuyó la presentación del cabecilla Massó con su partida á la virtualidad de la autonomía, á las gestiones del ministro señor Govín y á la influencia del gobernador autonomista Marcos García.

***

Tuvo, en efecto, el telegrama del capitán general de Cuba una importancia excepcional. Pudiera decirse que era la primera noticia satisfactoria de verdadero interés que había llegado á nosotros desde que cambiara la situación en Cuba, porque la presentación de los hermanos Cuervo vino á averiguarse que tuvo más de teatral que de otra cosa.

Quedaban en Las Villas muchos cabecillas de relieve y relativa importancia: no se habían presentado Carrillo, ni Rego, ni Cayito Alvarez, ni Robau, ni Chucho Monteagudo, ni Núñez, ni otros varios de los que gozaban prestigio é influencia entre ellos; pero la presentación de Soto, el segundo de Robau, con algunos hombres armados de la partida de éste, pocos días antes, y la capitulación de Massó y Feria y Hernández, con un centenar de hombres armados y municionados, indicaba claramente que se hacían trabajos activos para atraer á la legalidad á la gente en armas y que los esfuerzos no eran totalmente infructuosos.

CABECILLA MONTEAGUDO

Las presentaciones de que nos dió cuenta nuestro corresponsal y confirmó el telegrama del general Blanco, harían que Máximo Gómez empezase á recelar de los suyos, y revelaban que las órdenes del *generalísimo* ya no eran *ukases,* sino papeles mojados por el relente de la manigua.

Massó y Feria eran orientales que fueron á Occidente en la famosa invasión del 95.

Cerca del sitio donde se verificó su presentación, debía andar Gómez, porque en aquella zona, desde Placetas y el Zaza hasta Reforma, era la jurisdicción escogida como madriguera por el «cabecilla fantasma.»

***

Habiendo adquirido noticia el general Jiménez Castellanos, por confidencias ciertas, de que el gobierno insurrecto se hallaba establecido y había fijado su residencia en el poblado La Esperanza, construído al efecto á diez y siete leguas de Puerto Príncipe é inmediato al extremo occidental de Sierra Cubita, tomó las medidas necesarias y combinó una operación para sorprender y atacar el campamento enemigo, cuyo resultado fué brillantísimo.

Antes de dar cuenta de la operación, y para que se juzgue de su importancia, creemos conveniente advertir á nuestros lectores que desde hacía muchos meses el gobierno rebelde se había establecido en dicho poblado, donde funcionaba á sus anchas y gozaba de la más completa tranquilidad.

La prensa *yankee* afecta á los filibusteros, y los periódicos que publicaban los rebeldes en Cayo Hueso, en Tampa y en Nueva York, venían asegurando que la titulada República cubana tenía su *gobierno* instalado en las mejores condiciones de seguridad y en lugar adonde no podrían llegar los soldados españoles.

Estrada Palma, el delegado del gobierno revolucionario en Nueva York, en sus conferencias con senadores y diputados norteamericanos, había hecho hincapié en estas circunstancias para deducir de ellas la debilidad é impotencia de las armas españolas y haberse cumplido por parte de los separatistas una de las condiciones exigidas para el reconocimiento de la beligerancia de los rebeldes.

Por esto tuvo mayor trascendencia la operación llevada á cabo con feliz éxito por el general Jiménez Castellanos.

Organizada en Puerto Príncipe una columna de 2 200 soldados de

infantería, 450 de caballería y dos piezas de artillería, salió el general á su frente, en dirección de Sierra Cubita.

Después de tres días de penosa marcha por las estribaciones de dicha sierra, forzando dificultades y posiciones ocupadas por el enemigo, cuya resistencia fué estéril ante el empuje de nuestros soldados, que arrollaron posiciones artilladas y cuantos lugares dominantes ocupaban los rebeldes, avistó la columna, al amanecer del cuarto día, el poblado «La Esperanza», residencia del gobierno insurrecto.

Organizado el ataque al pueblo, donde había unos 1.000 rebeldes que custodiaban al *gobierno* y lo defendieron con mucha tenacidad, tras un reñido combate fueron desolojados aquéllos de sus posiciones y salieron de ellas á la desbandada, ocupando la valerosa columna el poblado, el cual incendiaron y destruyeron, para evitar que volvieran á guarecerse allí los insurrectos, y saliendo inmediatamente en su persecución hasta dos leguas más allá.

***

Al día siguiente, continuando la infatigable columna del general Castellanos la persecución del enemigo fugitivo, encontró en los montes del Infierno, á dos leguas de Esperanza, partidas reunidas en número de unos 2.500 hombres, que acudían en auxilio del gobierno insurrecto al tener noticia de que las tropas iban á atacar á la que pudiéramos llamar «capital de la insurrección»; pero llegaron tarde, porque lo inesperado y rápido de la operación desconcertó los planes de los rebeldes.

Dispusiéronse á la lucha las fuerzas rebeldes, desde sus fuertes y ventajosas posiciones en el monte, y trabóse el combate entre ambos bandos, que duró dos horas y fué muy empeñado, reñido y sangriento.

De una y otra parte se hizo un nutrido fuego de fusilería, y nuestros cañones lanzaron 32 disparos sobre las masas enemigas.

Estas, al fin, tuvieron que retirarse, abandonando en el campo 57 muertos. Esta cifra hizo suponer que el enemigo debió sufrir bajas muy numerosas, toda vez que lo intrincado del monte hizo difícil la verificación de un minucioso reconocimiento.

Las bajas sufridas por la columna fueron relativamente cortas, aunque siempre sensibles, dada la importancia de la operación, las dificultades de la marcha, los diversos combates sostenidos y el número y la resistencia de los rebeldes. Murieron cinco soldados y fueron heridos el teniente coronel señor Pérez Monte y 30 individuos de tropa.

Al ocupar nuestras tropas la *capital* escogida, mejor dicho, construída por los insurrectos con tablones y cañas para hacer alardes de normalidad en *su vida oficial*, recogieron importante documentación, muchas armas y efectos.

El titulado *Gobierno*, comprendiendo el peligro que corría, no se cuidó más que de huir aprovechando el combate que se libró en los atrincheramientos de la sierra que defendían la *capital*, despachando á la vez comisiones á los campamentos rebeldes, dándoles cuenta de lo que ocurría.

Como nota culminante del buen éxito de la operación, se señaló el éxito de que la columna del general Jiménez Castellanos fué conducida hasta La Esperanza por rebeldes presentados, evitando que los exploradores insurrectos se percataran de la operación en el trayecto de 17 leguas recorridas por la columna, merced á lo cual, la operación empezó y se realizó con el mayor sigilo, logrando casi sorprender á los rebeldes, pues al entrar en la sierra la columna y hasta después que los rebeldes abandonaron la *capital*, sólo encontraron unos 800 enemigos, que no opusieron gran resistencia.

Elogióse mucho la operación por haberse vanagloriado los rebel-

des de que la residencia de su gobierno en Sierra Cubita era definitiva y nadie podría molestar á los representantes oficiales de la revolución separatista.

Estas noticias, unidas á las de las presentaciones ocurridas aquellos días, aumentaron la confianza que sentía la opinión pública en la pronta terminación de la funesta guerra.

***

Las partidas rebeldes que operaban en la provincia de Santa Clara, reunidas bajo el mando del cabecilla Monteagudo, é impulsadas y despechadas, sin duda, por la última presentación importante de las fuerzas de Massó, atacaron al siguiente día de la sumisión de este cabecilla, el poblado de La Esperanza, que está cerca de la capital de Las Villas.

Aprovechando la obscuridad de la noche, las gentes de Monteagudo, en número de unos 200 hombres, cortaron las alambradas que defendían las entradas del pueblo, y cuando hubieron salvado el obstáculo, amparados en las tinieblas, hicieron violenta irrupción en las calles del poblado, llegando hasta las primeras casas del barrio del Rosario.

Advertida la guarnición de la presencia del enemigo, salió á batirle en tres grupos, rechazando briosamente á los rebeldes, poniéndoles en fuga y persiguiéndoles en todas direcciones.

El enemigo al huir dejó en las calles nueve muertos, con armas, cuyos cadáveres fueron expuestos al público para su identificación, muchos machetes y otros efectos de guerra.

Además, por confidencias seguras, se supo que pasaron de treinta los heridos que se llevó la partida.

La valerosa y no dormida guarnición tuvo que lamentar la muerte de un cabo y las heridas de dos soldados.

El comportamiento del destacamento de La Esperanza—dijo el general Blanco en su despacho oficial—fué el más bizarro.

El poblado de La Esperanza fué también atacado en la primavera de 1896, al regresar los insurrectos de su excursión á las provincias occidentales.

En ese ataque fué donde el valeroso cura de La Esperanza se defendió heróicamente y se ganó una cruz y rechazó á los rebeldes.

Durante la segunda decena de Enero, además de los sucesos que dejamos consignados, ocurrieron entre otros menos importantes los encuentros y operaciones siguientes:

En la provincia de Pinar del Río, el batallón de Canarias sorprendió al enemigo una herrería, cogiendo 43 armas de fuego y 36 herramientas, destruyendo la colonia militar.

El batallón de San Quintín, en Barreto, batió al cabecilla Delgado, causándole cuatro muertos y cogiéndole armas de fuego, blancas y seis caballos.

El batallón de Otumba, en Hato Luisa, tomó campamento enemigo defendido por 200 hombres, que huyeron con bajas.

En Matanzas, el general Molina, en Punta Maya y Boca Camarioca, se apoderó de otro campamento donde se hallaban las partidas del Flamenco, Gómez, Rojas y Tabares, compuestas de 200 hombres, causándolas seis muertos, que abandonaron, y varios heridos, que retiraron.

La columna tuvo á los tenientes señores La Cierva y don Manuel González y 28 de tropa heridos.

En la provincia de Santa Clara, fuerzas del regimiento de Camajuaní, en Santa Clara y Río Hondo, batieron á una partida, haciéndola seis muertos y cogiendo 22 caballos.

Los batallones de Arapiles y Camajuaní, en Jiquina y Lajitas, ba

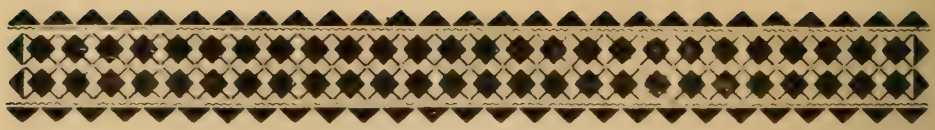
tieron al cabecilla Nápoles, haciéndole diez muertos y un prisionero, y cogiéndole 31 caballos, seis armas de fuego y once blancas.

En Holguín, el general Luque, practicando reconocimientos por San Martín de Aguarrás, hizo al enemigo treinta muertos y siete pri-

LA COLUMNA DEL GENERAL CASTELLANOS EN EL COMBATE DE LA ESPERANZA

sioneros y cogió 88 armas de fuego. La columna tuvo un muerto de tropa y 21 heridos.

La opinión aplaudió á nuestro ejército por su incansable acometividad y se felicitó del triunfo de las armas españolas y de los éxitos políticos del nuevo régimen.



CAPITULO XXXIII

Nuevas esperanzas.—Continúan las presentaciones.—El cabecilla *Yayo* Giménez.—Agustín Román y cinco individuos de la escolta del *generalísimo*.—Fusilamiento de un capitán. —Síntomas favorables.—El general Blanco á Oriente —Objeto del viaje.—Suposiciones. —Más presentaciones.—La dinamita.—Un barco de guerra norteamericano en viaje para la Habana.—Excitación y alarma.—La nota de Mr. Long.—El viaje del *Maine*.—La política *yankee*.—El *Maine* en la bahía de la Habana.—Inoportunidad de su visita. —Recelos de la opinión.—El gobierno de Washington y la nota de Mr. Woodfford.—El acuerdo de nuestro Gobierno —Justa reciprocidad.—El programa de la nación y del Gobierno.—Ni precipitación ni debilidad.

Ya hemos consignado en el precedente capítulo que la presentación del cabecilla Massó no había sido un hecho aislado.

En efecto, después de ella se efectuaron otras, y ocurrió sobre todo un caso que puso en evidencia la completa descomposición de la rebeldía.

Máximo Gómez tuvo que fusilar al capitán de su escolta Nestor Alvarez. ¿Por qué? Porque Nestor Alvarez trabajaba eficazmente para lograr la sumisión de aquella fuerza á la legalidad y al nuevo régimen constituído en la isla.

Cuando tal sucedía en el campo y alrededor del *generalísimo*, facil era colegir lo que sucedería entre las demás partidas insurrectas.

La feroz rigidez del mercenario dominicano no había bastado á impedir que los hombres de su mayor confianza, movidos por el deseo de la paz y alentados por el carácter generoso del nuevo régimen, se concertasen para acogerse á indulto.

FUERTE EN LA TROCHA DE MARIEL-ARTEMISA (PINAR DEL RIO)

BLANCO 53

Tampoco había de bastar la ejecución de Nestor Alvarez para atajar un movimiento, que se había iniciado arrostrando tan bárbaros castigos.

Según el telegrama de nuestro corresponsal, varios vecinos de Sancti Spíritus habían solicitado ingresar en las guerrillas, deseosos de vengar la muerte del joven con quien les unieran, sin duda, vínculos de parentesco ó de amistad.

No serían poblablemente los únicos que, animados de igual propósito, se arrojasen á pedir y tomar cuenta de la sangre vertida.

Ni podrían ni querrían tolerar seguramente que un aventurero, á quien pagaron para que se encargase de la dirección de la guerra, extraño como era á los pensamientos é intereses de Cuba, se opusiera á la libre determinación de los cubanos.

El fusilamiento de Alvarez sería el botafuego que inaugurara el período de las luchas interiores. Así ha comenzado siempre el desquiciamiento final en todas las contiendas civiles.

Ese síntoma, aún más expresivo que el de las presentaciones, y no menos favorable á nuestra causa que los triunfos obtenidos por nuestro heróico ejército, confirmó las esperanzas de la nación y aseguró, para dentro de breve plazo, la terminación de la guerra.

***

El día 22 recibióse en la Habana la noticia de la presentación en las Vueltas, provincia de Santa Clara, del cabecilla *Yeyo* Giménez, con cinco hombres armados, los cuales entraron en el pueblo dando vivas á la autonomía.

Desde Sancti Spíritus comunicó el mismo día el coronel Estruch que se habían presentado en Mapos, armados y montados, Agustín Ro-

mán y cinco insurrectos más, que pertenecían al escuadrón de Máximo Gómez que formaba la guardia personal del *generalísimo*.

Refirieron los presentados que entre los rebeldes que rodeaban al jefe dominicano, cundía la idea de presentarse á indulto y abandonar una existencia penosa y sin esperanzas de triunfo, que ya les iba pareciendo demasiada dura.

Añadieron que el capitán de uno de los escuadrones de la escolta de Máximo Gómez, llamado Nestor Alvarez, trató de inducir á sus tropas á que abandonaran con él el campo rebelde y se acogieran á la legalidad, que era la paz. Enterado de ello el *generalísimo*, apresó á Nestor Alvarez y mandó fusilarle, previo consejo de guerra verbal.

Dijeron también que otros veinte rebeldes, incluyendo entre ellos al jefe del regimiento de la guardia personal de Máximo Gómez, hallábanse dispuestos á presentarse, y lo harían en cuanto les fuera posible, porque se hallaban todos muy vigilados.

Los presentados manifestaron deseos de formar parte de una guerrilla de las destinadas á combatir á las fuerzas de Máximo Gómez, á fin de vengar la muerte de su capitán Nestor Alvarez.

Atendiendo á sus deseos fueron autorizados para formar en una guerrilla de Sancti Spíritus.

En el telegrama del coronel Estruch se daba cuenta de otras muchas presentaciones de menor importancia.

Se consideró como un hecho de altísima significación para la paz y como un grave síntoma de descomposición y desaliento, el que en el propio cuartel de Máximo Gómez hubiese quien trabajase por la autonomía, allí donde el dictador ejercía omnímoda influencia y había elegido para su escuadrón de escolta gente fanática por la independencia y absolutamente adicta á su persona. Síntomas eran estos que, por lo menos, autorizaban á recordar lo que ocurrió en la manigua en 1877, precursor de la descomposición en que se hallaba cuando se reunió el plebiscito en San Agustín.

***

El día 24 salió de la Habana para Manzanillo (departamento Oriental), el gobernador general de Cuba.

El general Blanco marchó en tren á Batabanó, donde embarcó para trasladarse á Manzanillo, acompañado de los generales Nario y Valderrama, habiendo sido despedido en la estación por todo el Gobierno insular y las más distinguidas y notables personalidades de la Habana.

Durante la ausencia del gobernador general quedó encargado del despacho de los asuntos militares el general González Parrado, y de los civiles el secretario del gobierno señor Congosto.

Aunque era conocido con mucha anterioridad el propósito del general en jefe del ejército en operaciones, la noticia vino á aumentar la expectación que aquí reinaba, y en la cual entraban las inquietudes en proporción muy inferior á las esperanzas.

Pero no iba el marqués de Peña Plata á dirigir las operaciones en la parte oriental de la isla, como en un principio se había indicado; su objeto—según dijeron los telegramas—se limitaba á inspeccionar el ejército y á vigorizar en aquellas comarcas el espíritu público. Su ausencia de la Habana no duraría, por tanto, más que algunos días.

Sencillísimo era el hecho, pero la opinión, aceptando rumores y versiones que cada vez tomaban mayor incremento, se obstinó en atribuirle extraordinaria importancia.

No participamos nunca de los pesimismos infundados, y por igual razón nos abstuvimos de compartir optimismos que no se fundaban en una base cierta.

Peligrosa es la impresionabilidad que todo lo contempla obscuro; pero no lo es menos la que lo ve todo de color de rosa.

Entre el punto extremo donde se colocaron aquellos á cuyo entender había de prolongarse indefinidamente la campaña de Cuba y el que eligieran aquellos otros para quienes la total pacificación era obra de cortas semanas, existía un punto medio, del cual no debíamos apartarnos en evitación de desagradables sorpresas.

Eso no obstó para que hubiese derecho á sacar de la expedición del general Blanco dos favorables deducciones.

OFICIAL DANDO ORDENES A UN ORDENANZA

Cuando la primera autoridad de la isla se decidía á emprender un viaje á Oriente, señal era de que la tranquilidad y el orden no corrían peligro alguno en la Habana.

Asimismo cabía suponer que, al emprender en tales circunstancias su visita de inspección á las provincias orientales, llevara la semi-seguridad de recabar ventajas y provechos para la soberanía española.

***

Fuerzas del batallón de Cataluña practicando reconocimientos por la zona de Trinidad, ocuparon un depósito de municiones de los insurrectos, pasando de 20.000 los cartuchos que recogieron nuestros soldados, que pertenecían al parecer á la brigada insurrecta que operaba en aquella jurisdicción.

Se presentaron á indulto en Cienfuegos un titulado oficial y diez insurrectos armados, y en Placetas otros diez, también con armas.

Los rebeldes no abandonaban su cobarde y criminal campaña de destrucción.

El día 13, entre los kilómetros 25 y 26 de la línea férrea de Nuevitas, hicieron explotar una bomba de dinamita, destrozando cuarenta metros de vía y volcando una máquina exploradora y dos carros blindados.

A consecuencia del siniestro murió un sargento y quedaron heridos 16 soldados del batallón de voluntarios de Madrid.

El día 17 explotó otra bomba en la misma línea y ocasionó la muerte á dos soldados y heridas de consideración á otros cinco.

Con gran sorpresa de propios y extraños, se supo el día 25, por telegramas de Washington, que el gobierno *yankee* había dado orden el día anterior al crucero *Maine*, para que zarpara de Cayo Hueso con destino al puerto de la Habana, y que el resto de la escuadra norteamericana marchase á las islas Tortugas, grupo de islotes situados á la extremidad de los Cayos de la Florida, á 120 millas náuticas al Sudoeste del cable Sable.

Tanto en los círculos políticos de Washington como en los centros bursátiles y filibusteros de Nueva York, la noticia de aquel viaje pro-

dujo en un principio gran excitación: tanto en la Habana como en la Península hubo al saberse la noticia cierta alarma.

Para desvirtuar el efecto que la noticia pudiera causar, se dijo en el departamento de Negocios extranjeros de la gran República, que siendo muy amistosas las relaciones entre los Estados Unidos y España, no existía ya motivo para mantener alejados de los puertos de Cuba los buques de guerra norteamericanos.

El ministro de Marina Mr. Long publicó una nota que confirmaba las declaraciones de los funcionarios de la Secretaría de Relaciones exteriores.

La nota decía textualmente:

«Lejos de existir fundamento para los rumores que circularon ayer acerca de dificultades surgidas en la Habana, las cuestiones están tan bien solventadas, que los buques de guerra norteamericanos pueden volver á visitar los puertos de Cuba.»

El cónsul de los Estados Unidos en la Habana Mr. Lee apresuróse á quitar importancia á la visita del *Maine*, haciendo públicas las declaraciones del ministro de Marina americano, en las cuales desaparecía toda gravedad.

***

«—¿A qué va á la Habana el *Maine*? ¿Para qué se acerca tanto á las costas de Cuba la escuadra de los Estados Unidos? ¿Con qué objeto esa escuadra ocupa los puntos estratégicos de la entrada de ambos canales de Bahama?»

Estas preguntas estuvieron el día 25 en todos los labios españoles, al enterarse de los telegramas trasmitidos desde Nueva York por los corresponsales y por las Agencias telegráficas.

Los que á ellas contestaban de la manera menos belicosa decían: Esa escuadra ha ido á las aguas de la grande Antilla á detener el movimiento contrarrevolucionario en las filas de los rebeldes á España. Porque es evidente—decían—que los insurrectos en armas, dispuestos á entregarlas, no lo harán ya ante la espectativa de un conflicto, cuyo término pudiera ser el vencimiento del poder español en la isla; porque ¿á qué fin—dirán los cabecillas más inclinados á la pacificación—hemos de entrar en el campo de una legalidad que amenaza extinguirse?

Hubo quien fué más allá. Hubo quien supuso que los Estados Unidos consideraban propicia la ocasión para acabar de una vez. Complicadas las cuestiones europeas con los asuntos de China, fija en el extremo Oriente la atención de los pueblos del Antiguo Mundo, desprevenido y confiado el Gobierno español, es la hora presente—decían los pesimistas—la precisa y abonada para que la política *yankee* arroje la máscara y acometa la empresa con el menor riesgo posible.

De un modo ó de otro, se verificaban desgraciadamente nuestros temores y previsiones. Acaso no fueran hasta provocar la guerra los Estados Unidos—pensamos nosotros en aquel entonces—no obstante que el anuncio del envío del *Maine* á la Habana era indicio harto expresivo de provocación y respondía seguramente al deseo de agitar artificialmente la opinión para envalentonar á la fracción jingoista de la Cámara, manteniendo una atmósfera favorable á los insurrectos. Pero, de todas suertes, una escuadra de los protectores y fomentadores de la rebelión separatista á la vista de las costas de Cuba, levantando el decaido ánimo de los rebeldes, venía á ser el obstáculo más grave para la paz y aún quizá causa eficiente de un conflicto internacional por dar ocasión á alguna protesta de los patriotas de aquella capital. Sin duda el envío del acorazado *Maine* á la bahía de la Habana obedeció á la política artera de los Estados Unidos.

A Europa, al mundo civilizado, no podía quedar duda de la política *yankee* respecto de España. El hecho de que se trata lo reveló todo bien claramente.

* *

Antes de lo que se creía y con gran sorpresa de toda la población, entró y fondeó en la bahía de la Habana el acorazado norteamericano

PAREJA DE ORDEN PUBLICO EN PERSECUCION DE UN PLATEADO

Maine, que el día 25 cambió los saludos de ordenanza con las baterías del puerto.

La presencia en aquellas aguas del buque norteamericano, aunque causó gran extrañeza en la población de la Habana, por no tener noticia alguna acerca del objeto de su viaje, no produjo más que curiosidad en el público.

A juzgar por los telegramas de los corresponsales, se apreció allí

en las esferas oficiales la significación de la visita del propio modo que aquí la interpretara el Gobierno.

Creíase que en vez de ser un aviso ó un acto de encubierta hostilidad, era una muestra de deferencia con que se acreditaba la cordialidad de relaciones existentes entre España y los Estados Unidos.

Examinado á sangre fría el caso de que el *Maine* se destacara de la escuadra que operaba en las Tortugas para tributarnos amistosos cumplimientos, no dimos á la presencia del buque norteamericano en la bahía de la Habana, más importancia de la que tenía ni tampoco menos.

Por lo mismo que siempre hemos creído que la guerra de Cuba era incidente de las relaciones entre España y los Estados Unidos, y que el gobierno norteamericano procedía con arreglo á un programa trazado y estudiado hacía muchos años, y del que no le desviaría ningún cambio de personas que aquí ó allá pudiera ocurrir, no nos sorprendió lo que sucedía ni nos pareció probable que pudiera maravillarnos lo que sucediera con el tiempo. Veíamos al problema cubano caminar hacia su término empujado por los aciertos agenos y los errores propios, y sabedores del rumbo que llevábamos, ni un momento participamos de los optimismos oficiales, ni nos dejamos engañar por la conducta artera de los *yankees*.

La sobreexcitación de los ánimos en Cuba, y singularmente en la Habana, era tan natural como grande. Allí, donde se tocaban los enormes daños producidos por una guerra, que se mantenía principalmente con los recursos que desde los Estados Unidos se facilitaban á la insurrección, no se mitigaban los dolores ni se adormecían las punzadas con frases hipócritas, sino que se exacerbaban con los hechos. Aunque no hubiera habido dudas sobre la amistad del gobierno de Washington, la visita de un buque de guerra norteamericano á un puerto de nuestra grande Antilla, debiera ser considerada como prematura. No hay que

decir lo que, en nuestro sentir, fué, cuando eran tan fuertes y tan fundados los recelos.

Por lo menos dió motivo la no anunciada visita del *Maine* á la Habana, á que nos asaltaran dudas en lo que toca á la oportunidad del momento elegido por nuestros encubiertos enemigos.

***

Para desvirtuar esos recelos, no nos pareció lo más adecuado tener la escuadra de la Unión á la vista de las costas de Cuba. Por ese nuevo sistema de cortesía internacional pudieran los norteamericanos, como última muestra de cariño, haber pretendido ya clavar desde luego en el Morro de la Habana la bandera estrellada al lado de la española.

A nadie engañó tal sistema, y la prensa europea lo dijo con harta claridad. Sensata y correcta la población habanera, supo evitar con su buen sentido los riesgos de un choque, para el cual burdamente se le ofreciera ocasión. ¿Podía, empero, afirmarse que tal serenidad y corrección fueran inquebrantables? Y si la perturbación y el conflicto sobrevenían, ¿de quién ante el mundo civilizado sería la responsabilidad?

¿Qué falta hacía para las buenas relaciones entre España y los Estados Unidos la presencia del *Maine* en la bahía de la Habana? Ninguna. ¿Qué inconvenientes podía tener? Incalculables...

El gobierno de los Estados Unidos manifestó explícitamente que, después de los discursos pronunciados en la Cámara de representantes acerca de la cuestión de Cuba, había creído conveniente enviar un barco á la Habana, «como demostración de amistad y afecto á España», borrando con esto los recelos que hubieran podido despertar aquellos discursos *jingoistas*.

Así lo comunicó á nuestro gobierno el representante de España en

Washington, señor Dupuy de Lome, añadiendo que Mr. Woodford, embajador extraordinario de la gran República en Madrid, haría idéntica manifestación en nota oficial.

Esto ocurría el día 25 por la mañana, y á las cinco de la tarde, cuando ya el *Maine* se encontraba anclado en la bahía de la Habana, hubo de comunicar el ministro de Estado español á nuestro representante en Washington, que el ministro norteamericano no había enviado aún la nota anunciada.

Una hora más tarde se recibía la nota en el ministerio de Estado, resultando que el deber de cortesía con nuestro gobierno, se cumplía algunas horas después de haberse efectuado lo que oficialmente se anunciara.

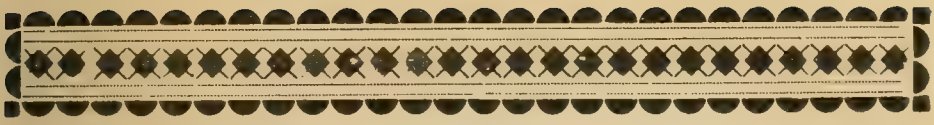
La nota de mister Woodfford repetía mucho las frases de amistad y consideración á nuestro país, y que «para demostrar las cordiales relaciones, *anunciaba* la visita del *Maine* al puerto de la Habana.

A esta nota contestó con otra el señor Gullón, no menos atenta y amistosa, expresando que en reciprocidad á la cortesía del gobierno de los Estados Unidos, le anunciaba el propósito de que algún barco español visitara los puertos norteamericanos.

El acuerdo del Gobierno, en justa correspondencia á la atención de los *yankees*, de enviar un crucero de nuestra Marina de guerra á visitar el puerto de Nueva Yorck, fué bien recibido y aplaudido por la opinión.

Y fuere del género que fuese la reciprocidad, consideramos digno de elogio el acuerdo.

Calma, previsión, energía; esto debía ser y hubiera de haber sido siempre el programa de la nación y del gobierno enfrente de los manejos norteamericanos. La precipitación podía perdernos; la debilidad no nos había de salvar.



CAPITULO XXXIV

Presentaciones de separatistas en Nueva York.—El viaje del general Blanco.—Manifestación popular en Las Villas.—Encuentro en Cabañas.—Muerte del cabecilla Alonso.—Otros encuentros y combates.—El siniestro ferroviario en la línea de Nuevitas.—Estado de la insurrección en el Camagüey.—Justicia de Dios.—Muerte del cabecilla Aranguren.—Operación combinada.—Sorpresa y ataque.—Castigo merecido.—La opinión.—El verdadero enemigo.

ERDADERA importancia tuvieron las presentaciones de varios jefes y oficiales insurrectos, en el consulado de España en Nueva York, de que se dió noticia el día 26 al ministerio de Ultramar.

Según comunicó nuestro representante en la capital de la gran República, presentáronse en el consulado de España en Nueva York y firmaron declaración de aceptar la legalidad instaurada en Cuba, ofreciendo no conspirar contra la soberanía de España, los titulados oficiales insurrectos Carlos García Menoral, Alberto Broch y O'Farril, Alberto Fernandez Velasco y Pedro Bethancourt.

También se presentó en el propio consulado el señor Casuso, médico que se hallaba en Nueva York á disposición de la Junta para reconocer á los insurrectos enfermos ó heridos, manifestando que pensaba salir el día 30 para la Habana.

Seguía desarrollándose en progresión creciente la obra de la paz.

El hecho de haberse presentado á nuestro cónsul en Nueva York varios personajes rebeldes, entre los cuales figuraban los que valían por dos partidas, el cabecilla García Menocal y el doctor Casuso, así lo demostró.

El general Blanco en su viaje á Oriente tocó el 25 en el Júcaro y Santacruz, cuyas guarniciones revistó.

Al siguiente día llegó á Manzanillo, en donde se le hizo un entusiasta recibimiento.

En Santa Clara efectuóse una soberbia manifestación en honor del comandante militar de Las Villas, general Aguirre, y del gobernador civil, don Marcos García, á su regreso de Placetas de presenciar el acto de sumisión del cabecilla Massó y su partida.

Los manifestantes vitorearon á España y á la autonomía.

El teniente coronel del batallón de San Quintín participó el día 27 que operando en la costa Norte de la provincia de Pinar del Río, encontró en Cabañas á la partida rebelde de Andrés Alonso, á la que se habían unido fuerzas de la que mandaba Juan Delgado.

Trabado combate con los insurrectos, fueron derrotados por nuestras tropas, que los dispersaron, abandonando aquéllos en su huída diez muertos, entre los cuales figuraba el cabecilla Andrés Alonso y el segundo jefe de la partida.

El batallón de la Lealtad en las lomas de Pita (Habana) batió á las partidas reunidas de Cárdenas y Aranguren, haciendoles tres muertos y dos prisioneros y cogiéndoles siete caballos.

El batallón de Guadalajara, en Tapaste, batió de nuevo á la partida de Aranguren, compuesta de 130 caballos, resultando de los nuestros herido un indivíduo de tropa.

El coronel Rubín, con fuerzas de desembarco en Rio Muñoz, tomó al enemigo fuertes posiciones, causándole bajas.

El general Pareja tomó al enemigo el campamento de San Fernando, sufriendo en la operación ocho heridos de tropa.

***

De uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, recibimos el dia 28 los siguientes interesantes detalles acerca del siniestro ferroviario ocurrido en la línea de Nuevitas á Puerto Príncipe y sobre la situación y estado de la rebelión en el Camaguey.

«Embarcado en el tren que con pasajeros y mercancías se dirigía á la capital del Camagüey, salí en la mañana del 12 de Nuevitas, haciendo escala por la noche en Minas, para continuar viaje al día siguiente hasta Puerto Príncipe.

»El tren explorador se componía de dos vagones blindados y 16 más de mercancías. En los primeros iban 51 hombres del batallón de voluntarios de Madrid, mandados por el capitán don Luís Delicado. Un sargento y ocho soldados, provistos de ganchos y tijeras, estaban encargados del reconocimiento de la vía para evitar las explosiones de dinamita.

»Formaban el tren de pasajeros dos coches de tercera, uno de segunda, otro de primera, veinte de mercancías y un coche blindado, en el que iba un oficial y treinta soldados.

»Los pasajeros eran muy pocos, y entre ellos se contaban dos habilitados militares que conducían unos 30.000 duros.

»A paso de carreta llegamos al ingenio *Lugareño* á las tres de la tarde, y minutos después de salir de ese punto, encontrándonos entre los kilómetros 25 y 26, oyóse de pronto una horrorosa detonación producida por la explosión de una bomba de dinamita, cuyos efectos sufrió de lleno el tren explorador, que iba unos doscientos metros delante del de pasajeros.

»Dirigíme al sitio de la catástrofe y presencié un cuadro aterrador:

la vía estaba destrozada en una extensión de cuarenta metros; los rails estaban hechos añicos y las ruedas de los coches blindados habían sido arrojadas á larga distancia. En el suelo había un hoyo de seis metros de largo, tres de ancho y uno de profundidad.

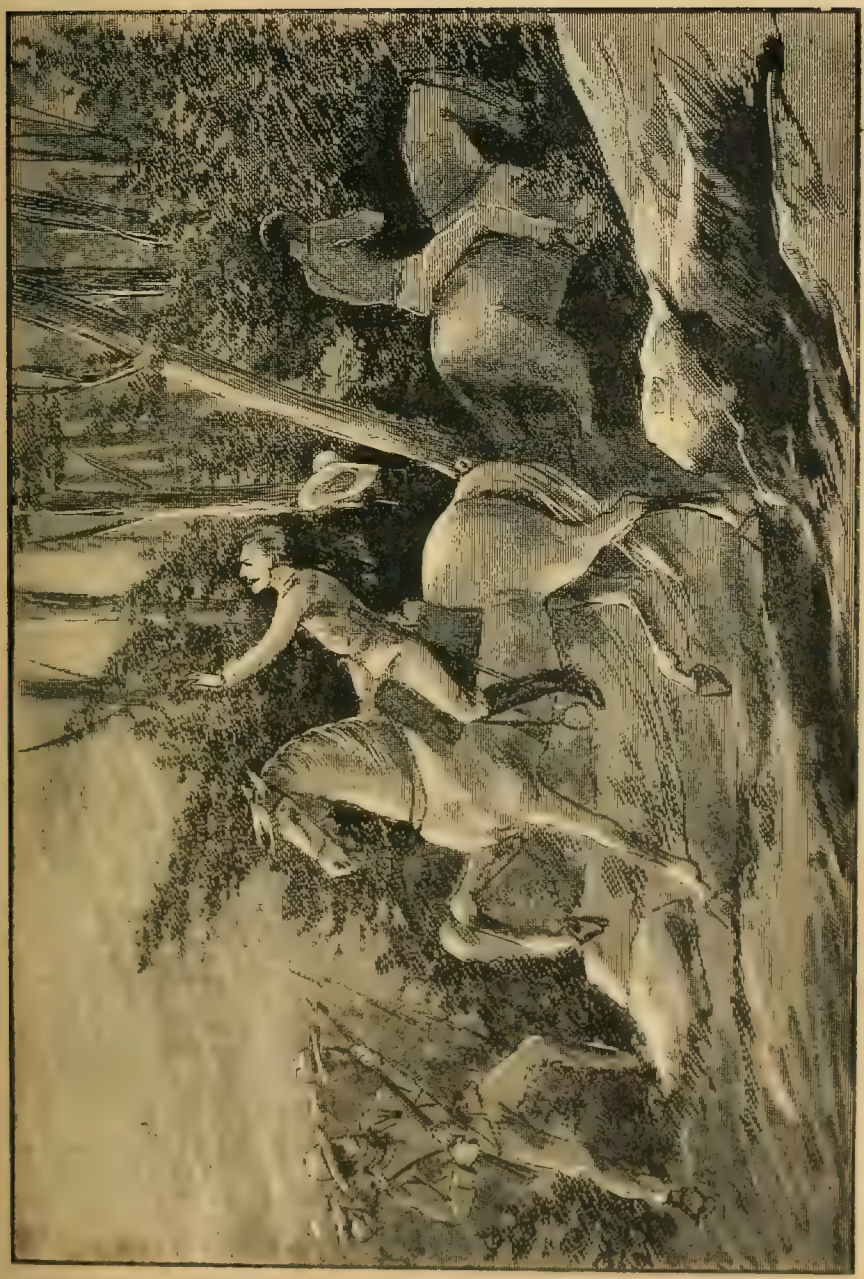
»La máquina, rotos los enganches, prosiguió su marcha, y en la vía, destrozados y fuera de los carriles quedaron dos *tenders,* una plataforma y los dos coches blindados. El resto del tren quedó encarrilado.

»Los dos coches blindados estaban casi enterrados en el hoyo, y

EL GENERAL BERNAL Y SU ESTADO MAYOR

en el interior de aquéllos 16 hombres heridos, con fracturas del cráneo, cara y brazos, entre ellos, moribundo, el sargento Francisco Ruíz Cano, natural de Palma del Río (Córdoba), quejándose con lastimeros gritos y pidiendo á voces socorro.

»Adoptadas las necesarias precauciones en previsión de que pudieran atacarnos los criminales *mambises*, se procedió á instalar á los heridos en el tren de pasajeros, al que se ordenó regresara á Nuevitas. En



MUERTE DEL CABECILLA ARANGUREN

él regresó también al punto de partida, y al llegar al hospital falleció el citado sargento.

»De los restantes heridos, diez lo están de gravedad, y los otros cinco levemente.

»El entierro del infortunado sargento, señor Ruíz Cano, ha sido una solemne manifestación de duelo, á la que han concurrido las autoridades y el pueblo en masa, dedicando al finado muchas coronas.

»Aquella misma noche los insurrectos tirotearon por tres veces á Puerto Príncipe, una de ellas con gran tenacidad.

»En la imposibilidad de reanudar viaje y llegar á Puerto Príncipe, me dediqué á adquirir en Nuevitas datos, que conceptúo exactos y me apresuro á transmitir, relativos al estado de la insurrección en el Camagüey.

***

»Se calcula que en toda esta provincia existen unos 5.000 rebeldes.

En la jurisdicción de Nuevitas se hallan el cabecilla Angel Castillo, con 300 caballos; los hermanos Adalberto y Joaquín Quesada, con 80 infantes cada uno; el titulado general Vega con 200, y Luís Suárez con otros 200.

Hay además varias prefecturas mandando grupos, que se reunen cuando lo juzgan necesario.

Las fuerzas que guardaban al titulado gobierno insurrecto establecido en «La Esperanza», al pie de la Sierra Cubita, fueron batidas, como es sabido, por el general Jiménez Castellanos.

El titulado gobernador civil ó *prefecto* del Camagüey, Manuel Casares, tenía su residencia oficial en Yaguas.

En el departamento oriental escasean las reses, siendo necesario llevarlas de la provincia de Puerto Príncipe por la trocha del Júcaro. Sin embargo, el número de reses que los insurrectos trasladan de ese modo, es incalculable.

La escasez de tropas obliga al general Castellanos á mantenerse en actitud defensiva, limitándose á sostener intacto nuestro dominio en el Príncipe, Santa Cruz y Nuevitas.

Las comunicaciones entre los pueblos y poblados del centro camagüeyano han desaparecido; todas han sido cortadas, ó por lo menos interrumpidas.

En los ingenios donde se preparaban á hacer la zafra han tenido que suspender los trabajos.

Una cosa es de extrañar y que me ha llamado la atención: que subsista la comunicación telegráfica entre Puerto Príncipe y Nuevitas, después de tres años de guerra y en medio de toda esta destrucción. El telégrafo sólo ha sufrido tal cual interrupción corta y ligera.

No sucede lo propio en la línea férrea; los trenes de viajeros tienen que detener su marcha con frecuencia y experimentan accidentes peligrosos.—*X* *...»

***

Parecerá algo inhumano, pero hay que decirlo sin rodeos: la justicia de Dios pocas veces se cumplió más pronto y como convenía á la de los hombres.

El asesino del malogrado teniente coronel señor Ruíz murió como debía morir: á manos de leales españoles, bajo el fuego y el plomo de nuestros fusiles.

La muerte fué, sin embargo, más digna de lo que mereciera el cri-

minal traidor que, llamándose sostenedor de una idea, pisoteó todas las del mundo civilizado, escarneciendo los más grandes sentimientos, haciendo de la amistad un lazo corredizo, atropellando, en fin, todas las leyes del caballero, del cristiano y hasta del hombre de la selva...

Ante el cadáver de José Martí, el famoso agitador separatista, un coronel español rezó una oración piadosa y se descubrió con respeto; á la muerte de Maceo, la pluma de Castelar escribió hermosas palabras de paz...

Para los restos de Aranguren, el olvido y la tierra.

El coronel Aranzave, que mandaba una de las columnas de la división que operaba en la provincia de la Habana, tuvo una confidencia de un prisionero hecho en los últimos combates á la partida de Aranguren, merced á la cual supo que este cabecilla acudía con frecuencia á una finca llamada «Pita», situada entre Campo Florido y Tapaste, y en la cual residían el padre y la amante del jefe insurrecto.

En su consecuencia, el coronel Aranzave, jefe de la división de la Habana, dispuso una operación combinada en la que tomaron parte tres de las columnas á sus órdenes.

Una de ellas, mandada por el teniente coronel Benedicto, compuesta de los batallones de la Reina y Canarias y un escuadrón del regimiento de caballería de Pizarro, en unión de las que mandaba el coronel Areces, avanzaron en dirección de la finca citada.

Antes de comenzar el ataque se supo que Aranguren, con algunos rebeldes de su partida, se hallaban en un bohío de la Pita, y entonces se ordenó que el batallón de la Reina avanzase sobre el bohío, al mismo tiempo que el batallón de Pizarro, dividido en dos grupos, efectuaba por los flancos un movimiento envolvente.

El resultado de la combinación de fuerzas no pudo ser más satisfactorio.

Nuestras fuerzas cayeron sobre los rebeldes que, sorprendidos, tu-

vieron apenas tiempo para darse cuenta del ataque y huyeron presurosamente.

A los primeros disparos fué herido Aranguren, quien á pesar de ello montó á caballo y emprendió aceleradamente la fuga; pero perseguido de cerca por nuestros jinetes de Pizarro, recibió á poco dos balazos más, que hiciéronle caer sin vida al suelo.

Además de Aranguren resultaron muertos cuatro insurrectos más, y se les hicieron cinco prisioneros, entre los cuales se hallaba la amante del cabecilla y su padre.

Reconocido el cadáver por nuestras fuerzas, fué encomendada su custodia á la escuadra de gastadores del batallón de la Reina, y éstos lo trasladaron á la Habana en una camilla.

A las siete de la tarde del 27 llegó el fúnebre convoy á la capital, quedando expuesto en un patio del Gobierno militar, donde fué reconocido é identificado por gran número de personas, entre ellas muchos bomberos que le conocían y le habían tratado, siendo después trasladado al Manicomio municipal.

EL CORONEL SEÑOR ARANZAVE

El cadáver no tenía sombrero y estaba vestido con traje azul, pantalón de dril rayadillo, *guayabera* (especie de blusa) y media bota de cuero amarillo.

***

No hubo el día 28 en España cosa que interesase tanto á la opinión como la noticia publicada en todos los periódicos, trasmitida por los corresponsales en la Habana y confirmada en despacho oficial del general segundo cabo al ministro de la guerra, relativa á la muerte del cabecilla Aranguren.

Digámoslo sin hipocresía. El suceso causó unánime satisfacción por las circunstancias que concurrían en el titulado general insurrecto.

Había asesinado ó dejado asesinar á su noble é infortunado protector, el teniente coronel señor Ruíz, y justo era que tuviese, ó por traidor ó por cobarde, un fin tan desastroso y obscuro.

Toda la prensa del citado día 28, así la ministerial como la de oposición, apreció el hecho con un mismo criterio y dedujo de él consecuencias iguales.

«—Dos años,—dijo *La Correspondencia*—se mantuvo Aranguren en Cayo Florido, llegando repetidas veces á las puertas de la Habana, cuando allí había por lo menos doble fuerza que ahora. Hoy, merced á confidencias de que antes se carecía, el causante de la muerte de Ruíz ha pagado todas sus culpas. Esto es un hecho contra el cual no caben retóricas, y que depone en favor de la eficacia de los nuevos procedimientos...»

«—Se comprende,—dijo *La Epoca*—que el coronel Aranzave tuvo confidencias exactas que le permitieron realizar su habil operación, lo cual constituye un síntoma favorable...»

En parecidos términos se expresaron los demás periódicos.

Resultaron, pues, demostradas en el concepto público, las ventajas que en aquellos últimos tiempos y á favor de la doble acción político-militar, habíamos conseguido.

A la vez que las presentaciones, menudeaban los afortunados combates. Nuestro ejército restablecía las comunicaciones por el Cauto; asaltaba y destruía la residencia del gobierno insurrecto en Sierra Cu-

bita, y rodeaba y mataba al presuntuoso Aranguren que durante año y medio había merodeado á su antojo por las cercanías de la Habana.

En esto último, y no en otros particulares hay que ver el alcance de la venturosa empresa realizada por los coroneles Aranzave y Benedicto.

Había cesado, al fin, la vergonzosa anomalía de que todos nos extrañábamos y lamentábamos casi desde el principio de la guerra.

El jefe de partidarios que recorría libremente una comarca situada á pocos kilómetros de la capital de Cuba; el que á menudo caía por sorpresa sobre sus arrabales; el que detenía el tren de Guanabacoa, apresando unas veces y dejando otras en libertad á los viajeros, había pagado con la vida sus depredaciones y sus arrogancias.

Ya era tiempo.

Por esa razón, más aún que porque hubiera sido vengado el asesinato del malogrado y heróico jefe de ingenieros señor Ruíz, estimamos el suceso como una importante victoria.

Aconteció con la muerte del cabecilla separatista algo semejante á lo que pasara años antes con los bandoleros y secuestradores de Andalucía. Fueron éstos incoercibles y gozaron completa impunidad mientras la población rural les prestó apoyo, ocultándolos y engañando á la fuerza pública.

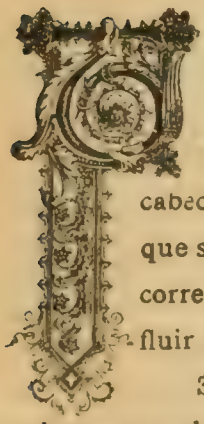
Sucumbieron uno tras otro, no bien los campesinos, fatigados de sus vejaciones ó deseosos de tranquilidad, se aliaron con la guardia civil y le facilitaron la peligrosa tarea.

Por seguro tuvimos que no tardaría en repetirse en las demás provincias de la isla lo que había sucedido en la provincia de la Habana.

Para las gentes del campo y de los poblados que necesitaban trabajar y vivir, el verdadero enemigo era á la sazón el insurrecto *mambí*.

CAPITULO XXXIV

Por la paz.—Rumores de importantes presentaciones.—El general Blanco en Manzanillo.—Declaraciones del general.—Su opinión y sus optimismos.—Resumen de operaciones en la provincia de la Habana.—Noticias sobre la constitución del nuevo *gobierno* insurrecto.—Sigue la campaña de atropellos y fechorías por los rebeldes.—Llegada del general Blanco á Santiago de Cuba.—Obsequios y agasajos.—Visita al *Club de San Cárlos*.—Encuentro victorioso en Caimasán.—Petición extraña.—La entraña del problema.



TODA la prensa de Cuba clamaba por la paz, gestionando la concordia entre todos los partidos políticos.

Anunciábase la presentación en Las Villas de los cabecillas Cayito Alvarez y Pancho Carrillo. Este rumor, del que se hizo eco y se apresuró á trasmitirnos nuestro activo corresponsal en Santa Clara, si se confirmaba había de influir poderosamente en la marcha de la guerra de Cuba.

Si esos cabecillas se sometían á la legalidad, bien pudiera decirse que habría terminado la insurrección en Las Villas, porque ni Rego, ni Robau, ni Chucho Monteagudo, podrían resistir por mucho tiempo.

De todas suertes se revelaba á la sazón una cosa que hemos de reconocer: el esfuerzo que emplearan Marcos García y el general Aguirre por obtener resultados en beneficio de la paz, esfuerzos que, hasta la fecha, habían producido algún resultado y que constituirían buen éxito si Carrillo y Cayito reconocían con su gente la legalidad.

Rego tenía importancia, es verdad, pero ya en otra ocasión intentó

presentarse y lo habría hecho con su partida, si no se hubiera precipitado la invasión de Gómez y Maceo en el territorio de Cienfuegos, invasión que obligó á Rego á encerrarse en la Siguanea.

En la noche del 27 fondeó en la rada de Manzanillo el vapor que llevaba al general Blanco á Oriente.

A la mañana siguiente desembarcó el general en jefe del ejército en operaciones con su Estado mayor, habiéndole dispensado la población una recepción brillante.

EL CORONEL D. LEOPOLDO ZALDÚA

Las tropas cubrían la carrera desde el muelle hasta la iglesia adonde se dirigió la comitiva oficial y en la que fué recibido el representante de los reyes de España con palio, cuyas varas llevaban los concejales del Ayuntamiento de Manzanillo.

En la iglesia se cantó un *Te Deum*, al que asistieron todas las autoridades y personas notables de la localidad.

También acudió numeroso público de todas las clases sociales.

Terminada la ceremonia religiosa, el general visitó los hospitales, dirigiendo la palabra á los enfermos y dictando las disposiciones oportunas para el mejor servicio.

Después concedió una cruz vitalicia pensionada con treinta reales mensuales á todos los soldados heridos, y ascendió á segundos tenientes á los sargentos don Benigno Carrera Andrade y don Constantino Casas Hoyos, premiando su bizarría y heróico comportamiento en acciones de guerra.

Al revistar las tropas hizo presente la buena impresión que le produjo el estado de las mismas, y tributó elogios á los jefes por su celo.

***

Dirijióse después el general al Ayuntamiento, donde presidió la sesión y pronunció un discurso expresando su opinión acerca de la marcha de la guerra y su confianza en el nuevo sistema político para llegar en plazo breve á la paz con el apoyo del país, que no había escatimado recursos ni cejado en su propósito patriótico.

El gobernador general de Cuba se expresó ante el Ayuntamiento de Manzanillo en términos tan optimistas, que no pudieron pasar inadvertidos para la opinión ni podemos nosotros dejar de reflejarlos en estas páginas.

El país debe tener confianza en la próxima pacificación—dijo el capitán general de la gran Antilla.

Para fines del mes de Febrero anunció el general Blanco que se habría logrado la paz definitiva, merced al nuevo sistema político y al apoyo del país.

Para entonces—añadió el general—todos los que no se hayan acogido á la legalidad serán combatidos enérgicamente, para lo cual España cuenta con soldados y recursos.

Esto es lo que el general en jefe dijo en Manzanillo, base muy principal de las operaciones que debían realizarse en Oriente.

Teníamos el deber de suponer que el general Blanco no había roto su discreto silencio sin contar con elementos bastantes para justificar ese optimismo, que allí, como en todas partes, hubo de producir muy saludable efecto.

La opinión del general expuesta con tonos enérgicos y con acento de absoluta seguridad, fué acogida con grandes aplausos.

Dada la actitud reservada del general Blanco desde que desempeñaba su alto puesto, pues jamás había hecho declaraciones concretas acerca de la paz, sus palabras tenían grandísima importancia, y así lo reconocieron cuantos asistian á la sesión.

El fijar un plazo para la terminación de la guerra, tenía en labios del gobernador general de Cuba extraordinario interés é hizo concebir muchas esperanzas.

El mes de Febrero estaba á la vista y es bien corto; el plazo era breve y pronto había de decir el tiempo lo que hubiera de realidades en esos anuncios; pero fuera torpeza insigne si no hubiésemos advertido que había que esperar andando; que la seca iba ya mediada; que era preciso operar en firme en Oriente; que mientras allí no se tomase la ofensiva de manera eficaz y se destruyeran los grandes núcleos que había organizado Calixto García y pudiera operarse por batallones sueltos, nos permitimos dudar de resultados tan beneficiosos en fechas tan próximas.

No hemos sido pesimistas, ni tampoco optimistas, pues saludable es no exagerar los optimismos, como no entregarse al pesimismo sistemático.

Si ésta hubiese sido la base á que se sometieran los juicios, ni se habría sacado de quicio el alcance de aquellas operaciones en el Cauto, ni se hubiera dado tonos de fantasía á aquellos proyectos de ferrocarril del Cauto Embarcadero á Bayamo, como si fuera cosa fácil la construcción, ni se dijeran otra porción de cosas que la realidad desvaneciera con rapidez vertiginosa.

Las declaraciones del general Blanco fueron consoladoras: ¡ojalá que los hechos hubieran convertido sus palabras en sucesos venturosos para la patria!...

***

Durante los tres meses que llevaba el general González Parrado al frente de la división militar de la Habana, ocurrieron 139 encuentros y se recogieron 251 rebeldes muertos y 32 prisioneros, 400 fusiles y 42.000 cartuchos, 206 machetes, 112 caballos y nueve cajas de dinamita.

En ese período de tiempo se presentaron á indulto 482 insurrectos.

La prensa de la Habana al publicar estos datos oficiales, aplaudió la gestión del general González Parrado.

Se despejaron, al fin, las dudas sobre la constitución del nuevo *gobierno* de los rebeldes cubanos.

La verdad es que se necesitó mucho tiempo para saber á qué atenerse respecto de particular tan interesante.

El día 30 llegó á nuestras manos un periódico filibustero de Nueva York, donde se publicaban datos y noticias relacionados con este asunto.

Más que importante, es curioso cuanto ocurrió en la elección, y no queremos privar á nuestros lectores de su conocimiento.

Hubo, en efecto, *Asamblea*, pero no se verificó, como anunciaron, en Guaimarillo, ni se reunió, según indicara la primera convocatoria, el 2 de Septiembre.

Se celebró la reunión en la Yaya (Camagüey), y hubo varias sesiones en la segunda mitad de Octubre.

El resultado fué el siguiente: para la presidencia se votó á Bartolo Massó; para la vicepresidencia á Méndez Capote; para la secretaría de Guerra á José Alemán; para la de Hacienda á Ernesto Fons Sterling; para la de Política exterior á Andrés Moreno de la Torre, y para la de Interior á Manuel Román Silva.

Se ratificó la confianza á Máximo Gómez en el cargo de *generalísimo*; se ascendió á Calixto García al puesto de *lugarteniente general*; se modificó la *Constitución*; se aprobaron adiciones sobre legislación civil y penal y se firmó un manifiesto redactado por Capote en el que se insistía con calor en la revolución; hubo *versos* de los más afamados sin-

sontes de la manigua; se dieron un gran banquete en el potrero; después tuvieron su *guateque* íntimo en que se consumió gran cantidad de maíz, yuca, puerco y lechón; jura solemne ante Lacret; un discurso de Massó en que se adjudicó, por sí acaso, los títulos de *ilustre* y *héroe*, y por último una revista militar en la que formaron nada menos que las fuerzas siguientes: los *regimientos* de caballería *Camagüey*, *Eduardo* y *Gómez*; el de infantería *Jacinto* y las *escoltas* de Vega Recio, fuerzas encargadas de la defensa de la *Asamblea* y escoltas de los representantes; total cuatro *regimientos* y varias docenas de *escoltas*, formando en junto la considerable *masa* de 1.100 hombres.

De los individuos del titulado *Gobierno* poco puede decirse; todos ellos, excepción hecha de Massó, carecían de personalidad y nos eran desconocidos; Méndez Capote no pasaba de ser un protegido de españoles caracterizados á quienes traicionó; Alemán, un pedante de Las Villas, también traidorzuelo, comprometido con Martí cuando se fingió amigo leal de autoridades españolas; Fons Sterling un muchacho educado en la Academia militar de Mr. Pleasant, *Sing Sing* de Nueva York; La Torre, un hijo de Cárdenas que estudió en Madrid la facultad de Derecho hasta el cuarto año, y que luego fué á cultivar caña en Cienfuegos, y Ramón Silva, un médico que estudió el bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros y parte de su facultad en la Universidad Central, tomando parte activa en los sucesos de Santa Isabel, provocados por los estudiantes, siendo gobernador de Madrid el señor Villaverde y jefe de policía el coronel Oliver.

Esto es todo, siendo de interés el dato siguiente: de acuerdos tomados en Octubre no pudieron dar cuenta los órganos filibusteros hasta la mitad de Enero, lo cual demuestra que no gozaban de tanta libertad en las comunicaciones.

***

Seguían los insurrectos su campaña de depredaciones, atropellos y criminales fazañas.

Un grupo de cien rebeldes al mando del cabecilla apodado el *Payaso*, invadió en la noche del 28 el poblado de Veras (Pinar del Río).

El poblado estaba indefenso y los salteadores se llevaron todo lo que encontraron de valor después de maltratar y herir á varias personas.

Los pasajeros del tren de Pinar vieron el propio día colgado de un árbol el cadáver de un hombre. Se supuso que era un extranjero que desde hacía algunos días estaba buscando buenos prácticos para recorrer el país.

Los insurrectos volaron con una bomba de dinamita el tren particular del ingenio «La Soledad», resultando del siniestro cinco hombres heridos.

En Sancti Spíritus se presentó á indulto el titulado coronel de Sanidad del *ejército libertador* Antonio Torres.

Había sido concejal autonomista de aquella población.

Continuaba la espectación que había despertado el viaje del general Blanco á Oriente, y esperábase que diera resultados favorables, quizás decisivos para la consecución de la paz.

La prensa reflejaba impresiones optimistas respecto al término de la guerra.

A las ocho de la mañana del 29 desembarcó el general Blanco con su Estado mayor en Santiago de Cuba, siendo recibido con gran entusiasmo por la población.

Desde el muelle dirigióse inmediatamente á la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*, en el que ofició de pontifical el arzobispo de aquella diócesis.

El capitán general revistó después las tropas y visitó los hospitales, concediendo varias cruces á algunos oficiales y soldados que se encontraban heridos.

La población estaba engalanada, y muchos edificios públicos y particulares lucieron por la noche expléndida iluminación, reinando por todas partes la mayor animación.

En el gobierno civil efectuóse la recepción oficial, que fué muy brillante y estuvo muy concurrida.

Después, el general Blanco recibió numerosas comisiones, entre éstas una de señoras, que le suplicó concediera alguna cantidad para socorro de los reconcentrados.

El general contestó á la petición, que precisamente era uno de los propósitos de su viaje, y ordenó que el Banco entregase mil pesos por cuenta del Estado para esos socorros.

***

Por la noche la Diputación provincial de Santiago de Cuba obsequió con un banquete de 75 cubiertos al general Blanco y su comitiva.

El presidente de la Corporación brindó por el ejército, la marina y los voluntarios, y el general Blanco, por el rey, la reina y la pronta pacificación de la isla, que era la aspiración de todos.

Terminado el banquete, el capitán general visitó el Casino Español y el Club de San Cárlos, cuyos socios le dispensaron un cariñoso recibimiento.

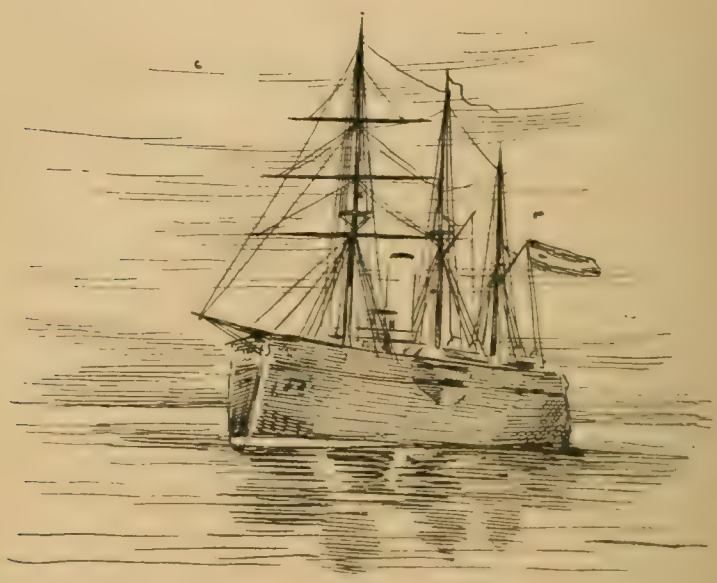
La visita al Club de San Carlos fué una nota nueva y de relativo interés.

Aunque ambas sociedades estaban situadas en la misma plaza, resulta que se hallaban una enfrente de la otra: ambas tenían el carácter de sociedades de recreo, pero las dos significaban también en política tendencias diversas.

Como en Oriente habían estado, estaban y seguirían estando muy vivas las pasiones; como era Santiago de Cuba el punto donde quizá se

había hecho siempre más alarde de enemistad hacia España, el *Casino Español* había servido de refugio á los que no admitían discusión en punto á soberanía, mientras el *Club de San Carlos*, cerrada *La Filarmonía*, vino á representar, sin que sus estatutos dijeran una palabra, la tendencia más radical, la autonomía más expansiva.

El general Blanco, realizando la política amplia de contemporiza-



CRUCERO «VELASCO»

ción y hasta de atracción, visitó ambas sociedades, y por seguro tenemos que formando en su séquito irían al Club de San Cárlos jefes y oficiales del ejército español.

Y sería la vez primera, desde que estalló la guerra á la fecha, que se vieron uniformes en los salones de aquella sociedad de recreo.

Después de esas visitas, el general Blanco embarcó en el vapor *Villaverde* para continuar á la madrugada su viaje de inspección hacia

EL ACORAZADO «VIZCAYA» ENTRANDO EN EL PUERTO DE NEW-YORK

la costa Norte, donde visitaría Gibara y Holguín, pasando luego á Nuevitas y desde este puerto á la capital del Camagüey.

***

Comunicó el día 30 el comandante general de la jurisdicción de Holguín, general Luque, la noticia de un encuentro victorioso con los rebeldes, el día 21, en Caimasán, término de Baguamo.

Trabado combate entre ambos bandos, la lucha fué empeñada y ruda; pero nuestras tropas realizaron con acierto un movimiento envolvente que desconcertó al enemigo, el cual apeló á la fuga, dejando en el campo cinco muertos y llevándose incontables heridos.

La victoria costó á nuestras fuerzas dos soldados muertos, y heridos el comandante don Segundo Camarero, el teniente señor Luque, hijo del general, y veinte de tropa.

La columna regresó á Holguín el día 27, al mismo tiempo que la del general Linares, que había operado y practicado reconocimientos por la jurisdicción de Bayamo.

El general Luque pedía con urgencia en su despacho al Estado mayor 100.000 raciones y reses.

Esta extraña petición revestía verdadero interés y creemos necesario llamar sobre ella la atención por la urgencia con que el general Luque pedía á la Habana raciones y reses, pues no hemos de olvidar que se trataba de una jurisdicción, vivero siempre de ganado y plaza en comunicación facil con Gibara, cuyo puerto no ofrecía peligro alguno.

Y nos fijamos en este aspecto del telegrama por creer que ya iba siendo hora de que se antepusieran á la impresión que pudieran producir pequeños encuentros, calificados de entretenimientos de la guerra, aquellos otros aspectos que constituían el nervio fundamental del problema.

Difícil era que se curasen de repente vicios añejos, y uno de estos fué el de exagerar las cosas en uno ú otro sentido, según la impresión reinante. Por esto volvía á hablarse á la fecha de preparación de grandes operaciones en Oriente, de haber cambiado radicalmente las condiciones en la alimentación del soldado, de haberse organizado ó constituído la guerra, logrando éxitos tan traidos y llevados como la conquista del Cauto, cuya conservación exigiría un verdadero ejército y cuya posesión costaba ya algunas centenares de bajas. De esta manera se alimentaba una ilusión que al desvanecerse con el tiempo, hubo de aumentar la amargura y el desencanto en la opinión.

El buen deseo y el celo con que el general en jefe procurába atender á las necesidades del soldado desde que llegó á Cuba, habían producido á la fecha provechosos efectos, sin que nadie pudiera negarlo: pero bien correspondidas por unos, mal interpretadas por otros y desatendidas por bastantes, es lo cierto que sus disposiciones no habían dado el resultado que se perseguía, y así vimos que el problema de la alimentación del soldado continuaba en pié á los dos meses de dictadas aquéllas, como se desprendía del despacho del general Luque, quien, apenas regresaba á Holguín á los ocho días de haber salido, se veía precisado á pedir alimentos con urgencia para sus soldados.

Y este problema de las subsistencias debiera haber merecido ponerle bien de relieve, porque en él iban envueltos la salud y el vigor del soldado y porque además afectaba fundamentalmente al orden económico y político.

***

Los desastres de la guerra; la ruína de muchas familias; la desconfianza que al comercio inspiraba el régimen imperante; los precedentes de suspensión de pagos y abonarés incobrables: la falta de seguridad

que se tenía en la realización de los nuevos créditos; el haberse consumido los fondos especiales de los cuerpos, que suplían deficiencias producidas por la falta de pago de las atenciones corrientes; todo esto había creado una situación dificilísima que se determinaba por una cifra de 65 millones como importe de obligaciones pendientes; la declaración de desiertas de la mayoría de las subastas para suministros; el tenerse que hacer en muchas ocasiones con la garantía *personal* de los jefes de columna, etc., etc.

No podía remediarse tal situación con la satisfacción de créditos por valor de trece millones de pesos, por cuya cantidad había girado contra el Tesoro Nacional el ministro del Gobierno insular señor Montoro, y como no se remediaba con esto el problema, éste seguía con todos sus caracteres, y revelación de ello era la demanda del general Luque.

Respecto de las reses es posible que por falta de fuerzas no se pudieran recoger en Holguín, pero las había abundantes en Oriente y en el Camagüey. Podían los jefes de columna llevarlas á las poblaciones después de abastecerse en las marchas: claro está que no habrían de lograrlo sin batirse.

En cuanto á las grandes operaciones de que se hablaba, bueno fuera no echar en olvido que en todo el departamento oriental apenas si había 12.000 hombres en condiciones de operar en la forma que exigía la campaña en un departamento lleno de sierras, montes vírgenes, ríos caudalosos y donde el enemigo llevaba tres años de vida regalada.

Hubiera sido mejor haberse fijado más que en las cosas chicas, en las que afectaban al conjunto y entraña del problema. Base para esto fué el despacho del comandante general de Holguín.

CAPITULO XXXVI

Preocupación oficial.—Los planes y manejos de los *yankees*.—Hallazgo del cadáver del teniente coronel Ruíz.—Su traslación á la Habana.—El entierro y las honras fúnebres.—Encuentro en Quivicán.—Derrota del cabecilla Collazo.—Ataque del ingenio «Constancia».—Muerte del cabecilla González.—Ataque á un convoy.—El general Ochoa en Sierra Maestra.—Comentarios.—El viaje del general Blanco.—El crucero *Vizcaya* á Nueva York.—Salida del buque del puerto de Cartagena.—Visita de despedida del comandante general de la escuadra.—Una buena costumbre restablecida.—Lo que nosotros hubiéramos preferido.

En las regiones oficiales no se disimulaba al finir el mes de Enero la preocupación producida por el estado de los asuntos exteriores.

La gente que no era oficial se preguntaba por la razón de un conflicto posible capaz de surgir de meras visitas de cumplido; puesto que, según las versiones ministeriales, todo cuanto ocurría en aquellas idas y venidas de barcos era pura expresión de cordialidad.

En rigor, y el conocimiento de la verdad no tardó en patentizarse, lo que hubo fué que los Estados Unidos se vieron chasqueados con los resultados obtenidos por la presencia del *Maine* en las aguas de la Habana. Perdida la esperanza en que la duración de la rebeldía, con fuerza bastante á consumir las fuerzas de España, trajese á sus manos los destinos de la grande Antilla, los norteamericanos buscaban, según muy luego se vió de modo evidente, el conflicto entre las dos naciones.

Pero no querían aparecer como los provocadores ante el mundo civilizado.

Todo su afán á la fecha era que la provocación material, el hecho último del rompimiento partiera de nosotros. A facilitar la ocasión fué el *Maine* á la bahía de la Habana y se anunciaba ya la próxima llegada de otro barco á la de Santiago de Cuba. En la misma Península era probable que se buscase cualquiera agitación popular que pudiera servir de causa ó por lo menos de pretexto.

La conducta de la población de la Habana descompuso sus planes y los dejó en evidencia ante la faz de Europa; pero no por eso cejaron en sus arteros manejos los *yankees*.

UNO DE LOS SOLDADOS MUERTOS EN EL COMBATE DE CAIMARAN

De niños es cerrar los ojos á lo que asusta, creyendo que porque no se le ve desaparece; es propio de hombres mirar frente á frente al peligro para encontrar el medio de vencerle. Quizá lo que más hubo de apenarnos en la situación dificilísima en que se hallaba la patria en aquellos momentos (situación más grave que las que había arrostrado en todo lo que iba de siglo), fué la confianza en que veíamos adormecidos á todos los que hubieran debido estar muy despiertos y alerta para procurar el remedio.

El cartujo que le dice á su hermano de reclusión con inoportuna insistencia siempre que le encuentra *¡Morir tenemos!*, no es nada lisongero ni agradable; pero realiza una obra misericordiosa recordándole lo cerca que está la muerte de la vida.

* * *

En el bohío donde ocurrió la trágica escena de la muerte de Aranguren fueron encontrados dos muchachos que resultaron ilesos de los disparos. Interrogados por el jefe de la columna dijeron que ellos conocían el lugar donde fué enterrado por los insurrectos el cadáver del desgraciado teniente coronel señor Ruíz.

En su consecuencia, la columna del coronel Aranzave salió para el sitio donde aseguraron los chicos que yacían los restos del malaventurado jefe, para recogerlos, á cuyo efecto se llevó un sarcófago metálico.

Las noticias dadas por los dos muchachos al coronel Aranzave respecto al paradero del cadáver del malogrado mártir de la paz, fueron confirmados por un negro insurrecto de la partida de Aranguren prisionero de las tropas, y resultaron ciertas.

Fuerzas enviadas por el general Valderrama para practicar un reconocimiento en el lugar indicado por aquéllos, en la finca de «San Joaquín», de Campo Florido, junto á una mata de mango, encontraron en efecto, el día 30, el cadáver del señor Ruíz.

Iba con la columna el negro prisionero y un criado de aquél. Cuando se removió la tierra y quedó el cadáver al descubierto, enseguida lo reconoció el servidor de Ruíz, al observar en el cráneo la cicatriz de una antigua herida y otros rasgos particulares, que destruían la menor duda acerca de su identidad.

El cadáver, que se hallaba ya en estado de descomposición, fué encerrado en el sarcófago metálico y conducido á la Habana.

Por la noche entraba el fúnebre convoy en la Habana custodiando los restos del malogrado jefe de ingenieros, que fueron depositados en la Quinta de los Molinos y trasladados después al cementerio, en donde se instaló la capilla ardiente.

La traslación al cementerio del cadáver se efectuó con toda solemnidad. Iba la caja fúnebre sobre un furgón de artillería y detrás marchaban formando lucido séquito, el general segundo cabo de la Habana, señor González Parrado, todos los generales jefes y oficiales que se hallaban en la capital y muchos amigos particulares del finado.

A la mañana siguiente recibió cristiana sepultura, haciéndosele los honores correspondientes.

¡D. E. P. el heróico jefe del ejército español!

***

El batallón de Otumba batió el día 31 cerca de Quivicán á la partida de Collazo.

Hallábase el enemigo en posesión de posiciones muy respetables que rodeaban y defendían su campamento, donde tenían víveres abundantes, artillería y otros pertrechos de guerra.

Los rebeldes fueron desalojados de sus posiciones y puestos en fuga, abandonando tres muertos y quedando el campamento en poder de nuestras tropas.

Al siguiente día, fuerzas del propio batallón, al mando del teniente coronel señor Ruíz Adame, con los escuadrones de Pizarro y Numancia de la división de la Habana, volvieron á batir en Conseca á la propia partida de Collazo, haciéndole 17 muertos, que recogieron, y cuatro prisioneros, armamentos, municiones y efectos.

La columna tuvo en los dos encuentros 11 soldados heridos y cuatro caballos muertos.

El día 29 una partida enemiga atacó el corte de caña del ingenio «Constancia» de Larrondo, en Las Villas.

Acudió á rechazar á los rebeldes una guerrilla particular de movilizados pagada por el dueño del ingenio, y el combate fué bastante rudo

y muy sangriento, muriendo en la refriega el jefe de la guerrilla y once individuos de ella.

También murieron cinco paisanos de los que trabajaban en el corte de caña, y quedaron otros cuatro heridos.

Los rebeldes dejaron en el campo dos muertos, que al ser recogi-

INSURRECTOS DE VIGILANCIA EN LAS TRINCHERAS DE UN CAMPAMENTO

dos é identificados resultaron ser el cabecilla Miguel González y el titulado teniente Felipe Rodríguez.

En la zona de Sancti Spíritus fué atacado un convoy á Mayajigua por la partida de Alonso, de 200 hombres, emboscados en Riga, que causaron á las fuerzas que custodiaban aquél, siete muertos y tres

heridos, contándose entre los primeros el teniente don Joaquín Millán Albacín y un sargento. Fuerzas de ingenieros persiguieron á la partida, y el batallón de Borbón batió un grupo enemigo haciéndole diez muertos y tres prisioneros y cogiéndole armas y caballos.

El batallón de Murcia alcanzó á otro grupo de la partida, al que causó seis muertos y le cogió armas.

En Manzanillo, el general Ochoa batió al enemigo en Sabanatama; y penetrando en las estribaciones de Sierra Maestra, llegó á Dos Bocas y Triana y tomó el campamento de una antigua colonia militar que pertenecía al gobierno de una subprefectura, con talleres de herrería y zapatería, que destruyó, recogiendo cuatro muertos, cinco armas de fuego, cuatro caballos y botiquín.

La columna tuvo siete heridos de tropa.

En la línea férrea de Matanzas á Güines, cerca de este último punto (Habana), estalló el día 2 una bomba de dinamita colocada por los rebeldes en la vía, al pasar un tren de viajeros.

Por fortuna no ocurrió ninguna desgracia personal.

***

Ofrecieron algún interés estas últimas noticias de la guerra, y merecen, por tanto, algún comentario para que nuestros lectores puedan formar concepto de la marcha de los sucesos.

El ataque al ingenio «Constancia», situado en Las Villas, produjo desagradable efecto.

Fuera el «Constancia» del marqués de Apezteguía, no otro del mismo nombre y de la propiedad de Larrondo, también enclavado en aquella provincia, siempre resultaba que había sido vigorosamente atacado por los rebeldes, que habían resultado muertos el jefe de la partida y el de la guerrilla, que habían muerto combatientes de ambas

partes, y que habían caído también víctimas de la lucha sostenida, cinco infelices trabajadores.

Como el «Constancia» conocido era el del marqués de Apezteguía, y como éste había sido conminado por Máximo Gómez un mes antes para que suspendiera los trabajos de corte y molienda, con la amenaza de arrasar la finca si no cumplía esta orden, y como el señor marqués despreció tal amenaza, negándose á suspender los trabajos y diciendo al *generalísimo* que fuera á la finca, donde se le recibiría á tiros, inclinóse la gente á creer había sido el ingenio de este señor el atacado; pero fuera éste ó el otro, la importancia estuvo en el hecho, no sólo porque hacía tiempo que en aquella zona azucarera no había fuerzas rebeldes para ataques tan rudos, sino por efectuarse después de las presentaciones que en Las Villas se habían realizado, dando alientos al optimismo.

Respetando los informes que de allí llegaron, nos llamó la atención que un cabecilla como Collazo tuviera artillería en el campamento de Quivicán, al ser atacado por el batallón de Otumba; porque el tal Collazo, que no era el Enrique conocido, sino un mulatón cualquiera, no había pasado nunca de ser el jefe de una manada de bandoleros.

Y por último, era interesante el pronto regreso á la Habana del digno general Blanco, señalado por los corresponsales para de un momento á otro.

La expedición había sido más corta de lo que se creyó al salir de la Habana.

El viaje del gobernador general originó una gran espectación.

Como la fantasía de las gentes no solía tener límite, sobre todo en estas cosas de la guerra y de la política cubana, como sobre ello se decía y se escribía más por prejuicios que por conocimiento de la serena realidad, se hizo entender que aquel viaje obedecía á una de estas dos

causas: ó asistir á la inauguración de una vigorosa y combinada ofensiva en Oriente que demostrara gran impulso en las operaciones, ó á dar con su presencia en aquel departamento, mayor relieve á los actos de sumisión de importantes cabecillas.

De estas exageraciones resultó un mal.

Fué difícil evitar cierta desilusión en las gentes al ver llegar á la Habana al general Blanco sin que se hubiera realizado ninguno de aquellos supuestos objetos de su viaje.

¿No hubiera sido, por tanto, más prudente no haber dado al viaje otras proporciones que las que tenía, que al fin no eran otras que las de girar una visita que podría llamarse de inspección, recogiendo personalmente impresiones y noticias sobre el terreno en el departamento donde la guerra ofrecía mayor importancia?

Si así se hubiera hecho, á nadie habría extrañado la vuelta del general Blanco á la Habana, sin que se hubiese iniciado la ofensiva y sin que Rabí y otros cabecillas hubieran hecho ante él su presentación.

***

Navegaba ya hacia las costas americanas el crucero *Vizcaya*, encargado de devolver la visita hecha por el *Maine* á la Habana.

Uno de los mejores buques de nuestra Armada, el que llevaba el nombre de la noble comarca española que guarda más hierro en las entrañas de su tierra, y que tantas pruebas ha dado de amor al trabajo y á la libertad, navegaba con rumbo á los Estados Unidos, para desplegar frente á los puertos yankees la bandera española.

A las dos y media de la tarde del último día de Enero zarpó con rumbo á Las Palmas, para continuar viaje á la América del Norte, el acorazado *Vizcaya*.

La salida del buque de guerra del puerto de Cartagena fué real-

mente solemne. Inmenso público ocupaba las escolleras del muelle, prorrumpiendo en calurosos vivas á España y á la Marina. Numerosos botes acompañaron hasta la salida del puerto al barco. Las tripulaciones del *Oquendo* y del *María Teresa*, subidas en las vergas, daban vivas á España y á nuestros marinos. La música de la escuadra tocó la marcha de *Cádiz*. El entusiasmo en aquellos solemnes momentos fué indescriptible.

Poco antes de levar anclas estuvo á bordo del *Vizcaya* el comandante de la escuadra, contralmirante don Pascual Cervera, y despidió á la tripulación con las siguientes patrióticas frases:

«—Vengo á despediros en nombre de la patria, del rey y del Gobierno, y en representación de todos vuestros compañeros, deseándoos buen viaje y congratulándome del excelente espíritu que noto en vosotros y que es igual en toda la escuadra de España.

»La misión que lleváis es de paz y la cumpliréis bien seguramente, como cumpliríais de igual modo otra cualquiera.

»¡Que mañana tengais el gusto que yo tengo hoy de abrazar en su despedida—á los que marchan en honrosa comisión,—á los que de jóvenes hayan navegado con vosotros cuando mandeis una escuadra!

»Siento no acompañaros, pero pronto nos hemos de ver. ¡Viva la patria! ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva la Marina española!»

Estas frases fueron acogidas con inmenso entusiasmo, y los vivas contestados con delirio.

***

Con ese cambio de visitas y con la anunciada de un crucero norteamericano á Santiago de Cuba, pudimos ya considerar restablecida la buena costumbre, que no debió interrumpirse nunca, menos en cir-

cunstancias anormales como las de Cuba, de que los buques de guerra extranjeros frecuentasen nuestros puertos y nuestros buques visitaran los suyos.

Rota hacía tres años esta costumbre, por inspiración del peor de los enemigos, el miedo, y restablecida á la fecha, aunque en hora inoportuna, por iniciativa del Gobierno yankee, correspondía al nuestro utilizar todos aquellos provechos que eran la consecuencia natural de esas visitas.

Debiérase la visita del *Maine* al propósito de hacer tan sólo un acto de cortesía, ó bien al temor de que en la Habana se atropellara á algún súbdito norteamericano real ó postizo, nuestro Gobierno estaba en el deber de devolverla, y comisionó al *Vizcaya* para que lo hiciera. Nosotros hubiéramos preferido que la devolvieran los *destroyers*, que son buques más modestos, y en cuya visita ninguna nación podía ver alardes de fuerza, en ocasiones molestos; pero nada impedía que las devolviesen unos y otros.

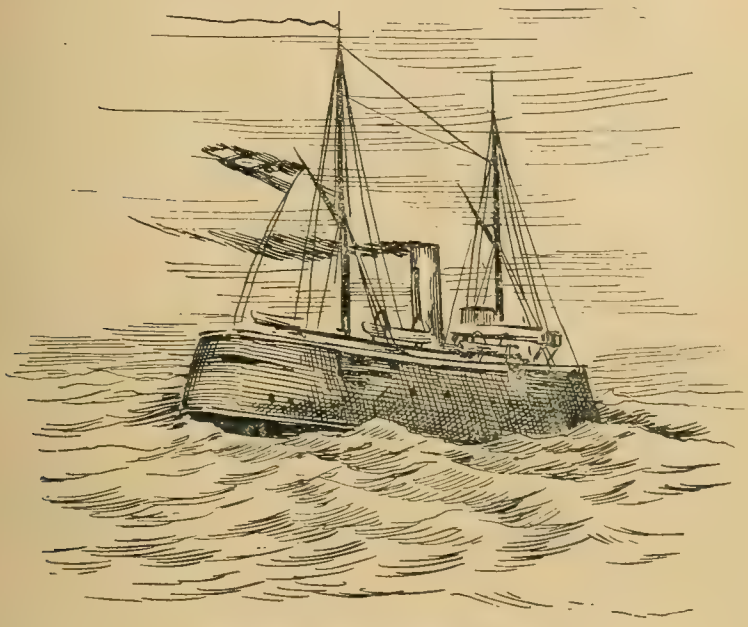
Se quejaban los *yankees* de que la vigilancia que habían tenido que establecer en sus costas en obsequio al Gobierno español para *impedir* las expediciones filibusteras, les había obligado á gastar crecidas sumas que el gobierno yankee hacía subir á algunos millones de pesetas.

Con la presencia de nuestros caza-torpederos en los puertos en que se venían organizando las expediciones, siempre previamente conocidos por la policía que tenía organizada nuestro infatigable ministro señor Dupuy de Lome, el Gobierno español pudiera haber relevado al americano de esos gastos y molestias que hasta la fecha habían sido de resultados, no ya deficientes, sino totalmente nulos.

En cambio, uno de nuestros destroyeres, fondeado cerca del buque que pretendiera llevar una expedición y que lo siguiera en su viaje, hubiera dado seguramente resultados mucho más satisfactorios.

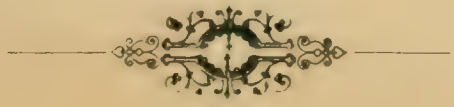
Nada había en esto de agresivo, ni siquiera de descortés; nada que menoscabase en lo más mínimo los derechos ni los prestigios de nadie.

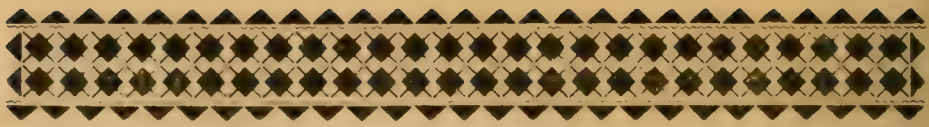
¿Por qué, pues, no se aprovechó la visita cambiada entre los barcos americanos y los españoles, para hacer lo que debiera haberse hecho desde el principio de la insurrección cubana?...



CRUCERO «ISLA DE LUZÓN»

Acompañar y vigilar no constituye atentado alguno en ningún Código, y hubiera bastado, quizá, con la compañía de uno de nuestros *destroyers*, cuya velocidad es tres veces mayor que la de los buques filibusteros, para que ninguno de éstos intentase siquiera un desembarco en las costas de la gran Antilla.





CAPITULO XXXVII

Todo por la paz.—Escasez de noticias.—Rumores desagradables.—Ni optimistas ni pesimistas.—El general Blanco en Gíbara.—Presentación de un oficial *yankee*.—La dinamita en Cuba.—Explosión de dos bombas al paso de un tren.—Ataque de los rebeldes.—Columna de socorro.—El enemigo rechazado y duramente castigado.—Consideraciones.—Combate en Arroyo Hondo.—Operación combinada contra Calixto García.—Las columnas de los generales Linares y Luque.—Destrucción de campamentos y defensas, y dispersión de partidas.

TODO por la paz. Este era el lema de cuantos creyeron de buena fé que la paz se lograría con la concesión de una amplia autonomía á Cuba; pero los meses transcurrían, se realizaban cuantos esfuerzos eran posibles, y todavía no se vislumbraba el día feliz y deseado por todos.

Con mejor voluntad que fortuna veníase procurando en Cuba un movimiento social en favor de la paz, esfuerzos generosos que pronto se traducirían en listas y excitaciones de carácter público, para que se supiera que había en aquel país fuerzas sociales de importancia que no querían la guerra.

El mes de Febrero que iba deslizándose, fué el que se trataba de aprovechar en los trabajos para la paz; mes que ofreció todos los caracteres de armisticio, mes en el que el general en jefe, jefes en operaciones, gobierno insular, prensa y hasta las señoras pusieron su influencia y poder al servicio de la paz por medio del convencimiento.

Para lograrlo no hubo nada que no se ofreciera, no hubo resorte que no se tocase, no hubo garantía que no se facilitase.

Labor extraordinaria, esfuerzo colosal, empleados para el logro de la paz deseada.

Si nada se conseguía, si al final de la jornada en busca de la paz se encontraba un campo estéril para tales beneficios, volvería la lucha

CRUCERO «CASTILLA»

apasionada y sin tregua, la ofensiva eficaz y violenta: tal era al menos lo que había ofrecido el general Blanco.

Hubo que esperar lo que saldría de todo esto; pero tal espera había de mortificarnos, porque el tiempo tenía para nosotros un valor inapreciable.

Los días que se pasasen en la inacción producirían grandes desgas-

tes en nuestro campo y serían vida para el enemigo, que confiaba en vencer por mayor resistencia.

Pasado Febrero ¿qué tiempo quedaba en Oriente para operar?

Escasamente mes y medio, y eso apenas si sería bastante para moverse en aquel laberíntico departamento.

Esta era la situación de las cosas en Cuba al comenzar el mes de Febrero del 98.

***

Las noticias de la guerra carecían de importancia. Se recibían muchos telegramas, pero no contenían más que menudencias.

El general Pando, que llegó el día 1.° á Cienfuegos, se embarcó para la costa Norte con el propósito de encontrarse con el general Blanco que era esperado el día 2 en Gibara.

En los círculos políticos se cotizaron el día 3 rumores desagradables, relacionados con la guerra y la situación política de la isla.

El mismo fundamento tenían esos rumores, que los circulados en los anteriores días anunciando la pacificación de la gran Antilla para el plazo de una semana.

Ni lo uno, ni lo otro.

Los alarmistas por una parte, y ciertos amigos oficiosos del Gobierno por la otra, nos sorprendían frecuentemente con noticias que eran más ó menos interesantes hasta que se demostraba su falsedad, y con las cuales no se favorecía gran cosa la causa de la paz en que tanto interés tenia el país entero.

Los rumores del citado día 3 se relacionaban con la situación del gobierno insular.

Se dijo que el ministro de Gobernación y Justicia, señor Govín,

había dimitido su cargo, como medio de obligar á que se hiciera una modificación de aquel gabinete en sentido radical, para pactar con los insurrectos la paz de Cuba reconociéndoles los grados.

Y se añadió que, noticioso de todo ello el general Blanco, había regresado precipitadamente á la Habana.

El general Blanco debía llegar á la capital de la isla de un momento á otro. Lo tenía así anunciado desde tres días antes.

Pero el Gobierno no tenía noticia del punto en que se encontraba á la fecha el capitán general de Cuba.

En cuanto al resto del rumor alarmista, basta decir que tenía el mismo fundamento que la llegada del general Blanco á la Habana.

Ni pesimistas ni optimistas. Ni el viaje del general Blanco tenía la importancia que se le dió, ni aquellas famosas noticias que anunciaron poco menos que la total pacificación de Cuba en aquella misma semana, tenían fundamento alguno, ni había sufrido el grave problema alteración sensible en sentido optimista ni pesimista, ni ocurrió nada que rompiera el estado de atonía en que se vivía.

Esta es la resultante que se determinó por los mismos periódicos que hicieron concebir ilusiones de venturosa pacificación.

***

España era fiel retrato en aquella fecha del personaje de Terencio, que se atormentaba á si mismo.

Nada nuevo había ocurrido ni en Cuba ni en nuestras relaciones con la República norteamericana que justificase los pesimismos de un día, tan gratuitos como el optimismo de otros.

En la gran Antilla se hallaban las cosas y las personas en marcha regular por el camino derecho, que era además el único posible y á cu-

yo extremo había que llegar, no de un vuelo, sino con paso seguro y por progresivas etapas.

Se avanzaba, explorando el terreno, y se trabajaba en los intereses y en los ánimos, según es de costumbre y de necesidad hacerlo en los momentos que preceden á la terminación de todas las guerras civiles.

Tampoco había habido cambio alguno en la actitud del gobierno de Washington. Podría pensar y desear todo lo mal que se quiera, pero teníamos que atemperarnos á lo que decía, si bien no perdiendo un instante de vista sus manejos arteros y viviendo á toda hora prevenidos y apercibidos.

No; no respondieron á nada cierto, á nada nuevo, á nada malo, las aciagas impresiones acogidas dicho día por una parte del público. Por otra parte, no creímos nunca que el Gobierno central fuera tan débil que prestara oidos á ciertas pretensiones y nos complació el ver que hacía público su propósito de vencer en Cuba, no tolerando nada que significase rebajamiento para la patria.

Carecía por lo visto el Gobierno de noticias referentes á la crisis que amenazaba al gobierno insular, y en caso alguno entendía que pudiera modificarse la Constitución cubana.

No autorizaba optimismos, y rechazaba todo cuanto se decía sobre el fracaso del régimen autonómico.

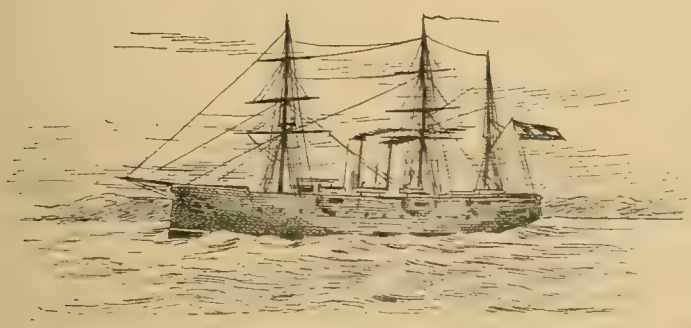
Negó que las relaciones con los Estados Unidos atravesasen un período crítico, y aceptó como verdadera cortesía la presencia de los barcos americanos en nuestros puertos antillanos.

Aparentaba no impacientarse por la falta de operaciones de guerra y seguía esperando en el brío y la abnegación de España para llegar á la pacificación de la isla y á la solución del problema, asistida por el concurso de la opinión universal, ante cuyo fallo era indiscutible é imprescriptible su derecho.

***

El día 1.° llegó el general Blanco á Gibara, cuya población hizo al gobernador general un recibimiento cariñoso y entusiasta. La multitud que acudió á saludarle dió muchos y entusiastas vivas á España, á Cuba española, al general Blanco y á la autonomía.

El general en jefe asistió al *Te Deum*, y después revistó las fuer-



CRUCERO «INFANTA ISABEL»

zas de la guarnición y conferenció extensamente con el general Luque y los jefes de los partidos locales.

Entre otras medidas, ordenó el general Blanco la movilización de una compañía de voluntarios y socorrió á los reconcentrados.

Las operaciones militares realizadas por los generales Luque y Linares, dieron por resultado que Calixto García tuviera que fraccionar las fuerzas de su mando, no consiguiendo atacar á Samá, como se proponía.

Samá es un barrio cercano al puerto del mismo nombre, el cual se

halla en la costa Norte, próximo al S. O. de Punta Gorda, en el cabo de Lucrecia.

Las divisiones que mandaban dichos generales continuaban en mayor escala las operaciones.

En la madrugada del 3, el general Blanco continuó viaje á Nuevitas.

En marcha por el camino de Holguín la columna que mandaba el general Linares, presentóse á éste un yankee bien vestido, quien dijo que era capitán de artillería del ejército norteamericano y había estado al servicio de los insurrectos, y que se presentaba á indulto porque los rebeldes no le habían cumplido las promesas que le hicieran de pagarle determinada cantidad mensual.

El oficial del ejército yankee llevaba en el cinto 5.000 pesos en oro.

Las columnas que operaban en Las Villas hicieron prisionero á un titulado jefe de Sanidad de los rebeldes, y ocuparon 7.500 cartuchos y varias armas.

En el departamento oriental, cerca de la estación de San Vicente, próxima á Santiago de Cuba, estallaron dos bombas de dinamita al pasar un tren que conducía trabajadores por la trinchera del Mao, entre Boniato y San Vicente, que inutilizaron la plataforma de un coche y una jaula con ganado.

Los insurrectos que habían colocado las bombas y esperaban emboscados en las inmediaciones, y que eran unos cien hombres capitaneados por el cabecilla Cebreco, trataron de arrojarse sobre el tren, contra el que hicieron nutrido fuego; pero la escolta, formada por 17 soldados, les hizo frente y los contuvo contestando al fuego.

Las explosiones dividieron el tren en dos, y la máquina, que no sufrió avería alguna, continuó la marcha á toda velocidad hasta la próxima estación de San Vicente.

Dado allí aviso de lo que ocurría, salieron la guerrilla local y un escuadrón de caballería en socorro del tren detenido.

Estas fuerzas llegaron rápidamente al sitio en que aún continuaban defendiéndose los 17 valerosos soldados de la escolta, y cargaron sobre el enemigo, que, ante la ruda acometida, huyeron y se dispersaron, abandonando en el campo cinco muertos y armas.

Los guerrilleros de Dos Bocas aseguraron que los rebeldes se llevaron muchos heridos.

Las consecuencias de la explosión de las bombas fueron lamentables, pues de los trabajadores de la línea resultaron uno muerto y diez heridos de gravedad, siendo las bajas de la tropa tres soldados muertos y cinco heridos, más otros tres por efecto de la explosión.

***

Ese nuevo atentado de los rebeldes orientales ofreció bastante interés, no sólo por continuar los *mambises* su criminal campaña dinamitera contra los ferrocarriles, sino por el lugar donde se produjo el siniestro y el choque entre la guerrilla de Dos Bocas y el cabecilla Cebreco.

Está tan próximo á Santiago de Cuba, que se recorre la distancia á caballo en tres cuartos de hora por el camino que va al Cristo.

Y fué de llamar la atención que un cabecilla de la importancia de Cebreco, sustituto de José Maceo y segundo de Calixto García en aquel departamento, se atreviera á llegar á Dos Bocas,—el lugar más pintoresco de Cuba—y San Vicente, con sólo cien hombres, pues sólo se explica, ó por haberse subdividido extraordinariamente las fuerzas rebeldes, ó por gozar de una confianza grande, casi absoluta.

Una columna formada por el batallón de Extremadura y varias

guerrillas, batió en Arroyo Hondo (Las Villas) á las partidas concentradas de Alejandro Rodríguez Machado y otros cabecillas, que formaban un total de 600 infantes y 60 caballos.

El combate duró cinco horas, y los rebeldes al retirarse dejaron en el campo 27 muertos, un prisionero, muchas municiones, varias cajas de dinamita y un cañón.

La columna tuvo un muerto y tres heridos.

Practicando reconocimientos la columna del general Linares por varios puntos cerca de Holguín, sostuvo reñidos combates con partidas rebeldes que ocupaban obras de defensa bien atrincheradas.

Los rebeldes, perfectamente municionados, estaban escalonados en el camino y se opusieron á la marcha de la columna. Esta los arrolló bricsamente, obligándoles á retirarse y á dejar franco el camino, causándoles muchas bajas.

La columna tuvo cuatro soldados muertos y dos oficiales y treinta y un soldados heridos.

***

Hacía días que había coincidido en Holguín, con las fuerzas de aquella comandancia general, la columna del general Linares que mandaba la jurisdicción de Santiago.

Después de conferenciar este general y el jefe de la zona, general Luque, con el general Blanco, en Gibara, emprendieron operaciones combinadas al objeto de quebrantar al enemigo, reconcentrado en aquella jurisdicción para mantener la comunicación con las fuerzas insurrectas del Camagüey.

Apenas el general Luque movió sus fuerzas hacia el interior, en-

contró al enemigo en Melones, viéndose obligado á sostener combate, en el que tuvo su columna nueve heridos.

El enemigo dejó en el campo seis muertos.

Convencido Calixto García de la imposibilidad de realizar el plan que le llevó á Holguín, dividió sus fuerzas y eludió la persecución, regándolas en extensa zona, que el general en jefe durante su estancia en Gibara, dispuso fuera minuciosamente reconocida subdividiendo las columnas, sin perder enlace, para aumentar el número y contrarrestar con movimientos rápidos y combinados la diseminación de los rebeldes, obligándoles á empeñar combate.

EL TENIENTE CORONEL HERAS

Cumpliendo las instrucciones del general en jefe, fraccionó el general Luque su fuerza reforzada con el batallón de Vergara y dos piezas, en tres columnas, que partieron de Fray Benito de Guanajay y Holguín, con orden de penetrar en Melones y reconocer después Las Margaritas, las cuales sostuvieron fuego en el lindero de Palma y en Seletón de Melones.

Dominadas las lomas por nuestras tropas, atacaron éstas de revés las trincheras, forzando al enemigo á retirarse en dirección á San Juan de Puercas y Baraguamo, de donde habían de salirle al encuentro las

fuerzas del general Linares, que, en efecto, le escarmentaron duramente, trabando reñidos combates en Sao de las Minas, Doña María de Baguamo y Benjandón de Baguamo.

Al mismo tiempo que las fuerzas del general Luque avanzaban hacia las trincheras enemigas, la columna del general Linares practicaba reconocimientos en puntos inmediatos á Holguín, en los cuales se demostró que el enemigo había realizado muchas obras de defensa á fin de dificultar la marcha de las tropas.

Bien pronto se penetró el general Linares de que los reconocimientos le costarían sangre, pues el cabecilla Torres, con fuertes núcleos de rebeldes, se había escalonado en las trincheras, disponiéndose á resistir.

En estas condiciones tenía que ser penosa la marcha, pues habría de sostener á diario combates y escaramuzas.

Así sucedió. La columna del general Linares avanzó destruyendo las obras de defensa. El enemigo se fué replegando de unas en otras trincheras, siempre haciendo fuego, revelando disponer de municiones en abundancia.

El general Linares llenó el objeto de la operación destruyendo todo cuanto los insurrectos habían hecho para defenderse; pero costaron á la columna los combates que para ello tuvo que sostener, cuatro soldados muertos y dos oficiales y treinta y uno de tropa heridos.

El enemigo fué retirando sus bajas y dejó abandonados macutos ensangrentados, armas, municiones y varios caballos.

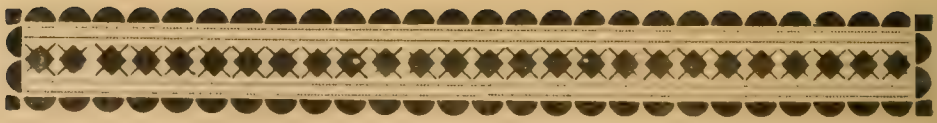
Desmoralizado el enemigo al verse sorprendido y enérgicamente atacado en puntos donde no habían penetrado fuerzas del ejército, se retiró con grandes pérdidas, abandonando muertos, armas de fuego, municiones, ropas, caballos y ganado.

Nuestras fuerzas, en columnas de 100 hombres, continuaron acosándole sin descansar, practicando extensos reconocimientos, destru-

yendo cinco factorías y dos prefecturas y recogiendo municiones, víveres y ganado en abundancia.

Los oficiales heridos en esos combates fueron el capitán de Zamora don Armando Mantilla de los Ríos y el teniente del batallón de la Constitución don Alfredo Vara de Rey.

Los combates sostenidos y las penosas marchas por terrenos abruptos y bien defendidos por el enemigo, pusieron de relieve una vez más la bizarría, el entusiasmo y la resistencia de las columnas, para completar el éxito alcanzado sobre Calixto García y su gente.



CAPITULO XXXVIII

El general Blanco en Nuevitas.—De Nuevitas á Puerto Príncipe.—Entrada triunfal en la capital del Camagüey.—Entusiasmo del pueblo.—Obsequios y homenajes.—El regreso.—Presentaciones en Jaruco.—Encuentro en Quintana.—El general Pando en la Habana.—Entrevista con los periodistas.—Censura rigurosa.—Por la Paz.—Esperanzas é impresiones optimistas.—El proyecto del Secretario de Agricultura.—Las impresiones del general Blanco.—En La Isabela.—En Cienfuegos.—Aspecto de Las Villas.—Explendido banquete.—La Despedida.—Llegada á la Habana.—Resultado del viaje.—Esperanzas.—Nuestros deseos.

LEGÓ el general en jefe á Nuevitas, donde fué recibido con gran entusiasmo.

El pueblo es pequeño, pero se observaba en él bastante movimiento, por ser el pueblo por donde se comunicaba con el resto del mundo la capital del Camagüey.

Apenas desembarcó, y en el mismo muelle, le ofrecieron sus respetos, además de las autoridades y muchas personas principales de la población, varias comisiones de señoritas que le ofrecieron ramos de flores.

Sin gastar mucho tiempo en estas manifestaciones de la cortesía que tanto agradaron al general Blanco, se dirigió á la estación férrea, donde se acababa de organizar el tren que había de conducirle á la capital de la provincia.

Partió enseguida la exploradora, y á poca distancia, teniéndola

siempre á la vista, marchó el tren que conducía al general en jefe y su comitiva.

En previsión de cualquier contingencia, fué reforzada la escolta del tren.

Sin hacer alto en parte alguna, y con marcha rápida, recorrió el tren militar la primera línea férrea que se hizo en territorio cubano, sin que ocurriera novedad.

Hallábase la línea muy fortificada, y los puentes muy vigilados.

Los destacamentos presentaban armas al paso del tren; y en la estación de Las Minas se hallaba todo el vecindario, apercibido momentos antes del paso del general en jefe, con estandartes y banderas, para tributarle una ovación afectuosísima.

A la llegada del tren á la estación de Puerto Príncipe, hallábanse en los andenes esperando al ilustre viajero, todas las autoridades y corporaciones de la capital, los P. P. Escolapios, representaciones de los partidos y gran número de particulares.

Las tropas cubrían la carrera, y en las calles principales aparecían cubiertas con diversas clases de colgaduras las históricas ventanas, con enrejados de madera.

Al aparecer el general en la esplanada de la estación, llena de volantas, fué saludado por los cañones de la plaza y por un repique general de las campanas de las iglesias.

Su entrada en la ciudad fué verdaderamente triunfal. Seguíanle numerosos carruajes, y el pueblo entero, á pie, vitoreándole sin cesar, y dando repetidos gritos de ¡Viva la paz!, ¡Viva la autonomía!

Las señoras le arrojaban flores desde las ventanas, y agitaban los pañuelos saludándole y dando vivas á España.

En el camino que tenía que recorrer la comitiva, se habían levantado tres preciosos arcos de triunfo, ostentando los lemas siguientes:

¡Al hijo predilecto del Camagüey!, ¡Al mensajero de la paz!, y otros no menos expresivos.

Tras el carruaje ocupado por el general, á quien acompañaban el gobernador civil, señor Vasallo, y el alcalde, iban todos los que había en Puerto Príncipe.

En los balcones del gobierno civil, donde se hospedó el ilustre viajero, esperaban varias señoritas que, al paso del carruaje, le arrojaron flores y palmas, mientras el pueblo daba vivas á España, á Cuba autonómica y á la paz.

Varias comisiones de camagüeyanos esperaban en la residencia del señor Vasallo, para ofrecerle coronas y darle, en nombre de la población, cariñosa bienvenida.

***

Dos días permaneció el general Blanco en Puerto Príncipe, recibiendo contínuas muestras de cariño y de respetuoso homenaje.

Durante su estancia en la capital del Camagüey, no cesó el entusiasmo del pueblo, distinguiéndose el elemento femenino.

Por la noche se improvisó un baile, que estuvo concurridísimo y brillante.

El general revistó á las tropas en los cuarteles, quedando altamente satisfecho del estado sanitario en que las encontró, y haciendo justos elogios del celo con que atendía el general Jiménez Castellanos á todas las necesidades.

También visitó los hospitales militar y civil y los asilos, repartiendo entre éstos mil pesos.

El general Pando, que acudió á Puerto Príncipe á saludar al general en jefe, celebró con éste una importante conferencia, en la que se

trató de la realización de grandes trabajos para emprender operaciones en gran escala en Oriente.

Ambos generales expresaron su felicitación al comandante general del departamento central en términos calurosos, y después de dejar instrucciones prácticas para la campaña, se despidió el general Blanco del Camagüey, recibiendo iguales agasajos de la población.

El viaje de retorno á Nuevitas se hizo sin novedad.

El general en jefe quedó gratamente impresionado de la visita, no sólo por haber levantado el espíritu de la población civil, sino por la buena situación y estado excelente en que se encontraban las tropas.

Desde Nuevitas regresó á Oriente el general Pando, tomando rumbo el gobernador general hacia Isabela de Sagua (Las Villas), en cuyo punto sería muy breve su permanencia, pues tenía el propósito de llegar á la Habana el día 9.

Se presentaron en Jaruco (Habana), el día 8, el titulado inspector general de prefecturas de la provincia, José Hernández Guzmán, Pedro Valle, titulado prefecto de la jurisdicción de Jaruco, y el conocido cabecilla José Inés Machado, todos bien armados y equipados, anunciando en el acto de la presentación la subsiguiente sumisión de sus respectivas escoltas.

El comandante militar de Jaruco concedió una excepcional importancia á esas presentaciones.

***

Fuerzas del batallón de María Cristina batieron en Quintana (Matanzas), á las partidas rebeldes reunidas de Bethancourt, Arango y Sanguily.

Los rebeldes abandonaron en el campo de la lucha nueve muertos, entre ellos un capitán, armas, municiones y caballos.

Las b j s sufridas por la columna fueron: ocho soldados muertos, y heridos el comandante don Agustín Aparicio y 22 soldados.

Cuando se creía al general Pando volviendo á Oriente para activar las operaciones militares, se presentó en la mañana del 8 en la Habana, y apenas llegó á Palacio citó, de acuerdo sin duda con el gober-

VAPOR NORTEAMERICANO «CITY OF WASHINGTON»

nador general, á los directores de los más importantes periódicos de la capital.

Acudieron todos á la cita, y una vez reunidos, les hizo presente la alta conveniencia de suspender toda polémica que envenenara los ánimos, pues en aquellas circunstancias todo buen ciudadano tenía el deber de propender á la paz, aspiración suprema de España y de Cuba.

Las polémicas apasionadas,—dijo el general—el encono en las discusiones, aumentan la perturbación, y esto no puede consentirlo la autoridad, porque puede provocar sucesos que aumentarían las desdichas de que es víctima el país.

Añadió que la autonomía era un régimen definitivo, obra de ca-

VOLADURA DEL «MAINE» EN EL PUERTO DE LA HABANA

BLANCO 61

rácter nacional, legalidad indiscutible, que debía reconocerse y acatarse, y en tal concepto, no consentiría que se la atacase ni directa ni indirectamente.

A tal extremo pareció dispuesto á llevar adelante su propósito el general Pando, que amenazó no sólo con apretar los resortes de la censura, sino con suprimir los periódicos que desatendieran tales recomendaciones.

«Es tan definitivo el régimen,—dijo á los directores de los periódicos—que no habrá partido en España que desde el Gobierno le cambiara. Ni los mismos carlistas alterarían esta legalidad.»

En tal concepto, y por ser indispensable que todos trabajasen por la paz, debiendo reinar ésta en los espíritus, mantendría la censura con caracteres rigurosos, mientras no variaran las circunstancias en sentido tan favorable como debían desear todos los buenos patriotas.

Los directores expresaron al general Pando su propósito de respetar tan expresivas recomendaciones, pues tanto como el que más, deseaban también ellos contribuir á la obra de la paz.

Como consecuencia de esta gestión, se creía que por algún tiempo no se reproducirían las campañas agresivas entre los distintos criterios que mantenían los periódicos de la Habana respecto del problema de la guerra en sus diversos aspectos.

***

Todos los ministros del gobierno insular alentaban las iniciativas bien intencionadas de personas prestigiosas que trabajaban por la paz, dándoles calor y medios para el mejor éxito de sus plausibles y patrióticos empeños.

Interrogado el jefe del gabinete insular acerca de las esperanzas

que sobre esas gestiones se habían basado y difundido en la Península, contestó que recientemente había recibido el Gobierno gratas noticias y satisfactorias impresiones, tanto de las Villas como del Camagüey.

Confirmaba esas impresiones el hecho importante de que Máximo Gómez, por falta de elementos con que sostenerse seguro en Las Villas, y por inquietudes acerca de la actitud de algunos elementos del Príncipe, se hubiese visto obligado á retirarse al Camagüey.

Aun en la misma provincia de Santiago de Cuba, donde existían los principales núcleos insurrectos, advertíanse síntomas de discordia entre los cabecillas intransigentes y los que se mostraban inclinados á acogerse al nuevo régimen.

Insistió el señor Gálvez en que, á la sazón, como antes y siempre, había creído indispensable el concurso activo y simultáneo de la acción política y la acción militar.—«Al mismo tiempo—dijo—que deben hacerse llegar á todas partes los beneficios positivos y concretos de la autonomía, requiérese como esencial é imprescindible, el esfuerzo perseverante de las armas. El Gobierno insular está decidido á prestar eficacísimo concurso á la realización de los propósitos del general Blanco, representante de la Metrópoli, sin suscitarle dificultades ni promoverle contrariedades.»

«Tal es—dijo al terminar el señor Gálvez—el programa cerrado del gobierno insular.»

***

El secretario de Agricultura proyectaba la creación de colonias de trabajadores, para salvar de la miseria á los que carecían de ocupación.

Las colonias serían organizadas por el Estado, contando con el auxilio de los particulares.

De la realización de ese pensamiento, que fué muy aplaudido, se esperaban grandes beneficios y ópimos resultados.

Interesante fué el proyecto que trataba de llevar á la práctica el secretario de Agricultura, Industria y Comercio, don Laureano Rodríguez: la organización de colonias por el Estado para aliviar la suerte de los trabajadores.

Estando en aquellos momentos realizándose las operaciones de la zafra, cuantos de buena fé quisieran trabajar, encontrarían ocupación bien retribuída; no era, pues, urgente á la fecha, el establecimiento de las colonias, pero era de previsión y buen sentido preparar la obra para después, porque en ellas podía estar una de las bases más firmes de la reconstrucción del país.

No sabemos qué sistema habría de escogerse, aunque era de suponer que tuvieran como fundamento el carácter militar para que fuera mayor la garantía.

Si en Cuba no se hubiera desatendido ese aspecto importantísimo de sus problemas; si desde el 78 se hubiera trabajado allí eficazmente en la colonización, bien militar, bien por familias peninsulares, renovando la sangre española, atendiendo á las obras públicas, se hubieran evitado muchos lutos, muchas lágrimas y el horrible espectáculo de una guerra espantosa, cuyos funestos efectos no tienen precedente en la historia.

***

El general Blanco hizo el viaje desde Nuevitas al puertecito de La Isabela, sin novedad en la travesía, expresando durante ésta su satisfacción por las impresiones recogidas en su visita á Oriente y el Camagüey.

El resultado de la excursión fué reanimar el espíritu público en ambas regiones.

Los elementos civiles y políticos se mostraron dispuestos á secundar la obra del Gobierno, y esperaban que se conseguiría pronto la paz.

Teniendo en cuenta las activas operaciones iniciadas y el quebranto que había experimentado el enemigo, creíase que se decidirían á presentarse bastantes rebeldes, aceptando el régimen autonómico.

En La Isabela recibieron al gobernador general las autoridades de Sagua, tanto civiles como militares: el destacamento le tributó los honores de ordenanza.

Desde el muelle pasó al tren especial que la empresa del ferrocarril puso á su disposición, y á la media hora llegó la comitiva oficial á Sagua la Grande, el día 7, una de las más bellas y mejor cuidadas poblaciones de Cuba.

Las tropas que guarnecían la villa cubrían la carrera, y desde los numerosos fortines que circundaban la población, saludaron los destacamentos al general, al dirigirse á la iglesia parroquial, donde se cantó un solemne *Te Deum*.

El general en jefe visitó el hospital; conferenció con las personas más caracterizadas; excitó á los hacendados para que persistieran en las operaciones de la zafra; dió instrucciones relacionadas con la presencia de las partidas, y recibió á varios jefes de guerrillas y voluntarios, que trabajaban con gran actividad en la persecución de la partida de Robau.

Por la noche fué obsequiado con un banquete por el Ayuntamiento, pronunciándose brindis patrióticos en favor de la paz por todos deseada, «por las madres españolas, las madres cubanas y el país entero», y después asistió á un baile que en su honor se dió en los ámplios y elegantes salones del Casino Español, donde fué objeto de las mayo-

res atenciones; pudiendo asegurarse que el recibimiento dispensado por Sagua al representante de España, fué verdaderamente entusiasta.

Los vivas al ejército, á España y al rey, apenas se interrumpían durante el tiempo que el general Blanco permaneció en la población.

***

Al medio día del 8 llegó el gobernador general y su comitiva á la rica y hermosa ciudad del Sur de Las Villas, habiendo hecho el viaje desde Sagua á Cienfuegos sin incidente alguno.

En las estaciones del tránsito, y especialmente en Sietecito, Santo Domingo y Cruces, el general Blanco fué objeto de vivas demostraciones de respeto y simpatía.

Durante el trayecto que media desde Sagua á Cienfuegos, tuvieron ocasión de contemplar, los que iban en el tren, las operaciones del corte de caña en varias fincas; las chimeneas de los ingenios, con sus largos penachos de humo, indicaban que había vuelto la vida del trabajo en aquellas zonas.

Según todas las noticias recogidas en el viaje, ascendían á unas cuarenta las fincas azucareras que á la fecha molían en la provincia.

Este detalle y las impresiones reinantes, revelaron que la insurrección estaba muy decaída en Las Villas, á lo cual habían contribuído muy eficazmente los últimos combates librados en aquellos días.

En la estación esperaban á la primera autoridad de la isla, todas las autoridades, corporaciones y jefes del ejército, marina, voluntarios y bomberos de la ciudad.

Las calles estaban muy animadas y la carrera cubríanla los voluntarios, que luego desfilaron con gran brillantez ante el general en jefe á los gritos de ¡Viva España!, ¡Viva el rey!

Como en las demás poblaciones, el capitán general de Cuba visitó los hospitales y los cuarteles, entre éstos el de voluntarios, que era magnífico y estaba situado en la ámplia plaza de Armas; el Casino Español y el Liceo.

Por la noche se le obsequió con un expléndido banquete, en el que le saludaron con afectuosas frases en nombre de los partidos constitucional y autonomista los señores Porrúa y Pernas, y brindó por España, el ejército y los voluntarios, el coronel de éstos, señor Ramos Izquierdo, á quién debía la jurisdicción grandes beneficios durante su campaña de dos años en aquella zona.

La despedida que se tributó al general en jefe en Cienfuegos, fué muy afectuosa y más entusiasta aún que el recibimiento, dándole relieve los voluntarios, que le acompañaron con música y con antorchas hasta el muelle.

El general entró en el vapor entre los gritos de ¡viva España! ¡viva el Ejército! ¡viva Blanco! ¡viva la autonomía!, dado por los voluntarios y el pueblo.

. . . . . .

En el muelle de Batabanó esperaban al general Blanco el gobernador de la provincia señor Bruzón, el general Pando y el marqués de Apezteguía.

Sin detenerse en el Surgidero ni en el pueblo, siguió la comitiva el viaje en tren especial y á gran marcha hacia la capital.

En las estaciones del tránsito, sobre todo en San Felipe y en el Rincón, el pueblo salió á saludar al general: en la de Villanueva esperaban al gobernador general todos los secretarios del gobierno, el señor Congosto, el general González Parrado, el obispo, generales, jefes y oficiales francos de servicio y numeroso público, que á la llegada del tren prorrumpió en vivas á Blanco y á España.

Frente á la estación tributó los honores de ordenanza una compañía con bandera y música.

Ya era de noche cuando el general Pando y su séquito llegaron al palacio de la Capitanía general.

***

Terminada la excursión del general Blanco por las provincias orientales de la isla, y habiendo despertado gran interés el viaje, era natural que al tocar á su término se fijase la gente en el resultado.

Por de pronto, regresó el general Blanco á la Habana con la misma comitiva. No fueron con él á la capital de la isla, ninguno de los importantísimos cabecillas cuya presentación se anunciara: únicamente hicieron con él el viaje desde Cienfuegos á la Habana, los cabecillas ya presentados con anterioridad Massó y Quesada.

No por eso fué infructuoso el viaje, en el que recibió el general impresiones directas; fué objeto de demostraciones de respeto y consideración en todas partes, distinguiéndose el Camagüey, pueblo esencialmente autonomista.

Seguramente dejaría también instrucciones para que se activase la campaña.

El país quería la paz, pero en Oriente era indispensable antes hacer la guerra con gran energía.

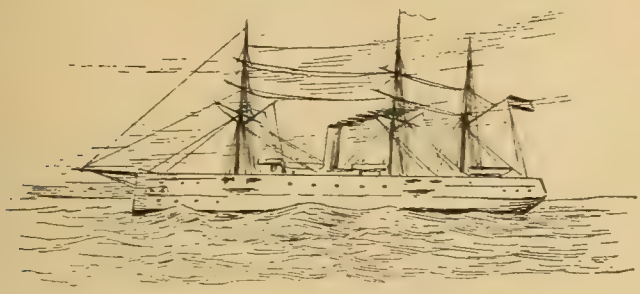
Así lo pedían los mismos autonomistas y todo el país leal.

Era necesario que los insurrectos orientales sintieran la acción de las armas, y sin esto no llegarían nunca las presentaciones que se esperaban.

Logró el general un conocimiento minucioso del estado en que se encontraban todos los servicios y alcance de todas las necesidades.

Satisfecho por haber levantado el espíritu público en Oriente y el Camagüey, el general hallábase bien impresionado, más que ésto, satisfecho, del resultado de su expedición.

Deseamos nosotros que las esperanzas se convirtieran en realidades; que las promesas se tradujeran en hechos; que las coronas y guirnaldas camagüeyanas no fueran manifestación de las ilusiones de un pueblo que pedía la paz, sino expresión viviente y eficacísima de un trabajo consolador y real.



CRUCERO «ALFONSO XII»

El viaje, que tantas esperanzas hiciera concebir, estaba hecho y habíase realizado con los mejores auspicios para los deseos de todos.

Sus benéficos resultados quedamos esperándolos, toda vez que hasta la fecha todo se había reducido á la revelación de buenos deseos y esperanzas más ó menos fundadas.

CAPITULO XXXIX

Discordias en el campo insurrecto.—Odios y desconfianzas.—Las proclamas de Massó.—Contra la autonomía.—Importante combate en Sancti Spíritus.—Encuentros en las lomas de los Cristales.—Muerte del cabecilla Octavio Rodríguez.—Quien á hierro mata...—Las cartas del *generalísimo*.—Activa campaña de los laborantes.—Agitación política.—Nuevos emisarios de paz.—Importantes operaciones en Oriente.—Derrota y dispersión de la partida de Calixto García.—La columna Nario.—Nuevas fuerzas á Oriente.—La guerrilla de San Diego de los Baños.—Confusión.—Las cancillerías europeas.—Síntomas de crisis trascendentales en el problema cubano.

Todos los presentados lo decían, y había una porción de hechos que lo confirmaban: la vida entre negros y blancos rebeldes habíase hecho imposible en el campo insurrecto, las discordias crecían, las vacilaciones aumentaban, las luchas intestinas estaban minando y acabarían por matar la insurrección. Sintieran ó no sintieran la autonomía, fueran de buena ó de mala gana los presentados, era indudable que la nueva política y los nuevos procedimientos, acabarían por decidir á unos y debilitar las intransigencias de los otros.

No podía preverse el resultado final de la campaña, pero había motivos sobrados para confiar en el éxito, no sólo por la acción de nuestros elementos, sino por la descomposición en que á la fecha se encontraba el enemigo.

La desconfianza entre ellos mismos era tan grande, que se pasaban el día y la noche vigilándose mútuamente. Ya no se encomendaba á nadie una comisión sin que al comisionado acompañasen seis ú ocho negros de los más dispuestos á *lyncharle* al primer síntoma de deserción que en aquél observasen. Ya los periódicos, tan solicitados antes, estaban prohibidos en los campamentos para que no se leyeran noticias de presentaciones ni se conocieran los beneficios del nuevo régimen.

Crecía la propaganda en contra de la autonomía; se hacían correr las noticias más estupendas sobre combates en que ellos habían ganado, y sobre la actitud resueltamente favorable de los Estados Unidos.

El asesinato del infortunado teniente coronel señor Ruíz, se relataba en hojas sueltas, comentándolo como una prueba de lo potente que estaba la insurrección, que no quería ni oir proposiciones de paz. En la misma provincia de la Habana acababa de ser macheteado uno de los jefes más queridos y respetados de los rebeldes, el titulado coronel Luis Delgado, porque observaron los intransigentes sicarios del dictador dominicano, que andaba en tratos para presentarse por mediación de su familia.

Los blancos odiaban á los negros, y éstos llamaban á los blancos *literatos* que no servían para pelear.

Se habían repartido profusamente las proclamas del nuevo presidente de la *República cubana,* Bartolo Massó, y de la asamblea de representantes, proclamas dedicadas exclusivamente á combatir la autonomía y á dar alientos é infundir esperanzas á los insurrectos. Se escribía más que nunca á los periódicos yanquis, y se interceptaba y sustraía la correspondencia particular de todos, para evitar que el consejo de los amigos ó los afectos de la familia, decidiera á los débiles á abandonar la manigua.

Al mismo tiempo los jefes rebeldes que ya habían adquirido *entor-*

chados, procuraban huir del peligro, y pasaban la vida apartados, haciendo de *majases*, para que los beneficios de un arreglo los cogiera vivos y sanos y pudieran disfrutarlos con arreglo á su categoría.

Ello era que en los campamentos *mambises* no se hablaba más que de la autonomía y de las presentaciones, de las ventajas que esto reportara y de los inconvenientes que ofrecía. Muchos querían hasta el reconocimiento de sus empleos militares; otros creían que iban á repartirse grandes cantidades de dinero.

***

En la jurisdicción de Sancti Spíritus libróse el día 8 un combate de importancia.

La columna que mandaba el teniente coronel don Modesto Navarro, compuesta del batallon del Rey y un escuadrón del regimiento de la Reina, dió alcance al titulado regimiento rebelde de Taguasco, obligándole á trabar combate, del que resultaron diez insurrectos muertos, que dejó el enemigo en el campo, entre los que figuraba el abanderado.

Se cogieron, además, dos prisioneros, uno de ellos herido, muchas armas y municiones, un botiquín, la tienda de campaña del cabecilla y 62 caballos con monturas.

La partida quedó completamente deshecha y disuelta.

Ese regimiento había venido manteniéndose en las inmediaciones de Sancti Spíritus desde hacía más de dos años.

En la provincia de la Habana, la columna que mandaba el coronel señor Rodríguez, formada por el batallón de Castilla y guerrillas, operando en las lomas de los Cristales y otras inmediatas, batió el día 10 varios grupos rebeldes, haciéndoles ocho muertos, que abandonaron en su huída los insurrectos.

Asimismo quedó prisionero en poder de nuestros soldados, el titulado alférez Arturo Hernández, que había sido herido en el combate. En éste se distinguió de un modo notable el sargento del batallón de Castilla don Adriano González, quien en lucha personal y cuerpo á cuerpo, mató á dos rebeldes, uno de ellos titulado capitán y llamado Martín Moreira.

El valiente sargento fué recompensado por su heróico comportamiento, con el ascenso á segundo teniente.

Los cadáveres de los *mambises* fueron conducidos, para su identificación y sepelio, al poblado de Guara.

Allí se averiguó que uno de ellos era el de Octavio Rodríguez, hermano del cabecilla Alejandro, jefe de las fuerzas rebeldes de la provincia de la Habana.

La columna se apoderó también de gran cantidad de armas y municiones, que abandonó en su precipitada fuga el enemigo.

***

En un combate sostenido el día 11 en las lomas de Correderas (Habana), fué muerto el moreno Joaquín Labores González, uno de los autores materiales del asesinato del teniente coronel señor Ruíz.

Varios significados personajes del partido autonomista de la Habana recibieron el día 12 cartas del generalísimo Máximo Gómez.

Los sobres de esas cartas tenían sellos en tinta azul que decían: «República cubana.—Administración de correos de Ciego de Avila.»

Decía en ellas el jefe dominicano, que con la obra de la autonomía no se conseguía otra cosa que dividir á los cubanos.

Confiaba en el triunfo de la rebelión y les pedía que se unieran á sus fuerzas, que cada día crecían más y se organizaban mejor.

Anunciaba una sorpresa: la terminación de la guerra en plazo breve por una intervención extraña que daría el triunfo á la revolución.

Alardeaba de tranquilidad y decía que su servicio de comunicaciones era tan perfecto, que ya no tenía necesidad de mandar su correspondencia por el extranjero.

Esas cartas del *generalísimo* fueron interpretadas por el gobierno insular como indicios de desaliento, y se explicaban por la necesidad de atraerse nuevos elementos prestigiosos, y como un último esfuerzo para contener á la gente desalentada.

Conviene advertir que coincidieron las tales cartas con la activa campaña de los laborantes, para extender la idea de que el gobierno norteamericano se proponía intervenir próximamente en los asuntos de la guerra de Cuba.

La política volvió á agitarse en aquellos días, porque se habían acentuado los síntomas de impaciencia entre los elementos radicales del régimen, haciéndose posible que surgiera una pronta y abierta disidencia en el seno del gabinete insular.

En una reunión que celebraron el día 13 aquellos elementos, fué aceptada la proposición del señor Giberga, que afirmó la disciplina, pero excitando al gobierno insular á que practicase gestiones directas para el logro de la paz.

A consecuencia, sin duda, del acuerdo de los radicales, fué designado don Juan Ramírez, jefe que fué en las filas rebeldes durante la guerra anterior, para que marchara á Manzanillo con una misión del gobierno insular.

El antiguo jefe de la caballería de Vicente García, que en esta última guerra había vivido en la legalidad, se prestó de nuevo á trabajar por la paz.

Decimos de nuevo porque intervino, al comienzo de esta última contienda, en las gestiones que se hicieron cerca de Bartolo Massó, á

la fecha titulado presidente de la «República cubana», para que depusiera su actitud antes del desembarco de Maceo.

A partir de aquella fecha, consideró Ramírez infructuosa toda gestión, y dejando su destino de administrador de la aduana de Manzanillo, se fué á la Habana con Bello.

Al decidirse á ir á Manzanillo, ¿era que creía que podía conseguir algo, ó era que iba á *Roma por todo*, para demostrar que se sacrificaba en aras de la paz?

Hombre práctico, conocedor de la gente *mambí*, sabía bien lo que jugaba en la partida.

Muchos se prometieron grandes y positivos resultados de su influencia; nosotros nos limitamos á registrar el hecho en la historia de las negociaciones por la paz.

***

Importantes fueron las operaciones realizadas por las columnas de los generales Linares y Nario, en combinación, en el departamento oriental contra las fuerzas rebeldes acaudilladas por Calixto García.

Adoptadas todas las medidas, los generales Linares y Nario, al frente de las respectivas fuerzas de su mando, emprendieron la operación combinada, cayendo sobre los rebeldes que ocupaban fuertes posiciones en su campamento de Camaisán, punto situado en el término municipal de Holguín, de las que los desalojaron sucesivamente, no sin sostener ruda lucha, quedando dueños del campamento.

En los combates librados, nuestras tropas pelearon denodadamente, batiendo al enemigo y causándole considerables pérdidas.

Las bajas de la columna Linares fueron seis soldados muertos, y heridos los capitanes del regimiento de Asia, señores Ortueta y Matallón, el teniente de Zamora, señor Mateo y 39 individuos de tropa.

Los campamentos que el enemigo ocupaba en los dos expresados puntos, quedaron destruídos.

En las operaciones que las referidas columnas efectuaron durante siete días, se recorrieron unas cien leguas, en su mayor parte por un terreno que hasta la fecha no había sido visitado por nuestros soldados desde el comienzo de la campaña.

Díjose que los rebeldes quedaron muy quebrantados, aunque quedó

CRUCERO «REINA CRISTINA»

ignorado el número de sus bajas por haberles permitido el terreno retirarlas.

Calixto García, con el grueso de sus fuerzas, se replegó hacia el río Contramaestre para rehuir á las columnas que le perseguían y le buscaban.

La columna Nario, compuesta de 900 infantes, 150 caballos y dos piezas de artillería, realizó marchas difíciles durante cinco días.

El día 10 llegó al sitio donde se hallaba acampado Calixto García, poniéndose en comunicación con las fuerzas de Linares, y siguiendo luego activamente las operaciones.

ESTATUA DE LA LIBERTAD EN LA ENTRADA DEL PUERTO DE «NEW YORK»

Sostuvo la columna Nario varios combates con el enemigo; se apoderó de un fortísimo campamento rebelde, en el que tomó y destruyó cincuenta trincheras, y sufrió y hubo de lamentar las siguientes bajas:

Muertos: cinco soldados.

Heridos: los tenientes don Francisco Manzano, don Luís Reza y don Eloy Boniche, el médico segundo don Juan Rodríguez y 44 individuos de tropa.

En el campo de la acción se recogieron quince cadáveres de los insurrectos, y se supo que llevaban gran impedimenta de heridos.

En la tarde del 14 salió de la Habana para Oriente el general Pando con un batallón y trescientos caballos, embarcados en un vapor fletado al efecto.

Pocas horas después zarpó otro vapor con provisiones de boca y guerra. Acompañaron al general los señores López Chaves, don Juan Ramírez y don Francisco Plá.

***

Preparábanse en el departamento Oriental combates de importancia.

Se destinaron á operar en aquella provincia nueve batallones y cuatro escuadrones, sacados de las provincias occidentales, y pronto marcharían á Oriente los generales Bernal y Marina, destinados á mandar fuerzas del ejército en operaciones en aquel departamento.

La guerrilla de Santiago de los Baños, mandada por el sargento Benito Lainez, recorría la jurisdicción de aquel pueblo para recoger ganado, cuando se encontró con un campamento enemigo.

Sin reparar en el número superiorísimo de los rebeldes que lo defendían, los atacó con tal denuedo y empuje, sin darles tiempo á repo-

nerse de la sorpresa, que sin grandes esfuerzos y muy debil resistencia por parte del enemigo, los desalojó y se apoderó del campamento, matando á dos jefes rebeldes, cuyos nombres no se citaron.

También aprisionó á la más célebre amazona de la rebelión cubana. Llamábase Isabelita Ruíz, era joven y hermosa y pertenecía á una familia rica.

Al estallar la rebelión se echó al monte, incorporándose á las partidas de Maceo.

En el ataque al campamento peleó con bravura, y fué herida y apresada por los bravos guerrilleros.

***

Seguía revelándose la confusión en los telegramas de la prensa, en las manifestaciones de los círculos políticos, en las palabras de los ministros y en los comentarios de los periódicos.

Incertidumbres, dudas, temores, esperanzas, desfilaban con velocidad vertiginosa, induciendo á todos á recelar del propio juicio y á no poner gran confianza en el ageno.

Notorio era que el general Blanco había comunicado al Gobierno, á su regreso á la Habana, impresiones optimistas; pero nadie conocía el fundamento de sus vaticinios, limitándose los corresponsales á expresar que renacía la confianza en Oriente y Camagüey, pero que eran menester operaciones vigorosas anunciadas ya, y cuyo éxito se ignoraba aún.

De Washington llegaban á cada hora encontradas apreciaciones: se atribuía á Mac Kinley una actitud de circunspecta moderación, y á Sherman propósitos de sacar de quicio las cuestiones planteadas, resolviéndolas con temperamentos de violencia.

Los marinos americanos, que visitaban en actitud sospechosa las costas de Cuba, ofrecíanse como mensajeros de paz, hablaban de concordias duraderas y fraternizaban con los ministros insulares.

Mientras unos periódicos yanquis lanzaban frases jactanciosas y conminaciones depresivas, otros declaraban que su país no quería aventuras belicosas ni se encontraba en condiciones de emprenderlas con garantías de éxito.

Por toda Europa, donde antes se mostrara cierto desdén hacía los asuntos de España, traían y llevaban nuestros asuntos interiores y coloniales, reconviniéndonos unos, estimulándonos otros, pero sin que pudiera transparentarse la actitud de las cancillerías.

Ante una situación semejante, todas las profecías y todos los augurios, fueron flores de un día que se expansionaban con el primer crepúsculo y se marchitaban con el último, y de falta de sinceridad pecara quien no se confesase desorientado.

Parecía, sin embargo, evidente que desde algunos días á la fecha (14 de Enero), habían comenzado á prepararse crisis trascendentales en los asuntos que más afectaban al supremo interés nacional.

CAPITULO XL

Catástrofe espantosa.—Voladura del *Maine*.—Impresión en España.—El suceso.—Cuadro aterrador.—Horrible confusión.—Los primeros auxilios.—Nuestras autoridades.—El crucero *Alfonso XII*.—Relato de un herido.—Versiones de los marineros del *Maine*.—Las operaciones de salvamento.—Las victimas.—Origen del siniestro.—Varias versiones.—Impresión hondísima en los Estados Unidos.—Espectación.—Un aplauso á nuestros nobles y valerosos marinos.

TINO á agravar la situación reflejada al final del anterior Capítulo, y á precipitar la trascendental crisis que parecía haber comenzado á preparar el destino aciago de la desventurada España, un suceso espantoso, que conmovió al mundo entero. La espantosa catástrofe del *Maine*, suceso siempre trágico y siempre doloroso, fué en las circunstancias en que ocurriera, de singular atención en España.

No nos encontrábamos en estado de guerra con la República norteamericana; pero el espíritu público aquí como allí, también hallábase en tensión violentísima. No había cordialidad de relaciones entre los dos pueblos, aunque cambiasen palabras y notas de cortesía ambos Gobiernos.

Así no es extraño que cuanto guardara relación con los Estados de la Unión, hallase entre nosotros curiosidad viva y fuese objeto de preocupación general, por las funestas consecuencias que pudiera aca-

rrear. Lo mismo aconteciera y acontecía entre los norteamericanos cuando se tratara y cuando se trataba de algo que afectara á los españoles.

Esta situación de los ánimos en uno y otro país era de evidencia tan elemental, que justificó en la prensa de ambas naciones la primacia en el relato y comento de un suceso, que en otra ocasión no excitara en nosotros sino la simple y humanitaria expectación ante la tremenda tragedia.

Mas, por honor y por sentimientos de humanidad, propios de un pueblo civilizado y cristiano, hidalgo y generoso, debemos añadir á esa exposición sincera de la verdad, á la que siempre hemos rendido, y rendiremos á fuer de imparciales, verdadero y fervoroso culto, una protesta que, si huelga para quien conoce la historia de nuestra nobleza y de nuestra generosidad, no estará de más para quién, como los Estados Unidos, pretendía y aun pretende presentarnos ante el mundo como un pueblo desprovisto de todas las posibles virtudes, quizá, porque ellos las desconocen.

España es la tierra donde nació y cantó el poeta que frente al enemigo implacable, pero engrandecido por el genio militar, exclamó de este modo:

Inglés te aborrecí, héroe te admiro.

Y más tarde:

La muerte de un vencido valeroso,
solamente el que es vil la solemniza.

***

La catástrofe del *Maine* entró de lleno en el número de las grandes tristezas humanas. Nosotros, y con nosotros España entera, y con

España la Europa toda, ante esa horrible desventura, ante esa muerte llegada inesperadamente con todas las desesperaciones de una lucha inútil con los elementos, nos sentimos vencidos á honrada compasión y nos consideramos, y fuimos, sin duda alguna, considerados por los demás, incapaces de ponerla á cuenta de nuestros agravios nacionales.

Hubiéramos querido, sí, en guerra abierta, ver cómo el poder marítimo de la Cartago americana, caía destrozado y rendido al ataque denodado de nuestros buques de combate; habríamos contado nuestra gloria con orgullo, sin hallar acaso en la desdicha agena un espectáculo lastimoso, recordando la tenacidad de tantas provocaciones injustas y de tantos insultos injuriosos.

Pero el *Maine* no sucumbió á los cañonazos ni á las embestidas de nuestros cascos; el *Maine* ardiendo y en ruínas y sepultado en el fondo del mar, no es un testimonio de nuestro valor ni de nuestra fuerza. Fué, sencillamente, algo fortuíto que escapa al juicio del hombre y pertenece enteramente al de Dios.

Por eso España fué, ante la espantosa catástrofe del *Maine*, lo que siempre ha sido: frente á un enemigo artero y provocador, un pueblo resuelto á las más nobles altiveces; frente á hombres desgraciados, llámense como se llamen, y guarden en su pecho éstos ó aquellos odios, una nación pronta y fácil al dolor y dispuesta á las oraciones del cristiano.

***

A las nueve y media horas de la noche del 15 de Febrero, cuando toda la población de la Habana estaba en los teatros, en los cafés, en el Parque, oyóse el estampido de una explosión formidable que hizo trepidar muchos edificios de la capital.

Fué tal el ruído que se oyera con la misma intensidad en toda la Habana, que de todas partes de la ciudad la impresión fué creer que el siniestro había sido la voladura del polvorín.

La gente corrió de un lado para otro, preguntándose qué había sido, alarmada por el terrible estruendo, que rápidamente hizo evacuar los cafés y centros de reunión, subiéndose unos á las azoteas de las casas y dirigiéndose otros á los muelles con la ansiedad que es de imaginar, al ver subir del centro de la bahía densa columna de humo, en cuya base brillaban los rojizos resplandores de un incendio.

Desde allí se vió que estaba ardiendo el acorazado *Maine*, de la marina de guerra norteamericana. Parte del magnifico buque había desaparecido ya bajo las aguas, y el resto aparecía envuelto en llamas.

De uno á otro extremo del puerto percibiase fuerte olor á pólvora.

—¡Un barco ardiendo! ¡Ha volado la Santa Bárbara!

Este era el grito que se oía en todo el muelle, á lo largo de la bahía, en Regla, en todas partes.

Sin que en aquellos momentos pudiese nadie conocer la verdadera causa del siniestro, comenzó á circular la especie de que la explosión casual de una de las calderas del *Maine* había comunicado el fuego á la Santa Bárbara.

Una nueva explosión paralizó de terror á todo el mundo.

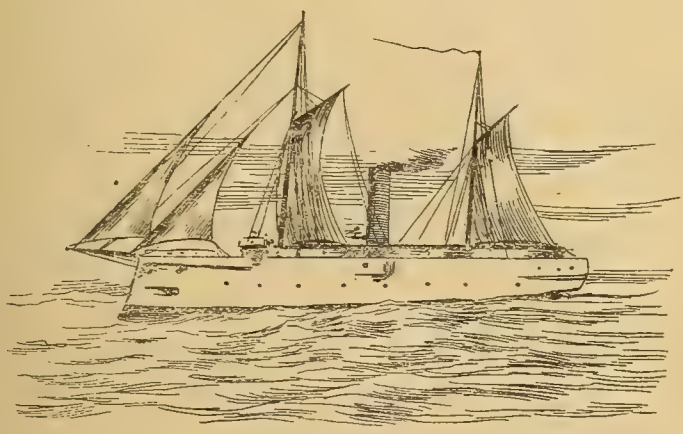
—¡La dinamita! ¡La dinamita!—oíase gritar por todos lados.

Hubo un momento de horrible confusión y las gentes comenzaron á correr en todas direcciones, sin saber á dónde se dirigían.

***

Cuando se repuso un poco la gente, llegaban al muelle todas las autoridades y al frente de ellas el general Blanco, el cónsul *yankee*

Mr. Lee, el segundo cabo, general González Parrado, el gobernador militar, general Arolas, el general Solano, el alcalde de la Habana, marqués de Esteban, el gobernador civil señor Brezón, el secretario del Gobierno general señor Congosto y otras muchas personas del elemento oficial que acudían á enterarse personalmente del suceso y á dar las órdenes convenientes para remediar en lo posible la tremenda desgra-



EL CAZA-TORPEDERO «PINZÓN»

cia que se presentía y prestar socorro á los supervivientes de la catástrofe.

Ya el comandante del apostadero de la Habana, señor Manterola, había destacado varios botes de la Capitanía del puerto, que volvieron á poco diciendo sus tripulantes que había estallado una caja de dinamita y un incendio á bordo del *Maine*, y que el crucero americano ardía, yéndose poco á poco á pique.

Desde los muelles se veían las llamas que salían por la cubierta y costados del *Maine*, que se hallaba hundido de proa y continuaba desapareciendo.

Con frecuencia se oían las detonaciones producidas por la explosión de sus bombas.

Pocos momentos después de la segunda explosión, nuestro crucero de guerra *Alfonso XII*, anclado á pocas brazas del *Maine* y el más inmediato al buque siniestrado, dirigía sus focos eléctricos hácia el sitio que ocupaba éste, iluminando la parte de la bahía donde eran necesarios los auxilios, y la lancha de servicio en la capitanía del puerto se dirigía al *Maine* para prestar socorro.

Cuatro marineros de la tripulación del *Maine* saltaron á la lancha de la Capitanía, rogando á su oficial que se retiraran, porque el barco que se hundía tenía en el fondo gran parque de granadas y dinamita. Momentos después se veía volar la cofa del barco, inclinándose la proa.

A la luz de los reflectores del *Alfonso XII* se veía admirablemente cómo ardía el *Maine* por su proa, principal foco del incendio.

La bahía cubjóse en un momento de toda clase de embarcaciones que iban y venían de las inmediaciones del buque incendiado á los muelles, tratando de acercarse á sus costados para prestar auxilio á sus tripulantes.

Las lanchas de auxilio recogieron los primeros heridos y los condujeron á la Machina, situada junto á las oficinas de la capitanía del puerto.

Los primeros auxilios que recibieron los supervivientes del *Maine* fueron prestados por la tripulación de nuestro crucero *Alfonso XII*, que se hallaba fondeado, como hemos dicho ya, á muy poca distancia del barco americano.

Los heridos que pudieron escapar de la explosión y del incendio eran recogidos por nuestros valientes marinos y llevados á los buques inmediatos y á la Machina.

***

A bordo del *Alfonso XII* fué llevado uno de los primeros heridos en el siniestro, salvado y recogido por nuestros marinos.

El herido era un marinero del *Maine*, que no estaba muy grave y que podía hablar, y que se puso á hacer el relato de lo acaecido en los siguientes términos:

«—Estábamos desnudándonos, porque había sonado ya á bordo el toque de silencio.

De pronto nos sentimos derribados, lanzados en distintas direcciones, al mismo tiempo que oímos un estruendo muy grande, quedando todo el barco en las más profundas tinieblas.

En la obscuridad nos llamábamos á gritos los unos á los otros y muchos corrieron á buscar los botes de salvamento.

Oíanse muchos ayes desgarradores de los heridos: yo estaba en el suelo, tenía una pierna que no podía mover y el rostro inundado de sangre.

El comandante del crucero no estaba á bordo, ni tampoco el segundo, y aunque se comunicaban muchas órdenes dadas por los oficiales de guardia y el contramaestre, apenas si se obedecía ninguna.

—¡El dinamo! ¡El dinamo que ha reventado!—oía gritar en mi derredor.

Yo no supe más. Haciendo un sobrehumano esfuerzo me incorporé como pude, me arrastré á gatas hasta la toldilla, y allí ví las llamas que partían de proa y que iban invadiendo todo el barco. Sentíamos que éste se hundía; me agarré con otros compañeros á un palo y saltamos al primer bote que se soltó al agua, oyendo al abandonar el buque otra espantosa, terrible detonación, que parecía iba á hacernos volar por los aires. Sentíase también el ruído de varios cuerpos que caían al agua.

Ya no sé más. El comandante y algunos oficiales faltaban del buque desde el anochecer.»

Otros dos marineros del *Maine*, heridos y salvados de la catástrofe y conducidos al hospital de Alfonso XIII, refirieron el hecho con estas pocas palabras, á los que les interrogaron acerca del siniestro:

—«Poco puedo decir á ustedes—manifestó—porque sentir el ruído, que me ha dejado sordo, y experimentar la fuerte sacudida y conmoción que me arrojó al mar, todo fué uno. Estábamos acostados unos, y otros desnudándose. Sonó la explosión y solo me dí cuenta de que conmigo cayó al agua un pelotón de hombres.»

El otro marinero dijo, que él y un grupo de sus compañeros estaban en una de las cámaras centrales preparándose para acostarse, cuando oyeron el estampido y sintieron la fuerte trepidación que se produjo en el buque, y cuando quisieron salir, la cámara estaba casi anegada y el techo de ella comenzaba á arder.

El que esto refirió había conseguido con grandes esfuerzos subir á cubierta y sujetarse á un bote del *Alfonso XII*. Los demás compañeros que con él estaban en la cámara perecieron todos.

***

La noche era obscurísima, y esto, unido al estupor que produjo el siniestro, hacía más difíciles y arriesgadas las operaciones de salvamento.

Téngase en cuenta, además, que en el *Maine* había mucha dinamita, algunos torpedos y no pequeña cantidad de otros explosivos aún más peligrosos, y así se comprenderá hasta dónde llegó la bravura y la abnegación de nuestros marinos que, despreciando y arrostrando tantos peligros acumulados en el buque extranjero, y apenas ocurrida la catástrofe, lanzáronse á los botes para prestar auxilio á los náufragos y salvar á los heridos de una muerte cierta.

Pocos segundos habían pasado después de la explosión, cuando el comandante del crucero *Alfonso XII* ordenó que fueran lanzados al agua todos los botes de nuestro buque de guerra.

Con celeridad inverosimil cayeron los botes al agua y en ellos embarcó toda la marineria del *Alfonso XII* con los oficiales. Aquellas frágiles embarcaciones tripuladas por valerosos españoles pronto rodearon el casco del *Maine*, de cuyos costados y proa salía un torrente de llamas.

Al resplandor de los reflectores eléctricos enfocados sobre el *Maine* por el *Alfonso XII*, se distinguía á varios marineros del barco americano colgados en las vergas, demandando auxilio y rodeados por las llamas que amenazaban devorarlos por momentos.

El cuadro era en extremo trágico, la escena dolorosa, imposible de describir.

Como el fuego iba consumiendo los restos del buque, no podían acercarse á él las embarcaciones de auxilio.

Los marineros españoles, á pesar de la lobreguez de la noche y de los peligros que les rodeaban, echábanse al agua para salvar á los norteamericanos que, heridos unos, abrasados no pocos y aterrados todos, luchaban con las olas y con la muerte.

Así se pudo conseguir el salvamento de los que al ocurrir la catástrofe tuvieron tiempo de arrojarse al mar.

Algunos botes del *Alfonso XII* se colocaron al lado de la proa del *Maine*, donde se habían refugiado algunos marineros americanos. Estos se arrojaron en brazos de nuestros marinos, los cuales los condujeron inmediatamente á bordo de la nave española.

Otros fueron cojidos cuando flotaban en las aguas medio ahogados. Algunos tenían quemaduras tan horrorosas que al ser cojidos por los españoles lanzaban terribles y lastimeros gritos de dolor.

Muchos de ellos estaban semi moribundos y en la cubierta del *Al-*

fonso XII fueron asistidos y se les hicieron las tristes y angustiosas operaciones que con aquellos se practican para intentar tornarlos á la vida.

Ningún bote del *Maine* fué echado al agua.

El comandante del crucero yanqui y 24 oficiales se hallaban en el momento de la explosión á bordo del vapor mercante de la matrícula de Nueva York *City of Washington*, anclado algo más léjos que el *Alfonso XII* del sitio de la ocurrencia, desde la cubierta de cuyo barco presenciaron los últimos el trabajo heróico de nuestros arrojados marinos.

***

Poco después acudieron otros botes y lanchas de vapor del Arsenal y de la comandancia de marina, que contribuyeron eficazmente al salvamento.

También maniobró con gran acierto la lancha cañonera *Antonio López* y prestaron servicio utilísimo los botes del transporte de guerra español *Legazpi*.

Más tarde, todos los botes y embarcaciones menores que existían disponibles en el puerto, con gentes de mar, fuerzas de voluntarios, tropas, bomberos y casi todas las autoridades, salieron inmediatamente en auxilio del crucero *Maine*, para hacer sobre humanos esfuerzos por la salvación del buque y, sobre todo, de la oficialidad y marinería que lo tripulaban, conduciendo los heridos, todos americanos, á la Machina, al *Alfonso XII*, al *Legazpi* y al vapor mercante *City of Washington*.

Noventa marineros norteamericanos fueron recogidos, todos con heridas ó quemaduras.

Curados de primera intención en el crucero *Alfonso XII*, en la

Machina, en las casas de socorro de los muelles y en algunos barcos cercanos, fueron trasladados cuidadosamente por las ambulancias militares y los bomberos del comercio, que acudieron inmediatamente á prestar tan humanitario servicio, á los hospitales de San Antonio y de *Alfonso XIII.*

En esos centros benéficos se les atendió con la más exquisita y cariñosa solicitud.

Componíase la dotación del buque de 33 jefes y oficiales y 343 marineros.

Se salvaron el comandante Mr. Sigsbee, y toda la oficialidad, á excepción de los dos únicos que se cree se hallaban en el buque, prestando servicio de guardia ó vigilancia, en el momento de ocurrir la catástrofe.

El número de víctimas que ocasionó la voladura del *Maine*, fué de 238 tripulantes y dos oficiales, que en su mayoria perecieron ahogados al ser lanzados al mar por el efecto de la explosión.

La mayor parte de los heridos que fueron conducidos á los hospitales sufrían quemaduras, siendo muy escaso el número de los que recibieron heridas por golpe.

***

La versión más autorizada respecto al origen del siniestro fué que la explosión había sido consecuencia de un descuido, poco explicable pero muy verosimil y posible en un barco de las condiciones del siniestrado, donde todas las operaciones de carácter mecánico que se realizan en el material de guerra se llevan á cabo con grandes precauciones, que, por lo visto, se desatendieron en aquel caso.

Según todos los indicios, la explosión se produjo por haberse efec-

tuado la limpieza de los torpedos y haber dejado á éstos mal dispuestos y en condiciones de un fácil y horroroso accidente, ó por una imprudencia de la marinería encargada del servicio de los torpedos.

Robusteció esta versión el haber dicho el cónsul Mr. Lee, que él creía que la explosión había sido casual, añadiendo que el comandante Sigsbee le había anunciado aquel mismo día que se estaba procediendo en su buque á la limpieza y arreglo de los torpedos.

Otra de las versiones más acreditadas sobre el verdadero origen del suceso, fué también la de que hizo explosión una de las calderas encendida y destinada al movimiento del dinamo de la luz eléctrica, comunicándose el incendio producido á la Santa Bárbara del buque y verificándose la explosión de las municiones de guerra en ella acumuladas, y entre las cuales, según se dijo, abundaba la dinamita destinada á la carga de torpedos.

Un tripulante del *Maine* manifestó su opinión de que la voladura se produjo primero en el depósito del algodón pólvora destinado á los torpedos.

El jefe del negociado de Navegación en el almirantazgo de Washington, interrogado por un periodista, expresó una opinión semejante, añadiendo que la circunstancia de no haberse ido á pique inmediatamente el crucero, demostraba que la explosión no podía ser atribuída á la colocación de un torpedo debajo ó al costado del buque.

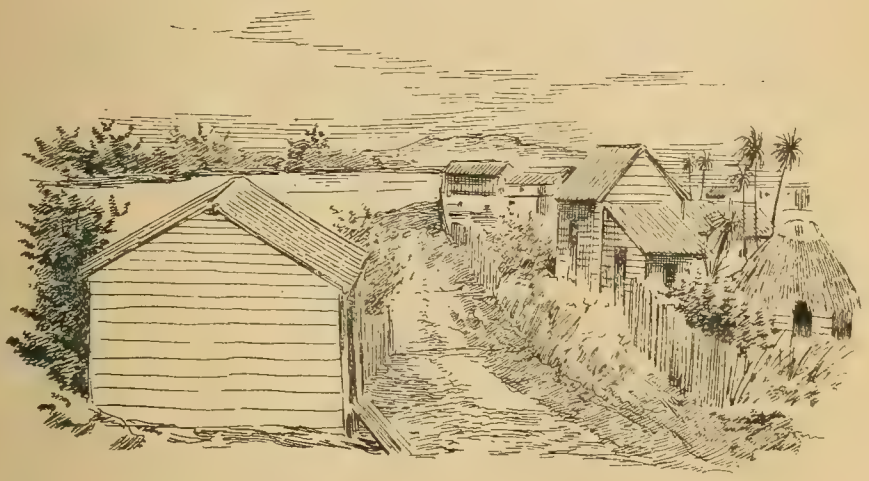
Díjose también que un contacto mal establecido en el dinamo que producía la luz eléctrica, incendió los envolventes aisladores de los cables, el fuego se comunicó á los compartimientos de madera inmediatos y á los depósitos de pólvora, y por haber subido rápida y violentamente la temperatura en el recinto de la nave, explotaron las calderas.

Esta versión fué apoyada por los datos suministrados por los oficiales del crucero *Alfonso XII*, vecino inmediato al *Maine*.

Según esa versión, poco antes de ocurrir la explosión advirtieron los oficiales de guardia en el *Maine*, que se había iniciado un fuego á bordo, á consecuencia de un circuito formado cerca de los dinamos que fabricaban la luz eléctrica.

Convencidos de que era imposible atajar el incendio, se dispuso que cinco guardias bajaran á la Santa Bárbara para inundarla de agua.

Los infortunados tripulantes lograron su objeto á costa de su vida,



AFUERAS DE MATANZAS

que sacrificaron, evitando con ello que la catástrofe fuera mayor.

El crucero español *Alfonso XII* no sufrió avería alguna, á pesar de que se hallaba á muy pocas brazas del *Maine*, lo cual sólo se explica por el hecho de que la explosión tuvo lugar de dentro á fuera.

La gran resistencia del casco y blindajes, impidió que el vaso del *Maine* fuera destrozado.

Volaron la cubierta, los compartimientos interiores, parte de las máquinas y armamento, y cuantos objetos llenaban el acorazado. Todos ellos, convertidos en pedazos, fueron lanzados á gran altura y dis-

tancia, y algunos cayeron sobre otros barcos, causándoles averías, aunque no de consideración.

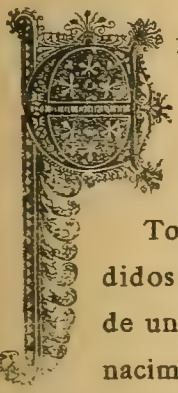
Los restos del *Maine* formaban una masa informe con las calderas al descubierto, destrozadas las torres blindadas, no quedando á flor de agua más que parte de la popa, donde se notaban averías, viéndose intactos los cañones de tiro rápido y el proyector eléctrico, y manteniéndose erguido un solo palo, en cuya cofa veíase un pequeño cañón de tiro rápido.

La causa de no haberse sumergido totalmente el buque, fué debida á que el *Maine* calaba 23 piés y el sitio de la catástrofe tiene de fondo 28.

La catástrofe produjo impresión hondísima en los Estados Unidos. En España causó la noticia gran espectación, lamentando todos los españoles la trágica muerte de las desventuradas víctimas del siniestro y aplaudiendo la conducta heróica y la abnegación laudable de sus valerosos marinos.

CAPITULO XLI

España ante la catástrofe del *Maine*.—Dolorosa enseñanza.—Pérfidas insinuaciones.—Era de presumir.—Acusación absurda.—Nuestra honradez sin tacha.—Sin explicación.—Operaciones en Oriente.—Las columnas Nario y Linares.—Encuentros y combates.—Propósitos del general Blanco.—Aspecto de la campaña.—El crucero *Vizcaya* en el puerto de Nueva York.—Saludos y visitas.—El comandante señor Eulate.—Salida del *Vizcaya* para Cuba.



En presencia de una catástrofe como la ocurrida el día 15 de Febrero en la bahía de la Habana, reivindicó la humanidad sus imprescriptibles fueros y acalló la política sus circunstanciales rencores.

Todo gran infortunio hace comprender á los pueblos divididos por enemistades ó por emulaciones, que son miembros de una misma familia: de la familia obligada á luchar desde el nacimiento hasta la muerte con las fuerzas naturales y condenada á pagar en sudor, en sangre y en lágrimas, su derecho de tránsito por el mundo.

Abierta siempre á esa generosa solicitud, ha estado siempre el alma española. Y en presencia de la catástrofe del *Maine* lo estuvo igualmente sin distinciones y sin reservas.

Nuestra hidalga nación, al contemplar con tristeza las víctimas y los destrozos causados por la voladura del *Maine*, no se acordó para nada de sus desavenencias con los Estados Unidos.

Luego volvería á defender contra todo y contra todos lo que era legítimamente suyo.

En aquellas tristes circunstancias no sintió más que leal y sincera conmiseración ante la inmensa y espantosa catástrofe.

Prueba de ello ofrecieron los telegramas que se trasmitieron de todas las provincias.

España toda, respetando el dolor ageno, se envaneció del noble heroismo con que nuestros marinos, soldados y bomberos acudieron, no bien oída la explosión, en auxilio del buque norteamericano.

A riesgo de la vida propia rescataron las de muchos infortunados que estaban á punto de perecer entre el mar y el incendio; arrebataron los cadáveres á la voracidad de los tiburones, y no cesaron en la peligrosa tentativa de salvamento, hasta que el *Maine,* despedazado y consumido por las llamas, se fué á pique.

¡Bien hayan los españoles que de tal modo supieron interpretar los sentimientos y honrar las tradiciones de España!

Horas antes de que sucediese el desastre, aquel buque representaba para ellos, si no un enemigo declarado, un testigo impertinente y un huésped sospechoso.

Después de la voladura, nadie reparó en la intención ni en la bandera. Desvanecidos ú olvidados al punto los recelos de hostilidad ó de malevolencia, los extranjeros se transformaron en prójimos, y los intrusos se convirtieron en hermanos.

Las autoridades, la marinería, la guarnición y el vecindario de la Habana, procedieron en aquella triste ocasión de manera que nos satisfizo y nos enorgullece.

Los tripulantes del *Maine* que sobrevivieron al desastre, encontraron leal hospitalidad en la capital de Cuba. Los que perecieron en el siniestro, tuvieron respetada sepultura en aquella tierra y en aquellas aguas siempre españolas.

España pasó la espada, que se le obligaba á tener desnuda, á la mano izquierda, y tendió la derecha, no á los que la agraviaban, sino á los que lloraban.

***

La Providencia del creyente, ó el acaso del ateo, elige en ocasiones términos muy dolorosos para la enseñanza de los pueblos.

En página por desdicha orlada de luto, mostróse ante los Estados Unidos cuán legítimamente blasona España de hidalga y alardea de noble.

Vecinos de fondeadero el *Maine* y el *Alfonso XII*, mirábanse como próximos enemigos. Visto el crítico estado de las relaciones internacionales, más de una vez cruzaría por la mente de nuestros marinos la posibilidad de un zafarrancho de combate, y más de una vez imaginarían empeñado terrible duelo á muerte donde los cañonazos se disparasen á quemaropa; pero la desgracia del adversario trocó todas aquellas previsiones y aquellos pensamientos, en maniobras de salvamento y en arriesgada empresa de humanidad.

En tanto que los oficiales del crucero norteamericano contemplaban desde el puente del vapor *Washington*, en nuestro barco de guerra *Alfonso XII* arriábanse los botes, y los marinos y marineros españoles, descuidados de todo temor é impelidos por una idea noble y generosa dictada por sus sentimientos de humanidad, llegaban al casco incendiado y medio sumergido del *Maine* para recoger y amparar á los náufragos y á los heridos.

Triste, pero elocuentísima lección que no debieran haber dado al olvido los *yankees*, que tanto han denostado á España como vengativa y cruel. La misma mano que ellos suponían tinta en sangre de *inocen-*

tes mambises, y que aún suponen,—¡oh, blasfemia!—fautora del siniestro, fué la primera que se alargó para sostener al que sucumbía, para salvar al que estaba á punto de perecer, y restañar las heridas que en la explosión sufriera.

Esta hermosa y levantada conducta con que de nuevo honraron la patria bandera nuestros valerosos marinos, presenciáronla desde la borda del *Washington* los oficiales del *Maine*, testigos irrecusables para la opinión *jingoista*, de que es tan evidente la nobleza de los impulsos españoles, como injustificados los dicterios y calumnias lanzados contra nosotros.

Ante el espantoso siniestro de la bahía de la Habana, sólo cupo un movimiento de sincero y leal pesar, y un aplauso muy entusiasta, muy caluroso, para la dotación del *Alfonso XII* y para todos cuantos se portaron en la catástrofe como buenos españoles.

***

Las pérfidas insinuaciones echadas á volar por algunos periódicos norteamericanos, respecto de las causas que hubiesen podido originar la voladura del *Maine*, no nos maravillaron ni nos dolieron.

Era lo que nos quedaba por ver; pero con ello contábamos.

Aparte de la tension nerviosa que reinaba en los Estados Unidos de igual manera que en España, había allí, para todo lo que á Cuba concernía, un depósito de fermentos extraños, de ásperos apetitos y de malas pasiones, en el cual necesariamente tenían que germinar y desarrollarse las más viles sospechas y las calumnias más injuriosas.

Era de presumir. Ni el noble sentimiento de pesar revelado en la Habana y en España toda por la catástrofe del *Maine*; ni el valor y abnegación de los marinos del *Alfonso XII* al desafiar mortales peligros

por salvar á los náufragos y á los heridos; ni la gratitud obligada por tantos piadosos cuidados y tanta noble solicitud, pudieron triunfar del duro egoismo *yanke* y de la implacable mala fé de los *jingoes*.

Era lo que nos quedaba por ver; ya el nombre de España, de esta España tan leal y que ha luchado siempre cuerpo á cuerpo, sin tener en su historia páginas como las que cuentan los Estados Unidos en el caso memorable de nuestro *Arapiles*, anduvo llevado de lengua en lengua *vankee*, al lado de sospechas que, ni aún para rechazadas, merecerían consignación alguna en un libro español.

Fué, en fin, lo único que nos quedaba ya por ver: los enemigos implacables de España que, no contentos con la obra realizada en Cuba protegiendo alijos y envalentonando y prestando ayuda á la insurrección, quisieron todavía ponernos el *Inri* de infamia, dando á entender al mundo cómo en la tragedia del *Maine* se adivinaba nuestra mano y se sorprendian nuestra intención malévola y nuestros sentimientos de odio.

Tampoco nos cogió de nuevas, aunque el hecho revestía mayor gravedad, la ligereza con que dos ó tres miembros de la Comisión de Relaciones exteriores del Senado norteamericano, se adelantaran á expresar dudas y formular reticencias, no por absurdas, ménos ofensivas.

***

No hay que entrar en disquisiciones especiales para demostrar la absurdidez de toda acusación contra nuestra honradez. Ya hemos indicado la imposibilidad de achacar á un agente exterior la causa de la catástrofe; de haber explotado un torpedo al costado del *Maine* hubiérase éste ido á pique, probablemente sin incendio, y en todo caso, produciéndose el incendio con posterioridad á la explosión. Y una de las cosas más y mejor averiguadas es que la explosión fué lo último y el

incendio lo primero; esto es, que la primera fué consecuencia, no causa, del segundo.

Los más expertos y autorizados marinos y todos los hombres de ciencia de todos los países fueron de opinión de que la catástrofe, por todas las circunstancias de que apareció rodeada, fué puramente casual, y su origen un accidente interior del buque.

La hipótesis de que alguien, deseoso del conflicto entre las dos naciones, hubiese aprovechado las sombras de la noche para colocar bajo el *Maine* un torpedo, es también inadmisible; porque según pudo observar todo el mundo, el explosivo en sitio del barco, á donde no alcanzaban sus fuertes defensas, hubiera destrozado el casco y producido el naufragio casi instantáneamente. Además, el accidente se originó hácia la proa, y en la proa había un centinela, el cual hubiera visto la lancha ó el bote que se acercaba y habría dado la voz de alarma, y nada de eso hubo.

Un torpedo no se coloca así como quiera.

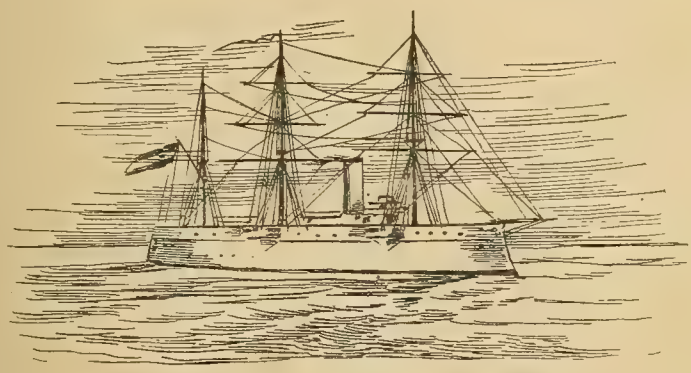
Agradecemos ahora la probidad y rectitud con que la opinión universal demostró conocer y apreciar nuestros sentimientos. Ni entónces, ni ahora, ni nunca, nos cuidamos ni nos cuidaremos de lo que inventara ni acaso invente y diga un pueblo desconocedor de toda clase de virtudes, que ha de seguir, sin duda, desconociéndonos é injuriándonos.

Nada hemos de decir que se parezca á una defensa: hay injurias tan rastreras y miserables que no merecen otro castigo que el desprecio.

Una sola cosa debemos advertir, sin embargo, para uso de los ignorantes y agiotistas *yankees* que se asociaron con los filibusteros de Cuba.

La nación española, al deplorar con el alma la catástrofe del *Maine*, los marinos, soldados y bomberos de la Habana al exponer su vida para salvar á los que estaban á punto de perderla; el vecindario en masa

de la capital de Cuba acudiendo respetuoso y conmovido al entierro de las víctimas; el gobierno central y el insular, al enviar testimonio de afectuoso pésame al de Washington; los periódicos con sus manifestaciones de no fingido y sincero duelo, y las gentes todas de la Península al dar por un momento al olvido querellas y agravios que de tiempo atrás las apasionaban, obraron así, porque así se lo dictaba el corazon, no para halagar á nadie, ni para imponer á nadie ninguna clase de agradecimiento.



CRUCERO «DON JUAN DE AUSTRIA»

España, al tender la mano á las víctimas de un fortuito desastre, y al saludar con respeto á otra nación castigada por el infortunio, no hizo más que satisfacerse y honrarse á sí misma.

Por ello, remediado en cuanto fué posible el daño, curados los heridos y sepultados los muertos, cada cual volvió á emprender el camino á donde el honor y el deber le llamaran.

España no puede admitir el caso de explicación alguna en el asunto del *Maine*. Un pueblo de caballeros no tiene que explicar lo que no deja lugar á duda ni ante Dios ni ante los hombres.

* * *

Siguiendo el movimiento iniciado en el departamento Oriental y obedeciendo á la operación combinada contra las partidas reunidas al mando de Calixto García, la columna Nario se dirigió el día 7 por San Fernando y Horqueta, con igual objetivo que las fuerzas mandadas por Linares, sosteniendo combate el 8 en Margarita, el 9 en la Horqueta y el 10 en Aguas Verdes, donde se reunió con aquellas fuerzas.

Puestas en marcha ambas columnas encontraron y destruyeron numerosas trincheras y algunos campamentos enemigos, ocupados por fuerzas insurrectas.

En los sucesivos combates que nuestras columnas sostuvieron con el enemigo para desalojarle de sus fuertes posiciones, las pérdidas de éste fueron numerosas, porque se les atacó y batió en algunos puntos de revés ó por los flancos, habiéndose recogido 21 muertos, 18 armamentos y numerosos efectos de guerra.

La operación costó en su totalidad á nuestras columnas, según el parte oficial, las siguientes bajas: dos capitanes, cinco oficiales y un médico heridos, y 11 soldados muertos y 84 heridos.

El general en jefe recomendó al ministro en su parte oficial el bizarro comportamiento de las tropas que tomaron parte en la operacion combinada, al recorrer 139 leguas, sosteniendo combates y penetrando en lugares hasta entonces inexplorados.

En otro extenso telegrama, recibido en el ministerio de la Guerra el día 19, el general Blanco dió cuenta del curso de las operaciones en el departamento oriental y de los propósitos que tenía de vigorizar la guerra contra el enemigo.

El capitán general de Cuba se felicitaba del aspecto de la campaña.

Nuestros soldados dominaban en territorio donde hasta hacía poco no habían entrado. Las partidas insurrectas de Oriente no presentaban combate, sino que huían desalentadas, y las tropas habían destruído las guaridas que se habían fabricado.

El general Blanco explicaba su plan de campaña, que, como es natural, lo reservó el Gobierno; pero se supo que el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba esperaba mucho de las operaciones que se iban á emprender.

Se estaban ultimando los preparativos para enviar á Oriente considerables refuerzos sacados de las provincias occidentales de la isla.

El general Bernal se encargaría del mando de una división independiente destinada á operar en la provincia de Santiago.

Del mando de Pinar del Río fué encargado el general Hernández de Velasco.

***

A las cuatro y quince de la tarde del 18 llegó el crucero español *Vizcaya* á la vista del puerto de Nueva York.

Poco después cambió los saludos de costumbre con los fuertes de la plaza, y el buque de guerra español entró en el antepuerto escoltado por remolcadores del Estado, que conducían á bordo considerable número de marinos.

A petición de las autoridades navales, las autoridades de policía adoptaron todas las medidas imaginables para impedir que corriera peligro alguno el barco español.

A causa de fuerte cerrazón de niebla que reinaba é impedía la entrada del acorazado en el puerto, fondeó y permaneció en Sandy Hook hasta las dos de la tarde del 20.

A dicha hora, y desaparecida la cerrazón de niebla, levó anclas y entró en el puerto, disparando 21 cañonazos y fondeando en Tomp Kingsvile Island, cerca de Maimen Docteur.

Devolvió el saludo á nuestro acorazado el castillo William.

Dos vapores, á cuyo bordo iban muchos periodistas de la capital y corresponsales de los de Washington y del extranjero, rodearon inmediatamente al *Vizcaya*; pero, como era natural, ninguno de ellos logró ponerse al habla con los tripulantes del buque español.

En los muelles presenció la entrada del *Vizcaya* inmenso gentío. Las fortalezas inmediatas á los muelles veíanse coronadas por los soldados que las guarnecían, y muchos centenares de espectadores situados en State Misle ocupaban ambas orillas del río.

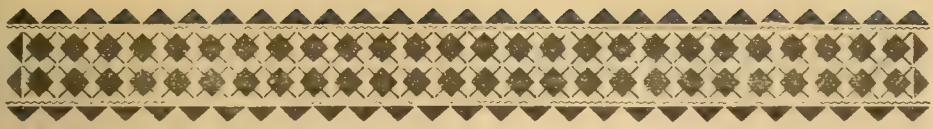
Practicada la visita sanitaria al buque, pasó á bordo la autoridad marítima, siendo recibida con respetuosa consideración.

Hablando de la catástrofe del *Maine*, el comandante del *Vizcaya*, señor Eulate, dijo:

«—Nuestros corazones están embargados por amarga pena, desde que hemos sabido la terrible catástrofe del acorazado *Maine* y la dolorosa pérdida de su valiente tripulación. Entre todos los marinos del mundo existen siempre profundas simpatías, y nosotros, que amamos á este gran país, nos asociamos sinceramente á su profundo pesar, sintiéndonos contentos de hallarnos aquí en estos instantes, para tomar parte en su pena y compartir con la nación el acerbo dolor que embarga su ánimo.»

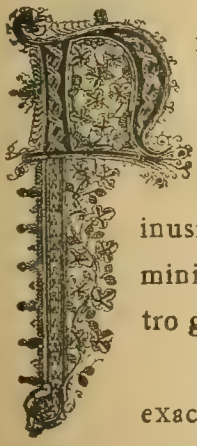
El señor Eulate declinó, agradeciéndolos, los ofrecimientos de una vigilancia especial por parte de la policia americana.

A la una y media de la tarde del 25, cambiadas que habían sido las visitas de rúbrica entre el comandante y la oficialidad del *Vizcaya* y las autoridades civiles y militares de la plaza, abandonó nuestro crucero el puerto de Nueva York, escoltado por una de las lanchas de vapor de la policía del puerto, haciendo rumbo á la isla de Cuba.



CAPITULO XLII

Preparativos bélicos.—La apatía de nuestro Gobierno.—Recelos y desconfianza.—Propósitos del gobierno de los Estados Unidos.—Rudo combate.—El comandante Pedro Rivera.—Varios encuentros.—Estado de la insurrección en Oriente.—Ataque ó incendio del ingenio Cañamago.—Heróica defensa.—El soldado Antonio Cruz Villegas.—Columna de auxilio.—Batida y derrota de Bethancourt.—Noticias de Manzanillo.—Los propósitos de los rebeldes.—Optimismos y confianza.—Impresiones favorables.—El dilema.—Manifiesto del cabecilla Massó.—El gobierno insurrecto.—Campaña alarmista.—Mac-Kinley dictador.



Ni las noticias que transmitían los corresponsales de la prensa española en Washington y Nueva York, ni las que á diario venía publicando toda la prensa de Europa y América respecto á los preparativos que con inusitada rapidez se llevaban á cabo en las dependencias del ministerio de Marina de los Estados Unidos, sacaban á nuestro gobierno de su paso y su apatía.

Aún despues de conocerse perfectamente y con absoluta exactitud cuantos actos se realizaban, obedeciendo á un plan aprobado por el gobierno *yankee*, uno de nuestros ministros decía ante varios periodistas que las alarmas de los periódicos españoles sólo reflejaban las exageraciones que estampaba en sus columnas la prensa sensacional de la América del Norte.

«—Hoy más que nunca—añadió—estamos persuadidos de que el

gabinete de Washington desea y hará cuanto esté en su mano por conseguir que no se alteren las excelentes relaciones que mantienen ambos gobiernos.

«El de los Estados Unidos—prosiguió diciendo—y especialmente Mr. Mac Kinley con su actitud enérgica, ha conseguido que las Cámaras releguen para mejor ocasión las proposiciones de unos cuantos partidarios de los filibusteros, y que en la opinión se vaya marcando más y más la tendencia á confiar en la obra del gobierno, que es el primer interesado en la buena marcha de los asuntos públicos.»

A pesar de estas afirmaciones, otros individuos del Gobierno no dejaban de reconocer que en los Estados Unidos se realizaban *algunos* preparativos, aunque *suponían* que estos obedecieran á órdenes circuladas hacia tiempo.

Igualmente oyóse afirmar á otra personalidad del Gobierno que era preciso á todo trance dar un rudo golpe á la rebelión cubana antes de que comenzase el período de las lluvias, porque en otro caso España *experimentaría daños incalculables*.

De ahí que se viera con recelo lo que sucedía á la sazón en la capital de la isla, donde las pasiones se agitaban con más calor que los impulsos del patriotismo bien entendido, dificultando la obra de la pacificación á que todos debían contribuir en la medida de sus recursos.

Noticias de origen autorizadísimo afirmaban, que si en Mayo no se había conseguido adelantar en esa obra, el gobierno de los Estados Unidos intervendría para lograrlo, con ó sin el permiso de España.

A la fecha, lo que hacía era dar largas al asunto por propia conveniencia, para ponerse en condiciones de imponer su criterio, si no con *notas*, con otros argumentos más convincentes.

Y entretanto se procuraba endulzar la somnolencia de nuestro gobierno con frases de amistad y cortesía, que aquí recibían nuestros ministros como testimonios fehacientes del respeto y consideración que

nos profesaban los que no perdonaban ocasión de demostrar que ignoraban lo que son estas cosas.

***

En la segunda decena de Febrero los rebeldes tuvieron 158 muertos y 9 prisioneros. Además se presentaron á indulto 132.

Nuestras bajas fueron, 49 soldados muertos, 11 oficiales y 187 soldados heridos.

En Las Villas, jurisdicción de Sancti Spíritus, fuerzas del batallón de Arapiles y movilizados de Camajuaní batieron en Caunao, Vueltas de Tamarindo y Buenos Aires á las partidas reunidas de Nápoles, Carrillo y Mirabal, que sumaban unos 200 hombres.

Nuestras tropas les hicieron 23 muertos y un prisionero, cogiéndoles 75 caballos y municiones.

La columna Altolaguirre marchó en su persecución, causándoles otros siete muertos y apoderándose de 48 caballos y cinco armamentos completos.

El general Pando había llegado á Manzanillo, donde preparaba las operaciones de Oriente.

El batallón del Infante salió de Candelaria, racionado para cinco días, á operar en combinación con tropas de Canarias y Gerona, al mando del coronel señor Balbas.

La conjunción de estas fuerzas, según las órdenes dictadas, debía verificarse en los montes de El Mulo.

Al llegar el batallón del Infante á Santa Paula encontróse con las partidas de Mayía Rodriguez y Perico Diaz, situadas en posiciones excelentes y muy favorables para la defensa.

Empeñado combate, nuestros soldados cargaron varias veces sobre

el enemigo, el cual resistía con tenacidad. Al frente de las fuerzas de la extrema vanguardia, dirigiendo personalmente el ataque, iba el comandante don Pedro Rivera.

En un momento en que los rebeldes lograron interponerse entre aquella fuerza avanzada y el resto de la columna, vióse el comandante Rivera cercado de insurrectos que le intimaban la rendición. El pun-

MAMBÍ CONDUCIENDO UN CADAVER

donoroso jefe, dispuesto á no ceder ante el número ni á rendirse, defendió su vida con heroismo, muriendo al cabo cubierto de heridas. Casi simultáneamente recibió un balazo en la boca y otro en el corazón.

Exaltada la tropa por la pérdida de su comandante, se revolvió con ímpetu sobre el enemigo y pudo recoger el cadáver del bravo jefe señor Rivera, que fué conducido con los soldados que con él perecieron en el combate á Aranjuez, donde recibieron cristiana sepultura.

Los heridos, en número de diez, entre ellos un oficial, fueron llevados á Candelaria.

CARGA DEL ESCUADRON DE «VILLAVICIOSA» EN EL COMBATE DE GUAMÁ (Piuar).

***

Seguían merodeando por la provincia de Pinar grupos rebeldes, perseguidos activamente por nuestras columnas.

El batallón de Valencia y escuadrón de Villaviciosa tuvieron un encuentro con la partida de Payaso en Guamá y Laguna Larga, haciéndola diez muertos y cogiendo tres armas.

La columna tuvo un oficial y dos soldados heridos.

Según informes que nos trasmitió el día 24 nuestro celoso corresponsal en la Habana, recibidos por conducto fidedigno, acerca del estado de la rebeldía en las orillas del Cauto, las partidas insurrectas que infestaban hasta hacía poco aquella región oriental, se habían retirado hácia el interior, y en seis leguas de extensión por ambas orillas del río, no se había encontrado un solo rebelde.

Debido á ello, la columna del coronel Tejeda pudo llegar sin novedad á Victoria de las Tunas. Esto no había sucedido desde que comenzó la rebelión.

En Las Villas, una partida de 500 hombres, al mando de los cabecillas Rego, Núñez y Bravo, atacó y quemó en la noche del 18 el ingenio de Cañamago, propiedad de Smith Fischer, que estaba moliendo y cuya zafra se calculaba en 20.000 sacos.

Custodiaban la finca 25 soldados del batallón de Cataluña y 18 movilizados, al mando del teniente don Juan Vicente Pau.

La defensa fué brillantísima, como lo demuestra el hecho de que al llegar en auxilio de los asediados el batallón de Antequera, enviado desde Trinidad, solo quedaban en uno de los fortines que rodeaban la finca tres cartuchos.

Gracias á esta defensa, los rebeldes no pudieron consumar su obra destructora.

Elogióse el bravo comportamiento del soldado Antonio Cruz Villegas, que mandaba el pequeño pelotón encargado de la defensa de uno de los fortines. Heridos todos ellos, menos uno, el valiente Villegas siguió resistiendo, á pesar de haber recibido una herida de bala explosiva.

Rodeado por los rebeldes el fortín, amenazaron con pegarle fuego si sus defensores no se rendían, pero el animoso Villegas se negó á entregarse.

Entonces varios *mambises* se acercaron al fuerte y lo rociaron con petróleo. Momentos después destacóse de entre ellos uno, armado de encendida tea para pegar fuego al reducto. Villegas dejóle acercarse y en el momento supremo de ir á aplicar la llama al muro rociado con el inflamable líquido, disparó contra él su fusil, haciéndole rodar por el suelo. Esto coincidió con el toque de retirada del enemigo, debiendo á esta circunstancia su salvación el valeroso soldado y sus compañeros.

Las fuerzas que acudieron desde Trinidad en auxilio del ingenio persiguieron en su huída á los rebeldes, dispersándolos y causándoles cuatro muertos, que recogieron.

El destacamento tuvo 14 muertos y varios heridos; las pérdidas materiales en el ingenio se calcularon en 200.000 pesos.

***

La columna del general Molina, formada por el batallón de María Cristina y movilizados, batió en las lomas Purgatorio (Matanzas) á la partida de Betancourt, causándole muchas bajas.

Las tropas recogieron el cadáver de un titulado comandante rebelde; las bajas de la columna fueron tres sodados muertos y 13 heridos, entre éstos el teniente don José Saavedra.

De Manzanillo, donde tenía establecido su cuartel general el general Pando, nos comunicaron el día 24 los siguientes informes:

A consecuencia de haber sido elegida aquella población como base de las operaciones que habían de emprenderse en Oriente, el general Pando consagraba su actividad á la organización de esta fase de la campaña, á cuyo efecto organizaba fuerzas y acumulaba provisiones, á fin de que no se demorase más tiempo la ofensiva.

De su plan de campaña formaba parte la construcción del ferrocarril de Cauto El Embarcadero á Bayamo; y de cumplirse las instrucciones que se habían dado para la realización de obra tan importante, estaría terminado el ferrocarril antes de la fecha señalada. Así se decía entre las personas afectas al cuartel general.

Las impresiones recogidas por nuestro comunicante respecto de otros aspectos de la situación, eran en extremo consoladoras, admitiéndose allí la posibilidad de que ocurrieran sucesos satisfactorios por la vacilación que se observaba en el enemigo, que habría de aumentar con la campaña activa que había de comenzar en cuanto estuvieran vencidas las grandes dificultadea que habían ofrecido el aprovisionamiento y demás servicios auxiliares de la campaña.

La salud del soldado había mejorado bastante, y la división del general Aldave, situada á orillas del río Cauto, solo había tenido 400 enfermos en los dos últimos meses.

***

Los informes de nuestros colaboradores y corresponsales en el teatro de la guerra confirmaban el propósito de los rebeldes, de atraer fuerzas hácia las provincias del Centro y Occidente de la isla, favoreciendo así á los insurrectos orientales.

Los diarios combates en Pinar del Río y Matanzas, el ataque y destrucción de un importante ingenio en Las Villas, evidenciaban esos propósitos, demostrando también que la *casi pacificación* era ficticia. Estos episodios, aunque desagradables, no impedían que todas las miradas se fijasen en Oriente, porque allí era donde estaba el núcleo de la insurrección, y para el término de la seca en aquella zona faltaban escasamente dos meses.

Los informes que nos trasmitieron desde Manzanillo y la impresión optimista de nuestro comunicante, tenían un sabor agradable y acusaban en las esferas oficiales de Cuba cierta confianza de próxima descomposición en las filas insurrectas.

Mas, como desde hacía tiempo venían circulando rumores que, por desgracia, no se confirmaron, no fuera discreto confiar demasiado en esas impresiones halagüeñas; las recogimos, sin embargo, como las hemos recogido siempre, con el vivo deseo de que tuvieran inmediata confirmación.

Desde Nueva York insistíase en desautorizar los pesimismos fundados en la inminencia de una ruptura de relaciones entre el gobierno de Washington y el de Madrid. A la fecha, y á pesar de los trabajos de los *jingoistas,* la situación continuaba inalterable, y el gobierno americano, preparándose sin duda para el porvenir, no quería suscitar ningún conflicto.

Inspirónos legítimo orgullo el noble proceder de nuestros marinos del *Vizcaya*: su bizarro comandante, desdeñando las mal encubiertas amenazas del filibusterismo, no quiso abandonar el puerto de Nueva York con sospechoso apresuramiento, dando ejemplo de serenidad y prudencia que le granjeó las simpatías y el respeto de las autoridades y elementos sensatos de Nueva York.

Los espíritus impresionables que en la noche del 24 pudieron creer que no transcurriría veinticuatro horas sin que se hubieran roto las

hostilidades entre España y los Estados Unidos, tan densa y tan cargada de pesimismos era la atmósfera que se respiraba en los círculos políticos y tan alarmantes los rumores que por la tarde circularon en la Bolsa, despertaron al día siguiente bajo más favorables impresiones y por parte alguna se descubría, aun buscando con prolijidad, el motivo cierto de la alarma.

***

En efecto: cualquiera que fuese la explicación dada á aquellas ráfagas de pesimismo que el día citado pasaron sobre nosotros, es indudable que en las relaciones de España con los Estados Unidos no se habría originado durante aquellos días ningún nuevo conflicto, ni siquiera ningún nuevo rozamiento.

La información sobre el asunto del *Maine* que se suponía contrario al interés español, no se había redactado todavía; el llamamiento de los oficiales de la marina norteamericana, se desmentía de la manera más categórica posible; y cuanto á los aprestos militares de que se venía hablando, en España con respecto á los Estados Unidos y en los Estados Unidos con respecto á España, resultó, bien averiguadas las cosas, que no había sino lo que ya conocíamos tiempo hacía: que allí se trabajaba en la medida propia de un pueblo rico y previsor y aquí tan desmayadamente como es costumbre de haciendas pobres y de gobernantes imprevisores.

Apreciando la situación con absoluta frialdad, hemos de consignar aquí nuestro convencimiento de que, á la fecha, no había á la vista ningún motivo de inmediata ruptura con la gran República federal. El asunto del *Maine* no daría lugar á reclamaciones ni querellas, por am-

biguo que fuera el informe de la comisión técnica; el *Vizcaya* había salido de Nueva York sin que los laborantes consiguieran sacar partido de su presencia en aquellas aguas, y Mr. Woodford continuaría aquí haciendo y recibiendo visitas de cortesía, dando y aceptando banquetes más ó menos expansivos, sin que sobreviniera incidente alguno que no pudiera ser orillado pronta y fácilmente.

Pero también estábamos convencidos de que subsistía la causa fundamental de conflicto entre ambos países y de que no tardaríamos en llegar á una situación que exigiría de nosotros soluciones definitivas, porque entonces no podríamos rehuír una de dos cosas: ó guerrear con los Estados Unidos ó ir de acuerdo con ellos á la liquidación del problema.

Para ese momento se preparaban allí trabajando con febril actividad en las fábricas y en los arsenales, mientras aquí aguardábamos cruzados de brazos.

Indudable era, además, que allí había un propósito definido, un objetivo trazado por la voluntad de todos los políticos americanos, en tanto que los nuestros ni siquiera se tomaban el cuidado de pensar lo que debería hacer España el día que fuera conminada á resolver la cuestión de Cuba.

***

El periódico radical *La Discusión* publicó el día 25 un *Manifiesto* firmado por el cabecilla Massó, presentado á indulto en Placetas.

En ese documento hacía Massó un llamamiento á sus antiguos camaradas de la manigua, para que reconocieran la legalidad vigente en Cuba.

«Reconocida la personalidad de la colonia—decía Massó—la guerra, más que contra España, resulta contra los mismos cubanos, porque con ella no sólo pierden la vida sino que se extingue la riqueza del país.»

Nuestros telegramas del 25 acusaron mayor actividad en las operaciones militares del departamento Oriental y un éxito conseguido por las tropas que dirigía y mandaba el general Jiménez Castellanos en la Najasa, antigua residencia del gobierno insurrecto.

El bizarro general penetró resueltamente por la Najasa y aunque el enemigo opuso seria resistencia, tuvo que abandonar en poder de nuestras tropas sus campamentos y los hospitales que tenía instalados en Santa Rufina, dejando en el campo varios muertos y retirándose con numerosas bajas.

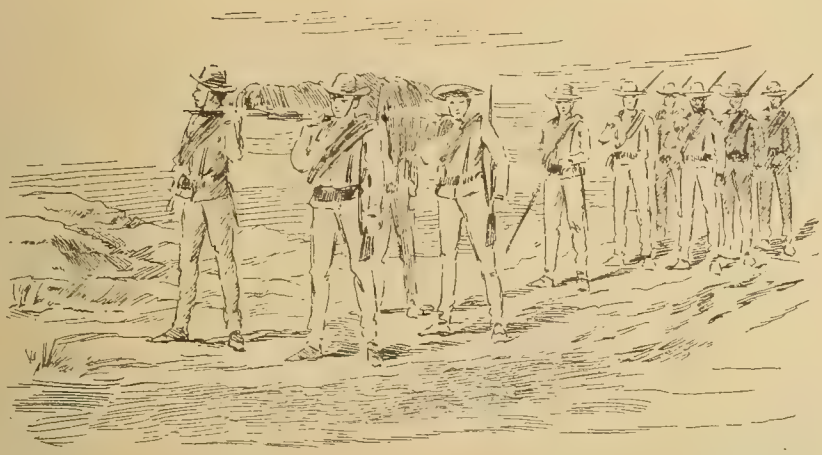
El titulado gobierno insurrecto parecía preocupado con el avance de nuestras tropas, y temeroso de represalias prohibió que se maltratase á los soldados prisioneros, teniendo en cuenta la conducta humanitaria de nuestro ejército hacia los rebeldes, y ordenó también que se respetase las propiedades de todos los pacíficos, mandando que se destruyeran sólo en el caso de que se aproximasen las tropas, para privar á éstos de alojamientos y provisiones.

Díjose que estos mandatos habían producido gran descontento en las filas rebeldes.

Al propio tiempo que en el Camagüey, se estaban organizando operaciones de importancia por las divisiones del ejército que operaban en las jurisdicciones de Santiago de Cuba, Holguín y Manzanillo.

La depreciación de los valores en las Bolsas americanas á consecuencia de los rumores de un probable rompimiento de hostilidades, indujo al presidente Mac-Kinley á contrarrestar la campaña alarmista de la prensa, enviando á Nueva York á Mr. Hanna, su confidente é inspirador desde hacía años.

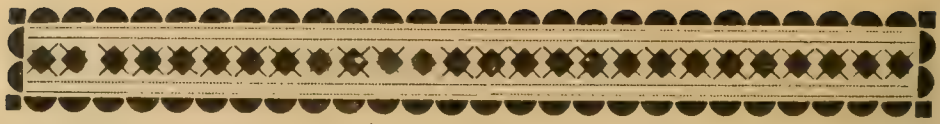
Por primera vez había llegado Mac Kinley á formular la amenaza de interponer su veto contra cualquier resolución premeditada de las Cámaras yankis, y á manifestar su deseo de dirigir por sí la política internacional, negándose á marchar á remolque de los jingos.



LA COLUMNA DEL GENERAL CASTELLANOS CONDUCIENDO LOS HERIDOS DESPUES DEL COMBATE DEL POTRERO «PERALEJOS»

Ahora bien; ¿esa actitud del presidente de la gran República, podía interpretarse como favorable á España?

No faltó entre la grey ministerial quien la interpretara en ese sentido; pero muy pronto los hechos vinieron á desvanecer esas esperanzas, y á evidenciar la hipocresía y falacia del huésped de la Casa Blanca.



CAPITULO XLIII

Las palabras y los hechos.—Nuestro Gobierno.—Remembranzas.—La opinión.—Las operaciones en el Camagüey.—Avance de la columna.—El enemigo batido y disperso.—El combate de San Andrés.—El heroico teniente señor Perojo.—En la Najasa.—Nuev combate en el potrero «Peralejos».—Las bajas del enemigo.—El parte oficial.—Elogios al general Jiménez Castellanos.—Movimiento de tropas.—Expectación.—La actividad de nuestras columnas.—Anuncio de operaciones.—Confusión.—Tregua.—Sin temor á complicaciones.

CIERTO era que Mr. Mac-Kinley reiteraba á la contínua protestas de amistad y de pacíficos propósitos; pero no era menos evidente, que distanciados los hechos de las palabras, en tanto que el presidente de la gran República nos brindaba afectos, aguzaba el puñal con que había de herirnos, y al mismo tiempo que se hablaba de soluciones de concordia, aprovechábanse hasta los Domingos, caso en los Estados Unidos inusitado, para activar el trabajo de los arsenales, y se llamaba con perentorio plazo á los marinos ausentes de los buques donde prestaban servicio.

¿Podíamos creer que quienes habían hecho cuanto había sido preciso para impedir la pacificación de Cuba, que los organizadores de expediciones y de socorros á los filibusteros, que los que habían comunicado aliento á la rebeldía con el envío de barcos, expresaran sinceramente sus opiniones y sus sentimientos hablando de paz y procediendo en guerra?

Los que tal pensaran eran descendientes directos de aquellos personajes de la corte de Carlos IV que, presumiendo de cultos y entendidos, aplaudían la entrada de las águilas napoleónicas en nuestras plazas fuertes.

A despecho de optimismos sin justificación posible, lo que aparecía con una claridad que sólo los ciegos dejaron de percibir, era que los Estados Unidos mantendrían la insurrección antillana hasta la época de las lluvias, y que llegado ese momento nos plantearían el problema de la independencia de la isla. Y aún cuando este segundo término no surgiera, que entendimos siempre que surgiría, y, en efecto, surgió, fuera bastante el prolongar la lucha en Cuba, cosa que á poca costa lograban los Estados de la Unión, para que España no pudiera proseguir en el camino que la empobrecía y aniquilaba.

Por consiguiente, ya fuera para afrontar el conflicto si se nos planteaba, ya para buscar una solución en la cuestión cubana si los Estados Unidos trataban, por los medios de que disponían y que con tan excelente resultado habían puesto en práctica, de hacer que la guerra no tuviera fin posible, era de absoluta precisión que se preparase España.

Todo menos que un día viéramos, sin medios de evitarlo, cómo los yanquis arrancaban de los muros y edificios de la Habana el escudo patrio: todo menos prolongar el estéril sacrificio de la sangre y del oro que nos restaba.

***

El Gobierno, lejos de entregarse á esa clase de reflexiones, y sin preocuparse lo más mínimo por los aprestos navales de los Estados Unidos, siguió de brazos cruzados mirando cómo los insurrectos se negaban á presentarse, cómo peleaban los autonomistas en la Habana,

cómo nos humillaban á diario los Estados Unidos y cómo morían sin la menor ventaja para la patria y sin la más pequeña esperanza de triunfo, los soldados españoles.

Seguramente no creyeron llegado aún el momento de prepararnos para conseguir que la gran República se echara á un lado y nos dejara terminar la guerra, asunto brevísimo el día en que los rebeldes se hubiesen visto sin la asistencia norteamericana, ó de aceptar el encuentro, donde hubiera hallado honrosa solución esa campaña que nos desangraba sin honor y sin provecho.

No quisieron mirar estos términos del problema, y con su ceguedad y apatía, no queremos creer otra cosa, satisfacieron indirectamente los deseos de los Estados Unidos, que querían vernos arruinados y exánimes, para lograr, sin aventurarse en riesgo ninguno, la independencia de la isla.

Consintiendo nuestros avisados gobernantes en que siguiera ejecutándose el plan de la gran República, y tolerando con su pasividad la agonía de la nación, nos arrastraron al desastre y al sacrificio estéril de miles de españoles.

Y, sin embargo, para que hubiera llamado la atención del país y del Gobierno, la política seguida por los Estados Unidos en la cuestión de Cuba, y sobre los gravísimos problemas que esta cuestión encerraba, no hubiera tenido que hacer más que razonar, no le hubiera sido preciso sino discurrir, no sobre las palabras, sino sobre los hechos. De estos no podía ignorar, ni podía ser negado ninguno.

La serie de reclamaciones y de actos de malevolencia llevados á efecto por el gobierno de Washington para deprimir nuestro prestigio en Cuba, ó para hacer á los separatistas confiar en un conflicto de los Estados Unidos con España, patentizada fué por todos los periódicos del mundo. Nadie la inventó.

***

La reclamación contra el crucero *Conde de Venadito* en la cuestión del vapor *Alliance*, costó el mando al comandante español, y dió á entender á los insurrectos que las expediciones filibusteras tenían poco que temer de los barcos españoles. El asunto de la *Competitor* vino más tarde á confirmar esa seguridad.

La indemnización Mora, cuyo pago fué pedido cuando España tenía más necesidad de sus recursos pecuniarios para atender á los gastos de la guerra; la demandada explicación por la conferencia del señor Concas en la Sociedad geográfica; la desconfianza mostrada y la injuriosa intervención admitida en averiguación de la muerte del dentista Ruíz; la petición de indulto para el cabecilla Sanguily con caracteres de imposición más que de ruego; los incidentes promovidos por la expulsión de periodistas corresponsales, calumniadores y espías á la vez; las notas diplomáticas, cuyo contenido, por su gravedad sin duda, ha quedado ignorado; el párrafo último de la parte dedicada al estado de Cuba en el mensaje de Mac Kinley; el envío de la escuadra norteamericana á las proximidades de la grande Antilla en los momentos en que se iniciaba la contrarrevolución en Cuba; los incidentes motivados por una carta del señor Dupuy de Lome, hasta las sospechas ofensivas tocantes á la causa de la voladura del *Maine*, ¿no fueron hechos de la más exacta y rigurosa realidad?

¿Fueron suposiciones de la opinión pesimista el fenómeno singular de la coincidencia de proposiciones amenazadoras para España, presentadas en las Cámaras de los Estados Unidos, cada vez que nuestra nación hacía un esfuerzo vigoroso y enviaba á muchos millares de sus hijos para sostener su soberanía en Cuba?

¿Fueron ilusiones de la fantasía popular que en los dos últimos años, esto es, en 1896 y 1897, trabajando día y noche en los astilleros de Norte América triples brigadas de obreros, fueron terminados y alistados para el servicio los acorazados de combate *Yowa* de 11.500 toneladas, *Massachusets*, *Indiana* y *Oregón* de 10.200, *Tejas* de 6.500 y los cruceros *Brooklyn*, *Maine* y otros varios, los mejores que tiene aquella República?

***

Ahora bien: ¿no había en todo lo expuesto, rigurosamente exacto, facil de comprobar á toda hora, motivos de fundado recelo? ¿Existía en ello causa bastante para pedir previsión y preparativos al gobierno español, ó para echarse á dormir tranquilamente? ¿Quién cumplió mejor entre nosotros su deber de ciudadano y patriota, el que observó y señaló todo esto y pidió al Gobierno que no dejara á España inerme y en completa indefensión, ó el que asegurara que debíase confiar en las palabras y no tomar medida alguna porque fuera inútil?

Y no hay que preguntar si el poder público de una nación se halla obligado á fijarse en los hechos, ahondar en su sentido y proceder en consecuencia, ó á fiarse de palabras vanas y de conductas arteras. En esto precisamente están para nuestro Gobierno las más tremendas de las responsabilidades.

Seguros estamos de que la semilla sembrada por la prensa diaria de Madrid y provincias en la opinión germinó, así como que la mayoría de los españoles, desinteresados de los motivos que influyen decisivamente en el mundo de la política y de los negocios, tenían ya en aquella fecha criterio análogo al nuestro.

***

Nos comunicaron de la Habana el día 1.° de Marzo interesantísimos detalles de las operaciones realizadas en el Camagüey, bajo la personal dirección del general Jiménez Castellanos.

El día 18 salió de Puerto Príncipe el bizarro general al frente de una columna formada por 12 compañías correspondientes á los batallones primeros de Tarragona, Cádiz y Puerto Rico, 400 caballos del regimiento de Hernán Cortés, una compañía de ingenieros, dos piezas de artillería y una compañía de transportes y guerrillas. En junto 2800 hombres.

El objetivo de la operación era castigar duramente al enemigo situado en fuertes posiciones sobre el camino real de Cuba y desalojarle de los campamentos atrincherados que ocupaba en los montes de la Najasa.

Avanzó á primera hora del día 18 la vanguardia de la columna hacia Vista Hermosa, caserío perteneciente al término municipal de Puerto Príncipe, y á las once de la mañana, detrás de una cerca del caserío, rompió el fuego el enemigo contra los exploradores de la columna. Contestaron los nuestros briosamente, y los insurrectos huyeron para emplazarse en posiciones ventajosas.

El enemigo, parapetado en las lomas de la Hinojosa, se dispuso á oponer tenaz resistencia, que fué vencida por nuestras tropas, después de una hora de combate.

Los rebeldes, viendo el empuje de nuestros soldados y el ímpetu con que eran arrollados, se decidieron á desalojar las posiciones que ocupaban, y se retiraron á las lomas de Santa Inés, donde esperaron situados detrás de un arroyo de difícil paso, por encontrarse en parte muy espesa de la manigua.

La columna volvió á batirles, obligando nuevamente á los *mambises* á abandonar aquel punto estratégico.

Al huir por segunda vez, y para evitar ó entorpecer los efectos de la persecución, el enemigo incendió un extenso potrero, con cuya maniobra lograron su objeto.

Cuando los rebeldes quemaron el potrero estaban las tropas ya cerca de ellos.

La noche del 18 acampó la columna en las posiciones enemigas, y el general ordenó avances combinados que se emprendieron en las primeras horas del siguiente día.

Hubo también en ese día nuevos combates y nuevas batidas en la Caridad, en el Pilón y en San Andrés, siendo de ellos el más importante el sostenido en este último punto por una sección de la guerrilla montada del batallón de Cádiz con la caballería *mambí*.

Mandaba la referida sección el teniente don Emilio Perojo, que al penetrar en medio del núcleo enemigo vióse envuelto y rodeado por un grupo de jinetes insurrectos, de cuya fiera embestida se defendió con gran bravura hasta pagar con la vida su arrojo, no sin hacerla pagar cara á sus enemigos, dejando á cuatro fuera de combate.

Algunos guerrilleros pudieron retirarse; otros se defendieron en Cayo Monte hasta la llegada de la infantería.

El día 20, después de vencer las grandes dificultades que ofrecía el terreno, llegó la columna á Las Vueltas, siguiendo el 21 á Cuatro Caminos y Ciego de Najasa, donde se hallaban los principales núcleos de las fuerzas rebeldes.

Ya en terreno de la Najasa se dirigió la columna á vadear el pequeño río de Las Vueltas, situado en el término municipal de Morón, bajo el fuego de algunas parejas insurrectas.

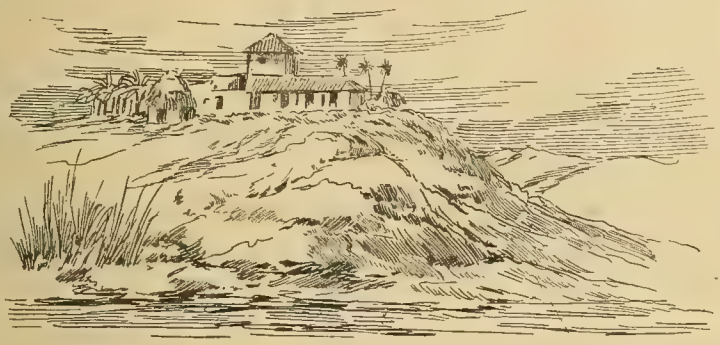
El día 21 continuaron las operaciones, llegando ya á las faldas del monte Ciego Najasa, donde dos compañías hicieron fuego sin descanso, causando un verdadero desconcierto al enemigo.

Esto permitió avanzar á nuestras tropas, haciendo que los rebeldes se retiraran al otro lado del río.

En el paso del Managuabo se emplazaron los cañones y con el efecto que sus disparos causaron en las masas enemigas se pudo tomar dicho paso, tenazmente defendido por los rebeldes.

La noche impidió completar la persecución del enemigo.

El día 22 continuaron las operaciones por los montes de Managuaco, en cuyo punto encontró la columna una fuerte emboscada que fué advertida por la vanguardia.



LA LOMA «PUENTES GRANDES» (Habana)

Al atacar el grueso de las fuerzas enemigas, fueron rechazadas y dispersas con fuego de fusilería y artillería.

Enterado el general de que las partidas insurrectas se habían concentrado y reunido en el potrero llamado de Peralejos, calculándose el número de *mambises* en 3.000, apresuróse á marchar á su encuentro.

Distribuidas convenientemente las fuerzas de que se componía la columna, rompió el fuego el batallón de Puerto Rico, y tan certeros fueron sus disparos y tan valiente la acometida de sus bravos soldados, que el enemigo se declaró al punto en fuga, emprendiendo la retirada en todas direcciones.

Las piezas de artillería contribuyeron á precipitar la dispersión de las fuerzas insurrectas, pues sus proyectiles alcanzaban á más de 3.000 metros.

Las bajas del enemigo calculóse que debieron ser considerables.

Nuestras tropas encontraron abandonados en el campo los cadáveres de 87 insurrectos y 34 caballos, con sus monturas, y varios armamentos que perdieron también en el combate los rebeldes y que quedaron en poder de la columna.

Informes que podemos dar por exactos dijeron que los rebeldes tuvieron 181 bajas, entre los cuales figuraban algunos cabecillas muertos y otros heridos; entre los primeros se hallaban Recio y Rodríguez y otros oficiales.

La columna tuvo ocho muertos, entre ellos el bizarro oficial señor Perojo, y dos desaparecidos: los heridos ascendieron á 73 de tropa y tres oficiales, entre éstos el teniente de Puerto Rico don Joaquin Castrices y el capitán del mismo cuerpo don Manuel Díaz.

En el encuentro se dispararon 33 granadas y 65.295 tiros de fusilería.

Propuso en el parte oficial del combate el general Castellanos que se honrase la memoria del bravo oficial señor Perojo y se concediera el ascenso á un sargento y un cabo que se portaron heroicamente. Además fueron pensionados ocho guerrilleros que se sostuvieron peleando hasta el momento en que llegaron las fuerzas de auxilio.

El general en jefe recomendó en su despacho oficial al ministro de la Guerra, el mérito contraído por el bizarro é inteligente general Jiménez Castellanos y tropas á sus órdenes, en tan brillantes operaciones.

Se elogió mucho la actividad del general Castellanos y se esperaba que á principios de la próxima semana comenzaran las operaciones en grande escala en el departamento oriental.

Para Manzanillo habían salido ya de la Habana los bizarros generales Bernal y Marina, á cuya división quedarían encomendados los primeros ataques.

La expectación que despertaba esta nueva fase de la campaña era extraordinaria.

***

La noticia de la brillante victoria alcanzada por nuestras tropas, al mando del general Jiménez Castellanos, sobre las huestes del *generalísimo* de los *mambises*, acusó gran actividad militar en los departamentos central y oriental de la isla.

En el Camagüey era indispensable castigar al enemigo. El ilustre general que allí mandaba en jefe nuestras fuerzas en operaciones hizo cuanto pudo, dada la carencia de elementos y de tropas para tomar la ofensiva. Que la insurrección tenía en el Príncipe elementos muy poderosos, lo reveló el hecho de que 2.500 soldados tuvieron que batirse con número superior de rebeldes.

En la Najasa habían organizado los rebeldes primero su gobierno, y después campamentos militares de cierta importancia; desalojarlos de aquellas posiciones era ya apremiante.

Como siempre, nuestros soldados obtuvieron la victoria, aunque á costa de muy sensibles bajas, realizándose actos heróicos, como el que enaltece la memoria del bizarro Percejo.

Los generales y coroneles que, según nos había indicado días antes nuestro corresponsal en la Habana, iban á mandar la división de vanguardia de Oriente, encontrábanse operando en otras provincias, y habían salido el día 28 de la Habana para Manzanillo, á donde llegarían á fines de semana, para comenzar las operaciones en los primeros días de la próxima. Eran todos ellos jefes de gran prestigio y experiencia militar, valerosos y activos, y seguramente no habían de perder momento, porque como las lluvias en la provincia de Santiago de Cuba

comienzan antes que en el resto de la isla, sólo podían disponer de unos cuarenta días de seca.

Comprendimos la espectación que el anuncio de esas operaciones —(desde hacía dos meses esperadas)—despertó en Cuba. Aquí también todos ansiábamos que no comenzase la mala estación sin haber obtenido antes resultados importantes y favorables para la pacificación de la isla.

Lo que lograran en Cuba nuestras armas había de influir de un modo casi decisivo en la actitud de los *yankees*. Desde Octubre del año anterior veníase uno y otro día diciendo que á fines de Abril se iniciaría un período muy crítico del problema cubano y que hasta esta fecha solo eran de esperar las molestias que nos ocasionaran discursos de senadores *jingos* y patrañas de periódicos filibusteros.

Los telegramas de los Estados Unidos producían gran confusión, no sólo en nosotros, sino en la prensa europea que, á la sazón, consagraba á los asuntos de Cuba una atención privilegiada. Algo podía influir en anticipar los acontecimientos la campaña electoral que se preparaba en los Estados Unidos.

El gobierno norteamericano no quería la guerra. Esperaría algún tiempo para conocer el resultado de la acción política y militar de Cuba, y los mismos periódicos populares empezaban á confesar que la ingerencia del presidente en el problema cubano no se manifestaría hasta el mes de Abril, dándole entónces un carácter diplomático, en los términos anunciados por el Mensaje presidencial de Diciembre.

Era evidente, como dijeron importantes diarios extranjeros, que el Gobierno español había disuelto las Cortes convencido de que no había temor á complicaciones graves de carácter internacional.

CAPITULO XLIV

El crucero *Vizcaya* en la Habana.—Manifestación patriótica.—Entusiasmo de los peninsulares.—La acción de nuestras armas en Oriente.—Movimiento de columnas.—Operaciones ofensivas.—Encuentros y combates.—La expedición del general Pando.—Más combates.—Importantes operaciones en la sierra Maestra.—Las columnas Vara del Rey y Arteaga.—Muerte del cabecilla Vidal Ducassi.—A Oriente.—Nueva organización de las fuerzas de operaciones en el departamento Oriental.—Llegada al puerto de la Habana del crucero *Oquendo*.—Cariñoso recibimiento.—Entusiasmo y satisfacción.

ONDA emoción produjo en la Península el relato de la entusiasta acogida que la población de la Habana dispensó al hermoso crucero de nuestra marina de guerra *Vizcaya*, á su llegada á aquel puerto antillano, á la caída de la tarde del 1.° de Marzo.

Los que en la Habana residían y tenían el pensamiento puesto en España, nuestros verdaderos hermanos, los que conservaban el corazón enteramente español, los que mantenían á duras penas los restos de la soberanía que nos quedaba y sufrían el doloroso efecto de aquella lucha cruenta y tenaz, los que sentían el pecho rebosante de indignación por la insolencia de un cónsul que reclamaba todos los días y trataba de humillarnos á todas horas, los que ante la impertinente y provocadora llegada del *Maine* viéronse obligados, por consejos del patriotismo y de la prudencia, á reprimir su enojo, fueron los que al presenciar la magestuosa entrada del *Vizcaya* prorrumpieron en entusiásticas aclamaciones á Es-

paña desde los muelles y las azoteas, fueron los que, tripulando vaporcitos y barquichuelos, rodearon amorosamente al arrullo de los aires nacionales el casco del crucero que para ellos representaba á su querida España.

En la misma Habana habría seguramente algunos, que sólo el nombre tenían de españoles, que en aquellos instantes de patrio entusiasmo vieran con pesar cómo avanzaba por la angosta barra de la bahía la hermosa mole de hierro tripulada por voluntades de acero, que, después de haber anclado en Nueva York, llevaba á la capital antillana una ráfaga de aire español que con tan evidente ansia respiraban los abatidos hermanos nuestros.

¡Ah! Si hubieran sabido qué cosa es previsión nuestros gobiernos, cuán fácilmente hubiéramos podido despejar con frecuencia la malsana atmósfera que contra la patria se formara en la Habana, diciendo los laborantes que no teníamos ni un solo barco que oponer á los buques norteamericanos; y qué tarea tan honrosa y agradable habría sido para nuestros marinos el conseguir que de las islas Tortugas zarparan, y no á paso de tortuga, las naves que bloqueaban á Cuba, alentaban la rebeldía y mantenían el espíritu en las filas enemigas de España.

Y si á la previsión que en aquellas fechas cabía tener, hubiéranse unido la energía y la actividad, cómo hubieran podido mejorarse, quizá, los males que afligen, han arruinado y aniquilan á la nación.

***

«No he presenciado,—nos dijo nuestro corresponsal en la Habana—desde que estoy en la capital de la gran Antilla española, mayor y más ruidosa explosión del entusiasmo público, que la efectuada al aparecer, ya de noche, el crucero español *Vizcaya* en este puerto.

«Sin incurrir en exageraciones, puede afirmarse que la Habana entera estaba en los muelles y apiñábase en todos los sitios desde los cuales podía presenciarse la entrada en bahía del buque de guerra».

A las cinco de la tarde anunciaba el vigía del Morro que el acorazado *Vizcaya* estaba á la vista del puerto.

Cumpliendo lo prevenido se dispararon algunos chupinazos para hacer saber á la ciudad que iba á entrar en puerto ese hermoso barco de nuestra Armada, é inmediatamente viéronse llenos los muelles de una inmensa muchedumbre.

La bahía, aun siendo muy grande, parecía chica para contener remolcadores, vaporcitos, lanchas, botes y toda clase de embarcaciones menores.

En pocos momentos cubriéronse los balcones y las calles con colgaduras y banderas de los colores nacionales, las azoteas se llenaron de mujeres hermosas, y al sitio de preferencia acudieron numerosas comisiones oficiales y particulares, para recibir y saludar al comandante y oficiales del *Vizcaya*.

Al aparecer éste avanzando majestuosamente por el canal, una inmensa aclamación salió de la muchedumbre, y los vivas á España se sucedieron sin interrupción durante todo el tiempo empleado en la maniobra, hasta que fondeó el buque.

La dotación del *Vizcaya*, parte en las vergas y los demás formados sobre cubierta, contestaba á aquellas demostraciones de cariño y de entusiasmo agitando las gorras.

El *Vizcaya* echó anclas en medio de la bahía y, á poco de dar fondo, tres de sus proyectores eléctricos dirigían sus focos hacia la ciudad, iluminando la Habana entera.

***

El entusiasmo de los peninsulares llegó á extremos de verdadero delirio. Apenas fondeado el buque, centenares de vaporcitos, remolcadores, lanchas y botes se dirigieron á los costados del *Vizcaya* llevando varias músicas que tocaban aires populares españoles.

Alrededor del *Vizcaya*, la manifestación de cariño fué realmente grandiosa. Los vivas á España, á la Marina y al ejército no se interrumpían un solo instante, y eran las diez de la noche, y aun continuaban los manifestantes junto al acorazado dando inequívoca prueba de su cariño á la madre patria.

La visita del *Vizcaya*, aparte otras consideraciones que no hay necesidad de recordar, fué muy conveniente, porque nuestros enemigos no creían que España tuviese aquellos poderosos medios de guerra en los mares.

Entre los mismos españoles que vivían en Cuba y que tan poco conocían nuestros modernos buques de combate, se notó visible reacción de los espíritus, un tanto abatidos en aquellos últimos tiempos.

La entrada del acorazado *Vizcaya* en el puerto de la Habana revistió todos los caracteres de un suceso extraordinariamente entusiasta.

Imposible describir la gran manifestación popular que acudió á los muelles acompañada de varias músicas y dando estruendosos vivas á España, que formaba imponente contraste con los disparos y salvas de las baterías del Morro.

En esos testimonios de entusiasmo y de regocijo público, quiso compendiar la opinion de allá sus simpatías por nuestra Marina de guerra y sus deseos por ver suficientemente garantida nuestra soberanía en aquella isla.

***

Empezaba á sentirse en Oriente la acción de nuestras armas contra los rebeldes, que desde hacía tiempo venían disfrutando en toda aquella parte de la isla la mayor impunidad.

El día 1.º de Marzo comenzaron á recibirse noticias relativas al movimiento de columnas en el departamento oriental, donde ya se había empezado á operar en ofensiva.

La que mandaba el general Ballesteros realizó una operación en la

DESCUBIERTA EN LA TROCHA

jurisdicción de Holguín contra fuertes núcleos enemigos, á los que batió en Santo Domingo, haciéndoles cuatro muertos, que dejaron en el campo, destruyendo campamentos y cogiendo armas y caballos.

Tuvo la columna 14 heridos de tropa y al comandante don José Rivero, ayudante del general, y al capitán de infantería don Fernando Colombo, heridos también de alguna gravedad.

Los batallones de Aragón, Sicilia é infantería de Marina, en operaciones del 3 al 4 por Seboruco, Junco, Corojal y Aceras, destruyeron campamentos y recursos, recogiendo reses, caballos y armas.

Las tropas tuvieron un muerto, y heridos el médico don Federico Torrecilla, el teniente de infantería de marina don Angel Sánchez y 10 de tropa.

El general Vara del Rey, al frente de tres columnas, en combinación con la del coronel López Ortega, después de cuatro días de operaciones y combates frecuentes, logró conquistar fuertes posiciones en Sierra Maestra, desalojando de ellas al enemigo, que, al huír, abandonó siete muertos, armas, municiones y gran cantidad de recursos.

Las columnas, en esos combates, sólo tuvieron un muerto y ocho heridos, entre los cuales estaba el capitán ayudante del segundo batallón de Cuba, don Francisco López.

En Caimán se hicieron al enemigo 22 muertos, teniendo nuestras tropas nueve heridos y tres contusos.

El general Pando regresó á Manzanillo después de una ausencia de dos días.

La expedición del general-jefe del Estado Mayor tuvo por objeto inspeccionar la organización de los servicios preparatorios de las próximas operaciones.

Noticioso de que un convoy de provisiones había varado en la boca del Cauto, fué allá el general Pando con una compañía de pontoneros, logrando hacer cesar muy luego la interrupción de ese servicio.

Enterado después de que un vapor de la casa Menéndez había varado también cerca de la barra, acudió en su auxilio organizando el trasbordo de los pasajeros y del batallón de Mallorca que conducía á Manzanillo desde la Habana.

El general mostrábase muy animado y con grandes confianzas en la próxima campaña ofensiva. Varias columnas habían salido ya á posesionarse de puntos estratégicos y se esperaba de un momento á otro un encuentro formal con los rebeldes.

***

Continuaban llegando á Manzanillo tropas destinadas á reforzar aquel cuerpo de ejército para las operaciones próximas.

El día 2 se tuvo noticia de que la columna que mandaba el teniente coronel señor Chacel tuvo un encuentro con el enemigo entre Holguín y Baire, desalojando á los insurrectos de sus posiciones y causándoles numerosas bajas.

Encargado de instalar una torre heliográfica en Loma Piedra el teniente de ingenieros señor Bernal, hallábase consagrado á sus trabajos, apoyado por un destacamento de 25 hombres, cuando fué atacado por el enemigo, al que rechazó victoriosamente, obligándole á retirarse con bastantes bajas.

El teniente Bernal logró poner término á su cometido, sin más pérdidas que haber resultado herido un soldado telegrafista.

Fuerzas de voluntarios movilizados de Castelvi y Santiago de Cuba atacaron á una partida de cien rebeldes, á los que dispersaron y causaron 22 bajas.

Fueron muy importantes las operaciones realizadas por las columnas en combinación del general Vara del Rey y coronel López Arteaga, formadas por el regimiento de Cuba y tres compañías del de Puerto Rico, en la parte Nordeste de Santiago de Cuba y estribaciones de Sierra Maestra.

Divididas esas fuerzas en pequeñas fracciones, operaron durante cuatro días, practicando importantes reconocimientos en toda aquella zona y penetrando luego la columna en las primeras estribaciones de la Sierra Maestra, donde se suponía que tenían los insurrectos importantes núcleos, hospitales y abundantes almacenes.

El enemigo había protegido las proximidades de su campamento con muchas trincheras y colocando bombas de dinamita en los caminos por donde podían avanzar los soldados; pero, á pesar de estas precauciones defensivas, fueron desalojados de sus trincheras los rebeldes, ocupando las tropas el campamento, efectos de todas clases y considerable cantidad de víveres, y destruyendo muchos bohíos.

Los insurrectos abandonaron todas sus posiciones y el campamento, huyendo desconcertados al ver que se aproximaba la columna.

***

La operación se verificó en la parte de la Sierra Maestra más próxima á Guisa, que era el punto más avanzado que poseíamos allí.

El enemigo había sido dueño absoluto de la Maestra desde los comienzos de la campaña. En Julio ó Agosto del 95 penetró una columna nuestra hasta Mantecas, partiendo de Guisa, y desde entonces no habían vuelto á molestarle en aquel seguro asilos las tropas. A favor de esta impunidad, que en dos años y medio fué completa, pudo vivir allí á sus anchas.

No menos tranquilo estuvo todo ese tiempo en las jurisdicciones de Guantánamo, Baracoa, Mayarí, etc.; pudiendo calcularse que la zona en que gozó de la más completa impunidad en todo ese tiempo, aventaja considerablemente en extensión á las tres provincias vascongadas y Navarra, teatro de la guerra civil del Norte.

Por eso fué de la mayor importancia que las columnas á la sazón organizadas operasen en aquellas zonas, destruyendo recursos é interrumpiendo al fin la plácida calma de los insurrectos, tan profunda, que, como ya en otra ocasión, tenían haciendas en cultivo, en las que trabajaban como esclavos nuestros soldados prisioneros.

Ya era, pues, hora de que se castigase á aquella gente ensoberbecida y de que se la diesen pruebas palpables de que no estaba España agotada ni habían muerto del vómito y del paludismo todos nuestros soldados, como para animar á las masas decían sus jefes á diario.

Nos comunicaron de la Habana, el día 3, que el corresponsal que el diario *La Lucha* tenía en Candelaria (Pinar del Río), había telegrafiado á su periódico afirmando que, cuando los rebeldes se retiraron del combate que la columna del coronel Balbás sostuvo en las lomas del Mulo con las partidas de Perico Díaz y Mayía Rodríguez, fué herido el célebre cabecilla Vidal Ducassí, de tal gravedad, que falleció á las pocas horas, siendo enterrado en el campamento que las partidas tenían formado en las estribaciones de las lomas referidas.

La noticia fué confirmada al día siguiente por diferentes conductos, dándose cuenta á la vez de haberse presentado el titulado comandante rebelde Longino y el cabecilla Héctor, prácticos en la provincia de la Habana, acompañados de un titulado capitán.

En la madrugada del 4 salieron de Batabanó con dirección á Oriente, el batallón de infantería de Castilla y 150 movilizados destinados á reforzar aquel cuerpo de ejército y á operar en el río Cauto.

De un momento á otro iban á emprenderse con toda energía en aquel departamento las operaciones en gran escala, partiendo de la costa y avanzando hacia el interior. El ejército de Oriente que las había de emprender, había recibido nueva organización, componiéndose de dos divisiones ligeras y otra denominada de Bayamo, que tendría su base de operaciones en este importante punto.

El mando de esas tres divisiones había sido confiado á los generales Bernal, Aldave y March, y los jefes de las brigadas eran los generales González y Marina y los coroneles Tejeda y Fuentes.

En la mañana del 5 llegó al puerto de la Habana el acorazado *Oquendo*, designado por el Gobierno para formar parte de la escuadra de Cuba.

Apenas fué señalado por la bandera del vigía del Morro, un público inmenso llenó los muelles, ansioso de saludar á los que iban á prestarle apoyo y á defender sus vidas y haciendas.

Al doblar el crucero por la Punta, la muchedumbre que estaba en el malecón prorrumpió en aplausos, que repitió la gente que se hallaba en el pescante, prolongándose por el muelle de caballería hasta la Machina.

Desde la fortaleza de la Cabaña y Casa Blanca se vitoreó al *Oquendo*, y el inmenso público que llenaba las embarcaciones, hizo una verdadera ovación á nuestro buque de guerra.

El cuadro que ofrecía la bahía era indescriptible.

Apenas fondeó, á alguna distancia de su hermano el *Vizcaya*, acudieron á bordo comisiones oficiales y de corporaciones particulares para dar la bienvenida á la tripulación.

La ciudad estaba engalanada, y el recibimiento que el pueblo le tributó fué tan entusiasta y cariñoso como el que días antes hiciera al *Vizcaya*.

La presencia de esos dos acorazados en la bahía de la Habana, donde había otros barcos de guerra extranjeros, produjo gran entusiasmo y alentó el ánimo algún tanto decaído de los peninsulares, ante el temor de que la Madre patria les abandonara, en el caso de una extraña intervención.

CAPITULO XLV

Actividad de nuestras columnas.—Importantes operaciones contra Máximo Gómez y sus huestes.—La división Salcedo.—Encuentro y derrota del *generalísimo*.—Act va persecución de su partida.—Nuevas batidas.—Dispersión de las partidas.—En Oriente —La columna del coronel Tejeda.—Ataque y toma del campamento «El Chino».—Huída de los *mambises*.—Avance de nuestras tropas.—Varios y victoriosos encuentros y combates. Impresiones.—Colisión entre rebeldes.—Muerte de los cabecillas Cayito Alvarez y Vicente Núñez.—Las columnas Linares y Vara del Rey.—Operaciones sobre la costa Sur de la provincia oriental.—Nueva batida y derrota del *generalísimo*.—Encuentro y derrota de la partida de Bermúdez.—Rudo combate en Pinar del Río.—Sensibles bajas de la columna.—Nuevas presentaciones.—Muerte del cabecilla Antonio Núñez.

EXCEPCIONAL importancia revistieron, no sólo porque revelaron en las operaciones una actividad hacía tiempo anunciada y deseada por el Gobierno y el país, sino porque fueron realizadas contra Máximo Gómez, de quien hacía muchas semanas no se hablaba ni una palabra, y á quien creíase, á juzgar por las últimas noticias que de él se publicaron, á Oriente de la trocha central, es decir, en el Camagüey ó en Santiago de Cuba, las operaciones llevadas á cabo por la división Salcedo en jurisdicción de Sancti Spíritus, en los últimos días de Febrero y primeros de Marzo, contra las huestes del *generalísimo*.

A la vez que el general Pando tomaba la ofensiva desde Sierra Maestra, en el departamento Oriental, contra los fuertes núcleos rebeldes que allí dirigían Calixto García, Rabí, Cebreco, Torres, Miró, Pe-

riquito y otros, columnas de la división del general Salcedo, que mandaba las fuerzas que estaban sobre la trocha, encontraron á las partidas que dirigía Gómez en la jurisdicción de Sancti Spíritus, desde hacía más de un año.

Emprendido un movimiento general por las fuerzas de la división Salcedo, el regimiento de caballería del Príncipe, que mandaba el coronel Cortijo, encontró el día 27 de Febrero en Trilladeritas (Sancti Spíritus), á una partida enemiga, á la que batió y puso en fuga, sin encontrar gran resistencia, causándola tres muertos, que dejó el enemigo abandonados en el campo.

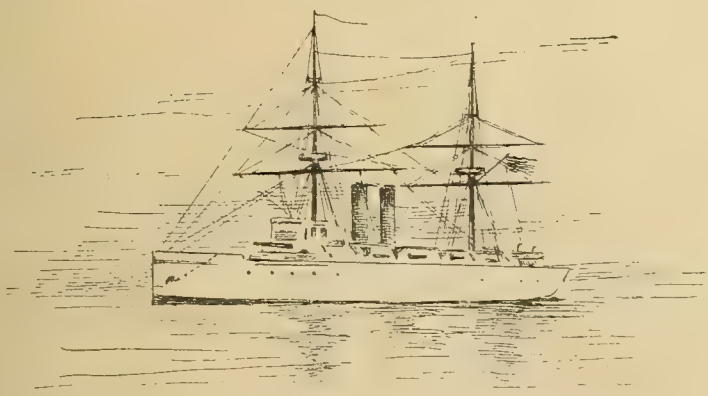
CRUCERO «MARQUÉS DE LA ENSENADA»

La columna emprendió su persecución, dándola alcance al otro día en Guanabo, donde la volvió á batir, y persiguiéndola hasta Majaguas. Desde este punto se dirigió hacia el interior de la manigua, encontrando en la «Loma Partida» á Máximo Gómez, á quien batió y derrotó, después de una hora de combate, con brillantes cargas de caballería, apoderándose de su campamento, en el que pernoctó.

El *generalísimo* Gómez y sus huestes, en su huída, fueron á dar con el batallon de Reus, que los batió de nuevo el día 19 de Marzo en Los Hoyos, rechazándoles sobre la columna Cortijo, que los volvió á ba-

tir, siendo cogido entre las dos columnas, que le castigaron duramente, haciéndole gran número de bajas y poniéndole en precipitada fuga y dispersión, abandonando en el campo 16 muertos y 22 caballos con monturas.

No había logrado aún reponerse el jefe dominicano, cuando en su huída tropezó con la columna del batallón de Garellano, al mando del teniente coronel Costa, con la que vióse obligado á trabar combate en Pozo Azul, siendo desalojado de las posiciones que ocupaba y perse-



CRUCERO NORTEAMERICANO «BOSTON»

guido hasta Lujirones, donde se dispersó en varios grupos que huyeron diseminados hacia Majagua, Pelayo y Soto Viejo, perseguidos siempre por nuestras fuerzas, abandonando nueve muertos, uno titulado teniente, armamentos, machetes, caballos con monturas, tres acémilas con víveres y documentación.

Las columnas tuvieron en los primeros combates diez heridos, entre los cuales figuraba el capitán de artillería señor Planas, y en el último cuatro muertos y seis heridos de tropa.

La operación con tanta fortuna combinada produjo como resulta-

do, además del quebranto en las partidas que capitaneaba Máximo Gómez personalmente, por haber perdido el reposo de que disfrutaban, la presentación del titulado coronel Francisco Rodríguez.

Las fuerzas del coronel Cortijo volvieron á batir á los grupos dispersos de la partida en Manicaragua, San Fernando y Melones.

El teniente coronel Locasau, en Río Zaza, hizo al enemigo cinco muertos y dos prisioneros, destruyendo prefectura.

***

Continuando las operaciones emprendidas en la zona de Manzanillo (Cuba), donde había llegado ya la división ligera del general Bernal, una de las columnas que operaba por Sierra Maestra, la que mandaba el bizarro coronel Tejeda, realizó un ataque combinado al campamento enemigo llamado «El Chino», que dió por resultado la toma y destrucción de esta formidable posición enemiga.

Hábilmente dispuso el coronel Tejeda que los batallones de León, Las Navas y América, que formaban la columna de su mando, convergieran á atacar las formidables posiciones atrincheradas que tenían por base el campamento enemigo de «El Chino».

El batallón de León, saliendo de Vigía, atacó por retaguardia, encontrando en su marcha trincheras en una extensión de dos kilómetros, construídas á prueba de artillería y defendidas por fuerzas insurrectas, á las cuales desalojó de sus posiciones, siendo el primero que penetró en el campamento.

El batallón de Mérida atacó por el flanco derecho, y el de las Navas cubrió el camino de Puerto Portillo, cortando la retirada al enemigo. Este, cuyas fuerzas eran considerables y estaban mandadas por los cabecillas Ríos y Lora, reforzadas con las de la partida de Rabí, se sor-

prendió al verse cercado y envuelto por las tropas, y huyó, tras corta resistencia, dejando en poder de nuestros soldados nueve muertos, seis prisioneros y armamentos.

Cortada la retirada por Puerto Portillo, el enemigo tuvo que internarse en la Sierra, con dirección al Este. Persiguiéronle nuestras tropas dándole alcance y arrojándole de las nuevas posiciones donde se había hecho fuerte.

La operación, que duró dos días, y en la que jugó muy principal papel la artillería que preparó y apoyó el ataque desde Río Sabanilla, fué coronada por el más lisonjero éxito, merced á la pericia de los jefes y á la bravura de las tropas, dando por resultado el que cayeran en poder nuestro gran número de herramientas de carpintería y armería, con fragua, numerosos bohíos, grandes cuarteles y hospitales y gran cantidad de provisiones y pertrechos de guerra.

Fraccionados, huyeron los *mambises* por los barrancos, internándose en las fragosidades de Sierra Maestra.

Súpose, por las manifestaciones de los prisioneros y de los confidentes, que el enemigo retiró más de cien bajas.

Las de la columna fueron pocas con relación á la importancia de las operaciones y al resultado obtenido: dos soldados muertos y 15 heridos, y un teniente herido de alguna gravedad.

***

Seguía el avance de nuestras tropas hacia el Oriente de Cuba, habiendo batido al enemigo en diez sitios á la vez, desde Santiago hasta el cabo Cruz.

El coronel Chacel, operando en las sierras próximas á Jiguaní, sostuvo constantes encuentros, librados en diferentes sitios.

También tuvieron varios encuentros con el enemigo los batallones de Mallorca, Barcelona, Isabel la Católica y Vizcaya, en los cuales se le hicieron algunas bajas, sin que tuvieran novedad nuestras columnas.

El día 7 regresó á Manzanillo, de su expedición al interior, el batallón de Extremadura, que había salido el día 1.° de Media Luna y, realizando una brillante marcha, había llegado el 3 á Purial Bocas y Calderes, sitios no visitados por nuestro ejército desde el comienzo de la guerra.

Sostuvo la columna fuertes tiroteos con grupos rebeldes, en los que tuvo dos muertos y ocho heridos, que lo fueron por balas explosivas.

El día 8 llegó la columna Otero, con tres heridos.

Ambas columnas, después de siete días de operaciones, sólo dejaron en los hospitales de Manzanillo cinco enfermos.

Convenientemente racionadas, las dos salieron el día 10 á continuar las operaciones.

Las impresiones recogidas por nuestros informantes en los diversos puntos visitados de aquella zona, eran que en el campo vivían, aparte de la gente armada, muchas familias, con sobra de elementos para su alimentación, pero teniendo gran escasez de vestidos, y que entre los insurrectos se ejercía gran vigilancia para evitar las presentaciones.

Consecuencia de esa vigilancia en todo el campo insurrecto fué la colisión entre rebeldes ocurrida en La Esperanza (Las Villas).

Desde hacía algunos días que estaba concertada con el comandante general señor Aguirre, la presentación de los cabecillas Cayito Alvarez y Vicente Núñez, con las fuerzas á sus órdenes; presentación que debía verificarse el día 13 en el poblado La Esperanza, entronque de la línea férrea de Cienfuegos con la general llamada de Cárdenas y Ruano, que va á Santa Clara.

En la mañana de ese día salió de la capital para La Esperanza un

capitán de artilleria, ayudante del general Aguirre, con objeto de dirigirse al campamento rebelde de dichos cabecillas, acompañado de un vecino y del alcalde del pueblo.

En la misma mañana estuvo en la finca «Lugo», donde debían reconcentrarse los que iban á someterse á la legalidad vigente en la isla, la esposa de Cayito Alvarez, regresando á las dos horas á La Esperanza diciendo que ya se encontraban todos en la finca esperando la llegada del emisario del general y del alcalde, quienes debían acompañarles á Santa Clara á hacer su presentación ante el comandante general de Las Villas.

En este intermedio llegó á la finca, al frente de una fuerte partida insurrecta, el cabecilla Roberto Bermúdez, quien apresó á los citados Cayito y Núñez y al titulado comandante González que los acompañaba, y sin pérdida de momento los mandó fusilar por la espalda, abandonando los cadáveres y retirándose hacia Ranchuelo y Lajas.

Cuando llegaron, poco después, á la finca los emisarios de la paz, escoltados por una guerrilla de Ranchuelo, encontraron los cadáveres de los desgraciados Alvarez, Núñez y Espinosa, que los guerrilleros recogieron y trasladaron á Santa Clara.

Roberto Bermúdez era uno de los cabecillas más sanguinarios y feroces de la rebelión separatista: era de los que *guindaban* con alambre porque el cáñamo se pudre pronto.

Se supuso que á Bermúdez, como á Alberto Rodríguez cuando lo del infortunado Ruiz, hubo alguien que le dió aviso de los propósitos de sus camaradas, y llegó á tiempo de asesinar á los que él, sin duda, calificaría de traidores. Por fortuna, no habían llegado todavía á la finla «Lugo» el ayudante del general Aguirre y el alcalde de La Esperanza, quienes, merced á esa circunstancia se libraron indudablemente de correr suerte parecida á la del malogrado Ruiz.

***

De mucho más efecto hubiera sido la presentación de los dos cabecillas con su fuerza ante el general Aguirre; pero hubo de producirle grande el hecho de la colisión entre los que esperaban en «Lugo» la hora de abandonar el campo de la rebelión y reconocer la legalidad, y los fanáticos que aun resistían por el régimen de terror impuesto por Máximo Gómez.

Cayito Alvarez, muerto por los que fueron sus camaradas en la manigua, no era un cabecilla adocenado, sino un jefe de la insurrección de Las Villas, que había conquistado gran relieve en el campo enemigo.

Cayito y Rego eran los que después de muerto Serafín Sánchez, seguían en importancia en Las Villas á Sancho Carrillo, y por esto tuvo interés la resolución de someterte á la legalidad y presentarse á las autoridades españolas.

Algo análogo acontecía con Vicente Núñez, pariente muy cercano del famoso Núñez á quien la Junta revolucionaria de Nueva York tenía confiada la misión de organizar las expediciones filibusteras.

Trataban de realizar la presentación en La Esperanza, á pocos kilómetros de Santa Clara y cerca del sitio donde horas antes los rebeldes habían hecho volar una alcantarilla con dinamita.

La colisión que produjo la muerte de dichos cabecillas, reveló la profunda división que entre ellos existía y la gran desconfianza y recelo que minaba la vida en los campamentos del enemigo.

Con estos sucesos habrían de vigilarse incesantemente los unos á los otros; y si á esto se agregaba una persecución activa, pudieran lograrse en Las Villas resultados muy inmediatos.

La noticia produjo un buen efecto en las esferas oficiales, pues im-

portaba mucho que en aquellos momentos llegaran noticias de esa naturaleza.

***

Con gran actividad seguían las operaciones de guerra en el departamento oriental.

Dos columnas combinadas, á las órdenes de los generales Linares y Vara del Rey, salieron el 7 de Palma Solano, la primera por El Tiempo, Sempú y Dos Palmas, y la segunda por Aguacate, Cambate y Santa María, con objeto de coincidir el 9 sobre Solís, campamento central de la titulada brigada enemiga de Cambate, donde resistieron al abrigo de fuertes atrincheramientos, que les fueron tomados con gran bizarría por nuestros valientes soldados, causándoles tres muertos, que dejaron en el campo, haciéndoles un prisionero y ocupando efectos, caballos, municiones, botiquines, correspondencia, otros efectos de guerra, ganado y abundantes recursos de toda especie.

El día 10 practicaron extensos reconocimientos en todas direcciones, sin novedad; y el 11 volvieron á dividirse las dos columnas, pernoctando la de Vara del Rey en Hongolosongo, después de destruir el campamento enemigo de Josefina, tras ligera resistencia de los *mambises* que lo ocupaban y defendían, pernoctando á su vez las fuerzas del general Linares en Esperanza, después de arrollar á pequeñas partidas que trataron de disputarle el paso.

El 12, fraccionada la fuerza en cuatro columnas, practicó extensos reconocimientos hasta San Juan de Wilson, los Cayos y Turú, defendido éste por cinco trincheras, que abandonó el enemigo, pernoctando Linares en el Cobre y Vara del Rey en San Luís, para dar descanso á las tropas, después de haber limpiado de enemigos toda aquella zona.

Las pérdidas de nuestras columnas en los cinco días de operaciones fueron dos muertos y 14 heridos de tropa.

El día 10 salió de Manzanillo á operar por las estribaciones de la Sierra Maestra, que costean la parte Sur de la provincia oriental, desde el Cabo Cruz á Santiago, una columna dirigida por el coronel Guelpe y formada con fuerzas de la de Otero y batallón de Extremadura y Mallorca, guerrillas de Niquero y artillería, auxiliada por el vapor *Reina de los Angeles.*

Con hábiles maniobras y rudos combates en que fué necesario hacer fuego de cañón contra abruptas posiciones rebeldes, nuestras tropas arrollaron sucesivamente al enemigo, que las abandonó desalentado y batido, dejando en su huída un muerto, varios heridos, armas, municiones, efectos, documentos y 11 prisioneros en poder de la columna vencedora.

Presentáronse expontámeamente á las tropas numerosas familias, que se acogieron á poblado acompañados de nuestras fuerzas.

Al continuar las operaciones, siguieron también muchas é importantes presentaciones de rebeldes.

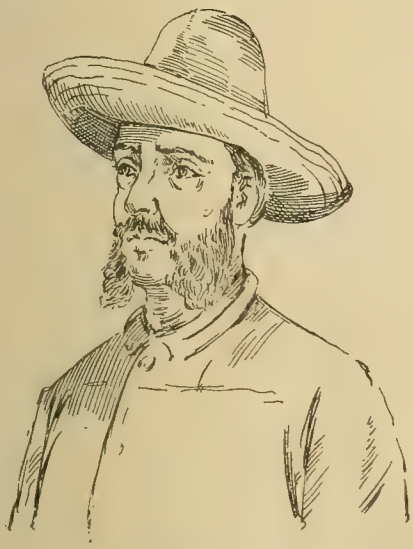
La columna tuvo tres muertos, 12 heridos de tropa y algunos caballos muertos y heridos: las bajas del enemigo fueron incalculables y quedaron ignoradas por haberlas retirado en su huída hacia el interior de la Sierra.

La operación llevada tan felizmente á cabo por las valientes tropas de la columna, con la eficaz ayuda de las tripulacioness del *Conde de Venadito* y del *Reina de los Angeles*, dejó quebrantada la insurrección en toda la extensa comarca comprendida entre el río Camarones, Vicaría y Cabo Cruz, donde el enemigo se creía inexpugnable, facilitando á la vez el emprender nuevas y decisivas operaciones, que ya habían empezado en el resto de la Sierra y márgenes de los ríos Cauto y Contramaestre.

La división ligera del general Bernal salió á operaciones el día 14 sobre Baire y Cantirado.

***

Una columna, compuesta del escuadrón de Camajuaní, el batallón de Arapiles y una sección de artillería, encontró y batió el día 12 en Majagua á las partidas de Máximo Gómez y José Miguel Gómez, que sumarían unos 500 hombres, 200 infantes y 300 caballos, causándoles bajas de consideración y dispersándolos.



CABECILLA RECIO

La columna tuvo tres muertos de Camajuaní; heridos graves, el capitán don Sebastián Coca y seis soldados, y leves, el teniente señor Martinez y siete de tropa.

En Santa Clara, los batallones de Soria, Galicia y guardia civil, tuvieron un serio encuentro el día 15, en Vizcaino, con la gruesa partida que mató á Cayito Alvarez y á Núñez, mandada por Roberto Bermúdez, á la que batieron y dispersaron, causándola diez muertos, que recogieron en el campo de la acción, y cogiendo catorce caballos, con monturas, y armamentos.

Nuestras fuerzas tuvieron dos muertos, y heridos un oficial y cinco de tropa.

El día 18, entre Polo Norte y Puchana, el batallón de Luchana y escuadrón de Treviño batieron á una partida insurrecta que huyó, abandonando 15 muertos.

Las tropas tuvieron dos muertos, y heridos el capitán don Ramón Allende y ocho soldados.

En la provincia de Pinar del Río, el general Hernández de Velasco con el batallón de Baleares, una compañía de San Quintín y un escuadrón de Villaviciosa, sostuvo un rudo combate contra las partidas reconcentradas de aquella región, á las que batió y rechazó tras sangrienta y épica lucha y merced al indomable valor é incontrastable empuje de nuestros soldados, á causa de la desigualdad numérica de sus fuerzas, dejando el enemigo quince muertos, y retirando, al amparo de espesos maniguales, muchos heridos.

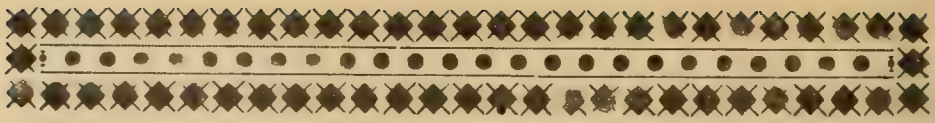
La columna tuvo considerables y sensibles bajas, resultando muerto el capitán don Antonio Epígarez Lara y dos soldados, y 13 heridos pertenecientes al batallón de Baleares, entre los cuales estaban los tenientes don Egidio Matorejo y don Angel Luque.

El día 21 se presentaron al general Molina, en Jaguey Grande, límite de la provincia de Matanzas y jurisdicción de Cienfuegos, acogiéndose á la legalidad, el titulado teniente coronel del *ejército libertador* de Cuba Benito Socorro, con la partida que mandaba, compuesta de dos oficiales y 72 hombres, de ellos 43 con armas, y muchas familias. La partida entregó sus armas en la plaza, á presencia de las tropas y del vecindario, dando entusiastas vivas á España, á Cuba española y á la autonomía.

Según telegrama que publicó el *Diario de la Marina* en su editorial del día 24, se dió por seguro y suficientemente averiguado, que el titulado general insurrecto Antonio Núñez (hermano del Vicente que murió con Cayito Alvarez á manos del feroz y sanguinario Bermúdez), había aparecido ahorcado cerca del poblado de Santo Domingo, afir-

mándose que el autor de la hazaña había sido el mismo Bermúdez, á consecuencia de haber tenido conocimiento de que intentaba presentarse y someterse á la legalidad.

No obstante esos salvajes procedimientos de terror para contener las deserciones en el campo insurrecto, por parte de los fanáticos é intransigentes enemigos de España, se anunciaban nuevas é importantes presentaciones en las provincias occidentales.



CAPITULO XLVI

Plan de operaciones en el Camagüey.—Operación combinada.—Encuentros y combates.—Batida de los insurrectos.—Impresiones.—Vientos de guerra.—Los propósitos de los yankis.—Nueva organización de nuestro ejército en operaciones.—La campaña en Oriente.—Reconcentración de los rebeldes.—Operación combinada.—Encuentros y combates.—Toma y destrucción de campamentos.—Derrota de los insurrectos.—Reconocimientos y batida de los rebeldes.—La columna del general Bernal.—Ataque á un convoy.—Rudo combate y derrota de los insurrectos.—Nuevo encuentro y dispersión de los rebeldes.—La obra del soldado.

El plan de operaciones en la extensa y casi despoblada provincia de Puerto Príncipe, tenía como base combinar las fuerzas que desde la trocha central invadían aquel territorio, con las que mandaba el general Jiménez Castellanos, comandante general del Camagüey.

El día 15 salió de Manzanillo el general Pando á inspeccionar la trocha del Júcaro á Morón y organizar las columnas de operaciones en el Camagüey, saliendo á operaciones en la madrugada del 18, hacia San Nicolás y alrededores.

Las fuerzas que operaban en la parte occidental de la trocha, entre las cuales figuraban los batallones de Garellano, Murcia, Chiclana, Llerena, Arapiles, regimiento de caballería del Príncipe, dos escuadrones de voluntarios movilizados de Camajuaní, una batería del quinto regimiento montado y otras secciones de voluntarios y guerrilleros montados, formaron tres columnas bajo la dirección de los generales

Pando, Salcedo y Ruíz, y los coroneles Cortijo, Ramírez, Poblaciones y Martín Sesma.

La marcha fué de relativa dificultad, pues tuvieron que sostener ligeros pero contínuos tiroteos con los flancos del enemigo, llegando el 19, sin más novedad, á Santa Isabel, donde se dió descanso á las tropas y se estableció el campamento.

Al día siguiente continuaron la marcha sin incidente digno de mención, y á la caída de la tarde acamparon en el monte, saliendo los batallones á practicar reconocimientos en distintas direcciones, hostilizados siempre por un enemigo invisible, que causó un muerto y tres heridos á las fuerzas del batallón de Chiclana.

Continuó la marcha en dirección de San Juan, y poco después de salir del campamento, vióse atacada la vanguardia de la columna por un grupo enemigo de unos cien hombres, emboscados en los Guanales y Chumenda, con el que sostuvo nutrido fuego. Este combate de vanguardia, que terminó con la huída del enemigo, dió por resultado que éste dejara abandonados en el campo ocho muertos, teniendo nuestras tropas al teniente de Arapiles, señor Cuesta, y un soldado, heridos graves.

Con otros pequeños tiroteos llegaron nuestras fuerzas á San Juan, donde el enemigo esperaba á la columna.

Allí se entabló un combate que parecía iba á ser duro por las ventajosas posiciones que ocupaban las fuerzas rebeldes; pero fué tomado San Juan sin gran resistencia. Tenía importancia este poblado, porque en él vivían tranquilamente los insurrectos desde que Máximo Gómez invadió el Camagüey, y en él habían montado industrias auxiliares de la guerra y establecido depósitos de ganado y un hospital.

La columna ocupó muchos efectos, 200 reses vacunas, 20 caballos y muchas medicinas.

***

El día 21 continuaron nuestras fuerzas operando en dirección de Santo Domingo y Vertientes, á donde llegaron el mismo día y acamparon.

Durante las marchas se encontraron muchos bohíos que, al ser reconocidos por los guerrilleros, vióse que habían sido abandonados por los insurrectos al enterarse de la aproximación de las tropas.

Según referencias de las varias familias que se acogieron al amparo de las columnas, y manifestaciones de algunos presentados y prisioneros, estaban en el campo insurrecto por temor á los vejámenes de que podían ser objeto de parte de los rebeldes.

Dijeron, además, que desde que estallara la guerra, era aquella la primera vez que pasaban tropas por aquellos campos.

La impresión que se sacó de esas operaciones y reconocimientos, fué la de que vivían pacificamente en toda aquella zona muchas familias de rebeldes, contando con grandes recursos, siembras y ganados.

Calculóse que había en aquellas zonas más de cien mil reses, que principalmente se hallaban en la costa Sur de la provincia.

Los rebeldes armados no eran muchos, y los que mejor montados y armados estaban, eran los dedicados á servicios especiales de comisiones, avisos, confrontas y auxilio de las prefecturas.

El espíritu de nuestras tropas era excelente; los soldados iban animadísimos; los ranchos, como había carne en abundancia, eran buenos, y, á pesar de las marchas largas y penosas, sólo hubo una baja por enfermo en las columnas.

De las impresiones recogidas por nuestro informante en el cuartel general, deducíase que el propósito del general Pando era impedir que se confirmasen los rumores que circulaban con insistencia sobre propó-

sitos de nueva invasión en Oriente. De ser éstos ciertos, las operaciones realizadas como base del plan general, habían desconcertado al enemigo.

El general Pando, conforme deseaba, logró establecer contacto con las fuerzas que mandaba el general Jiménez Castellanos.

La combinación con la división Castellanos se realizó con fortuna, coincidiendo en Vertientes ambas fuerzas, donde oportunamente llegaron embarcaciones con raciones, protegidas por el cañonero *Contramaestre*.

***

Seguían las malas impresiones respecto de la actitud y preparativos militares de los Estados Unidos: la Bolsa, ese barómetro de la política, continuaba pronunciándose por la baja: los periódicos mostrábanse intranquilos: los ministros aparecían preocupados y ponían en circulación frases equívocas. Decididamente no eran de paz los vientos.

Y no eran de paz los vientos, porque la República norteamericana era Eolo: resoplaban fuerte el gobierno, los individuos del Parlamento, los agitadores de la prensa, los agiotistas de la banca. Por último, desataban el vendabal de todas las pasiones ruborosamente contenidas durante tres años, los marinos encargados de informar á Mac Kinley sobre la catástrofe del *Maine*.

Pero, ¿era eso la guerra? Desde luego podía esperarse todo de un pueblo completamente extraño á todo procedimiento regular en las relaciones internacionales. La *sans façon* anglosajona, la falta de escrúpulos característica de la raza y de su condición aventurera y comercial, autorizaba cualquier sospecha. El Norte-América es el pueblo de Lynch, y sus hombres de Estado habían consentido como la cosa más natural

del mundo las salvajadas de Nueva Orleans, sin creer que por ellas mereciera la humanidad un desagravio, ni Italia, atropellada y ofendida, una reparacion honrosa.

De una tan burda novela como la del *Maine* fueran muy capaces los norteamericanos de sacar conclusiones efectivas en contra de España.

Ese episodio del *Maine* no nos pareció definitivo: ese acuerdo del *Maine* era un jalón más; sólo un jalón. Los Estados Unidos habían intentado provocarnos en todas las formas, de manera que la agresión fuera imputable á nuestro quijotismo. Pero cuando Don Quijote no resultaba en sus alocamientos sino con la firmeza y serenidad de sus grandes horas de cordura, los *yankees* se callaban y se ponían á intentar nuevas artes de discordia.

VOLUNTARIO MOVILIZADO DE COLOR

Primero los indemnizaciones; después las proposiciones favorables á la beligerancia; luego la excursión del *Laurada* á Valencia; en todo momento la ayuda resuelta en armamentos y municiones á la insurrección; más tarde el conflicto Dupuy de Lome, planteado gracias á los más reprobados métodos de espionaje y á la vulneración del secreto de la correspondencia privada; muy luego la visita del *Maine* y el ajetreo de otros buques como fantasmas amenazadores, y últimamente la campaña de Mr. Lee y Miss Clara Barton á propósito de los reconcentrados...

¿No estaba en todo eso visible una astucia incansable y un propósito deliberado y evidente que buscaba nuestro cansancio ó nuestra

desesperación, pero siguiendo el juego del nadador que á vueltas con las olas quería guardar la ropa?

Quedaba aún un claro, un buen claro al Gobierno americano para agarrarse con fuerza: la protección á los reconcentrados, elevándola á descarada y humillante intervención, por medio de Lee.

Cuando á los Estados Unidos conviniera dar la última vuelta á los tornillos, no tendría más que valerse de ese medio, en mal hora proporcionado por la torpeza de uno de nuestros generales, ya exacerbando nuestra paciencia, ya fundamentando en el humanitarismo su intervención en Cuba.

¿Qué interés podían tener los *yankees* en aplazar las espansiones de su ódio ó de sus ambiciones?

Ganar tiempo: todavía no consideraban, á la fecha, bastante el empleado para la organización de su marina y de su ejército.

Cuando considerasen las cosas en sazón sacudirían el árbol...

He ahí lo que nuestros gobernantes debieran haber tenido presente desde que se iniciara el conflicto y se traslucieran claramente los propósitos y las intenciones de nuestro arteros enemigos.

Y el Gobierno debiera haber medido mejor las consecuencias de nuestra pasividad.

Y si al fin y al cabo habíamos de apelar al quijotismo, haberlo hecho antes de que nos tomasen mano y vez los yangüeses.

***

Para activar en lo posible las operaciones militares y unificarlas, se organizaron tres nuevos cuerpos de ejército. Uno de ellos operaría en el Camagüey, á las órdenes del general Salcedo; el segundo se destinó á Las Villas, y á su frente se puso el general Aguirre, y el tercero fué encargado de perseguir activamente las fuerzas rebeldes que queda-

ban en Occidente, operando al efecto por las provincias de Matanzas, la Habana y Pinar del Río, bajo la dirección del general González Parrado.

En tres zonas militares quedó dividida la Sierra Maestra, para los efectos de las operaciones emprendidas en el departamento Oriental.

Comprendía la primera desde Cabo Cruz hasta los nacimientos del río Yara; la segunda desde éstos á los del río Contramaestre, y la tercera, desde los últimos á la bahía del referido Cabo Cruz.

Las operaciones allí realizadas en la primera decena de Febrero, y que dejamos reseñadas en precedentes capítulos, quedaron completamente determinadas, y de ellas se desprende que el general Linares, al regresar de Holguín debió ir á establecerse con sus fuerzas á Palma Soriano, desde cuyo punto emprendió las operaciones ya mencionadas en combinación con el general Vara del Rey sobre la Sierra Maestra.

En el telegrama oficial del día 17 aparecía una columna dedicada á limpiar de insurrectos la orilla izquierda del Cauto y terrenos al Sur de la misma, en la parte comprendida entre el Guamo y la desembocadura del río Contramaestre, afluente de la izquierda de aquél; comarcas regadas por los ríos Bayamo y Cautillo, y en la que radican los importantes poblados de Cauto Embarcadero, Bayamo, Jiguaní, Guisa y Baire, teniendo además este trozo del río Cauto los pasos precisos y constantemente usados por las partidas que iban de las jurisdicciones de Cuba y Manzanillo á la de Holguín.

En la zona comprendida entre el Río Bayamo y el río Yara y próximo á las estribaciones de la Sierra Maestra, estaba operando el general Ochoa sobre Veguitas y Bueicito, extendiéndose probablemente estas operaciones al Horno, el Datil, Peralejo, Jucaibama, Barrancas y Yara.

El regimiento de Isabel la Católica operaba en combinación con las fuerzas de la división ligera del general Bernal, y parece ser que antes de dirigirse sobre la parte central de Sierra Maestra abarcaría en sus operaciones todo el territorio asignado á las columnas de que se componía dicha división.

La media brigada Ruiz cubría el camino de Bayamo á Cauto Embarcadero, por Mangas y Punta Gorda, línea importantísima para la comunicación de Manzanillo á Bayamo por el río Cauto.

***

Habiendo recibido el general Luque confidencias positivas de que las partidas de las zonas de Holguín y Victoria de las Tunas, en cuya jurisdicción mandaba en jefe, habíanse reconcentrado en grueso número en los montes de Chaparra, cerca de Puerto Padre, decidió emprender una operación combinada contra el enemigo, y, al efecto, ordenó desde la línea de Holguín y Gibara que salieran tres columnas en combinación, al mando respectivamente del general Nario, del coronel Moreno y del comandante Provenza.

Esas columnas debían converger en los montes de Chaparra, yendo las fuerzas del general Nario por Velasco, las del coronel Moreno por San Andrés y las del comandante Provenza por la Resbalosa.

El general Luque, que debía concurrir también á esa importante operación, se embarcó en Jibara con dirección á Puerto Padre, en donde organizó una columna compuesta de 850 hombres de la segunda brigada de dicha jurisdicción, é inmediatamente se puso en marcha al frente de estas fuerzas por el camino de Santo Domingo hacia Chaparra.

Las primeras fuerzas que entraron en fuego fueron las de la columna del coronel Moreno, que sostuvieron rudo combate el día 8, en las lomas de Juan Sáez.

Durante la refriega explotaron tres bombas de dinamita colocadas por el enemigo para contener el avance de las tropas.

El general Nario, marchando en la dirección indicada en la orden general, oyó el vivo fuego de fusilería y cañón que sostenía la columna Morero, y, precipitando la marcha, acudió sus sus fuerzas en su auxilio.

Advertidas las fuertes partidas por sus exploradores de la llegada de otra columna, abandonaron sus posiciones y se replegaron precipitadamente hacia los mencionados montes de Chaparra.

Las tres primeras columnas acamparon, manteniendo contacto entre sí, en la noche del 8 á tres leguas del campamento enemigo.

***

Por la noche del mismo día 8 pusiéronse de nuevo en movimiento, y al amanecer del 9 rompieron fuego contra los rebeldes, que hicieron gran resistencia, obligando á generalizar el combate, en el que se peleó duro por ambas partes.

Al fin, fué tomado el campamento enemigo, huyendo éste desmoralizado y cayendo en la fuga sobre la columna Carrillo, formada por fuerzas de las que mandaba el general Luque.

Las partidas no ofrecieron en este encuentro resistencia alguna, y se dispersaron á la desbandada.

Continuaron las columnas operando y practicando extensos reconocimientos, y el día 12 dieron con campamentos fuertemente atrincherados y establecidos en San Juan y el Semillero, á los cuales atacaron con gran brío y bizarría.

Avanzó la artillería hasta 200 metros y fueron cogidos los hilos colocados para hacer estallar las bombas de dinamita de que tenían sembrado el campamento, apoderándose las tropas de dos cajas con explosivos.

Al día siguiente atacaron las tropas otro campamento enemigo establecido en Laguna Grande, que los rebeldes abandonaron precipitadamente, sin aceptar combate.

Después continuaron los reconocimientos hasta el día 16, en que las columnas regresaron á Puerto Padre.

La operación duró ocho días, y á pesar de la tenaz resistencia que ofreció el enemigo, fué desalojado sucesivamente de todas sus posiciones, tras reñidos combates y hábiles movimientos de las columnas, que maniobraron combinadas hasta derrotarle y dispersarle completamente, tomándole sus campamentos de San Juan, Semillero y Laguna Grande, dos poblados con grandes siembras, ganado, 17 trapiches en que fabricaba azúcar, armas, municiones, bombas de dinamita, de las cuales estallaron varias al paso de las tropas en los distintos ataques, hilos conductores y tres cajas con explosivos.

Además se le causaron 48 muertos y 150 heridos, debidos en gran parte al certero fuego de nuestra artillería, que fueron recogidos por nuestras tropas. Estas tuvieron que lamentar las siguientes bajas: el capitán de Vergara, don Ramón Toro, y nueve de tropa, muertos; heridos graves el capitán de la guerrilla de San Andrés, señor Honell, el teniente del regimiento de Asturias, señor Tudela y 58 soldados, y levemente los comandantes señores Camarero y Molina.

Los cabecillas que formaron la concentración de las partidas batidas fueron Menocal, Echevarría, Estrada, Cornelio Rojas y Perico González.

Las columnas del general Nario y jefes señores Moreno y Provenza, formaban un total de 1400 infantes, 200 caballos y cuatro piezas de artillería.

***

La columna que mandaba el coronel Gelpí regresó el 24 desde San Jerónimo á Vertientes, después de verificar extensos reconocimientos en aquella zona con fuerzas de infantería y caballería, batiendo algunas partidas que se le opusieron en defensa de rancherías, sorprendidas por la presencia de tropas en aquellos lugares, donde ocupó mucho gana-

do y recursos de todo género, haciendo al enemigo cinco muertos y nueve prisioneros, cogiendo muchos caballos, armas, una prefectura, una tenería, considerables abastecimientos de todo género y grandes salinas.

El general Bernal, al frente de las fuerzas de su mando, salió el 13 de Jiguaní, llegando el 17 á Arroyo Blanco, después de sostener combates diarios con grupos rebeldes.

Durante su marcha reconoció Baire, Cantilado, Los Negros y Mogote, hasta Cruces, tomando posiciones al enemigo que se defendió en Baire y Cantilado en número de 400 hombres de la partida de Calixto García, mandados por los cabecillas Lora y Cebreco.

Los insurrectos fueron desalojados de sus posiciones y dispersos, destruyéndoles grandes vegas de tabaco, campamentos, prefecturas y *estancias* donde las tropas recogieron víveres en abundancia.

En Cruces batió la retaguardia de la columna al enemigo disperso.

En Cantilado dejaron 32 caballos y 10 muertos.

La columna tuvo tres muertos, 23 heridos y seis contusos de tropa.

Sabedor el general Luque el día 25 que el enemigo, fuertemente atrincherado, trataba de impedir el paso de un convoy á San Agustín, ordenó que dos columnas, en total 1.100 infantes, 70 caballos y dos piezas de artillería, al mando del teniente coronel de infantería de Marina, señor Carrillo, marchasen una á vanguardia y otra de escolta desde Manacón á San Agustín.

Llegado el convoy al punto donde esperaba conveniente y ventajosamente posicionado el enemigo, trabóse combate, que fué rudo y duró todo el día, destruyéndoles multitud de trincheras defendidas con bombas de dinamita.

Las guerrillas montadas cargaron brillantemente sobre el enemigo, que arrojado de todas sus posiciones huyó á la desbandada, dejando en el campo 28 muertos, armas y efectos.

El convoy llegó intacto á su destino.

Al evacuar heridos de la enfermería de San Andrés, trató el enemigo de disputar el paso á la columna, trabándose un nuevo combate el 26 en Aguarrás Martillo, que tuvo por resultado la completa batida y dispersión de las fuerzas insurrectas, á las que se les causaron 12 muertos más, todos con arma blanca.

Las bajas de las columna en los dos combates fueron: ocho muertos y 44 heridos de tropa.

Se supuso que en ambas acciones las partidas rebeldes iban mandadas y fueron dirigidas por Calixto García, que huyendo de las columnas que lo batieron en Oriente, pasó á Holguín con el grueso de sus fuerzas.

***

La noticia de las brillantes operaciones realizadas por nuestro valeroso ejército en campaña en el Camagüey y departamento Oriental, y los sucesivos y victoriosos combates sostenidos con las huestes del *generalísimo* Gómez y su lugarteniente Calixto García, produjeron en el público un efecto digno de ser analizado.

Al entusiasmo que inspiraban las constantes proezas del soldado, se unía la indignación contra el gobierno de los Estados Unidos, que pareciendo desentenderse de los esfuerzos de España por la paz, pedía que en plazo perentorio terminase una guerra que él mismo propagaba y sostenía.

El Camagüey recuperado; la navegación del Cauto recobrada; el Oriente dominado y recorrido por nuestras columnas, que al mismo tiempo operaban en las Tunas, en Bayamo, en Manzanillo, en Sierra Maestra, en Puerto Padre y en la Sierra del Cobre, eran pruebas pal-

marias de que el ejército de Cuba no descansaba un punto, de que los rebeldes no podían oponerle resistencia, y de que sólo una insigne mala fé podía encontrar en el proceder de España motivo para otra cosa que para la simpatía.

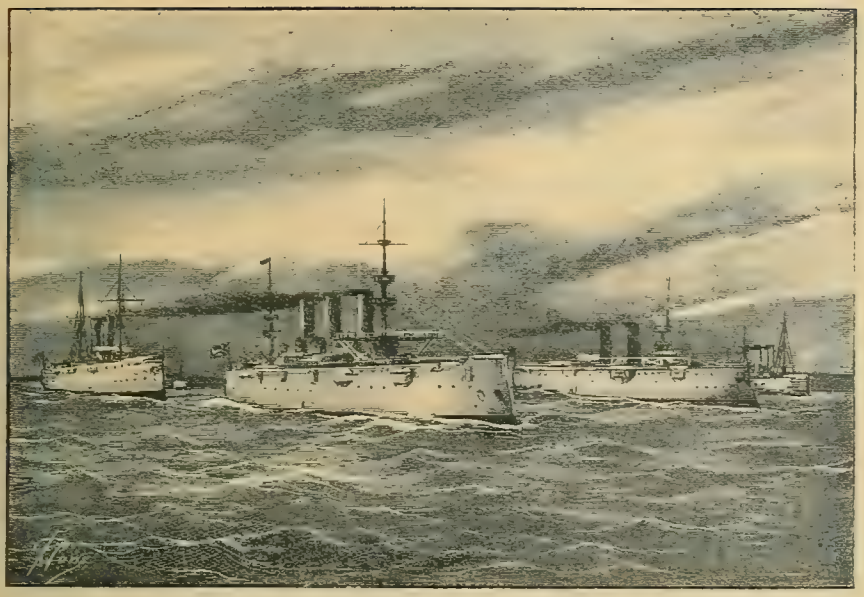
CAPITAN ROBLEY EVANS
(2.° Comandante de la escuadra Sampson)

Las operaciones en Cuba eran tan activas é iban dirigidas á la fecha con tanta destreza y acierto, que sin el aliento que la rebelión recibía del gobierno de Mac-Kinley, pronto terminara en la isla la sangrienta era de las luchas.

España presenciaba con orgullo aquellos combates en que al mismo tiempo eran castigados los rebeldes de diversas comarcas.

Europa, el mundo entero, no podían menos de mirar con respeto á aquellas legiones de héroes que venían dando un ejemplo de resistencia y abnegación jamás visto en la historia.

Por eso, fueran los que fuesen los azares que el cielo reservara á la Patria, el heroismo del soldado español nos aseguraba la conservación de lo que más importa: el honor de la raza.



El conflicto internacional
Y
La guerra con los Estados Unidos

CAPITULO PRIMERO

El conflicto.—La cuestión internacional.—Hecho innegable.—El gobierno español.—Nuestros políticos.—El nudo del problema.—Los propósitos de los Estados Unidos.—Nueva calumnia.—Contra la honra de España.—Eso, nunca.—El informe de la Comisión americana sobre la voladura del *Maine*.—Dictamen ambíguo.—Carácter fortuíto del siniestro.—Nueva cuestión sobre el tapete.—Los socorros á los *concentrados*.—Actitud decidida del gobierno de Washington.—Hacia el desenlace.—Nuestra dignidad á prueba.—Espectación.—La Justicia con España.

Los que eran indicios se fueron trocando paulatinamente en pruebas: tras de las embozadas amenazas del mensaje de Mr. Mac Kinley, de aquel Mensaje que tanto satisfizo á nuestros ministros y que motivó tan enojosas como exactas profecías en los órganos de la opinión, pusiéronse en movimiento los buques norteamericanos, situándose á la vista de la isla de Cuba y estableciendo un bloqueo moral, pasando así la provocación de las palabras á los cañones, y tras de las baladronadas *jingoistas*

siguieron los bélicos aprestos, cuyo estruendo y aparato alarmaban á diario los centros bursátiles donde se cotizan nuestros valores.

Aunque tarde, ya nadie vacilaba al calificar los intentos de los Estados Unidos, nadie desconocía lo perentorio del peligro, ni siquiera los ministros, que buscaban excusas para su inactividad en optimismos inexplicables.

Al desaparecer la esperanza de soluciones pacíficas, al contemplar los posibles resultados del choque, el pueblo trataba ya de escuadriñar responsabilidades, como trataban los hombres públicos de esquivarlas.

Mucho importaba depurar con toda claridad las culpas antes de que experimentásemos los efectos de tristes acontecimientos, y antes de que la exaltación de los ánimos estorbase el juicio sereno y cegase la luz de la razón. Pero ¿no hubiera sido más conveniente, más lógico y, sobre todo, más práctico, pedir á coro y á voz en grito, á fin de despertar de su letárgico sueño á los ocho durmientes del Gabinete, preparación ante un conflicto que el menos avisado en asuntos internacionales veía hacía tres años avanzar sobre España?

Ahora bien, estalló la ruptura de hostilidades, y por ausencia de previsión y por falta de aprestos y por carencia de elementos ofensivos y defensivos, sobrevino el desastre. ¿A quién es justo condenar, á los gobiernos y á los hombres públicos que por amor propio unas veces, y por apatía otras, desdeñaron las advertencias y perdieron el tiempo y el dinero que hubieran podido servir para disponernos á la lucha, ó á la opinión del país, que toleró á aquellos gobernantes y á aquellos políticos y consintió su apatía y su desdén y no supo impedir la malversación del tiempo y del dinero á la Nación?...

El previsto y temido choque vino, y nuestra gloriosa enseña flamante, sin un girón, sin una salpicadura de sangre, sin una mancha siquiera, fué arriada para siempre por manos de nuestros enemigos, no de nuestros vencedores, pues donde no hay lucha no hay vencidos, y á presencia de nuestros sacrificados soldados, de aquellas tierras des-

cubiertas por el gran Colón y conquistadas por nuestros gloriosos antepasados.

¡Y nuestra enseña tornó enlutada, sin haber colgado ni un sólo crespón negro en el asta de la estrellada bandera norteamericana!...

***

Dos fases principales presentó, á nuestro modo de ver, la cuestión internacional. Fué la una el problema de la influencia europea en América; la otra fué la que se relacionaba con la política universal.

Desalojar á España de Cuba, significaba para los Estados Unidos un triunfo material visible respecto de las naciones del Antiguo continente, una afirmación indiscutible de su superioridad en el Nuevo Mundo; para el espíritu mercantil de su pueblo, un territorio privilegiado, sobre el cual eran factibles las más productivas de las especulaciones; para su soberbia de única gran potencia americana, el predominio incontrastable en el golfo de Méjico, la llave de ambos Océanos, cuando por el istmo de Panamá ó por los lagos de Nicaragua, se porga en comunicación el mar Atlántico con el Pacífico.

Tal ha sido el objeto perseguido por el gobierno de Washington desde la anterior guerra separatista de Cuba. Lograr esto sin los peligros de una guerra exterior, sólo por el cansancio y agotamiento de España en luchas internas, fué el plan hasta Marzo del 98 desarrollado.

No entraba en sus cálculos la previsión de que España reconociese la personalidad de nuestras colonias antillanas bajo la soberanía de la Metrópoli, quitando así la causa, primero, y el motivo después, para la contienda. Se nos juzgaba como á un pueblo obcecado incapaz de mudar de rumbo.

De ahí provino el cambio de actitud de la gran República federal, precisamente cuando éste podía y pudo tener menos justificación.

Esto, que lo percibió cualquiera que no se empeñase en ver visio-

nes y que explica por sí con toda lógica y sencillez la conducta de los Estados Unidos en la cuestión de Cuba, tuvo que ser penetrado sobradamente por la mirada de los gobiernos europeos.

***

Fué un hecho innegable que todo el oleaje belicoso, movido en las márgenes del Hudson é inevitablemente reflejado en nuestra Península, provino del punto y hora en que el gobierno de Washington dispuso el envío de una fuerte escuadra al golfo de Méjico y del *Maine* á la bahía de la Habana. La nota amenazadora, encerrada en el último párrafo del mensaje presidencial, relativo á la cuestión de Cuba, no consentía en que á hechos nada ordinarios se diese tranquilizadora explicación.

La extrañeza, por no decir alarma, que aquellos produjeron en ánimos españoles, se combinó con otro hecho no menos significativo. El movimiento contrarrevolucionario, que había empezado á determinarse con viveza, se detuvo.

Los periódicos filibusteros saltaban de júbilo ante ese espectáculo, y exclamaban riéndose de nosotros y de la virtud pacificadora del nuevo régimen: «¡Qué han de presentarse á los españoles los cubanos en armas, si éstos saben que á aquéllos los van á echar de la isla!»

No de los gritos de los *jingos*, sino de la presencia de la escuadra norteamericana en las proximidades de la grande Antilla, provino esa exclamación, que se tradujo en el predominio de la feroz intransigencia dentro del campo insurrecto.

¡Y, sin embargo, esos dos hechos tan significativos y evidentes, nada revelaron á nuestos gobernantes, que seguían viendo con claridad envidiable la buena voluntad de Mac-Kinley respecto de España, y descuidando la preparación de elementos para hacer frente al conflicto

que á pasos agigantados veíase avanzar, amenazándonos con un inevitable desastre!

No hubo por acá ni un clarividente que nos facilitase la anhelada clave de los propósitos *lealísimos*, con los cuales Mac Kinley mantenía ese estado de cosas, mediante la permanencia de los mejores barcos de la Unión á pocas horas de la Habana.

***

En tanto avanzaba el conflicto y hacíanse más evidentes los propósitos deliberados de nuestros codiciosos y arteros enemigos, entretenían se nuestros muñidores de la política en un juego de compadres que venía á rematar el concepto del régimen, y pasaban punto menos que inadvertidas las gravísimas contingencias que corría la patria.

No se trataba ya de rumores recogidos en la calle, ni de cálculos hechos en torno de las mesas de los cafés, ni de infundios de las casas de negocios, ni de frutos de la inventiva reporteril, se trataba de impresiones que dominaban en lo alto, de temores que se abrigaban en las esferas del Gobierno, de sospechas vehementes que algunos ministros tenían de que fuéramos al desenlace rápido en la cuestión de Cuba en su aspecto internacional.

El nudo de todo el problema estaba en si Mac-Kinley se decidía ó no á mandar el informe del *Maine* al Congreso.

El informe de los americanos sobre el *Maine* fué un absurdo; no lo aceptó nadie como expresión de un convencimiento honrado, sino como un esfuerzo hecho para no desacreditar á su naciente marina de guerra y librar de responsabilidad á jefes y oficiales negligentes.

Esa causa exterior que ellos solos vieron, fué un artificio para

apresurar la ruptura, y la misma indeterminación de responsabilidad reveló hasta dónde llegara su propósito.

Buscaron, claro se vió, una explicación de su desleal conducta, y lerdo fuera quien no acertase con la clave.

La insurrección estaba muerta, la autonomía era la paz; veían que se les escapaba la presa, y quisieron apresurar el conflicto.

El conflicto se apresuraba si los temores que abrigaba el Gobierno se realizaban; y venía pronto, porque así estaba determinado hacía tiempo en Casa Blanca y en el Capitolio de Washington; porque era la consecuencia natural de una política sólo desconocida por nuestros estadistas.

Ese informe estuvo destinado á ser la mecha que debía aplicarse á la mina; ni más, ni menos.

No había, pues, que buscar explicaciones artificiosas.

La declaración de causa exterior como determinante de la catástrofe, era el más grave de los insultos que se podían inferir á España, y su Gobierno no habría de tolerarlo, si le quedaba un resto de buen sentido y de amor á su pueblo.

Con eso contaban los Estados Unidos para el logro de sus propósitos.

***

A costa de grandes sacrificios de su derecho y hasta de su paciencia, devorando en silencio amarguras y afrentas, dando un ejemplo extraordinario de seremidad de alma, tal vez único en la historia, España resistió la guerra con los Estados Unidos, la rechazó durante tres años.

No queríamos la guerra, no la hemos querido nunca, porque todo choque de fuerza entre dos naciones, aun para la que sale victoriosa, es

un desastre. Las guerras son como los pleitos, y á ellas puede aplicarse el mismo popular adagio que reza entre nosotros: «Pleitos tengas y los ganes».

No queríamos la guerra, porque un pueblo como España, desangrado por tantas luchas, debía amar la paz, cual un bien jamás gozado por entero.

No queríamos la guerra, en la previsión de que en ella se perdiera aquello por lo que se originaba la contienda. Por esto anhelábamos la solución pacífica como la mejor de las soluciones.

Sí; la paz ante todo: la paz por encima de todo: la paz internacional, ya que la guerra civil es nuestro orgánico modo de vivir.

A la paz, ese supremo bien de las naciones y de las familias, lo sometimos todo: los impulsos de la sangre, los instintos de una herencia belicosa con probados ascendientes en nuestra existencia histórica, los dictados de la conciencia y hasta las máximas de la moral, que no consienten establecer como norma el atropello de la propiedad, de la soberanía, del derecho.

ALMIRANTE SAMPSON

Y esa actitud de España, tan fieramente mantenida, no provenía de debilidad. Nunca midió ésta las consecuencias de sus actos de arrojo; jamás se puso á contar lo que le pudieran costar sus hazañas gloriosas.

No podía haber debilidad en país que en poco más de un año envió

dos cientos mil soldados á la distancia de tres mil millas, para ventilar cuestión en que más se discutían los atributos espirituales de la soberanía, que sus provechos materiales.

No: no era producto de alma apocada y de cobardía lo que era espejo y ejemplar de un admirable estoicismo colectivo.

Pero por eso mismo, porque habíamos rechazado constantemente la guerra y en todo momento la paz habíamos proclamado, teníamos autoridad y razón para no permanecer ni un día más callados ni inactivos ante el nuevo agravio inferido por nuestros enemigos con su calumnioso dictámen acerca de la voladura del *Maine*. Al atribuir ésta la comisión norteamericana á un agente exterior y á una causa intencional, se rebasaron todos los límites á nuestra paciencia y se colmaron todas las medidas á nuestro agravío.

Y eso era ya demasiado, y de ahí no podíamos pasar. Podíamos sufrir todo género de vejámenes, todos menos uno solo: el que se nos arrojase á la cara delante del mundo civilizado, la afrenta de acusarnos de ser una nación criminal.

***

Eso, nunca. Regístrense en la historia los motivos de las contiendas entre naciones, y no se encontrará ni uno que iguale, que ni siquiera llegue en gravedad, á tan inícua, falsa, intolerable imputación.

Todos los pueblos, en todos los tiempos, han tenido á España como un país honrado, hidalgo y caballeresco, y al obscurecerse nuestra grandeza, después de haber perdido tierras y Estados, es el único patrimonio que nos queda.

Pregúntese por todos los ámbitos del planeta. No habrá, no puede haber en todo el orbe civilizado quien sospeche siquiera que España sea

capaz de imaginar siquiera un crimen para deshacerse de un enemigo.

Consentir que tal se dijera, y consentirlo sin consignar indignada, airadísima protesta, fuera borrar toda la historia patria.

Y haberlo tolerado España hubiera sido algo peor aún que eso: fuera tolerar que un incidente fortuito y desgraciado, que puede producirse á toda hora y aun entre naciones amigas y hermanas, se convirtiese, por la odiosa conducta de los Estados Unidos, en el conflicto entero y total de la cuestión entre los dos paises con motivo de la guerra de Cuba.

ACORAZADO NORTEAMERICANO «OREGON»

Hubiera sido una perfidia inícua de la República federal norteamericana, que, á propósito de una desdicha á nadie imputable, si no es á la negligencia de su marina, hubiese pretendido involucrar las cuestiones y echarlo todo á barato y hacer arrancar de ahí la intervención armada en la gran Antilla.

Que eso intentaron, bien claramente lo demostró el anuncio de que ante las Cámaras se leerían los dictámenes de los agentes consulares sobre la situación de los reconcentrados, al propio tiempo que el informe sobre la explosión del *Maine*.

Lo probaron también, al formular ante el capitán general de la isla de Cuba, que hizo muy bien rechazándola, la demanda de volar los res-

tos del buque siniestrado, con el indudable objeto de borrar hasta las huellas que probasen lo falso, lo inmotivado, lo injusto de atribuir la catástrofe á una causa exterior é intencional.

Cuestión fuera esa, aun presentada en términos tan injustos, tan atentatorios á la verdad, para ventilada por árbitros, para sujeta á nuevos juicios periciales.

Destruir la materia del peritaje era mostrar que no se quería que se averiguase la verdad, que se pretendía imponer el monstruoso absurdo de una explosión por agente exterior.

Y ese atentado, cualesquiera que fuesen sus consecuencias, no se podía tolerar por varias razones, y entre ellas la primera, porque avenirse á tolerarlo hubiera sido convenir en que merecíamos que se creyera de nosotros que, como nación, somos capaces de volar barcos, que éramos criminales.

Fuera muy sensible y lastimoso tener que romper nuestra tradición de serenidad y de paciencia; pero todavía lo hubiera sido más pasar por eso, que nos hubiese condenado á una vida eterna de ignominia, y la muerte es siempre preferible á una vida en tales condiciones.

Hacer arrancar el trágico desenlace del conflicto de la explosión del *Maine* hubiera sido entrar en la lucha ya infamados, y que toda la sangre del mundo no bastase á lavar la afrenta; fuera no tan sólo pretender arrojarnos de Cuba, sino del número de las naciones honradas y civilizadas. Y eso no podía suceder nunca. España tenía y tiene todavía una conciencia y una honra.

***

Afortunadamente, el informe de la comisión americana sobre la voladura del *Maine* leído en el Congreso de Washington, no revistió la

gravedad extrema que en un principio se le supuso y que tanta indignación produjo en España.

La Comisión dijo, en resúmen, lo siguiente:

Que del testimonio de los buzos no podía sacarse ninguna opinión definitiva; y que si bien la catástrofe se debió á un agente exterior, no existían las pruebas indispensables para fijar una responsabilidad concreta.

En el dictamen no se aludía para nada á España ni á los españoles.

De ello se deduce que la comisión americana, aun atribuyendo el accidente á causas externas, concluyó en paridad por reconocer el carácter de fortuito.

Puesto en ese terreno el pleito, no sería ahí donde Mac Kinley encontrase pretexto para declarar la guerra á España, aunque claro está que si él y su pueblo la deseaban no habían de necesitar echarse en busca de pretextos ni de ocasiones para agredirnos.

Y que lo deseaban, uno y otro, pronto lo evidenció la nueva cuestión puesta por ellos sobre el tapete, aún no retirada la del *Maine*, sobre los socorros á los *concentrados*, en la cual, según los telegramas, se disponían á hacer hincapié los Estados Unidos, mandando, pluguiéranos ó no, los consabidos socorros en buques mercantes escoltados por buques de guerra.

Y era tan decidida su voluntad, que si nos oponíamos á su filantropía, repartiría con la punta de las bayonetas víveres, medicamentos y limosnas.

Visiblemente se acercaba el desenlace: la gran República quería á toda costa la guerra, sin cejar un punto en sus deliberados propósitos de intervención en Cuba, poniendo á diario á prueba la dignidad de España para hacerla saltar en fuerza de herirla sin descanso en sus más vivos sentimientos y provocarla sin cesar, atropellando sus más sagrados derechos.

Tratábase de acaecimientos previstos y anunciados de cuantos no quisimos cerrar los ojos ante la evidencia ni negar el entendimiento á la razón, mas no por eso dejaban de sentirse los efectos de la dignidad herida y de la ira provocada, que no son otros los que puedan engendrar una injusticia notoria, una conducta inícua, una ingratitud palmaria y una irritante bellaquería que comprendía todos los actos de los norteamericanos, y que abonaba á todas sus palabras.

A cuantos en el mundo tuvieren noción del patriotismo y concepto del honor debiera haber apelado el gobierno en documento que podía ser ineficaz para las armas, pero que hubiera procurado indiscutible ventaja á la conciencia de un pueblo, mostrando hasta qué punto resultaba intolerable y hasta qué extremo era injusta la continua amenaza de los Estados Unidos y su propósito de atropellar los derechos de España.

¡Quién es capaz, por extremada que su prudencia sea, de responder con calma y con sosiego á tanta indignidad!

Pero, ¡ay!, el egoismo de los pueblos esquivó la justicia, desdeñó la razón y desatendió el derecho.

CAPITULO II

La ruptura.—Agitación pública.—Otra vez el pantano.—La Nota colectiva de las grandes potencias.—La Nota oficiosa del Gobierno español.—La última sorpresa.—El armisticio.—Suspensión de hostilidades en Cuba.—Para qué el armisticio.—Mac Kinley y sus malas artes.—«Paz en la tierra para los hombres de buena voluntad.

L fin salimos del pantano.

No fué alegría lo que nos causaron las resoluciones extremas adoptadas en el primer Consejo de ministros celebrado el día 6 de Abril y ratificadas horas después en el segundo.

¿Cómo había de serlo, si una guerra exterior, sucedanea de una guerra civil nos había parecido siempre la mayor de las calamidades?

Lo que sí experimentamos fué una sensación de desahogo y de libertad, semejante á la del viajero, que harto de viajar en las obscuridades de una interminable noche, no bien el día amanece, encuentra practicables y gratos los más ásperos caminos.

El gobierno hizo lo que debía, al convencerse, vista la inopinada actitud del representante de los Estados Unidos, de que no había medios de hacer otra cosa.

En términos perentorios, aunque corteses, intervino de pronto Mr. Woodfort exigiendo del Gabinete español una respuesta á la peti-

ción de Mr. Mac Kinley, referente á la concesión de un armisticio en Cuba, y fijando el plazo de horas en que deseaba recibirla.

Se le contestó como convenía al decoro nacional: Que en el *Memorandum*, que días antes se había enviado al gobierno de Washington, estaba nuestra última palabra; y que no pasaríamos por el armisticio, sino á condición de que lo solicitasen los insurrectos, y en la forma que determinase el gobernador general de Cuba.

A consecuencia de ello, se comunicaron á nuestro representante en Washington las instrucciones pertimentes al caso, y se dió la negociación diplomática por concluida. Mr. Woodfort saldría de Madrid al siguiente ó subsiguiente día, y nuestro ministro en Washington se retiraría de aquel país tan pronto como los consulados españoles entregaran y depositasen su documentación en los consulados franceses.

***

Apenas tomados los acuerdos anteriores, y notificado en forma á Mr. Woodfort, tuvo que reunirse otra vez el Consejo para oir al Nuncio de Su Santidad, que pretendía exponer algunos nuevos informes concernientes á la oficiosa mediación pontificia.

El Gobierno agradeció mucho la buena voluntad de Leon XIII; pero manifestó á nonseñor Nava di Brontifé, que ya no era tiempo de negociaciones.

Se consumó, pues, la ruptura diplomática, y al Gobierno de los Estados Unidos incumbia decidir cuáles habían de ser las consecuencias.

Aun en aquellos momentos críticos juzgamos como un grave mal y un serio peligro la guerra que España no deseaba, pero si á ella la arrastraban las circunstancias, aún contra su gusto, ya no haría nada para evitarla.

Firme en la posición que la había marcado el concepto de su deber,

esperaría los acontecimientos y no avanzaría ni retrocedería una sola línea.

Cedió y transigió en cuanto pudo transigir y ceder sin detrimento del honor y de la dignidad del Estado. Había llegado al límite, y no lo rebasaría sucediera lo que sucediese.

Ya sabíamos, entonces como hoy y antes, que el Derecho internacional carece de base jurídica, y que para ciertas naciones, la razón de las otras vale tanto cuanto vale la fuerza de que disponen para sustentarla. Pero el principio de la moral y la justicia es uno mismo para todas, y las que faltan á él incurren siempre en gravísima responsabilidad, ya que no sufran siempre el adecuado castigo.

En ese principio fiados, y teniendo en cuenta que cuando no invencible es indomable el pueblo que se defiende dentro del hogar propio, y que al aceptar una guerra injusta, tiene por estímulo el culto del honor y por escudo la tranquilidad de conciencia, confiamos en que no tardarían en conocer su yerro los que trataban de dictarnos la ley, suponiendo que carecíamos de medios para impedirlo.

¡Qué terrible desencanto! ¡Qué amarga decepción! ¡Qué cruentísimo desengaño!...

***

Raras, muy raras veces, habíamos visto á la opinión tan de veras interesada, tan interesada con alma y con vida como aquellos días en el desarrollo de los sucesos políticos, en el desenlace, ya próximo, de la grave cuestión internacional planteada entre España y los Estados Unidos.

Y de ese tan hondo interés que sentía el espíritu público por conocer al día, y aun pudiera decirse que á la hora y al minuto, lo que pensaba hacer el Gobierno español y lo que hacia el Gobierno norte-

americano, nacía una agitación extraordinaria en el ánimo de las gentes que, sin llegar á perder la serenidad ante la gravedad de las circunstancias, padecían una ansia indecible porque pronto, muy pronto, se resolviera el conflicto y se resolviera de una vez, todo entero, definitivamente. . ¡Bien se cumplieron sus ansias; pero cuán opuestamente á sus patrióticos deseos!...

Tocaba tan de cerca cuanto se ventilaba á la substancia moral, á la entraña misma de la patria, á la vida y al honor de España, que el discutir sobre las cuestiones del día, el apreciar las fases varias en que se presentaba, el determinarse la conciencia pública dictando la conducta que debía seguirse, ya no era, como en períodos normales, privativo de los llamados círculos políticos, del salon de conferencias del Congreso, de las redacciones de los periódicos, de los sitios donde se saben las noticias ó se fabrican, sino que trascendía de ahí á todos los ámbitos de la nación y á todos los elementos de la sociedad.

Y en plazas y calles, en los cafés, en los casinos, en las oficinas públicas y particulares, en talleres, en fábricas y tiendas, en las tertulias más encopetadas y en las reuniones populares más humildes, en todos los hogares españoles, en fin, la conversación no era otra, no podía ser otra que hablar del conflicto con los Estados Unidos, discutiendo las probabilidades del resultado de la contienda, si al fin estallase, con una fé firme, unánime, en nuestro derecho y en nuestro valor,... ¡Ay! ¡Cuán lejos estaban todos de soñar siquiera en el desastre!...

Desde que tal conversación, única posible aquel día, se entablaba, ocurría que, como si se tocase la parte más sensible del ser de todo buen español, vibraba con vibración interna el más puro, acendrado y exaltado patriotismo.

Y esa vibración se comunicaba de unos á otros, y las discusiones acababan con un contagio, con una fiebre de enardecimiento, que era al fin señal saludable, porque era señal de vida y de virilidad en el pueblo español.

*
* *

Pasaron ya á una categoria secundaria los diversos aspectos del problema internacional, ante el paso dado el día 7 cerca de Mr. Mac Kinley por los embajadores de Francia, Alemania, Inglaterra, Austria, Italia y Rusia.

Prestóse, en efecto, á muy serias meditaciones la Nota colectiva de las grandes potencias, y no se prestó menos la forma en que la acogió el presidente de la República norteamericana.

GENERAL NELSON A. MILES

Deseaban aquellas, y la frase era un tanto sospechosa, la conservación de una paz que *ofreciera todas las garantías necesarias* para el restablecimiento del orden en Cuba.

Y Mr. Mac Kinley, abundando en el mismo deseo, reiteraba el propósito de poner fin por cuenta propia á una situación que había concluido, á juicio suyo, por hacerse intolerable.

Decía así la Nota de las potencias:

«Los representantes que abajo firman, debidamente autorizados para dirigir en nombre de sus gobiernos el presente llamamiento á los sentimientos de humanidad y de moderación del presidente y del pueblo americano en sus desacuerdos actuales con España, esperan con interés que nuevas negociaciones contribuirán á un acuerdo, que, al asegurar el mantenimiento de la paz entre ambas potencias, dará todas las

garantías necesarias al restablecimiento del orden en Cuba. Las potencias no dudan de que el carácter desinteresado y humanitario de sus representantes será reconocido y apreciado por la nación americana.»

Mac-Kinley contestó:

«El gobierno de los Estados Unidos reconoce el sentimiento de buena voluntad que inspira la comunicación amistosa de las potencias expuesta en su solicitud, y comparte la esperanza en ella manifestada de que el resultado de la situación actual sea el mantenimiento de la paz entre los Estados Unidos y España, conseguido con ayuda de las garantías necesarias para el restablecimiento del orden en Cuba, poniendo término al estado crónico de perturbación de la isla, que causa tantos perjuicios á los intereses y pone en peligro la tranquilidad de la nación americana por la naturaleza y las consecuencias de la lucha sostenida á nuestras puertas y que subleva, además, los sentimientos de humanidad de la nación.

«El gobierno aprecia el carácter humanitario y desinteresado de la comunicación de las potencias, y está convencido de que éstas apreciarán los esfuerzos desinteresados y sinceros de los Estados Unidos para cumplir un deber de humanidad, poniendo término á una situación cuya prolongación indefinida se ha hecho insostenible.»

***

Ahora bien; ¿qué podía resultar de todo ello?

Se nos figuró que el derecho y la soberanía de España andaban harto pospuestos en todas esas *garantías* que las potencias y Mr. Mac-Kinley estimaban necesarias para el restablecimiento del orden; temimos que pretendieran comenzar por desarmarnos los que parecían ganosos de servirnos, y sospechamos que nuestra libertad de dominio y

de acción, corría por un lado y por otro inminente riesgo de verse mitada.

Nuestras dudas, nuestros temores y nuestras sospechas, tardaron muy poco en verse confirmadas.

Con gran sorpresa de la opinión, apareció inserta en los diarios de Madrid, edición de la noche del 9, la siguiente Nota oficiosa redactada en el Consejo de ministros celebrado ese día, y facilitado á la prensa:

«Habiéndose presentado esta mañana en el domicilio del ministro de España los embajadores de las seis grandes potencias europeas á manifestarle que como corolario de las gestiones de sus gobiernos en Washington, creían conveniente, para los fines de la paz, encarecer la aceptación de los buenos oficios ofrecidos por Su Santidad y, por lo tanto, la suspensión de hostilidades, reiteradamente pedida por el Santo Padre;

»En vista de todo lo anterior, el Consejo de ministros ha acordado autorizar al general en jefe del ejército de Cuba, para que publique una suspensión de hostilidades por el tiempo que estime prudencial para preparar y facilitar la paz.»

A las manifestaciones que en contra de esa petición hizo el ministro de Estado, contestaron los representantes extranjeros citando ejemplos de naciones eminentemente militares, que en casos análogos ó parecidos al en que se encontraba España, concedieron armisticios.

Estos precedentes—añadieron los referidos representantes—demuestran que al conceder España el armisticio, no menoscaba ni desprestigia á su ejército.

***

Deferiendo á consejos de las seis grandes potencias de Europa, el gobierno español concedió gratuitamente, y por tiempo prudencial, una suspensión de hostilidades en Cuba.

El asombro fué inmenso en toda España.

A las demandas de Mr. Woodford y á las solicitudes del Papa, había contestado el gobierno declarando, no sabemos cuantas veces, que jamás concedería una tregua sino á instancia de los insurrectos, y en las condiciones y por el plazo que determinase el gobernador general de la isla.

Una semana antes, el gabinete insular brindó con esa misma suspensión de armas á los rebeldes.

De la Metrópoli, y por excitación imperiosa de dos ó tres ministros, partió al punto una advertencia llamando al orden á los que de tal suerte se habían extralimitado.

Aún el mismo día 9, á las diez de la mañana, era acuerdo cerrado negar el armisticio. Así lo exigían, según los argumentos oficiales, la dignidad de la nación y el honor del ejército.

A la una de la tarde, se había pasado por todo.

¿Será—nos preguntamos—que hayan ofrecido algo por via de compensación los embajadores de las potencias?

Ni se habían comprometido á nada, ni quisieron siquiera presentar y dejar una Nota escrita.

Consintieron tan solo en que se diera conocimiento al público de su *comunicación verbal*, y no se prestaron á más que á enterar del caso á los respectivos gobiernos. Aún más: cuidaron de advertir al ministro de Estado que su visita era confidencial y amistosa.

A pesar de todo ello, el Gobierno de la nación puso su rúbrica al pié de un papel en blanco.

Otros serían los que llenasen á su arbitrio el pliego.

De tres partes constaba la petición de los Estados Unidos, que originó las confusiones y alarmas de aquellos días: Se refería una á la catástrofe del *Maine*, otra al socorro de los concentrados, y la tercera al armisticio.

Acordadas las tres, si el Gobierno quería, hubiera quedado libre la acción de nuestras armas y de nuestra política en Cuba.

Aceptando en principio el arbitraje y derogando el bando de concentración, obtemperamos á las dos primeras; pero nos creímos obligados á oponer á la última una circunstancial negativa.

Cedimos, al fin, también en ésta, para contentar á los grandes poderes de Europa, y cuando debíamos juzgarnos al término de tan terrible *vía Crucis,* resultó que otra vez nos encontramos en el comienzo.

Lo que antes podía y hubiera debido servir para cerrar el litigio, no habría de servirnos ya, gracias al malhadado acuerdo europeo, sino de base para iniciar *nuevas negociaciones*, de las cuales «surgieran *las garantías necesarias* para el restablecimiento de la normalidad en Cuba.»

¿Cómo no sentir, en vista de contrariedades tan grandes y de sacrificios tan inútiles, una mortal tristeza?

Todo pudiera disculparse, si á consecuencia de la transacción hubieran retirado los Estados Unidos su apoyo moral y material á los rebeldes, y sus escuadras de las costas de Cuba.

Todo fuera perdonado, aunque no olvidado, si hubiese sobrevenido la total é inmediata pacificación de la colonia bajo la total e indivisible soberanía de España.

Hoy, hay que pedir estrecha cuenta á los responsables de todo aquello que lastimó el noble orgullo de la nación y la justa susceptibilidad de los que heróicamente derramaron su sangre por ella.

***

El armisticio fué pedido por Mr. Mac Kinley y concedido por el Gobierno español á instancias del Papa y de las potencias.

¿Para qué le pidió Mac Kinley?

Difícilmente podría decirse, al ver las desdeñosas líneas que, á modo de *Post data*, dedicó al armisticio en su Mensaje del 11 de Abril el presidente de la República norteamericana.

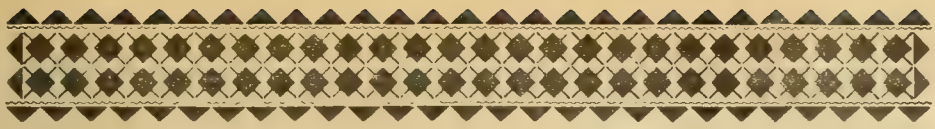
Pero no puede desconocerse que, á pesar de esto, para Mac-Kinley había empezado ya á ser útil la suspensión de hostilidades.

Nos lo hacen afirmar así, principalmente, las noticias que se recibieron de Cuba y que la prensa publicó, asegurando que un mes más de operaciones en el Camagüey y en Oriente, hubiera bastado para acabar con la rebelión. Anunciaron también que aquellos días se esperaban importantísimas presentaciones como consecuencia de la acción política.

Si el hecho era cierto, y debió serlo, porque fueron varios los corresponsales que lo trasmitieron, habrá que convenir en que Mac Kinley no desperdiciaba ocasión de alentar á los insurrectos, y de impedir, por toda clase de malas artes, que España recogiera el fruto de sus sacrificios.

Apenas implantada la autonomía, y á fin de contener la desbandada en el campo rebelde, iniciada por la presentación de algunos cabecillas con las fuerzas que mandaban, ocúrresele movilizar la escuadra *yankee* y dirigirla hacia las Tortugas. Advierte las ventajas que nuestros soldados logran en Oriente y el Camagüey, y se apresura á reclamar el armisticio para que la insurrección no quedara aniquilada en poco tiempo.

Pues bien: quien así procedió y sostenía la rebeldía, tuvo el aplomo de pedir á todas horas «paz en la tierra para los hombres de buena voluntad.»



CAPITULO III

Síntoma elocuente.—El Mensaje de Mac Kinley.—La respuesta del gobierno español.—El dictámen de la Comisión de Relaciones exteriores.—A marchas forzadas.—El informe de la Comisión de Negocios extranjeros.—67 votos contra 21.—Excitación general.—Los sucesos de Málaga y Barcelona.—Rigor extremado.—Censuras de la opinión.—Recelos instintivos.—La vida nacional en suspenso.—Ansiosa expectación.—Impaciencia nacional.—Lo inevitable.

En el Mensaje de Mr. Mac Kinley del 11 de Abril se afirmaba que los Estados Unidos *no podían esperar un momento más* para hacer cesar la guerra en Cuba é imponer á España su abandono.

La parte fundamental de la cuestión que absorbía desde hacia tres años toda la vida de España y que nos mantenía desde hacia tres días en estado de peligrosísima calentura, habíase dilucidado por fin en el Congreso de los Estados Unidos.

Apesar de algunas fundamentales ambiguedades del documento presidencial, bien se pudo afirmar desde luego, que en tesis general, el presidente de la Unión Americana había firmado y declarado en nombre de su país el derecho de intervención en Cuba.

Fuera definido ó indefinido el plazo en que esa intervención hubiera de ejercerse, y estuviera enunciado el propósito como una simple intimación ó como un acuerdo de venidera eficacia, además de protes-

tar violentamente contra el hecho, hubimos de protestar enérgicamente contra el principio.

Ningún pueblo libre puede, sin dejar de serlo, excusarse de rechazar, por cuantos medios y en cuantas formas esté á su alcance, materia que anule su personalidad y que lo reduzca á una tutela afrentosa.

Consentirlo equivaliera á presentar nuestra dimisión como nacionalidad europea.

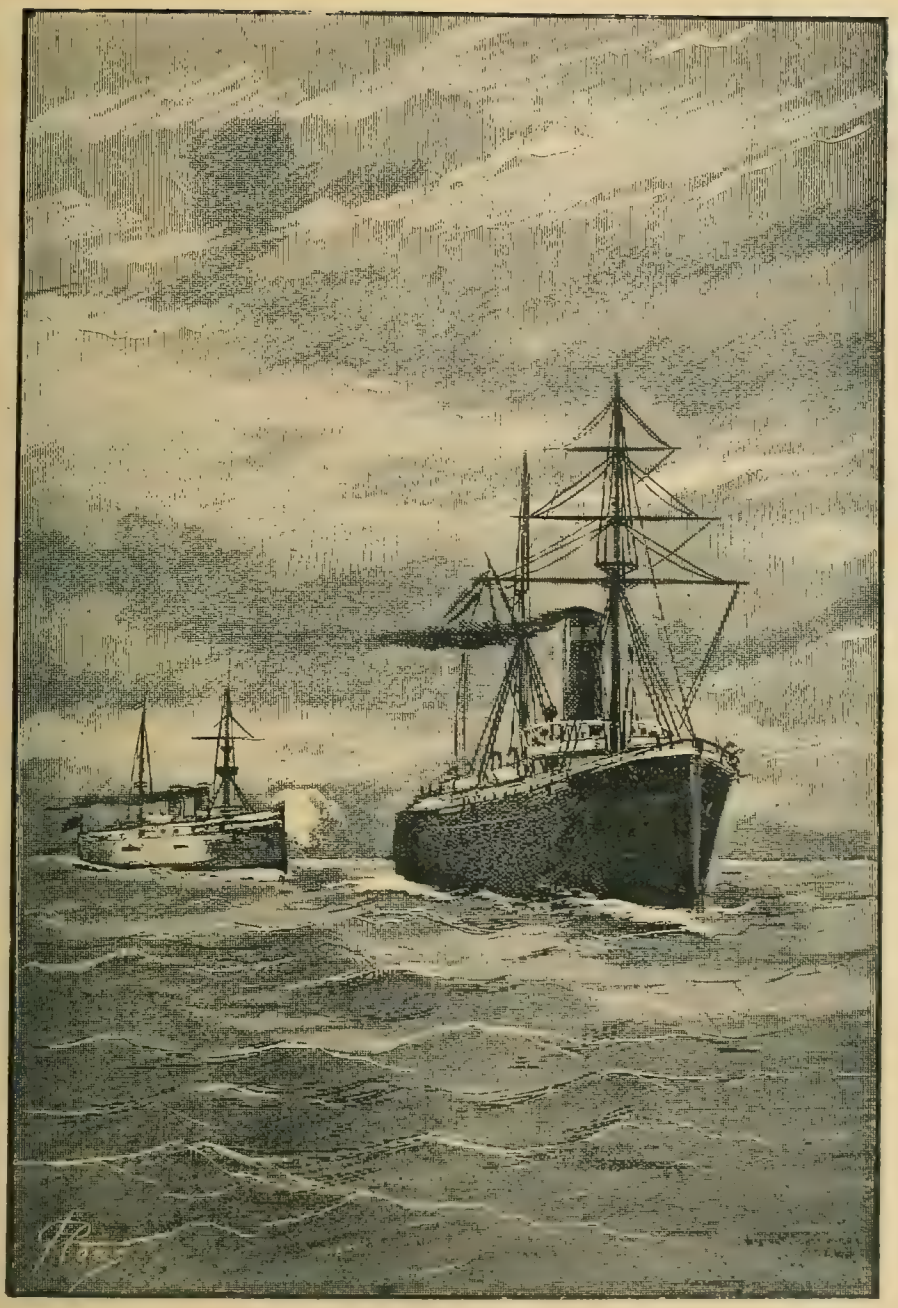
El gobierno de los Estados Unidos había descubierto claramente su intención, oculta hasta entonces bajo hipócritas ambiguedades.

Para él era un hecho evidente la incapacidad de España para mantener el territorio de Cuba bajo su soberanía.

COMODORO SCHLEY

Habíamos pasado por todo. Pero á menos que suprimiéramos la historia y que convirtiéramos la Península en una especie de Paraguay aislado del resto del mundo, no podríamos pasar, no pasáramos nunca por eso.

Para evitarlo, para reivindicar la estimación que nos debíamos á nosotros mismos y que era un bien superior á la legítima posesión de Cuba, precisó que con urgencia se convirtieran en un solo brazo y en una sola voluntad todas las voluntades y todos los brazos españoles; que recobrasen la serenidad, momentáneamente perdida, el pueblo y las autoridades; que Madrid, Zaragoza, Gerona y Cadiz se acordaran,



CAPTURA DEL VAPOR ESPAÑOL BUENAVENTURA POR UN CRUCERO NORTE-AMERICANO

BLANCO 77

que se acordara España entera de lo que había sido, de lo que no podía dejar de ser, en tanto que el suicidio estuviese vedado por leyes físicas y morales á las naciones.

Empezaba el período de las pruebas supremas y de las resoluciones unánimes.

*
* *

El mensaje que el presidente Mac Kinley dirigió al Congreso federal, y que fué leído en la sesión del día 11 de Abril en el Capitolio de Washington, comenzaba con extensas alusiones á las insurrecciones pasadas y á la inquietud como estado permanente en Cuba, que había causado grandes pérdidas al comercio y á los capitales americanos.

«Esto—decía—ha producido una irritación y una sobreexcitación continuas entre los súbditos norteamericanos.

«Esto ha impuesto también al gobierno federal grandes gastos para hacer ejecutar las leyes de neutralidad.

«Tal conducta hace honor á la indulgente paciencia de nuestro pueblo, que ha sido sometido á una prueba tan severa que engendra en todas partes la peligrosa inquietud entre nuestros conciudadanos.»

Al llegar á esta parte del Mensaje, Mac Kinley denunció muy duramente las barbaries de la lucha que se sostenía en Cuba durante más de tres años, y sobre todo la crueldad con que se había tratado á los reconcentrados, entre los que 150.000 habían muerto á consecuencia de enfermedades ó de hambre.

Añadía el Mensaje:

—«La continuación de la lucha significa el exterminio total de los dos bandos.

«Comprendiendo esto, paréceme que es de mi deber, y que está en

el espíritu de una verdadera amistad tanto para España como para Cuba, conducir las cosas de modo que cese inmediatamente la guerra.»

Después de algunas alusiones á los múltiples esfuerzos diplomáticos de los Estados Unidos, Mac Kinley continuaba hablando desde el punto de vista de lo que él creía las conveniencias humanitarias, y decía textualmente:

—«Todos nuestros actos se han caracterizado hasta aquí por un deseo sincero y desinteresado en favor de la paz y de la prosperidad de Cuba.

«La intervención de los Estados Unidos por medio de las armas y como neutral, según muchos precedentes históricos, está justificada por varias razones. Esta intervención implica, sin embargo, la coacción impuesta á las dos partes, así para establecer forzosamente la tregua, como para dirigir el arreglo eventual.

*
* *

Seguía el presidente explicando largamente las razones que justificaban la intervención, y aludía, al llegar aquí, al desastre del *Maine*.

—«Este desastre—decía—llena de horror indecible el corazón nacional.

«La Comisión investigadora de la Marina, que posee la absoluta confianza del gobierno, dictamina, por unanimidad, que la catástrofe fué producida por una mina subterránea. Esta catástrofe demuestra que España es incapáz para garantir la seguridad de los barcos extranjeros. Debo consignar, no obstante, que España ha rechazado toda participación en el siniestro, expresando su sentimiento por lo ocurrido.»

El Mensaje continuaba diciendo que una larga experiencia demostraba que el objeto con que España hacia la guerra en Cuba no odíap

ser logrado por los medios que empleaba, ni cabía esperar que la tranquilidad se restableciera y que se consiguiera la pacificación por medio de las armas.

—«En nombre—añadía—de la humanidad y de la civilización, en nombre de los intereses americanos puestos en peligro, y que nos conceden el derecho y el deber de hablar y obrar, declaro que es preciso que la guerra de Cuba cese y pido al Congreso que autorice al presidente á adoptar las medidas que sean necesarias para conseguir el término completo y definitivo de las hostilidades entre el gobierno de España y el pueblo de Cuba, y para el establecimiento inmediato de un gobierno estable y capaz de mantener el orden, cumplir las obligaciones internacionales y asegurar la paz y la seguridad de sus conciudadanos y de los nuestros.»

Pedía también el presidente que se le autorizase á emplear las fuerzas de mar y tierra para alcanzar ese objeto.

Después pedía que se votasen socorros para los cubanos necesitados.

Y terminaba diciendo el presidente:

—«La decisión queda ahora en manos del Congreso. Que la responsabilidad sea solemne si se agotan todos los esfuerzos para poner fin á una situación intolerable en nuestras mismas puertas.

«Espero vuestra decisión.»

Al finalizar el Mensaje, Mac Kinley decía que después de redactado había recibido noticia oficial del decreto de la regente de España autorizando al general Blanco para conceder el armisticio en beneficio de la paz, y que sometía el hecho á la especial atención de las Cámaras.

—«Si la medida—decía textualmente—llena su objeto, tendremos como pueblo cristiano y amantes de la paz, satisfechas nuestras aspiraciones; si fracasa, será una nueva justificación de la acción que meditamos.»

***

He aquí la respuesta que dió el gobierno español al Mensaje de Mr. Mac Kinley en la *Nota oficiosa* del Consejo de ministros celebrado en la tarde del 12:

«Aun cuando faltan en la trasmisión los trozos de referencia á Mensajes anteriores, cuya lectura sería indispensable para completar su sentido, el Consejo estimó que lo que le era conocido bastaba para afirmar, frente á las doctrinas en el Mensaje expuestas, las de la soberanía y derecho de la nación española, incompatibles con extrañas ingerencias para la resolución de sus asuntos interiores.

»No estima el gobierno que, aparte de la solemne afirmación de los derechos de la nación, le corresponda hacer en estos momentos declaración alguna, mientras resoluciones del Congreso norteamericano ó iniciativas del presidente no determinen en hechos concretos las doctrinas expuestas en el referido documento.

»La inquebrantable conciencia de su derecho, unida á la resolución de mantenerlo íntegro, inspirarán á la Nación, como inspirarán al Gobierno, la serenidad necesaria en estos difíciles momentos para dirigir con acierto y defender con energía los sagrados intereses que son patrimonio de la raza española.»

A partir del día en que se leyó en el Congreso federal el Mensaje del presidente de la gran República, se precipitaron los acontecimientos, y la Cámara de representantes votó enseguida el dictámen de su Comisión de Relaciones exteriores, en que se decía textualmente:

«Considerando que este estado de cosas, agravado con la destrucción de un buque de guerra y la muerte de 240 marinos americanos, *no puede ser soportado por más tiempo*, se acuerda la libertad de Cuba, la intervención armada, etc.»

Así, á marchas forzadas, conducían los sucesos el gobierno y las Cámaras *yankees* cuando sabían que España concedía el armisticio y que en aras de la paz hacíamos todo género de concesiones á los Estados Unidos por conducto de Europa.

***

La resolución del Senado de los Estados Unidos, votada en la sesión del día 16, aprobando por 67 votos contra 21 el informe de la mayoría de la Comisión de Negocios extranjeros, aún resultó más violenta que la anterior de la Cámara de representantes.

Mas, como todo lo que apresurase el inevitable desenlace había de redundar en provecho de la nación española, que á fuerza de incertidumbres comenzaba á perder el dominio de sí misma, hubimos de darla por bien venida.

Prueba de ellas las manifestaciones que se repetían en varias ciudades de la Península, y que por momentos iban revistiendo peor carácter.

Significativos en extremo y reveladores de la excitación general, fueron los sucesos ocurridos el día 16 en Málaga y en Barcelona.

Bien estuvo que las autoridades se dieran prisa en restablecer el orden y en atajar ó desvirtuar los agravios inferidos por la multitud á una representación extranjera. Censuras mereció de la opinión que extremasen el rigor contra los exaltados, y que desconocieran la importancia sintomática de aquellos actos colectivos.

Cosas mayores acaecían á diario en la América del Norte, y cosas análogas han acontecido siempre en todos los pueblos exaltados por una provocación insolente ó amenazados por una agresión injusta.

Porque es de advertir que jamás habían precedido á un rompi-

miento entre dos naciones, agravios, ultrajes é insultos tan inauditos por parte de una de ellas.

Censura merecieron ciertos extravíos, y las autoridades obraron cuerdamente al impedir que se reprodujeran y se agravasen.

Pero si se atendía á las contingencias venideras, mil veces peor fuera que el pueblo hubiese reportado tantos y tan insistentes golpes, con la prudencia y la ecuanimidad de una congregación de cartujos.

La masa, cargada de fermentos, si no va pronto al horno, ó se corrompe ó se agria.

Por eso, y por lo que aceleraba el término del conflicto, aunque fuera á más no poder agresiva la resolución del Senado norteamericano, lejos de considerarla funesta, la consideramos beneficiosa.

Padecía la opinión dos instintivos recelos, que únicamente podían desaparecer de dos modos: cuando llegase la hora de encomendar á las manos lo que á la fecha se confiaba á la palabra y á la pluma, ó cuando por medios diversos ó con garantías suficientes obtuviera el problema colonial resolución definitiva.

Fundábase el primero en la creencia de que los Estados Unidos pretendían ganar meses con el intento de completar su preparación, y con la esperanza de arrollarnos luego á mansalva.

Respondía el segundo á la presunción de que el Gobierno, en aquellas circunstancias críticas, pusiera mayor celo en la guarda de conveniencias é intereses particulares, que en la defensa de derechos y prestigios comunes.

De ahí que importara y urgiera, para todo y para todos, arribar á terreno firme. Por grande que fuera el poder del enemigo, si la luz del sol iluminaba el combate, no había en España quien rehusase el encuentro, ni quien dudase de alcanzar la victoria.

Por grande que fuera la propia fuerza, nadie la egercitaría á satisfacción, si tenía que pelear á obscuras, y menos aún si temía defecciones y emboscadas.

Así los ánimos y las cosas, cualquier aplazamiento entrañaba para la paz interior un nuevo peligro.

***

Inútil era ya reaccionar contra el conflicto exterior en que nos hallábamos envueltos, porque ya nuestra voluntad y nuestras iniciativas no tenían poder alguno ni para resolverlo ni para modificarlo.

En hacer la siembra habían empleado larguisimos años nuestros contendientes, y ya no reparaban en el derecho ni en la razón de los demás, desde el momento en que se habían decidido á sacudir el arbol para recoger el fruto.

No bien transigíamos en algo de relativa equidad, se nos planteaba nueva demanda de notoria é irritante injusticia; tras de un incidente grave nos suscitaban otro peor; omitían de manera sistemática la réplica que no consentía la dúplica y se prevalecían de nuestros más rectos propósitos para multiplicar las osadías á par de las exigencias.

Hizo España todo cuanto supo y pudo á fin de evitar un choque. Todo en vano.

Descartado un motivo de querella, surgían dos ó tres, y por encima descubríase siempre la misma intención deliberada de agraviarnos y desoirnos, primero, y de someternos, más tarde, al atropello y al espolio.

Se trabajó con perseverancia y mansedumbre inverosímiles á favor de la paz; pero, al fin, concluyóse por advertir la esterilidad absoluta del empeño.

Aun así, hubiéramos proseguido en él, si hubiésemos creído que nuevas concesiones ó transacciones podían conducir á tan noble objetivo, sin desdoro de España. Mas, ¿cómo creerlo, cuando se veía por re-

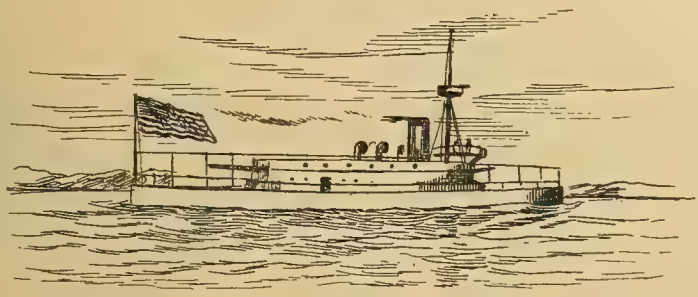
petidas y cínicas demostraciones que la otra parte caminaba derechamente al despojo?

En tales circunstancias no nos restaba sino aceptar la situación y poner cuanto fuera dable para salir de ella, no ya mejor, sino lo más pronto posible.

***

La vida nacional estaba en suspenso.

De la ansiosa expectación que nos mantenía desde hacia dos meses



MONITOR NORTE-AMERICANO «AMPHITRITE»

en perpetua calentura, se resentían cada vez más el crédito, la producción, el comercio y el trabajo.

Vivíamos fuera de nosotros mismos; siempre exaltados y siempre inquietos; distraidos de nuestras tareas apremiantes, é indiferentes á nuestras sagradas obligaciones.

Otros dos meses de esa indecible tensión, y la cuerda hubiera saltado. Otros dos meses de esa fatal inactividad, agravada por enormes dispendios, y lo que no hicieran las catástrofes exteriores lo hubieran hecho las quiebras, el hambre y quizá las contiendas intestinas.

Imposible esperar, ni siquiera por un plazo corto.

Si alguien conservaba aún ilusiones, es de suponer que las perdiera ante el dictamen que en el Senado de Washington emitió el día 13 la Comisión de Negocios extranjeros.

Podía haber variantes en la forma definitiva y aún era posible que en el de la Cámara de representantes se introdujera alguna alteración de concepto; pero en lo que concernía á la fundamental se habían acabado las dudas.

Se nos atribuía la voladura del *Maine*, se reconocía la independencia de la isla y se nos anunciaba la próxima intervención armada.

Llegado á tal extremidad el litigio, ¿podía haber quien pensara todavía en acudir á expedientes dilatarios?

¿Podía haber quien quisiera que España, por exceso de buena fé ó de irresolución, sufriera las consecuencias de un golpe de mano y perdiera sin combate y sin honra lo que todavía podía defender y conservar bajo su dominio?

La situación habíase aclarado por completo, y entre los consejos del interés y los estímulos del honor, no existía ninguna discrepancia.

Preciso fué, por tanto, decidirse á resolver de una vez, con el derecho ó con la espada, el inevitable conflicto.

CAPITULO IV

La guerra.—Tristes desengaños.—El dictámen de la Comisión mixta de las Cámaras *yankees*—Indignación.—El Gobierno español.—La Corona.—A las Cortes.—El *ultimatum* de Mac-Kinley.—La marcha de Woodford.—Ruptura de relaciones.—Retirada de nuestro ministro en Wahisngton.—Las instrucciones á Mr. Woodford.—Comunicación oficial de despedida al representante de los Estados Unidos.—Energías fugaces.—El Gobierno y la opinión.

RRECIABAN los vientos de tempestad y nos acercábamos al supremo instante en que había de ventilarse definitivamente el pleito que desde hacía tres años teníamos pendiente con los Estados Unidos.

No pudo sorprender á nadie cuanto ocurriera, porque fué la consecuencia natural de una política hecha á la luz del día, sin hipocresías ni disimulos.

Dirigida á un fin con perseverancia y tenacidad trazaron sus paralelas y no perdieron ni un minuto, ni un centavo.

El tiempo que invirtieron alentando la rebeldía cubana, y el dinero que gastaron auxiliando á los filibusteros, fueron medios eficaces para preparar aquella situación dificil, encarnación de un nuevo aspecto en aquella guerra que consumía nuestras energías hacía tres años.

Era necesario estar ciego para no ver que llegaría el conflicto internacional; era preciso ser muy cándido para creer de buena fé que la política de concesión y debilidad lograría atraer la voluntad de un pue-

blo que codiciaba la tierra donde nuestros soldados ni siquiera podían ya pelear; candidez infantil la de aquellos que preconizaron la acción política y la diplomática, asegurando al trono y al país que con ellas vendría la paz sin detrimento de la soberanía ni menoscabo del honor de nuestras armas.

Todo se puso en práctica; hasta la acción espiritual, que no fué escrita en ningún programa, entró en ejercicio, y, al final de toda esa labor, ¿que quedó?.

El enemigo contestó con su protesta y su intransigente resistencia al nuevo régimen político concedido é implantado lealmente en Cuba y Mac-Kinley con aquel brutal Mensaje de Diciembre, precursor del que en Abril mandara á las Cámaras y en el que maltrató con verdadera crueldad á nuestro ejército.

Las potencias contestaron con su silencio á todos nuestros requerimientos, hablando á última hora para humillarnos, poniendo el pie sobre el cuello de España, obligándola con premura inusitada, señalando horas para resolver, haciendo, en una palabra, la causa del más fuerte, á suspender las hostilidades en Cuba en los momentos en que iba á dar el fruto deseado la acción política y la militar desarrolladas durante los últimos meses.

Y al cabo de tanto tiempo nos veíamos en frente del conflicto, poco menos que inermes, casi en completa indefensión, esto es, sin recursos y sin barcos; en vez de la paz, teníamos otra guerra internacional; en vez de apoyos y alianzas, alejamiento y desdenes; en frente, un pueblo soberbio, rico y prevenido, con su base de operaciones llena de ventajas.

Nos veíamos obligados á luchar solos contra el enemigo que seguía emboscado en la manigua y aquel otro que, atropellando todo derecho, creía llegada la hora de intervenir en los asuntos de España y nos amenazaba con sus *dollars*, sus barcos y sus milicias.

¡Lucha decisiva había de ser aquella para la desventurada España!

*
* *

Ni dos días, ni uno, necesitaron las Cámaras de los Estados Unidos para ponerse de acuerdo. En unas cuantas horas aprobaron el dictámen de la Comisión mixta, que fué el mismo día 19 firmado por los presidentes de ambos Cuerpos Colegisladores.

El dictámen decía ssí:

«—*Primero.*—El pueblo de Cuba es de derecho y debe ser libre é independiente.

Segundo.—El deber de los Estados Unidos es exigir, y por la presente resolución exigen, que el Gobierno de España abandone de seguida su autoridad en la isla, retirando de ella y de sus aguas sus fuerzas de mar y tierra.

Tercero.—El presidente queda autorizado, facultado é instado, para usar las fuerzas navales y terrestres de los Estados Unidos, asi como para llamar al servicio las milicias de los diversos Estados, en la medida necesaria para dar efecto á la presente resolución.

Cuarto.—Los Estados Unidos niegan que sea su propósito ni su deseo ejercer jurisdicción ó soberanía en Cuba, fuera del tiempo necesario para la pacificación, y afirman su voluntad de dejar á los habitantes el dominio y gobierno de la isla, una vez que esta haya sido pacificada.»

No pudiendo transigir España con la intervención, y menos todavía con la ignominia de retirar sus ejércitos y sus escuadras del territorio y de las aguas de Cuba, claro está que el acuerdo del Congreso federal era la guerra. No la habíamos querido y habíamos puesto cuanto pudimos y más de lo que debimos para evitarla.

Pero nos forzaban la voluntad después de habernos apurado la paciencia, y á ella íbamos con la conciencia tranquila.

De una vez terminaron todas las confusiones: de una vez acabaron las enervadoras esperanzas.

El Parlamento americano había hecho honor al Mensaje de Mac-Kinley; la intervención por las armas en Cuba había pasado de deseo presidencial á precepto y mandato legislativos. Sólo faltaba cumplir un trámite oficial que podía darse por descontado: la firma de Mac-Kinley.

***

No por ser esperados los acuerdos de las Cámaras *yankees*, dejaron de producir en el ánimo de todos los españoles menos indignación; siempre la produce la infamia consumada.

España protestó de las iniquidades de Mac Kinley y de sus secuaces con la energía de quien tiene conciencia perfecta de la razón que le asiste, y disponíase á rechazar el atropello qne contra su honor y su soberanía quería cometerse.

En el fondo, este fué el lenguaje que se empleó el día 19 en todos los Círculos apenas fué conocido el acuerdo de las Cámaras americanas, votando el reconocimiento de la independencia de Cuba y la intervención armada para hacer efectiva esa pretendida independencia.

El Gobierno español, interpretando los sentimientos de la patria, habló por boca de su presidente, el señor Sagasta, en la reunión de las mayorías tal y como procedia en aquellas críticas y solemnes horas.

Se acabaron las diferencias, las clasificaciones y los partidos. Todos los ciudadanos dignos de este nombre, constituían una sola familia congregados con las armas y el corazón en la mano, alrededor de la madre común, y decididos á impedir que gentes extrañas la deshonrasen y la abofeteasen.

Juntos estaríamos, y juntos moriríamos si fuese preciso, por el ho-

nor nacional, que no es patrimonio de ningún partido, ni está vinculado en institución alguna.

Para luchar no veríamos más que una bandera, la roja y amarilla, ni repararíamos en otros colores que en los del glorioso uniforme vestido por nuestros marinos y soldados.

Somos frugales y no nos intimidaban las privaciones; somos pobres y no nos acongojaba la pérdida de los bienes terrenos; somos gente hidalga y no habíamos vacilado ni vacilaríamos nunca en anteponer la honra á la vida.

Estas cualidades, que antaño se llamaban virtudes y que ahora parecen defectos, no nos habían permitido prosperar ni llegar al grado de perfección en que se encontraban otras naciones, á quienes no había servido de rémora aquel incómodo bagaje.

Pero merced á ellas habíamos conseguido siempre, y conseguiríamos, mientras no las perdiéramos, la que con el oro y con las artes de la política no habían sabido conseguir muchas potencias de primer orden.

Rechazar de nuestra tierra á los invasores, y no quedar afrentados cuando por fuerza mayor quedáramos vencidos.

Enemigos mayores que los norteamericanos conocía de antiguo el suelo peninsular y el de las colonias.

En Filipinas y en Canarias fracasó el poderío de los ingleses, que tampoco lograron establecerse en nuestras Antillas. Y bastante más valían entonces ellos que valen hoy sus hijos espúreos.

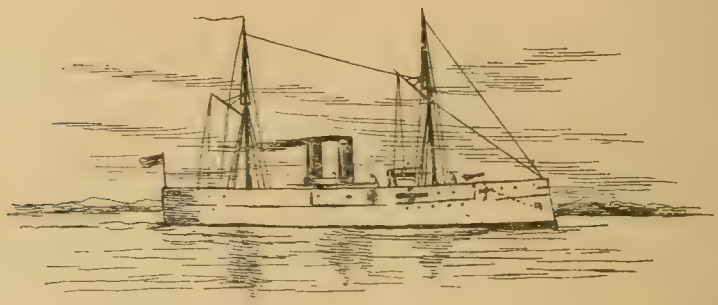
Ya que los Estados Unidos nos buscaban, á donde quiera que llegasen allí nos encontrarían, y sucedería, no lo que en su vanidad prelumían, sino lo que tasase el destino.

Solos nos había dejado Europa, pero malo fuera que no nos bastase llevar la justicia por aliada y la razón por compañera.

Ante una agresión tan brutal como injustificada, hija sólo de la

codicia, con el séquito del odio y de todas las demás malas pasiones, á España solo correspondía ya emplear todas sus energías en mantener la integridad de su territorio, velando por su honor.

Para ello, ya no cabía pensar en la magnitud del esfuerzo, porque la nación no había de entrar en regateos; cabía pensar tan solo en realizarlo.



CRUCERO NORTE-AMERICANO «INDIANA»

España veíase forzada á ir adonde se la llamaba, y en esa resolución inspirarían todos sus actos sus gobernantes.

***

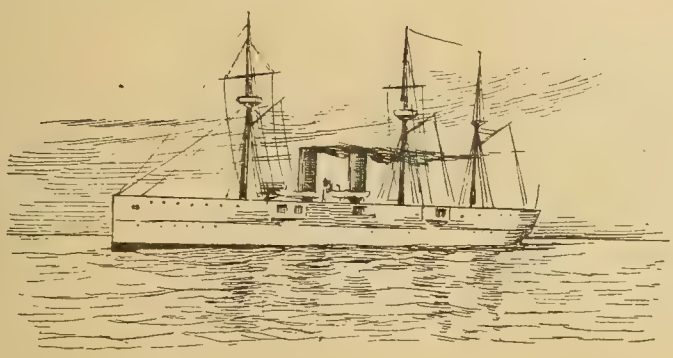
La Corona dirigió también su voz, el día 20, á las Cortes. Esa voz, autorizada como ninguna, reveló todas las graves preocupaciones y también toda la viril entereza del espíritu nacional. Documento de inusitada sobriedad, sólo de aquello que con la inminente guerra se relacionaba trató el discurso regio.

En este punto, las palabras puestas por el gobierno en labios de la Regente, fueron dignas y acomodadas de todo en todo á las circunstan-

cias. No había eufemismos ni rodeos: la reina habló el lenguaje propio del patriotismo, y no podría desearse expresión más resuelta del sentimiento público.

Los medios utilizados por los Estados Unidos para provocar el conflicto, quedarán por siempre en la memoria de los hombres como muestra de la falacia más villana.

El gobierno español tuvo el buen acuerdo de dejarlos consignados en un párrafo del discurso de la Corona, que dicho día 20 fué leído ante las Cortes. La solemnidad con que en él se hizo la acusación á la faz de



CRUCERO NORTE-AMERICANO «SAN FRANCISCO»

todas las naciones, era necesaria. Si; era preciso que todo el mundo supiera «que al ver cercana la constitución de la personalidad ofrecida á las Antillas españolas, los Estados Unidos presintieron que la libre manifestación de la voluntad del pueblo cubano, representado por sus Cámaras, iba á destruir por siempre los planes que contra nuestra soberanía venían fragando los que, con recursos y esperanzas, habían logrado mantener el fuego de la insurrección en la desgraciada isla.»

Y los que así habían procedido, los que estuvieron alentando á los separatistas antes de que se alzaran en armas; los que los empujaron á

la lucha; los que les exigieron que apelasen á la destrucción y que utilizaran el incendio como medio de dar fé de su existencia, esos fueron los que después invocaron hipócritamente sentimientos humanitarios, y á pretexto de pedir que se acabase la lucha y que cesase de correr la sangre, encendieron una nueva guerra, como si no fuera bastante la que se había prolongado en España por su conducta artera durante tres largos años.

No; no tenían pretexto ni escusa. Ni les valió invocar los perjuicios que con la insurrección sufrían sus intereses, puesto que la insurrección fué obra suya, ni mucho menos su mentido deseo de auxiliar á un pueblo que luchaba por establecer un régimen de libertad desde el momento que España la concedió al pueblo cubano con tal amplitud que aún pudo parecer excesiva á los ojos de muchos liberales.

A nadie engañaron ni podrían engañar ya en lo sucesivo. Y si procedieron, á última hora, con tanta urgencia fué porque deseaban estorbar que el voto de la Cámara insular proclamase ante el mundo entero que Cuba era y quería ser siempre española.

Recibióse en Madrid el *ultimatum* de Mac Kinley.

Llegó á la corte de España en la noche del 20 de Abril.

Era un documento de corta extensión, escrito en inglés. No contenía ninguna palabra en cifra.

A las dos de la tarde del 19 recibió el presidente Mac Kinley el Mensaje de las Cámaras notificándole su *joint resolution*.

El presidente firmó enseguida el acuerdo conjunto, y declaró que inmediatamente realizaría actos preparatorios, indispensables para el cumplimienio de la voluntad del Congreso.

Los secretarios celebraron después dos Consejos con objeto de redactar el *ultimatum*. .

Fueron precisos dos Consejos, porque los Secretarios no estaban de acuerdo en el plazo que había de concederse á España, pues mientras unos querían que solo fuera de veinticuatro horas, otros opinaban que debía ser, por lo menos, de cuarenta y ocho, y aún hubo alguno que se inclinaba á que se concedieran tres días.

El presidente, con su habitual hipocresía, manifestó que aún haría algún esfuerzo en favor de la paz; pero, en realidad, la causa fué, que los *yankees* necesitaban once días más para completar la distribución de tropas y escuadras.

No se hallaba Mr. Woodford en su domicilio cuando á él llegó el cablegrama del Secretario de Negocios extranjeros de los Estados Unidos, comunicándole el acuerdo del gobierno de su nación y el plazo que se concedía á España, hasta las once de la mañana del próximo día 23, para que retirase de la isla de Cuba y de aquellas aguas sus fuerzas de mar y tierra.

En el cablegrama se encargaba al ministro plenipotenciario de los Estados Unidos que pusiera estos acuerdos en conocimiento del gobierno español.

Mr. Woodford no cumplió las órdenes transmitidas en ese cablegrama, porque el gobierno español, considerando que semejante *ultimatum* era un ultraje más inferido al honor de España, acordó no admitirlo, y el ministro de Estado tomó las medidas oportunas para no recibir el documento en que hubiera de comunicarle Woodford aquellos acuerdos.

Por consiguiente, las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos quedaron terminadas en la mañana del 21 de Abril.

***

Tuvo gran interes para las cuestiones nacionales la mañana de ese día.

El ministro de Estado, cumpliendo acuerdos del Gobierno, dirigió á primera hora una carta oficial al representante de los Estados Unidos, Mr. Woodford, participándole que, habiendo obtenido sus pasaportes del gobierdo americano el que fué nuestro ministro en Washington, señor Polo de Bernabé, abandonando el territorio de la República de la Unión, el Gabinete español declaraba rotas las relaciones entre ambos paises, resolución que ponía en su conocimiento para los efectos consiguientes, reiterándole la personal consideración.

Mr. Woodford se dió por notificado, y quedándose con el célebre *ultimatum* y considerándose despedido, pasó á conferenciar con el encargado de Negocios de Inglaterra para hacerle entrega de la legación.

Acto continuo se procedió á recoger el escudo de la República norteamericana de la fachada de la casa en que aquella estaba instalada en la plaza de las Descalzas.

En el expreso de Francia salió de Madrid á las cinco de la tarde del mismo día el ministro de los Estados Unidos Mr. Woodford.

Tan luego hubo firmado Mac Kinley la *resolution* del Congreso federal y el *ultimatum*, fué enviada una copia del despacho trasmitiendo éste á Madrid á la legación española, para que lo pudiera copiar el ministro de España.

El señor Polo de Bernabé contestó por carta dirigida al secretario de Estado, Mr. Sherman, lo siguiente:

—«Señor secretario: la resolución adoptada por el Congreso de los Estados Unidos es de tal naturaleza, que mi presencia en Washington resulta imposible y me obliga á pedir los pasaportes. La protección de los intereses españoles la confio al embajador de Francia y al ministro de Austria. En esta ocasión, para mi bien penosa, tengo el honor de renovaros las seguridades de mi más alta consideración, según los usos diplomáticos...»

Inmediatamente fueron entregados los pasaportes, con una carta de Sherman, al señor Polo de Bernabé, el cual salió de Washington, con el personal de la legación, á las siete de la tarde del mismo día 20 de Abril.

***

He aquí, ahora, el texto del despacho á Mr. Woodford, trasmitiéndole el fracasado *ultimatum* al gobierno de España:

«Mr. Woodford, ministro en Madrid:

Habeis recibido el texto de las *resolutions conjointes*, votadas el día 19 por el Congreso federal y aprobadas hoy, relativas á la pacificación de Cuba. Conforme á esta ley, el presidente os encarga que comuniqueis inmediatamente al Gobierno español la resolución de que se trata, con la intimación formal del gobierno americano, que exige que España renuncie inmediatamente á su soberanía y gobierno en Cuba, y retire las tropas de mar y tierra de las aguas cubanas.

«Al hacer esta gestión, los Estados Unidos rechazan todo propósito de ejercer soberanía, jurisdicción ó administración en Cuba.

»Si el sábado próximo 23 de Abril, á medio día, el gobierno de los Estados Unidos no ha recibido del gobierno español una respuesta plenamente satisfactoria á tal intimación y resolución, de manera que pueda asegurar la paz en Cuba, el presidente, sin ningún otro aviso previo empleará en la medida necesaria el poder y la autoridad que le confiere é impone la resolución conjunta de las Cámaras...»

La comunicación oficial con que se despidió á Mr. Woodford, decía así:

«Señor representante de los Estados Unidos en Madrid.

Tengo el penoso deber de poner en su conocimiento que, habien-

do sancionado el señor presidente de la República del Norte de América resoluciones de sus Cámaras en las que se atenta á los derechos de España y se encarga una intervención armada en nuestro territorio, la cual equivale á una declaración de guerra á la nación española, nuestro representante en aquel país, cumpliendo órdenes de este Gobierno, ha abandonado el territorio de aquella República con todo el personal de la legación, cerrando desde ese momento las relaciones diplomáticas y oficiales de España con todos los representantes de aquella nación.

Lo que participo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes, reiterándole la consideración personal.—Madrid 21 de Abril de 1898. —El ministro de Estado, *Pío Gullón* »

Quedaron, por tanto, rotas las relaciones diplomáticas y de amistad entre ambas naciones y acaso lo fueran al otro día las hostilidades.

Frente á semejante resultado de la perfidia americana, tantas veces y con tan escasa eficacia anunciado por la opinión; ante la guerra de legítima defensa á que nos obligaron provocaciones é ingerencias de que no había ejemplo desde los días del primer Bonaparte, tenía la nación española confianza plena en si misma.

Desgraciadamente, no la tenía igual en los hombres que la gobernaban.

Si se hubiese logrado la perfecta identificación entre el pueblo y los hombres que le dirigían, nada hubiera habido para España superior á las energías propias, y sin retroceder una línea, ni murmurar una queja, hubiera soportado bravamente todas las pruebas, todos los tropiezos y todas las amarguras que el porvenir le deparara.

Si el Gobierno, conociendo la magnitud de la terrible misión que le estaba confiada, hubiera sabido hacerse digno de ella; si decidido á salvarse ó caer con la patria hubiera prescindido de cualquier otro género de secundarias obligaciones; si con la firmeza invariable de su actitud hubiera quitado pretexto á la prensa americana para que siguiera

mintiendo como mintió al suponer que España, después de notificado el *ultimatum*, aun podría ceder en once ó doce horas á la demanda de los Estados Unidos, nadie entre nosotros hubiera experimentado la menor vacilación, y el país entero se lanzara á la lucha, sin pararse á medir la cuantía de los riesgos y sin detenerse á contar el número de los adversarios.

No lo hizo así, atendió más á salvar intereses particulares que intereses de la nación, prefirió salvarse á caer con la patria, divorciándose de la opinión nacional, y el inevitable desastre vino, con toda su cohorte de vergüenzas y desastrosas consecuencias.

CAPITULO V

Contraste.—Ellos y nosotros.—Consecuencias de la ruptura de relaciones.—El bloqueo de Cuba.—Acuerdo y órdenes.—El patriotismo español.—Siempre España.—Momento solemne.—Rasgos patrióticos.—Fiebre de noticias.—Tarea árdua.

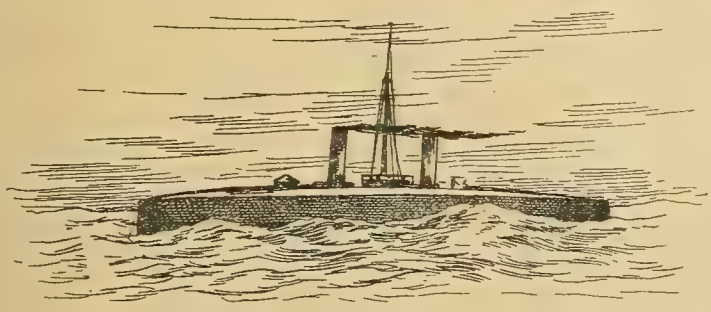
POCAS veces habrá presentado la Historia Universal contraste más extraordinario que el que ofreciera el día 10 de Abril en una y otra orilla del Atlántico, por los Estados Unidos y España.

Allá, un pueblo que codiciaba uno de los espacios más hermosos y ricos del planeta, y que para su adquisición no había escaseado trama, ni recurso, ni manejo, ni vileza, ni infamia; aquí, otro pueblo que defendía lo suyo, lo descubierto y conquistado por él en una de las empresas más grandes que señalan el camino de la humanidad, el territorio sembrado con los huesos de sus hijos, el vínculo con las numerosas naciones que había formado su raza, el dique opuesto á otra raza absorvente é invasora; el derecho, la justicia y la verdad.

El pueblo del lado de allá del Océano contaba 75 millones de habitantes, era quizás el más rico de la tierra, no se hallaba quebrantado por contrariedad alguna exterior ó interior, se había preparado lentamente durante el largo período para llegar al fin que se proponía.

El del lado de acá no alcanzaba la cuarta parte de aquella población; era relativamente pobre; había consumido en tres largos años de guerra la flor de su juventud y mil quinientos millones de pesetas, y sus gobernantes no habían querido creer en el conflicto inevitable que amenazaba á la nación, y sólo á última hora se habían preparado á él.

Todas las ventajas materiales y de circunstancias y tiempo se hallaban de aquella parte: el oro el número, la máquina, la posición, hasta el egoismo de los extraños. De la nuestra únicamente estaban las ven



CAÑONERO NORTE-AMERICANO «CUSHING»

tajas espirituales; el derecho, la razón, la elevada conciencia del deber, la resolución heróica, el sentimiento del honor y del patriotismo.

Y, ¡poder eterno del espíritu! Los que parecía que tenían miedo eran ellos. Las turbas de Washington y de Nueva York, ébrias de soberbia y de codicia; los politicastros del Capitolio, que habían tejido una urdimbre tan basta y grosera que hubiera hecho sentir la verguenza al propio Senado de Cartago; el desdichado presidente de la República objeto de ludibrio del mundo culto, y que hasta en corazones españoles no levantaba enojo sino compasión, pasaban el Rubicón dando gritos, como los muchachos que pasan cantando por los sitios que les asustan. Nosotros íbamos serena y silenciosamente al combate. (?)

Ante los telegramas que de Norte América llegaban, cualquiera hubiese creído que los ofendidos, los provocados eran los *yankees*, según alborotaban, vociferaban y se revolvían. Durante tres años habían estado favoreciendo y apoyando la rebelión de aquellos malvados de la manigua, quienes se encontraron con que ni por breve espacio de tiempo, ni siquiera por fórmula, les reconocían la independencia. Y cuando los dignos representantes del pueblo norteamericano intimaron á España el abandono de Cuba y España rechazó la intimación, rugieron de cólera cual si con ellos se cometiese el mayor de los desacatos.

El espectáculo era risible, si no hubiese sido el prólogo de una tragedia. De todos modos fué repugnante.

***

Cuando se recibió en el departamento de Estado de la República federal el despacho dando cuenta de la nota dirigida por el ministro español á Mr. Woodfort declarando rotas las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, fué comunicado aquél á Mr. Mac-Kinley y éste envió enseguida un secretario á la Comisión de Relaciones exteriores del Senado para qne comunicara á ésta la resolución del Gabinete de Madrid y se recomendase al Congreso federal que adoptara una resolución declarando la guerra á España.

Poco después convocó apresuradamente el Consejo de secretarios.

Este acordó comunicar en el acto instrucciones al comandante de la escuadra norteamericana concentrada en Cayo Hueso, á fin de que zarpase inmediatamente con rumbo á Cuba.

Transmitida la orden, se recibió, estando todavía reunido el Consejo, la contestación del contralmirante Sampson, la cual contenía las siguientes palabras:

«He cumplimentado las órdenes que acabo de recibir.»

En un Consejo de ministros celebrado en la mañana del 21 se tomó el acuerdo por el gabinete de Washington de que la escuadra se pusiera enseguida en movimiento para dar comienzo al plan de campaña, y fué tan reservado el acuerdo, que hasta las tres de la tarde no se supo que la escuadra de Cayo Hueso había zarpado con rumbo á Cuba. En los pliegos cerrados que llevaba para abrirlos en alta mar se la daba orden de que bloquease el puerto de la Habana.

También zarpó el mismo día la escuadra volante que estaba en Hampson Roads.

Había llegado, pues, el momento de la tremenda prueba para España.

La infamia americana iba á consumarse. Las grandes potencias nos dejaban solos. Así lucharíamos más á gusto. De este modo habíamos hecho los españoles nuestra grande historia: peleando contra el imposible.

***

El cable de Cuba nos trajo el día 22 ecos de nobles y grandes voces: en medio de las negruras que nos rodeaban, el patriotismo lanzaba torrentes de gloriosa luz.

Al movimiento admirable de la Península, donde no había un sólo corazón que conociera la incertidumbre ni el miedo, respondía el general Blanco con palabras que sólo pueden salir de labios de un viejo soldado español.

¡Hermosa y conmovedora escena! En la plaza de Armas de la Habana inmensa multitud clamaba por España, y en sublime delirio ofrecíase un pueblo entero á renovar los más altos sacrificios de nuestra historia.

De pronto, imponiendo religioso silencio, adviértese la presencia del general Blanco, y el hombre cubierto de canas, el soldado que parecía prisionero de una política enervante, se rejuvenece, se transforma, se anima, y con una elocuencia que parece responder al primer grito de Colón, pronuncia estas palabras:

«—Si Dios nos ayuda arrojaremos á nuestros enemigos al mar, y Cuba seguirá siendo española. Juro por la patria, encargado de defender la integridad de su territorio, que no saldré de Cuba vivo, si de la lucha no salgo vencedor».

Y la multitud juró á su vez, y el santo nombre de España fué proclamado como única consigna para la victoria ó para la muerte.

Al recuerdo de esa hermosa escena saltan las lágrimas á nuestros ojos, contemplando al caudillo de las armas de España engrandecido por el dolor y abismado por la impotencia.

Esa escena, como todas las manifestaciones que el espíritu nacional había producido y las que siguió produciendo todavía, revelaron al mundo la persistencia moral de nuestra raza.

Tierra generosa y eternamente fecunda la nuestra, todos los cataclismos que la desquician, todas las tempestades que la conmueven, todas las calamidades que la azotan, pasan por ella dejando intacta una poderosa fuerza de regeneración, el divino secreto mitológico de cambiar en vida la ceniza y el polvo.

***

Pobres, desangrados con una secular lucha de ideas y sentimientos, confesados en largos períodos á causas nobles sin posible mezcla de utilitarismo, cruzados cristianos en Africa, heraldos de la humanidad en América, soldados de Europa en Asia, sin nuestros esfuerzos y sin nuestro nombre pierde su clave la Historia del mundo.

Y la sangre que esos esfuerzos representan, y el caudal de energías que nuestras conquistas, nuestras batallas, suponen, hay que ponerlos á cuenta de un puñado de hombres recluídos en un extremo del continente europeo, sin otra fuente de riqueza que una tierra nada fértil y poco forzada por el hierro de la industria.

... Si fué locura la nuestra, fué la locura que durante seis siglos deshizo un califato, impuso respeto á Francia y Germania, clavó en Orán una bandera de triunfo, dominó todos los mares y llevó al silencio y á la barbarie de pueblos desconocidos la tempestad de la vida y el rayo de luz que resplandeció en el Calvario.

¡Locos!... Sí, locos; pero siempre españoles. ¿Quién sabe si la soledad en que Europa nos ha dejado haya venido á significar, sin excluir la admiración, una gran lástima de nuestro estado de espíritu?

Pero así somos y así seremos, y sólo Dios sabe si nuestra locura sublime fué más cuerda que el buen sentido de los pueblos positivistas y razonables.

Alemania, hoy fuerte, no ignora á su costa cómo la fortuna va y viene de una á otra orilla del Rhin; Francia, con su instinto de conservación, sabe desgraciadamente para ella, cómo hay que apelar al romanticismo de Gambetta, cuando el «enriqueceos» de Morny sólo sirve para pagar un rescate infamante; Italia conoce bien cómo una nación sale del sueño de muchos poetas, y acaso aprenda un día cómo hay que volver á los llamamientos líricos y entusiastas para mantener su posición en Europa; Austria no puede desconocer cómo una guerra de un día será bastante para acabar en una hora con una conglomeración de razas: y para Inglaterra, con su orgullo colonizador, escribió Macaulay aquellas terribles palabras que predicen la avalancha de los americanos sobre las playas de sus progenitores...

Sí; Dios solo sabe lo que á cada cual le conviene; pero España tiene descontado esto: que á ella sólo le conviene el honor.

***

A las cinco de la tarde del 22, la escuadra norteamericana se encontraba á la vista de la Habana.

Extremecióse de entusiasmo toda alma española, imaginando la situación en que al pie de la bandera jamás abatida, se hallaban los defensores del honor nacional.

Atrás la manigua con sus hordas; enfrente los acorazados yanquis consumando la más negra infamia que hayan presenciado los siglos.

Y ellos, nuestros hermanos, los pedazos de nuestra alma y de nuestra carne, bajo las balas, frente á los cañones, cercados por el incendio, en lucha con todo lo humano, á brazo partido con el destino, manteníanse en pie, sin admitir otras salidas que la de la victoria ó la muerte.

Desde los días de Hernán Cortés no hubo nada tan grande. Esa América, por nosotros descubierta en hora maldita, quiera ó no quiera irá eternamente unida en su historia á las mayores proezas de nuestro altivo genio y de nuestro indomable valor.

Sólo un pueblo como España hubiese aceptado el sitio de la Habana, que un día entreviera el señor Cánovas del Castillo como el sitio de Troya.

La profecía comenzaba á cumplirse, y sin embargo, el general Blanco hablaba como un héroe de la antiguedad, el ejército y la marina iban firmes como nunca al choque supremo, el pueblo entero entonaba la salve estelar elevándola á la patria; la guerra, que es en sí una maldición y una fatalidad, era saludada en todos los hogares como una liberación de nuestro espíritu.

Un obispo de casta y raza española exclamaba en Tenerife:

«—Para alojamiento de los soldados están las iglesias, las ermitas, la catedral.»

***

En esas palabras está dicho todo. Cuanto era España, cuanto en ella alentaba, ni se arredró ni se rendía... Los cañones que acaso bombardearan la Habana, necesitaban arrasar á España entera para que la infamia yanqui dejase de encontrar quien eternamente la maldigera y la respondiese.

No; la raza sabría resistir. Cada nuevo ataque la encontraba más vigorosa. Los riesgos que en otros pueblos determinan aniquilamientos del ánimo, aquí producían explosiones de amor patrio y recrecimiento en las energías nacionales.

El día 22 fué fecundo en rasgos de españolismo.

Un comerciante de la Habana envió al Gobierno, por el cable, *doscientos mil pesos*. De momento no se supo quién era. Tuvo prisa en enviar su dinero, no en que se conociera su nombre.

El obispo de Tenerife ofrecía para alojamiento de las tropas, las ermitas, las iglesias y la catedral.

El general Blanco, arengando al pueblo de la Habana gritaba llenos de lágrimas los ojos y de altiva fiereza el corazón: «Juro no salir vivo de Cuba si en la lucha no salgo victorioso.»

Los estudiantes y el pueblo de Zaragoza se oponían á que á la puerta de la Sucursal del Banco de España formasen cola para cambiar los billetes los que buscaban el lucro hasta en la ruina de la patria; y un banquero, el señor Ripollés, ponía en su oficina un cartel que decía: «Se cambian billetes *con prima*.»

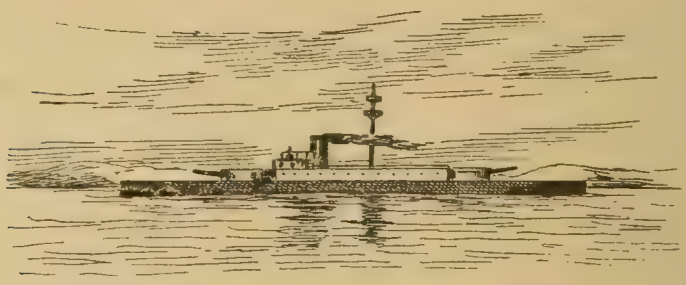
Los banqueros de Valencia tomaban los billetes con prima de una peseta por cada veinticinco.

Esta es España: él heroísmo y la abnegación.

Los peligros se han hecho para engrandecerla.

***

Fué el día 23 un día de gran agitación, de verdadera fiebre de noticias, buenas y malas, que se destruían unas á otras, que producían los

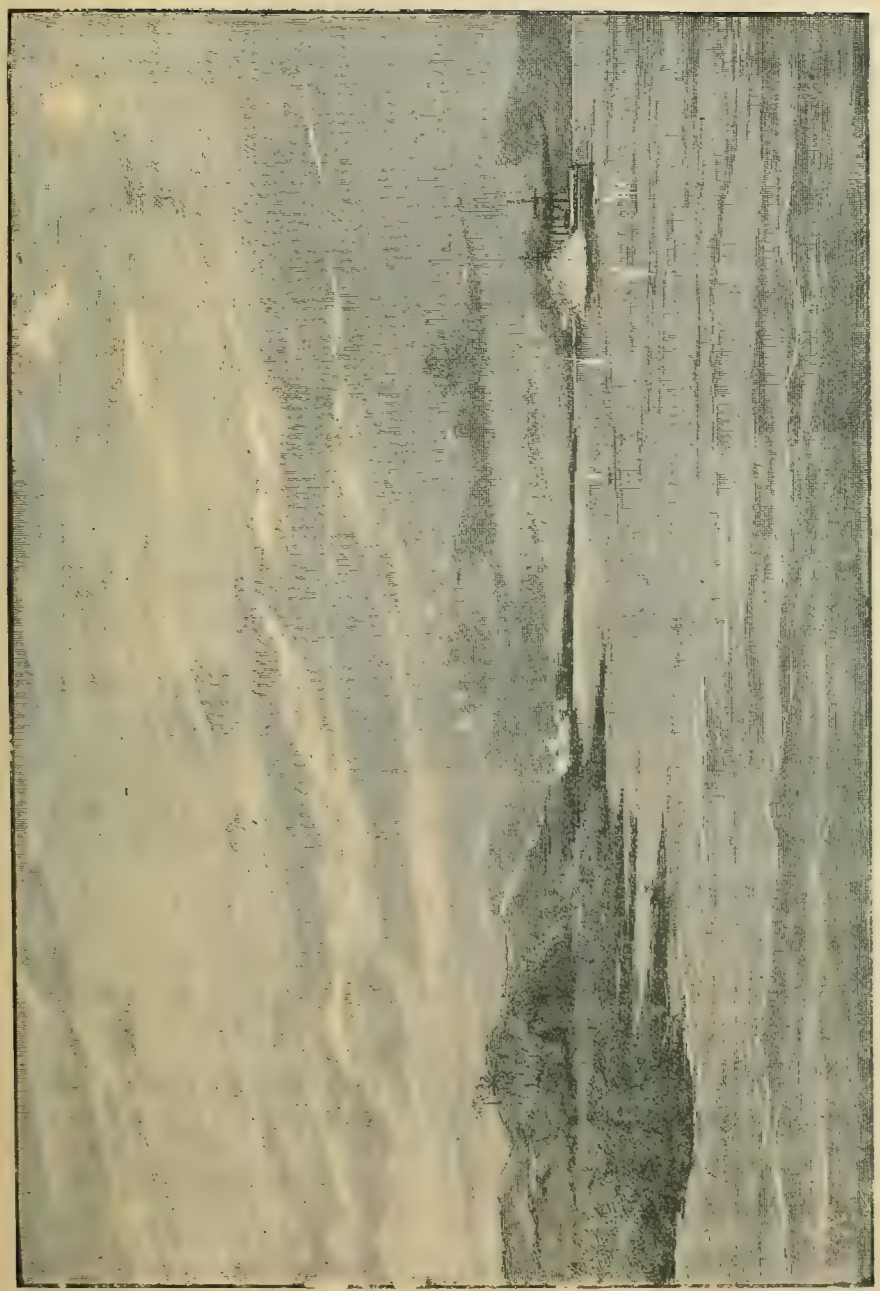


MONITOR NORTE-AMERICANO «PURITAIN»

contrarios efectos de enardecer los sentimientos patrióticos y de deprimir el espíritu público; todo sin razón ni causa suficiente, por un simple «se dice», por un telegrama no confirmado y hasta por una palabra mal interpretada.

No tiene nada de extraño, y es fenómeno común en toda clase de guerras, el que de una y otra parte se esparzan toda clase de noticias absurdas, petrañas inverosímiles, victorias y derrotas imaginarias. Ese es uno de los efectos de la lucha y no de los menos funestos, porque tiene en constante alarma á la opinión.

A todos los noveladores, á todos los ciegos de París, habían de de-



BOMBARDEO DE CÁRDENAS

BLANCO 81

jar atrás los *yankees*. Son maestros en la mentira, fabricantes con patentes de toda clase de supercherías. Para ellos la noticia es un agio, una mercancía cotizable, un agente de emociones. Sin escrúpulos de ningún género, sin que les importe el que quede probada la falsía, tienen siempre el horno caliente para lanzar al mundo las historias más extravagantes, disparatadas y sin sentido común.

La fiebre llegó á tan alto grado, los *canards* alcanzaron tan elevada cifra que, de haber seguido así, no sabemos dónde hubiera ido á parar nuestra flota.

Afortunadamente, la gente reaccionó pronto, y, reflexionando sobre la imposibilidad de las fantásticas presas y sobre la dificultad, además, de conocerse tan rápidamente tales hechos, hizo remitir la fiebre y no dió oídos á los infundios telegrafiados desde Cayo Hueso y Nueva York

A menos que tuvieran los *yankees* todas las escuadras de las potencias navales reunidas, no pudieran hacer el milagro de bloquear la Habana, detener en su ruta todos nuestros trasatlánticos, apresar los buques de guerra españoles, escoltar los auxilios á los reconcentrados, preparar desembarcos y estar al cuidado y defensa de sus extensas costas.

Era esa mucha tarea para un solo *Tío Sam*, ya un poco perturbado con la mala hazaña de habernos declarado la guerra.

CAPITULO VI

El diario de la guerra.—El bloqueo de la isla.—Los decretos de Mac-Kinley.—*Aquila non capit muscas.*—En nuestro puesto.—Diario de la guerra.—La proclama del presidente Mac-Kinley.—Prólogo enojoso.—El corso.—Desembarco de una partida.—Lo que pretendían los *yankees.*—Nuestra marina de guerra y nuestra marina mercante.—En el mar de la China y en el mar Caribe.—El cañonero Elcano y el trasatlántico *Monserrat.*—El bloqueo burlado por un correo español.—El bravo capitán Deschamps.—Entusiasmo y plácemes.—Deuda contraida y deuda cumplida.

QUEDÓ establecido, aunque no total, sino parcialmente, el bloqueo de la isla de Cuba. Doce buques yankis se presentaron en las últimas horas de la tarde del 22, á unas diez millas de la Habana, situándose, según telegrama del general Blanco, en línea recta. Semejante aparato era, por decirlo así, una especie de notificación oficial de que el bloqueo daba principio.

Este no alcanzaba, á lo que parecía, más que á la parte occidental de la isla, la que comprende las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Santa Clara. Otra versión suponía que los puertos bloqueados eran, por el contrario, los de la mitad oriental. Ni una ni otra versión se ajustaban á la verdad; y la verdad es que no hubo tal bloqueo, y sí únicamente una ostensible manifestación de fuerzas navales á algunas millas de las costas de Cuba.

El hipócrita Mac-Kinley, según telegrafiaron de Washington, se oponía á que la escuadra *yankee* bombardease la Habana. Mejor hubiera hecho en confesar que el Morro y la Cabaña, con sus cañones, eran los que mantenían á *distancia honesta* de la capital de la isla los barcos del contralmirante Sampson.

Ya contábamos de antemano, al pensar que no se decidirían á disparar contra aquellas poblaciones que tuvieran defensas adecuadas para contestar al ataque, con los *sentimientos humanitarios* del presidente proteccionista, digno émulo de la zorra de la fábula, que, al no poder alcanzar las uvas, decía que estaban verdes.

Respecto del desembarco en la isla, decían de Washington que el general Miles proponía que se llevase á efecto lo más pronto posible.

Pero ese mismo general indicaba que necesitaría seis semanas ó dos meses para prepararlo. ¡Apenas podían ocurrir sucesos en ese lapso de tiempo!

*
* *

Hay que reconocer que no se daban gran prisa nuestros adversarios.

No bien España entregó los pasaportes á Mr. Woodford, salieron de la Casa Blanca multitud de órdenes, en las cuales, amén de otras cosas varias, se decretaba lo siguiente:

«El ataque simultáneo á Puerto Rico y Filipinas, una demostración de fuerza en la bahía de la Habana, el bloqueo de toda la isla de Cuba y el desembarco, en su parte oriental, de un cuerpo expedicionario de veinte ó treinta mil hombres.»

Todo ello había de efectuarse sin pérdida de minutos, pues era sabido y estaba anunciado que la gran República no invertiría más que dos semanas en pacificar nuestra Antilla, prévia la expulsión forzosa de nuestro ejército de mar y tierra.

Pues bien; á los tres días de haber roto de hecho la America del Norte, con un acto de piratería vulgar, (el apresamiento del vapor *Buenaventura*) las hostilidades, no había la menor traza de que la decantada y simultánea agresión se realizase.

Habíase anunciado el bombardeo de los puertos de Cuba, y hasta la fecha apenas si la escuadra del comodoro Sampson se habia acercado á tiro de la fortaleza del Morro, y el bloqueo de toda la isla no se había hecho efectivo más que en una mínima parte de ella.

El águila de Washington, desmintiendo aquel proverbio de baja latinidad, «*aquila non capit muscas*», se dedicaba á cazar barcos mercantes y lanchas de pesca.

En otros términos: no hacía más que practicar el corso por medio de acorazados y cruceros protegidos.

Nadie vea en estas indicaciones el menor asomo de extemporánea ó *póstuma* arrogancia.

Queremos exponer tan solo, con ayuda de antecedentes, que la guerra suscitada por los Estados Unidos á España fué y era de carácter ofensivo, mientras que la aceptada por nosotros tenía todas las condiciones de la guerra defensiva, ó séase de la guerra justa.

A ella fuímos después de apurados todos los medios decorosos de transacción y de colmada la medida de nuestra paciencia.

No hubo para España ni opción ni alternativa, y jamás la crítica extranjera podrá motejarnos de que por espíritu belicoso ó quijotesco nos arrojáramos á una temeraria aventura. Ni teníamos otra solución, ni nos quedaba otra salida.

***

Se nos intimó de manera brutal, como no hubieran hecho con los antiguos principados danubianos los rusos y los turcos, á que abandoná-

semos una porción de territorio, que nunca había sido de nadie más que nuestro, y en el cual manteníamos para defensa de nuestra legítima jurisdicción ciento cincuenta mil soldados.

Soportar semejante iniquidad hubiera equivalido á perder, no ya la propiedad de Cuba, sino el derecho á la vergüenza; no sólo la consideración de los extraños, pero también el respeto de nuestros hijos.

Y no cedimos ni podíamos ceder.

Tan convencido estaba el pueblo español de que esta resistencia era una necesidad, y tan arraigada en su ánimo la idea de no ponerse de rodillas ante poder alguno, y de no tender las manos para que se las atasen ni la mejilla para que se la abofetearan, que si un gobierno cualquiera le hubiese propuesto transacciones injustas ó humillantes, lo hubiera considerado al punto no menos enemigo suyo que los mismos *yankees*, y por tenerlo mas próximo se vengara en él de la doble injuria.

Sentía la inexorable obligación de la guerra España toda, porque el corazón la impulsaba á no tolerar, mientras conservara el resuello, groseros y despóticos agravios. Y la sentía, además, porque el instinto le enseñaba que esa solución, aunque violenta y fatal, era la única que tal vez le permitiera salir del atolladero en que varias series de gobernantes la habían metido.

Inútil fuera aducir testimonios, pues á millares saltan á la vista, para demostrar que el país entero no pensaba en nada sino en la lucha á que le había obligado la soberbia y la codicia, de consuno, de los Estados Unidos, ni se preocupaba por ningún concepto de los asuntos políticos interiores.

No fijaba la menor atención en el Parlamento, se desentendía de las pasiones y preferencias de partido, y no tenía alma ni ojos sino para fijarlos ansiosamente en Cuba, como los fijara otro día en Puerto Rico, en Filipinas ó en el lugar á que primero arribasen nuestros provocativos adversarios.

Donde sentaran el pié los invasores, allí viviría, lucharía y estaría la Patria entera.

Tal era la situación que los Estados Unidos nos crearon, y á ella nos atemperamos, satisfechos de poder vivir ó morir con honra.

***

Reducidos nos veíamos, bien á pesar de todos, á comentar lo que hacía el enemigo; no lo que nosotros haciamos. Y así había de ocurrir mientras la guerra no se formalizase, tomando en ella parte nuestra escuadra; porque la guerra con los Estados había de ser naval, ó no había de ser.

Marinos expertos y valerosísimos contaba tener España que sabían, seguramente, lo que más convenía hacer, y no sería suya la culpa de que á los cinco días de declarada la guerra con los Estados Unidos, no se hubiese contestado ya á las intrusiones *yankees* como correspondía á su honor militar y á la honra de la nación.

El cable nos anunció el día 24 la salida de Tampa, en aquella semana, de una expedición filibustera que se proponía desembarcar en las costas de Cuba municiones de guerra para Máximo Gómez, al amparo de los buques de guerra de los Estados Unidos.

En esto vinieron á parar los socorros *yankees* á los reconcentrados. Bueno es que lo recordemos á Europa.

He aquí la parte dispositiva de la proclama publicada por el presidente Mac Kinley estableciendo el bloqueo de la costa Norte de Cuba:

«Yo, Guillermo Mac Kinley, presidente de los Estados Unidos, por la presente declaro y proclamo que los Estados Unidos de América han establecido y mantendrán el bloqueo de la costa Norte de Cuba, comprendiendo los puertos de dicha costa entre Cárdenas, Bahía Honda y

el puerto de Cienfuegos de la costa Sur, de acuerdo con las leyes de los Estados Unidos y las del derecho internacional aplicables á tales casos.

«Una fuerza suficiente se destinará á impedir la entrada y salida de barcos de los puertos mencionados. Cualquier buque neutral que se acerque á alguno de estos puertos, ó trate de salir de los mismos, sin tener conocimiento del estado del bloqueo, será debidamente advertido por el jefe de las fuerzas bloqueadoras, que harán constar en su libro de bitácora la fecha del aviso y el lugar donde se le ha dado.

«Y si el mismo barco intentara de nuevo la entrada en cualquier puerto bloqueado, será capturado y enviado al punto más próximo, considerando el barco y su cargamento como presa en la forma que se juzgue conveniente.

«Los buques neutrales fondeados en cualquiera de dichos puntos al establecerse el bloqueo, tendrán treinta días para salir de los mismos...»

***

Inacabable llevaba trazas de ser el prólogo de la guerra inícua á que nos había provocado la América del Norte, y, de continuar así las cosas más que una amenaza terrible para España, llegaría á ser un estorbo intolerable para el resto del mundo.

Los cruceros y cañoneros de los Estados Unidos, incapaces para causarnos verdaderos daños de guerra, perseveraban en la captura de todas las embarcaciones grandes y chicas, y por supuesto indefensas, que se colocaban á su alcance.

Mientras el gobierno de Washington, emulando en disposiciones contradictorias á Mac Kinley, y alegando un respeto profundo al derecho de gentes, declaraba libres á todas las naves que hubiesen salido de sus puertos antes del día 21, (fecha en que se proclamó la declara-

ción de guerra por la República federal), los buques del Estado, apresaban sin escrúpulo á las que zarparon el 19 y el 20, no de otra manera que si quisieran demostrar, juntamente con sus exclusivas aptitudes piráticas, su alto desprecio hacia aquellas solemnes declaraciones.

Hecha por Mac Kinley la afirmación de que eran libres las naves que partieron con anterioridad á la indicada fecha, el apresarlas y el retenerlas constituyó un atentado, contra el cual pudimos y debimos usar ciertas armas, de que en otro caso podíamos prescindir.

D. MANUEL DESCHAMPS
(Capitán del trasatlántico *Montserrat*)

Con tanta generosidad como desinterés anunció el gobierno español que España no ejercitaría, mientras las circunstancias no la obligasen, la libertad que en el Congreso de 1856 se reservó; pero ya que muchos enemigos convertían sus buques de guerra en corsarios, ¿por qué, colocándonos en el mismo terreno, no se dió gusto á todos los que en la Península y fuera de ella pedían patentes de corso.. ?

***

El desembarco de una partida de 500 hombres, mitad *yankees* y mitad cubanos, en la costa de la provincia de la Habana, y la circuns-

tancia de haber extendido la escuadra americana el bloqueo desde Cárdenas hasta Bahía Honda, señalando también como puerto sometido á igual medida de guerra el de Cienfuegos, en la opuesta costa de la isla, fueron hechos que pusieron de manifiesto los propósitos y el plan de los Estados Unidos.

Estos pretendían á todas luces dejar á la Habana sin subsistencias. Para impedir que se proveyera por mar de los recursos necesarios á la vida de una ciudad populosa, establecían el bloqueo delante de la Habana, extendiéndolo por Oriente hasta Matanzas y Cárdenas, y por Occidente hasta Mariel y Bahía Honda.

En efecto; estos puertos son los más inmediatos á la capital, y los dos primeros tenían además con ella comunicación por la vía férrea; al cerrarlos, el enemigo pretendía dejar á la Habana sin los recursos que por estos puertos podrían llegar allí fácil y rápidamente.

Aunque más alejado el puerto de Cienfuegos, por su importancia y por comunicar también con la Habana por ferro-carril, hallábase en condiciones de auxiliarla. Esto explica el hecho, á primera vista anómalo, de haber sido bloqueado por el enemigo este solo puerto en la costa Sur.

El desembarco verificado por el cabecilla Lacret cerca de Bacuranao, á que antes nos referimos, reveló también el complemento del mismo plan. Se vió que los *yankees* pretendían arrojar sobre las playas inmediatas á la Habana varias expediciones del mismo fuste, cuyo desembarco procuraría facilitar su escuadra.

Y así, al paso que ésta cerraba las comunicaciones por mar, las partidas desembarcadas tratarían de impedir que entrasen en la Habana los recursos que podían llegar por tierra.

Ese propósito se comprobó también por el encuentro que tuvieron aquellos días nuestros soldados con las partidas del cabecilla Delgado, que quedó en el campo; encuentro que tuvo evidentemente por teatro

las inmediaciones de Punta Brava, donde operaba la guerrilla Peral y donde murió Maceo.

Semejante plan ofrecía, por fortuna, un gran inconveniente para el enemigo. Y es que, para dar algún resultado, exigía más tiempo del que necesitábamos para que el ejército de Cuba y nuestra marina lo desbaratasen.

Por tierra estábamos perfectamente seguros, y lo estaríamos también por mar en cuanto nuestros barcos de guerra se hallasen en la bahía de la Habana.

***

Prescindiendo de rumores, no comprobados, que el telégrafo transmitió el día 27, dos hechos confirmados oficialmente, y satisfactorios ambos, exigen por su importancia, y más especialmente por su significación, que les dediquemos algunas líneas.

En ellos aparecen, aunque ocurridos á extraordinaria distancia el uno del otro, dándose la mano, por decirlo así, la marina de guerra y la mercante; aquélla apresando un barco norteamericano en el mar de la China, y ésta rompiendo el bloqueo de la escuadra enemiga en el de las Antillas.

Así aparecen coadyuvando á la obra común, á la defensa de la patria, el trabajador y el soldado; así aparece la nación unida para un mismo fin y alentada por idéntico propósito, en los dos extremos del mundo: con el comandante del cañonero *Elcano*, en el Archipiélago magallánico; con el capitán del trasatlántico *Monserrat*, en el mar Caribe.

Y mientras España demostraba de tan gallarda manera hasta donde alcanzaba todavía su brazo, los Estados Unidos con sus setenta y

cinco millones de habitantes y sus incalculables millones de dollars, tenían que ir á tratar de potencia á potencia para que les ayudasen en la empresa que acometieron con los Gómez, los García, los Delgado, los Carrillo y demás gente de la manigua.

Impresionada estaba la opinión, con alarma y zozobra vivísimas por la suerte que hubiera corrido el vapor *Monserrat*, uno de los mejores trasatlánticos de la Compañía española. El 26 se le vió á la altura de la Habana, y después desapareció con rumbo desconocido, porque le perseguían los buques norteamericanos que tenían establecido el bloqueo, tan poco efectivo, en la parte occidental de Cuba.

Los *yankees*, que á falta de los hechos de armas que iban á realizar en cuanto se declarara la guerra, se dedicaban á inventar toda especie de patrañas, daban desde Cayo Hueso, como cosa segura, que el *Montserrat*, con todo su cargamento y con los soldados que iban á bordo, había caído en poder de la escuadra bloqueadora.

No se le concedió nunca al rumor un gran crédito, puesto que todo el mundo abrigaba la convicción de que no se había de entregar un barco con soldados españoles, ni había de dar lugar á ese trance de captura la pericia en el mar de un capitán de la Trasatlántica.

La circunstancia, además, de haber entrado en la Habana burlando la vigilancia de la flota *yankee* el crucero italiano *Gtovanni Bauzán* y un vapor de la empresa *Herrera*, hacía esperar que el mismo éxito acompañase á nuestro correo.

***

Así sucedió, cumpliéndose las previsiones de la opinión y del general Blanco. Decía éste en un telegrama al Gobierno: «El vapor *Monserrat* se presentó á la vista del Morro. La escuadra destacó un

buque para impedir su entrada, y el *Monserrat* se vió obligado á hacerse á alta mar. Créese que ha podido burlar la persecución.»

Y, en efecto, según telegrama oficial y despacho recibido en las oficinas de la Trasatlántica, el *Monserrat* que llevaba 500 soldados, y algunos oficiales y gran cantidad de víveres y municiones, logró entrar en la mañana del 27, á las diez, en el puerto de Cienfuegos.

Para lograr hacerlo, el *Monserrat* se vió en graves peligros. Tuvo que atravesar, precisamente, la zona bloqueada. Al no poder entrar en la Habana porque se lo impedían los cruceros norteamericanos, el capitán del trasatlántico se hizo á la mar y tomó el rumbo de la costa occidental, pasando por delante de Mariel, de Bahía Honda, de todas las costas bloqueadas. Deslizóse entre los buques americanos y logró que no lo vieran unos, y ganando á otros en velocidad, huyó de sus fuegos.

Por la parte Norte no podía el *Monserrat* guarecerse en ningún puerto; primero, porque todos ellos carecen de condiciones para anclar y para desembarcar; y luego, porque ello hubiera equivalido á meterse en la boca del lobo, esto es, á entregarse.

El *Monserrat* prosiguió su viaje por la parte Norte de la provincia de Pinar del Río, dobló el cabo de San Antonio, siempre peligroso, y otra vez en alta mar, enderezó su rumbo á un puerto de refugio. Pasó por debajo de la isla de Pinos, porque de hacerlo entre ésta y la isla de Cuba, se exponía á un seguro varamiento.

Y cuando no se tenía noticia de él, cuando se le creía perdido, cuando se le situaba en Jamáica, apareció en la costa del Sur, tomando la embocadura de la magnífica bahía de *Jagua*.

Para esquivar el encuentro con los cruceros norteamericanos hubo de marchar á razón de 18 y 19 nudos por hora á tiro forzado, con lo cual su salvación era segura, porque aquellos barcos de guerra, en ningún caso podían alcanzar tal velocidad.

Se comprende la ansiedad por la que pasarían los pasajeros de

Monserrat. Se admiran los esfuerzos de serenidad, de arrojo, de pericia que hubo de desplegar el capitán. Para éste no sólo estaba el peligro en una lucha, en un choque, sino en perder el cargamento, en el que iban municiones y armas en abundancia.

Todavía, sin duda, le creerían los cruceros norteamericanos huyendo de su persecución ó dando bordadas por las costas del Norte cuando ya el *Monserrat*, que apenas retrasó unas treinta horas el término de su viaje, anclaba en Cienfuegos.

Allí en Cienfuegos, en la bahía de *Jagua*, en el gran puerto de las Américas, podía estar y estaba completamente seguro. La bahía de Cienfuegos ó de *Jagua* es la mayor de la isla, y tal vez una de las mayores del mundo. Cuenta quince leguas marítimas de costa, sin comprender sus ríos navegables, y su extensión es de diez millas sobre cuatro y cuarto de ancho, con buena calidad de fondo y con una superficie de siete leguas cuadradas, habiendo desde el puerto á los cayos y arrecifes de sotavento un tramo como de catorce á quince leguas.

La llegada del *Montserrat* á Cienfuegos podía prestar, además, grandes servicios, como los presta siempre en un caso de bloqueo, el que un gran barco lo fuerce yendo en auxilio de los bloqueados y restableciendo de ese modo las comunicaciones. Hasta Cienfuegos debía extenderse el fantástico bloqueo, según la declaración de Mac Kinley. Ya se ve, pues, cómo lo sabían hacer efectivo las escuadras norteamericanas.

***

En cuanto se supo que el *Montserrat* estaba á salvo en Cienfuegos sin haber sido apresado y tras una larga navegación tan llena de graves riesgos, todo el mundo prodigó elogios sin tasa al valeroso capitán.

Ese experimentado y bravo marino era don Manuel Deschamps, natural de la Coruña, donde goza de general estimación, de ardorosas simpatías.

Tal nombre era y es pronunciado con cariño y con admiración por España entera y aun fuera de ella; que en todas partes se ensalzan y despiertan entusiasmo los actos de gran valor.

VOLUNTARIO YANKEE

En Madrid y en Barcelona, la emoción de alegría fué vivísima. En todos los Casinos y círculos, á última hora de la tarde del 27, hubo júbilo profundo entre la grandísima concurrencia de socios. Lo mismo ocurrió en los cafés, en los teatros, en las calles, en todos los centros de la capital. Toda la sociedad, todos los españoles aclamaban la hazaña del señor Deschamps, capitán del *Montserrat*.

Y todos, todos cuantos hablaban del suceso feliz, pedían una recompensa para el bravo marino, honra de nuestra flota mercante y del personal de la Trasatlántica.

Era deuda de la patria para uno de sus hijos valerosos y heróicos: deuda que España supo en su día cumplir.

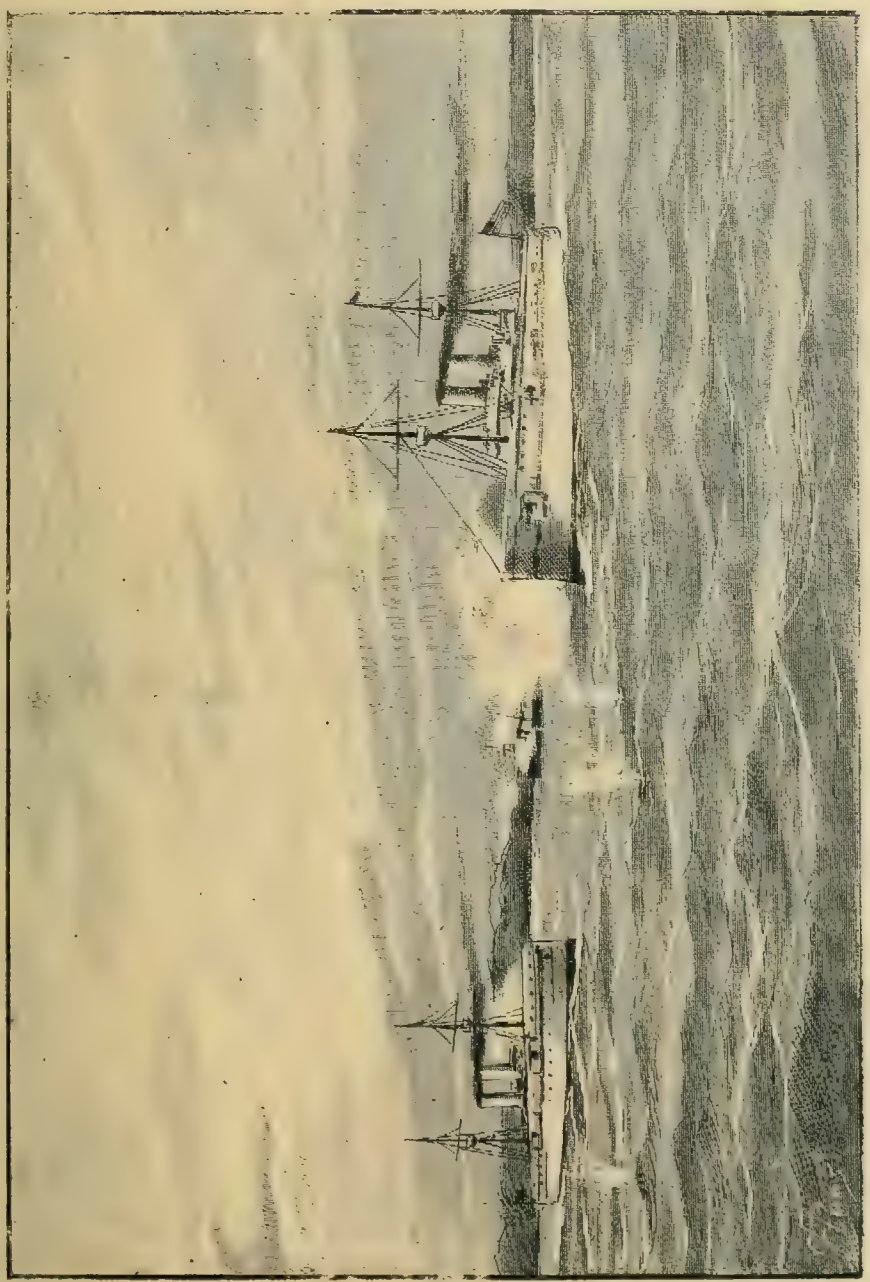
CAPITULO VII

Amagos y simulacros.—Confusión.—El espíritu público en España.—Rasgos de entusiasmo. Torpezas *yankees*.—El bombardeo de Matanzas.—El parte oficial.—El plan de los yankis. —El intento del enemigo.—El bombardeo de Cienfuegos.—Plazas y defensas reforzadas. —El espíritu de las tropas y voluntarios.—Despacho oficial.—Apresamiento del *Argonauta*.—Triste impresión.—Intento de desembarco.—Retirada de la escuadra bloqueadora.

ENDABA la escuadra americana por las aguas de Cuba en amagos sin gallardía y en juegos y simulacros poco conformes con el ardimiento explosivo de que se sintieran poseídos los energúmenos del Capitolio y el impaciente Mac Kinley.

El primer destroyer yanki puesto al alcance de uno de nuestros cañoneros, había huído con toda prudencia y con toda velocidad. Los valientes guardaban sus arrestos para apresar piráticamente, á traición y á mansalva, modestas y desprevenidas embarcaciones mercantes.

Era indudable que reinaba gran confusión en las esferas oficiales de los Estados Unidos, y más especialmente en el departamento de la Guerra. Dos meses largos había estado la prensa de aquel país, y con ella los políticos y los agiotistas, acumulando cifras y más cifras de miles de hombres y de millones de dollars, con los cuales amenazaban destruirnos en veintinticuatro horas.



BOMBARDEO DE CIENFUEGOS

Y había producido, seguramente, en ellos extraño asombro el espectáculo de un pueblo que parecía rehuir la guerra cuando podía considerarla lejana, y que de golpe, cuando más próxima la viera, se transformaba completamente é iba á ella sin la menor vacilación.

Mientras en las Cámaras de Washington recriminábanse unos á otros, sacando á la colada los horrores de su administración y la flaqueza de su marina, aquí el espíritu público revelábase entero con mil y mil rasgos de maravilloso entusiasmo.

Madres como las de Badajoz, que desistía de librar á su hijo, al enterarse de que España estaba en guerra con una nación extranjera; capitanes generales como el anciano é insigne conde de Cheste, que á los ochenta y cuatro años iba al Senado para jurar por la patria; purpurados que hablaban como habló el ilustre cardenal Sancha y el venerable obispo de Tenerife; oradores como Salmerón, como Silvela, como el duque de Tetuán y otros, que brindaban á España la fuerza y el sacrificio de cuanto representan los partidos; el desprendimiento colosal de un marqués de Arguelles donando al gobierno español dos millones de duros para la guerra; los generosos y expléndidos donativos de todas las clases sociales, desde el grande de España al portero y al sereno humilde, ponían á luz clarísima la decisión de nuestro país á no retroceder, costara lo que costara y sucediera lo que sucediera.

El caso era para asombrar á cualquier *yankee* y trastornarle el poco juicio que los Sherman, los Morgan y demás vociferadores le habían dejado en aquellos tres últimos años de bravatas de todo género, formuladas detrás de las paredes del Capitolio.

A aumentar esa confusión contribuyó, sin duda, algo también la torpeza de los marinos norteamericanos, bien demostrada á la fecha con la varadura que sufrió uno de sus cruceros en la costa occidental de Pinar del Río, con la colisión de los monitores *Hornet* y *Terror*, que por colisión nos la dieron las Agencias por efecto de una torpe maniobra,

aunque es posible que la pérdida del *Hornet* se debiera á otra causa, y con el chasco que les dió el *Montserrat*, burlándose en sus propias barbas.

***

En cuanto á lo que calificaron los periódicos yankis de bombardeo de Matanzas, y que no fué más que un intento ó ensayo del alcance de sus cañones, hubo tales contradicciones y tanta exageración por parte de las Agencias telegráficas, que dificilmente hubiéramos podido formar juicio de los sucesos, á no haber llegado con oportunidad el parte oficial que transcribimos á continuación, para que nuestros lectores puedan formar juicio exacto acerca de las proporciones que tuvo el hecho.

En él daba cuenta el general Blanco, sobria y sencillamente de la agresión tan ridícula como brutal que los americanos llevaron á cabo la tarde del 27. Los despachos de la prensa americana, que más ó menos desfigurados llegaban á Madrid por Londres y Paris, cuando no venían directamente desde Nueva York ó desde Cayo Hueso, dieron el 28 proporciones desmedidas y atribuyeron resultaron falsos—60 bajas y la destrucción completa de las baterías del Morrillo de Matanzas—á lo que solo nos pareció en el primer momento un simulacro de bombardeo, y que no pasó de simple reconocimiento de nuestras fortificaciones.

Destruídas éstas, según la versión yanqui, es lo cierto que no sufrieron el menor daño, como tampoco se sintieron en la plaza los extragos de la artillería enemiga, aún menos certera que animosa. Los cinco barcos americanos que tomaron parte en el bombardeo (?), permanecieron constantemente fuera de la acción de los cañones españoles, por desgracia muy inferiores en calidad y alcance. El fuego duró cerca de una hora, más los disparos no llegaron á cincuenta en la escuadra,

ni pasaron de diez y ocho en las dos baterías hostilizadas. Sin pérdida alguna en las cosas ni en las personas, pudieron el pueblo y la guarnición de Matanzas celebrar la retirada de los buques enemigos, mientras nuestras armas obtenían en el campo inmediato señalada victoria sobre las partidas insurrectas, que comenzaban á operar por aquella parte en movimiento de concentración.

***

Se dijo aquellos días que el plan de los norteamericanos consistía, á la fecha, si es que por ventura llegaron á poder trazarse algún plan de guerra, en apoderarse de Matanzas y fijar allí su base de operaciones, para avanzar más tarde sobre la Habana. Suponíase que los rebeldes concurrirían por tierra al ataque de la plaza elegida y que instalarían allí, provisionalmente, la capital de la famosa República cubana. Hubo quien añadió que Máximo Gómez y Calixto García tenían ya tomadas todas las disposiciones necesarias para la ejecución del proyecto, y que Matanzas vendría á ser, si se lograse, el principal punto de abastecimiento de la insurrección en armas, víveres, municiones y toda clase de pertrechos.

A ser ciertas estas noticias, la intentona de los yanquis y sus aliados comenzaba con un doble descalabro, pues por poca importancia militar que tuviera ese hecho de armas, el segundo de la guerra, resultó tan favorable y satisfactorio para nosotros como el primero, que fué el afortunado combate de artillería entre la *Ligera*, no más grande que uno de los vapores golondrinas de nuestro puerto, y el orgulloso *Cushing*, uno de los mejores *destroyers* americanos.

Cuando la cañonera *Ligera* destrozó la máquina del *Cushing* delante de Cárdenas, la tarde del 25, con una bala que le metió en el cos-

tado, las Agencias nos contaron que este *destroyer* había sufrido la grave avería por habersele volcado el vapor haciendo maniobras. Y después se supo que no había en todo ello ni una palabra de verdad, sino el deseo de cubrir un fracaso. Y como vulgarmente se dice, quien hace un cesto hace ciento.

Con el despacho del general Blanco á la vista, es fácil apreciar la verdadera importancia del bombardeo (?) de Matanzas.

***

«*Habana* 27.—Capitán general á ministro Guerra:

Al mediodía del 27, tres cruceros americanos rompieron fuego sobre las baterías del Morrillo, puerto de Matanzas, sin causar daño; de 32 disparos hechos, sólo dos cayeron próximos á la batería; las nuestras hicieron 14 disparos, contestados por los cruceros con multitud de granadas de metralla, que tampoco hicieron daño; contra la batería de Sabanilla hicieron más de 40 disparos, que sólo mataron un mulo; la batería disparó cuatro cañonazos por estar los barcos sólo al alcance de uno de los cañones.

La escuadra enemiga se componía de cinco buques, que han disparado granadas contra la plaza. cayendo varias en ella, algunas de grueso calibre, sin causar daño á la población.

Los cónsules de Francia y Austria protestan contra violaciones guerra, por bombardeo sin prévio aviso; las tropas de la plaza ocuparon sus puestos animados del mejor espíritu, habiéndose hecho dignas del mayor elogio las que guarnecían los fuertes cañoneados; el bombardeo duró una hora. Al parecer, se ha causado averías en aparejo barco enemigo de tres chimeneas.

Al propio tiempo, el coronel Alfau alcanzaba y batía en Mogote,

al Sur de Matanzas, á las partidas concentradas al mando del cabecilla Bethancourt, tomando sus posiciones al enemigo, que dejó 20 muertos, muchas armas, caballos y efectos: identificados cabecillas C.la y Zamora; las tropas, dos soldados muertos, y heridos un teniente y dos de tropa.

Felicito al general Molina, guarnición de Matanzas y columna Alfau por su bizarro comportamiento.

Se ha presentado en Matanzas el titulado capitán Nojas, con cinco rebeldes más, armados y montados.—*Habana*».

***

Como se vé, y supusimos, los detalles que dieron las Agencias sobre el terrible bombardeo de Matanzas, eran falsos los unos y muy exagerados los demás.

Si los *yankees* se proponían destruir las baterías que se estaban levantando á la entrada del puerto, su acierto no correspondió á su propósito; sólo dos de sus disparos enviaron los proyectiles cerca de una batería; los demás se perdieron.

Cierto que algunas granadas cayeron dentro de la ciudad; pero, además de que no causaron daño, el hecho dió motivo para que los cónsules de Francia y Austria protestasen de que la población hubiese sido bombardeada sin prévio aviso, violando las leyes de la guerra.

No es hora ya de perder el tiempo preocupándonos respecto á las prácticas que observan en estos casos los pueblos de Europa; pero tan poco debemos dejar pasar estos sucesos que obedecieron, sin duda, á un plan preconcebido, sin señalar los fines que con ellos perseguía el enemigo.

Generalmente, en estos sucesos no se vé más que el resultado in-

mediato; se cuentan los destrozos materiales, las bajas, y como el hecho no tiene importancia suficiente para resolver el problema, se espera con mayor ó menor importancia otro acto de hostilidad de los contendientes. En el caso que nos ocupa conviene ahondar un poco.

En el bombardeo de Matanzas hubo algo más que los daños materiales. Hubo el intento manifiesto de someter por el terror á los cubanos leales divorciándolos de la causa de España. Hubo el intento de obligarles á que se volvieran contra nosotros mismos. Hubo, en una palabra, el propósito de someterlos á un poder extraño, no sólo sin contar con su voluntad, sino violentándosela por los medios más bárbaros y más odiosos.

Holgarían seguramente tales observaciones, si los Estados Unidos no hubieren invocado el amor á la paz y el horror que les inspiraban los males producidos por la guerra, para encubrir sus propósitos anexionistas. Ya se vió cüán humanitarios fueron los procedimientos á que ellos apelaron. Huyendo de las fortalezas de la Habana, donde había cañones que les podían contestar, y dirigiendo los suyos sobre poblaciones á donde sus fuegos podían alcanzar á los que no combatían, á las mujeres y á los niños, sin mayor riesgo para sus barcos.

***

En la mañana del 29 se presentaron frente á Cienfuegos tres buques de guerra norteamericanos.

Hicieron algunas maniobras y sondeos sin duda para evitar los bajos, que en aquella costa son peligrosos, y á la una de la tarde, acercándose cuanto pudieron á la costa, rompieron el fuego contra la plaza.

Durante media hora los tres barcos arrojaron bombas sobre Cienfuegos, pero este cañoneo no produjo más que un resultado: demostrar

que la perla del Sur se hallaba á cubierto de los fuegos de la escuadra enemiga.

Las bombas cayeron á cuatro millas de distancia de los muelles del puerto.

Bien porque el objeto de los comandantes de los acorazados no fuera otro que el de practicar reconocimientos, bien porque se convencieran de la inutilidad del bombardeo, es lo cierto que á la una y media el vigía del castillo de Sagua, que se halla casi á la entrada del puerto, señaló el aviso de que los tres barcos se retiraban.

La plaza desdeñó el fuego del enemigo y no contestó ni á uno solo de los disparos, con lo cual no sólo evitó el gasto inútil de municiones, sino que el enemigo hiciera cálculos sobre la situación, número y calibre de las baterías.

Merece consignarse la tranquilidad con que la población presenció el cañoneo, y la satisfacción y regocijo con que celebraba la gente que acudió á los muelles, el que las bombas estallaran á tan larga distancia.

Hasta la fecha no se tenía noticia alguna que diera crédito á los rumores sobre desembarco en aquellas costas.

Las guarniciones de todas las plazas del litoral habían quedado reforzadas, y se ejercía gran vigilancia en los lugares de la costa que estaban más amenazados.

Donde el bloqueo era más efectivo á la fecha, era en la Habana, Matanzas y Cárdenas.

En todas estas plazas se habían reforzado las defensas, sobre todo con artillería.

El espíritu de las tropas y voluntarios era excelente.

De los Estados Unidos lograban llegar allí algunas noticias que, á poco de ser conocidas, circulaban con gran exageración; pero estaba hecha la opinión á todo y ya no ejercían los noticiones gran influencia en el ánimo de las gentes.

***

La noticia sobre el cañoneo de Cienfuegos fué confirmada por el capitán general de Cuba, añadiendo un detalle de interés sobre la parte que tomaron algunos cañoneros españoles.

He aquí el despacho oficial:

«*Habana*, 30. — Capitán general á ministro Guerra:

Cañoneada hoy batería entrada puerto Cienfuegos, siendo rechazado barco enemigo tan sólo por tres cañoneros nuestros, que salieron fuera del puerto; por nuestra parte pequeños desperfectos.

Otros barcos enemigos amenazaron costa Mariel; fuerzas convenientemente situadas acudieron al punto atacado.

Escuadra enemiga frente Habana.—*Blanco*.»

DON SALVADOR BARRERA

Superviviente del naufragio del vapor «Tritón»

A este despacho siguió otro comunicando una mala noticia, que causó triste impresión en la opinión.

Referíase la mala nueva al apresamiento del vapor español *Argonauta* por los barcos enemigos en bloqueo de Cienfuegos, que hacía la travesía de Batabanó á Santiago de Cuba, haciendo prisioneros al coronel señor Cortijo, un médico mayor, seis oficiales, tres sargentos y cinco

soldados, y apoderándose de seis cajas de fusiles Meüser, 25 de municiones y 14 con medicinas.

Dejaron marchar en botes á los pasajeros, y con éstos, fingiéndose paisanos, escaparon el sobrecargo, un cabo y dos soldados.

El *Argonauta* y pasaje fué saqueado por la marinería yanqui.

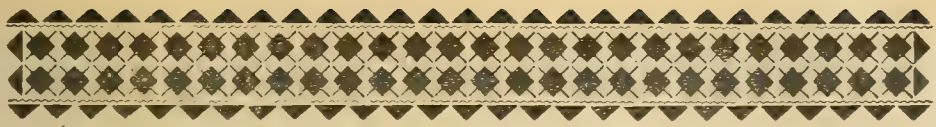
A las seis y media de la tarde del 30 intentaron un desembarco de fuerzas en la playa de Herradura, un acorazado y tres barcos de guerra yanquis, en varios lanchones

Al verlos nuestras fuerzas hicieron fuego sobre ellos, siendo contestado con ocho ó diez cañonazos, retirándose á la vista de la costa hasta las ocho próximamente, que desaparecieron por la playa Dominica.

Llámase *Herradura* á la pequeña península que cierra por el Nor- desde el puerto de Cabañas (Pinar del Río).

El puerto llamado de la *Dominica* hállase en la costa Norte, y la forma la boca del río de su nombre, encontrándose situado á unos seis kilómetros al Oeste de Mariel y diez al Este del puerto de Cabañas.

El día 1.° de Mayo desapareció de la vista de la Habana la escuadra bloqueadora, ignorándose el rumbo que había tomado, si bien se supuso que se había dirigido á Cayo Hueso.



CAPITULO VIII

Ansiedad no satisfecha.—Ellos y nosotros.—Apertura del Parlamento insular.—El Mensaje.—El general Blanco.—A morir por la patria.—El desfile.—Entusiasmo popular.—Fecha memorable.—El régimen autonómico.—Intento de desembarco.—Día de emociones.—En presencia del enemigo.—Crucero yanki cañoneado.—Batida general.—Encuentros y combates.—Los saludos del Morro.—La goleta *Santiaguito*.—Bombardeo de Matanzas. Expectación é inquietud.

FORZOSO le fué á la opinión pública dominar un poco su ansiedad, acabando por persuadirse de que los sucesos de la guerra no iban al compás de nuestras patrióticas impaciencias.

En ello había motivo de satisfacción más que de enojo; porque siendo nosotros los atacados, los injusta y brutalmente agredidos, la lentitud en las operaciones del enemigo revelaba que sus fuerzas efectivas no guardaban proporción con su poderío aparente, y que no le era tan facil como habíase imaginado apoderarse de Cuba y lanzar de aquel pedazo de nuestro territorio á los que lo habían descubierto y conquistado á la civilización, como le fuera burlar á nuestra diplomacia y entenderse con nuestros políticos.

En dos años dedicados á preparar la guerra acopiando para ella

toda clase de pertrechos, lanzando al mar buques formidables, exaltando el espíritu de sus milicias con el incentivo de una gloria poco costosa, no había podido ese coloso americano ponerse siquiera en condiciones de aprovechar los primeros efectos de la inícua agresión.

Irresoluto, vacilante, en el mismo grado que poco antes se nos mostrara provocador y soberbio, no se atrevía á saltar en tierra española, ni por el mar era osado á otras empresas que á la fácil captura de barcos indefensos, ó á cañonear desde lejos ciudades escasamente defendidas. Apenas había pretendido enderezarse sobre sus pies de barro, cuando ya estaba á punto de venir al suelo entre las carcajadas de Europa.

Probóse con esto, no solamente que la que se tuvo por sublime locura de España, pudiera ser obra menos temeraria y de más positivos resultados de lo que en un principio se imaginara, sino que con toda seguridad habría bastado á los gobernantes españoles el no temer la guerra para impedirla, y el no ceder á las exigencias de Washington, para privar á la insurrección de Cuba de su ayuda más eficaz y del aliento que estuvo recibiendo por espacio de tres años.

Ni uno sólo de los buques que ejetreaban frente las costas de Cuba, sin atreverse á ofrecer blanco á las baterías españolas, estaba listo para combatir cuando ocurrió el incidente del *Alliance*. No había por entonces en los Estados Unidos pólvora almacenada, ni cañones en los parques, ni defensas en las costas, ni casi ningún elemento de guerra con que acudir, no ya al ataque de nuestras posesiones insulares, sino á la guarda y protección de sus propios puertos. Pudimos hacer respetar nuestro derecho: mas aún, pudimos imponer nuestra voluntad, reduciendo para siempre la cuestión de Cuba á un simple problema de política interior, y las debilidades de arriba nos perdieron. Aquel grave pecado de los que á la sazón imperaban en España, se había de lavar á la fecha con sangre del ejército, con sangre del pueblo.

Pero por más que hubiesen pasado las ocasiones mejores y aún viniendo la guerra después de un largo período en que el enemigo pudo prepararse cuanto quiso, mientras nosotros continuábamos desaprovechando el tiempo, veíase claramente, á la fecha, que el agresor no contaba con nuestra resistencia, sino con nuestra última humillación. Esto no lo decimos nosotros, cuyo juicio pudiera recusarse por interesado, lo dijeron todos los pueblos de Europa; lo apreciaron todos los gobiernos, y hasta la musa festiva de los satíricos y el lápiz de los caricaturistas de Londres y París lo tradujeron en intencionadas expresiones.

Escuadras por el Norte, por el Sur, por el Este y por el Oeste; la mar entera llena de barcos, y no habían podido registrar á los nueve días de rotas las hostilidades más que la fuga del *Cushing* ante una cañonera microscópica, y la triunfal entrada en Cienfuegos de nuestro vapor *Monserrat* burlando el bloqueo de aquellas extensas costas.

Iban á restablecer la paz en la isla de Cuba, á expulsarnos de allí á las cuarenta y ocho horas, y ya no sabían por donde desembarcar, ni cuando desembarcarían. Se trató al principio de lanzar sobre nosotros cien mil hombres; luego les pareció que sería mejor no comprometer más que cincuenta mil; después redujeron la cifra á la quinta parte; después á la décima y, por último, dudaban hasta para poner en tierra dos ó tres mil de aquellos guerreros provistos de armas virginales y cuyas campañas no habían atronado todavía más que el recinto de los *bars* americanos.

***

A las dos de la tarde del 4 de Mayo se verificó en la capital de la mayor de nuestras Antillas la solemne apertura del Parlamento insular.

Salió el general Blanco del palacio de la Capitanía en una carroza, acompañado de los señores general González Parrado y Congosto.

Quince cañonazos anunciaron la salida de palacio del capitán general, y otros quince que había llegado al antiguo Casino Español, donde habíase instalado el Parlamento.

El trayecto que recorrió el gobernador general estaba engalanado y cubierto por las tropas.

En los balcones había mucha gente presenciando el paso de la comitiva.

El acto resultó serio y majestuoso.

Dióse lectura del Mensaje, que protestaba contra las imposiciones del extranjero y recordaba el ejemplo de las cortes de Cádiz.

Rodeaban al general Blanco las secretarios del despacho, los representantes y los consejeros, colocados en el centro del salón.

Al extremo del mismo estaba el público, en el que figuraban bastantes señoras.

Al terminar la lectura del Mensaje, el general Blanco dió un viva á España, que fué contestado unánimemente.

—Jurais todos morir por ella?—preguntó á seguida el general Blanco.

—¡Sí, sí!—contestaron todos los asistentes, dando otros vivas á España y uno al general Blanco, salvador de Cuba.

Al salir del Parlamento y al entrar en la Capitanía general se dispararon otros 15 cañonazos, como á la ida.

La multitud que había en las calles y en los balcones presenciando el lucido desfile aclamó entusiásticamente al general.

*
* *

Fecha de gran relieve para nuestra historia fué la del 4 de Mayo de 1898.

El régimen autonómico que nos iba á dar la paz á la patria poniendo término á una guerra tan injusta como cruenta, quedó ese día definitivamente constituído en Cuba con la inauguración de la Cámara insular.

Pero ese órgano de expresión del nuevo régimen político en nuestra colonia antillana inauguró sus funciones en medio de la pública indiferencia de la Metrópoli, porque la opinión y los intereses hallábanse bajo el peso de grandes desdichas.

¿Qué había quedado de aquellos ministros insulares? ¿Qué había sido de aquellos manifiestos de Govín? ¿Qué del viaje redentor de Giberga y Dolz?

Nadie, ni el mismo gobierno central que puso en la autonomía toda la esperanza y en el desarrollo del régimen todas sus ilusiones, se acordaron dicho día de que iba á constituirse la Cámara insular en Cuba, instalándose ¡qué sarcasmo! en el mismo edificio que durante muchos años fué la casa de los españoles.

La enormidad del fracaso,—¿porqué no confesarlo?—y las desventuras que pesaban sobre la nación, parece fué la causa de que se olvidara todo eso que en su día habrá de ocupar una página dolorosa en la historia de España.

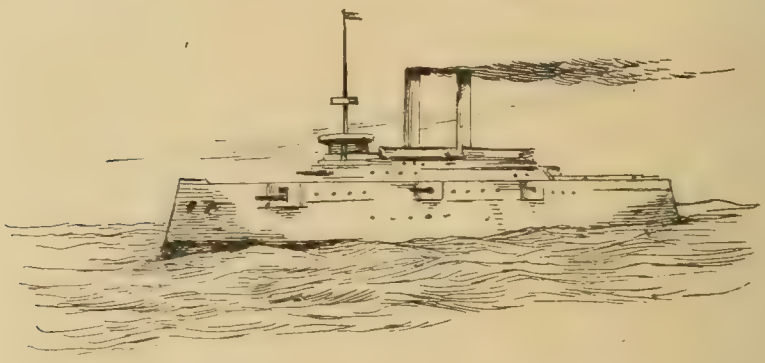
El general Blanco fué á presidir la primera sesión de esa Cámara, llevando como asesores á Govín y Dolz y teniendo como inspirador del patriotismo á Giberga, en el momento mismo en que los acorazados americados bombardeaban la costa para preparar el desembarco y en el instante en que se combinaba en el campamento de Máximo Gómez el plan que habían de seguir las fuerzas rebeldes con las americanas que habían de invadir el territorio.

***

El día 6 se confirmaron oficialmente los rumores sobre intento de desembarco de fuerza americana cerca de la capital de la isla.

Según participó el comandante militar de Guanajay, las fuerzas que vigilaban la costa divisaron en la tarde del 4 un remolcador americano que llegaba á la costa, entre Baracoa y Banes (cerca de Mariel), saltando de él á tierra algunos individuos.

El general Hernández de Velasco, al dar cuenta de este suceso, añadía que la fuerza de caballería acudió en el acto al sitio del desem-



ACORAZADO NORTE-AMERICANO «YOWA»

barco, y haciendo fuego sobre el remolcador y sus tripulantes, obligaron á reembarcarse á los que estaban en tierra, operación que fué protegida por fuego de cañón, que los nuestros contestaron con fuego de fusilería, resultando de esta refriega tres soldados heridos y dos caballos muertos.

El remolcador enemigo se alejó sin lograr su intento, y la vigilancia en la costa quedó redoblada.

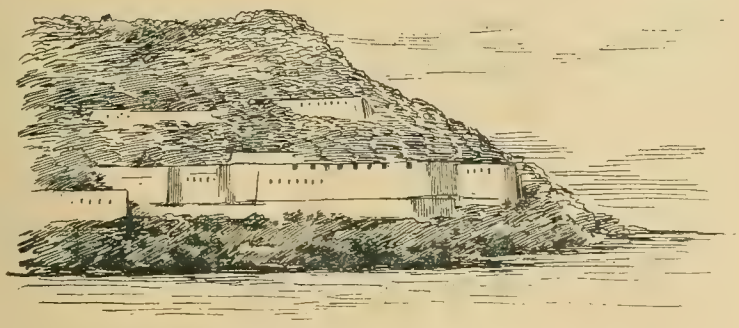
Otro remolcador americano apresó el dia 6 tres botes pescadores frente á la playa de Cogimar, inmediata á la Habana.

El día 5 hubo grandes emociones en la capital.

Como la escuadra de bloqueo se había retirado, y los despachos anunciaban su presencia frente á Cárdenas, creíase que entraba en sus planes el dirigir la acción hacia otros puertos; pero hacia el medio día volvieron á aparecer en aquellas aguas los barcos yankis.

Nada menos que doce cañoneros se divisaban frente á la plaza, cañoneros que se movían mucho, evolucionando en direcciones distintas y en movimientos rápidos, dando origen á que se redoblasen las precauciones.

El general Blanco, acompañado del jefe del Estado mayor, general



FUERTE DE PUNTA GORDA (Santiago de Cuba)

señor Solano, recorrió las fortificaciones y baterías avanzadas dando sobre el terreno las instrucciones convenientes.

La guarnición y los batallones de voluntarios estuvieron sobre las armas, apercibidos para todo.

Pero la cosa no pasó á mayores.

La escuadra de bloqueo continuó el día 7 sus movimientos desde la costa de Pinar del Río á Matanzas y tan pronto se colocaba á la vista de la Habana como desaparecía.

En toda la costa y algunas poblaciones se realizaban muchos trabajos de defensa, sobre todo, en Pinar del Río y Cárdenas.

Las baterías de la Habana volvieron á hacer fuego el día 7 contra la escuadra enemiga.

A las cinco y media de la tarde se destacó de la escuadra bloqueadora un crucero, el cual enfiló la entrada del puerto de la Habana, deteniéndose, después de acercarse más de lo regular, frente al castillo del Morro.

Entonces rompió el fuego la batería de la playa del Chivo sobre el buque enemigo, y entre los varios cañonazos que se le dispararon pudo apreciarse perfectamente desde tierra que el proyectil de uno de ellos cayó muy cerca del crucero yanki, cubriéndole de agua y haciéndole inclinar de un lado.

El buque enemigo se retiró á toda máquina, ignorándose si los disparos de nuestras baterías causaron algún destrozo en el crucero americano.

Un público numeroso presenció el suceso desde el lítoral sin que se produjera la menor alarma en ningún momento.

***

Rotas las hostilidades con todo rigor en la isla el día 30 de Abril, según bando del capitán general y general en jefe de aquel ejército, desde dicha fecha se batió todos los días en todas partes á las partidas que tenían manifiesto plan de atacar poblados, y que lo intentaron infructuosamente, sufriendo bastantes bajas.

En Pinar del Río, el coronel Devós, en el potrero Clemente Cruz, batió á la partida Núñez, tomando su campamento y recogiendo el cadáver del cabecilla citado, nueve más de insurrecctos de la partida, 32 armas de fuego, 12 blancas y tres caballos.

La columna sólo tuvo cuatro heridos de tropa.

En Las Villas, los batallones de Tetuán y Granada y voluntarios de Camajuaní, batieron en Pelayo á las fuerzas de Máximo Gómez, recogiendo cuatro muertos, armas y caballos. Nuestras tropas tuvieron un oficial y siete soldados heridos.

En Covadonga volvió á batir dicha columna al enemigo, causándola un muerto: nosotros cuatro heridos.

La guerrilla de Placetas, en Loma Cruz, batió á una partida rebelde, recogiendo en el campo de la acción diez muertos, ocho armas de fuego y 34 caballos. Nuestras fuerzas tuvieron un herido de tropa y dos contusos.

El batallón de Borbón batió en Santa Rosa á las partidas mandadas por los cabecillas Carrillo, Tello y Sánchez, recogiendo tres muertos. El batallón tuvo ocho heridos de tropa.

En Oriente, los batallones de la Constitución y de Asia batieron al enemigo en Palma, resultando tres heridos de tropa.

El de Talavera y las guerrillas de Baracoa sostuvieron combates con bajas del enemigo y cinco heridos de la columna.

Un escuadrón de caballería atacó un campamento en San Juan (Guantánamo) recogiendo cinco muertos. Las tropas solo tuvieron un soldado herido.

***

A las ocho y media de la mañana del 7, dos barcos norteamericanos perseguían á una goleta pescadora frente al Vedado.

Acercáronse á cinco millas de la costa, y entonces rompieron el fuego contra ellos las baterías del castillo del Morro, haciendo seis disparos de obús. Uno de los proyectiles le llevó la chimenea y un palo al crucero que iba delante, y otro proyectil cayó sobre la cubierta del segundo crucero, ignorándose el daño que causara al barco.

Los cruceros contestaron con 12 cañonazos alejándose enseguida rápidamente á toda marcha.

Gran gentío acudió á la playa á presenciar el combate.

El barco perseguido era la goleta *Santiaguito*, que, al tomar puerto, fué aclamada por el pueblo y aplaudidos sus tripulantes por su valor y temeridad, siendo objeto su patrón de entusiastas ovaciones.

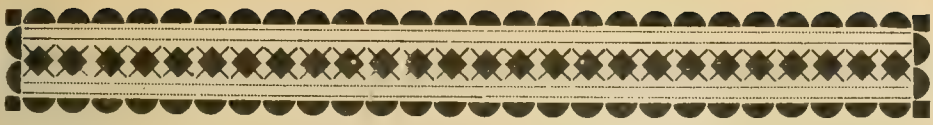
La goleta iba llena de pescado del Yucatán.

A las tres de la tarde, otro buque enemigo hizo fuego sobre las baterías de la entrada del puerto de Matanzas, disparando 65 proyectiles contra débil *blokaus* de carbonera, sobre el que cayeron 19, sufriendo los consiguientes desperfectos, sin otra novedad que recibir el jefe ingeniero de montes, don Francisco Bernat, que por allí se hallaba en funciones de servicio, algunas contusiones de piedras desprendidas al reventar una granada.

La situación continuaba siendo la misma.

Los buques que al morir el día 7 sostenían el bloqueo de la Habana eran de poca importancia, pues los que había de gran porte frente al puerto salieron con rumbo á Puerto Rico, obedeciendo órdenes del gobierno de Washington, y con objeto, según unos, de bombardear la capital de la pequeña Antilla, según otros, de ir al encuentro de nuestra escuadra que se decía había zarpado, al fin, de Cabo Verde, al anochecer del 24, con rumbo desconocido.

Estas noticias produjeron en la Península gran espectación, no exenta de inquietud mortal, al conocerse la superioridad de las fuerzas navales del enemigo.



CAPITULO IX

Agitación y alarma.—Optimistas y alarmistas.—Infundios fantásticos.—Noticias absurdas.—Fiebre de noticias.—Impaciencia y ansiedad.—Expectación pública.—La escuadra de Cervera en la Martinica.—Las baladronadas yanquis.—Confianzas de la opinión.—Intentos de desembarco.—El bombardeo de Cárdenas.—El enemigo rechazado.—Arrojo de nuestros marinos.—Descalabro de la escuadra norteamericana.—El combate naval de Cárdenas.—Lucha heróica.—El *Antonio López* y la *Ligera*.—La Cruz Roja.—Comentos y aplausos.

DESDE el amanecer del día 8, desde que se presumió que nuestra escuadra de Cabo Verde, al mando del contralmirante don Pascual Cervera, podía llegar á aguas de Puerto Rico, al propio tiempo que la escuadra americana que mandaba el almirante Sampson; desde que se consideró como inminente un encuentro entre ambas flotas, rodaban por ahí toda clase de noticias estupendas, iban y venían las especies más absurdas y contradictorias, manteníase el juicio público en el mayor de los extravios.

Tan pronto nos anunciaban los optimistas y patrioteros una formidable y gloriosa victoria naval, como nos presentaban los alarmistas á los barcos de Cervera sufriendo igual dolorosa suerte que la de los que se perdieron en la bahía de Cavite, la tristemente gloriosa jornada del 1.° de Mayo.

Y por instantes nos transportaban á los quintos cielos de la esperanza y del júbilo patrióticos; ó nos hundían en negras simas de dolor y desesperación.

Tan insana agitación no tenía razón de ser, porque todas esas noticias, las favorables como las adversas, carecían de todo fundamento serio, racional. Bastará á cualquiera compararlas entre si para comprender la imposibilidad de que fueran todas verdaderas, lo cual prueba que todas eran falsas.

¿Cómo es posible compaginar telegramas que señalaban la presencia de nuestra escuadra á una misma hora bombardeando á Charleston y batiéndose al Noroeste de Santo Domingo con los buques *yankees*?

Ya el día 8 circuló por todas partes la buena nueva de que habíamos derrotado á los yanquis en el Atlántico. La falta de precisión de la noticia bastó para acogerla con reservas. ¡En el *Atlántico*! Lo mismo hubiera sido decir con el poeta: «En el piélago inmenso del vacío.» Porque parécenos que el Océano Atlántico es bastante grande para que no estorbase precisar el punto con relación á las costas ó á los grados de latitud.

Eso sin contar que si el choque hubiera tenido efecto en el Atlántico, sin que se añadiera á donde habían ido á parar después de la batalla una ú otra flota vencedora ó vencida, no sabemos cómo se hubiera podido conocer la noticia. ¿O es que en alta mar hay estaciones telegráficas para comunicarnos las nuevas de un combate? ¿Qué medios misteriosos emplearían los almirantes para hacer saber al mundo sus hazañas, colocados en medio del Atlántico?

***

Eso en cuanto al contenido de la noticia, que en lo tocante á su origen había más de un motivo de crítica racional para no prestarle crédito ni un momento siquiera. Desde San Roque dijeron el día 9 que nos habíamos batido con los *yankees*. Desde Londres, comunicaron á un periódico de esta condal ciudad igual noticia.

Ahora bien; ¿por qué extraños caminos había dado la vuelta esa especie, que todos deseamos fuera verdadera, que aparecía afirmada en San Roque veinticuatro horas antes que en Londres, centro hoy y siempre de toda información?

Acaso, acaso desde San Roque se correría á Gibraltar y desde Gibraltal á Londres, para que desde la capital de la Gran Bretaña nos la volvieran á comunicar, aderezada con el testimonio del duque de Cannaught.

El caso fué, que tal noticia había ido tomando cuerpo, y en la noche del 9, no ya de San Roque sino de Londres, recibió el diario «La Publicidad», por el cable, vía Marsella, un telegrama expedido á las dos de la tarde, por su corresponsal en la capital británica, diciendo que según despacho recibido por el duque de Cannaught, hijo de la reina Victoria, se *confirmaba* que la escuadra española había obtenido una victoria en el Atlántico, contra la escuadra *yankee*.

Pero dió la circunstancia que, á las pocas horas que el cablegrama de Londres, recibíase un telegrama de la *Agencia Reuter*, la cual, con la sinceridad que acostumbra, no daba la noticia como propia, sino que la refería á cosas que se decían en Cayo Hueso, donde iban á parar todos los infundios del planeta.

Allí, en Cayo Hueso, se había recibido un despacho de Forte auprince que decía, que según referencias del Cabo Haiti, la escuadra de Sampson había visto hacia el Norte, el referido día 9, *diez y siete navíos españoles*... Añadía que los marinos alemanes llegados el propio día confirmaban que se había oído un fuerte cañoneo hacia el Noroeste en la tarde del susodicho día.

***

No fuera necesario decir que la noticia venía de Cayo Hueso para comprender que allí se había engendrado, porque sólo la fantasía deli-

rante de aquellos laborantes de la portería de la manigua, fantasía que se desbocaba muy á menudo, y lo mismo inventaba batallas que multiplicaba las naves, había podido ver á nuestros cuatro cruceros y á los dos destructores convertidos en diez y siete navíos españoles entre barcos de guerra y otros.

¿Qué más hubiéramos podido desear sino que fuera verdad tanta belleza? ¿Qué más hubiera podido anhelar nuestro patriotismo sino que en el Atlántico y desde la salida de Cabo Verde, cuatro cruceros se hubieran convertido en diez y siete poderosos navíos? Si Sampson había creído, en efecto, ver diez y siete barcos de guerra, bastara eso y casi sobrara para que hubiéramos ganado la batalla naval, sin contar con el indudable valor de nuestros marinos.

Y mientras eso circulaba é iban y venían las estupendas nuevas, otras no menos absurdas se engendraban no se sabe dónde, para llevar la alarma al espíritu público, ya muy intranquilo, conturbado, excitadísimo.

Era tan perturbadora la fiebre de noticias, que las gentes acabaron por perder la noción del lugar geográfico. Pruébalo sino el siguiente diálogo, cogido por nosotros en medio de los corros de la Rambla, estacionados frente á la redacción de un diario:

—La escuadra de Cabo Verde está en camino de Filipinas—dijo quien presumía de bien informado.

Y replicó otro:

—¡Ah! Sí; por eso se la ha visto á la altura del Canadá...

Inútil es decir que durante todo el día y la noche del 10 fueron motivo de ansiosa espectación los insistentes rumores que venían circulando desde las primeras horas de la mañana á propósito de la situación de Puerto Rico y del probable encuentro de la escuadra española con la americana.

***

En la Habana, como aquí, aumentaba cada día más la impaciencia y ansiedad por saber el paradero y posición de nuestra escuadra.

Raro era el día que no circulasen también allí noticias contradictorias y los rumores más estupendos, dando lugar á que las autoridades tuvieran que intervenir para evitar la propagación de noticias falsas.

DON PASCUAL CERVERA
Contralmirante de la escuadra del Atlántico

En los centros oficiales no había el día 11 noticias concretas de la situación de la escuadra española y de la escuadra americana en el Atlántico, y si las había las ocultaban.

Pero era visible por la noche la preocupación de nuestros gobernantes, y alguno de los más caracterizados no ocultó su creencia de que las escuadras debían estar la una muy á la vista de la otra, siendo presumible un encuentro que podía ocurrir, quizá, á las pocas horas.

Excusado es decir que con estos informes aumentó todavía más la expectación pública, y cuantos tuvieron noticia de esa suposición ministerial, hicieron votos fervientes por que la suerte acompañase á nuestros bravos marinos y el éxito coronase sus gloriosos esfuerzos en favor de los sacratísimos intereses de la patria.

Cuando los *yankees*, completamente desorientados, creían ver á nuestra escuadra de vuelta de Cabo Verde y en las proximidades de Cádiz, apareció ésta en la colonia francesa, la isla de la Martinica, en disposición de colocarse, en menos de dos días, en presencia de los barcos enemigos, en aguas de Puerto Rico, ó de ir, en poco más de cuatro días, a forzar el bloqueo de la isla de Cuba.

El telegrama del comandante de nuestra escuadra lo recibió el día 12 el señor ministro de Marina. Después lo comunicaba al Consejo de ministros, reunido al terminar la sesión del Congreso, y allí se discutieron los rumbos que podía tomar y las instrucciones que llevaba el señor Cervera, dentro de las cuales obraría, seguramente, como su pericia, valor y patriotismo le aconsejasen para su más seguro triunfo.

Si durante todos aquellos días hubo aquí una intensa zozobra por desconocerse el paradero de la escuadra, no fué menor el desconcierto que reinó en las esferas oficiales de los Estados Unidos y la gran alarma que allí producían las contradictorias noticias sobre la marcha de los barcos españoles.

Y es evidente que Sampson estuvo pendiente de los movimientos que ignoraba de nuestra escuadra, sin atreverse á emprender acción alguna hasta que pudiera dirigirla con toda seguridad, deshechas las inquietantes incertidumbres.

Aún habían de durar éstas para los *yankees*, pues no era forzoso que los buques que mandaba Cervera fuesen á San Juan de Puerto Rico, para darse de manos á boca con los acorazados y cruceros norteamericanos.

***

No había de ser para nuestros jactanciosos enemigos tan fácil aquel programa lleno de baladronadas, según el cual, el almirante Sampson

se proponía destruir la escuadra española, bombardear inmediatamente la capital de Puerto Rico, y apoderarse de ella si resistía.

Aún no habían realizado ninguno de los puntos de su atrevido plan, y aún éste se encontraba sujeto á lo que el destino quisiera y á lo que hicieran nuestros barcos. Hasta la fecha, nosotros, sin echar tanta fuerza por la boca, no habíamos tenido otro revés serio que el de Cavite; y en cambio, según noticias oficiales procedentes de los Estados Unidos, les habíamos inferido grave daño en el combate de Cárdenas.

La escuadra española había llegado á la Martinica, de donde tendría que salir, por razón de neutralidad, á las veinte y cuatro horas. Se supuso al principio que había entrado en Fort de France, de arribada forzosa, con motivo de tener necesidad de algunas pequeñas reparaciones el *Vizcaya*. Pero parece que eso no resultó cierto, y que la llegada á la colonia francesa se debía á un plan del señor Cervera.

Penetrar ese plan fuera obra difícil, y aunque se hubiera conocido, obra antipatriótica el revelarlo. Los cálculos que se hicieran sobre ese hecho de encontrarse en la Martinica, tuvieron que ser todos aventurados, pues lo mismo podía recibirse de un momento á otro la noticia de un combate sangriento, que la de haber realizado un movimiento bien combinado por el que resultase la escuadra española en Santiago de Cuba, ó delante de Puerto Rico ó con rumbo á la Habana.

La opinión confiaba en la ciencia y en el valor de nuestros marinos, y esperaba que la suerte, que ya se había declarado en Cárdenas por nuestra causa, nos seguiría siendo favorable.

***

Obedeciendo al plan que hacía tiempo trazaron los yanquis y que aún no habían podido realizar, intentaron el día 14 hacer dos desem-

barcos, uno al Norte y otro al Sur de la isla; uno en Cárdenas y otro en Cienfuegos.

Son las de Cárdenas y Cienfuegos las dos bahías más grandes de la isla de Cuba; por eso los yanquis intentaron apoderarse de ellas, ó cuando menos causar grandes daños en las respectivas poblaciones. No lo consiguieron, sin embargo, y tuvieron que retirarse ante el certero fuego de ambas plazas.

Poco después del amanecer se presentó frente á la ensenada de Cárdenas, embocando por el cabo de Hicacos en el canal de Cayo Aralupa, una división compuesta de seis barcos enemigos, de los cuales tres eran de gran porte y los otros tres cañoneros.

Como todos se acercaran mucho más que otras veces á la isleta Diana, que se encuentra á la entrada de la ensenada, empezó á manifestarse la alarma entre los habitantes, siendo llamadas á la carrera las fuerzas de infantería de Marina y voluntarios que guarnecían la población.

A las ocho se formalizó el asedio, acercándose los barcos yanquis y rompiendo el fuego enseguida los grandes, mientras avanzaban los pequeños hasta colocarse á una milla de Cárdenas.

Al mismo tiempo, un bote grande, con fuerzas de desembarco, destacado de uno de los cruceros, se deslizó por entre los cayos y realizó un desembarco en el llamado Diana, donde hay un faro, apoderándose del semáforo y haciendo prisioneros sin resistencia al escaso personal del mismo.

Entretanto, el fuego de los buques continuaba terrible sobre la población, cayendo muchas bombas dentro de Cárdenas, donde á causa de ello se incendiaron varios almacenes.

En la bahía sólo había para defenderse del ataque, las cañoneras *Ligera* y *Antonio López*, que rompieron un fuego vivísimo contra los buques enemigos; pero la diferencia de medios era tan grande, que, á

pesar de los deseos de sus dotaciones, no lograron que aquéllos apagaran sus fuegos ni se alejaran.

La lancha cañonera *Antonio López*, mandada por el bravo teniente de navío D. Domingo Montes, estuvo haciendo fuego hasta que se le concluyeron las municiones.

Consideró entonces el enemigo obra fácil el desembarco y lanzaron bastante marinería á los botes para conducirla á tierra.

En los muelles, hasta la estación, habíanse situado una compañía de infantería de Marina y 250 voluntarios, quiénes sufrieron á pie firme y pecho descubierto el fuego de los barcos enemigos, sin contestar, hasta que los botes de desembarco estuvieron cerca de tierra.

Entonces, con gran disciplina, hicieron nutrido fuego sobre ellos, obligándoles á retirarse, se supuso que con grandes pérdidas, por la cantidad de gente que iba en los botes y lo certeras que fueron las descargas.

Nuestras tropas revelaron una gran serenidad y mucha decisión, para impedir que el enemigo lograra su intento.

El fuego sobre Cárdenas duró desde las ocho de la mañana hasta las dos y media de la tarde, hora en que se retiraron los barcos enemigos, apareciendo de nuevo á las cuatro, para retirarse definitivamente á las cinco.

Desde Cárdenas se vió perfectamente que uno de sus barcos iba escorado y remolcado, al parecer, con grandes averías.

Fué muy elogiada la conducta de los cañoneros *Ligera* y *Antonio López*. Ambos consumieron todas sus municiones, y las dotaciones de ellos tenían resuelto ya, en caso de abordaje ó de quedar inutilizado el barco, desmontar la artillería y hundirse en el canal, con objeto de interceptar el paso de los buques grandes.

Tanto la *Ligera* como la *Antonio López*, que recibió 12 disparos de cañón de tiro rápido, sin consecuencias desagradables para la dota-

ción, se batieron con gran arrojo hasta quedar inutilizada la segunda.

Toda la guarnición se mostró muy valerosa durante el ataque, que fué presenciado con gran serenidad por la población.

Nuestras bajas consistieron en un sargento y siete soldados heridos.

***

En cuanto se supo por telégrafo en Matanzas lo que en Cárdenas ocurría, se formaron trenes extraordinarios para mandar refuerzos.

Fué el primero en llegar el batallón de Zamora; con éste y alguna otra fuerza, más la guarnición que allí había, quedó la plaza defendida contra nuevas y posibles agresiones.

Los habitantes de Cárdenas acudieron á sofocar los incendios, ayudando al cuerpo de bomberos en esta tarea, bajo el fuego del enemigo.

Se consideró milagroso que no hubiera que lamentar en la población numerosas desgracias personales, teniendo en cuenta lo duro y persistente del fuego de los barcos yanquis, pues no hubo previo aviso, según previenen las leyes de la guerra, para el bombardeo y ataque.

Los yanquis tuvieron, según se participó después desde Cayo Hueso, un oficial y cuatro marinos muertos y algunos heridos, cuyo número no se precisó.

Las noticias recibidas de Washington y trasmitidas desde Nueva York vinieron á confirmar que la escuadra que bombardeó á Cárdenas sufrió un verdadero descalabro.

Una de nuestras granadas cayó en el polvorín del torpedero *Tecumseh* y voló el barco.

Otra bala de cañón destrozó las calderas del torpedero *Winslow*; el *Hudson*, al acudir en auxilio del anterior, recibió muchos proyectiles que le ocasionaron grandes averías.

Rompieron fuego contra Cárdenas el *Wilmington* y el *Hudson*. Después entró en combate el *Winslow*, que avanzó demasiado y sobre él se dirigieron todos los fuegos de las baterías, uno de cuyos proyectiles atravesó el casco del barco yanqui y destrozó una de sus calderas.

Entonces pidió auxilio y acudió el *Hudson*, que con grandes dificultades, por causa del horroroso fuego que desde la plaza y los cañoneros españoles se hacía, pudo largar un cable al *Winslow*.

Un oficial y varios marineros habían logrado asir dicho cable, cuando estalló sobre ellos una granada que produjo la muerte al primero é hirió á siete marineros. Por fin, pudo echarse una amarra al *Winslow* y remolcado por el *Hudson* se le puso fuera del alcance de los cañones españoles, y poco después fué conducido á la isla de San Pedro, dirigiéndose al siguiente día á Cayo Hueso con grandes averías y una chimenea y varios camarotes destrozados.

Los buques yanquis que tomaron parte en el ataque de Cárdenas fueron los siguientes:

El *Wilmington* de 1.500 toneladas, armado con ocho cañones de 10 centímetros de tiro rápido y otros 14 de menor calibre. Tripulación 175 hombres.

El torpedero de alta mar *Winslow*, de 50 metros de largo, 5 de ancho, 2.000 caballos de fuerza en su máquina y cuyo armamento consistía en tres cañones de tiro rápido de 57 milímetros y tres tubos de lanzar torpedos Whitehead.

El cañonero *Machias*, de 1200 toneladas, armado con 8 cañones de tiro rápido de 10 centímetros y 8 menores. Tripulación 200 hombres.

Y el *Hudson* y el *Tecunisch*, dos vapores mercantes armados en guerra y convenientemente artillados.

Contra esos buques enemigos lucharon heróicamente hasta quedar inutilizados para el combate los cañoneros *Antonio López* y *Ligera*, cuyas dotaciones se dispusieron á sepultarse en el fondo de aquellas

aguas antes que rendirse; pero había que pelear sin medir la fuerza del enemigo, sin arredrarse ante el número y el porte de los barcos contrarios.

Hay que conocer al *Antonio López* para darse cuenta del mérito contraído en su combate desigual y glorioso.

Era un remolcador de la casa del Marqués de Comillas, de líneas elegantes, cuya misión no fué otra hasta que le cedieron á la Marina de guerra que transportar la correspondencia desde la Machina á los vapores trasatlánticos de la casa y acompañarles en su salida hasta doblar el Morro. No era, pues, barco que tuviera defensas en su casco.

SEÑOR RENDON
Comandante de la cañonera «Ligera»

Cedido á la Marina de guerra, se le armó con ametralladoras, y como su velocidad era de 10 millas y sus máquinas gozaban de gran salud, estaba en condiciones de prestar el servicio de aviso en la costa.

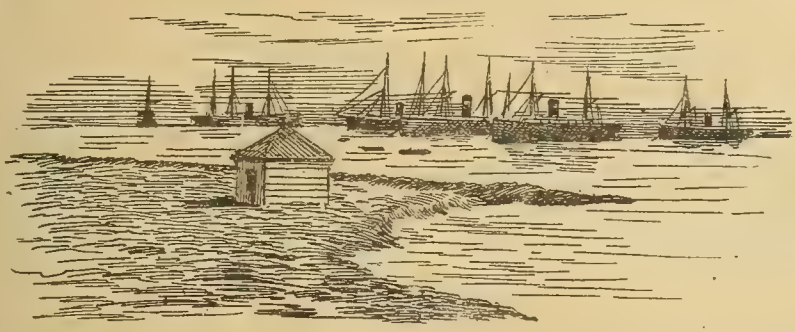
La *Ligera* tenía 21 metros de largo, dos de ancho, 40 toneladas y un cañón de cuatro centímetros.

La mandaba el teniente de navío don A. Pérez Rendón y la tripulaban 20 hombres.

En la defensa de Cárdenas, nuestros marinos como nuestros sol-

dados se portaron heróicamente, resultando fracasado el intento de desembarco.

Durante el bombardeo, y exponiendo sus vidas, las señoras de la



BUQUES ESPAÑOLES CAPTURADOS POR LOS YANKIS EN «CAYO-HUESO»

Cruz Roja asistían á los heridos, llevaban vendas é hilas y les consolaban con sus auxilios, dando ejemplo de valor.

Estos detalles se comentaron y aplaudieron cón entusiasmo.

CAPITULO X

Intento de desembarco en Cienfuegos.—Duro cañoneo.—El empeño de los yanquis.—El enemigo rechazado.—El espíritu de las tropas y de la población.—Cañoneo de Bahía Honda.—Desembarco frustrado en Jicotea.—Nuevos intentos de desembarco.—Detalles del fracaso de la expedición del Gussic.—La escuadra norteamericana frente á San Juan de Puerto Rico.—Bombardeo de la capital de la pequeña Antilla.—Gran expectación.—Noticias y rumores.—La fantasía popular.—Honor á los valientes.—Jornada feliz.

Casi á la misma hora, á las siete de la mañana del 11, en que la escuadra enemiga empezaba el bombardeo de Cárdenas, cuatro de sus buques rompían fuego sobre las baterías avanzadas del puerto de Cienfuegos y bombardeaban la ciudad.

Como la bahía es tan grande y como los barcos yanquis se colocaron á mucha distancia por temor á los fuegos de nuestras baterías avanzadas de tierra, el bombardeo no producía efecto alguno.

Pronto comprendieron las tropas que el objeto de aquel vivo cañoneo no era otro que proteger un desembarco, porque ninguna de sus granadas llegaba á la población.

Y, en efecto, mientras los barcos grandes disparaban granadas sobre las baterías de la entrada del puerto, varias barcazas, llenas de gente, se acercaban á la costa, pretendiendo desembarcar, protegidas por el fuego de los cruceros, en la boca del río Arimao.

Las tropas, convenientemente distribuidas, dejaron aproximarse al enemigo, y una vez que estuvieron los lanchones cerca de tierra, hicie-

ron nutrido fuego de Maüser sobre ellas, al mismo tiempo que los cañoneros y laa baterías de tierra contestaban á los disparos de los cruceros americanos.

Grande debía ser el empeño de los yanquis en hacer el desembarco, porque, rechazados dos veces, intentaron un tercer esfuerzo, que, por fortuna, resultó, como los anteriores, infructuoso.

Una de las granadas del enemigo derribó la caseta donde amarraba el cable que ponía en comunicación la costa Sur enlazando con la telegráfica de Batabanó á la Habana.

Durante las cinco horas que duró el cañoneo, los buques yanquis dispararon unos 800 proyectiles de cañón, además de los de ametralladora desde las cofas de los barcos, que se aproximaron á media milla de la costa, y desde las siete lanchas de desembarco.

La población estuvo impaciente, y desde el castillo de Sagua se hacían señales para que se conociera en Cienfuegos el curso de los sucesos. Multitud de lanchitas de vapor y remolcadores cruzaban la bahía para comunicar noticias.

Como las tropas regulares estaban en la costa, la población quedó bajo el amparo de los voluntarios, los cuales permanecieron en las trincheras todo el día. El espíritu público estuvo perfectamente sostenido.

Nuestras bajas fueron dos paisanos muertos y 14 soldados heridos, y los daños ocasionados por el bombardeo, la destrucción de la caseta del cable y de un bohío próximo al faro.

Fué imposible determinar las bajas del enemigo; pero por la distancia á que se les hizo fuego de Maüsser, por la rapidez con que se alejó y la confusión que se produjo en las barcazas, se supuso que debieron experimentar bastantes pérdidas.

***

El general Aguirre hizo constar el levantado espíritu y entusiasmo de la población de Cienfuegos, toda dispuesta al lado de las tropas, que á su paso vitoreaban, repartiéndoles las señoras refrescos y tabacos y asistiendo cuidadosamente á los heridos.

Parece que el ataque estaba combinado con gran concentración de partidas rebeldes, batidas aquellos días en las lomas y en la Ciénaga.

Esos dos ataques, casi simultáneos, en la costa Norte y en la costa Sur, pretendiendo en ambos desembarcos, dieron á los sucesos una importancia mucho mayor de la que revistieron los ataques anteriores, solo como considerados como tanteos y exploración de nuestras defensas en las costas.

Desde la tarde del 12, varios buques yanquis de los que sostenían el bloqueo de Cuba se acercaron á la costa Norte de Pinar del Río y cañonearon á Bahía Honda, al mismo tiempo que pretendían hacer llegar á tierra botes con fuerzas de desembarco.

Como el enemigo había explorado aquel punto hacia días, habíase adoptado grandes precauciones, reconcentrando allí fuerzas bastantes para rechazar el ataque en tierra.

Desde Guanajay y Cabañas se había redoblado la vigilancia en la costa, para impedir que desembarcasen en algún punto inmediato mientras entretenían la atención con el cañoneo sobre Bahía Honda.

En la tarde del 11, al mismo tiempo que los ataques á Cárdenas y Cienfuegos, intentó el enemigo un desembarco en Jicotea (Pinar) combinado con partida insurrecta de 300 hombres, que bajó á la playa á proteger desembarco.

Fuerzas de infantería que vigilaban aquella parte de costa al mando del teniente coronel señor Elola, batieron á la partida, rechazando al mismo tiempo el desembarco.

No cejaban los yanquis, á pesar de sus repetidos fracasos, en su empeño de intentar desembarcos de armas, municiones y hombres.

A los intentos fracasados hay que unir otro que, por fortuna, fué también rechazado.

Durante el día 12 y el 13, desde la madrugada, cinco buques enemigos intentaron el desembarco de fuerzas, protegidas por su artillería, en varios puntos de la costa á sotavento de la Habana, habiendo sido en todos rechazados y obligados á reembarcarse por las tropas convenientemente situadas.

A falta de barcos de guerra nuestros que se lo impidiera, seguían sus movimientos á lo largo de la costa columnas de infantería y caballería para combatirles si intentaban nuevos desembarcos.

Se hicieron dos prisioneros norteamericanos, teniendo por nuestra parte un oficial muerto y algunos soldados heridos.

Digno del mayor encomio fué el comportamiento de las tropas batiéndose contra barcos enemigos con cañones de grueso calibre.

***

Por noticias trasmitidas desde Cayo Hueso sobre la expedición del *Gussic* á Cuba y su intento de desembarco en Cabañas, conocimos los siguientes detalles, acerca del resultado de aquella, que fué un fracaso completo.

Fué la primera expedición que zarpara de la Florida con rumbo á Cuba, y estaba formada por dos compañías de tropas regulares, que conducían gran cantidad de armas y municiones.

Partieron con dirección á la costa de Pinar del Río, entre Bahía Honda y Cabañas, en virtud de combinación hecha por los jefes militares de las fuerzas expedicionarias y el cabecilla Núñez, quien aseguró que allí encontrarían numerosa partida que protegería desde tierra el desembarco.

Confiando en el éxito de la operación salió el *Gussic* con su carga,

incorporándosele los cañoneros *Wasp* y *Manning*, encargados de la protección desde el mar.

En estas condiciones se acercó el *Gussic* á la costa en un punto cerca de Cabañas, y cuando se disponía á realizar sus alijos, se encontró con que en tierra, en vez de la partida insurrecta, se hallaban apostadas tropas españolas dispuestas á rechazar el desembarco.

Ya estaban en tierra algunos de los expedicionarios, cuando los soldados españoles salieron de la emboscada, haciendo fuego nutrido sobre el enemigo.

Los cañoneros dispararon sobre la costa muchos proyectiles, demostrando que era decidido el propósito de desembarcar; pero fueron rechazados al fin, y reembarcando los que habían tocado tierra, se retiraron.

* * *

Al amanecer del 13 se presentó frente á San Juan de Puerto Rico una escuadra norteamericana, al mando del almirante Sampson, compuesta de 11 buques, rompiendo, sin previo aviso, fuego contra la plaza, que fué contestado con vigor durante más de tres horas por las baterías del puerto y del castillo.

Después de las nueve de la mañana retiróse el enemigo, que estuvo bombardeando la ciudad durante más de tres horas, con fuego en ocasiones muy vivo y cercano, empleando muchos calibres medios y artillería de tiro rápido, aunque sin ocasionar grandes daños materiales y pocas desgracias personales.

Las baterias de la plaza contestaron siempre vigorosas, causando al enemigo bastante daño y grandes averías en uno de sus mayores barcos, que fué retirado á remolque.

Las bajas en la población fueron; cuarenta heridos paisanos, y dos muertos y trece heridos de las tropas de la guarnición.

Mucho entusiasmo en los voluntarios, y la población civil en actitud serena y dispuesta á la defensa hasta el último trance.

La escuadra rechazada en Puerto Rico, cumpliendo órdenes terminantes de su gobierno, hizo rumbo con toda la rapidez que le permitían sus máquinas á Cuba.

La orden era que se anticipase á la escuadra española que mandaba el general Cervera.

Desde que se recibió aquí esa noticia hubo gran espectación, por considerarse como próximo un choque entre ambas escuadras. También zarpó el 13, á las cuatro de la tarde, de Fuerte Monroe con rumbo á las Antillas, la escuadra volante que mandaba el comodoro Schley, formada por el *Brooklin*, *Massachussets*, el *Texas* y el yate *Escorpión*.

No hemos de reproducir en estas páginas todas las noticias y rumores que circularon el día 13 por Madrid y Barcelona, á propósito del ataque y bombardeo de Puerto Rico y á movimientos de la escuadra que el almirante Cervera mandaba.

La imaginación popular, combinando una cosa con otra, llegó á suponer que nuestros barcos habían tenido participación en el combate de Puerto Rico y destruido cuatro de los buques enemigos.

Hasta de la circunstancia de ser aquel, día de gala oficial, como cumpleaños del rey don Francisco, se sacó provecho para atribuir á un gran triunfo el traje que vestían las tropas de la guarnición.

No creemos preciso se exajeraran á ese punto las cosas para que el espíritu público pudiera sentirse satisfecho de la jornada.

Cuanto al paradero de nuestra escuadra se supo que en la Martinica sólo entró el día 12 uno de los destructores, cuyo comandante llevaba despachos del general Cervera para expedirlos desde Fort de France.

Como al propio tiempo era natural que recibiese el encargo de telegrafiar desde allí á las familias de varios de sus compañeros llegaron

á Madrid y Barcelona, con firmas de jefes de la escuadra, otros tantos telegramas de la Martinica, que dieron lugar á creer que toda la escuadra había fondeado en aquella colonia francesa.

Así se dijo oficialmente; pero pronto se aclaró la noticia, añadiendo que la escuadra continuaba felizmente su derrota por el mar de las Antillas, en demanda de un puerto de Cuba.

***

Los soldados, marinos y voluntarios que en Cárdenas, Cienfuegos, Cabañas y San Juan de Puerto Rico rechazaron briosamente á los invasores, merecieron bien de la patria, no sólo por la ofrenda de gloria con que aliviaron sus amarguras, sino por la confianza en si misma que del todo le devolvieron.

Ellos representaban, de la manera más alta y legítima, nuestra raza y nuestra historia.

Su conducta heróica dió lugar á esperar que mientras ellos vivieran no lograrían adelantar un paso, por muchos elementos de guerra que acumulasen los norteamericanos; mientras dispusieran de algunos millares de armas, podría correr peligro la integridad material del territorio, pero no correría ninguno el honor de la bandera.

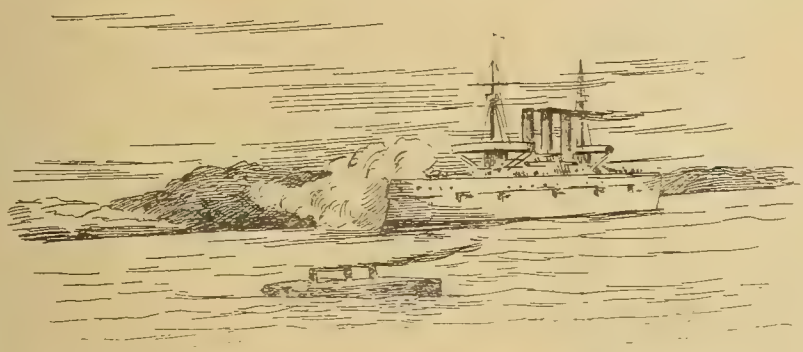
Es deber nacional agradecer y sublimar su bravura; lo fué también aprovechar la lección que desde allá nos enviaron.

Aunque pocos, había aquí espíritus timoratos, á quienes amilanaba la perspectiva de inevitables derrotas y que flaqueaban á veces hasta el extremo de pensar en voluntarias renuncias.

La voz de los cubanos y portorriqueños leales, que declaraban entre el estallido de las bombas enemigas su firme voluntad de ser españoles; esa gran voz que llegaba del otro lado del Océano, les enseñó á callar y á aprender.

Se desmoronaban sus viviendas, caían muertos ó heridos sus hermanos, sabían que no había de haber cuartel ni descanso en la lucha, y, sin embargo, perseveraban en la defensa del sagrado depósito que se les había confiado, decididos á conservar y confesar su nacionalidad en la vida y en la muerte.

No solo resistían, sino que triunfaban. Los buques americanos, no obstante su poder enorme, se detenían ante nuestras modestas baterías



EL ACORAZADO AMERICANO «NEW YORK» DISPARANDO SOBRE UN DESTACAMENTO EN CABAÑAS

y nuestros humildes cañoneros, y tenian que retirarse del fuego, llevando á remolque los inutilizados.

Vaporcillos de 43 toneladas salían al encuentro de cruceros y destroyers, los combatían sin vacilar, los alcanzaban con sus tiros y concluían por echarlos mar afuera.

Nuestros batallones aguardaban impasibles el desembarco del enemigo, favorecido por la artillería gruesa de sus naves, y cuando estaba cerca, lo acribillaban á balazos y le ponían en vergonzosa fuga.

***

No somos jactanciosos ni arrogantes. Harto se nos alcanzaba que la fortuna, á la fecha propicia, tal vez mañana nos volvería la espalda, y que nuestro adversario era lo bastante fuerte para volver con más ahinco á la carga después de la derrota ó del fracaso.

Pero ante la bravura sin par de nuestro ejército de mar y tierra y ante la resolución generosa de los españoles en ambas Antillas, nos sentimos llenos de confianza y dispuestos á defender lo que era nuestro contra todos los buques y los ballones americanos.

Mal correspondiera, por otra parte, la nación al esfuerzo de aquellos valientes soldados y á la adhesión de aquellos buenos hijos, si no se sintiera dispuesta á hacer lo posible y lo imposible para alentarlos y auxiliarlos en su épica resistencia contra los invasores; é indigna fuera de su luminoso pasado y de su incontestable derecho á lo porvenir, si ante tales ejemplos de abnegación hubiese experimentado femeniles dudas.

Cuba y Puerto Rico pertenecían por su propia voluntad á España y España se veía obligada á cobijarlas en su regazo maternal, mientras le quedase un átomo de vida.

Nunca las hubiera cedido de grado y solamente cuando se sintió exánime y moribunda, se las dejó arrebatar por fuerza.

Saludemos á los valientes que pelearon en las colonias y cuya fé, confirmada con sangre, vino á afianzar la nuestra, que andaba en aquellos tiempos ya algún tanto indecisa.

La patria cumpliría su deber del mismo modo,—así lo esperábamos—con igual firmeza y con tanta abnegación como ellos estaban cumpliendo con el suyo.

*
* *

Una muy extendida superstición quedó el 13 entre los españoles bastante quebrantada. Ese día 13 de Mayo fué, sin duda, más agradable para España que otros días no considerados como fatídicos.

De todas partes llegaron noticias que fortalecían el espíritu y levantaban el corazón. De allá, de Manila, sabíase que nuestros hermanos resistían con denuedo, viéndose forzado Dewey con su escuadra á la espera de recursos. De Cuba llegáronnos ecos de positiva gloria.

La defensa heróica del *Antonio López* y la *Ligera*; la bizarría genuinamente española, con que frente á un poder marítimo extraordinario habían combatido un puñado de marinos sin más que su pericia y algún modestísimo cañón; el arranque del comandante Montes agotando todas sus municiones y echando su cañonera á pique para que fuera escollo antes que provecho del enemigo, el valiente espíritu con que las guarniciones y voluntarios y los moradores todos de Cárdenas y Cienfuegos acudieron á la defensa de la patria oponiendo á las bombas yanquis un arrojo y serenidad que impusieron respeto á los propios enemigos, fueron, tras el dolor de Cavite y tras la incertidumbre de aquellos días, estímulos poderosos contra todo desfallecimiento y motivos fundados para no abandonarnos al pesimismo sin esperanzas.

Al lado de esas puras satisfacciones que Cuba nos envió, hubimos de poner otras no menos altas que nos vinieron de Puerto Rico. Salvajemente—como dijo muy bien un senador del reino en la Cámara alta—salvajemente, como pudiera hacerlo la escuadra de un pueblo de piratas y malhechores, para el cual no rigen el derecho internacional ni ninguna de las leyes morales que Cristo y la civilización han extendido por el mundo, preséntanse los yanquis ante la capital de Puerto Rico, y con sus grandes buques y sus terribles medios de exterminio, no logran que el espíritu de aquellos españoles vacile ni tema.

A las bombas explosivas, á las acometidas de tanta máquina formidable, la serenidad y el valor responden, reproduciendo la gloria de

otras jornadas no menos difíciles y no menos ilustres para los leales portorriqueños.

***

No es que las favorables noticias del citado día 13 debieran determinar una confianza definitiva en nuestra suerte ni en el trance final de la guerra. Traía ésta semblante muy áspero y no había de ser asunto de unos cuantos días ni de unas cuantas acciones.

Para llegar al necesario término no habían de bastar la gallardía aislada ni los rasgos sueltos, propios de nuestra raza. La guerra, hoy, ha puesto muy al margen el factor personal, y está más cerca de la fortuna quien la corteja con provisión de medios materiales, que aquel que la solicita sólo con nobles títulos de riqueza moral.

No podía olvidarse que la raza épica de nuestros marinos, de nuestros soldados y de todos nuestros hermanos de Cuba y Puerto Rico en poco había de contribuir á que los yankis dejasen de contar con más buques y con más recursos de combate que España.

Pero aunque eso no pudiera ser olvidado, no fuera justo que dejara la patria de recoger, para convertirlas en aliento de su propio espíritu, las buenas nuevas que el cable nos trajo el susodicho día, en compensación de tanta tristeza como nos enviara.

Todos lo habíamos dicho: á guerra no provocada por nosotros había ido España por el honor. Asi, bendito hubo de ser y ensalzado cuanto viniera á significar que el honor de España se salvaba según nuestra histórica costumbre.

CAPITULO XI

Tenacidad del enemigo.—Cañoneo inútil.—Nuevos intentos de desembarco.—En Jaimanitas y en Cárdenas.—Al desquite.—Inútil empeño.—Detalles del frustrado desembarco en la playa del Salado.—Dos prisioneros yanquis.—Combate naval en aguas de la Habana.—El *Nueva España* y el *Venadito* en busca del enemigo.—Expectación.—Frente al enemigo.—La acometida.—Entusiasmo y aplausos de la muchedumbre.—¡Viva España!—El triunfo de nuestros barcos.—Espectáculo imponente.—El regreso á puerto.—Regocijo y ovación.—El objetivo de la salida.—Un encuentro en Los Cristales.—Rumores.—La alocución del general Cervera.—Antes de zarpar.—¡Viva España!

Los intentos de desembarco y el cañoneo en las costas de Pinar del Río y Habana acusaban alguna tenacidad de parte de los yanquis y gran fortuna por nuestra parte, rechazándoles.

Esos cañoneos en que tanto proyectil dispararon sobre la costa no produjeron apenas desgracias ni daños. Más parecieron salvas, para amedrentar, que bombardeos, para proteger desembarcos.

Sin embargo, los proyectiles que gastaron inútilmente sumaban centenares.

El 14 se verificó otro intento de desembarco en la playa de Jaimanitas, inmediata á la capital. Durante una hora estuvieron disparando proyectiles de medio calibre, sin que este bombardeo, que por el ruído parecía horroroso, produjera daños en la población.

La presencia del torpedero *Ericson* en la bahía de Cárdenas, en la tarde del 13, sin disparar un tiro, y el verse desde el vigía otros barcos americanos dando bordadas fuera del puerto, hizo suponer á los habitantes de Cárdenas que el enemigo intentaba repetir el ataque contra la población.

Reforzada la guarnición con el batallón de Zamora y dos guerrillas, el coronel Moncada dispuso, de acuerdo con el comandante de Marina, que las fuerzas tomaran convenientes posiciones en la zona de la bahía, donde se habían levantado las ligeras defensas que el tiempo había permitido, dando lugar preferente á los voluntarios y compañía de infantería de Marina, que tan bravamente rechazaron el ataque anterior.

En previsión de que las granadas produjeran incendios en la población, formó todo el cuerpo de bomberos y se alistó todo el material para acudir con prontitud al primer aviso.

Bien puede decirse que cuando rompieron el fuego los barcos enemigos, no había en Cárdenas nadie que no estuviera prevenido.

Todos los cálculos resultaron confirmados. Tres barcos enemigos repitieron el bombardeo, más vivo si cabe que en el ataque anterior.

Con tenacidad grande intentaron hacer llegar á tierra barcazas y botes con gente de desembarco; pero cuantas veces lo intentaron fueron rechazados.

El fuego que sobre ellas se hizo por descargas y con gran disciplina, debió producirles muchas bajas, á juzgar por la gritería y confusión que en las barcazas se produjo.

Así estuvieron durante tres horas, hasta que definitivamente se retiraron, sin conseguir echar pie á tierra un solo hombre.

El resultado de este segundo ataque fué el siguiente: destruir la casa donde estaba instalado el consulado inglés, en cuyo edificio ya cayó una granada durante el primer ataque; hacer unos siete heridos

en la tropa; matar con una granada á una pobre mujer y un hombre; herir á siete paisanos, entre los cuales figuraban tres inocentes niños, y producir algunos desperfectos en varias casas.

***

Al mismo tiempo que los yanquis repetían el ataque contra Cárdenas, lo hicieron también contra Cienfuegos, como si fueran al desquite en los mismos puntos donde sufrieron tan duro escarmiento cuatro días antes.

El cañoneo contra la costa de Cienfuegos fué también muy vivo: los intentos de desembarco también fueron rechazados.

Las granadas no causaron desperfecto alguno en la población ni en la bahía: las tropas de la guarnición tuvieron varios heridos.

La prensa de la Habana publicó el día 14 números extraordinarios dando cuenta del satisfactorio resultado que tuvieron los choques entre nuestras fuerzas y los americanos en la playa del Salado, donde intentaron hacer el primer desembarco de dos compañías de tropas regulares y gran cantidad de armas y municiones que llevaba el vapor *Gussie*, y añadiendo algunos interesantes detalles, de cuyo conocimiento no queremos privar á nuestros lectores.

Ya estaban en tierra algunos expedicionarios, cuando los soldados españoles salieron de su emboscada y cayeron con fuego nutridísimo sobre los expedicionarios, sembrando el pánico entre el enemigo.

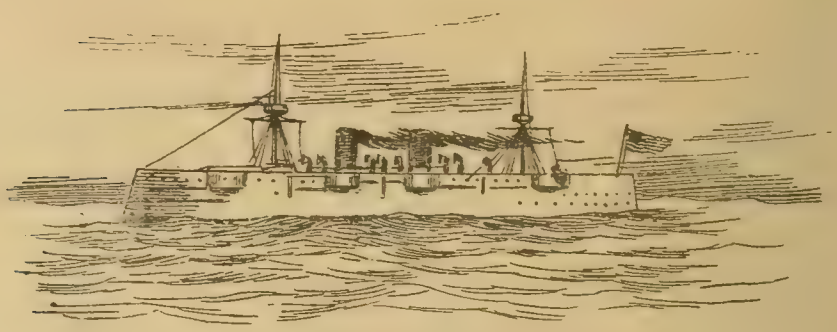
El fuego de dos cruceros que protegían el desembarco, resultó inútil.

Rechazados los expedicionarios, lograron reembarcar casi todos, teniéndolo que hacer á nado algunos, y entre ellos el famoso Scovel, aquél corresponsal norteamericano que intervino en la fuga de Evan-

gelina Cisneros, que después fué expulsado de aquel territorio y que desde el *Journal* había influído tanto para provocar la guerra internacional.

En medio de la confusión que produjo la aparición de los españoles y el grito de «sálvese quien pueda» de los expedicionarios, quedaron en tierra completamente desamparados dos hombres, que á gritos pedían auxilio á los que se alejaban.

Ambos fueron hechos prisioneros, resultando ser periodistas yan-



CRUCERO NORTEAMERICANO «BALTIMOORE»

quis, redactores corresponsales del *World*, los cuales pidieron á los soldados que no les matasen.

Los dos prisioneros fueron conducidos á la Habana por el ferrocarril de Villanueva.

La gente, advertida de su captura, les esperó, y al aparecer lívidos, desencajados, llenos de terror, les dió una silba fenomenal, que produjo en ellos extraordinario efecto, porque creían que toda la isla estaba poco menos que en poder de los insurrectos, y que la Habana se hallaba casi destruída por sus barcos y sin espíritu español.

Los corresponsales del *World* fueron encerrados en la fortaleza de la Cabaña, hasta que se determinase lo que había de ser de ellos.

COMBATE NAVAL FRENTE Á LA BAHÍA DE LA HABANA, ENTRE EL CRUCERO «CONDE DE VENADITO» Y CAÑONERO «NUEVA ESPAÑA» Y LA ESCUADRA NORTEAMERICANA

***

De gran emoción fue para todos los habitantes de la Habana el suceso que se desarrolló á su vista y frente á la bahía, en la tarde del 14 de Mayo.

A eso de las cuatro comenzó á circular el rumor por la ciudad de que los barcos de guerra surtos en la bahía se preparaban para salir á la mar en trabajos de descubierta.

Como toda la población había visto dar bordadas á varios barcos yanquis frente á la Chorrera, pero fuera del alcance de las baterías avanzadas, se supuso que de salir los buques, habría choque, en condiciones de gran desigualdad.

El toque de las cornetas en las fortalezas; el ver á algunos generales dirigirse hacia las baterías y el paso de voluntarios hacia determinados puntos de la capital, hizo extender y dar visos de certeza al rumor, y la gente en tropel, formando inmensa muchedumbre, empezó á llenar los muelles, el pescante, el malecón de la Punta y toda la costa de San Lázaro hasta los baños.

Los trenes del Vedado se llenaron de curiosos que querían gozar del espectáculo en posiciones más avanzadas.

En efecto; á las cinco salió del puerto el cañonero *Nueva España*, llevando en el tope la bandera nacional, y poco después, y con la suya izada, el crucero *Conde de Venadito*.

La muchedumbre aplaudía frenética; la marinería silenciosa, como quien cumple misión sagrada en momentos solemnes, cuidábase de cumplir su cometido.

Aquellos dos barcos de guerra, de pequeñas dimensiones, de escasa potencia y de reducida dotación, se internaron en el mar hasta perderse de vista.

El público que les vió partir quedó en silencio y vivamente impresionado.

Millares de personas tenían fijos sus ojos desde las torres, las azoteas, el malecón, las baterías y el litoral, en la línea obscura y lejana del horizonte. Durante media hora nada se vió ni se oyó, creciendo por momentos la ansiedad; pero transcurrido ese tiempo, vióse á los dos barcos españoles que se dirigían sobre tres americanos haciendo fuego nutrido y con marcha rápida. Habíase entablado ya un combate naval, á la vista de la población.

El *Nueva España* y el *Venadito* acometían con decisión; los tres barcos yanquis contestaban con fuego duro.

La muchedumbre aplaudía desde tierra la decisión de nuestros bravos marinos; á cada disparo resonaba en todo el litoral un estruendoso ¡viva España!, que las ondas se encargaban de hacer llegar hasta los barcos españoles como alientos nuevos para el combate.

De pronto se vió que un barco grande del enemigo apagó sus fuegos, que rápidamente se le acercó otro, y amarrándole se lo llevó á remolque con precipitación: ¡aquello era el triunfo!

Aparecen enseguida nuevos buques enemigos que acuden en auxilio de los suyos; los nuestros, gallardos, airosos, combaten también contra éstos, que forman una división de cinco buques.

El sol va desapareciendo hacia su ocaso, enviando sus últimos rayos á los combatientes y dejando en el horizonte unas nubes rojas como el fuego.

El espectáculo es imponente, maravilloso, extraordinario.

Entretanto, en todas las baterías de la plaza se enfilan los cañones por si el enemigo se acerca, persiguiendo en su retirada á nuestros barcos; salen del puerto hasta doblar el Morro dos cañoneros más, por si acaso; los dos *Pinzón* se disponen también á salir, pero el rápido cre-

púsculo vá desapareciendo y la noche extiende su manto de tinieblas, haciendo que cese el combate.

El *Nueva España* y el *Conde de Venadito* regresan al puerto sin avería alguna, y al entrar en bahía les tributa toda la Habana una ovación indescriptible y conmovedora. Eran las ocho de la noche.

Emoción semejante, pocas veces se siente: la población, llena de regocijo, saluda á los marinos por la feliz jornada, que así puede calificarse la temeraria salida y el combate sostenido contra enemigo tan superior, sin sufrir avería alguna, á cambio de haberlas producido de consideración en la escuadra norteamericana.

***

El *Conde de Venadito* es uno de los buques más conocidos entre los españoles. Con motivo de la campaña de Melilla primero, después por incidente ocurrido entre este buque y el americano *Alliance* en los comienzos de la campaña de Cuba, el *Venadito* es entre nuestros buques de guerra el que más ha sonado en oídos españoles.

Fué construído en 1888, es de hierro, de 1200 toneladas, monta cuatro cañones Hontoria de 12 centímetros, dos de siete, dos de cinco y cuatro de cuatro, y dos tubos de lanzar torpedos. Desplaza 1.500 toneladas y la fuerza de sus máquinas es de 1.500 caballos.

Estaba mandado por el capitán de fragata don Esteban Asuaga.

El *Nueva España* está clasificado como cañonero torpedero: monta seis cañones, dos Hontoria de doce centímetros, de tiro rápido, una ametralladora y dos tubos lanza torpedos; la fuerza de su máquina es de 2.400 caballos de fuerza y desplaza 630 toneladas; su casco es de acero.

Mandaba este barco el teniente de navío don Eduardo Capelastegui.

Hacía ya tiempo que prestaba servicio en Cuba, y algunos meses que se encontraba en la bahía de la Habana.

Fué botado al agua en el año de 1889.

Tanto el *Nueva España* como el *Venadito* habían trabajado mucho en la campaña de Cuba, y esto hacía que sus máquinas hubiesen sufrido desgastes, perdiendo en fuerza y velocidad.

Ninguna de estas circunstancias impidió que luchasen con denuedo, obteniendo éxito feliz en la misión que les fué confiada.

El objetivo propuesto con la salida y combate del *Nueva España* y el *Venadito*, quedó logrado, pues no era otro, según despachos del capitán general y jefe del apostadero de la Habana, que atraer frente al puerto el mayor número posible de barcos yanquis, y esto se consiguió, por cuanto al día siguiente se contaban diez, no siendo el anterior más que tres.

En operaciones desde Güines, la columna que mandaba el coronel Rodríguez, tuvo un encuentro, el día 16, en Los Cristales con una partida de 800 hombres, al mando de Mayía Rodríguez, Collazo y otros cabecillas, tomando campamento y batiéndoles con muchas bajas; pudiéndose recoger 11 muertos identificados, 14 armas de fuego, machetes y municiones.

La columna tuvo un oficial contuso y cuatro de tropa heridos.

***

Se dijo la tarde del 14, atribuyendo el origen de la noticia á manifestaciones del ministro de Marina, que la escuadra del contralmirante Cervera estaba ya á la vista de Cuba.

Aunque el general Bermejo no había hecho manifestación alguna en tal sentido, ni en otro cualquiera que permitiera determinar el rumbo y la situación de nuestros barcos, la suposición era muy verosímil, y

nada habría tan satisfactorio, en nuestro humilde concepto, como el que la hubiéramos visto confirmarse pronto con la entrada en la bahía de la Habana del *Cristóbal Colón*, el *Vizcaya*, el *Oquendo*, el *Infanta María Teresa* y los dos *destroyers*.

Hubiera sido este un verdadero éxito militar para España, aun cuando no tuviese el aparato externo, la resonancia y brillantez que los grandes combates navales con que soñaban los exaltados.

Mientras que en la Habana tuviésemos una escuadra intacta, ni pudieran los yanquis descomponer la suya para llevar la guerra á diversas regiones, entre las cuales cabía incluir la misma Península, ni les fuera factible acometer el desembarco de una gran expedición sin el riesgo de verla comprometida y quebrantada.

El bloqueo de la Habana tuviera también que cambiar de carácter y condiciones, aunque el enemigo mantuviese allí la totalidad de sus buques de combate. Con los recursos de aquella estación, nuestra escuadra pudiera haber hecho salidas, hostigar contínuamente á la enemiga, sobre todo de noche, y eligiendo el momento y circunstancias más favorables para llevar la confusión á los barcos enemigos.

No sabíamos, realmente, si el objetivo de la escuadra era el que nos inspira estas observaciones, pero ninguna duda ofreció para nosotros y creemos hallarnos de acuerdo con la opinión de muchas personas competentes, que ese fuera por entonces el servicio de resultados más prácticos y que con él se hubiera realizado un buen pensamiento estratégico.

***

He aquí la alocución que el general Cervera dirigió á sus subordinados la víspera de hacerse á la mar la escuadra fondeada en Cabo Verde:

«Tripulantes todos de la escuadra:

Después de tres años de lucha en Cuba vamos al fin á ver el término. Seguramente no se hubiera sostenido tres meses la insurrección sin los auxilios que ha recibido siempre de los Estados Unidos.

Viendo esta nación que con su ayuda indirecta y con las mil molestias que nos ha suscitado no podía conseguir los fines que su codicia le inspira, que no son otros que arrebatarnos la isla de Cuba, arroja la máscara al ver agonizar la insurrección y nos hace la guerra más injusta que registra la historia.

No la quería España, ciertamente, y prueba de ello es su conducta, en la que ha llegado á cuanto puede acceder una nación que se precia en algo. Pero la ambición insaciable de los *yankees* gritaba siempre más, más, hasta que llegó á pedirnos todo: lo que es nuestro, lo que descubrieron los españoles dirigidos por Colón, lo que pobló Diego Velázquez y han hecho próspero y rico los españoles á costa de tantas vidas como se han perdido en los cuatro siglos que hace del descubrimiento.

Vamos, pues, á la guerra obligados por el orgullo y la codicia *yankee*; pero vamos como siempre fueron los españoles, fuertes en sus derechos y confiados en Dios, que no abandonará causa tan justa y protegerá nuestros esfuerzos.

No tengo que recordaros la disciplina, porque en los seis meses que llevo de mando sólo tengo motivos para felicitarme de ella. Tampoco os recuerdo la constancia en el servicio, sobre todo el de vigilancia, á pesar de lo duro que llega á hacerse cuando se prolonga mucho, porque conozco vuestras condiciones en esto como en todo. Mucho menos os recomendaré el valor, sois españoles y... basta.

A la guerra, pues; y cuando yo os lleve al combate, tened confianza en Dios y en vuestros jefes, y que con la conciencia del alto deber que cumplimos nos halague á todos la idea de la gratitud de la patria, que salvaremos del peligro en que se encuentra.

Las naciones que nos contemplan verán que la España de hoy es la de siempre, y al regresar á nuestros hogares nos veremos rodeados de la gratitud y amor de nuestros conciudadanos, que será nuestra mejor recompensa.

¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva la reina regente!

San Vicente de Cabo Verde á 28 de Abril de 1898.—El almirante de la escuadra española.—*Pascual Cervera*».

***

Antes de zarpar, el general Cervera convocó á los oficiales y tripulaciones de los buques que formaban la escuadra, arengándoles en términos altamente patrióticos y poniendo de manifiesto que cuando peligra la integridad del territorio patrio, todos sus hijos tienen el sagrado deber de defenderla.

«A la Armada española—dijo—corresponde desempeñar en el presente conflicto un papel importantísimo. Vamos á la lucha; es verdad que somos pocos contra muchos, pero llevamos de nuestra parte la justicia y el derecho, la pericia y el valor de los marinos que me escuchan, y la fé en Dios».

Apenas terminó el general Cervera la última frase, se oyó un atronador ¡viva España!

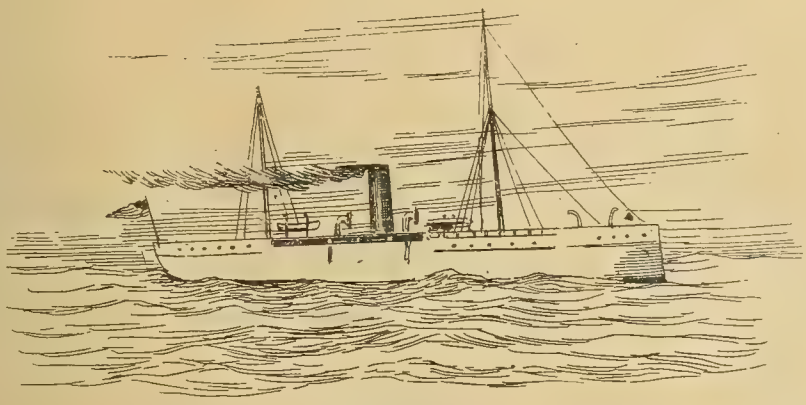
La prensa norteamericana no ocultó la sorpresa que le produjo la noticia de haberse advertido en aguas de la Martinica la presencia de tres barcos de guerra españoles.

No se sabía á punto fijo á dónde se dirigía la escuadra española mandada por el contralmirante Cervera, pero se tenía noticia de que las fuerzas navales yanquis habían recibido orden de concentrarse en la costa meridional de Cuba.

Todos los informes convenían, sin embargo, en que el jefe de

nuestra escuadra se proponía intentar la entrada en el puerto de la Habana.

Los periódicos, particularmente los consagrados á asuntos militares y marítimos, seguían con grande interés los movimientos de la escua



CAÑONERO NORTEAMERICANO «VESUBIUS»

dra española, reconociendo que el almirante Cervera estaba dando pruebas de grande habilidad y pericia, coincidiendo todos en reconocer que el general Cervera conducía la expedición tan afortunadamente, que el gobierno norteamericano había pasado momentos de verdadera inquietud.

CAPITULO XII

Europa al almirante de nuestra escuadra.—La misión del *Terror*.—El comandante Villaamil.—La escuadra española en Curaçao.—Otra vez la dinamita en el campo rebelde.—Voladura en el ferrocarril de Guanabacoa.—El espíritu público en la Habana.—Accidente en la bahía de Cárdenas.—Explosión de un torpedo.—Destrozo y voladura de un bote tripulado por yanquis.—Ataque á Caibarién.—Una flotilla de cañoneros en busca del enemigo.—Huida del buque yanqui.—Gran expectación en la Habana.—Agresión contra Santiago de Cuba y Guantánamo.—En Punta Camacho y Matanzas.—La escuadra española en Santiago de Cuba.

En todas partes, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Europa entera, dedicaban grandes elogios de admiración al jefe de nuestra escuadra, al contralmirante Cervera, que con rara habilidad y pericia extraordinaria había sabido burlar á las dos escuadras norteamericanas.

De una de las operaciones más felices realizadas con ese objeto, y en la que había sido protagonista el bizarro señor Villaamil, nos dió cuenta por carta un tripulante del *Terror* en los siguientes términos, tan interesantes como conmovedores:

«Obedeciendo órdenes del almirante destacóse de la escuadra el destroyer *Terror*, al mando del comandante señor Villaamil para adquirir noticias exactas acerca del paradero de los barcos enemigos.

La misión confiada á este marino era en verdad tan difícil como arriesgada. Consistía en llegar á la isla Martinica, averiguar allí noticias del paradero y situación de las escuadras yanquis, y salir inmediata-

mente para Puerto Rico, donde entraríamos, procurando evitar el encuentro con todo barco enemigo; comunicar con el general Macías y regresar á dar cuenta al general Cervera del resultado de su misión.

Cumplida sin contratiempo la primera parte de nuestra misión, salió de Fort de France el *Terror*, dispuesto á cumplir la segunda, dirigiéndonos á Puerto Rico. Pero en el camino tropezamos con un vapor correo. Merced á las señales convenidas, la duda no era posible. El *Terror* se aproximó al buque correo, que no era otro que el *Alfonso XIII* de la Compañía trasatlántica, el cual, concluído el bombardeo de San Juan por la escuadra yanqui, había salido tranquilamente con rumbo á la Península.

El capitán del *Alfonso XIII* dió cuenta á nuestro comandante señor Villaamil de cuanto éste necesitaba saber respecto á la situación de las escuadras norteamericanas, y el señor Villaamil le dijo lo que convenía que supiera el capitán del *Alfonso XIII*.

Concluída la entrevista, el *Terror* se dirigió otra vez en busca de la escuadra y el *Alfonso XIII* siguió viaje con rumbo á la Península.

***

«Apenas encontró el *Terror* otra vez á la escuadra y conferenció Villaamil con el contralmirante Cervera, hizo aquella rumbo á la isla holandesa de Curaçao.

El gobernador general de aquella posesión holandesa, que reside en la capital, Willenestad, parece participó al general Cervera:

1.° Que no permitía la entrada en el puerto más que á la mitad de la escuadra española; y

2.° Que su permanencia en el mismo no podría exceder de cuarenta y ocho horas.

En vista de la actitud del gobernador de la citada posesión holan-

desa, el general Cervera dispuso que entraran en puerto los cruceros *María Teresa* y *Vizcaya* y que permanecieran fuera, bordeando, el *Oquendo*, el *Colón* y los *destroyers*.

Inmediatamente que llegó á Curaçao nuestra escuadra, fué telegrafiada á Washington y á Londres la noticia por diferentes conductos.

Sin aguardar el señor Cervera á que se cumpliera el plazo de cuarenta y ocho horas que le fuera concedido para permanecer en Curaçao hízose de nuevo á la mar con rumbo á Cuba.»

Por tercera vez burló la vigilancia de que era objeto en aquellos mares, haciendo cruces tan variados que, al mismo tiempo que señalaban su presencia los corresponsales en las costas de Venezuela, donde suponían que se aprovisionaría de carbón; en la Martinica otra vez, donde aseguraban que se le reunió el *Alicante* para el aprovisionamiento de combustible; en las costas de Cuba, hacia donde se reconcentraban las dos escuadras yanquis y en las de los Estados Unidos, que parecían ser el objetivo del contralmirante español.

***

Habían vuelto los rebeldes á realizar actos de presencia cerca de la capital de la isla.

En la noche del 15 volaron, por medio de la dinamita, algunas alcantarillas del ferrocarril de Guanabacoa, produciendo grandes destrozos en la vía.

Afortunadamente, no hubo que lamentar desgracias personales, por ocurrir la explosión á una hora en que no circulaban trenes.

Al ruido de la detonación y á los gritos de los guardas de la vía, acudieron inmediatamente fuerzas del ejército, sin que lograran capturar á los autores del bárbaro atentado.

Aunque el espíritu público en la Habana no había decaido ni un

momento desde la declaración de guerra y la presencia de los barcos americanos delante del puerto, los últimos sucesos y la noticia de la presencia de nuestra escuadra en el mar de las Antillas, habían producido entusiasmo excepcional en todas clases.

Esos sucesos y esa noticia habían determinado además una gran mejora en la situación económica porque, efecto de la mayor confianza, era mucho más satisfactorio el aspecto de los cambios.

También era fénomeno que la opinión apreciaba en todo su valor, la participación que en las felicitaciones á las autoridades y á la marina tomaban los cónsules que allí representaban á las principales naciones europeas.

El público se había hecho ya á la situación, de tal manera, que los remolcadores y las lanchas salían del puerto y se alejaban á distancias respetables para ver los movimientos de los barcos bloqueadores, como si no corrieran riesgo alguno en dichas salidas.

Los barcos yanquis continuaban sus movimientos entre la costa de Pinar del Río y Cárdenas.

Un nuevo y desagradable accidente sufrieron los norteamericanos en la mañana del 16, en la entrada de la bahía de Cárdenas.

Después de los bombardeos inútiles y de los fracasados desembarcos, dedicáronse los barcos yanquis á explorar la entrada del puerto.

Advertidos de la existencia de torpedos pretendieron quitarlos y al dar con el primero y tratar de inutilizarle, explotó, en condiciones tales, que destrozó el bote, cayendo al agua los 18 tripulantes, no logrando salvarse ni uno.

Este suceso produjo el efecto que puede suponerse, lo mismo en la población de Cárdenas que en la de la Habana.

***

El día 17 se presentó frente al puerto de Caibarién, en la costa Norte de la provincia de Santa Clara, un barco norteamericano con ánimo de explorar la bahía.

Inmediatamente se hicieron á la mar el cañonero *Hernán Cortés* y las cañoneras *Valiente*, *Intrépida* y *Cauto*.

La guarnición y voluntarios de Caibarién se pusieron inmediatamente sobre las armas.

La salida de los barcos citados produjo gran expectación en los habitantes de Caibarién.

A poco rato de haber salido del puerto la pequeña flotilla se oyeron algunos cañonazos, y pronto se vió como el barco yanqui se alejaba y regresaban á puerto los españoles por haber conseguido el objeto que se habían propuesto.

Mayor era la expectación que reinaba en la Habana ante la presencia de la escuadra española en el mar de las Antillas.

El deseo de las gentes hacía suponer que llegaría muy pronto, siendo el primer puerto que tocase el de la Habana; pero de esto no había noticia alguna que permitiera hacer afirmaciones.

El bloqueo de la Habana continuaba en la misma forma, esto es, sostenido por nueve barcos.

Desde dicho día 17 desaparecieron de la vista de Cienfuegos los barcos que bloqueaban aquel puerto.

Frente á la Habana y otros puertos de la costa occidental eran muy pocos los barcos yanquis que se divisaban el día 18.

Creíase que la retirada de los barcos bloqueadores obedecía á desconocerse los movimientos de nuestra escuadra y temer que se presentase de improviso en aquellas aguas.

El objetivo principal de los barcos americanos era la costa Sur, en previsión de que los que mandaba el general Cervera intentasen arribar al puerto de Cienfuegos ó al de Santiago de Cuba.

Los buques auxiliares exploraban los mares del Sur, mientras otros barcos hostilizaban unas veces á Santiago de Cuba y otras á Guantánamo donde se acercaron el 18, haciendo sobre el fuerte fuego de cañón, que contestó el cañonero *Alvarado*.

Ese cañoneo no tuvo para nadie resultados, pues ni los proyectiles enemigos hicieron daño alguno, ni los nuestros produjeron efecto en el enemigo que, colocado á bastante distancia, se retiró en cuanto verificó la exploración y notificó con sus cañones su presencia en aquellas aguas.

***

El citado dia 18 se presentaron dos barcos yanquis á dos y á seis millas frente á Santiago de Cuba, haciendo uno de ellos dos disparos cortos, que no fueron contestados.

Más tarde se acercaron los dos barcos americanos á la boca del canal de Santiago de Cuba, rompiendo fuego contra las baterías avanzadas, que contestaron con vigor y acierto, pues causaron averías á uno de ellos artillado con siete cañones y obligándoles á retirarse, sin que los 80 disparos que hicieron causaran daño alguno.

Al amanecer del 19, dos buques americanos hicieron 70 disparos sobre la bahía de Guantánamo y playa Este y contra el cañonero *Sandoval*, sin causar daño, siendo contestado el fuego por fuerzas del ejército apostadas en la punta de Caracoles y en la boca del río Guantánamo, apoyadas y en combinación con dicho cañonero *Sandoval*, que les acosó y persiguió hasta perderlos de vista.

Esos barcos norteamericanos usaron bandera española al entrar en la boca del puerto de Guantánamo.

Los barcos yanquis continuaban empleando el procedimiento de

hacer disparos sobre las costas para obligar á que contestaran las baterías de tierra y saber de este modo el alcance de los cañones emplazados y si estaban ó no aquéllas artilladas.

Afortunadamente, nuestros artilleros sabían ya á que atenerse, y en la mayoría de los casos los barcos yanquis tenían que retirarse sin lograr su propósito.

Durante la madrugada del 2 › un cañonero enemigo hizo 27 disparos sobre Punta Camacho y 11 sobre el varadero de Matanzas.

Ninguno de ellos produjo desperfectos, por quedarse cortos la mayoría de los proyectiles.

Por esta misma razón no contestaron nuestras baterías.

***

La escuadra del almirante Cervera entró el día 19 en el puerto de Santiago de Cuba.

Próximamente á las diez de la noche de ese día recibió el nuevo ministro de Marina, señor Auñón, el siguiente cablegrama del comandante en jefe de la escuadra:

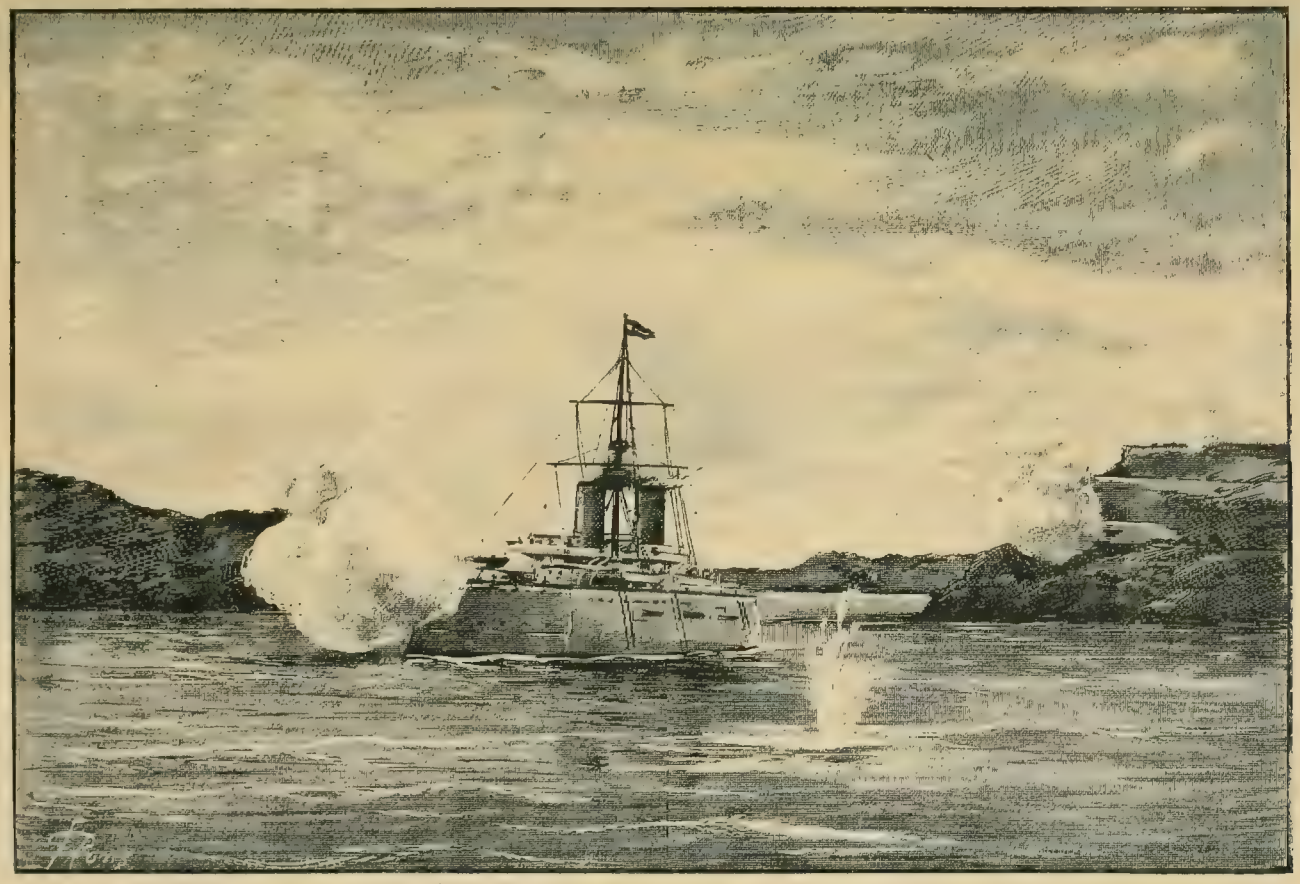
«*Santiago de Cuba*, 19.—Almirante de la escuadra al ministro de marina:

Esta mañana he entrado sin novedad con la escuadra en este puerto.—CERVERA».

De modo, que cuando se creía en Washington y Nueva York, según telegramas de sus agentes telegráficos, que publicó la prensa neoyorkina ese mismo día, que andaba cruzando al largo por aguas de Costa Rica, nuestra escuadra tomaba puerto en Cuba.

No puede darse empresa mejor conducida ni con más acierto rematada.

Nuestra escuadra, vigilada con afán por dos poderosas flotas y



EL ACORAZADO «CRISTOBAL COLÓN» FRENTE Á LA BOCA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA DEFENDIENDO LA ENTRADA Y CONTESTANDO A LOS FUEGOS DE LA ESCUADRA YANKEE

multitud de barcos sueltos del enemigo, había sido dueña del mar de operaciones durante dos semanas, había burlado á los que pretendían envolverla, se había aprovisionado con habilidad increible, y metiéndose al fin en uno de los principales puertos de Cuba, había patentizado á la vista de todo el mundo, que nada tenía de efectivo y que era puramente nominal el bloqueo de la isla.

Cerca de treinta acorazados y cruceros de primera clase maniobraban para sorprenderla, ya que no con la arrogante seguridad que manifestaban al principio, con la resolución cada vez más vehemente de aniquilarla. A este fin se habían subordinado todos los proyectos del gobierno de los Estados Unidos. El acabar con ella era condición indispensable para intentar en las Antillas el tantas veces anunciado desembarco de cincuenta, sesenta ó setenta mil hombres.

Pues bien; el almirante Cervera había ejecutado su plan, y el departamento de Guerra y el departamento de Marina de la América del Norte habían visto desbaratados de un golpe todos los suyos.

Legítimo orgullo nos causaron, por su bizarría y por su destreza, nuestros marinos; pero no queremos alabarlos.

¿Para qué, si fueron mucho más elocuentes los hechos y mucho menos personales los elogios que la prensa extranjera, incluso la norteamericana, les dedicó?

El *Daily Graphic* deciaró que el almirante español había ganado la victoria en la partida estratégica que se había jugado aquellos días en el Atlántico. «Su impensada aparición en la Martinica, cuando todos los creíamos á pocas millas de Cádiz, es un golpe de maestro. La misión de la flota de Sampson ha fracasado por completo, pues consistía en señalar la presencia de los buques españoles. A éstos, cuando se escriba la historia de la guerra, se atribuirá en justicia el mérito de haber superado en astucia é inteligencia á sus adversarios».

Cosa parecida escribió *The Times*.

Y el *Standart* opinó que, tan digna de admiración como las evoluciones de nuestra escuadra, había sido la previsión con que habíase efectuado el aprovisionamiento de combustible en aquellas latitudes.

El propio *New York Herald* confesó, repitiendo la opinión de marinos americanos, que la táctica de los nuestros había sido maravillosa y que el almirante Cervera, aunque no llegara á meterse en Cuba, había conseguido, por de pronto, volver locos á los jefes de las escuadras que lo perseguían.

«No sólo ha eludido sus esfuerzos combinados—decía,—sino que ha tenido y tiene á los puertos y ciudades de nuestra costa septentrional sobrecogidos de inquietud ante la perspectiva de un súbito bombardeo».

Además de lo dicho por el *Herald*, nuestra escuadra había logrado lo que no conceptuaba hacedero el periódico neoyorkino: había entrado en el puerto de Santiago de Cuba.

¡Honor al peritísimo almirante, á los inteligentísimos jefes y á las valientes tripulaciones!

En medio de tantas tristezas, nos proporcionaron una muy grande alegría.

A la mortal inquietud en que nos tenía el incierto paradero de nuestros barcos de guerra, sucedió la más grata y honrosa satisfacción, al conocer la pericia con que el ilustre general Cervera había sabido burlar la vigilancia de las dos escuadras enemigas y ganar sin contratiempo ni avería el puerto de Santiago de Cuba.

Conocíamos su indomable valor,—¿quién que sepa la historia de España no lo conoce?,—y estábamos bien seguros de que en ningún caso desmerecerían de sus gloriosos antepasados. Pero más todavía nos satisfizo el contemplar su destreza, su sangre fría y su aplomo.

Porque no queríamos que murieran sin fruto, aunque con épico heroismo, por la patria, sino que vivieran y se guardasen, dando cara al enemigo, para mejor servirla y defenderla.

Así pensamos, entonces, y así sentimos al gritar con el pueblo español, dando todas sus significaciones al grito: ¡viva la marina española!

CAPÍTULO XIII

Alegría y entusiasmo.—Dudas y peligro.—Importancia y mérito de la operación.—El ánimo nacional.—La prensa extranjera.—Elogios á la marina española.—La opinión de Europa.—Movimiento de aproximación.—Nuestro Gobierno.—El regreso del *Montserrat*.—El bloqueo burlado.—El pueblo coruñés al capitán Deschamps.—El viaje.—Misión especial.—Satisfacción y recompensa.

LA presencia de nuestra escuadra en aguas de Cuba produjo una alegría delirante en la población de Santiago, en la Habana y en la Península.

Inmensa muchedumbre acudió á los muelles de Santiago de Cuba, aclamando con entusiasmo á nuestros bravos marinos, al ejército, á España y á Cuba española.

Durante su difícil travesía no sufrió ninguno de nuestros buques contratiempo alguno, ni encontró ningún barco enemigo; las tripulaciones estaban en perfecto estado de salud; la disciplina á bordo era admirable, y entre todos los marinos de la escuadra reinaba gran entusiasmo. Ni los acorazados ni los destructores, habían experimentado la más leve avería.

Los barcos yanquis bloqueadores de Santiago de Cuba se retiraron al aparecer nuestra escuadra.

En la Habana reinaba gran ansiedad esperando noticias de la escuadra de Cervera: el anuncio de su llegada á Oriente produjo gran entusiasmo.

Se temía que los barcos yanquis hubiesen abandonado el bloqueo de la Habana para salir al encuentro de la escuadra española.

El hecho de haber llegado á puerto sin incidente alguno hizo creer que los buques americanos habían rehuido el encuentro con la escuadra de Cervera, ante el temor de un serio descalabro. Esto causó allí y aquí gran regocijo y entusiasmo.

Muy en lo justo estuvo el entusiasmo con que España saludó la aparición casi fantástica de nuestros marinos en puerto donde ondeaba la bandera española; mas para que el entusiasmo no decayera y sirviera de verdadera fuerza moral en aquellas horas de incertidumbre, no lo debimos sacar de quicio ni llevar sus puras aguas á un cauce pantanoso.

¿Sabíamos, por ventura, si nuestra escuadra había tomado puerto en Santiago de Cuba, de arribada forzosa ó por propia voluntad y obedeciendo á un plan estratégico bien combinado y premeditado?

¿Sabíamos si el enemigo, al dejarla entrar tranquilamente y sin hostilizarla, dejándola franco y expedito el paso, se proponía un ulterior objetivo que, dada la superioridad numérica de sus fuerzas y elementos de combate, podría convertir la victoria en derrota, y trocar el regocijo y la alegría en llanto y tristeza?...

¿Podíamos, en fin, asegurar que así como había entrado en seguro puerto, sin avería ni contratiempo, saldría de él con igual suerte, y haríase á la mar con idéntica fortuna para sortear los peligros que la rodeaban?...

***

No pretendemos con estas nuestras dudas y vislumbres de un peligro oculto aminorar la importancia y el mérito de la operación llevada tan sabia y felizmente á cabo por el meritísimo almirante de nuestra escuadra, general de la Armada don Pascual Cervera.

Mucho más de cuanto pudiéramos decir aquí nosotros en su alabanza díjolo por una parte la admiración que provocó en Europa la habilidad con que maniobrara, y proclamólo por otra la profunda inquietud que sembró en los Estados Unidos, aun antes de aparecer en las Antillas.

El viaje desde Cabo Verde á la Martinica, cruzando por paraje tan frecuentado sin que nadie sospechase siquiera el derrotero que seguía, bastara para dar excepcional renombre á cualquiera escuadra. Probólo la sorpresa que causó en todas partes su inesperada aparición en la Martinica, precisamente cuando en Washington se afirmaba oficialmente por el departamento de Marina, que había regresado á Cádiz.

Y la sorpresa, convengamos en ello, no podía ser más racional. ¿Cómo sospechar, en efecto, que una escuadra compuesta de seis buques, cuatro cruceros y dos cazatorpederos, fuera á afrontar las poderosas escuadras que se apercibían á cerrarle el paso en el mar de las Antillas? ¿Cómo imaginar siquiera que se aventuraría en lugares á la sazón tan vigilados?

No desconocían, por cierto, nuestros bravos marinos las dificultades y los riesgos de tan magna empresa, de tan sublime aventura. Pero á arrostrarla fueron serenos y decididos; confiados más en su pericia que en su fuerza.

Aislados en el Atlántico, é ignorando por necesidad de su situación lo que más les convenía saber, lo que ocurría en Cuba y en Puerto Rico, lo que hacían y dónde estaban las escuadras del enemigo, llegaron á la Martinica y se pusieron, por decirlo así, en contacto con los hombres y con los acontecimientos, y en aquel momento lo llenaron todo.

Al orientarse allí, los peligros aumentaron; pero también fué creciendo la admiración que inspiraban aquellos marinos, al saberse que sus naves intactas rozaban las costas de Venezuela, arribaban á Curaçao, desorganizaban con sus sabias maniobras las escuadras enemigas, que

no sabían á donde acudir y que en todas partes se consideraban amenazadas.

Así, las mallas de aquella red que desde Puerto Rico hasta Cayo Hueso habían formado los buques yanquis, se fueron ensanchando y debilitando, y sin disparar un cañonazo, donde tantos y tan formidables cañones la esperaban, la escuadra del almirante Cervera entró en Santiago de Cuba. Los barcos americanos, que acababan de bombardear aquel puerto, no esperaron la acometida de los nuestros: en cuanto los divisaron se perdieron en el horizonte.

***

No fué una victoria la llegada de nuestra escuadra á la bahía de Santiago de Cuba; pero tuvo igual valor por el saludable efecto que en el ánimo nacional produjo.

El descalabro de Cavite, en los primeros días de la campaña, había deprimido nuestras fuerzas y transformado en pesimistas á casi todos los que, momentos antes, vaticinaban indefectibles triunfos en el extremo Oriente.

Muchas, muchísimas fueron las voces que con tal motivo se alzaron, pidiendo que á toda costa y por cualquier precio se ajustase la paz con los Estados Unidos.

Afortunadamente, la idea del deber y del honor nacional se sobrepuso al contagio de las aprensiones egoistas, y ella y los sucesos prósperos, acaecidos más tarde, contuvieron la desbandada moral, que lo mismo entre las clases directivas que entre las multitudes, comenzara á determinar los más lastimosos efectos.

El feliz éxito alcanzado por nuestras armas en la Habana, en Cárdenas, en Cienfuegos, en Cabañas y en San Juan de Puerto Rico, devolvió á España la serenidad ante el peligro y la confianza en el propio

derecho, que caracterizan en los días de las grandes pruebas á las naciones verdaderamente grandes.

Avivó esta saludable reacción el conocimiento de los esfuerzos, de la tenacidad y de la bravura con que la gente española arrostraba y anulaba la acción de la escuadra americana en las aguas de Manila.

Y la pericia admirable del almirante Cervera vino, por último, á completar la buena obra.

BATERÍA DE LA CABAÑA HACIENDO FUEGO SOBRE LA ESCUADRA YANKEE

La nación recobró la fé en sí misma, y se propuso no volver á perderla, fueren como fuesen las futuras eventualidades que la tuviese reservada el destino.

Nada escatimaría á los ejércitos de mar y tierra que con tanta abnegación la servían, y convertida en fiscal de los Gobiernos obligaría á éstos á anteponer aquella apremiante necesidad á cualquier otro género de intereses y de consideraciones.

Barrido había de ser como una pavesa el que, viciado por hábitos

é impunidades anteriores, no quisiera entender lo que á la sazón entendía todo el mundo.

Que la primera de las instituciones es la Patria.

Y que la Patria no estaba en los ministerios ni en los alcázares, sino en las Antillas y Filipinas, bloqueadas por un insolente agresor; en el campamento de nuestros soldados y en la cubierta de nuestros buques.

***

Todos los periódicos extranjeros, incluyendo á los mismos ingleses, reprodujeron la alocución del contralmirante Cervera á las tripulaciones de la escuadra de su mando al abandonar las islas de Cabo Verde.

Y al reproducirla, y con motivo de la rara habilidad y pericia demostrada por el jefe de nuestra flota, burlando la vigilancia de las dos escuadras enemigas, dedicaron calurosas demostraciones de simpatía á España y entusiastas elogios á la marina española.

Y esos elogios y esas demostraciones, llegaron antes de que la prensa extranjera hubiese podido comentar el feliz arribo del contralmirante Cervera con toda su escuadra al puerto de Santiago de Cuba. Por lo cual había que esperar fundadamente que aumentarían en el aplauso, como en efecto aumentaron, cuando vieron coronada por el éxito esa verdadera odisea, cual significó la marcha de nuestra escuadra por el Atlántico, burlando y desconcertando totalmente á los yanquis.

Todavía el día 21 decía el corresponsal del *Standart* en Nueva York, que el comodoro Watson había recibido de su gobierno la orden de bombardear todas las fortificaciones de las costas cubanas *sin exponer demasiado sus barcos*. Y añadía que el propósito de los americanos era decidir al almirante Cervera á hacer su aparición en las aguas de Cuba.

Y, en efecto, nuestro expertísimo y valeroso contralmirante Cervera, adelantándose á los designios de los americanos, hizo su aparición en las aguas de la isla de Cuba, obligando á tres barcos yanquis, de los de la flota del bloqueo que mandaba el comodoro Watson, á huir ante su inopinada presencia.

No podía habérsele presentado más pronto al citado comodoro la ocasión de cumplir las órdenes recibidas, *no exponiendo demasiado sus barcos*. El anunciado bombardeo quedó en proyecto y Cervera consiguió un triunfo indudable.

Por lo que prometía hacer el jefe de nuestra escuadra, decían los periódicos extranjeros que no era una mera frase la frase de la alocución de Cervera á sus marinos: «Cuando os conduzca al combate tened confianza» porque con sobrado motivo podía inspirarla quien sabía de ese modo realizar una empresa tan difícil y tan admirable.

***

Así ocurrió un fenómeno digno de tenerse en cuenta, y fué que la opinión europea, por órgano de sus periódicos más importantes, consignó el hecho de que siendo mayor el poder naval de los americanos no había logrado á la fecha, fuera de la jornada de Cavite, otra cosa que disparar muchos cañonazos sin resultado, sin operar ningún desembarco, sin dar alcance á nuestra flota, sin cumplir uno sólo de los puntos que constituían el programa altanero de conquista del gobierno de Mac Kinley.

Y en tanto que esto sucedía, se habían dado tales trazas los yanquis, que estaban ya en trance de indisponerse con toda Europa, excepto con Inglaterra, que les brindaba con una santa alianza de sangre y de raza. Y aún esto, tenía mucho más de aparatoso y teatral que de cosa efectiva, pues en el pueblo británico no podían olvidar que por espacio de

un siglo habían estado los yanquis hablando de la Inglaterra envejecida denunciando su civilización moribunda y su constitución feudal.

Sin que nosotros hubiésemos hecho nada para lograrlo, por la fuerza misma del derecho de nuestra causa, de la justicia y razón que nos acompañaban en aquella inícua guerra, despertamos en Europa, no ya la simpatía compasiva que pudimos inspirar en un principio, sino el respeto debido á una nación que tan bien sabía defenderse de un injustísimo atropello.

Conveniente hubiera sido aprovecharse de aquel doble movimiento que se iniciara en Europa de aproximación á la causa española, de desafecto á la causa americana. Para lo cual no había contribuído poco el felicísimo arte con que el contralmirante Cervera había conducido su escuadra.

En Europa, en la Europa civilizada, lo que se cotiza, lo que se pone en la cuenta á los pueblos, no es solo su fuerza, sino el modo de saber aprovecharse de esa fuerza.

Y, en cambio, Europa entera, al oir las bravatas de yanquis y de ingleses, les decía que el imperio de los Césares había muerto y que todos los que habían codiciado su herencia, todos los que desde Carlo Magno á Carlos V y á Napoleón I habían aspirado á la monarquía universal, habían dejado á su país arruinado ó debilitado.

Esos movimientos de opinión no se producen en vano; pero hay que saber aprovecharlos, y el gobierno español no acertó á traducirlos á su favor, no supo apoyar sobre ellos la causa santa de España.

Atento al desarrollo de esa opinión debió vivir nuestro Gobierno, sumando sin cesar cuantos auxilios llegasen en su socorro, que al fin los auxilios materiales solo se prestan al que demuestra que no es una cantidad negativa y despreciable en el mundo. No lo hizo así el Gobierno, y pronto vino el aislamiento y el divorcio y el desastre.

***

El trasatlántico que mandaba el valeroso y peritísimo capitán Deschamps, el famoso barco mercante *Montserrat*, que había burlado el bloqueo de Cuba cuantas veces se lo propusiera, entrando y saliendo entre los barcos de guerra yanquis con la misma facilidad que en los anteriores meses hacía sus viajes ordinarios, de nuevo burló al enemigo saliendo del puerto de Cienfuegos, atravesando sin ser visto la línea de bloqueo y tomando rumbo para España.

A las 8 de la noche del 20 fondeaba en el puerto de la Coruña, produciendo su llegada general sorpresa.

Una multitud inmensa acudió á los muelles, donde fletando algunas lanchas se dirigieron al buque, con luces de bengala, é hicieron á la tripulación una ovación ruidosísima.

Cuando el capitán Deschamps desembarcó, el gentío que ocupaba los muelles le abrazaba y le aclamaba sin cesar, acompañándole en masa hasta la casa en que se hospedaba.

Al pasar por algunas calles le hicieron entrar en las Sociedades de recreo para obsequiarle y felicitarle.

Las aclamaciones eran inmensas, la ovación continuada hasta que llegó á su casa.

El *Montserrat* vino de Cuba en lastre, con una misión especial del gobernador general de la gran Antilla para el gobierno español.

Salió de Cienfuegos el día 6, á las cuatro de la tarde, con las luces apagadas, haciéndose á la mar sin rumbo y navegando hacia el Sur. Después tomó rumbo á la Coruña sin tropiezo alguno y navegando á diez y ocho millas por hora.

Dijo el capitán que en su viaje á Cuba no sufrió persecución por

los barcos enemigos; que al llegar á Haiti se enteró del bloqueo de la isla y eligió Cienfuegos para arribar.

El *Montserrat* llevaba cuando entró en Cienfuegos, burlando el bloqueo, lo siguiente: tres millones de pesos; cien cañones; quince mil fusiles; muchas toneladas de municiones y pertrechos de guerra, trescientos tripulantes y pasajeros, y mil soldados.

El pueblo coruñés hizo ovaciones calurorísimas al experto capitán de nuestra marina mercante, á quien la Compañía trasatlántica recompensó, y á quien la patria expresó su admiración, como á los bravos marinos que le acompañaban.

Su llegada á la Coruña, de regreso de Cuba, fué un nuevo motivo de satisfacción para España y de gloria para el *Montserrat* y su tripulación.

CAPITULO XIV

Estrategema villana.—Censuras y reprobación.—El Manual de las leyes de la guerra.—El Reglamento.—Los piratas.—La desaprensión de los yanquis.—A la consecución del fin, sin reparar en los medios.—No fué de extrañar.—Sistema viejo y al uso.—Motivo de reclamación.—La pasividad de los gobiernos de Europa.—El Derecho internacional es un mito.—Temores.—La opinión en los Estados Unidos.—Los planes del enemigo.—Impaciencia yanqui.—Juicios de *Le Temps*.—La acción de las dos escuadras en Cuba.

EPROBADA y acremente censurada fué por todo el mundo la estrategema villana de que se valieron los piratas yanquís para entrar impunemente en la había de Guantánamo.

Los buques norteamericanos que el día 20 arbolaron bandera española para franquear á mansalva la boca del puerto de Guantánamo, «violaron los preceptos de la moral y la justicia, faltaron á los deberes del honor militar é hicieron uso de un ardid desleal y fraudulento.»

Más que ira, debió causar desprecio ese acto de traición y villanía, explícitamente definido y clasificado en todas las naciones cultas.

Para condenarlo no hay necesidad de que digamos nada por cuenta propia. Basta acudir al *Manual de las leyes de la guerra*, publicado por el Instituto de Derecho internacional, y leer lo que establece en el artículo 8.° de su parte segunda.

«Está prohibido:

c) Atacar al enemigo ocultándole los signos distintivos de la fuerza armada.

d) Usar indebidamente la bandera, las insignias militares ó el uniforme del enemigo.

Más aún; la misma América del Norte condenó, bastantes años ha, la felonía que reelizaron dicho día dos de sus buques de guerra.

El *Reglamento para los ejércitos americanos en campaña* define como acto de perfidia y traición el uso de las banderas y uniformes del enemigo, y á la vez que niega toda protección, excluye del derecho de gentes (artículo 65) al beligerante que tamaños atentados consume.

«—Todo militar,—afirma el legislador en su preámbulo,—debe saber que las leyes de la guerra no reconocen al beligerante una facultad ilimitada en la elección de medios para causar daño al enemigo. Por tanto, debe estarle vedado en absoluto el emplear de manera engañosa la bandera de parlamento, las señales distintivas de la Convención de Ginebra, y el pabellón, las insignias y las divisas del adversario.

***

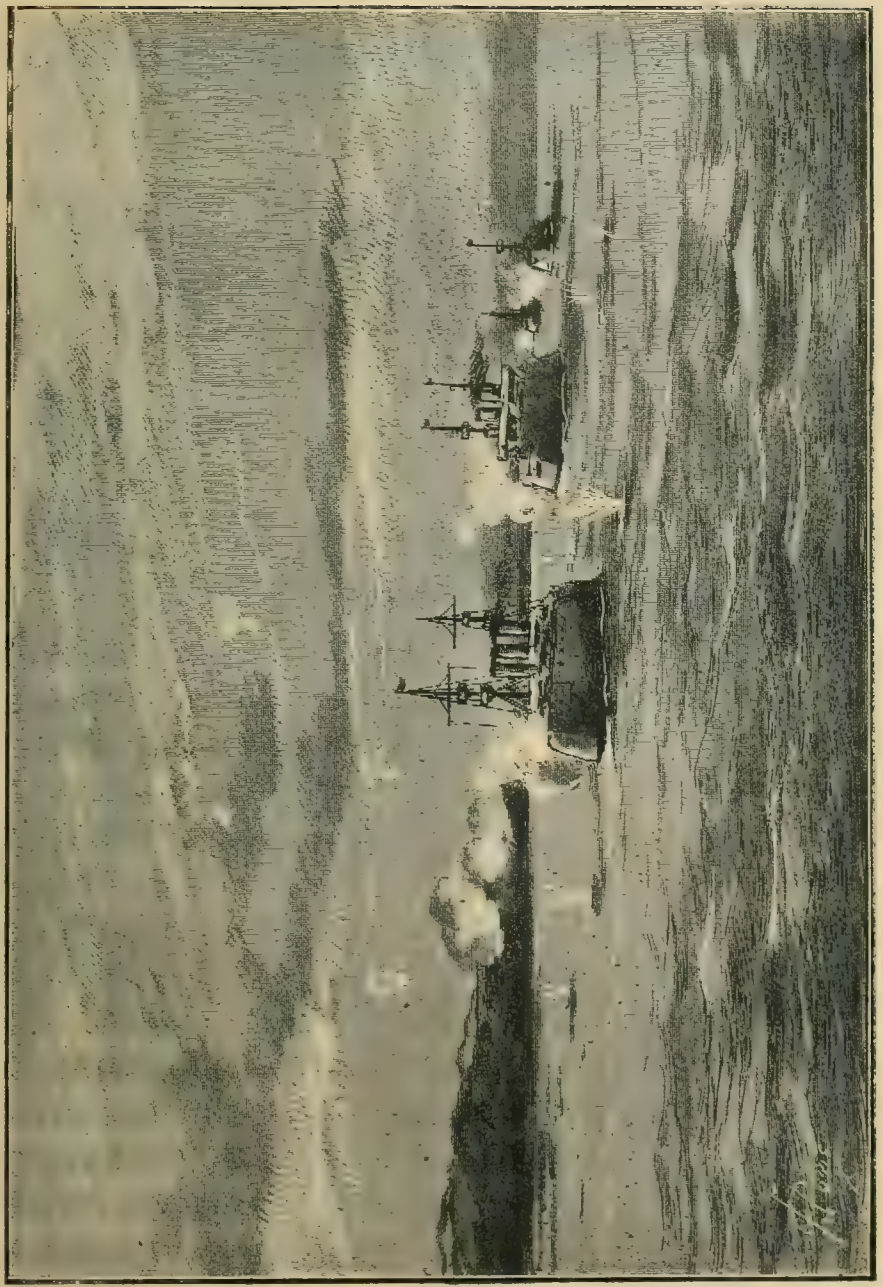
Así se expresa el reglamento americano, al cual pertenecen también las frases que dejamos copiadas en el primer párrafo de este capítulo.

Por encima de todo ello pasaron los barcos que el día citado, 20 de Mayo, izaron cobardemente la bandera española.

Y para mayor vergüenza suya, de nada les sirvió la villana estratagema, pues fueron enérgicamente rechazados.

Ahí vinieron á parar las arrogancias de la soberbia República norteamericana.

Un mes hacía que había roto contra nosotros las hostilidades, anunciando al Universo que la conquista de Cuba y la destrucción de nuestras fuerzas navales y terrestres era cosa de unos cuantos días.



BOMBARDEO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

Al cabo de ese mes, durante el cual fracasaron sus intentos de desembarco en Cárdenas, en Cienfuegos, en Cabañas y en San Juan de Puerto Rico, había tenido necesidad de disfrazarse con ropas nuestras para metérsenos á hurto en la casa, y no logró realizar su propósito ni aun valiéndose de tan miserable subterfugio.

De no patentizarlo el suceso de Guantánamo, jamás hubiéramos creído que el pueblo de Jorge Washington y de Abraham Lincoln pudiese degenerar tan pronto en una aglomeración de perdonavidas y cuatreros.

***

Está comprobado que los buques del comodoro Dewey emplearon en Cavite bombas explosivas. Está igualmente demostrado que varios barcos españoles zarpados del litoral norteamericano antes de la declaración de guerra fueron apresados como si tal declaración pudiera haber sido conocida con tiempo. Sábese del mismo modo que algunos de los prisioneros hechos en esos barcos fueron tratados durísimamente en el castillo de Mac Ferson. No ignora nadie en el mundo civilizado en qué forma acostumbraban á dar comienzo á sus bombardeos las escuadras yanquis: sin aviso, sin respeto á la infancia ni á la debilidad de mujeres y ancianos, sin consideración á los representantes de naciones amigas, disparaban los cañones y mataban y destruían. Por último, la indignidad llegó al colmo con el acto vergonzoso y pirático de Guantánamo.

No es posible ya llegar la desaprensión y el atropello á límites más extremos: en Dahomey y en Madagascar no hallaron cosa parecida los franceses. Aquellos salvajes luchaban cuerpo á cuerpo y si alguna vez valíanse de emboscadas, no rebasaban en ellas los procedimientos corrientes de la guerra, aun en los países más cultos.

En Abisinia, los combates entre las tropas de Humberto y las negradas de Menelick fueron modelo de caballerosidad. No hay un militar italiano que haya dejado de reconocer, en honor del rey africano, un alto valor unido á una hermosa clemencia.

Nosotros, en fecha no lejana, hubimos de sostener en pleno Riff sangrienta refriega: á ningún bárbaro riffeño ocurrió infringir con actos desleales las leyes honrosas que deben regir en encuentros sostenidos por hombres y no por fieras ó por bandidos.

Vióse claramente que el pueblo yanqui, sin tradiciones militares, sin un patrimonio de honor histórico, iba á los combates regulares como había ido á sus horribles y cruentas luchas con los pieles rojas.

La guerra debe ser, por lo visto, para ellos el exterminio y solo el exterminio. Obténgase por estos ó aquellos medios, la cuestión está en producirlo y lograrlo. ¿Había necesidad de pasar por encima de cuanto las naciones civilizadas han establecido para conservar á la acción de la fuerza un carácter humanitario? Pues pasaban sencillamente, bien que aprovechasen las reglas usuales del Derecho internacional para aquello que perentoriamente podía serles provechoso, como sucedió en aquellos días con motivo del canje de prisioneros.

***

Verdaderamente no había que extrañar nada de un país que, con ingratitud tremenda para la nación que un día le ayudara en su obra de independencia, había venido constituyendo para nosotros una amenaza y una dificultad constantes en Cuba. ¿Cómo había de sorprendernos ningún nuevo rasgo de desvergüenza en hombres que llevaban notas y más notas diplomáticas con protestas de amistad, mientras por otro lado facilitaban armas, dinero y alientos morales á los insurrectos cubanos? ¿Qué podían ya revelarnos los Estados Unidos en punto á

perfidia y procedimientos arteros, que no tuviéramos sabido por los Taylor y los Lee y los Scovel, entusiastas y aduladores de España, cuando gozaron de nuestra caballeresca hospitalidad, y demostradores injuriosos no bien se encontraron lejos?

Es un viejo sistema en el cual lo mismo aparecieron los presidentes de la gran República que el último policeman de Cayo Hueso.

Si los oficiales de la marina norteamericana mancharon el honor hasta el extremo que revela la tentativa pirática de Guantánamo, ya con bastante anterioridad el *general* Lee y el *ministro* Taylor habíanles enseñado cómo bajo el uniforme de militar y diplomático pueden ocultarse *Tartuffos* cínicos y Maquiavelos de baja estofa.

En lo sucedido en Guantánamo no pudo verse sino el punto definitivo de partida para una seria reclamación ante las naciones cristianas y honradas.

Había llegado el momento de que los gobiernos todos de Europa y América determinasen para qué sirve el Derecho internacional, ¿Es una doctrina de filosófos? ¿Es algo que debe quedar encerrado en los libros, sin trascendencia para la vida ni para las relaciones de los pueblos?

Y ya que nada se hizo entonces, á pesar del clamoreo de la prensa universal, por los impávidos y medrosos gobiernos de uno y otro continente, sépase de una vez para qué sirve el Derecho internacional, y si no hay manera de que aquellos gobiernos impidan en lo sucesivo los actos de barbarie de los piratas yanquis, arrójese al fuego el libro de las leyes de la humanidad y de la civilización, como inútil impedimenta para todo pueblo culto y civilizado.

***

Empezaba la gente á creer en la proximidad de sucesos interesantes. Del conjunto de las noticias que de todas partes llegaban deducían

los que se fijaban en la situación de las cosas que debíamos estar advertidos.

La opinión en los Estados Unidos, influida por el jingoismo y por la prensa laborante, entendió que la conquista de Cuba era cosa facilísima, que Puerto Rico no resistiría á los primeros cañonazos de la escuadra de Sampson y que los barcos que á las Antillas conducía el general Cervera serían destruídos en el camino sin gran esfuerzo.

Cantaron victoria desde el primer instante, y hasta los ricos, considerando que la guerra sería brevísima, afrontaron las consecuencias con arrogancia.

Los fracasos en sus intentos de desembarco en Cienfuegos, Bahía Honda y Cárdenas; la esterilidad del ataque contra San Juan de Puerto Rico; la inutilidad del bloqueo de la Habana; el ver que transcurrían días y días sin obtener ventaja, ocasionaron en aquella opinión impresionable decepciones grandes, que se tradujeron en disgustos públicos; dificultades en la movilización de voluntarios, deserciones numerosas en sus filas, censuras para sus almirantes y amenazas de destitución.

La entrada de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba vino á condensar aquellos recelos en un estado de opinión disgustada, que se llamó á engaño y que amenazaba con manifestaciones ruidosas, perturbaciones internas que podían constituir muy serio peligro para el pueblo americano.

Desde la Habana, desde Cayo Hueso, desde Nueva York y Londres anunciaban los corresponsales próximos sucesos de interés y hasta se fijaba un plazo de horas.

Con esto coincidió la reunión de las escuadras enemigas en Cayo Hueso, y enseguida la noticia de haberse presentado frente á la Habana los barcos de mayor fuerza y en número mayor que hasta la fecha.

*
* *

¿Era que el gobierno de Washington, que aspiraba al triunfo sin pérdidas, quería producir un efecto ruidoso para calmar á la opinión de su país?

¿Era que los almirantes Sampson y Schley, que veían en peligro su prestigio y posición, querían salvarle á todo trance dando vigorosa acometida contra uno de nuestros puertos?

¿Era que trataban de amenazar á la Habana para ver si Cervera salía de Cuba y lograban presentarle combate en condiciones ventajosas?

¿Era que teniendo á Occidente su base de operaciones en Cayo Hueso, á siete horas de la Habana, tratarían de lograr base en Oriente realizando un vigoroso ataque á puerto que estuviera poco defendido, para hacer desembarco y decir á Europa: estamos en tierra cubana?

Difícil era dar con la clave de sus planes; pero lo que sí resultaba del conjunto de las noticias, era que se avecinaban sucesos interesantes por la ofensiva del enemigo, empujado por los efectos que en aquella opinión habían producido sus fracasos.

Telegrafiaron de Nueva York el día 22, que los insurrectos proyectaban un ataque á Santiago de Cuba, y que la operación había fracasado por la llegada al puerto de los buques que mandaba el almirante Cervera. Se comunicaron órdenes á Sampson y Schley, y los periódicos de la tarde aseguraban que muy en breve tendrían lugar sucesos de importancia que satisfacieran la opinión pública.

Grande era la impaciencia que se notaba entre los yanquis; la opinión se manifestaba muy excitada, pues además del fracaso de las escuadras, aún no se conocía con exactitud, la clase de relaciones que existían entre los cabecillas Máximo Gómez y Calixto García y las autoridades norteamericanas.

La llegada inopinada de la escuadra española á las aguas de Cuba, modificó profundamente las condiciones de la lucha entre España y los Estados Unidos en aquella isla.

Así lo reconoció periódico de tanta autoridad en Europa como *Le Temps*, el que, encomiando la importancia de la operación estratégica, realizada por el contralmirante Cervera, escribía:

«Y en adelante, ni el bloqueo de la gran Antilla será tan fácilmente mantenido, ni el transporte de los cuerpos expedicionarios, cuya expedición se prepara tan lentamente en la Florida, se podrá hacer con la seguridad que imaginaron los yanquis. España posee en las aguas de Cuba ese precioso instrumento de ataque y de defensa que el almirante Torrington, en Beachy Head, en 1668, llamaba «*a flect in being*», algo así como una flota en carne y hueso.

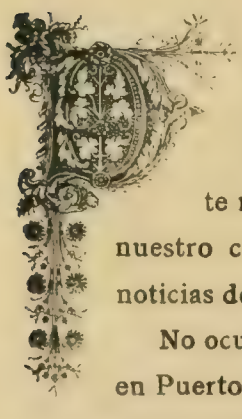
«La escuadra española podrá amenazar, según los casos, á los barcos que montan la guardia alrededor de las costas, y cuya dispersión ya se anuncia, ó podrá interrumpir la línea de comunicaciones entre Cuba y la bahía de Key West ó de Tampa, ó podrá, en fin, ser un peligro, acrecentado por la fantasía de los yanquis, para el litoral americano, expuesto, sobre una tan vasta extensión sin defensas, á los agravios del enemigo».

Así vió el *Temps*, como casi toda la prensa europea, que el equilibrio entre las fuerzas desiguales de americanos y españoles, se había restablecido en la medida posible con la audaz y felicísima operación del peritísimo jefe de nuestra escuadra.

Tanto más, cuanto que el almirante Sampson no había podido, á pesar de su bombardeo inutil, causar ningún daño á San Juan de Puerto Rico, y se veía precisado á la fecha á atender á la escuadra española, á observar sus movimientos, á hacer depender su acción de la acción del contralmirante Cervera.

CAPITULO XV

Ansiedad general.—Viva inquietud.—La opinión.—Salutación y réplica.—Anuncio de emociones.—La confianza en el almirante Cervera.—Rumores desmentidos.—Cañoneos y reconocimientos.—Noticias de Nueva York.—Un oficial insurrecto en Washington.—Su informe sobre el estado de defensa de la Habana.—Día de invenciones.—Fiebre de información.—Noticias de Santiago de Cuba.—Ansiedad satisfecha.—El puerto de Santiago de Cuba.—Nuestra escuadra en condiciones de absoluta seguridad.—Remembranzas históricas.



DOMINÓ en todo el día 24 una visible inquietud por lo que á los asuntos de la guerra se refería.

Se supuso que había de estarse librando un combate naval en Santiago de Cuba, y lo impresionable de nuestro carácter hizo que fácilmente fueran acogidas como noticias de buen origen las más contradictorias versiones.

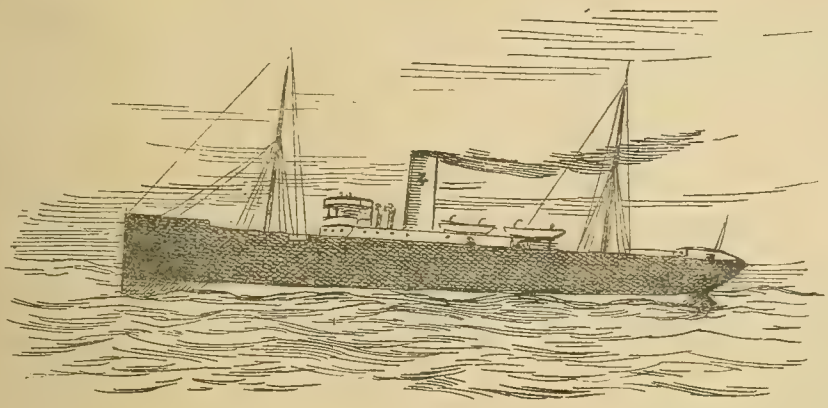
No ocurría, empero, novedad alguna ni en la Habana ni en Puerto Rico.

En cuanto á Santiago de Cuba, negó también el Gobierno que tuviera noticias; pero lo que no pudo negar, en medio de su reserva, fué la impaciencia y la preocupación que se explican perfectamente, porque los momentos eran muy críticos para los más altos intereses de la patria.

Sobre lo que hubiere de suceder había un dato importantísimo, y era la seguridad que todo el mundo abrigaba, no sólo aquí, sino prin-

cipalmente en el extranjero, de que el almirante Cervera, que maniobraba tan hábilmente, que tan bien sabía rodear del misterio sus operaciones, no estaría dispuesto á aceptar un combate, á menos de que contase con fundadas probabilidades de éxito.

Por eso se resistía la opinión á creer que el contralmirante Cervera esperase muchos días el desarrollo de los acontecimientos en la bahía



VAPOR AMERICANO «MERRY-MACH»

de Santiago de Cuba. Por eso el mismo *Temps*, expresando esta opinión, decía: «es necesario prepararse á una nueva sorpresa de Cervera, el que *ne se laissera pas acculer á un conflict, ou enfermer dans un cul-de-sac sans avoir menagé quelque plat de son métier á son adversaire.*»

Había el antecedente para este juicio, de que cuando se le creía á Cervera, según los informes yanquis publicados con todos los caracteres de autenticidad, en las proximidades de Nueva Escocia ó de vuelta á la Martinica, hacía su entrada triunfal en Santiago de Cuba. Y el mismo día en que señalaban su presencia en la colonia francesa, telegrafia-

ba el contralmirante desde la capital del departamento oriental de la gran Antilla.

Y si eso había hecho el contralmirante Cervera en condiciones tan difíciles, tan duras, ¿qué no podría hacer, qué no debiera esperarse de él cuando ya estaba la escuadra en completa seguridad, repostada y aprovisionada en aguas de Cuba?

La ansiedad pública no fué en este caso producto de alarma, sino efecto legítimo del anhelo de saber nuevas de nuestra escuadra y del combate naval que toda la opinión en los Estados Unidos, y una gran parte de la opinión en España, consideraba como inevitable.

***

Se hacían cálculos sobre esa batalla que en los Estados Unidos, con su natural bravura de lengua, descontaban ya como una victoria; se fraguaban cada día dos ó tres invenciones, á cual más disparatada, sobre encuentros ya ocurridos entre las dos flotas, y se mantenía el espíritu público en una tensión tan viva, ó más viva que antes, de conocerse el paradero de nuestra escuadra.

«—No hay noticias».—Esa era la salutación y la réplica al encontrarse dos personas en la calle, en el círculo, en el café, en el Parlamento.

No había noticias, pero se esperaban en breve, no podían tardar, habían de sorprendernos con un acontecimiento grave de un momento á otro.

Por esto, la última semana de Mayo se anunciaba como una semana de emociones en nada comparables á las experimentadas desde que hacía un mes empezara la guerra.

No había noticias, y cada uno se echaba á formar su plan, á trazar

su estrategia, á señalarle una ruta y un propósito á la pericia admirable de Cervera.

La ansiedad universal estaba justificada, sólo que no la movía la zozobra, sino que la acompañaba la confianza que legítimamente había inspirado el contralmirante Cervera, que, al sustraerse felizmente á la exquisita vigilancia de las escuadras americanas, habíala derrotado moralmente.

Tuvo gran interés un despacho de la Habana, recibido y publicado por el *Heraldo de Madrid* el día 25, más que por las noticias que contenía, porque con el despacho á la vista, quedaron desmentidos los rumores que venían circulando desde el día anterior sobre combates y bombardeos. Habíase llegado á hablar también de cables cortados y comunicaciones interrumpidas.

La alarma que todo esto pudo producir quedó desvanecida.

***

Comunicaba el corresponsal del citado diario madrileño, que algunos barcos enemigos cañonearon el fuerte de San Hilario, situado á tres millas de la entrada á la bahía de Nuevitas, sin que los proyectiles hicieran daño alguno: se suponía que estaban dedicados esos barcos á explorar el estado de defensa de los puertos de la costa Norte.

Esos buques se retiraron de las aguas de Nuevitas, con rumbo al Oeste.

Algunos barcos yanquis continuaban reconociendo la entrada de la bahía de Cárdenas para convencerse de si existían ó no torpedos, haciendo esto sospechar que intentasen un nuevo ataque, por escoger dicho puerto para el desembarco.

En previsión de todo esto, las autoridades de Cárdenas, secundadas

con entusiasmo por la población, seguían levantando defensas y adop tando, tanto por mar como por tierra, toda clase de precauciones.

El puerto escogido por el enemigo para hacer alarde de fuerzas era Cienfuegos, frente á cuyo puerto había el 24 doce buques de guerra.

En un cayo frente á la farola de Cienfuegos, reconocido por los nuestros, se encontró varada una lancha acribillada á balazos de Maüsser, suponiéndose que debía ser restos de alguna expedición frustrada.

De Nueva York nos comunicaron el propio día 25, que había llegado á Washington un titulado oficial insurrecto, perteneciente á las fuerzas que mandaba Máximo Gómez, y sus noticias, publicadas por la prensa neoyorkina, tenían interés nacional para nosotros.

«—Entendió Máximo Gómez de práctica utilidad, antes de contestar á las preguntas que se le hacían desde Washington, relativas á los medios de resistencia con que contaba la Habana, base que aquel estado mayor consideraba necesaria para continuar sus planes, mandar á la Habana á uno de sus subordinados para que personalmente hiciera un estudio que le permitiera contestar con seguridad, para no marchar á ciegas.

»Cumplida esta comisión, el titulado oficial fué despachado por Gómez y se hallaba en Washington, desde cuyo punto telegrafiaban diciendo que ese individuo había confirmado que se habían reforzado mucho las fortificaciones de la Habana, tanto de mar como de tierra.

»Se fijaba especialmente en éstas, porque la acción de los rebeldes habría de desarrollarse en la parte opuesta al mar.

»Esas fortificaciones y baterías que defendían á la Habana en toda la línea de San Francisco de Paula hasta Marianao, exigían para intentar un ataque que las fuerzas encargadas de tal empresa llevasen un gran tren de batir.

»El general Blanco—añadió ese titulado oficial—se prepara á sostener un sitio, y al efecto, se adoptan todo género de precauciones.

»Hacía más difícil aún todo lo que se intentase sobre la Habana, el estado del espíritu público en la capital.

»Más parecía que la Habana era la capital de un país donde no había desdichas, que un pueblo sometido á los rigores de la guerra. Los teatros seguían abiertos y con gran concurrencia de gente; las retretas del Parque no se interrumpían y se veían muy animadas; las señoras, al parecer, entreteníanse en acercarse por el Prado hasta la Punta, para ver si divisaban algún buque enemigo.

»Celebrábanse los bailes de siempre, *bachatas* y rumbitas, y las recepciones en las casas de familia conocidas continuaban lo mismo que antes del bloqueo.

»Negó, por último, el cubano rebelde, que faltasen víveres en la Habana.»

Estas noticias produjeron bastante efecto, porque se pretendía hacer creer á las gentes que la Habana se hallaba en gran apuro y con síntomas de desasosiego.

Y como eran de un oficial del *generalísimo* Gómez, se consideraron más autorizadas.

La impresión que causó el estado de defensa de la capital de la gran Antilla, á la vez que confirmó lo que aquí se creía, dijo bien claro que el estado mayor de Washington se había hecho muchas ilusiones cuando anunció como empresa fácil el apoderarse de la Habana.

***

Fué el citado día 25 de Mayo sumamente fecundo en toda clase de invenciones extraordinarias y absurdas. Como si se hubieran desatado las más exaltadas fantasías á imaginar cosas desatinadísimas, así corrieron como válidos los más contradictorios rumores de batallas, pérdidas, desastres, apresamientos, fieros males.

Los hubo para todos los gustos, y aun para toda especie de genios,

desde los más cándidos optimistas hasta los más lacrimosos y desesperados pesimistas, pues tan pronto estábamos en un tris de izar nuestra bandera en lo alto del Capitolio de Washington, como se cumplían las tristes y falsas profecías que á las supuestas naciones moribundas anunciara lord Salisbury.

Diríase que sobre Barcelona soplaba algún viento de tempestad, que agitando los nervios, excitando los cerebros, contagiando hasta los espíritus más tranquilos y mejor equilibrados, hacía experimentar á todo el mundo, y de una manera muy viva, los efectos de la insania en el pensar, del delirio en las invenciones de noticias. A juzgar por los accesos de fiebre informadora que habíanse apoderado de las gentes, parecía que estábamos bajo la impresión de un terrible *sirocco* que caldeara las imaginaciones y que hiciera delirar en alta voz.

Había sido antes un axioma muy probado por los hechos, aquel que en lengua francesa, y de ella trasladado á todos los idiomas, se expresa de este modo: *Pas de nouvelles, bonnes nouvelles.* Pero á la sazón, y en vista de la frecuencia con que por todas partes se daban á propalar noticiones estupendos, hubo que reformar el adagio en esta forma: *Pas de nouvelles, fauses nouvelles*, que traducido al castellano corriente y moliente equivale á decir: *La falta de noticias, es causa de toda clase de infundios.*

Vino aquel día del extranjero, como siempre solía venir, la corriente de las falsas invenciones. De Berlín telegrafiaron diciendo que, según despachos recibidos allí, los españoles habían obtenido una brillante victoria. En sentido inverso hablaban los cablegramas de Nueva York á Londres y á París. *The Financial News* insertaba un telegrama dando detalles de la supuesta batalla librada frente á Santiago de Cuba, con cifras exactas y terribles de los muertos y heridos y de los barcos que se habían ido á pique. Y la prensa del mundo se llenaba de partes fantásticos...

***

Aquí, por no ser menos, sintiendo sin duda el contagio de tales fiebres de información, convertido cada individuo en un corresponsal expontáneo de la *yellow press*, se daban á inventar los más extraños sucesos.

Hubo muchos que aseguraron, cual si tuvieran informes directos de la Casa Blanca, que se había consumado, poco después de las tres de la tarde, *el asesinato de Mac Kinley*. Y como á uno de esos propagandistas de acontecimientos graves le interrogasen por el orígen de la noticia, contestó seriamente, dando á su respuesta un carácter solemne, que disipaba todas las dudas posibles.

«—¡Ya lo creo que es verdad, como que me lo ha dicho *un camarero de* NOVEDADES!»

No paraban ahí las invenciones. Sabíase de buena tinta que había ocurrido un terrible combate naval de noche y á la boca del puerto de Santiago de Cuba. Nosotros habíamos tenido 700 muertos; ni uno más ni uno menos.

Ellos, los yanquis, habían perdido en la contienda cuatro acorazados, con los muertos y heridos consiguientes, que seguramente pasarían de 3.000.....

Saltaba á poco el viento de las noticias á otro cuadrante, y resultaba averiguado que nuestra escuadra no estaba ya en la bahía de Santiago de Cuba. Iba con rumbo á la Habana, sin que hubiera perdido el tiempo por el camino, por cuanto había apresado tres cruceros norteamericanos.

Y la última, la última noticia de la tarde, la bomba final de aquellos fuegos de artificio, con tanto fundamento como las anteriores, fué que nos habían destruído toda la escuadra.....

Claro es, que todas esas absurdas nuevas duraron tan solo el lapso de tiempo que se necesitaba para probar plenamente su total y absoluta falsedad; pero no por eso dejaron de producir su efecto y de mantener la excitación nerviosa en el ánimo de las gentes.

Y esa fiebre de la opinión obedecía á la falta de hechos nuevos de guerra y á la carencia absoluta de noticias acerca del paradero exacto de nuestra escuadra y de los planes del almirante Cervera.

***

Después de las siete de la tarde comenzaron á llegar telegramas de Santiago de Cuba, que el público leía con avidez y comentaba con fruición.

Algunos de ellos contenían pormenores interesantes de la llegada de la escuadra á Santiago de Cuba, hecho sobre el cual aún se discutía, así como del entusiasmo con que aquella población veía y agasajaba á nuestros marinos.

La justificada ansiedad del público quedó satisfecha con estas noticias:

«A las ocho de la mañana del día 19 entró la escuadra española en el puerto de Santiago, arbolando la insignia de almirante el crucero *Infanta María Teresa*, al que seguían el *Vizcaya*, *Oquendo*, *Cristóbal Colón* y el destroyer *Plutón*.

Poco después llegó el otro destroyer *Furor*, que había practicado sin novedad los reconocimientos que le había ordenado el almirante Cervera.

En la población fué inmenso el júbilo que produjo la presencia de los barcos españoles.

Las autoridades y el pueblo entero, llenando infinitas embarcacio-

nes, invadieron la bahía; todos los barcos surtos en el puerto se empavesaron; la ciudad se engalanó instantáneamente, disparándose muchos cohetes, en medio de las mayores manifestaciones de entusiasmo.

En la noche del 21 se verificó una grandiosa é imponente manifestación en honor de nuestros marinos, figurando en ella varias músicas banderas y multitud de hachones, concurriendo individuos de todas las clases sociales y recorriendo los manifestantes las principales calles, animados todos de indescriptible entusiasmo.

D. DOMINGO MONTES
Comandante de la cañonera «Antonio López»

La misma noche, el Círculo español obsequió con un espléndido banquete al almirante y oficiales de la escuadra.

El acto resultó brillantísimo, y al terminar se pronunciaron entusiastas y patrióticos brindis por el almirante Cervera, general Linares y otros varios, siendo muy de notar el del arzobispo, quien dijo no bastaba conseguir el triunfo en el mar, sino que con el auxilio de Dios era preciso ver si se conseguía izar la bandera española en el Capitolio norteamericano.

***

Por su importancia comercial es el puerto de Santiago de Cuba el segundo de la isla de Cuba. Bien abrigado de todos los vientos, es su entrada larga y difícil, á causa de lo tortuoso y angosto de su canal, interándose cinco kilómetros y medio de S. O. á N. E.

Reconócese el puerto de día por el gran vacío que hay entre los ramales oriental y occidental de la sierra del Cobre, y de noche por el faro que se halla en la parte oriental de la boca.

Cerca del muelle, donde se hace la aguada, hay un carenero, en que puede darse la quilla y componer cualquier avería.

La costa E. del Cañón, en cuya punta exterior ó Morro, se halla el castillo de este nombre, despide un placer de piedra y hace una ensenada, en cuya extremidad E. se ve el castillo de la Estrella.

Dicho placer, con otro que avanza un cable al Sur, desde la costa de sotavento, forma el canal de la entrada, que primero tiene un cable de ancho, pero que después vá reduciéndose hasta no medir más que $^{7}/_{10}$ enfrente de la citada ensenada, desde la cual continúa sin variar hasta rebasar el cayo Smith, sitio en que empieza á ensancharse el puerto.

La ciudad está al pié y en la ladera Occidental de una loma caliza y se desarrolla en anfiteatro con aspecto muy pintoresco, destacándose por la derecha el faro, que alcanza una a tura de 244 pies sobre el nivel del mar; los dos castillos y una agreste y alta ribera, de la cual descienden hasta ocho pequeñas corrientes, las más caudalosas de las cuales son el arroyo Cascon y los ríos de Caimanes y Paradas.

Esta ligera reseña bastará á nuestros lectores para formarse idea de las condiciones de seguridad en que se hallaba nuestra escuadra del Atlántico.

Ya hemos dicho que el acceso á la bahía ofrece dificultades naturales por lo tortuoso y angosto del canal de entrada, lo que contribuye, como es consiguiente, á prestar mayor eficacia á las defensas militares del puerto, así terrestres como submarinas.

Por otra parte, no había sino recordar, para tranquilidad de todos, que no obstante haber sido atacada por los ingleses en distintas ocasiones la ciudad de Santiago de Cuba, solo en una se atrevió el enemigo á intentar el ataque por el puerto.

Era el año 1747.

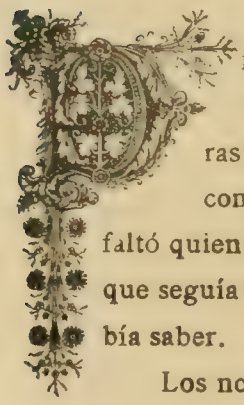
El almirante Knowles se presentó el 8 de Abril del citado año á la entrada de la bahía con 14 buques de guerra y más de 3000 hombres de desembarco.

Sólo con 500 hombres y algunas compañías de milicias, contaba el gobernador don Alonso de Arcos; pero tenía á su gente tan aleccionada y tan prevenidas las baterías, que apenas se aproximaron al Morro los dos primeros buques ingleses, á una distancia de tiro de fusil, viéronse precisados á virar precipitadamente rechazados por una lluvia de balas, quedando el uno sin timón, palo mayor ni bauprés, el otro con toda la popa hecha pedazos, y habiendo perdido, además, ambos en media hora de fuego más de cien hombres.

Esto bastó para demostrar á los ingleses que por allí no entrarían nunca, y esto no debían ignorarlo seguramente sus parientes los yangueses.

CAPITULO XVI

Infundios y conjeturas.—La campaña de Cervera.—Operaciones contra los insurrectos.—La columna Vara de Rey.—El batallón de Sevilla.—Cange de prisioneros en alta mar.—El trato á nuestros prisioneros.—Dudas desvanecidas.—Ataque y bombardeo de Santiago de Cuba.—El despacho oficial.—Nuevos datos oficiales del ataque á Santiago.—Impaciencia satisfecha.



DESDE que la escuadra que mandaba el almirante Cervera llegó á Santiago de Cuba, todo eran conjeturas sobre si podría ó no salir de aquel puerto sin pelear con la norteamericana, muy superior en fuerzas. No faltó quien sospechara que había salido ya. Otros aseguraban que seguía allí. Oficialmente nada se sabía, á la fecha, ni se debía saber.

Los norteamericanos, á quienes la feliz arribada de nuestros barcos á la gran Antilla había desconcertado bastante, andaban discurriendo diferentes procedimientos para inutilizarla. Un día anunciaba el telégrafo que se proponían tenerla encerrada, aunque para ello fuere preciso recurrir á medios tan extraordinarios como cerrar la entrada del canal con barcazas cargadas de dinamita. Poco después llegaba otro despacho anunciando que los acorazados de Sampson penetrarían á viva fuerza en el puerto, destruirían la escuadra y se apoderarían de la ciudad. La imaginación de los corresponsales había llegado

al punto de atribuir á la junta estratégica yanqui el proyecto de cerrar con bloques de piedra la boca de la bahía.

Esa boca es, en efecto, bastante estrecha; pero no tanto como, por lo visto, imaginaban los que tales cosas telegrafiaron. El cañón de entrada en el puerto de Santiago está comprendido entre dos morros elevados, corre casi de Norte á Sur, tiene un cable de ancho al Sur, entre los arrecifes que rodean las dos costas, y luego solo un séptimo de cable enfrente de la primera ensenada hasta pasar el cayo Smith, en donde empieza á ensancharse. La bahía como hemos dicho ya, es muy segura y espaciosa (seis millas de Sudoeste á Nordeste, por siete cables de ancho medio).

En lo referente á los recursos que en ella puede haber para una armada, nos atendremos á lo que dice el *Derrotero de las islas Antillas*: «Pueden hallarse provisiones de todas clases á precios moderados... El carbón vale de ocho á doce duros la tonelada; suele ser de 15.000 toneladas. También se encuentran en tierra talleres para las pequeñas reparaciones de los buques y de sus máquinas: se tiene el proyecto de construir un dique y se puede dar de quilla en varios puntos del puerto con toda seguridad.»

***

La aparición casi fantástica de nuestra escuadra del Atlántico en aguas de Cuba fué un hecho que, además de traer perturbados al gobierno y á la opinión de los Estados Unidos, inutilizó durante más de medio mes todos los planes de nuestros adversarios y los obligó á continuas rectificaciones.

El *Herald* recordaba con sangrienta ironía, el día 30, los anuncios del comodoro Schley, que se creía á sí mismo el tapón de la botella donde habían ido á meterse nuestros buques, y confesaba que las hábi-

les maniobras de éstos seguían dando motivo á que Europa se riera sin duelo de los americanos.

No sólo persistía el citado periódico en afirmar, con datos de sus corresponsales, que nuestra flota navegaba el 19 á pocas millas de Puerto Limón (Costa Rica), sino que en el colmo de la desorientación llegó á suponer que el almirante Cervera no había entrado, ni el día 19, ni después de ese día, en Santiago de Cuba.

A su juicio, era admisible la hipótesis de que anduviese recorriendo en paz y en gracia de Dios los mares de Venezuela, desde el momento en que salió del puerto de Curaçao.

Discurriendo sobre tal supuesto, argüía con que todas las noticias relativas á la estancia en Santiago eran de procedencia española y, más en tono de admiración que de vituperio, estimaba que habíamos sabido engañar lo mismo á nuestros adversarios que al resto del mundo.

Estas apreciaciones del *Herald* demuestran la enorme confusión que reinó en Washington, con elocuencia mucho mayor aún que las idas y vueltas de Sampson y Schley y que las órdenes tan pronto dadas como revocadas para la inmediata invasión de las Antillas.

Dedúcese de ello la importancia extraordinaria de los servicios que prestó á la nación, con su viaje á Cuba, el contralmirante Cervera.

No consisten únicamente las campañas navales en destrozar las fuerzas del enemigo, y menos aún cuando éstas son cinco ó seis veces superiores. Desconcertarlo, tenerlo en constantes é inútiles movimientos, condenarlo á no descansar, privarle de ocasión para reparar las averías y constreñirlo á permanecer semanas enteras en mares por todos conceptos peligrosos, vale tanto como inferirle una derrota completa.

Podrá ser el resultado menos teatral, pero no es ciertamente menos seguro.

Eso, sin contar con que en aquella hermosa campaña de nuestros

marinos, tuvieron que entrar á partes iguales el valor, la abnegación y el ingenio.

Débese advertir, al propio tiempo, que el objetivo de nuestros adversarios había sido, y era, arrojarnos de Cuba.

No conseguirían siquiera realizar un verdadero desembarco en la isla, mientras no dominasen sus mares. Y esa dominación habría de estarles vedada en tanto que no destruyeran ó inutilizasen la escuadra española.

Confiamos en que la pericia de los jefes que la mandaban seguiría, como hasta le fecha, desbaratando los planes de sus inquietos perseguidores.

No se trataba en aquel período de lucha de morir por la patria, sino de vivir para mejor servirla y defenderla.

*
* *

Un núcleo importante de rebeldes fué nuevamente batido en Palma Soriano, el día 24, por la columna Vara del Rey, quien dejó allí una guarnición compuesta de una compañía y una pieza de artillería.

La partida iba mandada por el cabecilla Cebrero y venía perseguida por la columna desde Cuchillas, de cuyo campamento atrincherado fué desalojada por las tropas, después de una tenaz resistencia. En su huída guarecióse é hízose fuerte en loma Catalán, donde atacada de nuevo por la columna fué batida y puesta otra vez en fuga, y perseguida hasta San José, donde se dispersó.

La columna cruzó el Cauto por Paso Correo, ocupando al enemigo sus posiciones de loma Catalán, después de un vigoroso ataque de flanco, en el que el enemigo sufrió muchas bajas y abandonó armas, mulos y otros efectos.

El coronel Vara se retiró con sus fuerzas á Palma Soriano sin ser molestado, después de ocupar cuatro campamentos enemigos y practicar un extenso reconocimiento, en el cual se causaron á los insurrectos muchas bajas.

La columna tuvo en esas operaciones y combates 14 heridos y dos contusos de tropa.

El batallón de Sevilla, operando en combinación con los escuadrones de Damují y la guerrilla de Cartagena, batió el 25 en Las Villas á una partida de insurrectos, los cuales abandonaron en el campo cinco muertos y lograron retirar otros siete y varios heridos.

Nuestras tropas tuvieron tres heridos graves, muriendo además 22 caballos y quedando heridos otros seis.

A las once de la mañana del 24 cruzaron por frente á Cienfuegos las escuadras de Sampson y Schley.

La de aquél se dirigió hacia el cabo de San Antonio, y la otra tomó rumbo á Santiago de Cuba.

***

En las primeras horas de la mañana del 27 vióse avanzar hacia el puerto de la Habana el cañonero yanqui *Maple* izando bandera blanca.

Por el telégrafo internacional de señales dijo que llevaba á su bordo á los prisioneros españoles coronel señor Cortijo y médico militar señor García, con sus respectivos asistentes que, como recordarán nuestros lectores, fueron apresados en el vapor *Argonauta*.

Momentos después salió al encuentro del barco americano, al que se hizo permanecer á respetable distancia del puerto, el cañonero español *Molins*, á bordo del cual iban un representante del cónsul inglés, coronel señor Gelpí y los periodistas yanquis apresados en el combate del Salado.

En alta mar se verificó el cange de los prisioneros, extendiéndose un acta por duplicado, regresando inmediatamente á puerto el *Molins*, al que esperaba en el muelle numeroso gentío.

Los señores Cortijo y García se manifestaron muy agradecidos de las atenciones que les habían guardado los oficiales norteamericanos, tanto de mar como de tierra.

En cambio se quejaron mucho del trato que se les había dado durante su estancia en su prisión de la fortaleza de Mac Pherson.

D. EMILIO DIAZ MOREU
Comandante del crucero «Cristóbal Colón»

Al primero diéronle como alojamiento una jaula de hierro, estrecha é insalubre, más propia para encerrar fieras que para servir de vivienda á criaturas humanas.

No sólo prohibieron los yanquis que los prisioneros telegrafiasen á sus familias, sino que, además, les negaron el consuelo de entregarles las cartas que para ellos se recibieron, las cuales fueron devueltas á Nueva York. También se les despojó de cuanto llevaban, además de apoderarse de 7.000 pesos que conducía un oficial para pagar sueldos del batallón á que pertenecía.

Por consecuencia de esos malos tratos, la mayoría de los prisioneros enfermó, siendo inútiles cuantas quejas y reclamaciones hicieron á las autoridades.

***

Las dudas que existían en los últimos días de Mayo sobre la verdadera situación de la escuadra que mandaba el almirante Cervera, se desvanecieron el 1.° de Junio. Los telegramas que recibió de madrugada la prensa diaria anunciando el bombardeo de los fuertes avanzados de Santiago de Cuba por la escuadra del comodoro Schley, fueron confirmados más tarde por otros despachos particulares, y oficialmente por las autoridades de Cuba que trasmitieron al Gobierno la noticia del suceso.

No quedaba, pues, ningún género de duda, ni para nosotros, ni tampoco para los *yankees*, respecto del lugar en que estaba la escuadra española. Sospechaban los norteamericanos que se hallaba fondeada en Santiago de Cuba; referencias del campo insurrecto, trasmitidas de viva voz ó por medio de señales á la escuadra enemiga, confirmaron aquellas sospechas; pero todavía debió quedar alguna duda en el ánimo del comodoro Schley, y para desvanecerla, sin duda, decidióse el último día de Mayo á iniciar el ataque, que fué valientemente rechazado por el fuego de los fuertes y el del crucero *Cristóbal Colón*, que se adelantó hasta la boca del puerto.

La escuadra yanqui inició el ataque á las dos de las tarde, rompiendo fuego de cañón contra los fuertes del Morro, La Socapa y Punta Gorda, los cuales contestaron inmediatamente.

Los buques americanos que tomaron parte en el bombardeo fueron catorce de alto porte y dos torpederos. Estos últimos se adelantaron hasta cerca de la entrada de la bahía.

El fuego fué muy violento hasta las tres y cuarenta y cinco, hora en que empezó á disminuir, cesando por completo á las cinco de la tarde.

Todos los barcos yanquis tomaron parte en el ataque, dirigiendo principalmente sus fuegos contra el castillo del Morro. Este y los demás fuertes avanzados contestaron con gran vigor al fuego de la escuadra,

sobre la que estuvieron disparando sin cesar mientras la tuvieron al alcance de sus cañones.

La presencia del acorazado *Colón* en la boca de la bahía, puso en realidad término al ataque, pues apenas el crucero español disparó los primeros cañonazos, la escuadra americana se vió obligada á retirarse.

***

No pudieron estar más parcos en el ministerio de Marina al comunicar á la prensa el telegrama recibido en la mañana del día 1.° por el ministro, dando cuenta del ataque á Santiago de Cuba por la escuadra norteamericana.

Decía así el despacho:

«La escuadra americana de Schley, compuesta de grandes acorazados y cruceros, atacó las fortificaciones de la entrada de Santiago de Cuba.

Nuestro acorazado *Cristóbal Colón* cerró la boca de la bahía, y apoyado por los fuegos de los fuertes logró rechazar el ataque, causando averías en los buques americanos.»

El telegrama añadía, según parece, que el número de disparos llegó á ochenta, y que nuestros fuertes no habían sufrido desperfecto alguno.

El acorazado *Cristóbal Colón*, que se hallaba en el interior de la bahía con los restantes buques de nuestra escuadra, salió destacado hacia la boca de aquélla, por corresponderle este servicio, en atención á ser su comandante, don Emilio Díaz Moreu, el más antiguo de los que se encontraban en Santiago de Cuba.

Colocóse el *Colón* junto á Punta Gorda, internándose nuevamente en la bahía al desaparecer los buques americanos.

La mayoría de los marinos de aquí, después de aplaudir sin reservas al señor Díaz Moreu, que había mantenido su buen nombre ayudando á los fuertes de tierra, opinó que los norteamericanos no habían hecho otra cosa que explorar el terreno para cerciorarse de que la escuadra de Cervera estaba en la bahía de Santiago de Cuba, manteniendo el fuego durante más de dos horas en espera de que se presentaran á la vista los restantes buques que acompañaban al *Colón*.

***

A las nueve y media de la noche recibiéronse en Madrid, por conducto oficial, nuevos datos del ataque de los yanquis á Santiago de Cuba.

El telegrama oficial, que causó general satisfacción, decía así:

«*Habana. 1.*—Comandante general Apostadero á ministro de Marina:

Comandante Cuba me participa lo siguiente con fecha de ayer:

Cuatro tarde hoy rompió fuego sobre plaza escuadra enemiga, durando hora y media.

Contestaron *Colón*, enfilando boca entrada, fuertes y baterías emplazadas en el crucero *Reina Mercedes*.

Nosotros ni un herido; ningún daño: ellos averías en *Iowa*, dícese también en otro acorazado y fuego á bordo de otro barco.

Todos los buques enemigos hicieron fuego. Dentro de la plaza cayeron algunos proyectiles por elevación.

Mucho entusiasmo; espíritu patriótico.—*Manterola*.»

De los informes particulares que acerca del bombardeo y ataque de Santiago nos comunicaron nuestros corresponsales, resulta: Que la escuadra enemiga situada frente al puerto de Santiago, aumentada con

un cañonero, un trasatlántico auxiliar y dos remolcadores, hizo en la mañana del 31 de Mayo demostración de retirarse, dejando tan sólo dos barcos en disposición de carbonear.

Corrióse hacia el Oeste, y á las dos y cuarto de la tarde reapareció en orden de combate, formada por el *Iowa*, el *Brookling*, el *Massachusets*, el *Texas*, el *New-Orleans*, el *Marblehead*, el *Mineapolis*, el *Amazonas* y seis barcos pequeños, y tomó posiciones en la costa de Oriente y frente á la embocadura del puerto de Santiago.

Los cinco primeros acorazados rompieron el fuego contra la batería de Punta Gorda, y el crucero español *Cristóbal Colón* se destacó á los primeros disparos del resto de la escuadra y adelantóse á fondear junto á Punta Gorda, por lo que era visible desde plena mar.

Las baterías del Morro, Socapa y Punta Gorda y el crucero *Colón*, respondieron al fuego de la flota americana, cruzándose entre unas y otra setenta disparos.

Los acorazados yanquis hicieron uso de cañones de 32, sin causar daño alguno en nuestras defensas ni en la población.

Más certero fué el fuego de la artillería española, pues dos granadas estallaron sobre la popa del *Iowa*; otras cayeron sobre uno de los cruceros americanos, incendiándolo, y otro crucero auxiliar tuvo que retirarse con averías de consideración.

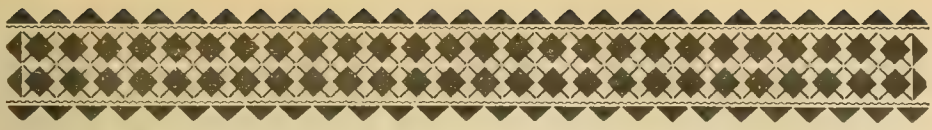
El bombardeo duró noventa minutos, retirándose después del fracaso la escuadra americana, sin haber podido precisar la importancia de los daños que sufriera.

La población, animosa y entusiasta, llenó los muelles para enterarse del resultado del ataque, vitoreando al ejército y á los tripulantes del *Colón*.

El comodoro Schley hizo la primera prueba con idénticos resultados á los que obtuvieron los barcos que mandaba su colega Sampson en los ataques á Cárdenas, Matanzas y San Juan de Puerto Rico.

La impaciencia de las gentes que ya iba acentuándose mucho ante las dudas é inquietudes sobre el paradero cierto de nuestra escuadra, empezaba á ser satisfecha, y por fortuna se había roto la monotonía con noticias agradables.

¡Pluguiera al cielo que continuase mandando el cable noticias satisfactorias!



CAPÍTULO XVII

Ansiedad justificada.—Expectación.—Otra jornada feliz.—¡Victoria!—Nuevo ataque á Santiago de Cuba.—Un barco yanqui á pique.—Intento frustrado.—El *Merry Mac*.—Náufragos y prisioneros.—El acuerdo del gobierno yanqui.—Objetivo de la operación.—Propósitoss frustrados.—Nuestro triunfo.—Ataques á Alquizar y Samá por los insurrectos.—Encuentro en Viajacas.—Intento de desembarco.—En Punta Cabrera y Aguadores.—Nuevo bombardeo de Santiago de Cuba.—Sensibles pérdidas.—Dura jornada.—En nuestro puesto.

COMPROBADO hasta la evidencia el hecho de la presencia del almirante Cervera en la bahía de Santiago de Cuba, y comprobado, además de las noticias oficiales tan terminantes, por los telegramas que, fechados en aquel puerto, enviaron á España los jefes y oficiales de nuestros buques, nadie podía ya esperar que tardase mucho tiempo en entablarse un nuevo combate.

Para creerlo así, había el dato oficial de hallarse á la vista de Santiago de Cuba 19 buques americanos, entre ellos seis acorazados. Esto parecía confirmar que en aguas de Santiago, y para intentar una lucha seria y decisiva, se habían unido ya las escuadras enemigas.

Desde las primeras horas de la noche del 3 tuvimos noticias de esto, no por telegrama oficial, sino por despachos de nuestros corresponsales, de que á las nueve de la mañana había comenzado un nuevo bombardeo de los fuertes de Santiago de Cuba.

Tal noticia, recibida en Barcelona y en Madrid al mismo tiempo por diversos conductos, se agrandó pronto, tomó proporciones extraordinarias, y sirvió de fundamento á tales invenciones, que á la una de la madrugada ya se habían dado tres versiones distintas (todas con asombrosa riqueza de detalles) del nuevo bombardeo de Santiago de Cuba.

De sucesos y detalles á los que en otras circunstancias no se les hubiera concedido importancia ninguna, se llegó á sacar gran partido.

En todos lados, en los centros oficiales, como en los círculos políticos, como en las tertulias particulares, había gran expectación, falta absoluta de noticias concretas, que aumentaba la ansiedad y la justificaban, y se hacían comentarios vivos y apasionados sobre lo que había podido ocurrir en Santiago de Cuba.

***

Grande era la ansiedad por conocer el resultado del nuevo ataque á Santiago.

Sampson había reforzado á Schley y asumido el mando de las escuadras; las bandas separatistas intentaban secundar por tierra la empresa de sus interesados favorecedores, y, según se deducía de los últimos despachos, el gobierno de Washington quería á toda costa que la operación efectuada por sus almirantes fuera una operación decisiva.

Era muy grande, repetimos, la expectación de España; pero ni flaqueaba la esperanza, ni asomaba por ningún resquicio el miedo.

Nuestra marina y nuestro ejército habrían cumplido esta vez como siempre habían cumplido y no se dejarían aniquilar con la resignación heroica de los mártires. Ya nos favoreciera, ya nos desamparase la fortuna, el enemigo pagaría caro su atrevimiento.

EXPLOSIÓN Y HUNDIMIENTO DEL «MERRY-MAC» Á LA ENTRADA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA

Mes y medio iba transcurrido desde que nos declarara la guerra una nación cuatro ó cinco veces más fuerte y diez ó veinte más rica que nosotros.

Ese es el plazo que en nuestro tiempo señalan los políticos y los tratadistas para que las potencias de primer orden desenvuelvan y pongan término á una campaña.

Hasta la fecha, nada habían logrado hacer los Estados Unidos, para cuyos militares y gobernantes era empresa de una semana ó dos la conquista de Cuba.

Habíamos resistido, resistíamos y resistiríamos al atropello y la expoliación.

Aún en el caso improbable de que, abrumándonos con la fuerza y el número, franqueasen el paso de Santiago, palmo á palmo necesitarían ganar el territorio de la isla y jamás nos echarían de ella, sino muertos ó por voluntaria renuncia.

No había que perder la fé, ni que entregarse á pueriles ilusiones, pero tampoco á femeniles desmayos.

Cuando llegase la ocasión de pedir cuentas á los que en su egoismo, con sus torpezas y con su afán sistemático de desatender las lecciones de la realidad y de aplazar la solución natural de los más terribles problemas, nos habían traído al doloroso extremo en que nos hallábamos, exigidas y liquidadas serían esas cuentas.

Entretanto, no era lícito pensar sino en el interés que á todos nos unía: en el interés de la patria.

***

Se confirmaron, afortunadamente, las noticias gratas que de Madrid nos transmitieron en la madrugada del 4 y los rumores que por

la mañana corrían de boca en boca en esta ciudad, y á la ansiedad producida por ellos, sucedieron en el espíritu de las gentes las más entusiastas explosiones de júbilo.

Un nuevo día de satisfacción y de gloria debió España á los bravos defensores de Cuba.

Por noticias oficiales se supo que nuestras armas alcanzaron el día 3 señalada victoria rechazando un formal ataque del enemigo y recogiendo trofeos que eran testimonio indudable del triunfo.

La escuadra americana había recibido en Santiago una nueva y dura lección, que la haría conocer—si en su obcecación ya no lo tenía averiguado—la dificultad de someter á una nación que, como la española defendía su dignidad y su honor al defender la integridad de su territorio.

En Santiago, el ejército, la marina, la población en masa, habían correspondido, en los ataques de la poderosa escuadra norteamericana, á lo que de todos ellos esperaba la patria.

Ya no se trataba de operaciones cuya ineficacía pudieran cohonestar los jefes de las escuadras yanquis bajo el dictado de simples reconocimientos, ni de cañoneos emprendidos á fin de conocer la situación y graduar la resistencia de nuestras defensas. El combate del 3 tuvo un objeto más decisivo, y el fracaso de los yanquis fué, por tanto, mucho más visible para todo el mundo, mucho más importante para la nación que nos atropellaba en nuestro incontrastable derecho.

***

En otros encuentros favorables á nuestras armas tuvo el espíritu público que satisfacerse con conjeturas y suposiciones acerca del daño inferido al enemigo. Rechazados los buques americanos, se retiraron

sin destruir nuestras baterías, sin apagar nuestros fuegos, pero también sin dejar en manos españolas ninguna prenda de la victoria por nosotros conquistada.

En San Juan de Puerto Rico, en Cienfuegos, en Cárdenas, en el mismo Santiago de Cuba la tarde del 30, faltó algo que consagrara por modo indudable el triunfo, y que á los propios adversarios les obligase á confesarlo. En el combate del 3 no faltó ni eso: á quinientos pies del canal que dá paso á la bahía de Santiago quedó hundido un barco de la escuadra de Sampson; varios de sus tripulantes cayeron prisioneros; el éxito de nuestras armas, cierto, completo y glorioso, pudo ofrecer al mundo testimonios irrecusables que no echaría abajo la hostilidad de los extraños ni la crítica de los propios.

A las tres y media de la madrugada del 3, un buque mercante *yankee*, de los auxiliares de la escuadra Sampson, el *steamer Merry Mac*, de 4,000 toneladas, protegido de cerca por el acorazado *Iowa* y un crucero, intentó forzar el canal que dá entrada á la bahía de Santiago de Cuba.

Nuestras embarcaciones exploradoras, situadas fuera de la boca del puerto, rompieron fuego contra el barco enemigo, secundándolas inmediatamente el crucero *Reina Mercedes*, anclado en la misma boca, y las baterías de Socapa y Punta Gorda.

Los torpedos del *Reina Mercedes* funcionaron con buen éxito y echaron á pique al barco enemigo, conteniendo el avance del acorazado.

El *Merry-Mac* quedó sumergido frente al lugar en que fondeaba el *Reina Mercedes*, viéndose sobre la superficie del agua parte de sus dos palos y una chimenea.

Se recogieron y quedaron prisioneros á bordo del *Mercedes* un teniente de navío, mister Hobson, y siete marineros náufragos del buque enemigo destrozado, que fueron salvados por nuestros nobles y esfor-

zados marinos de una muerte segura. Es decir, que los marinos españoles salvaron primero á los tripulantes del *Maine*, y los marinos españoles fueron los que salvaron también á los náufragos del *Merry Mac*, que eran ya sus irreconciliables enemigos.

Sin calificar el hecho de gran triunfo, significó un éxito verdadero para las armas españolas y un nuevo fracaso para la marina norteamericana.

El propósito perseguido por el almirante Sampson no fué otro que el de que el *Merry-Mac* fuera echado á pique á la entrada del canal, haciendo luego imposible la salida, y dejando encerrada y prisionera en la bahía de Santiago á nuestra escuadra.

Afortunadamente, no consiguió el enemigo lo que se proponía, puesto que el *Merry Mac* fué echado á pique fuera del canal y destruído más tarde por la dinamita.

***

Por segunda vez fué victoriosamente rechazada la embestida de las escuadras americanas á Santiago de Cuba y frustrados los propósitos del enemigo de forzar la entrada en la bahía.

En esta ocasión no pudieron decir nuestros adversarios, como dijeron el día 31 de Mayo, que se trataba tan sólo de un reconocimiento ofensivo.

Veinticuatro horas antes de principiar el combate, el gobierno de los Estados Unidos había adoptado, entre otros acuerdos, el de que fuese inmediatamente destruída ó capturada la escuadra española.

Y ese acuerdo era conocido por Sampson y Schley.

Aprovechando la dudosa claridad del amanecer, quisieron renovar la sorpresa de Cavite, y enviaron á forzar ú obstruir la entrada del canal dos de sus buques. Uno de ellos fué echado á pique; el otro tuvo

que retirarse después de dos horas de cañoneo inutil y de infructuosos esfuerzos.

¿Cuál era el objetivo de la operación? Ya lo hemos dicho, y nuestros mismos adversarios lo confesaron más tarde.

O franquear el paso, para que, tras el *Merry Mac*, ganase la bahía el *Iowa*, y trás el *Iowa* los demás acorazados, ó interceptar la boca del puerto con un obstáculo que imposibilitase la salida de nuestros barcos.

No lograron lo primero ni lo segundo.

No consiguieron invadir el puerto ni colocar el tapón en el cuello de la botella, donde se ufanaban de tener encerrados los barcos españoles.

Además, dejaron en nuestro poder al capitán é ingeniero del *Merry-Mac*, juntamente con los siete hombres que lo montaban.

Sucediera otro día lo que sucediere, lo ocurrido el citado día 3 fué para nuestros marinos un triunfo, y para los yanquis una derrota.

No nos engrió la victoria. Reconocíamos el poder superior del enemigo, y sabíamos que si en aquella ocasión había estado con nosotros la fortuna, muy bien podría abandonarnos en los próximos é inevitables empeños.

***

Los insurrectos habían empezado á dar señales de vida en algunos puntos.

En la provincia de la Habana resucitaron los cabecillas Collazo y Acea, reuniendo en junto una partida de 300 hombres, con la cual atacaron uno de los fuertes de Alquizar, de donde fueron rechazados.

Después penetraron en la zona de cultivo de dicho pueblo, perseguidos por 140 guerrilleros que los batieron y dispersaron.

En Oriente dieron también señales de existencia después de una larga temporada de silencio.

Seiscientos hombres de las partidas que mandaba en jefe el *mayor general* Calixto García, atacaron el destacamento de Samá, cuya guarnición estaba compuesta de voluntarios movilizados.

El ataque fué rudo y la defensa brillante: los voluntarios no sólo rechazaron á los rebeldes, sino que los persiguieron, abandonando en la huída el enemigo 48 muertos.

Los valerosos voluntarios apenas sufrieron bajas. No tuvieron ningún muerto, y sólo resultaron cinco heridos.

Las guerrillas de Matanzas encontraron en Viajacas á cuatrocientos insurrectos, atrincherados en buenas y ventajosas posiciones.

Sin medir las fuerzas enemigas ni reparar en las ventajas de su posición, los valientes guerrilleros atacaron las trincheras, y después de tres horas de combate lograron arrollar y desalojar al enemigo de sus posiciones, causándole considerables bajas y cogiéndole armas y municiones.

Las guerrillas tuvieron un muerto, tres heridos graves y cinco leves.

Las intentonas de los rebeldes en Alquizar (Occidente) y Samá (Oriente), sirvieron de duros escarmientos para los rebeldes, y revelaron además escaso vigor en las partidas.

***

En dos puntos inmediatos á Santiago de Cuba intentaron desembarcar, el día 6, los yanquis, protegidos por su escuadra. En Punta Cabrera, al Oeste de Santiago, de cuyo puerto dista próximamente tres kilómetros, y en Aguadores, á dos kilómetros al Este del citado puerto.

El general Linares, que tenía prevista la intentona, había colocado oportunamente tropas en la playa para rechazar á los invasores. Lo más original del caso, fué que los insurrectos que en Punta Cabrera esperaban á sus aliados los yanquis, fueron alcanzados por los disparos que éstos hacían desde el mar, sin que nuestras fuerzas sufrieran daño alguno. De manera que el coronel Aldea, que mandaba las tropas encargadas de impedir el desembarco, en vez de ser perjudicado, se vió auxiliado por la torpeza de los yanquis, cuyos proyectiles fueron á caer en medio de los rebeldes.

En Aguadores, donde había un fuerte antiguo de piedra berroqueña, y donde además nuestras fuerzas estaban bien atrincheradas en toda la línea de costa que corre desde allí á Siboney, también se rechazó á los invasores, sin pérdida alguna por nuestra parte.

Hay que agregar, por tanto, estos dos desembarcos frustrados á la serie de los que intentaron los norteamericanos en Cárdenas, Cabañas, Cienfuegos y otros puntos, apoyados siempre, aunque con el mismo resultado negativo, por sus buques de guerra.

Al mismo tiempo que el enemigo intentaba desembarcar fuerzas en la costa oriental de la isla, apoyado por el fuego de sus barcos de guerra y auxiliados por los rebeldes *mambises*, la escuadra de Sampson atacaba por tercera vez la ciudad de Santiago, y por tercera vez nuestras tropas rechazaban el duro ataque de los yanquis, patentizando una vez más el heroismo de nuestros marinos y la pericia y valor de nuestros artilleros.

El bombardeo comenzó á las ocho de la mañana. Diez barcos americanos, entre ellos cuatro grandes acorazados y seis cruceros, aproximáronse á la bahía de Santiago y rompieron un fuego terrible contra los fuertes avanzados de la plaza.

Nuestros fuertes, especialmente los del Morro y la Socapa, contestaron á la agresión con continuados y certeros disparos.

Los yanquis enviaban á los españoles un verdadero huracán de hierro; los españoles, sin abandonar sus puestos, y bajo un diluvio de metralla, respondían con sus cañones á los barcos enemigos.

Los proyectiles, al caer dentro de la bahía, levantaban grandes columnas de agua.

El fuego continuó por espacio de tres horas, sin que de ni una y otra parte se advirtieran daños de consideración.

D. FERNANDO VILLAAMIL
Comandante de la escuadrilla de torpedos

***

Al fin, la flota yanqui, con *visibles averías*—palabras textuales del parte enviado por el jefe del Apostadero de la Habana—inició la retirada, sin conseguir forzar la entrada del canal, como seguramente era su propósito.

Nuestras baterías no sufrieron desperfecto alguno; únicamente causaron algún daño en los acuartelamientos exteriores del castillo del Morro, hechos en tiempo de paz al descubierto, y en las casetas del Cayo Smith, y alguna avería en el crucero *Reina Mercedes*, pero sin lograr desmontarnos una sola pieza.

Para dar idea de lo nutrido y terrible del cañoneo, basta consignar que los norteamericanos arrojaron 1.500 proyectiles de todos calibres en menos de tres horas.

Tuvimos que lamentar sensibles pérdidas, si bien no tan numerosas como fuera de esperar, dado lo rudo del ataque.

Un casco de granada hirió de muerte al bravo segundo comandante del *Reina Mercedes*, capitán de fragata don Emilio Acosta y Ayerman, que murió sobre cubierta: seis marineros de la dotación de este mismo barco fueron muertos también por el hierro de los cañones americanos.

Dos fueron las granadas que estallaron á bordo del *Mercedes*, causando además doce heridos y varios contusos.

El coronel de artilleria don Salvador Díaz Ordóñez, inventor del cañón que lleva su nombre y que detrás del castillo del Morro dirigía las operaciones, fué también gravemente herido por un trozo de metralla, que le alcanzó al reventar cerca de él una bomba enemiga. También resultaron heridos tres oficiales y 17 soldados de infantería.

La jornada fué dura; su término un nuevo descalabro para los yanquis, aunque la sangre vertida por nuestros marinos y soldados requiriera también de nosotros lágrimas y acentos de dolor.

El entusiasmo en Santiago ante ese nuevo fracaso del enemigo no reconoció límites. En la Península fué recibida con gran satisfacción la grata nueva de no haber obtenido los yanquis los resultados que se prometían.

Nuestros informes nos hicieron sospechar que ese bombardeo tuvo por principal objetivo proteger los desembarcos, á que anteriormente nos referimos, distrayendo á las baterías de tierra para que aquéllos pudieran realizarse. Es lógico suponer esto, porque los telegramas de distintas procedencias acentuaron mucho la nota de los intentos de desembarco en diferentes puntos de la costa Oriental.

Pero todos los defensores de Santiago y de los puntos fortificados al largo de la costa oriental permanecían en sus puestos, apercibidos á rechazar y resueltos á impedir todo ataque y desembarco de la escuadra y fuerzas enemigas.

CAPITULO XVIII

Sin desmayos.—Eso es la guerra.—El enemigo por tercera vez rechazado.—Los yanquis en inteligencia con los mambises.—Torpeza yanqui.—Atentado criminal.—Voladura de un tren de pasajeros.—Desembarco de fuerzas americanas en Guantánamo.—Rudo combate en la Caimanera.—La expedición yanqui.—Relato del combate en Guantánamo.—Elogios al valor de nuestros soldados.—Resultados del último ataque á Santiago.—Los yanquis atacados por los españoles.—Derrota de los norteamericanos.—Situación difícil de los invasores.—Activas operaciones contra los rebeldes.—Propósitos del *generalísimo* Gómez.—Ataque á Cumanayagua.—Toma y destrucción de un campamento insurrecto.—Ansiedad en la Habana.

El espíritu público recibió la noticia de los lamentables efectos del tercer ataque y bombardeo de Santiago de Cuba sin desmayos ni abatimiento, porque esa es la guerra, y á nadie se ocultaba en España que el enemigo había de emplear todos los medios de ataque, como nosotros emplearíamos todos los de defensa.

Habíamos sufrido pérdidas lamentables; habían caído en el combate, con la muerte de los héroes, oficiales, marinos y soldados que tenían hecha á la patria la ofrenda de sus vidas. Pero así, con sangre, se compra el éxito de las batallas. De triunfos incruentos, de cañoneos sin bajas, de simples escaramuzas elevadas por la imaginación popular á la categoría de grandes sucesos militares, poco había que esperar en la lucha entablada, ni en otra alguna.

Lo importante era que no se hubiese logrado el desembarco, obje-

tivo de los yanquis y causa del bombardeo á que se referían las noticias del día 7. En la guerra no se aprecia la suerte de las armas por el número de los que caen, ni por el torreón derruído, ni por el casco del barco agujereado á cañonazos. Con pocas ó con muchas pérdidas, vence el que realiza su objeto, y es vencido el que no puede realizarlo. Por eso la jornada del 6 nos pareció la más honrosa de cuantas conocíamos á la fecha en aquella campaña, y por eso constituyó un triunfo del que debía la opinión pública sentirse altamente satisfecha.

Por tercera vez habían sido rechazados los ataques de la escuadra americana á Santiago de Cuba.

Tres horas duró la lucha, sufrimos durante ella pérdidas, no tan dolorosas por el número como por la calidad, y no obstante los violentos esfuerzos del enemigo, éste tuvo que retirarse lo mismo que las otras dos veces, y con pérdidas mucho mayores.

Coincidiendo con la embestida al puerto, los yanquis intentaron realizar un desembarco en las inmediaciones, y según las noticias oficiales, fueron también repelídos.

Tratábase, pues, de un nuevo fracaso, que había redundado en perjuicio del adversario y en ventaja nuestra, siquier no debamos, atendiendo á los resultados, atribuirle la importancia de una verdadera victoria.

El enemigo menudeaba los asaltos y daba á entender que, cansado de malgastar el tiempo y los proyectiles, se apercibía á jugar el todo por el todo.

Nos encontraría en el puesto de honor, y para llegar al fondo de la bahía tendría que pasar por encima de los valientes que la guardaban.

***

Dudar de que los americanos que se hallaban frente á Santiago estaban en comunicación con los rebeldes de Oriente, fuera muy inocente; sospechar que nuestros generales ignoraban esto y creer que no se hallaban prevenidos, fuera cometer una gran injusticia.

Demostración de lo primero fué el combate en Punta Cabrera sostenido por fuerzas del batallón de Asia, que mandaba el coronel Aldea, contra una fuerte partida de insurrectos y tres cruceros yanquis, que hicieron fuego, pretendiendo auxiliar á sus dignos aliados; pero en realidad les hicieron más perjuicio que otra cosa, porque muchos proyectiles cayeron sobre las fuerzas de aquéllos, haciéndoles muchas bajas.

De un nueuo atentado contra los ferrocarriles por medio de la dinamita se tuvo noticia el día 8.

Entre las estaciones de las Cañas y Alquizar (línea del Oeste) hicieron estallar los rebeldes una bomba, que produjo grandes destrozos y no pocas desgracias.

La máquina infernal hizo explosión al pasar un tren de pasajeros que iba desde la Habana á Pinar del Río, haciendo volar el carro blindado y parte de un coche de primera.

La detonación fué horrorosa; el pánico de los pasajeros grande.

Repuestos del susto, se practicaron los debidos reconocimientos, encontrándose seis soldados y un pasajero muertos, y ocho soldados y dos viajeros heridos. Fueron los primeros colocados en un furgón y se procuró socorrer á los segundos en la forma que permitían los escasos recursos de que se disponía, mientras se recomponía la vía para poder avanzar hasta Artemisa, donde fué trasladado el triste convoy.

El vandálico hecho se atribuyó á las gentes de los cabecillas Castillo y Acea.

Por la tarde quedó completamente restablecida la comunicación por la línea del Oeste.

***

Comunicaron de Nueva York el día 9, que el comandante de Marina de la provincia de Santiago de Cuba había ordenado que se incendiara el pueblo de la Caimanera, situado en el fondo de la bahía de Guantánamo, antes de abandonarlo. Sin embargo, los españoles aprestábanse á sostener una lucha final desesperada.

Los yanquis, al parecer, no habían conseguido desembarcar fuerzas de importancia; por lo que, el día 8 se hizo un nuevo intento de desembarco, después de bombardear la costa de la bahía y de haber destruído el cable francés entre la estación de amarre en la bahía y la estación telegráfica de la población. La comunicación estuvo interrumpida algunas horas, restableciéndose después.

Según telegrama de Cabo Haitiano, el día 7 por la mañana se libró un combate importante en la Caimanera, bahía de Guantánamo. Cinco buques americanos franquearon la bahía y reanudaron el bombardeo, disparando una lluvia de granadas sobre la población y destruyendo las casas de los arrabales.

La resistencia que opusieron los artilleros españoles fué muy enérgica; pero la superioridad en número y alcance de las piezas yanquis obligó á nuestros soldados á abandonar las posiciones que ocupaban en las orillas de la bahía, retirándose á la población, la que posterisrmente abandonaron sus habitantes.

Por la noche, á las diez y cuarenta minutos, la escuadra enemiga, colocada fuera del alcance de nuestras baterías de la costa de Cuba, inició nutrido cañoneo, que hizo suponer se trataba de un nuevo intento de desembarco. Más tarde anunció la prensa neoyorkina, refiriéndose á un despacho expedido por la vía de Kingston, que algunos oficiales

de la escuadra americana habían saltado á tierra para establecer comunicaciones con los insurrectos, y que el cañonero *Suivannee* desembarcó, en la madrugada del 8, 300,000 cartuchos, 2,000 machetes y 500 fusiles, todo lo cual se entregó á una partida de 800 hombres, que fué á recoger la expedición á la costa desde el campamento rebelde establecido en la sierra del Cobre, al Oeste de Santiago.

Otro despacho de Kingston del día 11 anunció el desembarco de fuerzas de infantería de marina yanqui, verificado el día anterior en la bahía de Guantánamo.

La versión americana aseguró que nuestras tropas habían abandonado á Guantánamo, después de incendiarlo, en cumplimiento de órdenes del jefe de la plaza, y que las fuerzas americanas, en número de 640 marineros, habían arbolado el pabellón estrellado sobre las ruinas de las fortificaciones exteriores.

El desembarco fué protegido por varios buques de guerra que bombardearon previamente las fortificaciones de la costa, obligando á nuestras tropas á abandonar las baterias.

La infantería de marina yanqui desembarcó á las dos de la tarde en Caimanera, y los soldados pegaron fuego á las casas para preservarse de la fiebre amarilla.

***

Anunciaron tantas veces los norteamericanos la salida de la expedición destinada á Cuba, para desmentir al día siguiente la noticia, que ya no merecían ningún crédito ni sus afirmaciones ni sus negativas.

El día 11 telegrafiaban asegurando que todos los periódicos de Nueva York convenían en que las tropas preparadas para verificar la invasión continuaban en Tampa.

Esta rara unanimidad de la prensa neoyorkina, lejos de inspirarnos

confianza, nos obligó á sospechar que la expedición había salido ya de alguno de los puertos de la Florida.

A temerlo así nos indujo el despacho del general Blanco recibido el citado día 11, manifestando que el general Linares le participaba la aparición frente á Santiago de Cuba de once buques mercantes y remolcadores, algunos de los cuales, auxiliados por dos barcos de guerra que cañonearon los altos de Baiquiri, se dirigieron hacia Guantánamo.

La presencia de nuestra escuadra en Santiago había de obligar á los yanquis á reconcentrar allí todos sus esfuerzos, así por mar como por tterra. Lo único que les hiciera desistir, fuera la salida de nuestros barcos. Mientras éstos estuvieran allí, había que contar con que, más tarde ó más temprano, los yanquis habían de intentar la invasión por aquella parte.

La importancia de los preparativos que estaban haciendo, era buena prueba de las dificultades que contaban hallar, á pesar de los grandes elementos de que disponían.

***

No tardaron mucho las tropas yanquis desembarcadas el día 10 en Guantánamo, á tener que medir sus fuerzas con las españolas, dispuestas á impedir su avance en tierra cubana.

El combate, según telegrama de Londres, fué muy rudo y duró trece horas, al cabo de las cuales fueron derrotados los yanquis, que huyeron cobardemente, abandonando cuatro muertos y llevándose otros y bastantes heridos.

Nuestras tropas persiguieron bastante tiempo al enemigo, no pudiendo darle nuevo alcance por haberse puesto bajo la protección de los cañones de la escuadra enemiga.

El corresponsal de la prensa asociada á bordo del buque yanqui *Dauntless*, telegrafió los siguientes detalles:

«*A bordo del vapor «Dauntless» al servicio de la prensa asociada, cerca de Guantánamo, 13.*

Desde el mediodia del sábado (11) hasta la madrugada del domingo (12), los destacamentos americanos que ocupan la orilla de la bahía, sufrieron una serie de rigorosas acometidas de las tropas españolas.

La infantería de marina americana tuvo que mantenerse constantemente á la defensiva, y al efecto, apoyada en su propio campamento, formó tres lados del cuadro, dejando aquel en el centro.

Durante algún tiempo las tropas españolas tirotearon desde la manigua á los americanos.

DON JUAN LAZAGA

Comandante del crucero «Almirante Oquendo»

Este fuego de las guerrillas molestaba mucho á los yanquis, que para librarse de él pidieron auxilio al *Marblehead*, el cual envió una lancha armada.

Esta, con su cañón de proa, enfiló las posiciones que suponía ocupadas por los españoles, cuyo fuego no cesó un momento.

Los marinos yanquis, formando tres lados de un cuadro en un profundo barranco, avanzaron protegidos por el fuego de cañón de la escuadra anclada en la bahía.

En los espesos matorrales que dominaban el barranco estaban apostadas las tropas españolas, que pudieron sostenerse en sus posiciones hasta la media noche.

*
* *

«El empeño de los americanos era avanzar hasta tomar las alturas próximas; el propósito de los españoles consistía en impedir los movimientos de aquéllos.

Los yanquis no veían á las tropas españolas, y sólo tenían como guía para la dirección de sus fuegos los fogonazos de aquéllas.

En estas condiciones se peleó toda la tarde, sin lograr el avance, manteniéndose constantemente á la defensiva.

Al llegar la noche se creyó por los americanos que cesaría el fuego, pero los guerrilleros españoles hostilizaron en tales términos el campamento, que se consideraron en la necesidad de pedir nuevo auxilio á sus barcos, los cuales mandaron una chalupa del *Marblehead* con ametralladoras. Al mismo tiempo enfocaron los reflectores eléctricos sobre las posiciones de los españoles, descargando sobre ellas gran cantidad de metralla, cuyos efectos debieron ser escasos, porque no alteraron el fuego que se hacía desde las emboscadas.

El ataque más vigoroso fué el que se dió poco después de medianoche.

Los españoles llegaron á paso de carga hasta la pendiente Sudoeste, siendo recibidos con descargas cerradas. No por esto desistieron, sino que volvieron á cargar repetidas veces, cambiando el frente del ataque y fogueando al enemigo desde distintos puntos, causándole numerosas bajas.

La chalupa del *Marblehead* atacó á un grupo de españoles que ocu-

paban la pendiente de la parte Sur, mientras los marinos yanquis que resistían formados en cuadro el fuego, cargaron sobre la línea de las emboscadas. El combate fué tan duro que en algunos momentos se luchó cuerpo á cuerpo, haciendo los oficiales uso de su revólver.

Así se peleó en diferentes puntos hasta la madrugada, en que los americanos pudieron utilizar tres cañones de montaña, bombardeando á algunos pelotones de soldados españoles.

Ambos combatientes lucharon con mucha valentía, haciendo los americanos grandes elogios del valor que desplegaron los soldados españoles.

No se sabe la suerte que han corrido los exploradores y algunos soldados de los destacamentos yanquis. Hay quien dice que el número de muertos norteamericanos no baja de 20, entre ellos el cirujano Sibbs y el sargento Smith: entre los desaparecidos figuran los tenientes Neville y Vhaw.

Los españoles tuvieron once muertos y trece heridos.

No se conoce el número de heridos americanos, los cuales fueron trasladados á bordo del *Marblehead*.

Los americanos han resuelto no avanzar, esperando, bajo la protección de sus barcos y apoyados por los cañones desembarcados, la llegada de refuerzos y de sesenta insurrectos ofrecidos por los jefes de las partidas para que les sirvan de guías.**»

***

Según comunicaron las autoridades de Cuba, el día del último bombardeo de Santiago sufrieron graves averías el *Massachussets*, el *New York* y el *Broklyn*.

Los tres acorazados tuvieron que retirarse.

Los dos primeros buques quedaron con sus máquinas tan deterioradas, que aún después de recompuestas podrían aquellos prestar servicio por muy poco tiempo.

El *Massachussets* fué el que quedó en peor estado, siendo desmontado uno de sus grandes cañones.

A bordo de dichos buques, y como efecto del ataque á Santiago de Cuba últimamente operado, resultaron en la escuadra enemiga varios muertos y bastantes heridos de gravedad, detalles que lograron ocultar los norteamericanos hasta lo inverosímil.

Un despacho fechado el 13 en Guantánamo, que publicó el *Evening Journal* de Nueva York, aseguraba que fuerzas considerables de tropas españolas atacaron de nuevo á los americanos, los cuales tuvieron que refugiarse en sus trincheras y en sus botes.

El *Texas* y el *Marblehead* acudieron en su auxilio disparando sus cañones de tiro rápido.

Añadía el despacho que el combate sostenido durante la noche del 12, fué notable por la insistencia de los asaltos que dieron los españoles al campamento americano, por la bizarría con que se batieron y por los resultados del combate, totalmente favorables á la causa de España.

Otro despacho del campo americano, situado en la bahía exterior de Guantánamo, dijo el 14 que la situación de los yanquis se había hecho extremadamente peligrosa.

Rendidos de fatiga por los incesantes ataques de los españoles, hubieran sido ya aniquilados á no hallarse relativamente protegidos por los cañones de los barcos de guerra.

Los españoles tenían cercado el campamento y á cada instante renovaban las embestidas. Por la noche avanzaban á través de la maleza hasta llegar á treinta metros de distancia de los sitiados.

En el combate del 12, la cooperación de los insurrectos les fué des-

favorable en vez de beneficiosa, pues los tiros de la partida, en vez de herir á los españoles, herían á los americanos.

***

En todas las provincias se emprendieron activas operaciones contra los insurrectos tomando una ofensiva vigorosa que daba por resultado combates con éxitos satisfactorios.

Aprovechando la reconcentración de nuestras fuerzas en los puntos más inmediatos á la costa, las partidas y grupos de rebeldes habíanse reunido en casi todas las jurisdicciones, formando núcleos mayores de los que se veían desde hacía algunos meses, obedeciendo á órdenes de Máximo Gómez.

Proponíase este cabecilla, no sólo distraer fuerzas en el interior para que fuera menor la vigilancia de las costas, sino tener núcleos de alguna importancia dispuestos para el momento en que se necesitase apoyar desde tierra alguna operación de desembarco de material y de hombres.

A dispersar esos núcleos rebeldes tendía la vigorosa ofensiva de nuestras tropas.

Dos partidas rebeldes, formando un contingente de 200 hombres que habían cruzado el río Hanabana, se dirigieron por Calimete hacia Cumanayagua, logrando penetrar en el pueblo y saquear algunas tiendas.

La guerrilla que guarnecía el poblado arremetió contra el enemigo haciéndoles bastantes bajas y poniéndoles en fuga.

Al huir los insurrectos prendieron fuego á algunas casas de las afueras de la población.

La guerrilla les persiguió, logrando recuperar los muchos recursos

que sacaron de Cumanayagua, los cuales viéronse obligados á abandonar en la huída.

Por ambas partes se demostró gran tenacidad, pues llegaron á librarse tres combates á cual más reñido y sangriento.

El teniente de la guerrilla murió á la cabeza de sus soldados, resultando heridos un sargento, dos cabos y nueve individuos de tropa.

Las bajas que experimentó la partida no se determinó en los partes.

Cumanayagua es un poblado que se halla en el límite de las provincias de Matanzas y Santa Clara, por la parte de Cienfuegos.

Está enclavado en una zona de ingenios y su término se enlaza con Colón por el ferrocarril de Calimete.

Ocupa una posición que puede considerarse como estratégica por bordear la línea del Hanabana y por tener muy cerca la Ciénaga de Zapata.

En Las Villas, fuerzas de la 3.ª subzona destruyeron un campamento rebelde en Palma Larga y Obea, alcanzando fuerte partida en Yanguas de Cayamas, tomando posiciones tras rudo combate, dispersándola y recogiendo diez muertos, armas, municiones, caballos y efectos.

La columna tuvo un muerto, ocho heridos y tres contusos.

Las noticias que de Oriente se tenían en la Habana eran muy escasas y deficientes, á causa de la ruptura del cable y la falta por ende de comunicación directa, por lo que era grande la ansiedad que reinaba por conocer el desarrollo que allí tenían los acontecimientos.

CAPITULO XIX

Salida de Cayo Hueso del ejército invasor de Cuba.—Santiago incomunicado con el interior.—Nuevo bombardeo de Santiago.—Nuestras bajas.—Intentos de desembarco.—Importante operación militar contra los rebeldes.—Movimiento de columnas.—Combate victorioso en el Príncipe.—Desembarco rechazado en Cabañas.—Llegada de la expedición yanqui frente á Santiago de Cuba.—Desembarco y conferencia.—Rumores y noticias.—Expectación.—Operación sobre Cayo Piedra.—Cañoneo de Casilda.—Triste impresión.—Desembarco de le expedición yanqui en Daiquiri.—Yanquis y mambises fraternizan.—Telegrama oficial.—La situación de Cuba.

POR fin, según telegrama oficial que recibió el 14 el gobierno norteamericano, salió de Cayo Hueso el dia anterior la expedición militar yanqui para la invasión de Cuba, compuesta de 14.500 soldados y 773 oficiales, conducidos en treinta y dos transportes, custodiados por varios barcos de guerra.

El acto de la salida del ejército invasor ofrecía un espectáculo imponente, pues la flota se extendía en un espacio de muchas millas.

La expedición se calculaba llegaría á la costa oriental de Cuba el 16 por la mañana.

Las noticias de Santiago de Cuba eran muy deficientes. La red de cables había sufrido roturas por distintos puntos, y aunque en varios se habian recompuesto, la comunicación no podía ser muy regular.

A media noche del 13 fué rechazado en la boca del puerto de

Santiago un barco enemigo que se acercó demasiado á las baterias avanzadas de tierra, alejándose y contestando con dos disparos.

Al amanecer del siguiente día rompieron fuego sobre aquellas baterías el *New York*, el *Amazonas*, y un aviso, haciendo unos 60 disparos, retirándose al contestar el castillo del Morro y los fuertes de Socapa.

A las cinco de la mañana ocho barcos yanquis rompieron fuego rápido é intenso durante una hora sobre las baterías de la costa y Aguadores, lanzando más de 1,000 proyectiles de todos calibres.

Todas nuestas baterías contestaron al fuego enemigo, viéndose caer algunas granadas sobre los barcos americanos, en los que causaron graves averías.

Las bajas que en nuestro ejercito y marino causaron los proyectiles yanquis fueron las siguientes: en las baterías del Morro y la Socapa, tres muertos de tropa, el capitán de navío don Ricardo Brugueta herido leve, el segundo teniente de artillería don Juan Artal, grave, y 16 soldados heridos, tres de ellos graves.

Algunos proyectiles disparados por el enemigo cayeron en la bahía, sin causar daño ni avería alguna en nuestra escuadra.

Las fuerzas del ejército, voluntarios y bomberos estuvieron en los puestos que les estaban designados, y la población se mostró animosa durante el bombardeo.

***

Acaso para tantear el camino, los yanquis intentaron al otro día, con poca fortuna, un pequeño desembarco en Punta Cabrera, al Oeste de Santiago.

En las primeras horas de la mañana se presentaron frente á Punta Cabrera un acorazado y un yate americanos, que destacaron varias ca-

ñoneras, con fuerzas de desembarco, las cuales fueron rechazadas y duramente castigadas por la columna del coronel Aldea, retirándose sin conseguir su propósito y sin causar baja alguna en nuestras tropas ni desperfectos en la obra de defensa.

En la mañana del propio día hubo otro intento de desembarco, en tres lanchas con gente armada, en la bahía de Cabañas, protegido por fuego de la escuadra, siendo igualmente rechazados los yanquis por descargas de fusilería de nuestras tropas, y huyendo rápidamente con bajas.

Un cablegrama del general Blanco del 16 anunció al ministro de la Guerra que seguía la incomunicación entre Guantánamo y Santiago de Cuba, acentuándose cada momento las noticias del próximo desembarco de una expedición de 25.000 americanos por Caimanera.

DON VICTOR CONCAS

Comandante del crucero «Infanta María Teresa»

Dió cuenta, además, de una importante operación militar realizada por los batallones de Borbón y Tetuán, en combinación con el cañonero *Hernán Cortés*, sobre Punta Alegre, cerca de Caibarién, donde se habían reconcentrado las partidas de las jurisdicciones de Remedios y Placetas, mandadas por los cabecillas Pancho Carrillo, el negro González y José Miguel Gómez.

Habíanse acercado y situado las fuerzas rebeldes en las proximidades de la costa, con el propósito, según se creyó, de esperar y protejer un desembarco.

El primer encuentro fué en el paso del río Camboa, donde fueron batidos los insurrectos y perseguidos hacia Chambas y Caules, arrollándolas en los tres puntos, en combinación con fuerzas de marinería embarcadas en lanchas del cañonero *Hernán Cortés.*

La acometida por tierra fué muy brusca y perfectamente aprovechada por el *Hernán Cortés* desde el mar.

El enemigo se batió con tesón, pero, no pudiendo resistir los fuegos de las fuerzas combinadas, se dispersó al fin en Canales, abandonando seis muertos, nueve caballos, armas, víveres, reses y un prisionero.

La columna, que en persecución de las partidas llegó hasta Punta Alegre, tuvo que lamentar dos muertos de tropa y un oficial y siete soldados heridos.

***

Habiéndose observado que las partidas rebeldes, que en pequeños núcleos recorrían el interior de las provincias, dedicábanse á destruir los telégrafos, el general en jefe organizó un movimiento de columnas al mando del general González Parrado, en las provincias de la Habana y Pinar del Río, para batirlos, escarmentarlos y dispersarlos, evitando á la vez su reconcentración.

En el Camagüey, la columna que mandaba el general Muñóz, sostuvo un glorioso combate en jurisdicción del Príncipe, escarmentando duramente al enemigo, que dejó sobre el campo 38 muertos, llevándose muchos heridos.

Nuestras fuerzas tuvieron seis muertos y 44 heridos.

En la mañana del 17 los cañones de la escuadra americana rompieron simultáneamente el fuego sobre la columna mandada por el coronel Aldea y las fuerzas del comandante Escobar, situadas en la bahía de Cabañas y en Mazamorra.

El enemigo, creyendo haber dispersado nuestras fuerzas, intentó el desembarco de sus tropas destacando tres grandes lanchones repletos de soldados.

Los nuestros, con gran serenidad, permanecieron emboscados hasta que estuvieron los yanquis al alcance de sus Maüssers, y tan pronto los tuvieron á tiro seguro, rompieron contra ellos un nutrido fuego por descargas cerradas, ninguna de las cuales dejó de hacer blanco.

Tan próximo y certero fué el fuego, que causó á los invasores numerosas bajas, obligándoles á huir presurosamente, sin atreverse apenas á contestar, protegidos siempre por el fuego de cañón de sus barcos.

No obstante el vivo cañoneo y los disparos de los rifles americanos nuestras bajas se limitaron á un guerrillero, que desapareció, sin dejar rastro alguno de sangre, y varios contusos de piedra.

Telegrafiaron de Nueva York el 18, que la expedición que mandaba el general Shafter había llegado en la mañana de este día frente á Santiago de Cuba, y que parte de las fuerzas desembarcaron el mismo día, y el resto lo haría al siguiente.

El general Shafter y su estado mayor fueron los primeros en saltar á tierra.

De Londres comunicaron el 19, que una parte escasa de la expedición norteamericana había desembarcado el día anterior en la costa Sur de Cuba, entre Santiago y Guantánamo.

Acerca del resto de la expedición Shafter se daban dos versiones.

Según la más extendida, había doblado el mismo día el cabo Maisí, para desembarcar al siguiente en lugar donde no hubiera resistencia de parte de nuestras tropas. Según otra versión, las fuerzas expedicionarias continuaban al amparo de la escuadra y á bordo de los transportes.

Los americanos que habían desembarcado esperaban la inmediata cooperación de Calixto García y Rabí para el avance.

Un despacho de la prensa asociada, expedido desde Mole Saint Nicolás el 20, confirmó la llegada frente á Santiago de los transportes que conducían las tropas mandadas por el general Shafter.

Las fuerzas expedicionarias pasaban de 15.000 hombres.

Telegramas de origen norteamericano dijeron el 21 que el almirante Sampson y el jefe de las fuerzas expedicionarias, general Shafter, desembarcaron con una pequeña escolta, el día 19, á diez y siete millas al Oeste de Santiago y penetraron una milla en el interior, celebrando en un despoblado con Calixto García una conferencia que duró *muchas horas*, reembarcándose después.

En esa conferencia se acordó que el desembarco general de las tropas no se emprendería hasta pasados dos ó tres días y que antes se desembarcarían pequeños destacamentos en distintos sitios al Este y al Oeste de Santiago, con objeto de que los españoles se desorientaran y dudaran de las verdaderas intenciones de los norteamericanos.

***

Tuvo confidencias el general Bernal de que en Cayo Piedra, peñasco que sirve de punto de reconocimiento de la ensenada de Cárdenas, donde desembarcaron los yanquis cuando atacaron por vez primera dicha plaza, habían dejado los americanos efectos y armas.

A pesar de haber algunos barcos enemigos á la vista, dispuso que uno de los remolcadores de servicio en la bahía fuera á practicar un reconocimiento.

El remolcador *Diego*, llevando á bordo gente decidida, se deslizó hasta Cayo Piedra, y los tripulantes reconocieron minuciosamente el peñasco, encontrando víveres y armas.

Advertido el enemigo, hizo fuego sobre el cayo, pero ni los valerosos tripulantes volvieron á bordo, ni el *Diego* se retiró hasta dejar cumplida la orden.

Viendo los americanos el desdén con que aquellos arrojados tripulantes recibían el fuego de sus barcos, destacaron uno para darles caza, pero llegó tarde.

El *Diego* volvió al puerto con los efectos recogidos, y el buque yanqui se retiró antes de ponerse bajo el fuego de las baterías de tierra.

Desmintió la tripulación que los yanquis tuvieran amarrado un cable en aquel cayo, como se creía en Cárdenas.

Los tripulantes del *Diego* fueron objeto de muchas felicitaciones.

El Cayo Piedra se halla en la parte más septentrional de la isla, como á dos kilómetros al N. y N.E. del cayo Morito y más de cinco del del extremo Norte de la punta de Hicacos. En él se halla instalado un faro y pertenece al término municipal de Cárdenas.

Un buque enemigo cañoneó el día 20 á Casilda, disparando 150 proyectiles de calibre 16 y otros menores durante tres horas. Las tropas situadas convenientemente para la defensa, que fué brillante, apoyadas por los fuegos del pontón *Fernando el Católico* y cañonero *Dependiente*, en medio de grande entusiasmo, obligaron á retirarse al buque sin haber logrado otra cosa que hacer ligeros desperfectos en alguna casa y almacén.

Casilda es el puerto de Trinidad (Las Villas), con dos muelles y un pequeño caserío y distante de la ciudad unos tres kilómetros.

***

Produjeron impresión muy triste en la opinión pública los telegramas oficiales de Cuba, que se recibieron el día 23, relativos al desembarco de las fuerzas yanquis en las inmediaciones de Santiago. El Gobierno no ocultó esta misma impresión.

Era grave la declaración del general Cervera, diciendo que la situación era crítica y que habían desembarcado las dotaciones de los buques de nuestra escuadra, para combatir en tierra, hasta donde alcanzaba el número de fusiles disponibles.

El desembarco de los norteamericanos se verificó en Daiquiri, á diez y siete millas al Este de Santiago, en la mañana del 22.

Poco después de las nueve la escuadra americana avanzó, situándose á lo largo de la costa, y empezó á bombardear al mismo tiempo Aguadores, Juragua, Cabañas y el Siboney, al Este y al Oeste de Santiago, porque eran los puntos fortificados de los cuales era necesario desalojar á los españoles antes de marchar sobre Santiago.

El fuego de la escuadra yanqui fué muy sostenido y violento, especialmente frente á Punta Berracos, Daiquiri y Bacunao. Durante el primer cuarto de hora los acorazados dispararon más de 50 granadas de grueso calibre é hicieron numerosas descargas con sus cañones de tiro rápido sobre los matorrales de la costa.

Mientras los buques cañoneaban la costa, al rededor de los transportes empezaron á circular multitud de lanchas, en las que fueron embarcando las tropas de infantería.

Protegidos por varios cruceros, que seguían haciendo fuego por encima de la costa en que se debía verificar el desembarco, avanzaron esas lanchas hacia tierra, á donde llegaron á las diez de la mañana.

Las primeras fuerzas que desembarcaron pertenecían al primero, octavo, duodécimo y vigésimo quinto regimiento de infantería.

Al llegar á tierra esas fuerzas lanzaron un ¡hurra! formidable, que se oyó desde los barcos.

Cuando el desembarco se verificó, la mar estaba completamente tranquila, claro el cielo y una ligera brisa refrescaba la atmósfera.

Mil insurrectos, que al mando del cabecilla Castillo habían sido conducidos con antelación en varios buques de guerra americanos desde el Aserradero á Sigua, protegieron el desembarco.

Cuando este empezó, las tropas españolas se encontraron entre dos fuegos; el de la escuadra que las cañoneaba, y el de la fusilería de los insurrectos que dominaban las baterías de tierra.

En seguida que desembarcaron las tropas americanas, se formó el campamento en la misma costa.

Los insurrectos, que se habían mantenido ocultos entre los matorrales, se aproximaron entonces y fraternizaron con los americanos.

A las diez y media desembarcó el segundo destacamento.

La escuadra continuó el bombardeo, dirigiendo sus disparos por encima de la línea de colinas que rodea el punto donde se efectuó el desembarco, con objeto de protejer el campamento yanqui.

Parece que el general Shafter se proponía, primeramente, desembarcar en el Aserradero, siguiendo las indicaciones de Calixto García, pero esta intención fué abandonada, porque no existe más que un camino de herradura para ir á Santiago, mientras que desde Daiquiri hay muy buen camino y existen en esta población abundantes depósitos de agua potable.

A la una de la madrugada del 23 quedaron desembarcadas y acampadas en Daiquiri y sus cercanías todas las fuerzas expedicionarias del general Shafter.

El telegrama oficial dando cuenta y detalles del bombardeo y de-

sembarco de la expedición yanqui en las costas de Santiago de Cuba, decía así:

«*Habana*, 23.—Capitán General á ministro Guerra:

Ayer, ocho, á tres tarde, cañoneo acórazados y algunos cruceros frente Cuba, desde Punta Cabrera á Punta Aguadores, ocasionaron un muerto Morro, un herido, tres contusos Aguadores. *Indiana* averías 4 metros mura babor y tres proyectiles sobre el *Texas*. Resto barcos, desde cinco mañana hasta anochecer, rudo ataque contra Siboney y Daiquiri, apoyando desembarco efectuado entre Daiquiri y Punta Berraco, no guarnecido por tropas nuestras.

Tres compañías de Talavera, ante fuego 60 cañones cruceros y movimiento envolvente tropas americanas desembarco, replegáronse ordenadamente por la sierra á Vinen, y de allí á Firmeza, quemando puesto. Sólo se sabe murió comandante militar Siboney, capitán movilizado Luis Bellini, ignorándose restantes 15.

Arrasado por fuego enemigo Siboney, donde resistió general Rubín, y Daiquiri también arrasado.

En Punta Cabrera, coronel Aldea rechazó por tierra ataque de partida rebelde.

Coronel Escario salió ayer seis tarde de Manzanillo con convoy para Cuba.

He felicitado general Linares y sus bizarras tropas por haber deja do tan alto honor de las armas.—*Blanco*.»

***

La situación de Cuba empezó desde ese día á adquirir un aspecto más serio.

Las noticias oficiales confirmaron los despachos particulares que

SALIDA DE LA ESCUADRA ESPAÑOLA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA

hablaban del desembarco de los americanos en las inmediaciones de Santiago de Cuba, produciendo muy honda emoción en la opinión pública lo que decía el general Cervera sobre el desembarco de la gente de á bordo para pelear en tierra y el considerar dicho general como crítica la situación, y muy acres censuras y duros comentarios lo consignado en el telegrama por el general Blanco, respecto al abandono en que se tenía á Daiquiri y el trozo de costa en que se verificó el desembarco.

No satisfacieron á la opinión las explicaciones que dió el Gobierno, al que acusaron de imprevisor, de que no contaba el general Linares con fuerzas suficientes para establecer un cordón de soldados que impidiese el desembarco del enemigo, porque las noticias aseguraban que el desembarco estaba proyectado por la costa de Mariel á Cárdenas, la cual estaba perfectamente defendida.

Ni el Gobierno ni el gobernador general de Cuba creyeron que el enemigo se decidiese á hacer el desembarco por donde lo había hecho, porque su objetivo, después de conseguido, quedaba reducido á las proporciones de cualquiera expedición filibustera de las que hasta entonces se habían realizado.

La tarde del 23 de Junio fué de las que han dejado más triste impresión en el ánimo.

No llegamos á dudar nunca del desembarco; pero tampoco dudamos ni por un momento de que les costaría algunas bajas á los invasores, y nunca pudimos llegar á imaginar que lo realizaran por sorpresa y con tan inexplicable impunidad.

La expectación era grande, y grande también el ansia por ver si se desvanecían las tristes impresiones producidas por las desagradables noticias trasmitidas por el cable.

***

La vanguardia del ejército americano llegó el 23 por la tarde á la ladera de la meseta que rodea el puerto de Santiago, izando la bandera norteamericana en Jaragua.

Nuestras tropas continuaban replegándose y batiéndose en retirada con el propósito de concentrarse en los puntos estratégicos de la sierra.

Una partida insurrecta que acompañaba á los americanos se tiroteó con la retaguardia de nuestras fuerzas, que les causaron dos muertos y siete heridos.

Las tropas americanas estaban rendidas por la fatiga de una marcha forzada y por el calor que era terrible, y sufrían también por la falta de víveres, porque los transportes, con el resto de las tropas anclados frente á Jaragua, no habían podido desembarcar ni dicho día ni al siguiente, los víveres y hombres por el estado del mar.

El general Linares, al frente de fuerzas situadas en Pozo y Sevilla para rechazar desembarco, fué hostilizado en la tarde del 23 y mañana del 24 por fuerzas americanas de unos 300 hombres y fuerte núcleo de rebeldes en Siboney y Sevilla, que le causaron un muerto, y otros dos y tres heridos al tomar nuestras tropas posiciones para acampar.

Por la tarde del mismo día atacaron los yanquis el campamento del general Rubin, siendo rechazados con bajas y perseguidos con vivo fuego, cogiéndoles municiones y varias prendas de paño azul con botón dorado de águila.

En la misma tarde dos buques hicieron fuego sobre Casilda, disparando en media hora más de cien proyectiles, sin otra novedad que desperfectos en alguna casa.

En el ataque del 24 tomaron parte cinco regimientos de infantería y varios escuadrones desmontados de la caballería yanki: en total 1.000 hombres.

Nuestras fuerzas, que formaban un escalón avanzado, estaban constituídas por tres compañías del batallón provisional de Puerto Rico, al

mando del comandante don Andres Alcañiz, dos compañías del batallón de Talavera y una de movilizados.

A pesar de la inferioridad numérica, nuestras tropas sostuvieron el ataque con gran bizarría, obligando á los yanquis á retirarse.

El teatro de la lucha distaba seis millas de la costa y menos de cinco de Santiago de Cuba.

En el avance, la caballería yanqui de los *Rougs Riders* se vió obligada á pasar por un desfiladero estrechísimo, cubierto de vegetación, que impedía ver á mayor distancia de veinte pies.

Mandaba la fuerza regular el general Young y la irregular el coronel Wood.

Marchaban los *Rougs Riders* sin plan y seguían un estrecho camino entre el bosque, haciendo un ruído espantoso.

De repente viéronse rodeados por un destacamento español que se hallaba emboscado, y se entabló una lucha espantosa.

A la primera descarga de nuestras tropas cayeron á tierra muchos yanquis y rebeldes cubanos.

El jefe americano destacó una compañía á la descubierta, mandando que otras dos se internaran por los matorrales de derecha á izquierda.

Nuestros soldados, ocultos en la manigua, dejaron desfilar á los exploradores, y al acercarse las dos compañías que marchaban perfectamente alineadas, dispararon contra ellas. Dos soldados yanquis cayeron muertos y heridos otros; una bala atravesó el corazón al sargento Hamilton Fish, aristócrata neoyorkino.

La compañía que mandaba el capitán Capson se dispersó, disparando unos contra otros: de tal modo les desorientó la sorpresa.

Advertido el coronel Roosevelt, acudió presuroso con refuerzos, é hizo retroceder sus fuerzas para sustraerlas al fuego de los nuestros que, invisibles en el bosque, disparaban sobre los yanquis aturdidos

por la confusión de la sorpresa y las bajas que las primeras descargas les hicieron.

Así permanecieron cerca de dos horas, muriendo el capitán Capson y 17 soldados, y siendo heridos de gravedad el corresponsal del *New York Journal*, mister Marshall y 80 voluntarios.

El coronel Roosevelt, desobedecido y acosado por los suyos, los increpó duramente, y al escuchar los gritos de terror y de maldición que contra él lanzaban, les gritaba:

«—Defendeos, batíos, en vez de jurar y maldecir.»

Y cogiendo un rifle para dar ejemplo y uniendo la acción á la palabra, se puso á la cabeza de sus tropas, dirigéndose hácia el sitio donde estaban emboscados los españoles.

Mientras tanto, éstos disparaban descarga sobre descarga, y aunque los americanos trataron de hacer frente y avanzar, viéronse obligados á huir á la desbandada.

Los oficiales trataron de detenerlos, y los buques auxiliares procuraron barrer el flanco de nuestras tropas; pero los disparos de su artillería no alcanzaban al lugar de la acción.

Merced á la llegada de fuerzas de caballería del regimiento 19.° no fué copada la vanguardia americana.

Confesó el corresponsal Marshall que los españoles no tuvieron ni una sola baja.

En el combate perecieron, además, seis oficiales norteamericanos.

***

Reunidas varias compañías, dispuriéronse á atacar á las tropas españolas que se extendían en una zona de veinte millas. En este nuevo avance los *Rougs Riders* lograron fácilmente apoderarse de Altares, de

donde se retiró nuestro destacamento para replegarse en el campo atrincherado con las demás fuerzas concentradas.

Descansaron y almorzaron allí, comenzando luego á subir la cuesta que conduce á la meseta que separa Santiago del mar.

La fatiga de la pendiente y, sobre todo, el terrible calor que experimentaban, les obligó á descansar de continuo y á desistir de sus propósitos, por sufrir muchos casos de insolación.

En la mañana del siguiente día 25 fué atacada la columna del general Rubin, á las inmediatas órdenes del general Linares, entre los altos de Sevilla y la costa, por fuerzas yanquis considerables, apoyadas por artillería, que avanzaron decididamente presentándose al descubierto, siendo rechazadas con numerosas bajas vistas, observándose ya que operaban en combinación con partidas rebeldes, los cuales gritaban ¡viva Cuba independiente!

Al mediodía y por la tarde reanudaron el ataque con igual resultado, apoyados por el fuego de la escuadra, que cañoneó la costa, é intentando tomar las lomas á la bayoneta y sufriendo muchas bajas.

Nuestras pérdidas, en ambas jornadas, fueron de ocho muertos de tropa y tres oficiales y 24 soldados heridos, distinguiéndose notablemente en los combates el jefe en comisión del batallón provisional de Puerto Rico, comandante don Andrés Alcañiz y el coronel de caballería don Domingo Borry.

La circunstancia de no poder tomar la ofensiva hasta la llegada de las tropas de auxilio de Manzanillo y la de quedar debilitada la defensa exterior de la ciudad, determinaron al general Linares á replegar en las trincheras las fuerzas; operación que efectuó sin ser hostilizado por el enemigo.

En la tarde del 26 desembarcó en la costa de Daiquiri el resto de la fuerza yanqui expedicionaria.

Ocho mil soldados americanos se extendían en siete millas alrededor de Siboney.

Los ingenieros se adelantaron para construir un camino que facilitase el paso de la artillería de sitio é impedimenta á diez millas de Santiago de Cuba. Este camino lo ocuparían 4,000 insurrectos al mando de Calixto García.

El calor era asfixiante y los soldados norteamericanos arrojaban por los caminos las mantas y abrigos y muchos caminaban ya descalzos.

Los generales americanos confesaban que se había incurrido en un grave error equipando á sus tropas como si fueran á una excursión al Polo Norte.

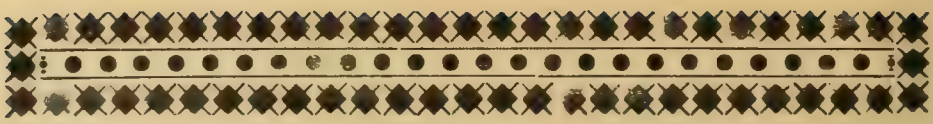
En una reunión que celebraron dicho día 26 varios generales yanquis y cabecillas rebeldes, Shafter declaró ingénuamente que había tenido la esperanza de apoderarse aquel mismo día de la plaza de Santiago, pero que comprendía ya que había de tardar aún ocho ó diez días.

Otros jefes indicaron que, á su juicio, la plaza resistiría un mes, pues aún quedaban en ella provisiones para treinta días y esperaban también que las tropas españolas de otras zonas de la provincia acudieran en defensa de la capital.

Según los informes trasmitidos por los insurrectos, las fuerzas de todas clases que á la fecha defendían á Santiago de Cuba no llegaban á 8,000 hombres; pero este número lo estimaban suficiente para una defensa larga y empeñada.

Hablóse en la reunión de la próxima llegada del general Pando con tropas de auxilio, inclinándose la mayoría á creer que no llegaría á tiempo, pues tendría que recorrer cuando menos doscientas millas de un territorio muy accidentado y donde los insurrectos tenían establecidas numerosas emboscadas.

Además las tropas de socorro necesitaban llevar convóyes importantes y de difícil transporte.



CAPITULO XX

El ataque á Santiago de Cuba.—Gloria estéril.—Avance del ejército invasor.—Las fuerzas yanquis.—Las tropas españolas.—Rudo combate en El Caney.—Las dos escuadras.—Heróica defensa de El Caney.—Muerte gloriosa del general Vara de Rey.—Retirada á Santiago.—En Aguadores.—Nuestras bajas.—La retirada de nuestras tropas.—Las bajas del enemigo.—Nuestro saludo á los héroes de la jornada.—Elogios al valor de nuestros soldados.—Los esfuerzos del Gobierno.—Por ineptitud é imprevisión.

SUCEDIÓ lo que era de temer. Cuando el Gobierno y sus optimistas defensores, para disculpar sus imprevisiones y tranquilizar á las gentes, aseguraba que las columnas de refuerzo llegarían á Santiago de Cuba en siete ú ocho jornadas, pensamos, como hemos consignado anteriormente, que, desgraciadamente, esto no era posible, porque lo mismo desde Manzanillo que desde Holguín se harían las jornadas con dificultades de tal naturaleza, que no podía aventurarse nadie á fijar plazos para recorrer la distancia que separa á Santiago de los puntos de partida de las columnas que acudían en socorro de la plaza amenazada, al frente del general Nario y el coronel Escario.

Y, con efecto, el formidable ataque se realizó sin que aquellas columnas hubiesen podido reforzar los escasos elementos de resistencia con que contaba el general Linares.

Grandes fueron las responsabilidades que contrajeron en este tremendo problema el Gobierno y los por él elegidos para defender la honra y el territorio nacional, pero ninguna tan grande, ninguna que merezca protesta más enérgica y acusación más resuelta que esta imprevisión misma, este abandono sin ejemplo en que se dejara á un puñado de valientes que conquistaron la admiración del mundo.

Y fué la más grave de todas, por que existían elementos sobrados en Cuba para haber hecho inexpugnables las posiciones que defendían á Santiago; porque hubo tiempo sobrado para realizar esa obra nacional, y porque de haberse cumplido con el deber, se contara con grandes probabilidades de que la guerra hubiese hecho crisis en los desfiladeros de Firmeza, al pie de las lomas del Caney, á orillas del río San Juan y en las vertientes de Sevilla.

CORONEL DE ARTILLERIA Sr. ORDOÑEZ

Sí; allí se pudo y se debió vencer á ese formidable enemigo; y allí se escribió, es verdad, una página gloriosa, pero no se venció.

Santiago de Cuba quedó cercado por el ejército invasor después del sangriento y glorioso combate del 1.º de Julio. Sobre aquella vieja población sin defensas enfilaría el enemigo los cañones que emplazase en las posiciones tan heróica y tenazmente defendida y regadas con la sangre de nuestros heróicos soldados.

Santiago de Cuba no tenía murallas ni castillos; era una población abierta.

Desde el Caney enfilarían el Campo de Marte, el magnífico Hospital levantado en la parte alta de la ciudad y cortarían el camino de El Cristo, la línea férrea de Sabanillas y la parte del cementerio (llamado vulgarmente Cargrejera), donde se dió sepultura al célebre agitador Martí; desde loma de San Juan podrían enfilar la parte nueva de Santo Tomás hasta la Catedral y Plaza de Armas, batiendo también la Alameda y los muelles.

La población de Santiago de Cuba no tenía otras defensas que los atrincheramientos que se habían levantado en aquellos últimos días y oun círculo metálico ó alambrado ante el cual se contuvo el enemig en su avance por un campo de muerte.

***

El telegrama del capitán general de Cuba dando cuenta del combate librado el día 1.° de Julio en las cercanías de Santiago, nos apenó profundamente. Herido de gravedad el general Linares, muerto gloriosamente el general Vara de Rey, herido gravemente el capitán de navío señor Bustamante, salvada la artillería á costa de mucha sangre, evacuado El Caney tras gloriosa resistencia, sólo nos quedó, para consolarnos de tan triste jornada, la justicia que los corresponsales yanquis hicieron al heroismo de nuestros soldados, y la seguridad de que los pocos que aún estaban en pie, sabrían morir con el mismo valor que sus compañeros.

Acaso haya quien diga hoy que si peleábamos por el honor, á salvo lo dejaron aquel día y aún más enaltecido lo dejarían al otro los defensores de Santiago de Cuba, rendidos á la fuerza abrumadora é

incontrastable del número. Pero por ser verdad incontrovertible, forzosamente hay que pensar en quién fué el responsable de que sólo un puñado de hombres (5.000 soldados á lo sumo) hubiera defendido á Santiago de Cuba.

No basta con la satisfacción de que los españoles se batieran como siempre, heróicamente. ¿Por qué no se batieron en condiciones de igualdad? ¿Por qué se les dejó morir sin provecho?

Estéril fué el sacrificio de los que durante los tres años de guerra perecieron en Cuba defendiendo la integridad de España; estéril fué el heróico sacrificio de los defensores de Santiago. Escribieron, sí, una página de oro más en la patria historia; pero sus resplandores no aminoraron las desastrosas consecuencias del vencimiento.

Aunque los barcos que mandaba el almirante Cervera se hubieran hundido con más gloria que los que perecieron en Trafalgar, y aunque Santiago de Cuba hubiera caido con honra mayor que la de Numancia, la Nación, que ya se sentía desmembrada y rota, tiene que pensar con serenidad en el enemigo interior que la puso casi á merced del extranjero.

***

A consecuencia de la retirada forzosa de nuestras tropas de los puntos de la costa que guarnecían y que no les fué posible mantener, el ejército invasor continuó sin lucha su avance hasta el pie de las posiciones que aquéllas ocupaban en las lomas que rodean á Santiago de Cuba.

Los yanquis ocupaban frente á la plaza cercada una extensión de cinco millas, desde Peluca, al S. E., hasta El Caney, al N. E. de Santiago, formando un semicírculo acentuado con los refuerzos de rebeldes mandados por Calixto García.

La segunda división del general Wheeler que formaba el ala izquierda, se componía de dos brigadas de caballería, con los Rough-Riders en el extremo.

Ocupaba el centro la división del general Lawton, compuesta de las brigadas Chaffre, Miles y Wankowes. Estas fuerzas acampaban cerca de Sevilla.

Los españoles se hallaban concentrados en las defensas de Santiago, teniéndolo todo dispuesto en previsión del ataque.

El avance de la columna Escario precipitó el ataque, á pesar de haber quedado atrás la artillería de sitio.

El general Shafter contaba con más de 23.000 hombres de todas armas, incluyendo en esta cifra 5.000 insurrectos.

En cambio las fuerzas españolas del general Linares no llegaban á 6.000 soldados.

Defendía la importante posición de Loma de San Juan, el coronel Baquero, con 1.000 hombres; la no menos importante de El Caney, el general Vara del Rey, con 450; y las lomas sobre la playa de Aguadores el general Rubin, en combinación con las baterías de tierra que defendían el puerto.

El plan de ataque de los yanquis era apoderarse de las fortificaciones del puerto, mientras que Sampson forzaría la entrada del mismo para batir á la escuadra de Cervera.

***

A las siete de la mañana del citado día 1.°, el general Shafter dió la orden para que comenzara el ataque.

El día estaba bochornoso; hacía un calor asfixiante, insoportable. El sol, que abrasaba, que parecía despedir rayos de fuego, y la falta absoluta de viento, hacían irrespirable el ambiente.

Yanquis y mambises, casi en cueros, ofrecían el aspecto de un ejército de bárbaros. Algunos llevaban el cinturón con los cartuchos á modo de taparrabos. Era lo único que cubría sus carnes.

El combate en esas condiciones era horrible. Bajo aquel sol de plomo, entre los olores nauseabundos de una vegetación fermentada, teniendo que abrirse camino con el machete á través de piteras y plantas venenosas, era la pelea durísima para uno y otro bando.

Las lluvias torrenciales de los días anteriores habían hecho más difícil y penosa la marcha por aquellos campos, convertidos en lodazales.

El toque de generala en el campo de los sitiadores era coreado con algunos gritos de ¡Viva Cuba libre!, que iniciaban los insurrectos y que repetían los norteamericanos.

En tanto, de la parte de la ciudad cercada se oían formidables y entusiastas gritos de ¡viva España!

En ambos lados había muchas ansias de combatir.

Como sucede con todas las tropas inexpertas, poco acostumbradas á la guerra, los americanos iniciaron el ataque vigorosamente contra las obras exteriores de Santiago. Yanquis y mambises avanzaron á un tiempo mismo en tres direcciones. Las brigadas Lawton y Wheeler atacaron El Caney; el general Kent con sus fuerzas marchó sobre Aguadores, y simultáneamente el cabecilla Calixto García con su gente avanzó hacia El Caney por el Sudeste de aquella posición, mientras otras divisiones americanas se lanzaron sobre Santiago por el Este, presentando las fuerzas yanquis un frente sólido desde la costa hasta las obras defensivas septentrionales de la plaza.

Las flotas americana y española rompieron fuego y trabaron batalla desde que se iniciara el ataque, apoyando respectivamente sus ejércitos de tierra.

Los barcos de Sampson intentaron destruir, sin conseguirlo, las

baterías de Aguadores, en tanto que los buques de Cervera lanzaban granadas contra las líneas americanas y cubana.

Tan grande fué el estrago que desde un principio hicieron en las filas enemigas los certeros proyectiles de nuestra escuadra, que sembraron el pánico y la dispersión de los primeros batallones de infantería yanqui.

En su vista, el general Shafter hizo colocar dos baterías de artillería ligera al frente de las tropas y, poniéndose á la cabeza de éstas, siguió el avance y comenzó la batalla atacando El Caney.

***

Bien pronto el general Wheeler, al frente de la caballería, y Calixto García con los mambises que mandaba, uniéronse á las fuerzas del general Lawton, que marchaban sobre El Caney.

Durante algún tiempo, nuestros soldados se batieron con bravura, con desesperación, defendiendo sus posiciones heróicamente y conteniendo el avance del enemigo, á fin de conservar el poblado; pero los americanos, con su superioridad numérica y su artillería, fueron ganando gradualmente el terreno, defendido palmo á palmo, logrando al fin rechazar á los nuestros hacia la población.

Allí se defiende el general Vara de Rey, con su escasa fuerza, de los seis mil hombres que le ataca, logrando sostenerse en lucha desesperada y heróica hasta la caida de la tarde, en que advirtió que había quedado fuera de combate más de la mitad de su gente.

Intentó aún seguir combatiendo, y en el momento mismo en que el enemigo, después de regar el campo de muertos y heridos, lograba por su enorme superioridad apoderarse de las últimas posiciones que aquel valeroso general defendía, una bala enemiga le arrebató la vida, y su cadáver cayó en poder de las tropas yanquis.

Entonces el teniente coronel del regimiento de la Constitución inició la retirada con los 200 hombres que quedaban de los heróicos defensores de El Caney, llegando esta pequeña fuerza á Santiago de Cuba al anochecer del mismo día.

***

A la misma hora, el general Kent, que mandaba el centro del ejército invasor, partió sobre Aguadores, al pié de las lomas de San Juan.

Otros seis mil americanos de todas armas, con numerosa y gruesa artillería, realizaron el ataque á Loma San Juan, á donde se dirigió el general Linares á encargarse personalmente del mando de las fuerzas y de la dirección del combate.

Tres horas duró la lucha: la resistencia fué desesperada; la acometida resuelta. Cuantas veces intentaba la infantería yanqui llegar á nuestras trincheras, otras tantas era rechazada por sus denodados defensores, los cuales demostraron, con sus jefes y oficiales á la cabeza, una gran serenidad y disciplina en los fuegos.

Aguadores fué tan bravamente defendido como El Caney; defendido con verdadero encarnizamiento. Nuestros soldados se batieron allí uno contra diez, con un valor extraordinario, admirado y celebrado por los mismos enemigos.

Sampson, en vista de la tenaz resistencia que ofrecían los españoles, mandó á la escuadra bombardeara con furia la playa de Aguadores y las líneas españolas, á la vez que las fuerzas de tierra atacaban con desesperación nuestras posiciones: pero ni éstas fueron ocupadas por los yanquis, ni la escuadra americana logró realizar el desembarco de refuerzos que por aquella parte intentó.

Al mismo tiempo, tres barcos de la flota americana bombardeaban las baterías del Este y del Morro, siendo en tal momento espantosa la carnicería causada por el combate. Una compañía de las tropas yanquis fué aniquilada completamente por las granadas que dispararon los obuses españoles.

***

Al fin, las fuerzas españolas que defendían Aguadores, ante la fuerza del número, que no vencidos por el valor del enemigo, tuvieron también que replegarse sobre Santiago de Cuba, retirándose tan ordenadamente que no sólo pudieron recoger y llevarse sus heridos sino muchos del enemigo.

Las fuerzas americanas y cubanas presentaban entonces una línea no interrumpida, desde el Sudeste hasta el Norte de la ciudad.

Durante la noche nuestras baterías lanzaron granadas sobre las líneas americanas. Uno de estos proyectiles, certeramente disparado, cayó en medio de una compañía yanqui, destruyéndola por completo, matando ó hiriendo á todos sus individuos y sembrando el espanto y la consternación en aquel punto de la línea de combate.

El avance del ejército invasor quedó detenido á una milla de la ciudad cercada.

Era ya de noche cuando cesó la batalla, y sólo sus sombras detuvieron el coraje y el empuje de los combatientes de ambos bandos.

En Siboney las fortificaciones españolas resistieron con gran ventaja el ataque del enemigo.

Las granadas lanzadas por los barcos de la escuadra de Cervera causaron grandes pérdidas entre los americanos, cuando éstos tocaban ya las defensas exteriores de Santiago.

El fuego que hacían nuestros marinos detuvo á los yanquis cuando se apoderaban ya de los hilos de hierro de barbeta que formaban la alambrada de ocho pies de altura que había delante de la ciudad.

Las pérdidas del ejército norteamericano se calcularon en más de mil bajas.

Ese número de bajas, verdaderamente terrible, causó gran sensación en la opinión americana, y aún más horrendo efecto en el ejército sitiador, atribuyéndose tan desastrosos efectos al error de poner la infantería en pelotones, detrás de las baterías americanas, porque empleando sus cañones pólvora que producía densa humareda, ésta servía de blanco y permitía á los españoles hacer un tiro certero.

EL GENERAL VARA DE REY

El usar nuestras tropas pólvora sin humo dificultó que las baterías yanquis pudieran conocer, ni aún aproximadamente, la posición que ocupaban nuestras fuerzas.

En la dura jornada tuvieron nuestras tropas muy sensibles y considerables bajas: en las lomas de San Juan murieron el ayudante de artillería señor Dominguez, dos oficiales y 25 soldados, y fueron heridos 26 jefes y oficiales y más de 300 de tropa.

En esas posiciones cayó herido levemente, por un casco de granada en el brazo izquierdo, el comandante general de Santiago de Cuba, general Linares, siendo también heridos el coronel de artillería señor Ordoñez, en una pierna; el coronel de ingenieros señor Caula; el jefe de Estado mayor de la escuadra señor Bustamante, que mandaba los

290 soldados de marinería desembarcados, y los ayudantes del general Linares, comandantes señores Lamadrid y Arráiz.

***

Desde el fondo de nuestra alma enviamos una salutación fervorosa al bizarro general Linares y á los cinco mil héroes que en aquella memorable y gloriosa jornada pelearon como españoles del tiempo épico en las líneas exteriores de Santiago de Cuba.

Tenían que contrarrestar un número cuadruplicado de enemigos, y lo hicieron de sol á sol, disputando pulgada por pulgada el terreno.

No hubo en ellos un minuto de descanso ni un asomo de indecisión, ante la masa enorme que por todas partes se les echara encima.

Seis mil soldados yanquis de todas armas atacaron el poblado de El Caney, defendido por cuatro compañías de 80 soldados españoles de infantería, al mando del bravo general Vara de Rey.

Pues bien; el valeroso jefe no contó las fuerzas del enemigo. ¡Qué le importaban! Hubieran sido, no diez, sino cien veces superiores, y contra ellos hubiera luchado hasta morir, como lo hizo. El general Vara de Rey fué un héroe más, que enaltecerá la historia.

En aquel miserable poblado de El Caney estaban representados el honor de la bandera y la honradez de la patria, y Vara de Rey, antes de rendirse, prefirió morir gloriosamente.

¡Muerte gloriosa y digna de un general español!

...Y al replegarse cuando faltó la luz, salvaron la artillería, y se llevaron no tan solo sus heridos, sino muchos de los que, en las embestidas á Lomas de San Juan y El Caney, habían dejado sus agresores.

Dolorosas fueron nuestras pérdidas, pero evidentemente fueron infinitamente mayores las del ejército americano.

El general Shafter declaró sinceramente, que al comunicar el número de sus bajas—lo había calculado en más de 500—habíase quedado muy corto, y pedía que se le enviase sin demora un nuevo buque hospital con cuarenta médicos y todo el correspondiente servicio.

Al otro día salió de Nueva York el *Relief*, habilitado con 500 camas.

Cabía suponer, por tanto, que pasaron de MIL QUINIENTAS las bajas del enemigo.

Además, nuestros mismos adversarios se encargaron de enaltecer el valor y la disciplina de nuestros soldados y de decirnos que en los círculos militares de Washington reinaba, con motivo de la terrible jornada, preocupaciones muy serias.

¿Significó eso que habíamos obtenido una victoria?

No: 5.000 hombres, faltos de medios y recursos, no podían acabar con 24.000 á quienes sobraba todo; 5.000 héroes abandonados, no triunfan jamás por completo de 24.000 agresores, á los cuales una administración solícita ha proporcionado sin tasa lo necesario y lo supérfluo.

Lo que sí significa es que de haber llegado á punto, como debieron llegar, los refuerzos prometidos al heróico Linares, y de haberse hallado Santiago de Cuba en las condiciones defensivas en que cualquier gobierno capaz, con mes y medio de plazo la hubiera puesto, el término de la gloriosa jornada hubiera sido volver de cabeza á la playa el invasor, y tal vez reembarcarse á escape nuestros soberbios enemigos.

Nuestro Gobierno y nuestra administración hicieron en Cuba lo que, á contar de principios de Marzo de aquel mismo año, estaban haciendo en Filipinas.

Creyérase que desde el comienzo de la guerra consideraban la victoria imposible, y contaban para todas sus combinaciones con la derrota inevitable.

Creyérase que estando seguros de un fracaso irremisible no trabajaban ni se esforzaban sino para precipitarlo.

Así vino á pasos agigantados, aún antes de lo que pudiéramos esperar, la catástrofe total, diríase que deseada por algunos menguados politicastros españoles.

Y la culpa toda fué del Gobierno inepto, que privó á nuestro valeroso y heróico ejército de auxilios y recursos, y que lo abandonó á su triste suerte, por torpeza y por imprevisión.

CAPITULO XXI

Heroismo de nuestros marinos.—La catástrofe de Santiago de Cuba.—Destrucción y pérdida de la escuadra de Cervera.—El combate naval.—Gloriosa hecatombe.—El parte de Shafter.—Relato del horroroso combate.—Expectación en la Habana.—Recogimiento y amargura.—Alocución del general Blanco.—Terrible dilema.—Angustiosa alternativa del contralmirante Cervera.—Cruento *via crucis*.—El desastre estaba previsto.—No era posible otro desenlace.—¡Felices los muertos!

En la historia de las modernas guerras navales, no se registra un acto de temerario heroismo semejante al realizado por la escuadra del almirante Cervera.

A fines del siglo pasado, y en los comienzos del actual, barcos de madera muy inferiores en número á los enemigos llevaron alguna vez á buen término empresas análogas.

Pero tal intento contra naves como las de ahora, potentísimas por el armamento, por la impulsión y por la masa, no se había visto nunca.

Cuatro cruceros de 7.000 toneladas intentaron abrirse paso por en medio de una escuadra, en la cual figuraban siete acorazados de más de 10.000 y otros quince buques de primer orden.

Y no salieron los nuestros aprovechando la obscuridad de la noche, sino á la plena luz del día.

No embistieron como quien huye, ni como quien busca en trance

desesperado la muerte, sino con la bizarría inteligente del que espera salvar la honra y conservar la vida en servicio de la patria.

A las nueve y tres cuartos de la mañana del tres de Julio iniciaron á cara descubierta el ataque; pero á poco de salir se perdió el orden de marcha, obligados por el círculo de fuego del potente enemigo.

Nuestros buques procuraron entonces salir de las líneas americanas; pero los barcos de esta escuadra se repartieron las presas, acosando á cada uno de los españoles varios buques yanquis.

Marchaban combatiendo, entre un fuego horrible que sobre ellos hacían siete acorazados enemigos que los acosaban muy de cerca, vomitando metralla por las bocas de centenares de cañones.

Mientras, los destructores *Furor* y *Plutón* desaparecían entre las olas ensangrentadas, y los tripulantes que lograron salvarse perdían de vista á los cuatro cruceros.

Desde las baterias de la boca del puerto, desde la casa del vigía, veíase maniobrar á los barcos y se oía el tremendo cañoneo.

Ante espectáculo tan imponente y desconsolador, los de tierra, aterrados, se convencieron pronto de que el desastre era inevitable, no tardando en verlo convertido en horrible realidad al distinguir los resplandores de grandes incendios y las inmensas columnas de humo que se elevaban al cielo.

* * *

Casi al mismo tiempo sufría el *Infanta María Teresa* averías gravísimas que le inutilizaban para el combate y para la huída, y el *Oquendo* era presa de un formidable incendio.

Perdidos, sin medios de lucha, viraron hacia la costa y, con un supremo esfuerzo de máquina, embarrancaron y se hundieron.

El terrible choque produjo explosiones tremendas, y la muerte produjo horribles estragos en las tripulaciones.

Villaamil, el jefe de Estado mayor de la escuadra, y Lazaga, comandante del *Oquendo*, prefirieron sepultarse con su barco en aquellos mares malditos, á pasar por la pesadumbre de tamaña desgracia.

Lanzaron botes los buques enemigos para recoger á los infelices marinos que habían salvado la vida, y mientras se realizaba esta operación dolorosa, á poca distancia, á la vista, serpenteaba el *Vizcaya*, echando fuego por sus chimeneas y disparando sus cañones para lograr su salvación; pero acosado muy de cerca por dos acorazados enemigos, un proyectil del calibre más grueso le destrozó la popa; tras aquel le alcanzaron otros, y el buque cayó al fin, embarrancando como los demás, sepultándose entre explosiones y gritos de muerte.

Su comandante, señor Eulate, estaba herido y fué hecho prisionero al igual que los demás.

Algo más lejos luchaba aún el *Cristóbal Colón* por librarse de seis acorazados que lo cercaban y ametrallaban; habría escapado por velocidad, pero el cerco no podía romperse, y haciendo uso de todos sus elementos, disparó hasta reventar algunos cañones, enderezó la proa á la costa, embarrancó con violencia, se abrieron los compartimientos, inundóse el buque, arrastraron las aguas al mar muchos cadáveres, y con la pérdida del *Colón* terminó esa gran tragedia con que puso término á su existencia la escuadra del almirante Cervera, de la que sólo se salvaron 160 hombres, que lograron ganar á nado la orilla y llegar al pié de las baterías de la boca del puerto de Santiago.

***

Los restos de la escuadra. . . . . .

Los seis barcos perdidos; entre sus ruinas y flotando sobre olas de

sangre, seiscientos cadáveres; á bordo de los buques americanos 260 heridos y más de 1.000 prisioneros.

Consumada la hecatombe, la escuadra de Sampson se alejó del Oeste; quedó la costa en silencio, y el almirante americano dirigióse con su presa á la playa del Este para conducir al campamento del Siboney á los prisioneros y telegrafiar desde allí á su Gobierno el resultado de la hazaña.

El despacho de Sampson, fechado en Siboney el día 3, decía lo siguiente:

«Mi escuadra ofrece á la nación como regalo, con ocasión de la fiesta de la independencia, la destrucción de toda la escuadra de Cervera. Ninguno escapó.

A las nueve y media de la mañana la flota española trató de huir, y á las dos de la tarde el último barco, el *Cristóbal Colón*, embarrancó á sesenta millas del Oeste de Santiago y arrió el pabellón.

El *María Teresa*, el *Oquendo* y el *Vizcaya* viéronse obligados á encallar, incendiados y deshechos, á veinte millas de Santiago.

El *Furor* y el *Plutón* fueron destruídos á menos de cuatro millas del puerto.

Nuestras pérdidas consisten en un muerto y dos heridos.

Las del enemigo llegan á algunos cientos, por los cañonazos, las explosiones y los ahogados.

Hemos hecho unos 1.300 prisioneros, entre ellos el almirante Cervera.—*Sampson.*»

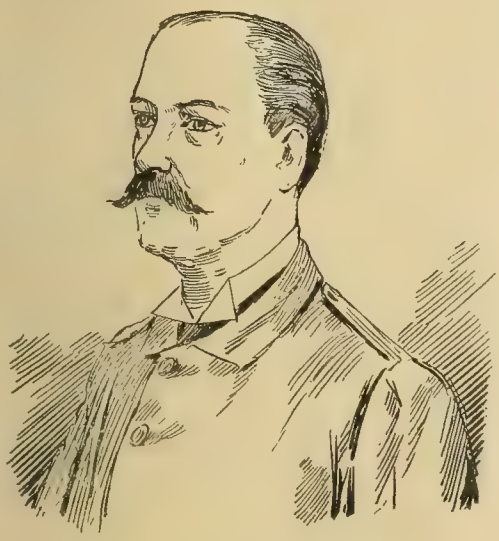
Partió de Santiago de Cuba la escuadra española contando con la única probabilidad de burlar la vigilancia del almirante americano Sampson.

«—He preferido—dijo el almirante Cervera, explicando su salida de la bahía de Santiago de Cuba,—correr el riesgo de un combate en alta mar y sucumbir peleando, que morir en la bahía como en una ratonera.»

El 29 de Junio, el almirante Cervera resolvió abandonar la bahía de Santiago, de conformidad á las instrucciones enviadas de Madrid, ordenándole que fuese á la Habana para cooperar á su defensa.

Hízose carbón y renováronse las provisiones; se llamó á bordo á los destacamentos que habían desembarcado, y aunque estaban todos convencidos de que el riesgo era inminente, obedecióse ímplicitamente las órdenes recibidas, discutiéndose tan solo los planes de salida.

El domingo 3 de Julio, á las nueve de la mañana, zarpó de bahía la escuadra á todo vapor. Abría la marcha el *Cristóbal Colón*, siguiéndole, por el orden que los mencionamos, el *Vizcaya*, *Infanta María Teresa*, el *Oquendo*, el *Furor*, el *Plutón* y un cañonero.



GENERAL TORAL

Diez minutos después de salir á la mar, comenzó el combate. El barco insignia, al mando del almirante Cervera, fué el primero en romper el fuego. Los cañones del *Infanta María Teresa* se calentaron tanto, que se hicieron inmanejables.

El *Colón*, el *Vizcaya* y el *Oquendo* seguían al barco almirante, y tras ellos iban los torpederos.

Los barcos americanos tomaron posiciones; pero sólo comenzaron el fuego cuando los españoles habían franqueado ya la entrada del puerto.

Tan pronto como estuvieron al alcance de sus tiros, los acorazados americanos rompieron el fuego.

Los españoles tuvieron que afrontar un verdadero huracán de balas y de granadas, y á pesar de que su inferioridad era mayor de lo que habían creído, batiéronse heróicamente.

No pudiendo resistir el horrible fuego de los yanquis, el *Oquendo* y el *Vizcaya* apartáronse de la costa, siguiendo los movimientos del buque almirante, en la derrota segura de la muerte.

El *Cristóbal Colón* contestó bravamente; pero se vió forzado también á dirigirse hacia la costa cuando se hallaba á diez millas del Morro. El *Oregón*, el *Brooklyn* y otros varios navíos americanos lo persiguieron, arrojando constantemente sobre él una lluvia de plomo.

Los tripulantes españoles desplegaron la mayor bravura, el valor más heróico; pero hubieron de sucumbir ante la superioridad del número.

El *Colón*, que contestaba al fuego con sus cañones de popa, escapó por de pronto al tiro de los barcos americanos, á causa de su velocidad superior; pero perseguido y acosado de cerca por el *Iowa* y el *Oregón*, vióse obligado á embarrancar y á rendirse, ante la imposibilidad de escapar de los tiros del *Oregón*.

***

Una vez embarrancados nuestros barcos en la costa, las tripulaciones los abandonaron, y, con ayuda de las embarcaciones enviadas por los americanos, ganaron tierra, entregándose á discreción al enemigo, que desembarcó un destacamento para proteger á los prisioneros contra las partidas de insurrectos.

Estos se hallaban al acecho, emboscados en la manigua, en el flanco de una colina. Desde allí se disponían á caer como fieras hambrientas sobre los náufragos españoles.

Tres horas después de haber salido la flota de Cervera de Santiago

de Cuba, tres cruceros y dos torpederos yacían en la playa, rotos, deshechos, á diez ó quince millas al Oeste del Morro.

Las llamas y el humo salían á raudales de sus costados, cubriendo la línea de la costa de una niebla espesa que se podía ver á la distancia de muchas millas desde el mar.

Cuando el fuego llegaba á los pañoles, donde se almacenaban las municiones, sonaban explosiones formidables, y nuestros barcos se hundían profundamente en la playa, donde sus cascos se destrozaban al contacto con las rocas y empujados por las olas.

El contralmirante Cervera tocó tierra en una embarcación enviada por el barco americano *Glowcester* en auxilio de los tripulantes del *María Teresa*.

Tan pronto como Cervera saltó á tierra, se rindió al teniente Morton y pidió ser conducido á bordo del *Glowcester*, único barco americano que estaba allí cerca.

Cuando llegó á la escala de embarque del buque yanqui, acompañado de varios oficiales, entre los que se contaba el comandante del buque almirante, fué acogido cortesmente por el teniente Wainwright, comandante del *Glowcester*.

El oficial norteamericano estrechóle la mano, y le dijo:

«—Yo os felicito, señor, por el valor con que habéis combatido, valor tan grande como jamás se ha visto en el mar».

***

Comunicada á Shafter la destrucción de la escuadra española, dictó aquél una orden general para hacer conocer el suceso á las fuerzas de su mando.

Desde ese campamento, con la autorización de Sampson, dió parte el general Cervera al general Blanco del terrible desastre.

Desde que se supo en la Habana la salida de la escuadra de Cer-

vera de la bahía de Santiago de Cuba, aumentó de modo extraordinario la espectación pública.

Los detalles que ya se conocían de los combates librados en tierra habían emocionado á la opinión de tal suerte, que toda la atención de las autoridades superiores, centros, prensa y pueblo, se había reconcentrado en los sucesos que se desarrollaban á las puertas de la capital de Oriente.

Respiró la opinión al conocer las primeras noticias sobre la salida de los barcos, porque se creyó que habían logrado romper el bloqueo los cuatro cruceros y que navegaban con rumbo á la Habana, donde se les esperaba con ansiedad grande; pero el día 4 por la mañana empezaron á circular los primeros rumores del desastre, produciendo alarma extraordinaria en todas las clases sociales.

Ya á la caída de la tarde adquirieron confirmación los tristes anuncios, produciendo la deplorable noticia emoción vivísima en todos los contristados ánimos españoles.

Al recibir el capitán general el parte del contralmirante Cervera, experimentó profunda y natural emoción; al comunicarlo á las personas que solicitaban de él detalles, procuró revelar una gran serenidad de espíritu.

Se esparcieron por la noche, y en todos los hogares se produjo un recogimiento y una amargura difícil de reflejar.

Acostumbrados allí á la lucha desesperada, parecía que la desgracia aumentase la virilidad; pero se notaba ansiedad por conocer las determinaciones del general en jefe y gobernador general, y saber el efecto que en el Gobierno central y en la Península había de producir la tremenda catástrofe.

El general Blanco cambió impresiones con las autoridades, y tomó acuerdos que consideró precisos y urgentes, no porque lo exigiera un espíritu público abatido, sino para señalar la línea de conducta en tan graves circunstancias.

***

Al día siguiente desfilaron por el palacio de la Capitanía general numerosas comisiones de los partidos políticos, institutos armados, corporaciones y centros y personas más significadas, para expresar al representante de España, en frases levantadas y patrióticas, su adhesión incondicional y su resolución de combatir hasta el último trance.

El general contestó á todos en términos análogos á los de la alocución, que mientras esto acontecía en el palacio de la Plaza de Armas repartíase por la población en un *Suplemento á la Gaceta de la Habana*, cuyo texto era el siguiente:

«Habitantes de la isla de Cuba:

No siempre al valor acompaña la fortuna.

La escuadra española mandada por el contralmirante Cervera acaba de realizar los actos de heroismo más grandes quizàs de los que se registran en los anales de la marina en el presente siglo: combatiendo contra triplicadas fuerzas, ha sucumbido gloriosamente en los momentos mismos en que la considerábamos salvada del peligro que la amenazaba dentro del puerto de Santiago de Cuba.

El golpe es muy rudo; pero seria impropio de pechos españoles desmayar siquiera ante este contratiempo, por grave que parezca. Por el contrario, debemos demostrar al mundo, que no decae nuestro ánimo ante los reveses, y que tenemos alientos para mirar tranquilos las adversidades y luchar hasta vencerlas.

Fuerzas nos sobran para defender nuestra justa causa y sacar triunfante nuestro derecho, si unidos todos en el sagrado amor á la Patria, la consagramos nuestras vidas y haciendas.

En la adversidad se acrisolan las virtudes de los pueblos.

Demos pruebas patentes de que el pueblo español las atesora todas, y firmes y resueltos ante el peligro, confiemos en Dios y en nuestro derecho para dejar incólumes el honor y la integridad de la Patria.

Así lo espera, dispuesto á vencer ó morir á vuestro frente, por honra de España y por la integridad del suelo patrio, vuestro gobernador general.—*Ramón Blanco.*»

Esta alocución produjo excelente efecto en la capital, y el pueblo sintióse con valerosa resignación ante la desgracia.

***

La tentativa del contralmirante Cervera de escapar del puerto de Santiago y de salvar sus barcos en presencia de fuerzas imponentes que tenían que aniquilarlos, fué digna de las más valerosas acciones que puedan contarse en la historia de las guerras navales.

El general Cervera no tenía otra alternativa que aventurarse á ser destruído ó rendirse á discreción.

Y luchó sin descanso, aun en los momentos en que su propio barco almirante estaba incendiado, presa de las llamas y á punto de hundirse en el mar.

Los americanos vieron á los españoles inmediatamente después que éstos salieron del puerto.

Les siguieron durante dos horas á lo largo de la costa hacia el Oeste, haciendo llover sobre los barcos una granizada de proyectiles, que perforaban los cascos de acero, abrían profundas y extensas vías de agua é inundaban de sangre el puente de los buques.

En momento alguno mostraron los españoles voluntad ó deseo de renunciar al combate.

No arriaron nunca la bandera, ni aun cuando los barcos comenzaban á sumergirse, ni aun cuando las espesas nubes de humo mostraban que ardían por completo.

Los buques de la escuadra de Cervera, en tal estado, se dirigieron hacia la playa, que distaba del punto del combate menos de una milla; y el choque violentísimo contra las rocas, completó la obra de destrucción de las granadas de Sampson.

La catástrofe fué completa. Nuestra mejor escuadra, presa del incendio y acribillada á balazos por un enemigo de quintuplicada fuerza, acabó de deshacerse entre los bajos de la costa meridional de Cuba.

¿Debió permanecer en el puerto donde se había refugiado?

¿Debió intentar á viva fuerza la salida?

En el primer caso, hubiera sido destruída ó apresada por Shafter, hallándose, como se hallaba, incapacitada para una vigorosa resistencia.

En el segundo, corría el riesgo de sucumbir, más no el de tener que incorporarse, rendida y prisionera, á las flotas americanas.

Discuta quien quiera esos dos aspectos de una cuestión tan trágicamente concluída; guardémonos de hacerlo los que sabemos que, para los defensores de España, fueron forzadas é ineludibles todas las estaciones de aquel cruento *vía crucis*.

Lo sucedido en aguas de Santiago de Cuba, como lo sucedido anteriormente en la bahía de Manila, tenía que suceder.

Allá condujeron á nuestros nobles marinos ajenas torpezas é inveterados descuidos. Allá los llevó, privándoles de la libertad de acción y de los recursos indispensables, la mano temblorosa é irresoluta que desde fines de Abril anterior presidía el curso de la guerra.

No era posible otro desenlace.

—¡Se ha salvado el honor!—exclamaban algunos de esos, cuyo espíritu posee el envidiable dón de encontrar para cada dolor su consuelo.

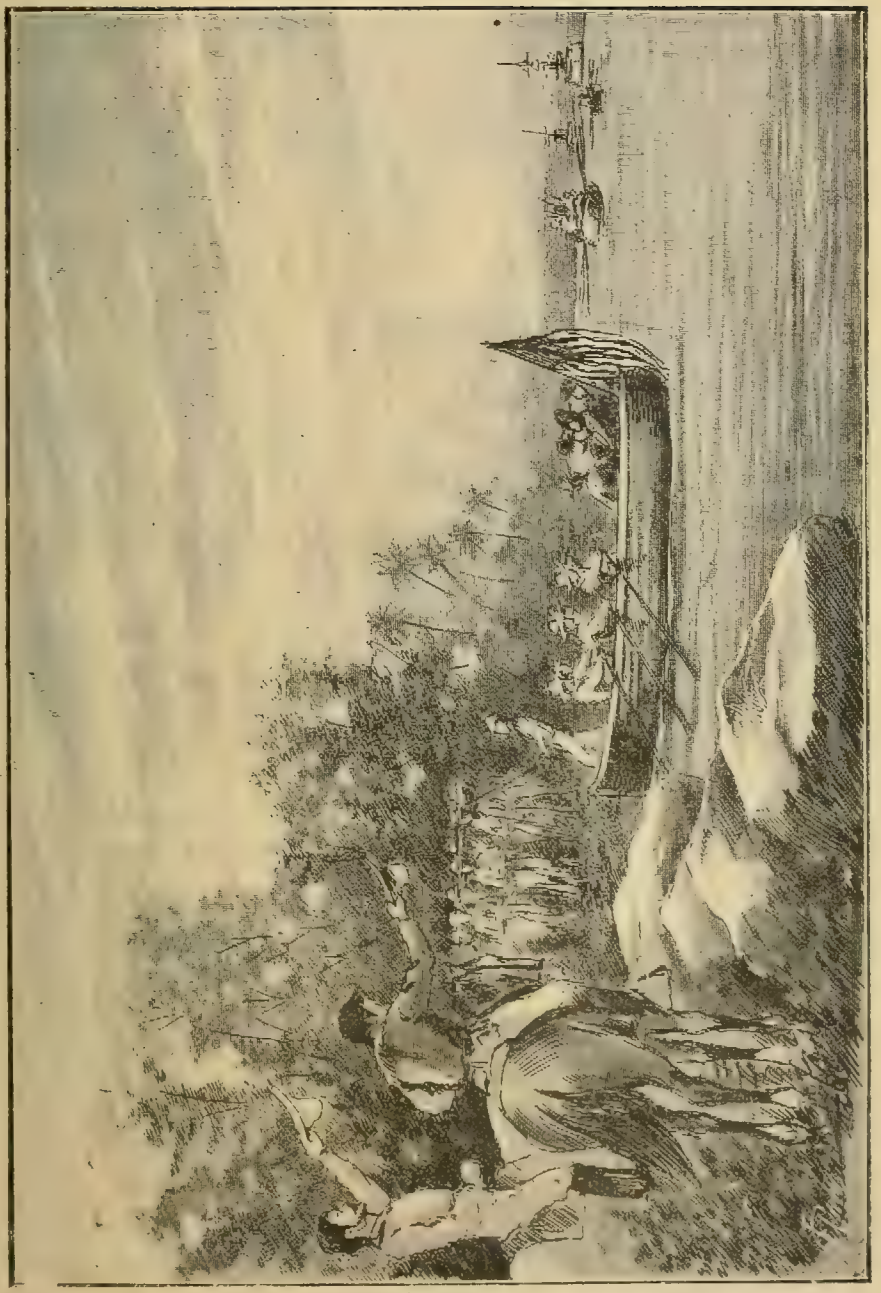
Nunca imaginó nadie que el honor nacional pudiese estar comprometido en manos de los soldados y marinos españoles.

Algo más había que salvar, y fuéramos bien menguados, si no nos extremeciésemos de pena é indignación al contemplar lo perdido.

En aquel horrible desastre, los únicos que tuvieron toda la razón fueron los muertos.

¡Dichosos los que, antes de sucumbir, entendieron que su sacrificio iba á ser útil á España!

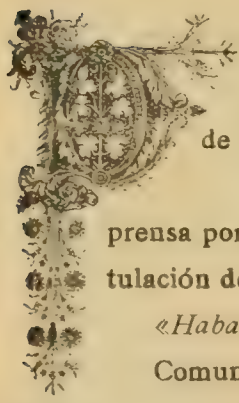
¡Dichosos también los que, sin esa sublime ilusión, dejaron la vida, pues al menos no sienten hoy nuestras presentes angustias!



DESEMBARCO DE LOS NORTEAMERICANOS EN DAIQUIRI (Santiago de Cuba)

CAPÍTULO XX

Las consecuencias del desastre.—Capitulación de Santiago de Cuba.—El parte oficial.—*¡Consumatum est!*—La entrega de la plaza.—22780 prisioneros.—Proclama del general Blanco.—Negociaciones de paz y armisticio.—El Protocolo.—La Comisión de París.—Tratado definitivo de paz.—Modificación del protocolo.—Triste desenlace.—El desprecio á España.—Paz humillante y desastrosa.—Egoismo de nuestros gobernantes.—¡¡Viva España!!



DESPUÉS del desastre de la escuadra de Cervera, estaba prevista y descontada por la opinión la rendición de la plaza de Santiago de Cuba.

A última hora de la tarde del 16, se facilitó á la prensa por el Gobierno el siguiente parte oficial sobre la capitulación de Santiago:

«*Habana* 17.—Capitán general á ministro Guerra:

Comunico V. E. telegrama original del general Toral, que dice así:

«Firmada hoy capitulación, comprendiendo fuerza y material guerra división Cuba, comprometiéndose Estados Unidos transportar á España brevedad posible tropas, que embarcarán puertos inmediatos ó guarniciones que ocupan.

Oficiales llevarán armamento, y ellos y tropa objetos propiedad particular, archivos y documentación militar.

Voluntarios y movilizados que quieran continuar isla, quedarán

entregando armas y dando palabra no tomarlas contra Estados Unidos en actual guerra.

Fuerzas españolas saldrán de Santiago con todos los honores guerra, depositando después sus armas en lugar designado de acuerdo mutuo para esperar la disposición que haga de ellas gobierno Estadss Unidos, bien entendido que los comisionados americanos recomendarán que el soldado español vuelva á España con el arma que valientemente ha defendido.

La marina sigue la misma suerte que el ejército.

En virtnd anterior capitulación, mañana domingo, nueve mañana, saldrán tropas á acampar fuera población, y americanos haránse entrega material guerra.—*Toral.*»

Lo participo á V. E., con el sentimiento natural, para su conocimiento, rogando instrucciones para ajustar mi conducta en armonía con las que reciba de V. E., contestando á mis anteriores telegramas.—*Blanco* »

Renunciamos á comentar la rendición y entrega de la plaza de Santiago de Cuba.

Después de todo, ¿á qué renegar una vez más de la apatía, la ineptitud y la duplicidad del Gobierno?

Harto notorio es que en él se resumió la culpa y las responsabilidades íntegras de lo que ocurrió.

¡Consumatum est!

Al reseñar el desastre de nuestra escuadra, hemos dicho que los muertos fueron los únicos que tenian la razón de su parte, y añadimos:—¡Felices ellos!

Si. Felices los Villaamil, los Lazaga, la heroíca familia de los Vara de Rey y los centenares de soldados y marinos que perecieron en el combate.

Cayeron llenos de fe patriótica y se libraron de presenciar y sentir las actuales tristezas.

No deploramos tampoco la destrucción del *María Teresa*, del *Oquendo*, del *Vizcaya* y del *Colón*. Si acribillados é incendiados en desigual batalla no hubieran acabado de deshacerse entre los bajos de la costa oriental de Cuba, se hallarían a la hora presente en poder del soberbio enemigo, y ostentarían en sus palos, ló mismo que la plaza en sus fuertes, la bandera de las estrellas y las barras.

*
* *

He aquí en que forma se verificó la entrega de la plaza de Santiago de Cuba al general en jefe del ejército invasor.

El día 17, á las nueve de la mañana, el general Toral y su Estado mayor salió de la plaza, acompañados por una escolta de un centenar de soldados escogidos y algunos cornetas, mientras el general Shafter con los jefes de las divisiones y brigadas y los Estados mayores, escoltados por fuerzas de caballería, avanzaba desde su campamento y se dirigían al encuentro de aquéllos.

Después de cambiarse los saludos, el general Toral entregó su espada al general Shafter, quien se la devolvió inmediatamente.

Las tropas americanas, formadas en línea delante de sus trincheras, asistieron á la ceremonia.

Los generales Shafter y Toral, seguidos de sus respectivas escoltas, se dirigieron inmediatamente hacia la ciudad, recorriendo á caballo la población para la toma de posesión oficial, que se verificó luego en el palacio del Gobernador, donde fué izado al medio día el pabellón norteamericano en presencia de diez mil personas.

Terminado el acto, el general Shafter regresó á su campamento, dejando en la ciudad al Ayuntamiento existente, bajo la intervención

del general Mac-Kibben, nombrado provisionalmente gobernador militar de Santiago.

Dos regimientos de infantería yanqui quedaron en la ciudad para mantener el orden.

Las tropas españolas evacuaron inmediatamente después la plaza, quedando acampadas fuera de las líneas americanas, donde permanecerían hasta su embarque para España.

Por virtud de la capitulación de Santiago, aceptada y firmada por el general Toral, quedaron prisioneros de los yanquis 22.780 hombres.

. . . . . .

Al tener conocimiento oficial el general Blanco de la rendición y entrega de la plaza de Santiago, publicó la siguiente proclama:

«Habitantes de la isla de Cuba y soldados españoles:

Después de una defensa heróica de tres meses y de varias batallas sangrientas, la falta de municiones y de víveres ha obligado á la ciudad de Santiago á capitular en condiciones honrosas y con todos los honores de la guerra.

La ocupación de Santiago por los americanos carece de importancia estratégica, porque el puerto estaba bloqueado hace tiempo por los barcos americanos.

La ocupación no tendrá, pues, ninguna influencia en la futura campaña que decidirá de la suerte de España.

El ejército español está intacto y ávido de gloria, deseando medir sus armas con los americanos.

Al ejército es al que el rey, el gobierno y el país confían la misión de defender á todo trance la integridad del territorio patrio y su bandera sin mancha, y el ejército saldrá victorioso á pesar de todos los peligros y obstáculos, demostrando una vez más el carácter indomable español y el genio militar de nuestro pueblo.

Esta es la esperanza de vuestro general.—*Ramón Blanco.*»

***

La destrucción y pérdida total de la escuadra de Cervera, y la capitulación de la ciudad de Santiago de Cuba y rendición de las fuerzas

que constituían la división de nuestro ejército de ocupación en el departamento oriental, unido á la amenaza del gobierno norteamericano de enviar á España la escuadra que mandaba el comodoro Watson á bombardear las costas de nuestro litoral, determinaron á nuestro gobierno á entablar con el de Washington negociaciones de paz, bajo la base de un armisticio entre los dos ejércitos beligerantes.

Triste recuerdo de sus desventuras quedó á España del Consejo de ministros celebrado el día 7 de Agosto de 1898.

En él se discutió y aprobó la contestación á Mr. Mac Kinley, por la cual fueron aceptadas en conjunto las onerosas condiciones impuestas por los Estados Unidos.

Señaló, por tanto, el día citado una profunda modificación en la historia de España, á la cual asistió la nacion, con quien no se había contado, reducida á la inmovilidad y al silencio por obra de sus gobernantes, á la elucidación de sus futuros destinos.

El gobierno español acordó autorizar á Mr. Cambon, embajador de Francia en Washington, para que firmase el protocolo, en nombre y representación de España.

A la firma del protocolo debía seguir inmediatamente la suspensión de hostilidades. Este fué el único aspecto halagüeño de una solución, que tuvo tantos otros amargos y sombríos.

Sabíamos lo que nos esperaba, y veíamos acercarse el desenlace llenos de creciente angustia.

Con pena todavía mayor supimos por el cable que la amputación quedó consumada el 12 de Agosto, y no sentimos, sin embargo, toda la violencia del golpe, toda la magnitud del desastre y todo el dolor de la herida, hasta después de leído el texto oficial del protocolo, que decía así:

«Su excelencia Mr. Cambon, embajador extraordinario y plenipotenciario de la República francesa en Washington, y William R. Day,

secretario de Estado de los Estados Unidos, habiendo recibido, respectivamente, al efecto, plenos poderes del Gobierno de España y del gobierno de los Estados Unidos, han formulado y firmado los artículos siguientes, que precisan los términos en que ambos gobiernos se han puesto de acuerdo, relativamente á las cuestiones abajo designadas, que tienen por objeto el establecimiento de la paz entre los dos países, á saber:

Artículo 1.° España renunciará á toda pretensión á su soberanía y á todos sus derechos sobre la isla de Cuba.

Art. 2.° España cederá á los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás islas que actualmente se encnentran bajo la soberanía de España en las Indias Occidentales, así como una isla en Las Ladrones, que será escogida por los Estados Unidos.

Art. 3.° Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un Tratado de paz que deberá determinar la intervención (*contrôle*), la disposición y el gobierno de Filipinas.

Art. 4.° España evacuará inmediatamente Cuba, Puerto Rico y las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias occidentales; con este objeto cada uno de los dos Gobiernos nombrará comisarios en los diez días que seguirán á la firma de este protocolo, y los comisarios así nombrados deberán en los treinta días que seguirán á la firma de este protocolo encontrarse en la Habana, á fin de convenir y ejecutar los detalles de la evacuación ya mencionada de Cuba y de las islas españolas adyacentes; y cada uno de los dos Gobiernos nombrará igualmente en los diez días siguientes al de la firma de este protocolo otros comisarios que deberán, en los treinta días que seguirán á la firma de este protocolo, encontrarse en San Juan de Puerto Rico, á fin de convenir los detalles de la evacuación de San Juan de Puerto Rico y de las demás islas que se encuentran actualmente bajo la soberanía de España en las Indias occidentales.

Art. 5.° España y los Estados Unidos nombrarán, para tratar de la paz, cinco comisarios á lo más por cada país; los comisarios así nombrados deberán encontrarse en París el 1.° de Octubre de 1898 lo más tarde, y proceder á la negociación y á la conclusión de un Tratado de paz; ese Tratado quedará sujeto á ratificación, con arreglo á las formas constitucionales de cada uno de ambos países.

Art. 6.° Una vez terminado y firmado este protocolo, deberán suependerse las hostilidades en los dos países; á este efecto se deberán dar órdenes por cada uno de los dos Gobiernos á los jefes de sus fuerzas de mar y tierra tan pronto como sea posible.

Hecho en Washington, por duplicado, en francés é inglés, por los infrascritos, que ponen al pie su firma y sello el doce de Agosto de mil ochocientos noventa y ocho.»

***

Quien sea español de veras, seguramente experimentaría y habrá experimentado aún como nosotros, después de la lectura del preinserto documento, esa impresión del vacío material y espiritual que sufre el que pierde un miembro de su cuerpo ó una persona muy amada de su familia.

Encomendada la operación quirúrgica á los comisarios designados por los respectivos gobiernos de Washington y Madrid, presididos los norteamericanos por Mr. Day y los españoles por el señor Montero Ríos, tras dos meses y medio de consultas y disquisiciones, pusieron término á tan ardua como estéril tarea, dejando definitivamente consumada la obra fatal para España, en la noche del 10 de Diciembre.

A las ocho y media de la noche del 10 de Diciembre de 1898, se firmó el tratado definitivo de paz entre España y los Estados Unidos.

Por virtud de ese definitivo tratado, fué modificado el articulo 2.° del Protocolo, en los términos siguientes:

«Art. 3.° España cede á los Estados Unidos el Archipiélago conocido por el nombre de islas Filipinas y que comprende todas las islas situadas entre las líneas que tienen los siguientes puntos de partida y término:

»Va una línea de Occidente á Oriente, cerca del paralelo vigésimo segundo de

JEFE DE GUERRILLAS DEL EJÉRCITO

latitud Norte, cruzando el centro del canal navegable de Bachi, desde el grado 118 al 127 de longitud oriental de Greenwich. Otra desde el 127 grado de longitud del meridiano Oeste de Greenwich al paralelo 4°45' de latitud Norte; sigue otra en el paralelo de los 4°45' hasta su intersección con el meridiano de longitud 119°35' Este de Greenwich.

»Parte otra de este último punto al paralelo de latitud 7°40' Norte; sigue luego hasta la intersección del grado 10 del paralelo latitud Norte con el grado 118 del meridiano de longitud Este de Greenwich; cierra el marco de la zona comprendida en la cesión, la línea que vá desde el grado 118, antes indicado, hasta el punto de partida de la primera línea de las indícadas en esta cláusula.

»Los Estados Unidos pagarán á España la suma de veinte millones de dollars dentro de los tres meses siguientes al cambio de ratificación de este Tratado.»

Nada mas triste que el desenlace: pero desde el principio sabían cuantos discurren á derechas que no podía ser otro.

Dudamos de que en ese punto se forjaran ilusiones los comisionados: estamos seguros de que no se las hizo jamás el Gobierno.

Incapacitados como nos hallábamos para reanudar la lucha, á nadie se ocultaba que habría que pasar por todo lo que quisiesen los vencedores.

Teníamos puesto en la garganta el pie de un vencedor tan descortés como ambicioso é inaprensivo, y nos importó por dos razones elementales suprimir las frases gruesas y los apóstrofes iracundos. Primeramente porque no podíamos hacerlos buenos con la espada; y en segundo lugar, porque de ello hubieran sacado nuestros enemigos el pretexto que buscaban para inferirnos mayores vejámenes y para someternos acaso á más rudas mutilaciones.

Planteado en terreno tan falso el litigio, alargar los debates de la Comisión equivaliera á prepararse humillaciones nuevas.

Tal sucedió. En vano los buenos patriotas, auxiliados por una mala retórica, trataron de buscar alguna compensación, demostrando que había sido pisoteado el derecho de gentes. Lo que primero se vió en la conducta de los Estados Unidos, fué el desprecio á España.

Debióse al egoismo de nuestros gobernantas ese último golpe asestado contra el león enfermo.

Aconsejaba el sentido común y el interés nacional que se abreviase la deliberación, reduciéndola á una docena de días, y duró dos meses

y medio, sin otro objeto positivo que el de prorrogar la existencia ministerial del gobierno fusionista.

Desastrosa y humillante fué la paz; pero gracias á ella, quedó libre España para consagrarse al remedio de las desdichas interiores.

De nuestra gloriosa nacionalidad no sobrevivió más que el alma, y era urgente é indispensable proporcionar á ese alma, en el menor plazo posible, casa y cuerpo.

Lo único que convenia á España vencida, era sobrellevar la derrota con el fiero estoicismo y con la decorosa reserva de los antepasados, coincidiendo en un esfuerzo supremo la voluntad nacional, y congregándonos todos en torno de la santa bandera de la Patria, para reedificar la casa que había sepultado á nuestros hijos más queridos bajo sus escombros, al grito de ¡¡VIVA ESPAÑA!!

Epílogo triste

Tuvo fin el año terrible, y nuestros ojos pubieron abarcar en su plenitud la inmensidad del desastre. Se acabó el año, casi se acaba el siglo, y con él todo nuestro imperio colonial se desvanecía; diríase que hasta la misma patria española iba á desaparecer en el seno de la catástrofe.

El día 1.° del nuevo año de 1899 cesó de hecho y de derecho en el Archipiélago filipino la soberanía española, y se arrió en toda la isla de Cuba, como antes se había arriado en la de Puerto Rico, la bandera de la patria.

Inmensa fué la desgracia, y aún lo parecía más, porque era igual el sonrojo.

Prueba de ello, lo que sucedió al efectuarse el cambio de dominio.

Quedaban en Filipinas doce mil prisioneros españoles y fuerzas de nuestro ejército, respecto de cuyo número nadie tenía noticias exactas.

Y quedaban en Cuba *cuarenta mil* soldados, contra quienes, abandonados á sí mismos, se ejercería la mala voluntad de los americanos y el odio inextinguible de los insurrectos.

Luego resultó que pasaban de *cuarenta mil.* El mismo Gobierno, al conocer á última hora la cifra, experimentó vivísima sorpresa.

Ignoraba, por consiguiente, el número y el estado de nuestras tropas en la grande Antilla, y no fué de extrañar que más tarde recibiera otros datos aún más desconsoladores.

Hubo mucho de trágico en nuestra caída y en nuestra derrota: no

MESETA DE LA LOMA SAN JUAN (Cuba)

hubo más que vergüenza en ese olvido de doce mil prisioneros y en ese abandono de más de cuarenta mil soldados.

No se alegue que ocurrió lo que ocurrió por falta de medios materiales, ni que era deshonroso, para aceptar el transporte de esos *setenta mil* españoles, el concurso de nuestros enemigos. Lo deshonroso fué dejar en los territorios de que se nos había despojado millares de hermanos é hijos nuestros, los cuales, antes de volver, si volvían, á la pa-

tria, habrían de sufrir corporal y moralmente atroces amarguras.

Ya para lo que faltaba, debieran haber sido lógicos consigo mismos y exigir la recompensa que, á no dudarlo, les correspondía por habernos librado del peso inútil de las dos Antillas y las Filipinas, del cuidado de administrar cuatro mil millones de pesetas, y de la dificultad de alimentar á doscientos mil jóvenes, para los cuales no había pan suficiente en los hogares, ni ocupación bastante en los campos, las fábricas y talleres.

Sin ese criminal abandono, sin ese vergonzoso olvido, nos hubiéramos ahorrado el triste y doloroso espectáculo de ver arribar semanalmente á nuestros puertos, esos buques fantasmas, cargados de moribundos, ante los cuales no hubo conciencia que se sintiera tranquila.

Afrentoso fué el estigma que en la frente de la nación puso el año 1899, al inaugurarse.

Pocas esperanzas nos quedaron; pero subsistía inquebrantable la de que el país, comprendiendo la suerte que le aguardaba, encontraría energías para echar de su lado á los causantes del desastre y de su ruina, y para redimirse por sí mismo, en vez de fiarlo todo á un Mesías, del cual nada dicen los hechos ni las Escrituras.

España abrigaba la consoladora esperanza, sentía la perentoria necesidad, de conseguir en breve plazo su completa regeneración.

FIN

ÍNDICE

DE LOS

sucesos narrados y comprendidos en el tomo VI

BLANCO

CUBA AUTÓNOMA

SUMARIO

Páginas

CAPÍTULO I.—Simpatías de la opinión.—Vida nueva.—La selección.—Lo principal y lo accesorio.—La situación de Cuba.—Despedida del general Blanco.—Buena esperanza. . . . . 5 á 16

CAP. II.—A bordo del Alfonso XIII.—Declaraciones del general Blanco.—El programa del Gobierno.—Instrucciones al nuevo gobernador general de Cuba.—La labor de los intransigentes.—Temores y comentarios.—La opinión liberal.—El *Diario de la Marina*.—La actitud de los derechistas.—Estado de la guerra.—Noticias tristes.—Organizando otra manifestación en favor del general Weyler.—Proclama de la comisión organizadora.—Los trabajos de la comisión.—La actitud del general Weyler. . . . . 17 á 27

CAP. III.—Solución única.—Los rebeldes á las puertas de la Habana.—Reñido combate en *La Chorrera*—Muerte del *general* Adolfo Castillo.—Su importancia.—Extraña resolucion del general Weyler.—Embarque inesperado.—Autoridades interinas.—La manifestación de despedida.—En el palacio de la Capitanía general.—Discursos cambiados.—Al *Montserrat*.—Esperando al general Blanco.—Noticias oficiales.—Comentarios. . . . . 28 á 41

CAP. IV.—Llegada del general Blanco.—Weyler á bordo del Alfonso XIII—Conferencia de los dos generales.—El desembarco del marqués de Peña Plata.—Entusiasta acogida del pueblo cubano.—Alocución del nuevo capitan general de Cuba á los habitantes de la isla.—Las primeras impresiones del general Blanco.—Influencia benéfica de las reformas en el campo insurrecto.—Impresiones de los presentados.—Pretexto inutilizado.—Una carta de Máximo Gómez.—La opinión de los laborantes separatistas.—Declaraciones del general Blanco.—Esperanzas. . . . . 42 á 53

CAP. V.—La acción moral.—Esperando en calma.—Información acerca del verdadero estado de la rebelión en las provincias *oficialmente* pacificadas.—La provincia de Pinar del Río.—Gra-

Páginas

ves noticias.—Blanco y Weyler.—Desdichas y errores.—Cambio de situación.—Circular al ejército.—¡Adelante!—Por mejor camino.—Dos desengaños.—Un voto y un deseo. 54 á 64

CAP. VI.—Cambio de situación.—Reconstitución de la guerra.—Reorganización del ejército en operaciones.—Distribución de mandos.—Detalles del combate de lomas del Purgatorio.—Prepósitos del general Blanco.—Aspecto militar de la campaña.—Confianza en las nuevas autoridades.—Varias circulares.—Indulto de Quesada.—La rebaja de víveres.—Dolorosas revelaciones.—Necesidad de un ejemplar escarmiento. . . . . 66 á 77

CAP. VII.—Estado de la guerra en el Occidente de la isla.—La pacificación del general Weyler.—Buen indicio.—Un bando sobre la zafra.—Importantes circulares.—Batida de partidas rebeldes en la provincia de la Habana.—Actividad de las columnas en operaciones.—La elocuencia de los hechos.—La insurrección en Pinar.—Reconocimientos y rudos combates en las lomas.—El enemigo atrincherado.—Victoria sangrienta.—Bajas sensibles.—Comentarios.—Lo que dijo Weyler y lo que dijeron los hechos.—La Historia hablará. 78 á 88

CAP. VIII.—El sistema de la pacificación del general Weyler.—Rasgáronse las tinieblas.—En San Juan de las Yeras.—Ataque y rudo combate.—La columna de auxilio.—Criminales atentados por la dinamita.—Voladura de trenes.—Desastrosos efectos.—10 soldados muertos y 25 heridos.—Tren de auxilio.—Combates en Oriente.—Evidente y palmaria discordancia entre los hechos y las palabras del general Weyler.—Su alocución de despedida á los habitantes de Cuba.—En favor de los reconcentrados.—Disposiciones convenientes y plausibles. . . . . 89 á 101

CAP. IX.—Pasividad y expectación.—Error y falsa especie.—Ficción y convencionalismo.—¿Se moverá?—El cuerpo de voluntarios de la Habana.—Libertad de los piratas de la *Competitor*.—Importantes operaciones en Pinar del Río.—Estado de la rebelión en esta provincia.—Las bajas de una decena.—Reproducción de la campaña de destrucción.—Las órdenes del *generalísimo*.—Actitud intransigente de Máximo Gómez.—La zafra.—Triste consideración.—Duda y temor. . . . 102 á 112

CAP. X.—Situación de Cuba.—La política.—Quejas y temores de los autonomistas y constitucionales.—Discusiones.—La Asamblea de Diciembre.—Preocupación de la masa neutra del país.—Peligros del período constituyente.—Desolación y ruina de Cuba.—Sufrimientos de los soldados.—Triste realidad.—Actitud de los rebeldes.—Sus amenazas.—Impunidad de que habían gozado.—La obra del general Blanco.—La excursión militar del general Parrado.—Combate en el potrero «Cocoa».—La presentación de los cabecillas hermanos

Páginas

Cuervo y su partida.—Ataque á Santa María del Rosario. —Golpe de audacia.—Los reconcentrados.. . . . . 114 á 123

CAP. XI.—Nuevo régimen.—El preámbulo.—Confesión deshonrosa.—El *Real decreto*.—Impresión en la Habana.—La opinión.—Favorable reacción y regocijo.—La Constitución antillana.—Trascendental evolución.—Etapa definitiva.—Sin pretexto ya.—La conquista del gobierno liberal.—El mayor progreso político de nuestro siglo.—Por la justicia y por la paz. 124 á 135

CAP. XII.—La guerra y la política.—Efecto en la opinión.—Júbilo en la Habana.—Aplauso al Gobierno.—La paz asegurada.—Efecto de la autonomía entre los cubanos emigrados.—Un bando de Máximo Gómez.—Operaciones combinadas contra el *generalísimo*.—De Sancti Spíritus á Arroyo Blanco.—Hacia Reforma.—El nuevo régimen.. . . . . 136 á 146

CAP. XIII.—Por la paz.—Lo que es la guerra.—La voz de la opinión.—El estado del ejército.—Los que fueron y los que quedaban —200.000 × 53.000.—Herencia del general Blanco.—Todo modificado.—Detalles varios. . . . . 147 á 162

CAP. XIV.—Foco principal.—Inútiles advertencias.—El departamento Oriental y el Camagüey.—Error fundamental.—Marcha general de la insurrección.—Operación combinada en las lomas de Pinar del Río.—La división del general Bernal. —En las lomas del Cuzco.—Resultado feliz de la importante operación.—Nuestras bajas.—El bravo soldado Florentino Vega.—Cien bajas del enemigo.—Las operacionos contra el *generalísimo*.—La expedición del general Pando. —¡Triste herencia!—El plan de campaña del general Pando. 163 á 176

CAP. XV.—Ventajas evidentes.—Estado de la provincia de Pinar del Río. —Cifras tristísimas.—Efectos de la miseria.—Por la paz. —Siembras y tabaco.—El ganado.—Número de enemigos. —Su organización.—Su armamento.—Contingente del ejército.—Disminuciones. —Impresiones desagradables.—La guerra en Oriente.—Período interesantísimo.—Batida en Sancti Spíritus.—La zafra.—La cuestión monetaria.—Combate en Oriente.—Convoy á Bayamo.—Rumores.—Expectación. . . . . 177 á 189

CAP. XVI.—Catástrofe sanitaria.—El informe del inspector general señor Lo·ada.—La guerra.—Triste triunfo de la verdad.—32.000 enfermos por hambre.—Los autores de la catástrofe y el pueblo español.—El Mensaje del Presidente de la gran República.—Reflexiones y remembranzas.—Intervención *yankee*.—La política de los norteamericanos y la de los gobiernos españoles.—Optimismo ministerial.—Nuestra ignorancia y nuestro sacrificio.. . . . . 190 á 202

CAP. XVII.—Exigencia del honor.—La concesión de la autonomía.—La situación creada á España por el Mensaje de Mac-Kinley. —Gallarda y airosa actitud.—Egoismo de las potencias eu-

Páginas

ropeas.—La toma de Guisa.—La columna Tovar.—El poblado y la guarnición.—Detalles del sitio y del ataque.—5.000 rebeldes.—Defensa heróica.—El capitán Ceballos.—El sargento Iburdisan.—La torre heliográfica.—Guisa reconquistada.—Los crímenes del *tigre de Oriente*.—La situación en el departamento oriental.—La actividad de Máximo Gómez. — Impresiones favorables de los Estados Unidos. . . . . 203 á 219

CAP. XVIII.—En el campo rebelde.—Hondas disidencias entre los jefes.—Desacuerdos entre los separatistas.—Impresión de la nueva política en la manigua.—Exageraciones y cuentas fantásticas y caprichosas de los periódicos filibusteros.—Un acto infame.—Noticias de Puerto Príncipe.—Comienzo de las operaciones en Oriente.—El general Pando en la boca del río Cauto.—Salida del convoy fluvial.—Extraordinaria importancia de la operación.—Avance de 55 kilómetros.—Orden de las fuerzas.—Los recursos del enemigo.—La reconquista del río Cauto.—Tres torpedos.—Combinación de columnas.—Rudo combate en Laguna Itabos.—Nuestras bajas.—Rasgos de heroismo.—Sitio y ataque del fuerte Guano.—Heroismo sin ejemplo.—Resistenc a inverosímil. El heróico teniente Muruzabal.—La columna de auxilio.—¡Loor á los héroes!. . . . . 220 á 235

CAP. XIX.—Pueblos indefensos.—Nuevo suceso lamentable.—Robo y traición.—Encuentro en Las Delicias.—Operación importante.—Toma del campamento rebelde de Bencito.—Sensibles bajas.—Muerte del teniente coronel señor Morentín.—El asistente Apolo Sierra.—Estadística fúnebre.—Optimismos oficiales. —Interesantes detalles de la toma de Guisa.—Los prisioneros.—El *general* García.—¡Viva España!—D. E. P. . . . . 236 á 246

CAP. XX.—Verdad amarga.—Argumento sin fuerza.—Pauta á la Marina.—Las Ordenanzas y la disciplina.—Las operaciones en Oriente.—Muerte del cabecilla Regino Alfonso.—Un bando de interés.—Encuentro en Río Seco y muerte del cabecilla Pitirri.—El cabecilla Collazo, herido.—El general Pando reconquistando el Cauto.—Conferencias en favor de la asimilación de los partidos liberales de Cuba.—La fusión de reformistas y autonomistas.—El partido liberal autonomista.—Los constitucionales respetan y aceptan la legalidad. . . . . 247 á 258

CAP. XXI.—Patriotismo tardío.—Estado y aspecto deplorable de la provincia de la Habana.—Las fuerzas insurrectas y las del ejército.—Actividad en las operaciones.—Encuentro en Manacas.—Batida y dispersión de las partidas de Collazo y Acea.—Noticia alarmante.—Rumores inquietantes.—Confirmando la noticia.—Zozobra é impaciencias de la opinión.

Páginas

—La gestión Ruiz.—Fenómenos de identidad.—Nuestros votos.. . . . . 259 á 268

CAP. XXII.—Indicios favorables.—Optimismos.—Rumor satisfactorio.—Episodio dramático.—El corazón de nuestros soldados.—Dos niños extraídos de una sima.—La Hija del batallón de las Navas.—Derrota de la partida del cabecilla Nápoles.—Operaciones en Oriente.—Captura del cabecilla Villanueva.—Rudo combate en los Altos de San Francisco.—Ataque á un convoy.—La columna del general Segura.—El enemigo batido y disperso.—Nuestras bajas.—Llegada del convoy á su destino.—Buenas impresiones.—La zafra en la provincia de Matanzas.—Noticias é impresiones.—Rumores y esperanzas.—Agitación en el campo rebelde.—El cabecilla Villanueva.—Mejora el aspecto de la guerra y los valores públicos. . . . . 269 á 280

CAP. XXIII.—Buenos síntomas.—¡Ya era tiempo!—La prensa cubana.—Detalles interesantes.—El batallón de San Quintín.—Operación combinada.—Ataque y toma del campamento de «El Mogote».—La rebelión en la provincia de Matanzas.—Situación difícil.—Las fuerzas del ejército.—General convicción.—La salud del soldado.—Los reconcentrados.—La despoblación.—El trágico suceso de Campo Florido.—Alevoso asesinato del teniente coronel don Joaquín Ruíz.—Ansiedad é impaciencia de la opinión.—El jefe español y el cabecilla Aranguren.—Intranquilidad en la Habana.—El crimen.—Dolorosa consternación.—Por la patria y por la paz.—En honor del martir de la redención de Cuba.. . 281 á 296

CAP. XXIV.—La verdadera situación.—Peor que estábamos no habíamos de estar.—Operaciones y encuentros.—Presentaciones.—Gestiones para la paz.—La campaña.—La rebelión en las Villas.—Fuerzas insurrectas.—Su organización.—Cabecillas importantes.—Contra la zafra.—Órdenes del *generalísimo.*—En la trocha.—Confidencias no confirmadas.—Visita é impresiones.—La zafra en Las Villas.—La cosecha de tabaco.—Los reconcentrados.—Cifras desconsoladoras.—La mortalidad en Santa Clara.—Política de atracción.—Esperanzas. . . . . 297 á 308

CAP. XXV.—Nuestras impresiones.—Triste realidad.—Mejora de situación.—El general Pando en Oriente.—Honores militares á los héroes de Guamo.—Las operaciones del general Aguirre en Las Villas.—Noticias satisfactorias de la guerra.—El periodista *yankee* Scovel.—Sus impresiones.—Intransigencia de Máximo Gómez.—La política en la Habana.—Expectación.—El Gobierno insular.—Nuestras esperanzas. . . . . 309 á 320

CAP. XXVI.—Año nuevo.—Nuestros votos.—El problema de Cuba.—A vueltas con el mismo tema.—Presunciones y temores.—

Páginas

Una hipótesis.—Consuelo póstumo.—Actividad de nuestras columnas.—Situación de las dos provincias orientales.—Las fuerzas insurrectas del Camagüey.—Organización de las fuerzas rebeldes de Santiago de Cuba.—Trabajos de atracción.—Situación nada grata.—Las partidas occidentales desalentadas.—Nuestra ofensiva en Oriente. . . . . 322 á 333

CAP. XXVII.—Nuevos refuerzos.—Alarma en la opinión.—Protestas y general clamoreo.—Los nuevos sacrificios de sangre.—Varios encuentros y combates —Ataque de Niquero.—Presentaciones.—La prensa liberal de la Habana.—Esperanzas.—Nuevas presentaciones.—Ataques á un convoy.—Toma y destrucción de campamentos.—La columna del general Ruiz.—Batida y dispersión de las fuerzas del *generalísimo*.—Importante aprehensión.—El general Pando en Oriente.—Noticias satisfactorias.—Nuestros votos.. . . . . 334 á 345

CAP. XXVIII.—Sin plazos. — Remembranzas.—Justicia y conveniencia.—Impaciencias injustificadas.—Reticencias imprudentes.—Las dos acciones.—Expedición filibustera.—Goleta apresada.—Desembarco impedido.—El cañonero *Galicia* y la guerrilla de Niquero.—Toma y destrucción del campamento de Las Salinas.—Otro mártir de la paz.—Asesinato de un capitán y un práctico.—Traición y crimen.—El capitán señor Puga.. . . . . 346 á 358

CAP. XXIX.—Grave suceso.—El motín de la Habana.—El dolor de España.—El dolor de todos.—Hay que decirlo.—Orígen del suceso.—En el teatro Albisu.—El primer motín.—En las oficinas de *La Discusión*.—Contra el *Diario de la Marina*.—La manifestación disuelta.—Sigue el motín.—El general Arolas.—Fin del tumulto —Impresión en la Península.—La opinión imparcial.—Declaración de los oficiales.—Sin consecuencias. . . . . 359 á 375

CAP. XXX.—Informes de Washington.—El viaje de Mr. King.—Las conclusiones del enviado de Mr. Mac-Kinley.—Propósitos graves.—Noticias de la Habana.—Presentaciones.—El cabecilla Cepero y su partida.—Muerte del cabecilla Delgado.—Encuentro en Boca de Camariaca.—Tranquilidad en la Habana.—Efectos de la tolerancia.—El general Blanco.—La censura.—Prudencia y energía.—Rápido exámen.—Rasgos y notas.—Los explotadores chasqueados.—Comentario.—El filón que se pretendió explotar.—Caso de conciencia nacional. . . . . 376 á 389

CAP. XXXI.—Cambio en la opinión.—Elogios á la discreción y prudencia de las autoridades de Cuba —Esperanzas risueñas.—Estado de la guerra en Oriente.—El río Cauto, base de operaciones.—Lo que no se explica.—Desastres.—Período funesto.—La opinión general.—Cambio completo de sistema.—Tranquilidad.—La dinamita en la provincia de la Haba-

Páginas

na.—Ataque al poblado de Campechuela.—Resúmen de operaciones y bajas del enemigo. . . . . 390 á 402

CAP. XXXII.—Presentaciones y victorias.—En el campamento enemigo de Cuchillas de Placetas.—Presentación del cabecilla Massó y su partida.—En Placetas.—Rendición de armas.—Alocuciones del general Aguirre y del gobernador de Santa Clara.—Importancia del suceso.—El general Jiménez Castellanos.—Importante operación.—Ataque á la residencia del gobierno rebelde.—Toma y destrucción de la *capital* de la insurrección.—Combate y victoria en los montes del Infierno.—Ataque al poblado de La Esperanza.—Lucha en las calles.—El enemigo rechazado.—Resúmen de operaciones.—Aplausos de la opinión. . . . . 403 á 415

CAP. XXXIII.—Nuevas esperanzas.—Continúan las presentaciones.—El cabecilla *Yeyo* Giménez.—Agustín Román y cinco individuos de la escolta del *generalísimo*.—Fusilamiento de un capitán.—Síntomas favorables.—El general Blanco á Oriente.—Objeto del viaje.—Suposiciones.—Más presentaciones.—La dinamita.—Un barco de guerra norteamericano en viaje para la Habana.—Excitación y alarma.—La nota de Mr. Long.—El viaje del *Maine*.—La política *yankee*.—El *Maine* en la bahía de la Habana.—Inoportunidad de su visita.—Recelos de la opinión.—El gobierno de Washington y la nota de Mr. Woodford.—El acuerdo de nuestro Gobier.—Justa reciprocidad.—El programa de la nación y del Gobierno.—Ni precipitación ni debilidad. . . . . 416 á 428

CAP. XXXIV.—Presentaciones de separatistas en Nueva York.—El viaje del general Blanco.—Manifestación popular en Las Villas.—Encuentro en Cabañas.—Muerte del cabecilla Alonso.—Otros encuentros y combates.—El siniestro ferroviario en la línea de Nuevitas.—Estado de la insurrección en el Camagüey.—Justicia de Dios.—Muerte del cabecilla Aranguren.—Operación combinada.—Sorpresa y ataque.—Castigo merecido.—La opinión.—El verdadero enemigo. . . 429 á 439

CAP. XXXV.—Por la paz.—Rumores de importantes presentaciones.—El general Blanco en Manzanillo.—Declaraciones del general en jefe.—Su opinión y sus optimismos.—Resúmen de operaciones en la provincia de la Hbaana.—Noticias sobre la constitución del nuevo *gobierno* insurrecto.—Sigue la campaña de atropellos y fechorías por los rebeldes.—Llegada del general Blanco á Santiago de Cuba.—Obsequios y agasajos.—Visita al *Club de San Carlos*.—Encuentro victorioso en Caimasan.—Petición extraña.—La entraña del problema. 440 á 452

CAP. XXXVI.—Preocupación oficial.—Los planes y manejos de los *yankees*.—Hallazgo del cadáver del teniente coronel Ruiz.—Su traslación á la Habana.—El entierro y las honras fúnebres.—Encuentro en Quivicán.—Derrota del cabecilla Co-

Páginas

llazo.—Ataque del ingenio «Constancia».—Muerte del cabecilla González.—Ataque á un convoy.—El general Ochoa en Sierra Maestra.—Comentarios.—El viaje del general Blanco.—El crucero *Vizcaya* á Nueva York.—Salida del buque del puerto de Cartagena.—Visita de despedida del comandante general de la escuadra.—Una buena costumbre restablecida.—Lo que nosotros hubiéramos preferido. 453 á 463

CAP. XXXVII.—Todo por la paz.—Escasez de noticias.—Rumores desagradables.—Ni optimistas ni pesimistas.—El general Blanco en Gibara.—Presentación de un oficial *yankee*.—La dinamita en Cuba.—Explosión de dos bombas al paso de un tren.—Ataque de los rebeldes.—Columna de socorro.—El enemigo rechazado y duramente castigado.—Consideraciones.—Combate en Arroyo Hondo.—Operación combinada contra Calixto García.—Las columnas de los generales Linares y Luque.—Destrucción de campamentos y defensas, y dispersión de partidas. . . . . 464 á 475

CAP XXXVIII.—El general Blanco en Nuevitas.—De Nuevitas á Puerto Príncipe.—Entrada triunfal en la capital del Camagüey.—Entusiasmo del pueblo.—Obsequios y homenajes.—El regreso. Presentaciones en Jaruco.—Encuentro en Quintana.—El general Pando en la Habana.—Entrevista con los periodistas.—Censura rigurosa.—Por la paz.—Esperanzas é impresiones optimistas.—El proyecto del Secretario de Agricultura.—Las impresiones del general Blanco.—En la Isabela.—En Cienfuegos.—Aspecto de Las Villas.—Expléndido banquete.—La despedida.—Llegada á la Habana.—Resultado del viaje.—Esperanzas.—Nuestros deseos. . . . . 476 á 489

CAP. XXXIX.—Discordias en el campo insurrecto.—Odios y desconfianzas.—Las proclamas de Massó.—Contra la autonomía.—Importante combate en Sancti Spíritus.—Encuentros en las lomas de los Cristales.—Muerte del cabecilla Octavio Rodríguez.—Quien á hierro mata...—Las cartas del *generalísimo*.—Activa campaña de los laborantes.—Agitación política.—Nuevos emisarios de paz.—Importantes operaciones en Oriente.—Derrota y dispersión de la partida de Calixto García.—La columna Nario.—Nuevas fuerzas á Oriente.—La guerrilla de San Diego de los Baños.—Confusión.—Las cancillerías europeas.—Síntomas de crisis trascendentales en el problema cubano. . . . . 490 á 500

CAP. XL.—Catástrofe espantosa.—Voladura del *Maine*.—Impresión en España.—El suceso.—Cuadro aterrador.—Horrible confusión.—Los primeros auxilios.—Nuestras autoridades.—El crucero *Alfonso XII*.—Relato de un herido.—Versiones de los marineros del *Maine*.—Las operaciones de salvamento.—Las víctimas.—Orígen del siniestro.—Varias versiones.—Impresión hondísima en los Estados Unidos.—Expecta-

Páginas

ción.—Un aplauso á nuestros nobles y valientes marinos. 501 á 514

CAP. XLI.—España ante la catástrofe del *Maine*.—Dolorosa enseñanza.—Pérfidas insinuaciones.—Era de presumir.—Acusación absurda.—Nuestra honradez sin tacha.—Sin explicación.—Operaciones en Oriente.—Las columnas Nario y Linares.—Encuentros y combates.—Propósitos del general Blanco.—Aspecto de la campaña.—El crucero *Vizcaya* en el puerto de Nueva York.—Saludos y visitas.—El comandante señor Eulate.—Salida del *Vizcaya* para Cuba. . . . . 515 á 524

CAP. XLII.—Preparativos bélicos.—La apatía de nuestro Gobierno.—Recelos y desconfianzas.—Propósitos del gobierno de los Estados Unidos.—Rudo combate.—El comandante don Pedro Rivera.—Varios encuentros.—Estado de la insurrección en Oriente.—Ataque é incendio del ingenio Cañamago.—Heróica defensa.—El soldado Antonio Cruz Villegas.—Columna de auxilio.—Batida y derrota de Bethancourt.—Noticias de Manzanillo.—Los propósitos de los rebeldes.—Optimismos y confianza.—Impresiones favorables.—El dilema.—Manifiesto del cabecilla Masso.—El gobierno insurrecto.—Campaña alarmista.—Mac-Kinley dictador. . . 525 á 537

CAP. XLIII.—Las palabras y los hechos.—Nuestro Gobierno.—Remembranzas.—La opinión.—Las operaciones en el Camagüey.—Avance de la columna.—El enemigo batido y disperso.—El combate de San Andrés.—El heróico teniente señor Perojo.—En la Najasa.—Nuevo combate en el potrero «Peralejos».—Las bajas del enemigo.—El parte oficial.—Elogios al general Jiménez Castellanos.—Movimiento de tropas.—Expectación.—La actividad de nuestras columnas.—Anuncio de operaciones.—Confusión.—Sin temor á complicaciones. 538 á 548

CAP. XLIV.—El crucero *Vizcaya* en la Habana.—Manifestación patriótica.—Entusiasmo de los peninsulares.—La acción de nuestras armas en Oriente.—Movimiento de columnas.—Operaciones ofensivas.—Encuentros y combates.—La expedición del general Pando.—Más combates.—Importantes operaciones en la Sierra Maestra.—Las columnas Vara de Rey y Arteaga.—Muerte del cabecilla Vidal Ducassi.—A Oriente.—Nueva organización de las fuerzas de operaciones en el departamento Oriental.—Llegada al puerto de la Habana del crucero *Oquendo*.—Cariñoso recibimiento.—Entusiasmo y satisfacción. . . . . 549 á 558

CAP. XLV.—Actividad de nuestras columnas.—Importantes operaciones contra Máximo Gómez y sus huestes.—La división Salcedo.—Encuentro y derrota del *generalísimo*.—Activa persecución de su partida.—Nuevas batidas.—Dispersión de las partidas.—En Oriente.—La columna del coronel Tejeda.—Ataque y toma del campamento «El Chino».—Huida de los mambises.—Avance de nuestras tropas.—Varios y victorio-

Páginas

sos encuentros y combates.—Impresiones.—Colisión entre rebeldes.—Muerte de los cabecillas Cayito Alvárez y Vicente Núñez.—Las columnas Linares y Vara de Rey.—Operaciones sobre la costa Sur de la provincia Oriental.—Nueva batida y derrota del *generalísimo*.—Encuentro y derrota de la partida de Bermúdez.—Rudo combate en Pinar del Río.—Sensibles bajas de la columna.—Nuevas presentaciones.—Muerte del cabecilla Antonio Núñez. . . . 559 á 571

CAP. XLVI.—Plan de operaciones en el Camagüey.—Operación combinada.—Encuentros y combates.—Batida de los insurrectos.—Impresiones.—Vientos de guerra.—Los propósitos de los yankis.—Nueva organización de nuestro ejército en operaciones.—La campaña de Oriente.—Reconcentración de los rebeldes.—Operación combinada.—Encuentros y combates.—Toma y destrucción de campamentos.—Derrota de los insurrectos.—Reconocimientos y batida de los rebeldes.—La columna del general Bernal.—Ataque á un convoy.—Rudo combate y derrota de los insurrectos.—Nuevo encuentro y dispersión de los rebeldes.—La obra del soldado.. . 572 á 584

EL CONFLICTO INTERNACIONAL

Y

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Páginas

CAPITULO I.—El conflicto.—La cuestión internacional.—Hecho innegable.—El Gobierno español.—Nuestros políticos.—El nudo del problema.—Los propósitos de los Estados Unidos.—Nueva calumnia.—Contra la honra de España.—Eso, nunca.—El informe de la Comisión americana sobre la voladura del *Maine*.—Dictamen ambiguo.—Carácter fortuito del siniestro.—Nueva cuestión sobre el tapete.—Los socorros á los *concentrados*.—Actitud decidida del gobierno de Washington.—Hacia el desenlace.—Nuestra dignidad á prueba.—Expectación.—La Justicia con España.. . . . . 585 á 596

CAP. II.—La ruptura.—Agitación pública.—Otra vez el pantano.—La Nota colectiva de las grandes potencias.—La Nota oficiosa del Gobierno español.—La última sorpresa.—El armisticio.—Suspensión de hostilidades en Cuba.—¿Para qué el armisticio?—Mac-Kinley y sus malas artes.—Paz en la tierra para los hombres de buena voluntad. . . . . 597 á 606

CAP. III.—Síntoma elocuente.—El Mensaje de Mac-Kinley.—La respuesta del Gobierno español.—El dictamen de la Comisión de Relaciones exteriores.—A marchas forzadas.—El informe de la Comisión de Negocios extranjeros.—67 votos contra 21.

Páginas

—Excitación general.—Los sucesos de Málaga y Barcelona.—Rigor extremado.—Censuras de la opinión.—Recelos instintivos.—La vida nacional en suspenso.—Ansiosa expectación.—Impaciencia nacional.—Lo inevitable. . . . . 607 á 618

CAP. IV.—La guerra.—Tristes desengaños.—El dictamen de la Comisión mixta de las Cámaras *yankees*.—Indignación.—El Gobierno español.—La Corona.—A las Cortes.—El *ultimatum* de Mac-Kinley.—La marcha de Woodford.—Ruptura de relaciones.—Retirada de nuestro ministro en Washington.—Las instrucciones á Mr. Woodford.—Comunicación oficial de despedida al representante de los Estados Unidos.—Energías fugaces.—El Gobierno y la opinión.. . . . . 619 á 631

CAP. V.—Contraste.—Ellos y nosotros.—Consecuencias de la ruptura de relaciones.—El bloqueo de Cuba.—Acuerdo y órdenes.—El patriotismo español.—Siempre España.—Momento solemne.—Rasgos patrióticos.—Fiebre de noticias.—Tarea árdua.. 632 á 642

CAP. VI.—El diario de la guerra.—El bloqueo de la isla.—Los decretos de Mac-Kinley.—*Aquila non capit muscas*.—En nuestro puesto.—Diario de la guerra.—La proclama del presidente Mac-Kinley.—Prólogo enojoso.—El corso.—Desembarco de una partida.—Lo que pretendían los yankis.—Nuestra marina de guerra y nuestra marina mercante.—En el mar de la China y en el mar Caribe.—El cañonero *Elcano* y el trasatlántico *Monserrat*.—El bloqueo burlado por un correo español.—El bravo capitán Deschamps.—Entusiasmo y plácemes.—Deuda contraída y deuda cumplida. . . . . 643 á 655

CAP. VII.—Amagos y simulacros.—Confusión.—El espíritu público en España.—Rasgos de entusiasmo.—Torpezas *yankees*.—El bombardeo de Matanzas.—El parte oficial.—El plan de los yankis.—El intento del enemigo.—El bombardeo de Cienfuegos.—Plazas y defensas reforzadas.—El espíritu de las tropas y voluntarios.—Despacho oficial.—Apresamiento del *Argonauta*.—Triste impresión.—Intento de desembarco.—Retirada de la escuadra bloqueadora . . . . . 656 á 66

CAP. VIII.—Ansiedad no satisfecha.—Ellos y nosotros.—Apertura del Parlamento insular.—El Mensaje.—El general Blanco.—A morir por la Patria.—El desfile.—Entusiasmo popular.—Fecha memorable.—El régimen autonómico.—Intento de desembarco.—Día de emociones.—En presencia del enemigo.—Crucero yanki cañoneado.—Batida general.—Encuentros y combates.—Los saludos del Morro.—La goleta *Santiaguito*.—Bombardeo de Matanzas.—Espectación é inquietud. . . . . 667 á 676

CAP. IX.—Agitación y alarma.—Optimistas y alarmistas.—Infundios fantásticos.—Noticias absurdas.—Fiebre de noticias.—Impaciencia y ansiedad.—Espectación pública.—La escuadra de Cervera en la Martinica.—Las baladronadas yankis.—

Páginas

Confianzas de la opinión.—Intentos de desembarco.—El bombardeo de Cárdenas.—El enemigo rechazado.—Arrojo de nuestros marinos.—Descalabro de la escuadra norteamericana.—El combate naval de Cárdenas.—Lucha heroica.—El *Antonio Lopez* y la *Ligera*.—La Cruz Roja.—Comentos y aplausos . . . . . 677 á 689

CAP. X.—Intento de desembarco en Cienfuegos.—Duro cañoneo.—El empeño de los yankis.—El enemigo rechazado.—El espíritu de las tropas y de la población.—Cañoneo en bahía Honda.—Desembarco frustrado en Jicotea.—Nuevos intentos de desembarco.—Detalles del fracaso de la expedición del *Gussic*.—La escuadra norteamericana frente á San Juan de Puerto Rico.—Bombardeo de la capital de la pequeña Antilla.—Gran espectación.—Noticias y rumores.—La fantasía popular.—Honor á los valientes.—Jornada feliz. . . . . 690 á 700

CAP. XI.—Tenacidad del enemigo.—Cañoneo inútil.—Nuevos intentos de desembarco.—En Jaimanitas y en Cárdenas.—El desquite.—Inútil empeño.—Detalles del frustrado desembarco en la playa del Salado.—Dos prisioneros yankis.—Combate naval en las aguas de la Habana.—El *Nueva España* y el *Venadito* en busca del enemigo.—Espectación.—Frente al enemigo.—La acometida.—Entusiasmo y aplausos de la muchedumbre.—¡Viva España!—El triunfo de nuestros barcos.—Espectáculo imponente.—El regreso á puerto.—Regocijo y ovación.—El objetivo de la salida.—Encuentro en los Cristales.—Rumores.—La alocución del general Cervera.—Antes de zarpar.—¡Viva España! . . . . . 701 á 713

CAP. XII.—Europa al almirante de nuestra escuadra.—La misión del *Terror*.—El comandante Villaamil.—La escuadra española en Curaçao.—Otra vez la dinamita en el campo rebelde.—Voladura en el ferrocarril de Guanabacoa.—El espíritu público en la Habana.—Accidente en la bahía de Cárdenas.—Explosión de un torpedo.—Destrozo y voladura de un bote tripulado por yankis.—Ataque á Caibarién.—Una flotilla de cañoneros en busca del enemigo.—Huída del buque yanki.—Gran espectación en la Habana.—Agresión contra Santiago de Cuba y Guantánamo.—En Punta Camacho y Matanzas.—La escuadra española en Santiago de Cuba . . . . . 714 á 724

CAP. XIII.—Alegría y entusiasmo.—Dudas y peligro.—Importancia y mérito de la operación.—El ánimo nacional.—La prensa extranjera.—Elogios á la Marina española.—La opinión de Europa.—Movimiento de aproximación.—Nuestro Gobierno.—El regreso del *Monserrat*.—El bloqueo burlado.—El pueblo coruñés al capitán Deschamps.—El viaje.—Misión especial.—Satisfacción y recompensa. . . . . 725 á 734

Páginas

CAP. XIV.—Estratagema villana.—Censuras y reprobación.—El Manual de las leyes de guerra.—El Reglamento.—Los piratas.—La desaprensión de los yankis.—A la consecución del fin, sin reparar en los medios.—No fué de extrañar.—Sistema viejo y al uso.—Motivo de reclamación.—La pasividad de los gobiernos de Europa.—El Derecho internacional es un mito.—Temores.—La opinión de los Estados Unidos.—Los planes del enemigo.—Impaciencia yanki.—Juicios de *Le Temps*.—La acción de las dos escuadras en Cuba. . . 735 á 743

CAP. XV.—Ansiedad general.—Viva inquietud.—La opinión.—Salutación y réplica.—Anuncio de emociones.—La confianza en el almirante Cervera.—Rumores desmentidos.—Cañoneos y reconocimientos.—Noticias de Nueva York.—Un oficial insurrecto en Washington.—Su informe sobre el estado de defensa de la Habana.—Día de invenciones.—Fiebre de información.—Noticias de Santiago de Cuba.—Ansiedad satisfecha.—El puerto de Santiago de Cuba.—Nuestra escuadra en condiciones de absoluta seguridad.—Remembranzas históricas. . . . . 744 á 755

CAP. XVI.—Infundios y congeturas.—La campaña de Cervera.—Operaciones contra los insurrectos.—La columna Vara de Rey.—El batallón de Sevilla.—Cange de prisioneros en alta mar.—El trato á nuestros prisioneros.—Dudas desvanecidas.—Ataque y bombardeo á Santiago de Cuba.—El despacho oficial.—Nuevos datos oficiales del ataque á Santiago.—Impaciencia satisfecha. . . . . 756 á 766

CAP. XVII.—Ansiedad justificada.—Expectación.—Otra jornada feliz.—¡Victoria!—Nuevo ataque á Santiago de Cuba.—Un barco yanki á pique.—Intento frustrado.—El *Merry Mac*.—Náufragos y prisioneros.—El acuerdo del gobierno yanki.—Objetivo de la operación.—Propósitos frustrados.—Nuestro triunfo.—Ataques á Alquizar y Samá por los insurrectos.—Encuentro en Viajacas.—Intento de desembarco.—En Punta Cabrera y Aguadores.—Nuevo bombardeo en Santiago de Cuba.—Sensibles pérdidas.—Dura jornada.—En nuestro puesto. . . . . 767 á [illegible]

CAP. XVIII.—Sin desmayos.—Eso es la guerra.—El enemigo por tercera vez rechazado.—Los yanquis en inteligencia con los mambises.—Torpeza yanqui.—Atentado criminal.—Voladura de un tren de pasajeros.—Desembarco de fuerzas americanas en Guantánamo.—Rudo combate en la Caimanera.—La expedición yanqui.—Relato del combate de Guantánamo.—Elogios al valor de nuestros soldados.—Resultados del último ataque á Santiago.—Los yanquis atacados por los españoles.—Derrota de los norteamericanos.—Situación difícil de los invasores.—Activas operaciones contra los rebeldes.—Propósitos del *generalísimo* Gómez.—Ataque á

Páginas

Cumanayagua.—Toma y destrucción de un campamento insurrecto.—Ansiedad en la Habana. . . . . 779 á 799

CAP. XIX —Salida de Cayo Hueso del ejército invasor de Cuba.—Santiago incomunicado con el interior.—Nuevo bombardeo de Santiago.—Nuestras bajas.—Intentos de desembarco.—Importante operación militar contra los rebeldes.—Movimiento de columnas.—Combate victorioso en el Príncipe.—Desembarco rechazado en Cabañas.—Llegada de la expedición yanqui frente á Santiago de Cuba.—Desembarco y conferencia.—Operación sobre Cayo Piedra.—Cañoneo de Casilda.—Triste impresión.—Desembarco de la expedición yanqui en Daiquiri.—Yanquis y mambises fraternizan.—Telegrama oficial.—La situación de Cuba.—Avance de las tropas americanas.—Retirada y concentración de los españoles.—Ataque de un campamento español.—Emboscada y rudo combate.—Victoria de los españoles.—Los invasores en Altares.—Desembarco del resto de la expedición yanqui.—Reunión de jefes yanquis y rebeldes. . . . 781 á 807

CAP. XX.—El ataque á Santiago de Cuba.—Gloria estéril.—Avance del ejército invasor.—Las fuerzas yanquis.—Las tropas españolas.—Rudo combate en El Caney.—Las dos escuadras.—Heróica defensa de El Caney.—Muerte gloriosa del general Vara de Rey.—Retirada á Santiago.—En Aguadores.—Nuestras bajas.—La retirada de nuestras tropas.—Las bajas del enemigo.—Nuestro saludo á los héroes de la jornada.—Elogios al valor de nuestros soldados.—Los esfuerzos del Gobierno.—Por ineptitud é imprevisión. . . 808 á 820

CAP. XXI.—Heroismo de nuestros marinos.—La catástrofe de Santiago de Cuba.—Destrucción y pérdida de la escuadra de Cervera.—El combate naval.—Gloriosa hecatombe.—El parte de Shafter.—Relato del horroroso combate.—Expectación en la Habana.—Recogimiento y amargura.—Alocución del general Blanco.—Horrible dilema.—Angustiosa alternativa del contralmirante Cervera.—Cruento *vía crucis*.—El desastre estaba previsto.—No era posible otro desenlace.—Felices los muertos. . . . . 821 á 832

CAP. XXII.—Las consecuencias del desastre.—Capitulación de Santiago de Cuba.—El parte oficial.—*¡Consumatum est!*—La entrega de la plaza.—22780 prisioneros.—Proclama del general Blanco.—Negociaciones de paz y armisticio.—El Protocolo.—La Comisión de París.—Tratado definitivo de paz.—Modificación del protocolo.—Triste desenlace.—El desprecio á España.—Paz humillante y desastrosa.—Egoismo de nuestros gobernantes.—¡¡Viva España!! . . . . 834 á 843

Epílogo triste. . . . . 844 á 846

— 1253 -

= Libros Antiguos =
F. Puvill
Boters, 10 · Barcelona · Tel. 2217053
(España)

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
1786
R45
1896
t.6

Reverter Delmás, Emilio
Cuba española

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 22 03 06 002 8